

Jacques Van Rillaer

**LAS ILUSIONES DEL
PSICOANÁLISIS**

No es extraño que los psicólogos hablen de la falta de eficacia de la terapia psicoanalítica. No es excepcional que un psicólogo que han practicado el psicoanálisis acabe abandonando ese método en provecho de otras técnicas más eficaces. Sin embargo, es muy poco frecuente que un expsicoanalista se explique largo y tendido sobre las razones de su desconversión. Jacques Van Rillaer es doctor en psicología, especializado en psicología clínica. En la actualidad es profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Lovaina y encargado de curso extraordinario en la Universidad Saint-Louis de Bruselas. Conoce el psicoanálisis por dentro: se sometió a los ritos de iniciación, estudió pacientemente la teoría psicoanalítica, practicó el método inventado por Freud, y defendió su Tesis de Doctorado sobre la agresividad en la experiencia freudiana. Miembro durante más de diez años de la Escuela Belga de Psicoanálisis, sabe muy bien cómo razonan los psicoanalistas cuando escuchan a un paciente sin decir palabra, y cómo se expresan los psicoanalistas entre colegas en los seminarios especializados. Su crítica se dirige menos a los aspectos secundarios del mundo analítico (el esoterismo, el sectarismo, etc.) que a los fundamentos mismos del método freudiano: la técnica de las asociaciones libres, las reglas de la interpretación, las bases de la teoría y los mismos principios de la terapia.

JACQUES VAN RILLAER

**LAS ILUSIONES
DEL PSICOANÁLISIS**

EDITORIAL ARIEL, S. A.

BARCELONA

1985

INTRODUCCIÓN

Titulo original: *Les illusions de
la psychanalyse*

Traducción de
ANTÓN: VECENS

1ª edición: marzo 1985 e 1980 by Pierre Mardaga,
éditeur. Bruxelles-Liège

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
c 1985: Editorial Ariel, S. A.
Córcega, 270 ■ 08008 Barcelona

ISBN-. 84-344-8014-X

Depósito legal: B. 8.662 - 1985

Impreso en España

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o
Transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, (mecánico, óptico, de grabación o
de
fotocopia, sin permiso previo de) editor.

LAS LECCIONES DEL PASADO

Los psicoanalistas han adquirido hoy en ciertos medios una autoridad impresionante, hasta tal punto que los que no son especialistas en psicología no se atreven ya a volver a poner en cuestión las teorías psicoanalíticas. Para desbloquear una situación tan esterilizador como ésta, uno de los medios de los que disponemos consiste en dar un rodeo por la historia de las ciencias. Si estudiamos cómo se van sucediendo los pasos que siguen los conocimientos científicos, veremos con qué facilidad desconcertante, no ya tan sólo el gran público, sino también las autoridades intelectuales, son víctimas de prejuicios, de engaños, de ilusiones.

El presente estudio hace que sea comprensible el carácter relativo de las teorías; y convence además de la necesidad que tenemos de adoptar unos criterios de cientificidad exigentes.

1. UNA TEORÍA ASTROFÍSICA DEL SIGLO XVIII

En 1781, Charles Rabiqueau, que era ingeniero óptico del Rey, publicó en París su obra *Le microscope moderne (El microscopio moderno)*. En ella describe un Universo rodeado de llamas infernales que producen destilaciones, en el centro del cual se encuentra un Sol de apenas cinco leguas de diámetro. «La Luna no es un cuerpo, sino un simple reflejo solar en la bóveda aérea. Las estrellas son sólo el chasquido de nuestros rayos visuales cuando van a romper sobre diferentes burbujas aéreas», dice Rabiqueau.

Después de haber examinado por orden del Canciller la nueva teoría, el padre de La Chapelle no duda ni un instante en darle la estampilla oficial. «Siempre se había pensado —escribe el sacerdote— que los objetos venían por decirlo así a buscar los ojos; el Sr. Rabiqueau le da la vuelta a la perspectiva, y es la facultad de ver la que va al encuentro del objeto... La obra del Sr. Rabiqueau es el anuncio de una Metafísica corregida, de los prejuicios vencidos y de un mayor refinamiento en las costumbres, que vienen a culminar su trabajo...»

Hay que señalar que todo esto fue escrito medio siglo después de la muerte de Newton.

Gaston Bachelard, que presenta este ejemplo y otros de estilo se-

semejante observa **que hasta finales del siglo XVIII los físicos pseudocientíficos cosechaban tantos éxitos como los otros físicos, los que habían hecho verdaderos descubrimientos. «La cultura científica era víctima de algo así como un aplastamiento por parte de la masa y a causa de la variedad de los libros secundarios, que eran mucho más abundantes que los libros valiosos» (1947:24).¹**

La psicología y la psiquiatría se encuentran en la **actualidad en una situación comparable a la que tenía la física del siglo XVIII. Esto es**, las más de las veces los verdaderos descubridores científicos son menos conocidos del hombre de la calle, o incluso por los estudiantes de la Universidad, que aquellos que se ocupan **de la difusión de teorías no científicas. Hoy existen psicólogos que valen, *mutatis mutandis*, por un Newton o un Pasteur: se llaman Piaget, Skinner, Wolpe, Schachter...** Pero sus obras son menos leídas que las de **P. Daco, Neill, Lacan o Dolto.**

2. LA FRENOLOGÍA²

La tradición morfolopsicológica **busca la manera de poder deducir** algunos rasgos de personalidad a partir de unas particularidades somáticas. Su origen se remonta a los comienzos de nuestra civilización y en nuestros días aún sobrevive. Uno de los más célebres **autores de éste «arte de pronosticar» fue Franz Joseph Gall, el fundador de la frenología, es decir, la ciencia de las correspondencias que se pueden establecer entre el carácter de las personas y la forma de su cráneo.**

Gall, de origen alemán, y que vivió entre **1758 y 1828, fue un hombre** de mente brillante, que dominó todo el saber médico y psicológico de su tiempo. Meticuloso anatomista, concibió nuevos métodos de disección del cerebro.

Según este famoso médico, las conductas **de las personas dependen** del desarrollo relativo de sus facultades innatas, localizadas **en diversas partes del cerebro. Según esté un territorio cerebral hipertrofiado o poco desarrollado, ciertas «inclinaciones mentales» serán prevalentes o bien deficitarias. Está claro que en el individuo vivo no puede ser directamente** explorada la configuración de las zonas corticales; pero **eso** no era objeción para Gall, pues él estaba convencido de que los huesos del cráneo se ajustan con toda la fidelidad de **un molde al córtex cerebral. Bastará pues palpar los salientes y las partes planas de los huesos de la bóveda craneal para trazar el mapa de las localizaciones cerebrales de un individuo; y con ello conoceremos sus facultades mentales. El crá-**

1. La primera de las dos cifras que siguen a un nombre de autor o a una cita es la fecha de publicación del texto del que se trata, o también el número del volumen de una obra que cuenta con varios tomos. La segunda de las cifras indica la página. Cuando el contexto precisa con claridad el texto en cuestión, sólo viene indicada la página.

2. Este párrafo está basado principalmente en la obra de Lantéri-Laura (1970).

neo, para aquel que sabe descifrarlo, es revelador de las inclinaciones ocultas...

Veamos dos ejemplos. La zona situada encima del pabellón de la oreja permite evaluar la *tendencia al homicidio*. En efecto, explica Gall, hemos de constatar un saliente típico en ese lugar tanto entre los mamíferos carnívoros como en las personas condenadas a la guillotina (desde luego ése es un argumento tajante...). La *devoción religiosa*, por su parte, está en dependencia con la región situada en la parte más elevada del cerebro (a nadie habrá de sorprenderle que la disposición a recibir la revelación esté situada en lo que el hombre tiene de más elevado...). Señalemos de pasada que cuando un neurofisiólogo de nuestros días estimula eléctricamente esta región, observa contracciones en las piernas... De modo que Gall elaboró un sistema de 27 localizaciones específicas y de un número semejante de facultades fundamentales.

La frenología, tal y como saliera,, del cerebro del Gall, ¿es una especulación sin ningún apoyo empírico? De ningún modo. Este hombre de ciencia coleccionó un conjunto de cráneos disecados y cuatrocientos moldes de yeso de otros tantos cráneos. Coleccionó también un gran número de biografías de individuos de cualidades típicas y comparó los datos psicológicos con las observaciones craneoscópicas. Fue a estudiarlos en los hospitales, en las cárceles, en los asilos. No se abstuvo de frecuentar las sociedades más sospechosas... para mayor gloria de la frenología. Intentó sorprender la reserva natural de la gente haciéndoles hablar de su infancia, a propósito de la cual, en su opinión, se disimula menos (¿sería Gall un precursor de Freud?...). A lo largo de toda su vida siguió observando y anotando nuevos casos que, sin excepción, venían a confirmar el sistema a partir del momento en que éste fuera formulado... En una palabra, Gall era, indiscutiblemente, un gran «clínico».

Hoy se ha demostrado que ninguna de las localizaciones cerebrales que Gall registró resulta ser exacta Su sistema es pues totalmente falso, la cual cosa no le impidió conquistar el mundo intelectual durante la primera mitad del siglo XIX.

Al principio, Gall encontró fuertes «resistencias». En 1807 tuvo que abandonar Viena por la razón de que su enseñanza era considerada peligrosa para la religión y para las buenas costumbres. Emigró a París, donde obtuvo un éxito considerable. También es cierto que a lo largo de toda su vida Gall encontró detractores. (Así por ejemplo, el famoso Cuvier no escatimó demasiado sus críticas hacia la «falsa ciencia».) A pesar de todo y en resumidas cuentas, la frenología fue aceptada por el mundo de los científicos. Los psiquiatras, entre ellos el gran Esquirol, elogiaron la nueva ciencia, que en opinión de ellos demostraba el origen cerebral de los trastornos mentales y permitía mejores diagnósticos. A partir de 1820, la frenología fue enseñada en las Facultades de Medicina de Europa entera y de los Estados Unidos, particularmente en la Universidad de Harvard. Se fundaron sociedades de frenología en muchos lugares; por ejemplo, en 1832 se contaban en Inglaterra 29 Sociedades frenológicas, y varias revistas especializadas. Algunos filósofos,

como Hegel, se mostraron escépticos, y otros en cambio se entusiasmaron. Para Auguste Comte la frenología había de sustituir a la psicología, la cual no podía de ningún modo llegar a ser una ciencia positiva... (citado por G. Lantéri-Laura, p. 142). La frenología fue utilizada para la selección profesional (particularmente para la contratación de criados), para los consejos y elecciones matrimoniales, para establecer la responsabilidad de los criminales...

Hacia 1860 se inició el declive. Veinte años más tarde, el mundo científico no se tomaba ya ni siquiera la molestia de citar el nombre de Gall. Y sin embargo la frenología siguió seduciendo a las mentalidades precientíficas: la publicación de *The American Phrenological Journal* continuó hasta 1911 (volumen 124), y el «American Institute of Phrenology» no desapareció hasta 1925. En nuestros días, el sistema de Gall sigue originando publicaciones destinadas a autodidactas más o menos apegados al ocultismo. No ha de sorprendernos demasiado: la frenología *parece* ciencia.

El caso de F. J. Gall lo he elegido porque presenta no pocas analogías con el de Sigmund Freud. Ambos elaboraron un mismo tipo de semiología: un conjunto de signos (o <significantes>) que remiten a unos *significados interiores*, a unas inclinaciones psicológicas *escondidas*, y que sólo un iniciado puede descubrir. La bóveda craneana en Gall, los síntomas neuróticos y los sueños en Freud, se interpretan ambos como jeroglíficos. Ambos investigadores son muy inteligentes, ambos dan pruebas de una erudición ejemplar y son observadores incansables de casos clínicos. Pero ni el uno ni el otro aplican una metodología científica *rigurosa*... A partir de 1839 se hace patente en las críticas que se le dirigen a la frenología el reproche de que ésta no hace uso de cuantificación *precisa* alguna: «En lugar de hacer uso del metro y de la balanza en un orden de hechos que lo exigían de manera tan evidente, Gall y Spurzheim siempre prefirieron, y así lo hicieron también casi siempre sus seguidores, la simple inspección. Las palabras *más grande, más pequeño, enormemente desarrollado, es fácil ver*, así como otras tan poco precisas como éstas, las encontramos en cada página; son palabras muy expresivas para aquellos que ya saben de qué se trata, pero que en realidad no tienen las más de las veces ningún valor» (cit. Lantéri-Laura, p. 152). Hoy los psicólogos les dirigen a los psicoanalistas precisamente ese mismo tipo de objeción. Encontraríamos una infinidad de ejemplos, de los que vamos a dar aquí sólo dos.

Laplanche y Pontalis escriben: «La imagen de mujeres provistas de un órgano sexual masculino la encontramos con frecuencia en psicoanálisis en los sueños y en las fantasías» (1967:310). En vano busca el psicólogo a través de todo el raudal de la literatura analítica una sola estadística que permita precisar este «con frecuencia»... Por su parte, Françoise Dolto afirma imperativamente: «Son numerosos los hombres que prefieren que sus legítimas esposas sean o finjan ser frías» (1971: 123). También aquí nos gustaría saber a qué porcentaje de la población masculina corresponde este «numerosos» y de qué manera ha sido obtenida esta apreciación cuantitativa...

Tanto Gall como Freud comenzaron haciendo estudios de patología, para luego ir abarcando un campo cada vez más amplio. El primero escribió en 1819: «Si un día renunciamos a los razonamientos de los metafísicos, esta filosofía de las cualidades y de las facultades del hombre llegará a ser la base de toda filosofía de las épocas venideras». Menos de un siglo más tarde, Freud deseaba «convertir la metafísica en metapsicología» (1901, IV 288).

No cabe duda de que la manera más significativa de cotejar ambas teorías consiste en tomar en consideración lo que podemos llamar «*el artificio del interior/exterior*»,³ el juego de lo «manifiesto» y lo «latente». Cuando un diagnóstico es contradicho por los comportamientos efectivos del interesado, el experto quiere suponer que «de hecho», ha estado hablando del nivel «profundo». Freud invoca unas pulsiones inconscientes y unos deseos reprimidos; Gall, por su parte, unas inclinaciones interiores y unas disposiciones escondidas. Si tal o cual individuo presenta una protuberancia en la ceja, ese individuo es, *en el alma*, un ladrón, y eso aun cuando no cometa ratería alguna. Lo que habrá aquí ocurrido es que los azares de la vida habrán venido a contrapesar la «inclinación fundamental». Por el contrario, aquel que sí roba pero que en cambio no presenta el «signo», habrá de ser considerado como un ladrón ocasional, víctima de circunstancias fortuitas. De este modo la única manera de contradecir al «experto» consiste en «atenerse sólo a las apariencias»... Freud y Gall le quitan el velo al *esse in potentia*, al ser más verdadero que habita al sujeto sin que éste se dé cuenta. Y es accesoria la conducta concreta. El individuo no se caracteriza por sus acciones, sino por las disposiciones que ignora y que únicamente pueden ver el frenólogo y su primo el psicoanalista.

Podríamos aún seguir estableciendo paralelos entre estas dos estrellas de la «ciencia», y en especial en lo que se refiere a su carrera. Tanto Gall como Freud sufrieron ataques vigorosos; ambos tuvieron discípulos incondicionales obsesionados en conservar la obra del genio fundador al abrigo de las desviaciones de los imitadores; y finalmente ambos sostuvieron disputas con alumnos disidentes (es el caso de Spurzheim, por mucho tiempo discípulo devoto de Gall, que se peleó luego con el maestro y que refundió el sistema añadiéndole una docena de facultades). Cuando leemos la obra de Lantéri-Laura sobre la historia de la frenología, no podemos dejar de pensar casi a cada página en el «movimiento psicoanalítico».

3. LA (SEXO-)RINOLOGÍA DE W. FLIESS

La tercera ilustración de un pensamiento pseudocientífico nos acerca aún más a Freud, puesto que se trata de la teoría del que fuera durante más de diez años su amigo más íntimo: Wilhelm Fliess.

3. Tomo la expresión de **binnen-buiten truc* del psicólogo holandés B. (1963:404).

A comienzos del siglo xx, Fliess, un otorrinolaringólogo berlinés, conoció el éxito gracias a unas teorías que parecían científicas, pero que no por ello lo eran. En 1923, su obra *Der Ablauf des Lebens (El curso de la vida)*, cuya primera edición era de 1906, fue reeditada en Viena. En 1924, *Vom Leben und vom Tode (De la vida y de la muerte)* y *Das Jahr im Lebendigen (El año en los seres vivos)* fueron reeditadas en Jena, la primera de ellas por 5.ª vez.

Vamos a hacer ahora un recorrido por las tesis máximas del libro *Las relaciones entre la nariz y los órganos genitales femeninos* (1897) que acaba de ser publicado en francés por las ediciones Du Seuil (1977). En el encontramos ya las concepciones que Fliess había de seguir ilustrando y ampliando sin cesar en sus obras posteriores.

a) La menstruación es un proceso que sufren ambos sexos en común, aunque en los hombres no es observable directamente. El argumento esencial reside en el hecho de que nuestra vida tiene unas esencias que forman períodos de 23 y 28 días. Hay que relacionar el «8» con el componente femenino, mientras que el «23» —número de días que separan el fin de un período de menstruaciones del comienzo del siguiente— hay que referirlo al componente masculino. Todo ser humano es fundamentalmente bisexual. Fliess, haciendo observaciones en un caballo, pudo probar (vid. p. 279) la existencia de períodos masculinos y femeninos en los animales. Así fue cómo el médico pudo encontrar absolutamente por todas partes la ley de la periodicidad «23-28».

b) Los «períodos sexuales» determinan todos los estadios de nuestra evolución: la fecha de nacimiento, los días fastos y los nefastos, las enfermedades y la muerte. Fliess escribe por ejemplo: «La infalibilidad de las cifras nos ha enseñado en los casos de algunas de estas enfermedades (gripes, pulmonías, anginas) que su comienzo coincide con una de las fechas menstruales, y que su fin llega puntualmente con el vencimiento de otro plazo menstrual (...) El día de la muerte es de una polaridad contraria a la del día del nacimiento. La muerte pertenece también a las series menstruales y se desarrolla con unos signos cuyo origen sexual es indudable» (p. 255).

Veamos a título de ejemplo el caso de Napoleón. Fliess consigue poner en relación las fechas de las campañas del Emperador con las del nacimiento y muerte de sus hermanos. «El día de la batalla de Dresde escribe Fliess, el día 26 de agosto de 1813, pertenece a otra serie de fechas que establece un vínculo entre el día del nacimiento de Jerónimo, el 15 de noviembre de 1784, y el de la muerte de José Bonaparte que sucedió el 28 de julio de 1844. Entre estas dos fechas hay $21.805 = 948 \times 23 + 1$ días» (p. 252).

c) Otra tesis esencial de Fliess es la que establece una correspondencia entre la mucosa nasal y los órganos genitales. Fliess comienza diciendo que «esta relación se constata en primer lugar en la mujer durante la menstruación por alteraciones de la nariz: tumefacción, mayor sensibilidad al contacto de la sonda y tendencia a sangrar» (p. 11). Una serie de observaciones clínicas le permiten afirmar que hay alteraciones

de la nariz durante el embarazo, así como durante la lactancia y durante la menopausia. Sigue diciendo: «En vista del estrecho vínculo que existe entre la nariz y los órganos genitales, es verosímil ya desde el comienzo que se podrán también registrar durante el acto de reproducción modificaciones de la nariz. Y de hecho existe una cantidad de observaciones según las cuales los hombres son regularmente afectados por hemorragias nasales en el momento del coito» (p. 133). «De acuerdo con mis numerosas observaciones, aparece siempre en los masturbadores una alteración de la nariz (...) Los cornetes inferiores parecen estar a menudo hinchados como vejigas, hecho que desearía considerar como característico del onanismo» (p. 134). «Ciertas prácticas anormales en el comercio sexual verdadero, como son el *coitus reservatus* y el *coitus interruptus*, pueden también provocar alteraciones de las localizaciones genitales de la nariz propiamente dichas. También he constatado estas alteraciones en los casos de abstinencia (viudas)» (p. 136). De este modo, el otorrino que se dedique a aplicar la teoría de Fliess conseguirá penetrar en todos los secretos de alcoba...

Ernest Jones, el fiel discípulo y biógrafo de Freud, escribe que el padre del psicoanálisis «se sometió, y eso a lo largo de años y años, al juicio y a las opiniones de Fliess» (I 317). Este hecho es muy elocuente sobre el rigor científico de Freud...

La obra sobre las relaciones entre la nariz y los órganos genitales apareció en Viena por la insistencia de Freud, editada por F. Deuticke, el que fuera editor de los *Estudios sobre la histeria*. Freud le había escrito a Fliess un poco antes de la publicación del libro que él mismo buscaba el modo de edificar su propia concepción encima del pedestal (*Postament*) de la teoría de Fliess (Carta del 4-12-1896). Cuando apareció en el *Wiener Klinische Rundschau*, una revista de la que Freud era colaborador regular, una reseña severa, éste exigió una rectificación; al no obtener satisfacción para su causa, dimitió del Consejo de redacción. Cuando un año más tarde Fliess se sintió estimulado a aplicar su teoría de los períodos a los fenómenos cosmológicos, Freud lo calificó de «Kepler de la biología». Unos días más tarde, Freud le escribía: «Ayer precisamente me llegó la buena noticia; de este modo los enigmas del universo y de la vida comienzan a ser elucidados y el pensamiento obtiene unos resultados tan favorables y que van más allá de todo lo soñado. En tu opinión, sólo se podría acceder al resultado final por el camino de las matemáticas; pero sea largo o corto el camino que haya que seguir, estoy persuadido de que para ti está abierto». Cuando Freud no consiguió liberar a una paciente de su histeria, le pidió a Fliess que la operase en las fosas nasales. Luego resultaron graves complicaciones para la enferma a causa de que Fliess se había olvidado de retirar de la cavidad nasal un trozo de gasa iodoformizada, pero no por ello dejó Freud de glorificar a Fliess. Le escribió diciéndole que era el sanador de los enfermos «en manos de quien uno puede ponerse con toda la confianza» (cit. in Ellenberger, 1970:371).

4. Cartas del 30-7-98 y del 26-8-98, citadas por Jones (I:335 y. 329). Estos pasajes fueron eliminados por los editores (Anna Freud y Ernst Kris) de las cartas de Freud a Fliess. Nos preguntamos cuáles serían las razones para ello... Observemos que de 284 cartas sólo se publicaron 168, lo que representa una proporción de solamente 6/10.

En 1902, Fliess, personaje extremadamente susceptible, puso término a las relaciones amistosas que tenía con Freud. Y no obstante éste conservó su fe en varias de las teorías de su antiguo compañero, en particular la de la bisexualidad y la de los «períodos». El 11-11-1907, Freud le escribía a Jung: «No cabe duda de que no está nada bien de su parte el hacerme esperar una carta de respuesta durante 25 días (desde el 14-X al 8-XI; lo he comprobado, pues sospechaba un período fliessiano de 23 días)». Ernest Jones (I 416) cuenta que Freud creía que su muerte sería determinada por la ley de Fliess: «Según sus cálculos de "períodos", Fliess le había anunciado a Freud que éste moriría a los 51 años. Una vez que hubo pasado felizmente este período, Freud adoptó otra creencia supersticiosa, de la que habló a Ferenczi en 1910 y que conservó durante largo tiempo: la de que desaparecería en ej mes de febrero de 1918» (Murió veinte años más tarde). En respuesta a una carta de Abraham, en la que éste le preguntaba si podía consultar con Fliess sobre su enfermedad, Freud le escribió el 13-2-1911: «Antes que nada conocerá usted a un hombre notable, incluso fascinante... Está dotado de manera magnífica para las ciencias exactas» (sic).

Freud no se equivocaba cuando le escribió a Fliess que éste estaba construyendo ni más ni menos que el pedestal del psicoanálisis. Ambos amigos presentan el mismo modo de pensamiento y llegan a desembocar en el mismo tipo de errores.

Al comienzo, tanto el uno como el otro se dedican a una práctica. Fliess hace observaciones en la clínica ginecológica de la Universidad de Berlín. En su libro sobre la nariz y los órganos genitales, cita 157 casos que «demuestran» las misteriosas relaciones que el estableciera. El objetivo de esta investigación «clínica» consiste en llegar a establecer una semiología. Así como Gall escruta las protuberancias del cráneo, Fliess examina la nariz y Freud analiza los sueños. Aquel-que-sabe descifra hasta las cosas más íntimas. Tanto en el caso de Fliess como en el de Freud, a lo que siempre llegamos es a los secretos de alcoba. Citemos aún algunas líneas, que se cuentan entre las más edificantes: «Hay otro grupo de enfermedades que no tienen nada que ver con los agentes infecciosos, a saber: la clorosis, la gota, la angustia con asma bronquial, la epilepsia y la migraña, las hemorroides. Su aparición coincide rigurosamente con las fechas menstruales. Deben ser por tanto consecuencias de un empleo anormal y de una mala dirección de la toxina sexual» (1897:256).

La manera como Fliess analiza su material clínico muestra la facilidad con la que, a partir de una teoría, se puede explicar *a posteriori* cualquier hecho observado. Los errores de Fliess, así como los de Gall y los de Freud, ilustran lo insuficiente que resulta la observación clínica y lo «empírico» de los hechos. Lo que la ciencia reclama son hechos *experimentales*, es decir, observaciones controladas rigurosamente. Ello supone el establecimiento de variables claramente definidas y operacionalizadas, experimentos independientes, investigaciones que actúen como réplica, contraexperiencias, grupos de control, etc.

Vamos a comentar un último error metodológico. Fliess observa que hay unos pacientes que presentan alteraciones de la nariz y que por otra parte practican la masturbación. De ello deduce la existencia de «alteraciones típicas de las localizaciones genitales de la nariz en los onanistas» (p. 12). Para confirmar su proposición hubiese debido verificar en un muestreo tomado al azar si todos los individuos que se masturban

tienen además trastornos rinológicos. Desde el informe de Kinsey (1948) es bien sabido que un gran número de jóvenes se masturban de manera más o menos regular. Según esto, y de acuerdo con la lógica de Fliess, serían excepción aquellos que no presentasen alteraciones nasales... Fliess ignora totalmente la exigencia de un examen sistemático de contraejemplos. Y, como veremos, esta regla no es respetada en muy mayor medida por Freud y sus discípulos.

Mientras escribo estas líneas veo resucitar pedazos de teorías fliessianas. Hay anuncios publicitarios que cantan los méritos del «diagrama biorrímico», el cual «se calcula con precisión matemática». Unos vendedores de ilusiones hacen sus buenos negocios gracias a una confusión —¡tan fácil como es!— entre una concepción pseudocientífica y unos datos realmente científicos acerca de los biorritmos y la cronofisiología humana. El ordenador y la calculadora de bolsillo vienen a completar esa apariencia de científicidad. Sólo han cambiado un poco los hábitos verbales, y ahora se habla de «ritmos vitales» cuando antes se hablaba de «períodos masculinos», y de «ritmos psíquicos» en lugar de «períodos femeninos». Las cifras, el 23 y el 28, así como las afirmaciones gratuitas, han permanecido idénticas. Son tenaces,¹ las pseudociencias.

Esta rápida pasada por la historia de las ideas habrá de servirnos para tomar buena nota de que la actitud científica implica *a la vez* la apertura de la mente y la reflexión crítica. El hombre de ciencia no puede rechazar *a priori* las hipótesis que resulten contrarias a la ideología dominante, a la «sensatez», a las costumbres y a las creencias religiosas; pero no por ello debe disminuir en el ejercicio de una incansable vigilancia epistemológica tanto frente a las ideas de recibo, como frente a sus colegas, o incluso frente a sí mismo. Pues en la historia de la ciencia el error es mucho más frecuente que la verdad; y aquello que hoy es aceptado a pies juntillas podrá parecer falso y ridículo en el mañana...

II

EL PSICOANÁLISIS, ¿PROSPERA O DECLINA?

¿Cuentan los psicoanalistas con el favor de la Opinión del día? ¿Les es favorable el sentido de la historia?

Hace unos quince años, Jean-Baptiste Pontalis, uno de los psicoanalistas franceses más eminentes, describía con ironía el desquite que se tomó Freud con los filósofos de Francia: «Alguien me recordaba el otro día que "freudiano", y no hace mucho de ello, era sinónimo de obsceno. Hablando de un ser corrompido se referían sus costumbres freudiennes, mientras que hoy *le freudien* es algo a lo que se le hacen consultas acerca de cómo deben ser nuestras costumbres. Hace treinta años, el filósofo Alain denunciaba en el psicoanálisis una *psychologie de singe* [psicología de pacotilla]; pero los filósofos de nuestros días esperan ahora del psicoanalista que le enseñe al hombre lo que es la felicidad, o qué es un adulto, o un padre, que les suministre en suma una ética, y también que les exima de ella» (1965:110). Recientemente el mismo Pontalis aparecía menos triunfalista. Cuando R. Jaccard le preguntaba «¿cómo ve usted el porvenir del psicoanálisis?», respondió: «sombrió, muy sombrío... El psicoanálisis, como todas las cosas por otra parte, se inscribe en la historia. Hay un "antes" del psicoanálisis, y habrá también un "después"... En este particular hemos de tener confianza en el hombre: no dejará de inventar otros muchos medios para, a la vez, extraviarse, perderse y hallarse» (*Le Monde*, 4-11-1977).

El impacto del psicoanálisis varía según las épocas, los países, los públicos. En algunos lugares es glorificado como la disciplina revolucionaria que ha barrido a la psicología, a la psiquiatría y a la filosofía tradicionales; en otros lugares aparece como una doctrina precientífica que, tal y como están las cosas, no presenta más que un interés histórico.

1. Cuentan que en 1909 Freud, al desembarcar en Estados Unidos para hacer unas conferencias, le confió a Jung las palabras siguientes: «No se dan cuenta de que les llevamos la peste». La epidemia se ha desarrollado con gran rapidez al otro lado del Atlántico.

A su vuelta a Europa, Freud y Jung estaban alborozados. Jung escribe por ejemplo el 30 de enero de 1910: «Las noticias de América son extraordinarias». En 1911, la Asociación Americana de Psicoanálisis vio la luz del día. Al año siguiente, Jung fue invitado, a título de Presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional, a dictar conferencias por

diversos lugares de Estados Unidos, en particular en la Universidad jesuita de Fordham. Le contaba a Freud: «Encontré por todas partes un gran interés y una benevolencia solícita» (Cartas del 11-11-1912).

En el Nuevo Continente el psicoanálisis llegó a ser con gran rapidez un ídolo con el que un público cada vez más amplio se deleitaba. Entre los hechos que podrían explicar una parte de ese éxito habríamos de registrar la llegada durante los años 30 de un número imponente de psicoanalistas europeos que huían del nazismo. Así fue como América llegó a ser la patria adoptiva del psicoanálisis, al menos hasta los años 60.

Desde hace veinte años los progresos muy notables de la psicología científica han ido batiendo considerablemente en brecha las prácticas freudianas. Existen unos modelos alternativos —en particular la teoría del aprendizaje, la *behavior therapy* y la psicología cognitiva— que aparecen como netamente más sólido i, al menos a los ojos de los psicólogos universitarios. En un informe sobre la situación del psicoanálisis en los Estados Unidos, John Rajchman escribe: «Ya desde antes de 1960 las publicaciones oficiales se hacen eco de la crisis. Tanto a los analistas (Kardiner) como a los psiquiatras (Mowrer), el porvenir del psicoanálisis les parece ya desde ahora mismo comprometido en una buena medida» (1975:170). Las demandas de afiliación a la «American Psychoanalytical Association» se van haciendo más y más escasas: «desde 1964 a 1966 hubo la mitad menos que desde 1958 a 1960; en 1967 la cuenta no va más allá de veinte. En 1972, un comunicado oficial precisará que las demandas de formación y de afiliación han disminuido en unas proporciones inquietantes (...) Para engrosar el número de las afiliaciones se recurrió a la práctica de una política tolerante y ecléctica en relación con las ramas hasta entonces estigmatizadas como no ortodoxas» (id.).

Abram Kardiner, psicoanalizado por Freud en 1921-22, y que llegó a ser uno de los líderes del psicoanálisis americano, escribió en 1977: «Y ahora ¿por dónde anda el psicoanálisis? A partir de los años veinte y hasta los años cincuenta, el psicoanálisis se implantó, y prosperó, especialmente en los Estados Unidos. Dejó entrever unas grandes esperanzas en calidad de instrumento terapéutico (...) Pero a partir de los años sesenta, empezó a instalarse el desencanto. El psicoanálisis había prometido más de lo que podía cumplir. Ya el mismo Freud había dicho que el psicoanálisis sólo era válido para *eine kleine Neurose* (una neurosis pequeña) (...) Y por añadidura, la teoría de la libido y la metapsicología se llegaron a convertir en un sistema cerrado, incapaz de servir de guía a ulteriores investigaciones empíricas» (p. 173).

No faltan en el mundo de los psicoanalistas virajes en redondo espectaculares. Es el caso por ejemplo de Albert Ellis, quien emitió críticas severas en una época en la que todavía era analista (1950). Luego abandonó el freudismo en provecho de la psicoterapia «cognitiva». En 1957 publicó un informe sobre sus resultados terapéuticos en el que manifestaba haber obtenido un 50 % de mejorías apreciables durante sus años de práctica psicoanalítica, un 63 % de mejorías del mismo tipo en los tres años durante los cuales estuvo

aplicando una psicoterapia de inspiración analítica, en cara a cara, y un **90 96** de éxitos al cabo de tres años de intentos de una *Rationat-émotive-therapy*, un método que se dirige a la corrección de las creencias «irracionales» relativas a las situaciones vividas *actualmente* por el paciente.

Frederic Perls, formado en el psicoanálisis en Alemania, se fue desprendiendo progresivamente de él. Así que hubo emigrado a los Estados Unidos, elaboró una nueva forma de terapia: la *Gestalt-therapy*. Lo **que le reprocha** principalmente al freudismo es su ineficacia: «La manera puramente verbal, es decir freudiana, en la que me formé, es una apuesta perdida de antemano (...) Lo que Freud llama asociación libre, yo lo llamo disociación; disociación esquizofrénica con el fin de evitar la experiencia (...) **Ya puede usted** hablar y hablar sin fin, proseguir con sus recuerdos de infancia hasta el día del juicio final, sin que nada cambie» (1969:47).

El caso de Thomas Szasz resulta quizá el más espectacular **de** todos. El que fuera dirigente del Instituto Psicoanalítico de Chicago publicó en **1965** *The Ethics of Psychoanalysis* (Basic Books), una obra en la que aun mostrándose crítico, afirmaba todavía que el psicoanálisis es una «ciencia». En 1978 el mismo Thomas Szasz hizo aparecer en Nueva York *The Myth of Psychotherapy*, en el que declaraba que Freud no produjo casi ninguna contribución esencial, que el psicoanálisis no es más que una retórica que nada tiene **que** ver con la ciencia, y que es «fundamentalmente falsa y fraudulenta» (p. 102). El psicoanálisis, que había llegado a adquirir un lugar prestigioso en el mundo de la psicología americana —ya en 1905 Morton Prince le **pedía a** Freud un artículo para el primer número del *Journal of Abnormal Psychology*— hoy tiene que ver cómo es abandonada cada vez más **por** los **expertos de** la psicología. Se ha producido un plano de separación cada vez más claro entre el gran público —que sigue consumiendo psicoanálisis— y los investigadores más cualificados de la psicología y de la psiquiatría modernas, **que** lo critican o simplemente no se interesan por él.

Los teóricos y los prácticos que siguen a pesar de todo presentándose como psicoanalistas adoptan unos esquemas que se alejan de la teoría freudiana. Su insistencia a propósito del yo, de las relaciones interpersonales, el entorno actual, en una palabra, la «dimensión horizontal» —en detrimento de la «dimensión vertical», es decir las pulsiones, el inconsciente, **el pasado** reprimido— todo eso les acerca más cada vez a la psicología existencial (Maslow, Rogers, y otros) o a la psicología behaviorista. Para los psicoanalistas europeos se trata de una concepción «psicologizada», desabrida, emasculada. Alguien como Lacan, por ejemplo, no tiene sino expresiones de desprecio **para** con este «psicoanálisis que no sigue otros caminos que los de la *ego psychology*» (1966:395). El Presidente de la «Ecole Freudienne **de París**» **escribe que** la intervención psicoanalítica «en la esfera americana **se ha rebajado de modo** tan sumario a un medio para obtener el "*success*" y a un modo de exigencia de la "*happiness*" que conviene precisar que se trata ahí de la *renegación del* psicoanálisis» (p. 416).

2. En la actualidad el mayor centro del psicoanálisis no es ya Manhattan sino París. En 1975, hay en Nueva York alrededor de 300 analistas, mientras que en la capital francesa hay unos 560.' El psicoanálisis ha encontrado su nueva patria de elección en Francia; y parece **que** se haya implantado tanto más cuanto que su incubación ha sido muy lenta.

Hubo que esperar hasta 1911 —el año de la fundación de la Asociación Americana de Psicoanálisis— para que apareciera en Francia un primer corto artículo sobre el psicoanálisis. Publicado en la *Gazette des Hôpitaux*, su autor era R. Morichau-Beauchant, de Poitiers. La lentitud de la difusión del freudismo en Francia podría ser explicada acaso por el chauvinismo y por el hecho de que los franceses poseían sus propios exploradores del inconsciente (en particular P. Janet).

En 1914, E. Régis y A. Hesnard publicaron en París la primera obra psicoanalítica francesa: *La psychanalyse des névroses et des psychoses*. Los años de la guerra fueron poco propicios para el desarrollo de esta nueva disciplina *made in Germany*.

En 1921 llegó a París Eugénie Sokolnicka, una ferviente alumna de Freud. Animada por un celo apostólico poco corriente, esa mujer consiguió convencer no sólo a algún hombre de letras, sino también a algunos médicos. E. Pichón y R. Laforgue hicieron un análisis didáctico bajo su dirección y publicaron en 1923 un artículo en *Le Progrès médical*. La «Société psychanalytique de Paris» fue creada en 1926, esto es, 15 años después de la fundación de la Asociación americana. Laforgue era el presidente y Sokolnicka la vicepresidente de una sociedad en la que encontramos los nombres de Hesnard, Pichón, Loewenstein, M. Bonaparte.

En 1928 el filósofo Alain escribió: «El inconsciente forma parte del ceremonial para cenar en la ciudad, del mismo modo que el traje negro» (I 31). En la misma época Freud constataba que en Francia el interés por el psicoanálisis era más vivo en los círculos literarios que en los científicos (X 73, nota de 1923). Hoy esta observación sigue siendo válida, pero es forzoso constatar que en el país de Descartes el psicoanálisis se ha ido infiltrando un poco por todas partes. Es algo que permite ser brillante en los cocktail-parties, y lo encontramos tanto en los periódicos populares como en las oposiciones a cátedra. Se discute acerca del psicoanálisis en la Universidad y también en las peluquerías.

Tal como dice Pontalis: «Más que una teoría que hubiera conseguido vulgarizarse mejor que las demás, el psicoanálisis está llegando a ser algo así como un mito colectivo» (1965:107). Esta declaración viene confirmada por la encuesta que realizara Serge Moscovici durante los años 50 sobre la difusión del psicoanálisis en Francia.

Después de haber analizado alrededor de 1.500 artículos publicados en más de 200 periódicos no especializados, Moscovici escribe que «la prensa, el cine, la radio, permiten en Francia una penetración masiva del psicoanálisis que no solamente da testimonio de un interés que se haya podido poner en él, sino que refleja además una propensión í. propagarlo» (1976:92). En **64** números de la publicación periódica *Elle* enumera hasta 63 artículos que se refieren, de cerca o de lejos, al psicoanálisis. Y esa cura es aconsejada para las afecciones más diferentes: migrañas, trastornos digestivos, dismenorrea.

Moscovici hizo un muestreo de unas 2.000 personas representativas de la población parisina y les hizo preguntas acerca de sus conocimientos de psicoanálisis y sobre las actitudes que tenían para con él. Así constató que, al menos en determinadas capas de la población, el psicoanálisis se ha convertido en un tema de conversación banal, y **que** las nociones clave del psicoanálisis, como lo son el inconsciente, la represión, los complejos, forman parte del lenguaje corriente. Tanto es así **que** los insultos tradicionales son sustituidos **por** etiquetas: *acomplejado*, *reprimido*, *sádico*, *paranoico*, o **por** un condescendiente: «haría usted bien **en hacerse psicoanalizar**»... **El psicoanálisis no es tan sólo una cosa de la cual se habla, sino que actúa como un conjunto**

de esquemas *a través de los cuales* la gente se expresa. El psicoanálisis se ha instalado en el lenguaje y ha transformado la sensibilidad.

Al evocar los dos decenios que habían pasado desde su encuesta de 1955, Moscovici escribe en la 2.ª edición de su libro: «Durante estos años, y el hecho es patente, el psicoanálisis se ha difundido en Francia, y ha llegado a adquirir una posición dominante que no tiene equivalente en ningún otro país. Incluyendo a los Estados Unidos» (1976:481). Los hijos de Freud no se han contenido de ninguna manera con quedarse tranquilamente sentados en sus sillones, sino que además han invadido sistemáticamente los asilos, las cárceles, las universidades, los conventos... Algunos se han convertido en estrellas del Saber y por lo tanto de la pequeña pantalla. Todos los grandes editores publican colecciones y revistas de psicoanálisis. A título de ejemplo: en 1978, las ediciones Tchou lanzan al mercado una colección de 15 volúmenes sobre *Les grandes découvertes de la psychanalyse* (en 12 volúmenes hablan publicado otra colección sobre los signos del Zodíaco...). Y es que el psicoanálisis se vende bien, y además hace vender bien. Pero evidentemente, la mayoría de los editores franceses se guardan muy bien de publicar una sola obra que venga a poner seriamente en cuestión el enorme *bussiness*.

Todos los observadores están de acuerdo en reconocer el sorprendente poder que detenta el psicoanálisis en la Francia contemporánea. El sociólogo Robert Castel escribe en 1973 (p. 258): «El psicoanálisis es la ideología por excelencia de nuestros días (o más modestamente: en-nuestros-días-en-Francia-en-los-medios-intelectuales-"progresistas")i». Más recientemente, Roland Jaccard, periodista de *Le Monde*, declara: «Francia fue durante largo tiempo una tierra hostil para el psicoanálisis: la Universidad la tenía por una "psicología de pacotilla" y la medicina por una terapia dudosa. Si bien la "Société psychanalytique de París" fue fundada hace cerca de medio siglo, la prosperidad prodigiosa que conoce el pensamiento freudiano data de hace tan sólo diez años. Resulta una paradoja del hecho de que mientras que en Estados Unidos, al igual que en la mayor parte de los países industrializados, se asiste a un reflujo del psicoanálisis, la influencia que ejerce en Francia tanto en la psiquiatría como en la filosofía o la literatura no cesa de acrecentarse» (*Le Monde*, 3-11-1977).

Si bien hemos de admitir que París se ha convertido en La Meca del psicoanálisis, no podemos negarnos a reconocer la diversidad de las actitudes del pueblo francés. Lo «psicoanalítico» es un pretexto privilegiado para las conversaciones mundanas, y la teoría freudiana impregna la enseñanza de la filosofía y de las ciencias sociales. Pero, si ya en las clases medias está menos extendido, en los medios populares el freudismo sigue siendo relativamente mal conocido (Moscovici, p. 86). Por otra parte, e. interés y las opiniones difieren según las pertenencias ideológicas. La prensa comunista, por ejemplo, se mostró durante largo tiempo hostil. Denunció al psicoanálisis como símbolo de la cultura burguesa y del modo de vida americano. Pudimos leer en *L'Humanité* que el freudismo es «un arma de propaganda crapulosa», y que «los psicoanalistas intentan embrutecer a los pueblos a golpes de complejos» (17-2-1949). Hay que decir que desde los años 70 las cosas han cambiado un poco, y que algunos intelectuales comunistas, en particular Althusser, se han acercado al psicoanálisis, esencialmente a favor de la moda estructuralista y de la corriente lacaniana.

Las actitudes más favorables se encuentran en las publicaciones situadas políticamente en el centro. La prensa católica ha llegado a ser favorable, al menos en la mayor parte de los artículos (Moscovici, p. 372). Ya a partir de los años cincuenta un 75 % de las publicaciones adoptaban una actitud positiva en relación con el psicoanálisis.

Moscovici registra una correlación entre las convicciones religiosas y el interés por el freudismo. Por ejemplo, al hacer la pregunta de si el psicoanálisis es aplicable a la educación de los niños, obtuvo (en 1955) una respuesta afirmativa en un 60 % de los practicantes frente a un 44 % en los indiferentes en materia de religión. Y éste es el comentario que hace del resultado obtenido: «Esta orientación positiva de los *creyentes* puede ser atribuida a su gran confianza en la educación en general, y en las técnicas de orden psicológico y moral en particular» (p. 196).

Resulta una curiosa paradoja que Freud, que quería asestarle una buena estocada a la cristiandad, se encuentre hoy en día glorificado por la sociedad cristiana. Por más que las autoridades religiosas hayan multiplicado sus advertencias para poner en guardia a los católicos, la doctrina freudiana es hoy la referencia «psicológica» de mayor recurso para un buen número de ellos.

Hay que decir no obstante que aparecen vivas reacciones. En el mundo de la psiquiatría tradicional encontramos por ejemplo a H. Baruk; también a P. Debray-Ritzen, que ha escrito *La Scolastique freudienne* (*La escolástica freudiana*) (1972) mojado la pluma en vitriolo. Con mucho mayor sentido del humor, R. Ruyer denuncia en *Le Sceptique résolu* (*El escéptico decidido*), los «discursos que se dedican a intimidar». Escribe por ejemplo: «El psicoanálisis agita los juncos no pensantes de los sueños, mientras que la trola pasó hace ya tiempo, como barco que llevan las aguas...» (1979:71). F. George publica un virulento panfleto: *L'Effet 'Yau de Poete de Locan et des lacaniens* (*El efecto de camelo de Lacan y de los lacanianos*) (1979)... Y finalmente hemos de registrar que en el interior del propio campo de los psicoanalistas aparecen por aquí y por allá nuevos cuestionamientos y replanteos. Entre los más vigorosos hemos de citar los de Francois Roustang (1976) y de C. Clément: *Les fus de Freud sont fatigues* (*Los hijos de Freud están cansados*) (1978).

3. No parece que en Bélgica el psicoanálisis se hubiese practicado antes de 1923. Hasta 1948 ninguna Asociación oficial vio la luz del día, pero el retraso fue luego ampliamente recuperado. Debido al hecho de que un número apreciable de intelectuales belgas viven a remolque de París, el psicoanálisis ha conocido en Bélgica durante estos últimos veinte años un considerable desarrollo, incluso en las universidades, y en particular en las de lengua francesa. De este modo es como se puede adquirir en ciertas Facultades de filosofía y de psicología un título de Doctor redactando un texto sobre temas como «La castración en la obra de Freud», «La proyección en la teoría freudiana», «El complejo de Edipo en la experiencia freudiana», «El Edipo femenino a través de la historia del psicoanálisis» «El narcisismo según Lacan», y así suce-

sivamente, a gusto del consumidor, *ad infinitum*.¹ En 1970, L. Szondi recibió el título de Doctor honoris causa de una Universidad belga; en 1979 le tocó el turno a Francoise Dolto... a la espera sin duda de los de Marie Cardinal y de Ménie Grégoire.

Donde la situación me parece especialmente preocupante es en el campo de la psiquiatría. Aquellos facultativos a quienes la quimioterapia deja insatisfechos acuden a menudo al psicoanálisis. Con frecuencia aquellos que hacen esa elección ignoran que los desarrollos recientes de la psicología científica, sobre todo anglosajona, brindan otros modelos y otros medios de acción.

4. La evolución del psicoanálisis en el país de nuestros vecinos del norte, en Holanda, ha conocido unas etapas semejantes a las que observamos en Estados Unidos. A un éxito creciente durante la primera mitad del siglo xx le ha seguido un progresivo declive, a partir sobre todo del final de los años 60. Voy a recordar aquí algunos jalones de esta trayectoria.

En 1905 Auguste Stárke empezó a aplicar el método freudiano y comenzó a publicar artículos psicoanalíticos. En 1911, Jan van Emden emprendió viaje a Viena para formarse en el psicoanálisis. Al año siguiente, A. W. van Renterghem, que había fundado a fines del siglo XIX el primer Instituto de psicoterapia holandés, comenzó un análisis didáctico con Jung. En 1917, van Renterghem fundó la «Asociación neerlandesa de Psicoanálisis» y tradujo las *Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse* (Lecciones de introducción al psicoanálisis) de Freud.

En su *Historia del movimiento psicoanalítico*, Freud escribe: «En Holanda el psicoanálisis penetró muy temprano gracias a unas relaciones personales que se establecieron. Van Emden, van Ophuijsen, van Renterghem (*Freud en zijn school*) y los dos Sta'rcke se muestran activos en los terrenos práctico y teórico» (1914, X 72). El padre del psicoanálisis subraya que Holanda es, en Europa, el primer país en el cual una Universidad reconoce oficialmente sus concepciones; en efecto, en febrero de 1914 el psiquiatra Gerbrand Jegersma, rector de la Universidad de Leyden, hizo su discurso inaugural sobre el psicoanálisis (*On-geweten geestesleven*) y declaró su aceptación del conjunto de la teoría freudiana. Algunos años más tarde, Freud le escribió a Abraham: «Los holandeses se toman ahora las cosas en serio. Acabamos de recibir de ellos un paquete de informes sobre trabajos y escritos polémicos ho-

2. Así, bastará con poder leer en alemán, recopiar los fragmentos de Freud que estén en relación con el concepto elegido, arreglarlos, acondicionarlos con una corteza de comentario lingüístico-lacaniano... y uno parecerá sabio, *Doctus cum libro*. Ese fue, lo confieso, uno de mis pecados de juventud. Mi tesis se refería a *La agresividad en Freud* (su resumen constituye el primer capítulo de mi libro *L'agressivité humaine*, en el cual el lector encuentra, por suerte para él, otros cinco capítulos...). Podemos recordar, a propósito de esas exégesis infinitas de las Sagradas Escrituras Freudianas, la fórmula utilizada por Lacan para estigmatizar los «Congresos internacionales de psicoanálisis»: «Nada supera en este caso, ni contraviene el orden de importancia que hemos etiquetado recientemente con un Witz de nuestra cosecha: la *poubellication* [de *poubelle*, cubo de la basura, y *publication*, publicación]» (1966:364).

landeses» (18-1-1918). En 1920, el Congreso Internacional de Psicoanálisis reunió en La Haya a 62 miembros, entre los cuales había 16 holandeses. Pasada la Segunda Guerra Mundial, los personajes importantes de la psiquiatría y de la psicología, como H. G. Rümke, D. J. van Lenep, J. H. van den Berg..., adquirieron una formación psicoanalítica, incluso no trabajando como analistas. En 1947 se fundó en Amsterdam un Instituto de formación psicoanalítica.

Durante los años 50 se afirmó como una competencia inquietante la corriente fenomenológica, representada eminentemente por F. Buytendijk. Pasados quince años el freudismo había perdido su prestigio y la psicología anglosajona, asimilada a la perfección por los holandeses, le asestó unos golpes mortales.

Hoy el viento ha cambiado, y en las Universidades de Amsterdam, de Nimega o de Utrecht —para citar tan sólo aquellas con las que mantengo contactos—, los Profesores de Psicología ya no evocan al psicoanálisis más que como una teoría que pertenece al pasado. Es muy poco probable que el centenar de analistas que ejercen actualmente puedan doblegar este curso de las ideas entre los especialistas de la psicología. 5. Si consultamos los *Psychological Abstracts*, la revista que recensiona los principales libros y artículos de psicología que aparecen por todo el mundo, comprendidos los artículos de las revistas de psicoanálisis, como *Revista de Psychoanalysis*, *Revue française de psychanalyse*, etcétera, constatamos que las publicaciones psicoanalíticas son, en comparación con los trabajos de psicología propiamente dichos, poco numerosos. En 1968, de un total de casi veinte mil publicaciones había que contar sólo un poco más de 300 artículos dedicados al psicoanálisis y 31 sobre Freud. En 1978, de un conjunto de más de veinticinco mil artículos, cerca de 400 trataban de temas psicoanalíticos, y 31 se referían más específicamente a Freud. En total anotamos una proporción de alrededor de 16 artículos psicoanalíticos en relación con 1.000 artículos de psicología, lo que significa menos de un 2 % de la producción «psi».

Voy a suspender aquí mi examen somero, que es además parcial y subjetivo, de la difusión actual del psicoanálisis, pues este problema sociológico no es esencial para lo que quiero exponer aquí: no tiene mucha fuerza epistemológica. Lo que he querido simplemente indicar es que el retoño de Freud no ha conquistado el mundo, y que su porvenir, según la expresión citada de Pontalis, podría ser en efecto «sombrio, muy sombrío»...

III

ETAPAS DE UNA DESCONVERSIÓN

«Al volver a considerar un pasado lleno de errores, encontramos la verdad en un verdadero arrepentimiento intelectual. De hecho conocemos *contra* un conocimiento anterior, destruyendo unos conocimientos mal hechos.»

BACHELARD. *La formation de l'esprit scientifique*, p. 14.

Aun cuando me sienta muy poco tentado por las ostentaciones autobiográficas, creo que debo poner en las manos del lector algunas indicaciones acerca de mi itinerario. Me empujan a ello sobre todo dos razones. Por una parte quiero prevenir expresamente y ya de entrada la objeción según la cual mi crítica del psicoanálisis provendría tan sólo de mi negativa a reconocer de qué se trata. Por otra parte me gustaría satisfacer al lector que desea saber cómo sucedió que un fervoroso adepto del psicoanálisis, miembro durante más de diez años de una Escuela de Psicoanálisis, pudo llegar a perder la fe en las Escrituras freudianas y a convertirse en una suerte de iconoclasta.

Si hemos de dar crédito a los psicoanalistas, no se puede conocer el psicoanálisis, y *a fortiori* volver a ponerlo en cuestión, sin haber sido psicoanalizado según las reglas del arte y sin haber llegado a ser *Vereinspsychoanalyst*, esto es, miembro de una Asociación de Psicoanálisis. Fue lo que le sucedió al filósofo y psicólogo Georges Politzer cuando publicó un artículo, que por lo demás no era muy agresivo, sobre «La crisis del psicoanálisis» en 1929. Entonces A. Hesnard reaccionó con el siguiente argumento: «El señor Politzer emite juicios sobre nuestro movimiento psicoanalítico manifiestamente a título de hombre de mundo, o de teórico, como lector, sea cual fuere su perspicacia psicológica. No participa de ningún modo en este movimiento, pues ni ejerce ni observa directamente el psicoanálisis. Siempre hemos de lamentar lo mismo en todos los críticos del psicoanálisis. Y a aquel que no haya pasado por el psicoanálisis didáctico o por la práctica psicoanalítica intensiva, los resultados de las investigaciones psicoanalíticas han de resultarle chocantes, insensatas y socialmente inconvenientes» (cit. in Politzer, edición de 1969:215). Fue una suerte que Politzer no encontrara demasiadas dificultades para la refutación de este sempiterno argumento *ad hominem*. «Todo esto —escribe— es otra vez "psicologismo", o acaso sea esa tradición de los psicoanalistas según la cual sólo se tiene derecho a criticar al psicoanálisis si se es *Verein-psychoanalyst*. Ahora bien, se da el caso de que cuando alguien critica al

psicoanálisis, entonces ya no es *Vereinspsychoanalyst*; de modo que el argumento citado es lo mismo que decir que sólo tendrían derecho a criticarse entre ellos; y está claro que no tienen ningunas ganas de hacerlo» (id. p. 229).

Mi primer contacto con el psicoanálisis fue la lectura del libro de S. Zweig: *La curación por el espíritu*. Tenía quince años y quedé seducido de inmediato por el alegato del célebre escritor, amigo y admirador de Freud. Mi interés por la nueva ciencia no había de debilitarse mucho durante mis estudios de psicología, antes al contrario. En los años 60, en la Facultad de psicología de la Universidad de Lovaina, aquellos que adoptaban las ideas de Freud experimentaban el sentimiento exaltante de ser progresistas, intelectuales audaces, exploradores de profundidades secretas de las que la psicología lo ignoraba absolutamente todo. Así que hube obtenido mi más mínimo título de primer ciclo, fui admitido en la *Ecole Belge de Psychanalyse*, que era una Sociedad freudolacaniana que, sin tener ningún vínculo oficial con la Universidad de Lovaina, no dejaba de hacer uso de sus locales para reunirse, infiltrándose sistemáticamente en las Facultades de psicología y de medicina. Participaba en los Seminarios y comenzaba un análisis didáctico que había de durar cuatro años. A partir de mis veinte años fui cumpliendo las etapas del *cursus* psicoanalítico.

A lo largo de mis estudios de psicología me centré en el estudio de Freud, considerando como menores los cursos que no se referían a él. Las observaciones críticas de los profesores que no suscribían las teorías psicoanalíticas quedaban desactivadas tan pronto como eran emitidas: en mi opinión sólo se podía tratar de faltas de comprensión o de resistencias afectivas para con la Verdad freudiana.

Con vistas a la realización de mi tesis de doctorado y a mi formación de analista me dediqué a estudiar las obras de Freud tal y como se medita un texto sagrado. Yo permanecía sordo a todas las revisiones y cuestionamientos, mi mente iba pasando por el molinillo de la devoción incondicional, hasta convertirme en una especie de beato de un discurso magistral. En 1967 ya había adquirido los ritos y los tics interpretativos de los psicoanalistas, tenía un retrato de Freud colgado de la pared en mi despacho, y conocía al dedillo el embriagamiento que causa el estar junto a los nuevos genios recogiendo sus espléndidas certezas. Siempre que alguien me hacía una pregunta de psicología, yo le respondía con una referencia extraída de Freud, de Lacan, de Szondi... o con un juego de palabras (Freud y Lacan me habían convencido de que el chiste, el *mot d'esprit*, era la palabra [*te mot*] por excelencia y que los «juegos de Significantes» son el revelador del lenguaje del Inconsciente). Hacía uso de esas palabras clave que, usadas como consignas, les permiten a los iniciados reconocerse y autoglorificarse. Está bien claro que yo no perdía el tiempo intentando convencer a los mas-tuerzos que se negaban a adherirse al psicoanálisis; hubiese sido, como decía Lacan, «echarles perlas a los puercos».

¿Cómo pude llegar luego a rechazar unas creencias tan bien agarradas afectivamente? Dejemos que mi caso ilustre, como tantos otros, la

teoría de la disonancia cognitiva formulada por Festinger. Voy a explicarme.

El ser humano tiende a reducir las disonancias, es decir, los elementos de conocimiento que no concuerdan entre sí, Festinger estudió las diversas estrategias que son utilizadas espontáneamente para conseguir llegar a una situación de consonancia. Una de las investigaciones más notables entre las que realizó fue la que tomó por objeto a una secta que creía firmemente que el mundo sería sepultado por un diluvio en una determinada fecha y que tan sólo los miembros de esa misma secta habrían de salvarse. Los adeptos se habían ido preparando con gran sinceridad para el acontecimiento, abandonando su trabajo y distribuyendo su dinero. Es muy fácil imaginar el hermoso estado de disonancia cognitiva en el que se encontraron cuando llegó el día previsto para el cataclismo (el 21 de diciembre de 1954) sin que éste se produjera. Festinger, que junto con sus colaboradores se había infiltrado en el grupo, pudo analizar las reacciones de los diferentes miembros. Voy a citar aquí sólo aquellas de sus observaciones que nos importan para el caso.

Aquellos de los creyentes que en la noche fatídica se quedaron agrupados conservaron la fe: se sostuvieron y se convencieron mutuamente; dieron una nueva interpretación del hecho disonante explicando que la tierra no fue destruida gracias precisamente a su fervor religioso. En cambio, los miembros que se habían quedado solos esperando en sus casas que la profecía se realizase perdieron la fe en un movimiento en el que, sin embargo, se habían comprometido muy a fondo.

Esta observación y otras muchas, experimentales y clínicas, le permitieron a Festinger afirmar el papel predominante del apoyo social para la perseveración en una creencia.

El sostén y la conformidad de un grupo, al que podríamos muy bien llamar una secta, con el que compartía una misma ideología, vino a faltarme bruscamente durante el año 1968. Me mandaron a los Países Bajos, al departamento de psicología clínica de la Universidad de Nimega, y me encontré como único psicoanalista en medio de un equipo que trabajaba a partir de unas bases radicalmente diferentes de aquellas a las que me había referido hasta el momento. Allí perdí mis anteojeras y una buena parte de mis ilusiones.

Mi primer encontronazo fue en relación con el test de Szondi, una técnica que yo había utilizado muy a menudo hasta mi llegada a Holanda.

Szondi, psiquiatra y psicoanalista húngaro, publicó en 1944 un test compuesto de 48 rostros de enfermos mentales con el título de *El diagnóstico experimental de las pulsiones*. El individuo que se somete a esta prueba ha de separar en un grupo los rostros que le parecen simpáticos y en otro los que le parecen antipáticos. A partir de la elección, el que administra el test puede calcular diversos índices referidos al «destino pulsional» que rige al sujeto: la formación de su carácter, la eclosión de síntomas mórbidos, así como la elección de los amigos, del cónyuge, de la profesión, hasta llegar al tipo de muerte que tendrá. Esto es por lo demás algo que no deja de recordar las especulaciones de Fliess. En todo caso, las fotos elegidas en primer lugar determinan un «plano anterior», y las otras un «plano posterior experimen-

tal». A estos dos perfiles «pulsionales» hay que añadirle un perfil «teórico» del «plano posterior», y que es el inverso del «plano anterior experimental». Hay que señalar que la totalidad de los tres perfiles hacen de este test una de las más hermosas ilustraciones de «artilugio del interior/exterior»...

Szondi apuntaló su test con unas consideraciones genéticas según las cuales las pulsiones serían unas fuerzas hereditarias, transmitidas por los genes; desarrolló además a partir de este instrumento una teoría muy ambiciosa de la psicopatología y del tratamiento psiquiátrico, a saber, la *Schicksalsanalyse*, esto es, el análisis del destino.

Desde los años 50, numerosos psicólogos estuvieron experimentando el test de Szondi en los Países Bajos. Y después de una década de pruebas y ensayos fue abandonado totalmente, ¡justo en el momento en que era introducido en mi país.

Cuando al llegar a Nimega dije con toda ingenuidad que practicaba el Szondi se desencadenó una cascada de carcajadas. Mis nuevos colegas me hicieron leer una serie de trabajos que mostraban que el «diagnóstico pulsional» de Szondi no tenía mucho más valor que el diagnóstico frenológico de Gall. La tesis doctoral de H. Janssen sobre *El valor diagnóstico del test Szondi* (1955) proporcionaba una síntesis de la literatura existente sobre las pruebas de validación así como una serie de nuevas experiencias que respondían a los criterios de la metodología científica. Su conclusión era casi inapelable: «Creemos haber demostrado, escribía el autor, que el test no tiene ningún valor práctico y que incluso presenta peligros, razones por las cuales su utilización en psicología aplicada debe ser vivamente desaconsejada». Esta conclusión era tanto más impresionante cuanto que la tesis en cuestión era publicada en la editorial Swets et Zeitlinger, el principal vendedor de tests, especialmente del de Szondi, en Holanda. Leí luego la revisión crítica de las investigaciones sobre el Szondi aparecida en el famoso *Handbuch der Psychologie (Manual de psicología)*. Las conclusiones de esa publicación no resultaban tampoco ser muy alentadoras. Su autor subrayaba que, sólo ateniéndonos a los principios de su interpretación, el examen de la validez del test de Szondi presenta dificultades excepcionales.¹ El saldo del balance era negativo, por no decir desastroso.

Estaría aquí fuera de lugar dar en detalle los argumentos que le hacían decir al profesor D. J. van Lennep de la Universidad de Utrecht, que «el test de Szondi es sin lugar a dudas uno de los peores que se hayan podido imaginar». Sólo indicaré aquí que los procedimientos de los holandeses eran radicalmente diferentes de aquellos que acostumbraban a utilizar mis Maestros de entonces, fistos se complacían en la elaboración de vastas especulaciones «antropológicas», y practicaban la interpretación «clínica», «dinámica» y «dialéctica», que puede siempre digerir retrospectivamente los hechos más diversos. Los psicólogos holandeses hacían lo contrario, precisando, a partir de la teoría del test, unas implicaciones que fuesen verificables/falsables, para llevar luego a cabo unas investigaciones sistemáticas que respondieran a los criterios de la verdad psicométrica.

Puesto que en aquel entonces yo estaba en la edad en la que se prefiere aquello que confirma el saber adquirido en lugar de aquello que lo contradice, elegí plantear cuestiones impertinentes, y examiné hechos empíricos precisos más que respuestas generales de la teoría. De este modo fue como la

1, *Die ausserordentlichen Schwierigkeiten einer Validierung liegen auf der Harta* (p. 781). Vol. VI. *Psychologischen Diagnostik (Diagnóstico psicológico)*, Ed. Hogrefe, Gotinga, 1964:770-96.

maravilla que se suponía que había de quitarle el velo al Inconsciente familiar y al destino individual inconsciente, me apareció finalmente como una superchería. Y digo «finalmente» pues me hizo falta leer, volver a leer, y experimentar por mi mismo hasta atreverme finalmente a cambiar de opinión.

La segunda desilusión estuvo referida a los efectos del psicoanálisis. Aquí la sorpresa fue menor, pues en cierto modo yo ya lo sabía: la cura psicoanalítica tiene sólo un débil poder terapéutico y puede incluso a veces llegar a resultar un desastre. Conocía varias personas que se habían suicidado en curso de análisis, y sabía también que ciertos análisis de diez años o más se saldaban con dolorosos fracasos.

Hasta 1968 sólo conocía un texto que abordase la cuestión referida a los efectos de la psicoterapia, a saber, el de Winifried Huber (1964: 282s), un psicoanalista que no temía plantear las cuestiones esenciales. Lo que para mí fue novedad fue el descubrimiento de la vasta literatura científica publicada sobre el tema; señalaré en particular el informe de J. H. Dijkhuis y W. Isarin, aparecido en la Universidad de Utrecht en 1963 y que presentaba más de doscientas investigaciones anglosajonas sobre los resultados obtenidos en las psicoterapias. Y al mismo tiempo yo iba descubriendo las alternativas existentes. Tanto en Nimega como en toda Holanda se empezaba entonces a practicar la *behavior therapy* (terapia de la conducta), que parecía ser mucho más prometedora que el psicoanálisis. Leí entonces a Eysenck, a Wolpe, a Festinger, a G. Kelly y a otros grandes nombres de la psicología contemporánea.

Así fue como al fin me di cuenta de qué modo se puede adoptar, incluso en las cuestiones referidas a la afectividad, una manera de proceder realmente científica, es decir, una forma de acercarse a los hechos que, si bien es parcial y aproximada, no obstante es crítica, metódica y objetiva. Después de haber estado codeándome con unos psicólogos que a la vez que eran «humanistas», solícitos y sensibles, se ocupaban también de obtener verificaciones empíricas, abandoné la ecuación simplista según la cual el examen científico de una cuestión es *ipso facto* una reducción «positivista», «racionalista», e irrespetuosa para con lo humano.

Eso no quiere decir que, antes de pasar a los Países Bajos, no encontrara ya en Lovaina unos Profesores eminentes que enseñaban las formas nuevas de la psicología científica; lo que sucede es que sólo les había concedido la atención necesaria como para poder superar los exámenes de sus asignaturas. Para mí, al igual que para Politzer en 1928, el psicoanálisis era «la encarnación de la verdadera psicología» (1928:21), el único conocimiento humano «profundo». Me había empeñado en la justificación de esta maravilla a pesar de todas las objeciones. Pero no resulta tan fácil desprenderse de lo maravilloso.

Cuando volví a Bélgica había ya perdido la fe en el test de Szondi y en la *terapia* psicoanalítica, y las concepciones de mis antiguos Maestros resultaban cada vez más difíciles de aceptar. Sin embargo, por aquel entonces aún conservaba una cierta confianza en la *teoría* freudiana, creía que había que separar, en los millares de páginas publicadas por Freud

y por sus discípulos, el trigo de la cizaña, los datos seguros de la especulación gratuita. Y del mismo modo persistía yo en la creencia de que el psicoanálisis puede ayudar al psicólogo a conocerse mejor; razón por la cual proseguía con mi análisis didáctico durante aún un año más.

Y luego leí la obra de Johannes Linschoten titulada *I doten van de psycholoog*. Este profesor de la Universidad de Utrecht, que había sido en otro tiempo uno de los psicólogos «existenciales» más brillantes, perfecto conocedor del psicoanálisis, se había pasado al campo behaviorista después de un viaje de estudios a los Estados Unidos. La lectura de *Los ídolos del psicólogo* me sacudió vivamente, pero el Presidente de la *Ecole Belge de Psychanalyse* me tranquilizó un poco, al menos durante un tiempo: «¿Linschoten? Sí, lo conocí personalmente. No le fue nada bien. Se volvió loco hacia el fin de su vida». Y sin embargo, la brutal desconversión de ese supuesto «loco» seguía trabajándome...

Otro de los elementos importantes en mi evolución fue el conocimiento que hice de F. Buytendijk. Cuando le fui a visitar por primera vez en 1971, ese gran maestro de la psicología holandesa me dijo, señalándome en su biblioteca las obras completas de Freud: «Yo también, también he leído Freud de cabo a rabo. Y créame, en un 90 % es mitología.» Y cada vez que nos veíamos, Buytendijk, como lo hubiera hecho un profesor en un examen, me hacía preguntas muy embarazosas sobre mis creencias psicoanalíticas...

No obstante aún encontré ganas como para terminar mi tesis doctoral sobre un tema freudiano. Los psicoanalistas miembros del Tribunal comprendieron que yo ya no era un admirador incondicional del Mesías de la psicología «profunda», pero no por ello me guardaron rencor. En 1974 fui nombrado encargado de curso en la Facultad de Medicina de la Universidad de Lovaina, lo cual había de permitirme reflexionar serenamente y con toda libertad sobre las cuestiones epistemológicas que me tenían inquieto desde 1968. La obra que publiqué en 1975 sobre la agresividad revelaba ya mi ambivalencia para con la *teoría* psicoanalítica. Por una parte escribía: «Freud nos proporciona una abundante cosecha de hechos... Aisla para su estudio todo un conjunto de procesos de los cuales sus sucesores habrán de confirmar en una amplia medida la importancia que tienen... Con Freud comprendemos mucho mejor que el sentido es la dimensión propia de la vida psíquica» (p. 34s). Pero no titubeé en declarar que la teoría freudiana de las pulsiones de muerte es «una alegoría que, científicamente, no demuestra absolutamente nada», y que «contiene además el riesgo de una hipóstasis engañosa y de un maní-queísmo simplista» (p. 159). Me guardé muy bien en ese libro de hablar de los *efectos de la cura analítica*, pues sabía hasta qué punto la cuestión resultaba escabrosa.

No se tarda sólo un día en desintoxicarse del modo de pensar psicoanalítico. Mi desconversión se ha hecho a la chita callando, lentamente, pero eso sí, con seguridad. Tuve que vencer no pocas «resistencias», arrostrar la ideología dominante en mi medio intelectual, poner en peligro algunas amistades —pues las pasiones son muy fuertes en el medio

analítico—, abandonar muy a pesar mío la serenidad y la omnisciencia, aprender a decir: «quizá» y «no lo sé».

Freud termina *El porvenir de una ilusión* declarando: «La voz del intelecto es baja, pero no se detiene hasta que se ha hecho oír. Finalmente, después de repetidos e innumerables desaires, acaba imponiéndose» (XIV 377). Esta evolución se ha producido para mí, pero en detrimento del freudismo. Después de múltiples titubeos el psicoanálisis ha acabado apareciéndome como una doctrina que más que estar al servicio del conocimiento psicológico, se dedica a poner obstáculos en su camino.

Si he decidido poner en las manos de los lectores estos pocos elementos biográficos ha sido con el fin de mostrar que conozco «por dentro» eso que hoy contesto. De este modo el lector comprenderá que mis críticas se dirigen tanto a aquel que yo fui como a aquellos que siguen persistiendo en difundir el mensaje freudiano.

De hecho, mi caso no tiene nada de excepcional. En todas partes como quien dice se encuentran personas que se han entusiasmado por el psicoanálisis y que luego han acabado abandonándolo. Voy a terminar el presente capítulo con la evocación de algunos personajes de primer plano.

A tal señor, tal honor: *Karl Popper*, el más grande epistemólogo de nuestra época. Fue conquistado por el psicoanálisis y trabajó bajo la dirección de Alfred Adler en 1919. Luego había de calificar esa «revolucionaria» concepción como una «pseudociencia», y mostrar claramente que los psicoanalistas plantean sus problemas en unos términos que hacen que toda verificación metódica sea imposible. Volveremos más adelante sobre este cambio de dirección y sobre sus motivaciones intelectuales.

Jean Piaget, el más grande de los nombres de la psicología del niño y de la epistemología genética, tuvo también una formación psicoanalítica. A comienzos de los años 20 hizo un análisis didáctico con Sabina Spielrein, una colaboradora de C. G. Jung.² Y todo el mundo sabe que Piaget ha llegado a ser luego un científico riguroso que no titubea a la hora de denunciar vigorosamente 'as «ilusiones» de la psicología especulativa.³

Si el lector me permite que vuelva por última vez a Holanda, señalaré que los dos principales pioneros del psicoanálisis en los Países Bajos han abandonado ambos el psicoanálisis.

A. van Renierghem, que fue el fundador en 1918 de la *Asociación neerlandesa de Psicoanálisis* y su primer Presidente, rechazó el psicoanálisis en 1924. En aquella ocasión declaró que el viejo método de sugestión hipnótica, que había aprendido en 1887 junto a Liébault, es más eficaz y mucho menos costoso (cf. Brinkgreve). Por lo que hace a *Augustí Sídrcke*, el que fuera el primero en practicar el psicoanálisis en Holanda y el primer traductor de Freud al neerlandés, había que cambiar en los

años 30 el psicoanálisis por la etología. Sus intereses pasaron de las historias de diván a las experiencias con hormigas...

Un último ejemplo: el brillante *Georges Politzer* ilustra el hecho de que también Francia conociese virajes radicales. En 1928, Politzer glorificaba al psicoanálisis. En su *Critique des fondements de la psychologie* leemos que «Freud nos da una visión verdaderamente clara de los errores de la psicología clásica, y nos muestra ya desde ahora a la nueva psicología viva y en acción» (p. 17). Diez años más tarde, el pionero de la «psicología concreta» publicaba un artículo sobre «La fin de la psychanalyse» («El fin del psicoanálisis»), que resumía diciendo: «El camino de los descubrimientos reales y de la ciencia efectiva del hombre no pasa por los "atajos" sensoriales del psicoanálisis. Pasa por el estudio preciso de los hechos fisiológicos e históricos, a la luz de esa concepción cuya solidez garantiza el conjunto de las ciencias modernas de la naturaleza» (ed. 1969:302).

2. Cf. la nota del editor francés de la *Correspondance Freud-Jung*, I 306.

3. Cf. especialmente *Sagesse et Illusions de la Philosophie* {Sabiduría e ilusiones de la filosofía}, P.U.F., París, 1965.

IV

PSICOANÁLISIS Y PSICOLOGÍA

En Jos países francófonos, el *best seller* de la psicología vulgarizada (600.000 ejemplares vendidos en unos quince años) lleva el título de *Les prodigieuses victoires de la psychologie moderne*.¹ ¿De la psicología...? De hecho, el autor no habla prácticamente de otra cosa que de las teorías psicoanalíticas. Dedicar menos de una página al behaviorismo, cita una vez a Watson, ignora a Wundt, a Skinner y a todos los grandes nombres de la psicología científica moderna.

Para aquel que no presta atención, la diferencia entre la psicología y el psicoanálisis permanece en una gran vaguedad. Y esa diferencia es sin embargo capital; y además es precisamente el objeto de la presente obra el criticar al psicoanálisis en nombre de la psicología. Se hace deseable por consiguiente precisar algunas nociones.

1. LA PSICOLOGÍA

La psicología tiene una historia corta, pero su pasado se confunde con el de la humanidad. Desde hace milenios hay hombres que intentan comprender lo que su interlocutor tiene «detrás de la cabeza», las razones de sus acciones imprevistas, etc. En este sentido, se ha podido decir que el primer diplomático fue el primer psicólogo.

En el transcurso de los siglos la experiencia precientífica de la «naturaleza humana» fue formulada por los grandes pensadores, por los artistas, por los maestros espirituales. Fue condensada esta experiencia en cuentos y refranes. Pero sólo desde hace uno o dos siglos se han aplicado los hombres a sí mismos el método científico. En el siglo xvn había filósofos empiristas, como por ejemplo el inglés John Locke, que ya se hacían preguntas acerca de las capacidades cognitivas del hombre. El estudio de los órganos de los sentidos aparecía entonces como uno de los primeros temas de una psicología que algunos querían tan sólida como la física.

Hubo que esperar hasta la segunda mitad del siglo xix para que la psicología se constituyese como disciplina científica, distinta de la filosofía. Fueron sobre todo alemanes quienes operaron esta escisión: H. von Helmholtz, G. T. Fechner, y sobre todo Wilhelm Wundt, que fue el fundador del primer laboratorio de psicología, en Leipzig en 1879. A partir de ese momento la psicología se dedicó a analizar, con la ayuda del método experimental, unos pro-

blemas que en otros tiempos sólo eran abordados de manera intuitiva y especulativa.

Hemos de constatar que los primeros resultados fueron escasos. G. Politzer, abarcando con la mirada el primer medio siglo de psicología científica, declaraba con toda la razón: «la historia de la psicología desde hace cincuenta años no es más que una epopeya de desilusiones» (1928:2). El autor de la *Critique des fondements de la psychologie* creía no obstante en la posibilidad de progreso, puesto que escribía: «Dentro de cincuenta años la psicología auténticamente oficial de hoy nos aparecerá como nos aparecen ahora la alquimia y las fabulaciones verbales de la física peripatética» (p. 6). Ha pasado ya ese medio siglo y la predicción de Politzer parece haberse realizado. La psicología científica contemporánea está lejos de Fechner y de Wundt... como por lo demás lo está de Freud y de Jung.

La historia de la psicología está sembrada de polémicas y de virajes. La primera mitad del siglo xx vio enfrentados entre sí al funcionalismo, a la psicología fenomenológica, a la *Gestalt-psychologie*, a las diversas formas de behaviorismo, etc. En nuestros días podemos no obstante utilizar el término de «psicología» en singular. Los grandes manuales de psicología, como los de Krech y Crutchfield (1974) o de Hilgard y Atkinson (1975), no están ligados ya a una Escuela en particular. En su forma contemporánea, la psicología ha integrado lo mejor que la psicología funcionalista, el behaviorismo, la psicología de la forma, la psicología cognitiva... y el psicoanálisis han producido; esto es, las observaciones controlables y las explicaciones verificables. La psicología ha evolucionado así desde un discurso acerca del alma (**psyquē-logos*), un discurso subjetivo y a veces presuntuoso, hasta una ciencia de los comportamientos, más humilde, pero que progresa metódicamente.

2. DEFINICIÓN DEL PSICOANÁLISIS

La definición de psicoanálisis más clásica que existe la dio Freud en un artículo destinado a una enciclopedia. Dice así: «*Psicoanálisis* es el nombre *a)* de un procedimiento de investigación de los procesos mentales que de otro modo serían poco menos que inaccesibles; *b)* de un método de tratamiento de los trastornos neuróticos fundado sobre esa investigación; *c)* de una serie de concepciones psicológicas así adquiridas y que van acrecentándose hasta formar progresivamente una nueva disciplina científica» (1923, XIII, 211). Vamos a explicitar cada uno de esos puntos.

a) El procedimiento de investigación es el método de las asociaciones libres: al paciente, acostado en un diván, se le invita a decir todo lo que le pasa por la cabeza sin elegir nada ni omitir nada voluntariamente, incluso cuando parezca fútil, absurdo o grosero.

b) La terapia está basada en la interpretación que hace el analista de las asociaciones del paciente.

c) Las concepciones teóricas son complejas, proteiformes. Los alumnos de Freud, utilizando una misma técnica, han llegado a desarrollar ideas a veces diametralmente opuestas. Tras las defecciones de Adler, de Stekel y de Jung, el padre y fundador quiso definir de manera precisa lo que mejor especifica al psicoanálisis. El texto *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* viene en respuesta de esta cuestión. En ¿1

1. Pierre Daco, 1." ed. en 1960. Ed. Marabout. París.

leemos: «Toda orientación de investigación que reconozca la transferencia y las resistencias, y las considere como el punto de partida de su trabajo puede calificarse como *psicoanálisis*» (1914, X 54). Cuando Groddeck le pidió a Freud que le confirmase su estatuto de independencia en relación con el psicoanálisis, Freud le respondió: «No puedo hacerlo, reivindico mis derechos sobre usted y estoy obligado a afirmar que es usted un analista de primer orden que captó de una vez por todas la esencia de la cosa. Cualquiera que haya reconocido que la transferencia y la resistencia constituyen el pivote del tratamiento pertenece sin retorno a nuestra horda salvaje. El hecho de que llame "Ello" al inconsciente no cambia nada» (5-6-1917).

Hay además otras nociones que vienen a añadirse a <.-sc núcleo central de la teoría: el concepto de inconsciente¹ y la importancia de la sexualidad. Hemos de observar sin embargo que Freud no presenta esos dos elementos como los más específicos. Sabía muy bien algo que hoy ignoran los que no son especialistas, y es que la importancia de la sexualidad y del inconsciente la afirmaba ya una serie de filósofos y de psiquiatras del siglo xix y que constituyen sus precedentes.

Si queremos hacerle justicia a Freud, habremos de recordar que no da una importancia semejante a todos los elementos de su obra. Así, refiriéndose a sus elaboraciones «metapsicológicas», declara: «Representaciones de este tipo pertenecen a la esfera especulativa del psicoanálisis, y cada parte puede ser, sin perjuicio, en su lugar, sustituida por otra así que se haya demostrado su insuficiencia» (XIV 58).

3. LA CONFRONTACIÓN

a) ¿Cuál fue la actitud de Freud para con la psicología? ¿Veía sus propias concepciones como una simple contribución a la joven ciencia?

En los comienzos de su carrera, Freud se interesó por la psicología de su tiempo, que era intuitiva y especulativa, una psicología aún en gran medida dependiente de la filosofía. Su interés se lo explicó a Fliess en estos términos: «En los años de mi juventud sólo aspire al conocimiento filosófico, y ahora estoy a punto de realizar esta aspiración al pasar de la medicina a la psicología» (2-4-1896).

Freud no tiene sino elogios para «el gran G. Th. Fechner» (II 541), autor de los *Elementos de psicofísica* (1860) —pero también autor de una *Anatomía comparada de los Ángeles* y de la primera obra que se escribiera sobre la psicología de los vegetales, *Nüchternheit > hi vida psíquica de las plantas*—. Por su parte, a Wundt lo cita varias veces, calificándolo de «filósofo» (XI 40) y sin tener en cuenta ninguno de sus trabajos experimentales.

En cierta manera Freud parece haber querido insertarse en la historia de la ciencia psicológica. Por otra parte acepto la expresión «psicología de las profundidades» que le había propuesto E. Bleuler para calificar su teoría. Y en 1927 escribía: «El psicoanálisis es una parte de la psicología, no de la psicología médica en el sentido antiguo de la expresión, ni de la psicología de los procesos mórbidos, sino simplemente de la psicología», y precisaba: «Es cierto que el psicoanálisis no es toda la psicología: es su basamento (*Urtterbau*), quizás incluso su fundamento (*Fundament*)» (XIV 289).

De hecho, a medida que desarrolla su obra, Freud va acentuando todo aquello que lo separa de la psicología de su época. Freud habla de su causa (*Sache*), de su Escuela, de su Movimiento. Nunca se ocupó de ponerse al corriente de los progresos de la psicología científica. El índice general de sus obras muestra que nunca citó a J. Watson, o a Thorndike, y que sólo le dedicó una línea a Pavlov; y además lo hizo para evocar una experiencia que no era la del famoso condicionamiento (VI 225). Cuando en 1934 Wortis le preguntó a Freud sobre las respuestas condicionadas, éste respondió: «Este concepto pertenece a la fisiología, y es ridículo (*lacherlich*) hacer uso de él para intentar una explicación de las neurosis» (p. 63).

La corriente behaviorista, cuyo éxito no había hecho más que aumentar a partir de 1913, sólo mereció ante sus ojos dos líneas; las cuales por lo demás son testimonio de un desconocimiento cierto de los desarrollos de esta Escuela. En 1925, Freud escribe: «En América, el psicoanálisis encuentra como obstáculo al behaviorismo, que se jacta ingenuamente de haber eliminado por completo el problema psicológico» (XIV 79). Y en 1938 explica en una nota al pie de página que el behaviorismo quiere fundar una psicología sobre la negación de la noción de consciencia (XVII 79). ¿Habremos de recordar aquí que los behavioristas, más que negar la existencia de los fenómenos «interiores», lo que hicieron fue negarse a considerarlos como explicaciones *suficientes* de los comportamientos?

b) El desinterés de Freud para con la psicología científica puede explicarse por la pobreza que a comienzos del siglo xx tenía esta disciplina, sobre todo comparándola con la audacia de sus propias concepciones. Pero eso hace mucho menos excusable la actitud de la gran mayoría de los psicoanalistas de la segunda mitad de nuestro siglo, que ignoran olímpicamente los trabajos psicológicos.

Tras la publicación de la obra postuma del psicólogo holandés J. Linschoten (1964), en la que se ponían en entredicho los presupuestos freudianos, el psicoanalista belga H. Pirón tuvo el honor de publicar una respuesta en la principal revista de psicología de los Países Bajos. Los contraargumentos eran, por una parte, que «la verificación experimental es un método que no conviene a la psicología», y por otra parte que la crítica formulada por Linschoten hablaba más de él que del psicoanálisis. Y Pirón terminaba su artículo con la fórmula siguiente: «Que cada cual se ocupe de aquello que le concierne. No hay que confundir el *Erfahrungsbereich* psicoanalítico con el de la psicología. La crítica del psicoanálisis es en efecto uno más de los ídolos de la psicología».

Otro ejemplo del sentimiento de superioridad de los psicoanalistas: un discurso de J. Schott, antiguo Presidente de la «École Belge de Psychanalyse», en el cual presenta a su disciplina como la *verdadera* psicología: «En la dirección contraria a una "visión errónea de la historia de la ciencia, fundamentada en el prestigio de un desarrollo especializado de la experiencia" (Lacan), al psicoanálisis freudiano le incumbe inaugurar la única realización histórica y actual posible en verdad, de lo que podríamos llamar toda la *intención psicológica* occidental (...) Este hecho puede simplemente haber quedado ligeramente encubierto por lo que hay que llamar en rigor ciencias de segunda fila: véase esa o aquella psicología "general", o tal o cual psiquiatría "clínica" puramente clasificatoria (...) En el marco de una recuperación como la presente del sentido de "la ciencia de siempre" (Lacan) ya el solo proyecto de las ciencias de tipo estrecho sobre cuyo espíritu ha tenido que

ir conquistándose el psicoanálisis, adquiere un rango de error o de ilusión en el camino en marcha de la verdad. Esta fue precisamente la lección de Freud» (1971:334). Queda, claro está, una cuestión pendiente que lo que en su escrito sigue desgraciadamente no aclara, y es la de saber lo que es en definitiva la ciencia.. Habremos de volver sobre eso.

c) Entre los psicólogos las opiniones sobre el campo contrario están relativamente diversificadas. Algunos estiman que el psicoanálisis puede, al menos en una amplia porción, ser traducida a los términos de la teoría del aprendizaje. Era la posición adoptada por J. Dollard y N. Miller en su obra clásica *Personality and Psychotherapy* (New York, 1950). Estos psicólogos estimaban que el psicoanálisis proporciona una serie de observaciones clínicas mal controladas pero que sin embargo resultan fecundas. De modo que el psicoanálisis sería algo así como una «protociencia», un punto de partida, una teoría precientífica, pero de la cual se derivarían unas hipótesis interesantes. Un importante número de psicólogos seleccionaron en el psicoanálisis las proposiciones que les parecían verificables para integrarlas luego en el *corpus* de la psicología científica. Las investigaciones de Robert Sears y su informe de 1943 acerca de los conceptos psicoanalíticos siguen siendo el modelo de esta actitud «anexionista», que generalmente es denunciada por los psicoanalistas como una profanación, o cuanto menos como una «recuperación».

Otros psicólogos —y en nuestros días éstos son los más numerosos— consideran al psicoanálisis como una falsa ciencia, pero no en el sentido de una «protociencia» sino de una «pseudociencia». En su opinión el psicoanálisis ha aportado muchos cambios pero pocos progresos reales, y ven en el freudismo un obstáculo epistemológico para el desarrollo de la psicología. Así por ejemplo, el psicólogo inglés S. Rachman escribe: «La psicología y la psiquiatría contemporáneas serían mucho más ricas y más sensatas si Freud no se hubiese equivocado con tanta frecuencia. Estas dos ciencias han aprendido a sus expensas que no existen atajos. En la mayoría de los casos el psicoanálisis ha resultado ser un obstáculo para el desarrollo de las ciencias» (1963, p. X).

A esa misma conclusión algunos han llegado sólo de un modo progresivo. Así por ejemplo, el famoso Hans Eysenck resumía en 1953 las conclusiones de una serie de investigaciones sobre el psicoanálisis en los términos siguientes: «Por cada una de las hipótesis con fundamento, hay al menos dos en las que la evidencia es dudosa o a veces netamente opuesta a la expectativa. Y este resultado no es de ninguna manera una media despreciable cuando se trata de hipótesis científicas» (1953:168). Veinte años más tarde, el mismo Eysenck declaraba: «Diría, y mido mis palabras, que a pesar de los aspectos positivos de su contribución, Freud hizo dar a la psiquiatría una marcha atrás de al menos cincuenta años». Lo que separa a estas dos opiniones es un análisis en profundidad del psicoanálisis y de sus efectos en la investigación psicológica.

En el fondo, el problema de las relaciones del psicoanálisis con la psicología es equivalente al de las relaciones entre el psicoanálisis y la ciencia. En efecto, la psicología se define como el conjunto de las observaciones sobre el comportamiento ensayadas científicamente. A partir de ello, la cuestión se reduce a examinar en qué condiciones una teoría es validada y a saber si el psicoanálisis responde a esos criterios.

LA ACTITUD CIENTÍFICA

La noción de «ciencia» fue y sigue siendo entendida en diversos sentidos. El *Vocabulaire de la Philosophie* de Lalande recensiona hasta cinco acepciones, de las cuales sólo las dos últimas coinciden con la definición utilizada en la actualidad por los «científicos». Las tres primeras definiciones del *Vocabulaire* son: 1. Sinónimo de *saber*. 2. Por extensión (y un poco abusivamente) aquello que dirige la conducta de una manera adaptada, tal como lo haría un conocimiento claro y verdadero. 3. Habilidad técnica; conocimiento del oficio.

El sentido moderno de la palabra *ciencia* no queda bien delimitado hasta Kant, que la define como una doctrina que forma un sistema, esto es, un conjunto de conocimientos ordenado según unos principios.

La más simple definición que hoy puede darse del término «ciencia» es, sin duda alguna, la de un conjunto de conocimientos metodicos, objetivos y verificables.

1. LOS DIVERSOS TIPOS DE CIENTIFICIDAD

Podemos distinguir tres grupos de disciplinas: las ciencias formales (la lógica y las matemáticas abstractas); las ciencias empíricas y experimentales, cuyo modelo es la física; y las ciencias hermenéuticas, cuyo prototipo es la historia.

a) Las primeras disponen de procedimientos que permiten evaluar sin ambigüedad sus enunciados.

b) Las segundas intentan explorar y explicar unas realidades empíricas. Al contrario que las del grupo a), sus proposiciones han de ser confrontadas con la experiencia y sólo son aceptadas tras de una confirmación por medio de la evidencia empírica.

Es importante distinguir en este segundo grupo las ciencias «experimentales» en el sentido pleno del término, de las ciencias «empíricas» o experimentales en un sentido más débil de la expresión. Las primeras manipulan sistemáticamente unos fenómenos (las variables «independientes») para examinar sus efectos en el nivel de las variables «dependientes». Las disciplinas del segundo grupo se contentan con observar los acontecimientos y calcular las correlaciones que puedan presentar. Siguiendo la terminología de Claude Bernard (1866), las variaciones son, en el primer caso «provocadas», mientras que en el segundo son simplemente «invocadas».

El estatuto epistemológico de las observaciones metódicas «experimentales» en el sentido débil del término es en principio menor que el de los resultados de una intervención activa del científico. Un investigador que **traba-**

je a partir de covariaciones independientes-de su acción, observadas *a posteriori* (investigaciones *ex post facto*) sólo difícilmente podrá pronunciarse sobre la causalidad de los fenómenos observados. Pueden haber otras variables que estén en correlación con las que ha aislado y que constituyen la verdadera base, que habrá pasado desapercibida, de las relaciones que él ha puesto en evidencia. Si tomamos el caso de la sociología, disciplina que sólo muy difícilmente puede efectuar experimentaciones directas, veremos que es víctima con gran frecuencia de lo que los anglosajones llaman *a spurious correlation*, es decir, una correlación ilusoria o parásita. El psicólogo intenta, tan lejos como le es posible, llevar a cabo experiencias en el sentido pleno del término, esto es, lo que intenta es (re-)producir, de una manera controlada, unos hechos. No obstante siempre quedará una serie de manipulaciones que serán imposibles de llevar a cabo, ya sea por razones de orden técnico, ya sea por motivos morales.

c) El tercer conjunto de disciplinas que consideramos ha sido llamado, según las épocas, ciencias del espíritu, ciencias morales, ciencias idiográficas (esto es, que describen las particularidades individuales y que se oponen a las ciencias «nomotéticas», que establecen leyes), ciencias descriptivas, comprensivas, interpretativas, hermenéuticas, semiológicas...

La oposición que existe entre las disciplinas del segundo y del tercer grupo quedó cristalizada en el pensamiento alemán del siglo xix. La «guerra de los métodos» constituía por aquel entonces uno de los temas centrales de las discusiones filosóficas. El más célebre de los representantes de ese dualismo metodológico fue sin lugar a dudas Wilhelm Dilthey (1833-1911), quien popularizó la distinción del historiador J. Dioysen entre «explicar» y «comprender». Su fórmula, que decía así: «explicamos la naturaleza, y comprendemos la vida psíquica»,¹ conoció un considerable éxito.

Los elementos motores de la reflexión acerca de los diversos tipos de inteligibilidad en las ciencias humanas han sido tanto la filosofía de la historia como la comprensión de la dimensión histórica del derecho y de la economía.

En el siglo XIX el historiador era el rey: se le preguntaba qué era el hombre, qué es una Nación, se esperaba de él que dijese si Jesús era o no hijo de Dios. Durante el siglo xx el estatuto científico de la historia fue gravemente cuestionado. Valéry escribe en sus *Regarás sur le monde actuel* (*Miradas sobre el mundo actual*): «La historia justifica todo lo que se quiera. En rigor no enseña nada, pues contiene de todo, y proporciona ejemplos para todo».¹ La principal de las disciplinas «hermenéuticas» ha tenido que efectuar unos muy serios esfuerzos metodológicos para conservar la etiqueta de «ciencia». El primer esfuerzo que el historiador ha debido hacer ha sido el de ser cada vez más modesto. En la actualidad no queda ya ninguno que tenga la pretensión de «resucitar íntegramente el pasado»; el historiador sabe hoy que no hay una Historia, sino múltiples historias, y que además varían según cuál sea el punto de vista adoptado; admite que no puede hacer predicciones a largo plazo y que además sean precisas; reconoce también que no puede formular leyes generales más que con grandes dificultades. Por otra parte, el historiador ha elaborado una serie de reglas de «crítica histórica» que le permiten discernir la autenticidad de los documentos, juzgar la importancia y también la credibilidad de los testimonios, y establecer unos «hechos» y li-

1. 'Die Natur erkldren wir, das Seelenleben verstehen w<>.' In: *Ideen über beschreibende und zergliedernde Psychologie* (*Ideas sobre psicología descriptiva y analítica*, 1894).

2. *Oeuvres*, 11:935, París, Gallimard, col. «La Pléiade».

mitar el carácter tendencioso de su interpretación. Y finalmente ha integrado unas informaciones que las demás ciencias (como la economía, la demografía, etc.) le han ido proporcionando, ha podido hacer estadísticas válidas, ha aprendido el manejo de los ordenadores...

¿Y qué ha sido de la psicología? Cuando la psicología experimental nació, un buen número de filósofos e incluso de psicólogos pusieron en duda la experimentación hecha siguiendo el modelo de las ciencias naturales, y ello ya sea porque la consideraron como *insuficiente* como para dar cuenta de los aspectos diversos de la condición humana, ya sea porque la declararon radicalmente *contraindicada*. Durante mucho tiempo la psicología ha permanecido siendo una disciplina híbrida, repartida entre el método experimental y la referencia interpretativa. En la actualidad la mayoría de psicólogos —entre los cuales me sitúo— estiman que el *Methodenstreit* pertenece a una época ya caduca.

En 1894 Wilhelm Dilthey tenía muy buenas razones para publicar sus *Ideen über eine beschreibende und zergliedernde Psychologie* (reed. en 1924, I 145-245), en donde deploraba que la psicología científica de su tiempo no diese cuenta de los fenómenos humanos más importantes, reclamando a la vez la constitución de una «psicología comprensiva o descriptiva» que fuese capaz de analizar la vida psíquica sin mutilarla. Pero ya en ese mismo texto, de tanta celebridad, su autor —del que J. Freund dijo «que fue y sigue siendo el teórico de las ciencias humanas» (1973:79)— reconocía la importancia del control científico de las hipótesis. Dilthey llegaba a afirmar que el examen comprensivo «es una preparación para la monografía explicativa» (p. 198). En ese mismo año, 1894, W. Windelband, autor de la célebre distinción entre «ciencias nomotéticas y ciencias idiográficas» declaraba por su parte: «la psicología, si nos atenemos a su objeto, es una ciencia puramente moral y en un cierto sentido la base de todas las demás; pero su manera de proceder, su método, es, desde el comienzo hasta el final, el de las ciencias de la naturaleza» (citado por Dilthey, 1924, I:249).

Desde la época en que se hicieron estas afirmaciones, la evolución de la psicología ha ido mostrando, en los hechos, la fecundidad de la manera de proceder experimentalmente.

En resumen, los psicólogos disponen de tres modos de investigación: el método experimental (en sentido riguroso), la encuesta empírica sistemática, el análisis comprensivo-interpretativo de los casos individuales (método «clínico»). Las tres maneras de acercamiento pueden desembocar en unos enunciados que podemos llamar «científicos». Aunque hay que tener en cuenta que la garantía de cientificidad va decreciendo a medida que uno va pasando de la primera a la tercera.

2. LAS REGLAS MÍNIMAS DE LA CIENTIFICIDAD

Más allá de la diversidad de sus opciones metodológicas —que varían según cuáles sean los temperamentos de los investigadores, sus objetos y sus medios de estudio—, todos los hombres de ciencia, ya sean físicos, psicólogos o historiadores, tienen el deber de respetar un mínimo de reglas sin las cuales su actividad no puede ya ser calificada de «científica».

a) La dimensión más específica del «juego científico» es la exigencia de verificabilidad/falsabilidad.

Al contrario que el filósofo, el científico no puede contentarse con unas proposiciones generales que no sean verificables en concreto. Una hipótesis

o una explicación sólo tienen valor científico si se prestan a unas pruebas empíricas que permitan confirmarlas o infirmarlas.

Esta exigencia afecta tanto al partidario de un acercamiento «clínico» como al investigador de laboratorio. En cada uno de los casos hay que observar, hay que formular hipótesis, precisar implicaciones testables/falsificables a partir de unas conjeturas y ponerlas a la prueba de nuevos hechos (procedimiento hipotético-deductivo).

A esta exigencia fundamental de poder someterlo todo a un test o prueba podemos vincularle otros dos rasgos del procedimiento científico: la cuantificación de las observaciones y la comunicabilidad de los resultados.

Los procedimientos de *medida* mejoran la precisión y el valor de los enunciados. Tanto como es posible, los científicos cuantifican sus observaciones y utilizan las matemáticas, que tienen por lo general una función heurística.

Que las proposiciones sean verificables supone también que sean *transmisibles*. Los tests empíricos han de poder ser repetidos por los demás especialistas de la disciplina; es lo que se llama «investigación replicativa». Esta exigencia de control mutuo requiere un esfuerzo de claridad en la exposición de las ideas, de los métodos y de los resultados.

Las pseudociencias no respetan esas normas. Sus proposiciones son formuladas por personas que se supone que son privilegiadas y que han tenido de algún modo unas revelaciones excepcionales.

b) *El carácter metódico*. La evaluación del grado de científicidad de un enunciado implica un procedimiento de verificación que sea metódico.

También el hombre de la calle busca la verificación de sus ideas y de sus suposiciones, pongamos por caso de la que ha leído en su horóscopo. Pero en sus intentos de confirmación lo que a menudo le ocurre es que hace una selección arbitraria de los hechos que confirman lo que espera encontrar en ellos y negligente por el contrario todos los demás. El científico, en cambio, se construye a unos procedimientos que toman en cuenta de manera muy especial los casos desfavorables para la hipótesis formulada y los casos favorables pero que son imputables simplemente al azar.

c) *La objetividad*. Lo que anhela el investigador son unos conocimientos fiables, que sean independientes de la perspectiva individual y de las circunstancias que los han visto nacer.

La investigación del científico será calificada de «objetiva» en la medida en que produzca unos hechos que no estén contaminados por factores subjetivos y en la medida en que obtenga unos resultados que tienen un valor universal.

La obtención de unos datos objetivos implica la puesta a punto de unos métodos tales que cualquier especialista competente pueda, mediante su aplicación, constatar los hechos que se están buscando.

En general se admite que una prueba de objetividad es la concordancia (efectiva o virtual) de varios observadores independientes que trabajen en circunstancias análogas y con las mismas herramientas conceptuales y técnicas. De este modo se ha podido definir la objetividad para la intersubjetividad. Este criterio, sin embargo, permanece siendo discutible, pues los que han de juzgar pueden ser inducidos todos a la vez en error.

d) *La actitud crítica*. El científico es un incrédulo. Sólo acepta, y cuando lo hace es a título provisional, aquello que ha sido sometido sistemáticamente a la prueba de los hechos.

Convencido como está del carácter relativo de las construcciones teóricas, el científico está comprometido en una obra común e indefinida, que exige unos intercambios democráticos con los demás especialistas. No obstante, a pesar del hecho de que muchos conocimientos son rechazados en el curso del

en tiempo y que incluso las premisas de las disciplinas son vueltas cuestión periódicamente, la ciencia aparece como un *proceso acumúVti™*. Los progresos permiten afinar los conceptos y relativizar las leyes establecidas con anterioridad y ello sin que hayan de quedar reducidas a nada. Todo eso nos conduce hacia unos conocimientos cada vez mejor validados y cada vez más fecundos, sin tener jamás por ello la pretensión de detentar la

VI

¿PRETENDE EL PSICOANÁLISIS SER CIENTÍFICO?

Con frecuencia el público se queda impresionado por la erudición de los psicoanalistas. Tanto Freud como sus discípulos hacen gala en general de una amplia cultura... literaria y artística. Citan a porfía a Platón, a Goethe, o a Edgard A. Poe; conocen los mitos arcaicos, los poetas surrealistas y muchas otras historias. Por esta razón rae parece útil recordar aquí, con G. Bachelard (1947:8), que «*la paciencia de la erudición nada tiene que ver con la paciencia científica*».

¿Se puede decir que Freud, que tenía una mente eminentemente cultivada, haya producido ciencia en el sentido moderno de la palabra, esto es, unos conocimientos que se puedan someter a prueba, que sean metódicos, comunicables, y acerca de los cuales los investigadores puedan ponerse de acuerdo?

1. Incontestablemente, Freud practicó el culto a la Razón y a la Ciencia (con mayúscula), pues en ellas veía él los resortes del Progreso. Paralelamente a sus estudios de medicina, estuvo trabajando en el laboratorio de Briicke, un fisiólogo resueltamente positivista. Ernst Jones, el fiel hagiógrafo del padre del psicoanálisis, observa sin embargo: «Aun cuando Freud era un estudiante laborioso y aplicado, no se le daban demasiado bien las ciencias "exactas"» (I 38). «Lo que en las investigaciones neurológicas de Freud nos sorprende más es su adhesión a la anatomía. El microscopio era su única herramienta de trabajo. Para él fisiología significaba histología y no experimentación (...) Por tres veces intentó practicar el método experimental, pero siempre sin éxito» (I 57s).

A lo largo de toda su carrera de psiquiatra, Freud fue un clínico y un teórico, jamás un experimentador ocupado en establecer comprobaciones y experiencias *de manera sistemática*, hipótesis *operacionalizadas con precisión*. Voy a citar algunas declaraciones significativas elegidas al azar. En 1895, Freud escribe: «Me sorprende ver cómo las historias de enfermos que escribo han de ser leídas como novelas y de qué manera les falta por así decirlo el sello de seriedad de lo que es científico» (I 227). Quince años más tarde, a Jung: «con mi trabajo sobre el tótem y lo demás, la cosa no marcha (...) El interés está debilitado por la convicción de poseer ya por adelantado los resultados que uno se esfuerza en probar (...) Veo por las dificultades de este trabajo que no estoy en absoluto organizado como un investigador inductivo, sino enteramente con vistas a lo intuitivo» (17-12-1911).

Freud sólo una vez cita a Claude Bernard, y lo hace para hacer suya (II 527) la expresión «*travailler comme une bête*» [«trabajar como una bestia»], una frase que no es precisamente lo más típico que habría dicho el autor de la *Introducción al estudio de la medicina experimental*, quien precisamente dedicó su vida a demostrar que había que trabajar *científicamente*.

Cuando S. Rosenzweig le mandó a Freud sus trabajos experimentales sobre la represión, el maestro de Viena le respondió: «No puedo concederles demasiado valor a esas confirmaciones, pues la riqueza de las observaciones sólidas sobre las cuales descansan mis afirmaciones las hacen independientes de la verificación experimental. De todos modos eso no puede hacer daño» (cit. por Eysenck y Wilson, 1973: p. XI).

En los años veinte, Freud esperaba que le fuese concedido el Premio Nobel de Medicina. Sus amigos emplearon todos los medios que tenían a su alcance para conseguir ese propósito. En 1930, Freud tan sólo había obtenido el Premio Goethe... de literatura, mientras que el Premio Nobel era destinado en esa época a su compatriota J. Wagner-Jauregg, el inventor del primer tratamiento eficaz de la sífilis y de sus consecuencias psiquiátricas.

2. Algunos de los discípulos de Freud quisieron ampararse en la autoridad que da la ciencia por el procedimiento de hacer uso de un vocabulario ambiguo. Baste citar un ejemplo reciente, el subtítulo de la revista *Psychanalyse á l'Université* (nacida en 1975) y que reza pomposamente: «Revista del *Laboratorio* del psicoanálisis y de psicopatología de la Universidad de París VII» (el subrayado es mío).

Un buen número de psicoanalistas han preferido otro camino y han optado por abandonar las polémicas sobre la científicidad de su disciplina. Aunque podrían citarse una buena cantidad de declaraciones que van en este sentido, me contentaré con evocar aquí algunas frases de especialistas cuya clarividencia tiene gran reputación. Roustang escribe: «Lacan no dijo nunca que el psicoanálisis fuese una ciencia, o que no lo fuese, sino que ha de ser situada en relación con la ciencia, lo cual es muy diferente y de ningún modo nos introduce en un falso debate perdido de antemano y en el que el psicoanálisis se extraviaría» (1976:95s). C. Castoriadis se anda con muchos menos rodeos cuando dice: «El psicoanálisis no es una "ciencia", y ni siquiera, hablando en propiedad, una "teoría". Y la "técnica" psicoanalítica *no* es una técnica en el sentido generalmente admitido del término. El analista está constantemente capturado por la exigencia de un *pensar* y de un *hacer* ante el desplegamiento de un enigma interminable (enigma al cuadrado cuando ese enigma se presenta como repetición), y que hay que elucidar *IR concreto*» (1977:45).

Dado que la mejor defensa sigue siendo el ataque, los psicoanalistas se muestran a veces abiertamente despreciativos para con las exigencias de la ciencia. Hacen así un desarrollo de la actitud que tenía Freud cuando le escribía a Jung acerca de las desviaciones adlerianas: «Me temo que con Adler el psicoanálisis haya adquirido su primer hombre verdaderamente "científico"» (23-12-1910). De este modo se nos hace comprensi-

ble el sentido de estas afirmaciones grotescas de Lacan: «Ningún resultado de la ciencia es un progreso. Al contrario de lo que se imagina, la ciencia va dando vueltas, y no tenemos ninguna razón para pensar que la gente del sílex tallado tenía menos ciencia que nosotros» (*Ornicar?*, 1977, /2:10); o ésta: «Lo importante es que la ciencia es tan sólo un fantasma, y que la idea de un despertar es propiamente hablando impen-sable» (1977:9).

La parada última de los psicoanalistas es la que consiste en «psiquiatrizar» la actividad del investigador científico. Casi simultáneamente, alguien como Lacan declara en París: «Y concluyo que el discurso científico y el discurso histérico tienen casi la misma estructura» (1973b: 36), y alguien como Duyckaerts afirma en Bruselas: «El modo de proceder de la ciencia participa de la neurosis obsesiva».† (Puesto que no hay unanimidad sobre el diagnóstico, me permito dudar de su objetividad... científica.)

Frcud tenía toda la razón cuando le escribía a Pfister: «Que le demos tan poca importancia a hacer acto de presencia en los Congresos me parece muy comprensible. No hay demasiadas posibilidades para argumentar públicamente sobre el psicoanálisis (...) Los debates no pueden sino permanecer tan infructuosos como lo eran las controversias teológicas en tiempos de la Reforma» (28-5-1911). La cuestión que va a servirnos como hilo conductor será precisamente la de ver si el psicoanálisis no es poca cosa más que una forma moderna de la escolástica que no puede encontrar de ningún modo su lugar en la «República de las Ciencias» ni «argumentar públicamente».

1. Conferencias en la Universidad de Bruselas, publicadas bajo el título de *Conscience et prise de conscience* {*Consciencia y toma de consciencia*}, Bruselas, Mardaga, 1974:72. Hemos de subrayar que Lacan y Duyckaerts enuncian proposiciones generales. Serla muy diferente si las afirmaciones fuesen: *algunos* científicos trabajan como algunos histéricos, etc.

VII

PERSPECTIVAS CRÍTICAS

Uno de los análisis críticos que están más en el gusto del día es indudablemente el que proviene de la óptica marxista. A través de ese encasillado, el psicoanálisis, que por su parte quiere ser la empresa de desmistificación más radical, se encuentra a su vez denunciado cómo un, síntoma, a saber, como símbolo de la casta de los intelectuales burgueses.

Uno de los primeros «analizadores» de las implicaciones ideológicas del psicoanálisis fue Erich Fromm, en la época en que formaba parte de la Escuela de Frankfurt.† La obra de Robert Castel *Le Psychanalysme* (1973) ha resumido recientemente el conjunto de los reproches que un sociólogo marxista le hace a la teoría y a la práctica psicoanalíticas. Voy a contentarme con citar aquí en revoltijo algunas de esas críticas sin desarrollarlas.

á) Freud confunde «Humano» con «burgués de Viena». Ignora totalmente los determinismos socioeconómicos. Su insistencia en la sexualidad está estrechamente vinculada a su material humano: una clase rica y ociosa en la cual la seducción sexual había tomado la delantera respecto de las necesidades vitales elementales (como alimentarse o vivir bajo techo, etc.) y de los cuidados humanitarios, b) Al llamar la atención casi exclusivamente sobre la sexualidad y sobre unos fenómenos totalmente secundarios, como lo son los sueños, los lapsus y los chistes, el padre del psicoanálisis hace olvidar las luchas de poder de las que son víctima la gran mayoría de los hombres, c) Su teoría es un instrumento de ocultación, pues explica los conflictos sociales por medio de complejos individuales; enmascara los verdaderos problemas, que las más de las veces son económicos y políticos; es cómplice de la estructura social que la produjo, a saber, la sociedad «patricéntrica y explotadora» (Fromm). d) La terapia está reservada a unos parásitos que huyen de sus responsabilidades sociales y que disimulan su cobardía luchando con fantasmas. Se trata en suma de un pasatiempo aristocrático.

1. Los textos de Fromm publicados entre 1932 y 1935 los resume H. Marcuse en* *Eros y civilización*, 1955 (trad. francesa Ed. Minuit, París, *Eros et Civilisation*, p. 209-12). Es bien sabido que Fromm, después de su instalación en los EE.UU. perdió su radicalismo marxista y que se convirtió en uno de los jefes de fila del psicoanálisis «culturalista» y «humanista», muy alejado del «verdadero», esto es, el de Freud y de los europeos.

En una palabra, el freudismo es ciego para con el «inconsciente social» que lo subtiende. Los pocos psicoanalistas que levantaron las banderas del sesenta y ocho, que quisieron avanzar hacia el marxismo, no cambiaron demasiado la orientación fundamental del sistema.

Los datos de la sociología empírica confirman ciertas conclusiones de la reflexión sociopolítica. Es el caso de Dominique Frischer, que hizo una encuesta entre unos sesenta antiguos analizados (parisinos), y que constata que el psicoanálisis es en efecto una cura reservada a unos privilegiados. «A pesar de mis investigaciones», insiste, no había ni un solo obrero, ni un solo empleado, ni un solo agricultor (1977:14). Frischer observa también que la mayoría de los analizados que tenían una práctica política antes de sus análisis se han visto llevados a abandonar su compromiso social tras el tratamiento.

No desarrollaré aquí este tipo de crítica, a pesar del interés que tengo en ver enfrentados el psicoanálisis > el marxismo, los dos sistemas reductores y totalizantes más al gusto del día. Mi óptica es antes que nada la de un psicólogo cuidadoso con la cientificidad. Mis principales tesis se resumen en los cuatro puntos que establezco a continuación. Algunos lectores dirán que una u otra de esas formulaciones es excesiva, y de hecho me indignaron en la época en la que yo era psicoanalista; pero hoy me parecen estar muy ampliamente sostenidas.

1. EL EFECTO DE ESCAPARATE

Quisiera mostrar que en el psicoanálisis, tal y como sucede en todas partes, el público es víctima generalmente de un «efecto de escaparate», esto es, de la exposición con ventaja u ostentación de las «mercancías».

Los psicoanalistas siguen habitualmente el principio que Freud le recuerda a Abraham en los términos siguientes: «Hay que tratar a la gente como a los enfermos en análisis; con calma soberana no hay que prestar atención a los "no", seguir exponiendo el objeto, pero sin decirles nada de aquello que una resistencia demasiado grande les haría alejarse» (12-11-1908).

«Tratar a la gente como a enfermos» es una consigna muy clara para un analista. Consiste en hablar con prudencia, en no comunicar interpretaciones si no es de acuerdo a dos condiciones que Freud definió: «cuando, a través de una preparación, el enfermo ha llegado por sí mismo a la proximidad de lo que ha reprimido»; «cuando está ligado {transferencia} al médico de tal suerte que los sentimientos para con él hacen imposible una huida» (VIII 123s). En otras palabras, se mantiene en secreto aquello que los no iniciados no están dispuestos a admitir.

En virtud de este principio, hay dos doctrinas psicoanalíticas bien distintas. Por una parte, está la que se le expone al gran público, una doctrina *aá usum delphini*, para uso de unos consumidores a los cuales no hay que alarmar demasiado. Este psicoanálisis no ha de ser confundido con el otro, con el «verdadero», ese al que los analistas se refieren de hecho y que se practica cuando ofician a puerta cerrada en ese Santo

de los Santos que es su Sociedad de Psicoanálisis. Entre ellos los iniciados pueden entonces repetirse aquello que Jung le escribía a Freud: «Es un goce cruel ese de llevar un adelanto de Dios sabe cuántos decenios en relación con el ganado de cuernos» (11-8-1910).

También yo, y por la buena causa, publiqué páginas de psicoanálisis «para uso del delfín», ese psicoanálisis banalizado, purgado de todas las tesis a las que el público se «resiste». ² Creo que no había en ello una gran falta de probidad a sabiendas, sino tan sólo un efecto de la devoción.

En la presente obra quisiera subrayar *cómo razonan efectivamente los psicoanalistas* cuando están escuchando al paciente sin decir palabra y *cómo se expresan entre colegas* en sus seminarios y en las revistas especializadas. Y que digan de mí mis colegas si gustan aquello que decía de Pasternak el jefe de la policía soviética: «Es un animal que ensucia su propio nido». A fin de cuentas no soy ni mucho menos el primero en descubrir el pastel...

2. SIEMPRE ESTÁ ¹ «EN OTRA PARTE»

Si uno de mis lectores emprende una discusión con un psicoanalista acerca de mi libro, oírás como le repiten que los ejemplos que hay en él ■ son tendenciosos. Para el psicoanalista cuestionado, *el «verdadero» psicoanálisis está siempre en otra parte*. Sea cual sea la contradicción que se refiera a un texto *preciso* o a una situación *concreta*, el discípulo de Freud replica que el psicoanálisis es de hecho *«algo totalmente distinto»*. Si lo que se critica es un libro que pertenece a la primera mitad de la obra de Freud, el devoto responde diciendo que el pensamiento freudiano no ha llegado ahí todavía a su madurez; si lo que se cita es un texto de la segunda mitad de la obra, entonces declara que Freud se hacía viejo y que la mejor manera de respetar su genio consiste en ignorar esas cosas de orden secundario. Y por añadidura la referencia a Freud puede ser recusada en favor de los desarrollos postfreudianos. El analista protesta: «Es que ya no estamos en eso». Pero sí al objetor se le ocurre escrutar un texto reciente, al hijo espiritual de Freud le oiremos hablar de «degradación teórica» en relación con la pureza originaria. Y finalmente el psicoanalista puede hacer frente a cualquier objeción replicando con aires de esfinge o con una sonrisa burlona, que se ha pasado por alto lo «esencial». El, que acostumbra a tomar las palabras de los demás al pie de la letra, responde sin cesar: «¡pero no es eso lo que Freud *quiso* decir!». A fuerza de estar siempre «en otro lugar», uno tiene la impresión de que el psicoanálisis no está en ninguna parte...

Algunos psicoanalistas, muy pocos, han desaprobado esta estratagema y han reconocido la ausencia de criterios precisos para separar «el trigo de la cizaña». Podemos citar entre los más grandes nombres del psico-

2. Cf. por ejemplo el capítulo I de *L'agressivité humaine* (1975), resumen ■ vulgarizado de mi tesis de doctorado sobre la agresividad en Freud.

análisis contemporáneo a Pontalis, a Laplanche y a Roustang. El primero escribe: «Es difícil, y acaso absurdo, designar, incluso relativamente, por dónde pasa la frontera que separaría al psicoanálisis con certificado de legitimidad de sus distorsiones (...) El psicoanalista no determinará el momento en que comienza la interpretación torcida, pues no detenta una representación pura e inmunizada del psicoanálisis» (1965: 111). El mismo tipo de afirmación lo encontramos en el segundo: «Y por fin un cierto espíritu racionalista, quizás analítico, pero profundamente antidialéctico, sólo consigue aislar y fragmentar (...) y hiende la teoría en buenas y malas innovaciones sin imaginar que pueda existir entre ellas un vínculo estructural» (1970:189). Finalmente, F. Roustang confiesa: «Los estudios de vocabulario que se han hecho a través de la obra entera de Freud son propiamente desesperantes. Todos dan como resultado sin excepción, si están hechos con cuidado, la constatación de variaciones de sentido y las más de las veces aparecen contradicciones multiplicadas que son insuperables, insintetizables» (1976:92). Así pues, cuando se mira la parte de atrás del escaparate, se descubre que la doctrina analítica es borrosa, ambigua, y complicada a pedir de boca. Lo único que decide conceder prioridad a los escritos de Freud (o de M. Klein, o de Lacan) por encima de los de otros psicoanalistas (Grod-deck, Rank, Ferenczi, Stekel, etc.) son los argumentos de autoridad y la moda.

El padre fundador declaró, en el artículo en el que da explicaciones a propósito de las defecciones de Jung y de Adler que «nadie está en disposición de saber mejor que yo qué es el psicoanálisis» (X 44). Y los psicoanalistas han ratificado en su inmensa mayoría esta afirmación. Así por ejemplo, el americano R. K. Eissler declara: «Podemos decir con razón que sólo los escritos de Freud pueden jactarse de "haber perturbado el sueño del mundo", y que ningún otro analista ha producido hasta el momento una obra que tenga un peso siquiera comparable» (1975:305). J. Chasseguet, presidenta de la «Société Psychanalytique de Paris», escribió en 1975, en un artículo en el que denuncia las desviaciones de los analistas: «Contrariamente a lo que sucede en las demás disciplinas científicas, nos encontramos confrontados ante la persona de Freud con un creador *único e insuperable*» (1975:152). Por su parte, J. Lacan, el Presidente de la Asociación rival, la «École Freudienne de Paris», afirma: «La estructura del análisis, podemos formalizarla de manera enteramente accesible a la comunidad científica, a poco que se recurra a Freud, quien la constituyó propiamente» (1966:438); «Freud sabía, y nos ha dado ese saber en unos términos que podemos llamar indestructibles (...) Ningún progreso se ha podido hacer, por pequeño que sea, que no se haya desviado cada vez que fue desatendido uno de los términos alrededor de los cuales Freud ordenó los" caminos que trazara» (1973a:211).

No obstante, Lacan ha relativizado más recientemente un poco el genio atribuido a Freud, y ello en beneficio de su propia gloria: «Diré que, hasta cierto punto, volví a hacer levantar cabeza a Freud... El inconsciente no es de Freud, tengo que decirlo, es de Lacan. Eso no im-

pide que el campo, él, sea freudiano» (1977:9s). (Haciendo uso del género de retruécano del que ese mismo Lacan se ha hecho campeón, podemos decir que *il divan-tard* [diván tarde; dice jactancioso], que *il dit-vent* [dice viento] y *dît-vague* [dice vago; divaga].)

A. Hesnard, uno de los más famosos psicoanalistas de Francia, explica los conflictos incesantes que desgarran al movimiento psicoanalítico precisamente por querer ser más fieles a Freud que los demás. En un capítulo que lleva el título de «Psicoanálisis del espíritu de discordia propio de los psicoanalistas», Hesnard escribe, sin ninguna intención irónica: «Las discordias conciernen no ya a la verdad de los principios freudianos, sino al contrario; podríamos decir al problema muy especial de la *fidelidad* a Freud. Esto es lo mismo que hablar de la *legitimidad* de ciertas nociones que, sacadas de las enseñanzas freudianas, tienen como finalidad la de continuar o explicitar algunas de las tesis "aceptadas" del Maestro» (1977:137).

Habremos de evocar la propia persona de Freud, pues si hemos de dar crédito a los analistas, «el estudio del psicoanálisis es inseparable de las particularidades del psiquismo de Freud: no podemos ignorar sus sueños, sus lapsus, sus intentos y sus errores» (Roustang, 1976:85). Quiero que los que me leen me comprendan bien: no tengo ninguna intención de atacar al hombre que fue Freud, ni por lo demás a ninguna de las otras personas que cito. Lo que critico es una manera de pensar. Y si cito a Jos autores es porque es preciso indicar las referencias bibliográficas de modo que el lector pueda controlar lo que digo. El hombre que se llamó Freud provoca mi admiración por la obra que realizó en su tiempo, así como por su estoicismo ante sus sufrimientos. En un sentido Freud rehabilitó la sexualidad y el placer, y además intentó acudir en ayuda de sus enfermos en lugar de simplemente etiquetarlos... Lo que ha de ser atravesado de una estocada es una obra convertida en estatua y un uso de las citas que pone término a todas las discusiones.

El psicoanálisis ha estallado en una multitud de Escuelas, de teorías y de prácticas. Y sin embargo todas se remiten a Freud y a su método de la libre asociación. Tal y como lo escribe C. Clément: «Es tan fuerte la instalación, y ya para siempre irreversible, del texto freudiano como soporte de todas las glosas que para escribir de psicoanálisis hay que pasar por Freud» (1978:165). En la mayoría de las Sociedades de Psicoanálisis, Freud es glorificado como el Mesías, y la formación teórica se basa principalmente en un estudio de sus Sagradas Escrituras. La mayoría de los psicoanalistas tienen un respeto verdaderamente religioso **para** esos textos, los trituran *ad nauseam* y se contentan con decir con otras palabras lo que en ellos se encuentra. En suma: son unos obsesos *textuales*.

Los psicoanalistas invocan y no paran a su «creador *único e insuperable*». Invito al lector a que abra cualquier número reciente de una revista de psicoanálisis: es seguro que no podrá leer tres artículos de un tirón sin encontrarse con varias citas del Profeta. Hay ahí un rasgo, **que** no es sino uno entre otros, que separa al psicoanálisis de **las ciencias**.

Los físicos ya no estudian a Galileo en los libros tal y como él los escribió, ni tampoco los psicólogos tienen la convicción de tener que «hacer un retorno» a los escritos de Wundt o a la glosa de los textos de Thorndike o de Watson. El fetichismo del Gran Nombre es una de las marcas que señalan al pensamiento precientífico.

3. UN LUGAR «OTRO» NO RECONOCIDO: LA HISTORIA

«Toda la psicología es hasta el presente presa de unos prejuicios y de unas aprensiones que son de orden moral: no se ha aventurado sumergirse en las profundidades (...) Una psicología que sea digna de ese nombre entrará por fuerza en una lucha contra unas resistencias inconscientes (*unbewussten Widerstunden*) en el corazón del investigador; esa psicología tiene en su contra precisamente a ese "corazón". Una teoría que afirme la interdependencia de las "buenas" y de las "malas" pulsiones (*Triebe*) bastará para producir trastornos en una consciencia, incluso si ésta es vigorosa y arrojada, pues percibe en ella una sutil inmoralidad; y con mucha mayor razón lo hará una teoría que haga nacer las buenas pulsiones de las malas.»

Este texto se lo he leído a más de doscientos estudiantes universitarios que habían seguido ya un curso de psicología (45 horas) impartido por uno de mis colegas. Y luego les pregunté si a su juicio ese texto había sido escrito por: a) un psiquiatra, b) un psicólogo científico, c) un psicoanalista, d) un filósofo. Un 48 % de los estudiantes respondió c, cuando la respuesta adecuada, que sólo dieron un 15 % de los estudiantes, es d. Se trata en efecto de un texto de Nietzsche (*Más allá del bien y del mal*, § 23), publicado en 1886, en una época en la que Freud no había escrito ni un solo artículo de psicología.

La misma experiencia la realicé con el texto siguiente:

«El apetito sexual no sólo es el más fuerte de los apetitos, tiene incluso específicamente una naturaleza más poderosa que cualquiera de los demás. Está tácitamente supuesto en todas partes, se lo considera como inevitable y necesario y no es, según el ejemplo de los demás deseos, cuestión de gustos o de humores, pues es el deseo que forma la esencia misma del hombre (...) La pulsión sexual es el fundamento de toda acción seria, el objeto de todas las bromas, la inagotable fuente de los chistes, la clave de todas las alusiones, la explicación de todos los signos mudos, de todas las proposiciones no formuladas, de todas las miradas furtivas, la idea y la aspiración cotidiana del joven y muchas veces también del viejo, la idea fija que ocupa todas las horas del impúdico y la visión que se le impone sin cesar a la mente del hombre casto (...) La pulsión sexual es la pasión más violenta que hay, es el apetito de los apetitos, la concentración de todo nuestro querer, y en consecuencia cualquier satisfacción de esa pulsión que responda exactamente al deseo del individuo, esto es, también el deseo dirigido hacia un individuo determinado, será como la culminación y la cumbre de su felicidad, el fin último de sus esfuerzos naturales.»

En este caso el error de atribución es todavía más claro: un 11 % responden que se trata de un psiquiatra, un 2 % que de un psicólogo, un 62 %

de un psicoanalista, un 24 % de un filósofo. Y de hecho se trata de un pasaje de *El mundo como voluntad y representación*, de Schopenhauer, una obra que se publicó cerca de cuarenta años antes del nacimiento de Freud.¹

El gran público, pero también un gran número de psiquiatras, de psicólogos y de psicoanalistas ignoran que la mayoría de los conceptos «freudianos» no fueron inventados por Freud. Pero basta con leer al padre del psicoanálisis sin idolatría para constatar que *él* mismo reconoce que un gran número de las ideas que expone jamás brotaron en su espíritu. Vamos a recorrer ahora algunos ejemplos.

Se suele decir que Freud descubrió que los síntomas neuróticos, y en particular los trastornos somáticos de orden histérico, poseen un sentido oculto, que ese sentido remite a unos acontecimientos olvidados y que la reactualización de esos acontecimientos permite una abreacción terapéutica de los afectos que están asociados con ellos. En 1909 el propio Freud explicó (VIII 3s) que había tomado prestadas todas esas concepciones —que por lo demás son de indudable interés— de su maestro J. Breuer. En su famosa *Comunicación preliminar* (1893), Breuer y Freud expusieron por vez primera esas tesis. Ahí se refieren a varios autores que antes que ellos habían ya enunciado esas tesis: se trata del vienes M. Benedikt, de los franceses A. Binet y P. Janet, del belga J. Delboeuf. Citemos a título de ejemplo al último de los citados: «A partir de ahí podríamos explicarnos cómo ayuda el magnetizador a la curación. Devuelve al sujeto al estado en que el mal se manifestó y combate por medio de la palabra el mismo mal, pero renaciente ahora» (citado por Breuer y Freud, I 85).

El padre del psicoanálisis es considerado como el descubridor del Inconsciente.

Y sin embargo escribe: «Un filósofo alemán, Theodor Lipps, sostuvo con fuerza la idea de que el inconsciente caracteriza al fenómeno psíquico. El concepto de inconsciente estaba llamando desde mucho tiempo antes a las puertas de la psicología y de la filosofía, así como de la literatura.»

A Freud se le tiene como aquel que se atrevió a atacar de frente a la «moral sexual cultural». Pues bien, él mismo indica, en el artículo que lleva igual título (VII 143s) que retoma las ideas de Christian von Ehrenfels, un profesor de filosofía en la Universidad de Fraga.

Se suele proclamar que Freud puso de manifiesto el papel desempeñado por la represión sexual en la génesis de los trastornos mentales. Y sin embargo escribe refiriéndose al tema de su «concepción de la etiología de las neurosis»: «Se la debía a tres personas, cuya opinión era acreedora de mi respeto más profundo: Breuer, Charcot y el ginecólogo de nuestra Universidad, Chrobak» (X 50). Freud relata en especial lo que solía decir Chrobak, a saber, que la única receta adecuada para las pacientes que sufrían ataques de angustia era: *Penis normalis. Dosim: repetatur* (Un pene normal, en dosis repetidas).

Frecuentemente se cree que Freud descubrió la explicación de los actos

3. Trad. P.U.F., París, 1966, p. 1.264s. (Obsérvese que el traductor francés de esta obra ha traducido la palabra *Geschlechtstrieb* por *instinct sexual* [instinto sexual]. Conforme al uso que hoy es corriente, lo he sustituido por «pulsión sexuelle».)

4. XVII 47. En un congreso de psicología que tuvo lugar en 1897, Lipps había hecho una comunicación titulada: «El concepto de inconsciente en psicología». En ella afirmaba que el problema del inconsciente es menos un problema de psicología que el problema de la psicología misma (citado por Freud, II 616).

fallidos y se suele citar al respecto el ejemplo convincente del «lapsus del Presidente». Y sin embargo, Freud escribe: «En un pequeño artículo destinado al gran público (*Neue Freie Presse* del 23-8-1900: "Cómo se comete un lapsus") Meringer destacó la significación muy concreta de ciertas sustituciones de palabras, en especial aquellas en las que una palabra queda sustituida por otra de sentido opuesto». Y Freud (IV 67) reproduce a continuación algunas líneas de ese autor: «Aún se recuerda el modo en que el Presidente de la Cámara de los Diputados austríaca abrió un día la sesión diciendo: "Señores, hecho el recuento de los señores diputados declaro *levantada* la sesión" (...) La explicación que en este caso sería más plausible es que el Presidente deseaba ya encontrarse en la situación de poder cerrar esa sesión» (fin de la cita de Meringer).

Se suele afirmar que Freud es el padre de la psicoterapia. Y sin embargo, si consultamos su artículo *Über Psychotherapie (Sobre psicoterapia)*, escrito en 1904, leemos: «Quiero comenzar recordando que la psicoterapia no es un proceso de curación moderno. Al contrario, es la terapia más antigua de la que se haya servido el médico» (V 14). Y a continuación Freud recomienda «la obra muy instructiva de Lowenfeld», el *Lehrbuch der gesamten Psychotherapie (Manual de la psicoterapia general)* (1897) que expone la historia y los principios de la terapia que se hace por medio de la palabra y de la fe...

Los freudianos afirman que su maestro se atrevió a volver a poner en cuestión la frontera que separa a los neuróticos de aquellos que son «normales». En 1909 Freud escribía (VII 376) que coincidía con esa opinión y que de hecho la consideraba *banal*, pues la habían difundido ya numerosos autores del siglo XIX. En otros lugares encontramos citada con complacencia la frase de Paul Moebius según la cual «todos somos un poco histéricos» (1905, V 71). Los freudianos «olvidan» esos textos y muchos otros, como por ejemplo la carta del 21-6-1920 en la que le escribe a Pfister: «Ha de saber usted que en la vida soy terriblemente intolerante para con los locos; sólo descubro en ellos lo que tienen de dañino».

Cuando hagamos la discusión de la teoría freudiana iremos viendo muchos otros ejemplos de viejas ideas cuyo descubrimiento se atribuye a Freud.

Los psicoanalistas que remiten tan de buen grado a sus contradictores a «otro» lugar, ignoran por lo general que a través de Freud no hacen ni más ni menos que repetir unas tesis que pertenecen a la filosofía y a la psiquiatría del siglo XIX. En esta perspectiva hay que leer ese monumento de erudición que es la obra de Henri Ellenberger (1970) sobre la historia de la psiquiatría dinámica.¹ En ella descubrimos hasta **qué** punto

5. Ellenberger es un psiquiatra de origen suizo. Actualmente es Profesor en la Universidad McGill (Montreal). Ha dedicado más de una docena de años a estudiar la historia de la psiquiatría. La obra de 932 páginas que condensa esas investigaciones ha sido traducida a 5 lenguas; es citado como una autoridad, incluso por los especialistas en Freud, como lo es por ejemplo el editor de la correspondencia Freud-Jung.

Acerca de los antecedentes del psicoanálisis se puede consultar igualmente: M. Dorer, 1932, *Historische Grundlagen der Psychoanalyse (Fundamentos históricos del psicoanálisis)*, Leipzig, F. Meiner. — O. Anderson, 1962, *Studies in the Prehistory of Psychoanalysis (Estudios sobre la prehistoria del psicoanálisis)*, Norstedts, Swenska Bokforlaget. — L. Chertok y R. De Saussure, 1973, *Naissance du psychanalyste*, París, Payot, 292 p.

la mayor parte de los enunciados freudianos interesantes son cosas recogidas en otra parte. Voy a dejar al cuidado de Ellenberger la conclusión de nu párrafo. «La leyenda freudiana -dice— guarda un silencio casi íntegro sobre el medio científico y cultural en el que se desarrolló el psicoanálisis; de ahí que se haya establecido el tema de la originalidad absolutai de todo lo que aportó. De este modo se le atribuye al héroe el mérito de las contribuciones de sus predecesores, de sus asociados de %ír p
SUS n VALCS y de SUS ^Λ contemporáneos en general!

4. LO MÁS ESPECÍFICO APARECE COMO LO MÁS ABSURDO

En Freud encontramos cosas **razonables**, como lo son que la sexualidad es importante, incluso en los niños; **que no** somos conscientes de todas nuestras motivaciones; **que un discurso científico puede esconder** unos problemas afectivos, etc. **Pero lo que ocurre es que esas ideas no son originales.**

Mi tesis principal es la que sostiene **la mayor parte de los psicólogos**, como por ejemplo Eysenck y Wilson (1973) **que examinaron** cuidadosamente el problema de la especificidad freudiana. Esta tesis es la siguiente: **los enunciados más interesantes de los psicoanalistas provienen con gran frecuencia de los predecesores (filósofos, psiquiatras, psicólogos, etc.); en cambio los enunciados propiamente psicoanalíticos carecen en su mayor parte de todo valor científico.**

De ninguna manera pretendo condenar al psicoanálisis en nombre de unos excesos puntuales o pasajeros. **Tampoco evocaré las cosas escabrosas o los chismorreos que se hacen alrededor de Lacan, tema de conversación** en las veladas psicoanalíticas. **Mi análisis está referido sobre todo a las concepciones y a las prácticas más típicas del psicoanálisis. Y para llevarlo a cabo voy a elegir unos textos entre aquellos que los psicoanalistas contemporáneos consideran, según su propio entender, como los mejores.** Se tratará, por ejemplo, **del caso «Signorelli» o del caso Juanito.**

Históricamente el psicoanálisis **ha tenido algunos méritos, y entre ellos no es el menor el de haber favorecido unas discusiones más francas** en materia de sexualidad. Pero hoy **el psicoanálisis no tiene ya razones epistemológicas de ninguna clase para existir como Escuela distinta de la psicología.** Las pocas hipótesis válidas **que posee están integradas a la psicología científica, igual como lo han sido las del behaviorismo, las de la fenomenología y las de la Gestaltpsychologie.**

El lector no encontrará **en las páginas que siguen una crítica de todas las tesis freudianas.** Sólo he abordado **las concepciones que, más allá del polimorfismo que caracteriza al psicoanálisis, sirven de pilares del sistema.** No obstante creo que una vez que el espíritu crítico se ha puesto **en marcha no resulta fácil detenerlo.** Es precisamente la aventura que me ha sucedido mientras discutía con mis colegas holandeses, o mientras leía a K. Popper o a L. Linschoten. Mi esperanza es que el lector haya vi-

vido ya una aventura así y que las páginas que vienen a continuación serán para él una ocasión para revivirla, pero esta vez a través del «campo freudiano».

Los psicoanalistas van a decir que mis citas están fuera de su contexto. Pero éste es un hecho inevitable, y podemos dar varias respuestas a esta objeción, *a)* En primer lugar que es imposible reproducir aquí las 6.226 páginas de las *Gesammelte Werke* [Obras completas] de Freud, las 887 páginas de los *Écrits* [Escritos] de Lacan y los miles de textos psicoanalíticos de las más diversas tendencias, *b)* Todas las citas que doy vienen acompañadas de la referencia correspondiente (fecha de publicación y página del texto). De este modo el lector puede siempre remitirse a los escritos en su original con el fin de verificar la exactitud de las citas, ver su contexto y de este modo hacerse una opinión por sí mismo. *c)* Los psicoanalistas que hacen objeciones como ésta no ven la viga que tienen en su ojo. Los psicoanalistas, mucho más de lo que lo hacen los que pertenecen a cualquier otra de las categorías que empiezan por «psi-», se dedican a poner en proximidad las cosas más inesperadas. Pegan un salto cuando perciben un lapsus o cualquier otro «indicio», y el más mínimo gesto es ante sus ojos «sintomático». ¿Que uno olvida el paraguas en casa de un amigo? «La cosa es elocuente...». Es bien cierto que no son los psicoanalistas los que podrán dar lecciones sobre la objetividad científica.

La primera parte de esta obra se dedicará a examinar detenidamente *el método de investigación* del psicoanálisis. Analizaremos para empezar unos ejemplos concretos y precisos, pues *los discursos generales permiten todas las demostraciones y todas las réplicas*. Vamos a citar los textos más famosos entre aquellos que los propios psicoanalistas citan como los que de manera más convincente ilustran su doctrina. Abordar otros ejemplos sería por lo demás facilitarnos en exceso la tarea.

Si se da el caso de que el lector ha sufrido un psicoanálisis, tendrá entonces la impresión de que las cosas han sucedido de manera distinta durante su cura. Si bien es cierto que la práctica cotidiana de los psicoanalistas no siempre está en conformidad con las formulaciones freudianas, no por ello es menos cierto que los que hoy en día ejercen se consideran como verdaderos *psicoanalistas*, que piensan tal como Freud pensaba y siguen refiriéndose aún a las experiencias «princeps» del Padre Fundador. Esos ejemplos tipo le sirven de «modelos» para explicar los casos clínicos sin tener que comenzar de nuevo cada vez todas y cada una de las etapas que conducen a las convicciones básicas. Hemos de tener en cuenta que el científico adopta por lo general una actitud semejante, pues también él se refiere, en su trabajo concreto, a unas experiencias modelo que le dispensan de tener que hacer en cada caso una experimentación cuidadosamente controlada. En definitiva hay dos criterios que permiten juzgar el valor de una explicación referida a una situación concreta, y que son: *la validez de la experiencia modelo y la legitimidad de la analogía*. El examen de los casos ejemplares del psicoanálisis nos permitirá de este modo evaluar la técnica freudiana de la interpretación, es decir, *la base* de las concepciones analíticas.

Con frecuencia se constata que la crítica no basta para eliminar una teoría pseudocientífica. Los fallos de la frenología, por ejemplo, habían sido denunciados ya desde su nacimiento; y no obstante esta pseudociencia sólo empezó a retroceder tras la aparición de unas teorías competidoras de mejores fundamentos, como por ejemplo las de Rolando y de Broca. Tendremos que examinar por consiguiente algunas explicaciones alternativas a las del psicoanálisis y proporcionar algunas muestras de experiencias modelo de la psicología científica.

La segunda parte estará dedicada a los «pilares» de *la teoría* analítica: el inconsciente, las pulsiones, las «instancias» psíquicas, etc. Esta parte será más corta que la primera, pues las críticas que se refieren a la teoría son generalmente más conocidas que las que se refieren al método de interpretación. Ya en 1936, alguien como Roland Dalbiez distinguía de una parte el método, que consideraba válido, y por la otra la doctrina, que criticaba. Existe mucha gente que sigue pensando del mismo modo,* razón por la cual la obra presente ha querido detenerse sobre todo en las debilidades del método.

El psicoanalista afirma con frecuencia que la teoría se demuestra por los efectos clínicos. Pero el epistemólogo pide que sean disociadas ambas cuestiones. En efecto, los chamanes y los curanderos de cualquier pelaje exhiben hermosos cuadros de caza con los resultados que han obtenido, pero no por ello demuestran el valor científico de su *doctrina*. Sin ir más lejos, Mesmer, el padre de los hipnotizadores modernos, curaba a enfermos mentales sin que por ello su *teoría* del «magnetismo animal» tuviese la más mínima prueba experimental.

La eficacia no es una prueba de la científicidad de la teoría de referencia. De todos modos podemos suponer la inversa, que una buena teoría tendría que conducirnos a unas aplicaciones prácticas fecundas.

¿Y qué sucede entonces con los *resultados de las curas* analíticas? ¿A qué género de pacientes cura el psicoanalista? ¿Pero es que aún busca «curar»? Todas estas cuestiones serán examinadas en la última parte de la obra.

Mi libro se presenta con algunos acentos de irreverencia que pueden irritar a ciertos lectores. Pero es que yo creo, con G. Bachelard, que el tono de polémica es de recibo cuando uno toma como tarea la de luchar contra los prejuicios, desbloquear una situación y facilitar una mutación. Y en efecto, es urgente que el público no se deje embaucar más por algunos intelectuales tan nebulosos como dogmáticos, que invierten el movimiento de la ciencia al convertirlo en parodia. Por lo demás el lector observará que el tono de mis críticas está aún muy lejos de alcanzar los sarcasmos con los que ciertos psicoanalistas cubren a los

6. Un ejemplo más entre otros muchos; R. Bastide, en su libro *Sociologie et Psychanalyse* (París, P.U.F., 1950) sólo critica el etnocentrismo de las tesis freudianas, en especial la tesis de la universalidad del complejo de Edipo. Escribe: «Lo que se derrumba definitivamente es el freudismo como teoría sociológica, pero no el método psicoanalítico, que puede ser útil a los sociólogos» (p. 95).

psicólogos, a los psiquiatras y a los analistas de las Escuelas rivales. A título indicativo recordaré que el lingüista G. Mounin señalaba, en su estudio sobre el estilo de J. Lacan, las incesantes burlas e insultos. Anotaba los siguientes: «*Uso atontado, idea propiamente imbécil, burradas, preceptos macarrónicos, individuos obsesos, tono fanfarrón*», son en él las amenidades más banales» (1969:87).

No me hago ilusión alguna acerca del interés que pueda tener mi obra para los psicoanalistas. El devoto no ve en el herético más que a un pecador, y el psicoanalista no ve en el rebelde más que un neurótico que se niega a reconocer que está profundamente aquejado por su enfermedad. Sólo me voy a dirigir aquí, por consiguiente, a los lectores que aún no han fijado su fe. Deseo antes que nada acudir en ayuda de los estudiantes en ciencias humanas, que con demasiada frecuencia quedan deslumbrados y seducidos- por los discursos esotéricos de los «iniciados» y de los «libertinos».

PARTE I

LA INTERPRETACIÓN PSICOANALÍTICA

I

EL ARGUMENTO DE LAS «RESISTENCIAS»

«La regla del inconsciente de todo modo le quitará la razón a aquel que se atreva a sublevarse. Cualquier cuestión es una resistencia del inconsciente y no tiene derecho de ciudadanía en lo real.»

D. FRISCHER, *Les análisis parlent! (Hablan los analizados)*, p. 266.

Freud y sus discípulos califican como «resistencia» cualquier acción que tienda a poner de nuevo en cuestión al psicoanálisis y ven en cada ocasión una confirmación suplementaria de su credo. Aparece por tanto como cuestión previa a todo análisis crítico de la doctrina freudiana el hacer un examen de ese modo de refutación.

Veremos en primer lugar cómo se ha desarrollado el concepto de resistencia, y de qué manera ha servido para quitarle el mordiente a cualquier polémica. Luego habremos de examinar el valor epistemológico de esta defensa, que hace invulnerable al sistema analítico, al menos en apariencia.

1. ORIGEN DE LA NOCIÓN DE «RESISTENCIA»

El concepto de «resistencia» es uno de los más viejos de los que dispone el arsenal analítico. Y es también uno de los que mejor especifican el modo freudiano de pensar. Hacia el final de su vida, Freud escribe: «Toda la teoría psicoanalítica está construida sobre la percepción de la resistencia que opone el paciente cuando intentamos que su inconsciente se le haga consciente» (1933, XV 74).

Los primeros contactos de Freud con la psicopatología, que obtuvo a través de las enseñanzas de Breuer y de Charcot, le condujeron a reconocer la importancia de los traumatismos olvidados. La famosa frase «las histéricas sufren de reminiscencias» (I 86) resume esta concepción, de la que por lo demás Freud nunca renegó. De modo que el trabajo psicoterapéutico venía a consistir en una exhumación de escenas patógenas, ya fuesen reales o fantaseadas. En el tiempo en que Freud comenzaba su carrera, la hipnosis aparecía como el mejor medio para conseguir este fin. Sin embargo ese joven psiquiatra experimentaba grandes dificultades en el manejo de esta técnica que habían desarrollado en Francia Mesmer (1734-1815) y Liébault (1823-1904).

Renunció entonces a utilizar dicho medio en favor del método de la libre asociación: «Cuando constaté que a pesar de todos mis esfuerzos sólo conseguía poner en estado de hipnosis a una pequeña parte de mis pacientes, decidí abandonar este procedimiento» (VIII 19).

Freud hubiese podido calificar de «resistencia» la oposición de los pacientes a dejarse hipnotizar. De hecho esta noción sólo la tematizaría en el momento en que, abandonando la hipnosis, les pidió a sus pacientes que volvieran a recordar traumatismos del pasado. A su juicio las resistencias eran menos efecto de la mala voluntad del paciente que consecuencia de un conflicto inconsciente. Fue a partir de ahí que Freud postuló que la fuerza interior que se opone a la reintegración de los elementos patógenos en la consciencia es precisamente aquella que hubo provocado inicialmente su ocultación. A ese dinamismo le llamó «represión», y la «resistencia» era el signo «visible» de ese proceso que, por definición, la consciencia no podía controlar.

El primer uso técnico del concepto de resistencia hemos de referirlo al rechazo o a la incapacidad de tomar consciencia del material patógeno. Considerando luego que los enfermos no hacen sino acrecentar unos procesos que están en funcionamiento en todos los hombres, Freud se dispuso rápidamente a reconocer signos de represión en todas las actividades humanas, ya fuesen éstas patológicas, normales o sublimes. A partir de ese momento su noción de «resistencia» se aplicó también en el exterior del gabinete de consulta, y vino a calificar a todo aquello que al psicoanalista le resulta motesto.

2. EL USO POLÉMICO DEL CONCEPTO DE RESISTENCIA

Un año después de haber utilizado la noción de resistencia en un contexto psiquiátrico (véanse sus *Estudios sobre la histeria*), Freud vio en las reacciones negativas para con sus ideas una prueba de su valor. El 13-3-1896 le escribía a Fliess: «Encuentro una hostilidad y vivo tan aislado como si hubiese descubierto las más grandes verdades». A lo largo de toda su carrera Freud habría de repetir este argumento según el cual cuanto más verdad detenta alguien, más criticado es. Así por ejemplo le escribe a Jung: «Con cada experiencia renovada de burla que se refiere a nosotros, mi certeza de que tenemos algo grande entre las manos crece. En la nota necrológica que usted va a escribir un día sobre mí, no olvide concederme este testimonio, esto es, el de que toda esa contradicción ni tan sólo me ha turbado» (26-5-1907). Acerca de su texto *Duelo y melancolía* le escribe a Abraham el 4-3-1915: «Considero esta contribución como la mejor y la más utilizable de toda la serie; espero pues que será la que con mayor violencia va a ser recusada».

Freud denuncia cualquier oposición a su pensamiento como la consecuencia de represiones. Cada una de las críticas que oye «demuestra» que tiene razón, y por consiguiente tiende a exagerar los ataques de los que es objeto y se crea una leyenda de héroe expuesto al acoso de un ejército de bienpensantes, de eclesiásticos obsesionados, de psicólogos ignorantes y de médicos obtusos.

H. Ellenberger examinó cuidadosamente ese mito, que Freud y sus discípulos han conseguido propagar. Veamos un ejemplo: los relatos CO-

mentes de la vida de Freud **afirman que su gran libro. *La interpretación de los sueños* (1900) fue acogido con una tempestad de injurias o con un silencio despreciativo. Dos psicoanalistas americanos, Bry y Rifkin, que se procuraron los textos de todas la reseñas de la obra que aparecieron en la época en las publicaciones científicas, las revistas literarias y los diarios, se dieron cuenta de que todos los análisis, sin excepción, eran favorables, elogiosos y a veces incluso entusiastas, y que las críticas estaban formuladas en un tono moderado y respetuoso. Y estos mismos autores hicieron un descubrimiento semejante en lo referente a la acogida que tuvieron los *Tres ensayos para una teoría de la sexualidad* (1905).**¹

Recordemos que ya a partir de 1902 un grupo de alumnos se reunía en casa de Freud cada miércoles por la noche. Este círculo recibió el nombre de «Sociedad Psicológica del Miércoles», y luego, en 1908, el de «Sociedad Psicoanalítica de Viena». El mismo Freud dijo que muy pronto su grupo «no le cedió en nada, por lo que hace a la riqueza y a la variedad de las aptitudes de sus miembros, al grupo de discípulos de cualquier jefe de clínica» (X 63). La obra de Freud empezó hacia 1902 a llamar ya la atención de Bleuler y de Jung. En 1907 vio la luz en Suiza una «Asociación Freudiana». En 1908 un Primer Congreso de Psicoanalistas reunió a 42 participantes, entre los cuales estaba el famoso psiquiatra E. Bleuler. Se fundó una revista. Al año siguiente, Freud y Jung recibieron el título de Doctor honoris causa de una Universidad americana. El nombre del fundador del psicoanálisis se iba haciendo conocido por todas partes. El 24-5-1910 Jung le escribió a Freud, después de haber dictado una conferencia en la Asamblea de los médicos alienistas suizos: «La gente sólo puede defenderse en los periódicos de cervecería; oficialmente nadie puede decir ya nada en oposición».

Citaríamos y no acabaríamos los testimonios del éxito del psicoanálisis desde los comienzos mismos del siglo xx. Pero ello no le impediría a Freud quejarse a lo largo de toda su vida de las críticas de que era objeto y de la lentitud con la que progresaba su «Movimiento». Es bien cierto que el padre del psicoanálisis no estaba desprovisto de ambiciones: el 2-12-1919 se quejaba a Jung de que «la conquista definitiva del mundo está aún tan indefinidamente lejos».

Es incontestable que Freud fue vivamente cuestionado, pero no se puede ignorar paralelamente el fervor de unos discípulos que eran cada vez más numerosos. El fundador del psicoanálisis quiso ser, así lo pensaba él, un mártir de la Verdad. Y en la actualidad sus alumnos querían seguir haciendo lo mismo. Así que se los critica, empiezan a tomarse por Galileos (pequeñitos) que «vienen a trastornar el orden del Mundo». Es este fantasma el que empuja a alguien como S. Leclair a proclamar que la manera de proceder de los analistas «proporciona en sobrada abundancia pretexto para la indignación de los bienpensantes» (1968:93).

1. I. Bry y A. Rifkin, 1962: «Freud and the History of Ideas: Primary Sources, 1886-1910» («Freud y la historia de las ideas: fuentes básicas, 1886-1910»), *Scient and Psychoanalysis*, V. — Cito según un artículo de H. Ellenberger aparecido en la *Revue des Questions scientifiques*, 149(2):237-49.

La leyenda de las persecuciones le permitió a Freud colocarse él mismo en el linaje de los grandes genios, yendo así a hacerles compañía a Copérnico y a Darwin. Freud escribió por dos veces un artículo en el que explica que él es el autor del tercero de los grandes atentados contra la megalomanía del género humano. Al demostrar que la tierra no es el centro del universo, Copérnico infligió a la humanidad la «vejación cosmológica». Al situar al hombre en línea de descendencia con los animales, Darwin impuso la «humillación biológica». Por último, Freud habría infligido a la humanidad «la más sensible» de las heridas narcisísticas, a saber, la «vejación psicológica». Esta misión, dicho sea entre paréntesis, le aportó a Freud una intensa... gratificación narcisística. De modo pues que «la aversión y las resistencias» de las cuales es objeto el psicoanálisis vendrían a provenir del hecho de que la nueva disciplina proporciona la prueba de que «el yo no es dueño en su propia casa»; o dicho de otro modo que «la vida pulsional de la sexualidad no podría estar completamente domada en nosotros y que los procesos psíquicos son por ellos mismos inconscientes» (XII 11). Así se expresa aquel que cree ser el Copérnico de la psicología.

«Los hombres, en conjunto, se comportan para con el psicoanálisis al igual que lo hace el individuo neurótico» (XIV 108). Mi situación, explica Freud, tiene algo de espantoso («*etwas schreckhaftes*») pues ¡«no es ninguna trivialidad tener a toda la humanidad como paciente» (id.)!

Esta clase de razonamiento le permite a Freud «*psiquiatrizar*» a todos sus oponentes. Incluso sus propios discípulos, así que se apartan de la ortodoxia, son susceptibles de caer bajo sus diagnósticos patologizantes. Veamos algunos ejemplos.

Freud le escribía a Jung a propósito de Adler (18-6-1909): «Es un hombre honesto, que no desertará así como así». El 2-2-1910, hablando de los psicoanalistas vieneses, declaraba: «Sólo Adler puede ser tomado sin censura, incluso sin crítica». Y en esa misma carta le decía a Jung, refiriéndose al porvenir del psicoanálisis: «usted representa el porvenir, y yo el pasado de la dama». Tres años más tarde, Adler y Jung fueron excomulgados por haberse atrevido a enunciar unas ideas divergentes. En su *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* (1914), Freud escribía que Adler y Jung no se atrevían a mirar la realidad, frente a frente. Según explica, Adler le da demasiada importancia al «yo», y demasiado poca a las fuerzas inconscientes. «Al hacerlo —dice— procede al igual que todos nuestros enfermos, y como nuestro pensamiento consciente en general, es decir, recurriendo a eso que Jones llama la "racionalización", con el fin de disimular el móvil inconsciente» (X 96). Freud explica luego que la concepción de Jung constituye igualmente un movimiento «retrógrado», pues insiste demasiado sobre las capacidades de progreso de la humanidad: «De la sinfonía del devenir del mundo sólo se ha percibido la parte cantada por la civilización y los oídos han permanecido sordos una vez más a la melodía de las pulsiones, y ello a pesar de su intensidad primitiva» (X 108).

Observemos aunque sea de pasada la clarividencia de Freud. Los dos dis-

cípulos que recibieron de él las más altas responsabilidades —Adler hubo de aceptar en 1908 su nombramiento como Presidente de la Sociedad vienesa de Psicoanálisis, y en 1910 Jung el de Presidente de la Asociación Internacional de Psicoanálisis—, llegaron a ser unos «disidentes* muy poco tiempo después de su nombramiento. Acaso hayamos de darles la razón a Rani y a Ferenczi cuando declaraban que «Freud no tenía más intuición de la que tiene un niño pequeño» (citado por Jones, III, 198). Lo que en todo caso resulta de lo más evidente es que sus discípulos preferidos, como Jung, Ferenczi o Rank, le contradijeron abiertamente y que aquellos para con los cuales hubo de mostrarse desconfiado, como Abraham o Jones por ejemplo, permanecieron fieles a él hasta su muerte. Pero dejemos aquí esta digresión.

El tono de las frases que están destinadas al gran público permanece relativamente moderado. Y en realidad los psicoanalistas son en general mucho menos respetuosos para con sus contradictores de lo que Freud lo es en su publicación. En las Sociedades de psicoanálisis los ataques *ad hominem* y las etiquetas psiquiátricas se distribuyen sin que aparezca ni la sombra de una duda así que se hacen manifiestos los desacuerdos teóricos. La correspondencia de Freud con sus íntimos nos da una visión de conjunto de esta manera de proceder.

Por ejemplo, cuando Bleuler no se acababa de decidir a entrar en la Asociación Psicoanalítica, Jung le escribió a Freud que se trataba ahí del «efecto de una resistencia homosexual» (13-11-1910). Cuando finalmente el mismo Bleuler, después de haberse adherido a él abandonó el grupo de los psicoanalistas, Freud le escribió a Jung que el célebre psiquiatra no era sino un obsesivo que quería satisfacer su ambivalencia (17-12-1911).

Después de que sus dos primeros discípulos Adler y Stekel hubieran desarrollado unas ideas diferentes de las suyas, Freud le escribió a Jung que «el nuevo libro de Stekel es como siempre de muy rico contenido; el cerdo encuentra trufas, pero por lo demás se trata de una marranada, sin ningún intento de síntesis, está lleno de generalidades vacías y de nuevas generalizaciones inhábiles, y está hecho con una negligencia increíble. *Cacatum non est pictum*,² Stekel representa al inconsciente perverso, no corregido, y Adler al yo paranoico; tomados los dos a la vez darían poco más o menos un hombre psicoanalítico. El yo de Adler se comporta como el estúpido Augusto del circo, que no para de hacer muecas dirigidas al público para asegurarle de que él lo ha organizado todo de la manera como está sucediendo. ¡Pobre loco!» (14-3-1911).

En principio hay que comprender las «resistencias» en términos psicológicos, separados de cualquier apreciación moral. Fundamentalmente, el hombre sería un hipócrita excusable. Pero de hecho Freud y sus discípulos no dudan en juzgar el valor de una persona en función del grado de adhesión a la doctrina. Por poner un caso, Jung le escribe a su maestro, habiéndole del Primer Congreso Internacional de Psiquiatría: «Voy llegando cada vez más a la convicción de que tiene usted toda la razón

2. En atención a las personas que ignoran la bella lengua latina, traduzco a Freud: «Cagado no es pintado».

cuando pone de manera casi exclusiva en la **cuenta de la mala voluntad** el hecho de que no se quiera comprender» (12-8-1907). En definitiva la teoría freudiana de las resistencias es una ideología culpabilizante.

Sus ideas, los psicoanalistas las defienden de igual modo **que** los alquimistas de la edad media. Cuando el resultado de una experiencia venía a desmentir la doctrina, los alquimistas invocaban una falta espiritual del experimentador, y ponían entonces en cuestión su pureza moral. Sólo un iniciado de corazón y de cuerpo puros podía acceder a los misterios de la alquimia y tener éxito en las destilaciones (Bachelard, 1947:50).

Los juicios psicoanalíticos acerca de los «no creyentes» y de los «heréticos» son de lo más edificante. Veamos aún algunos ejemplos.

El 7-6-1909, Freud le escribía a Jung: «En el Neurol. Zentralblatt de hoy se alza por fin el primer pájaro de lodo contra *Juanito*. El autor de la recensión es Bratz, y proporciona un magnífico ejemplo de la más hermosa imbecilidad afectiva, razón por la cual se le podría muy bien perdonar toda su tontería».

Ernest Jones dice a propósito de Morton Prince: «Había abierto ampliamente su revista *The Journal of Abnormal Psychology* a los artículos de tema psicoanalítico. Era la única publicación periódica del momento que podía publicar entonces trabajos de este tipo. Podía ser considerado como un perfecto "gentlemen", un hombre de mundo y un colaborador muy amable» (1955, II 64s). El diagnóstico de Freud era más directo: «El señor Prince es un asno arrogante, que tiene derecho en nuestro jardín zoológico a un lugar preferente» (carta a Jung, 3-3-1911).

Este es otro análisis de carácter, comunicado a Jung por Freud: «El señor Hirschfeld se ha alejado de nuestras filas en Berlín, No llega casi a constituir una pérdida; es uno de esos hombres pulposos y poco apetitosos que no parecía muy dispuesto a aprender nada. Por supuesto pone por delante la observación que hizo usted en el Congreso; un enfado homosexual. No hay que verter ni una lágrima por su partida» (2-11-1911).

Este tipo de análisis «profundo» del adversario no es privativo del maestro vienes; sus alumnos manejan con tanto vigor como él esta forma «científica» de la invectiva.

Después de que Jung se viese contradicho por W. Hellpach (profesor de psiquiatría en Karlsruhe y en Heidelberg), le escribió a Freud: «Resulta de lo más sorprendente este fabuloso delirio de grandezas del que es presa este lamentable escritorzuelo:» (18-1-1911). Cuando uno de sus pacientes, que a su vez llega a ser psicoanalista, hizo patentes algunos desacuerdos, Jung exclamó: «Gros es un loco de remate (...) Haría mucho mejor produciendo aún alguna cosa en lugar de escribir polémicas» (19-4-1911). No deja de tener su interés poner juntas esas líneas de Jung con lo que Freud escribía tres años antes respecto del mismo Otto Gros: «se trata de un hombre excelentemente dotado y muy convencido» (19-4-1908).

En 1914 Freud escribió que Rank era «su más fiel colaborador» y que ponía de manifiesto «una comprensión extraordinaria del psicoanálisis» (X 63). El 8-4-1923 le escribió, una vez más a K. Abraham: «Me siento muy feliz al darme cuenta de que mis paladines, es decir, usted, Ferenczi y Rank, acometen siempre en sus trabajos tareas fundamentales». Mala suerte, pues el fiel Otto Rank publicaba al año siguiente su propia versión del psicoanálisis (véase *El trauma del nacimiento*). Y el desacuerdo con la doctrina es-

tablecida sólo puede explicarse, evidentemente, en términos psicopatológicos. Fue entonces cuando Abraham consoló al Maestro con la carta siguiente: «Ahora, retrospectivamente, quisiera decir que el proceso neurótico se preparó en Rank en el curso de varios años. Al mismo tiempo que compensaba sus tendencias negativas mediante un trabajo hiperconciencioso, su necesidad de solidaridad amistosa para con nosotros ha ido disminuyendo cada vez más, y su comportamiento despótico y tiránico se ha confirmado más y más en no pocos aspectos. A ello se le añade la importancia creciente que le da al dinero, acompañada de una susceptibilidad cada vez mayor y de una actitud hostil. Hemos de hablar por tanto de una regresión evidente al estadio sádicoanal (...) Rank ha tomado, y por lo que parece de un modo irresistible, un camino mórbido» (20-10-1924).

Vamos a recapitular: enfermedad, resistencia homosexual, ambivalencia obsesiva, inconsciente perverso, yo paranoico, imbecilidad afectiva, tontería arrogante, enfado homosexual, delirio de grandeza, locura, regresión al estadio sádicoanal... Ahí están algunas de las etiquetas que se merecen cuando alguien señala su desacuerdo o su escepticismo en relación con el dogma.

Es sabido que las Autoridades soviéticas adoptaron una táctica parecida a ésta cuando hubieron de explicar la conducta de los ciudadanos que desarrollaban ideas de autonomía o de liberación. Es una gran suerte que los psicoanalistas, por su parte, no tengan poder ninguno para encerrar a sus «disidentes» en Institutos psiquiátricos especializados...

Yo tengo la esperanza de que los psicoanalistas que «explicarán» mi caso con el fin de anular el alcance de mis objeciones conseguirán ponerse de acuerdo acerca del diagnóstico, pues las divergencias a la hora de ponerme etiquetas me proporcionarían un argumento más para dudar de su objetividad.

3. LA ILUSIÓN DE SER LA EXCEPCIÓN

Se cuenta que un día, Freud, sobando su cigarro con gran complacencia, y observando un fulgor malicioso en la mirada de uno de sus discípulos, hizo con sequedad esta observación: «Pues ya lo ve usted, a veces incluso un cigarro no es nada más que un cigarro».³

El psicoanalista se presenta como el especialista de las desmistificaciones, y se convence a sí mismo de que él no será nunca susceptible de ninguna posible desmistificación. Hace como Edipo, en la tragedia de Sófocles, que se excluye *a priori* de la lista de los sospechosos.

Freud enuncia una ley general, la de que los hombres están continuamente cogidos en las trampas que les tienden unos procesos inconscientes. Y a partir de ahí nos podemos preguntar si el propio Freud escapa a esos mecanismos; o dicho de otro modo: ¿basta el hecho de enunciar una generalización para ser la excepción que la confirma?

Los psicoanalistas afirman que no se puede comprender nada de lo que se refiere a las «formaciones del inconsciente» sin haber sufrido un

3. Cit. por A. Koestler (Prefacio del libro de Debray-Ritzen, 1972).

(largo) análisis didáctico. Y sin embargo, el creador del psicoanálisis lo comprendió todo sin pasar por esa iniciación. Claro que la excusa se encuentra sin tardar: el genio está por encima de las leyes. Y el devoto lo traduce diciendo: «Freud es el único que no sufrió un análisis didáctico por la única y evidente razón de que no tenía ninguna necesidad de él, por el hecho de que él había creado pieza por pieza esta disciplina y la había expuesto» (Hesnard, 1977:143).

La doctrina analítica descansa sobre el sofisma que un filósofo americano llama «*self-excepting fallacy*».* Freud cree estar por encima de las debilidades que denuncia; y en realidad no hay nada que permita afirmar que él mismo no sea víctima de unos prejuicios del género de los que estigmatiza, y eso para no hablar de los demás prejuicios... Después de todo, su sistema podría no ser más que la «racionalización» de sus propias dificultades.

En una carta que consagraba su ruptura con Freud, Jung no titubeó a la hora de devolverle al Maestro sus argumentos *ad hominem*. Vamos a recordar los detalles de ese asunto.

El discípulo zuriqués le había escrito en una ocasión anterior a Freud a propósito de una crítica que un adleriano le había dirigido: «Ni siquiera los cómplices de Adler quieren reconocermelo como a uno de los suyos (de usted)». (*Ihrigen*, es «Jos de usted», mientras que *ihrigen* es «los de ellos»). En la correspondencia entre Freud y Jung este tipo de errores aparece al menos siete veces, y dos de ellas se deben al propio Freud.⁴ Lo cual no impide que el 16-12-1912 el Maestro vienes tome ese lapsus *al pie de la letra* y manifieste su descontento. A vuelta de correo Jung le suelta cuatro verdades: «Me gustaría conseguir que se diese usted cuenta de que su técnica consistente en tratar a sus alumnos como a sus pacientes es una falsa maniobra. Con ello produce usted hijos esclavos o en todo caso desvergonzados (Adler, Stekel y toda la banda insolente que se despliega por Viena). Yo soy lo bastante objetivo como para calarle a usted y a su artimaña de parte a parte. Usted se dedica a señalar con el dedo todos los actos sintomáticos, y con ello rebaja a todos los que le rodean al nivel de hijos o hijas, que confiesan ruborizados la existencia de inclinaciones que no son inocentes. Y mientras tanto usted permanece siempre allá en lo más alto como el padre (...) Ya lo ve usted mi querido Profesor, por más que se entretenga usted en operar con esas artimañas, mis actos sintomáticos no me importan en absoluto, pues no significan absolutamente nada al lado de la viga de tamaño más que regular que hay en el ojo de mi querido hermano Freud» (18-12-1912).

Los psicoanalistas creen detentar un arma absoluta, esto es, la de afirmar que la crítica de su doctrina está motivada inconscientemente por el miedo al sexo y al Inconsciente. ¿Pero por qué esta afirmación no habría de estar a su vez motivada por unos procesos inconscientes? La aceptación y la glorificación del psicoanálisis ¿no serían, tanto como lo

4. M. Mandelbaum (1962) «Some instances of the self-excepting fallacy» («Algunos ejemplos de la falacia de la autoexclusión»), *Psychologische Beiträge*, 6:383-6.

5. *Ihr* en lugar de *ihr*, o *Ihnert* en lugar de *ihn*: cf. 8.1.07, 26.6.08, 2.6.09, 17.1.09, 8.11.09, 11.11.09, 14.12.12.

puedan ser su rechazo o su crítica, la expresión de deseos disimulados?

Para Freud y para los que son hijos suyos el hecho de que alguien rechace la universalidad del complejo de Edipo es un indicio del propio complejo edipiano. Pero nos hemos de preguntar las razones que pueda haber para no considerar la afirmación del carácter universal de complejo de Edipo como una manera de legitimar, a buen precio, una problemática *personal*, la cual sería además y antes que nada la del propio Freud.

Vamos a ilustrar esta cuestión impertinente con un caso, auténtico, de una paciente que se convirtió en la amante de su psicoanalista. La mujer de la que hablamos no encontró dificultad alguna en hallar una justificación: «La sexualidad me había sido vetada en el nombre del padre por una madre viuda. Se hace muy largo desembarazarse de todo eso, pero el psicoanálisis me ayudó a desbrozar el camino. Y yo salí adelante con un rodeo, pues si el padre lo hacía conmigo, entonces no era verdad que le pusiera un interdicto... Luego de eso, poco a poco me puse a mirar a la gente, a ponerme faldas, a desvestirme» (citado por D. Frischer, p. 330). Dicho de otra manera, acostarse con el propio analista no es sino una manera de «transgredir el interdicto edípico». Sólo los «bienpensantes» se negarán a admitir esta forma de (falo-)terapia...

El origen del éxito mundano que tiene el psicoanálisis lo habremos de ir a buscar quizá en las justificaciones fáciles que proporciona para ciertas formas de libertad sexual; el psicoanálisis sosiega al obseso y al perverso, le da la razón al cura que decide colgar los hábitos («A través de la Iglesia lo que buscaba era una Madre...»), disculpa al marido que abandona a su mujer («Sin saberlo me había casado con un sustituto materno, pero ahora he superado mi Edipo...»). De modo que las razones por las cuales algunos aceptan el psicoanálisis son a veces aún peores que las razones por las cuales otros lo rechazan... ¿No es cierto que Freud le confiaba a Binswanger, en un momento de lucidez: «Siempre pensé que los primeros en arrojarse sobre mi doctrina serían los cerdos y los especuladores»? (cf. Binswanger, 1970:10).

Después de haber vivido cotidianamente y a lo largo de años en los círculos analíticos, creo poder asegurar que los retoños de Freud no son de ningún modo, entre los médicos y los psicólogos, los menos neuróticos. El trabajo de F. Roustan (1976), un psicoanalista, muestra de manera patente el infantilismo de los discípulos del profeta vienes. Las afirmaciones que hacía Albert Ellis en la época en la que era todavía psicoanalista, ya tomaban precisamente este mismo sesgo: «El psicoanálisis parece ser una ciencia que, más de lo que lo hace ninguna otra disciplina científica, atrae a unos profesionales que están perturbados emocionalmente, que son parciales y en potencia son no científicos» (1950: 127). El famoso sexólogo americano solicitaba acto seguido a sus colegas analistas que tuviesen un mayor rigor científico. Es conocido que luego les abandonó sin ningún pesar...

En definitiva nos preguntamos si el concepto de «resistencia» se aplica a cada persona, a todo el mundo, o si se aplica a una categoría de individuos, formada por los neuróticos, los adversarios del psicoanálisis.

sis, e incluso por los propios psicoanalistas. ¿Cuáles son los criterios *precisos*, nos preguntamos, para decidir cuándo tal o cual interpretación se ha de considerar legítima, o *si ya no lo es*? Vamos a examinar ahora esta cuestión más de cerca.

4. UN CONCEPTO GASEOSO

Es bien cierto que **un individuo puede evitar informaciones que sean disonantes**; y también que las **novedades que contradicen al saber establecido** provocan con **facilidad mal humor o una acusación de falta de respeto**. No cabe duda de **que el concepto de «resistencia» tiene sus razones de ser**. Pero lo **que el psicólogo le responde al psicoanalista es el hecho de haber ampliado esa noción de tal modo que le sirva para obtener sobre todo el mundo un seguro y fácil éxito**. Vamos a ver de qué manera funciona esta **explicación que para todo sirve**.

En una línea **de continuidad con Freud**, Groddeck afirma que «el estreñimiento es la resistencia en sí», y precisa: «Entiendo por estreñimiento los trastornos digestivos de la vida cotidiana y en primer lugar la diarrea, que **no es las más de las veces sino un negativo del estreñimiento**» (1926:130s). De acuerdo. Pero a la vez **que eso**, Groddeck señala que «cualquier síntoma de enfermedad, cualquier enfermedad, puede ser considerada **con gran provecho como un fenómeno de resistencia (...)** **Cualquier tratamiento médico** —lo repito por milésima vez, y **lo repetiré aún miles de veces más**— **discurre alrededor de la resistencia del enfermo, y en mi opinión el éxito del psicoanálisis, así como evidentemente el de cualquier otro tratamiento, incluso de un tratamiento quirúrgico, depende de la eliminación de la resistencia**». Si he comprendido bien al **impetuoso discípulo, los cirujanos obrarían mejor exhumando las resistencias afectivas del paciente que manejando el bisturí**.

Pero en resumidas **cuentas: ¿cuándo tiene derecho el psicoanalista a aplicar el diagnóstico de «resistencia», cuyo valor terapéutico sigue estando además por demostrar?** Freud **a este respecto** es categórico: «**No hay ninguna prueba más decisiva del éxito obtenido al sacar a la luz los contenidos inconscientes que cuando el analizado reacciona con la frase siguiente: Eso no ¡o he pensado, o bien: nunca había pensado en ello!**» (XIV 15). «El **"no"** del analizado —dice Freud— **sólo** escasas veces **expresa un rechazo justificado**; con mucha mayor frecuencia **lo que expresa es una resistencia**» (XIV 49).

Si un paciente o un **adversario del psicoanálisis encuentran risible una interpretación, eso no ha de desconcertar al analista, sino todo lo contrario**: «No pocos de mis neuróticos, en el curso del **tratamiento psicoanalítico**, dan testimonio de manera regular con su **risa de que hemos llegado a revelar fielmente ante su consciencia aquello inconsciente que hasta entonces estaba cubierto con un velo**» (VI 194).

En definitiva lo que **resulta es que todo rechazo que se haga de una proposición «analítica» habrá de aparecer como efecto de una represión**. Pero ¿por qué no se puede decir lo contrario, **esto es, que la aceptación de una interpretación es indicio de una resistencia**? La **dialéctica freudiana es desconcertante**. **Efectivamente, el padre del psicoanálisis escribía hacia el fin de su vida lo siguiente: «El "sí" directo del analizado es equivoco. Puede en efecto indicar que éste reconoce que la construcción propuesta es justa,**

pero puede también estar desprovisto de sentido o incluso puede ser «hipócrita», podríamos decir, porque su resistencia saca algún beneficio en el hecho de que un consentimiento como ése siga escondiendo la verdad no descubierta» (XVI 49). S. Leclaire va aún más lejos cuando dice que «la confesión de un sentimiento de resistencia» es ya en sí misma una forma de resistencia (1968:1?).

Si acaso sucede que un no analista llegue a **aceptar el psicoanálisis o se pone incluso a difundirlo**, el psicoanalista se pondrá entonces a hablar de «recuperación», si no ya de «resistencias» más sutiles. ¿1 no para de denunciar «las potencias reprimentes que, tal y como sucedía ya en los primeros comienzos, pero eso sí ahora de manera mucho menos ruidosa, siguen tendiendo a recubrir y a enterrar la obra de Freud» (O. Mannoni, 1968: 180). Para el freudiano las resistencias son tan obsesivas como lo son sus perseguidores para el paranoico. Las ve por todas partes. Hace muy poco S. Leclaire declaraba: «Correlativamente a la atenuación de las resistencias exteriores, la resistencia al movimiento psicoanalítico se ha infiltrado, e incluso se ha implantado sólidamente en el mismo psicoanálisis* (1979). Al igual que el maoísta, el psicoanalista tiene el deber de hacer su autocrítica. Pero precisamente, y tal como lo señala S. Blanton en el Diario de su análisis con Freud, la autocrítica es precisamente el signo de la resistencia. «Estaba reprochándome en cierto momento el no ser más que un bebé. Y Freud entonces me dijo: "¿Sabe usted cuál es uno de los principales medios de los que se sirve la resistencia para manifestarse?... Pues bien, son los reproches que uno se dirige a sí mismo, las autocríticas"» (p. 25).

Freud escribía en 1900: «El psicoanálisis, si es suspicaz, lo es con todo derecho. Uno de sus principios es el siguiente: todo aquello que interrumpe la progresión del trabajo analítico es una resistencia» (II 521). Todo lo que en su teoría viene a continuación permite calificar de «resistencia» a *toda proposición que no esté conforme con su teoría*. Se trata -: como vemos de uno de los conceptos más elásticos que existen. Es como un gas, que tiene tendencia a esparcirse por todas partes; se infiltra por el más mínimo intersticio y va contaminando todo cuanto toca.

Cuando queremos explicitar los presupuestos freudianos, nos vamos dando cuenta de que los psicoanalistas se ven a sí mismos como los únicos seres en el mundo que son capaces de descubrir las resistencias *reales*, más allá de los rechazos y de los consentimientos. Las reacciones del analizado no tienen mucho más interés que el de *demostrar* la intuición del analista, el cual trabaja según el principio que reza: «si sale cara gano yo, y si sale cruz pierdes tú». El freudiano considera siempre que aquellas razones que le son presentadas como oposición y a título de invalidaciones son siempre confirmaciones suplementarias de su sistema. Aquel que se muestra cerrado a esta dialéctica manifiesta, para hablar como Groddeck, una urgente necesidad de la purga analítica.

Si vamos cerrando el círculo de las formas de las resistencias, habrémos de preguntarnos si el sacar a la luz las resistencias del prójimo no sería en realidad la forma que adquiere la resistencia del *denunciador*. } En ese caso la interpretación freudiana parecería entonces como un argumento boomerang. Podemos ilustrar esta idea por la reacción que manifestara Jung tras las críticas que Freud le dirigió a su libro *Meta-*

morfosis y símbolos de la libido. El discípulo disidente le escribía el 3-12-1912 al padre fundador: «Me es necesario constatar con dolor que una parte nada despreciable de los psicoanalistas abusa del psicoanálisis con el fin de quitarles a los demás el valor que tienen y de menospreciar sus progresos con las ya muy conocidas insinuaciones de complejo, como si eso demostrase alguna cosa (¡lamentable teoría!). A la concurrencia le es servida una estupidez de particular mal gusto, según la cual mi teoría de la libido es un fruto del erotismo anal. Cuando pienso *quién* ha concebido esa teoría empiezo a tener miedo por el porvenir del psicoanálisis (...) El psicoanalista utiliza su psicoanálisis de manera muy poco afortunada, como un recurso de holgazán, haciendo exactamente lo mismo que nuestros adversarios hacen recurriendo a su creencia en la autoridad. Lo que les podría dar que pensar está condicionado por el complejo. Aún no se había descubierto esta función de protección del psicoanálisis».

La respuesta que dio Freud a estas palabras es extremadamente interesante, pues en ella hacemos la confesión de *una ausencia desoladora de criterios objetivos* que permitan verificar una interpretación en términos de resistencias inconscientes. Escribe: «Los abusos en la utilización del psicoanálisis a los que usted alude, tanto en la polémica como para defenderse de lo que es nuevo, me dan a mí mismo qué pensar desde hace ya bastante tiempo. No sé si se los puede evitar del todo, y de momento sólo puedo aconsejar en contra de esos abusos una pequeña receta doméstica: que cada uno de nosotros se ocupe más activamente de su propia neurosis que de la de su vecino» (5-12-1912). (Esta fórmula me parece la respuesta más sensata que habrá que darle al psicoanalista que crea descubrir en mí unos motivos inconscientes para criticar al psicoanálisis...)

5. EXAMEN EPISTEMOLÓGICO Y EXAMEN PSICOLÓGICO

Las enseñanzas de F. J. Gall fueron acusadas de «tender a trastornar las mentes, socavar los fundamentos de la religión y propagar el materialismo» (inculpación de un contemporáneo de Gall; citado por Lantén-Laura, p. 237). Los ataques de que fuera objeto no demuestran el valor de la frenología. *La pertinencia de una teoría no es probada ni por sus éxitos mundanos, ni por la hostilidad suscitada entre los bienpensantes...*

Podemos claro está preguntarnos acerca de los motivos psicológicos y de los mecanismos sociales que explican las reacciones del gran público y de los científicos. La teoría de la disonancia cognitiva de Festinger es una guía preciosa para hacer un análisis de ese tipo. Y sin embargo los exámenes psicológicos y sociológicos han de ser distinguidos del examen lógico y de la verificación científica. Es importante que, de una vez por todas, no mezclemos estas dos cuestiones.

Por el hecho de que los «psi-» están sujetos, al igual que cada hijo de vecino, a unos procesos cognitivo-afectivos que les influyen sin que ellos mismos se den cuenta, tienen el deber de *respetar con un máximo*

de rigor las reglas de la validación objetiva de las hipótesis. A partir del momento en que se empeñan en sostener unos argumentos distintos y ceden en su vigilancia epistemológica, lo que hacen es alejarse cada vez más de la comunidad científica.

II

¿UNA NUEVA HERMENÉUTICA?

Nadie discutirá que «podríamos caracterizar al psicoanálisis por la interpretación, esto es, por la puesta en evidencia del sentido latente de un material» (Laplanche y Pontalis, p. 207). ¿Hay que añadir que Freud promovió un nuevo tipo de inteligibilidad del psiquismo, o más aún, el más profundo psiquismo existente?

1. LA TRADICIÓN HERMENÉUTICA

Podríamos sostener que no hay casi ninguna percepción humana que no sea una interpretación. Nunca el hombre tiene que tratar directamente con unos elementos «en bruto», incluso cuando se limita a mirar. Toda visión, toda atribución de significación, toda palabra, constituye una actividad interpretativa.

Ya en Aristóteles encontramos la idea de que cualquier producción semántica es ya de entrada una interpretación. En su tratado *De la interpretación* (*Peri Hermeneias*), el fundador del Liceo explica que «es interpretación cualquier sonido emitido por la voz y dotado de significación — cualquier *phoné semantike*» (cf. P. Ricoeur, 1965:30).

La noción tradicional de «interpretación» encuentra sin embargo su origen en otros lugares, a saber, en el sentimiento que tenemos de que las cosas percibidas esconden unas significaciones que pertenecen a un orden distinto, frecuentemente sagrado, y que siempre son más importantes que las cosas mismas y que por consiguiente habrá que descifrar. Desde los tiempos más remotos los hombres han percibido «signos» en las coincidencias, en las enfermedades, en las tormentas... y se han ocupado en buscar unas secretas intenciones detrás de los acontecimientos, tanto en los excepcionales como en los cotidianos.

Clásicamente el término de hermenéutica designa el arte de interpretar los textos. Platón hace uso de ese término a la hora de evocar las significaciones oscuras u ocultas de los textos proféticos. En el período alejandrino, la palabra «hermenéutica» designaba la traducción de textos extranjeros o la explicación de los textos del pasado (cf. Ricoeur, 1972:2s). Este término volvió a aparecer en el siglo xviii en alemán (*Hermeneutik*) en el contexto doble de la exégesis bíblica y de la filología de los textos profanos clásicos.

Friedrich Schleiermacher (1768-1834) desempeñó un papel decisivo en la tradición hermenéutica. En su opinión la exégesis de la Sagrada Escritura no difiere en nada de la interpretación filológica. Schleiermacher hizo un vigoroso desarrollo de su idea según la cual la hermenéutica había de servir

como fundamento de las ciencias humanas y entre ellas particularmente de la historia. La noción de hermenéutica alcanza así un sentido que es el que modernamente le damos, a saber: el de englobar en ella todo aquello que puede llegar a ser objeto de interpretación. La cuestión esencial consistirá pues siempre en la manera de hacer que sea más inteligible un sentido latente.

El otro gran nombre de la historia moderna de la hermenéutica es W. Dilthey. Este famoso filósofo se esforzó, a partir de los años 1880, en precisar la metodología de las «ciencias del espíritu», o «ciencias comprensivas». De acuerdo a su concepción, la psicología debe intentar la aprehensión, por medio de la experiencia interna (o «comprensión»), de la coherencia primitiva de los fenómenos psíquicos.

Ciertos aspectos de la obra de Freud la inscriben en la tradición hermenéutica. Ya el título de su obra principal, *Die Traumdeutung*, contiene la noción central de la hermenéutica, la *Deutung*, la búsqueda de un sentido (*Bedeutung*) fundada sobre el análisis de los motivos y de los fines. Al igual que Dilthey, Freud se basa en una aprehensión intuitiva de la vida interior más que sobre unos resultados experimentales. Tanto el uno como el otro creen que el hombre se revela de una manera privilegiada en su historia, y no buscan tanto unas leyes causales como interrelaciones de significación y unos conjuntos estructurales (*Zusammenhängen*).

Freud no cita los nombres de los grandes maestros de la hermenéutica, ciertamente; lo que sí es cierto es que vivió en un medio en el que las ideas de esos maestros formaban parte del ambiente de la época. De modo que la originalidad del padre del psicoanálisis no reside en la utilización de la palabra «interpretación». Pero antes de precisar donde reside esa originalidad podríamos detenernos por un instante en una fuente del freudismo que no ha sido destacada lo que se merece: el judaísmo.

2. LA TRADICIÓN JUDÍA

Siempre encontramos en las religiones diversos tipos de interpretación. En un primer nivel el creyente percibe la vida y la existencia haciendo referencia a otro mundo, el cual, a diferencia de este mundo, es invisible. Así tomadas las cosas, los acontecimientos son interpelaciones divinas. En otro nivel de cosas aparecen las Escrituras, es decir, formulaciones escritas de los mensajes sagrados. Y en un tercer nivel esas Escrituras son a su vez objeto de una exégesis, de una interpretación en segundo grado. Pues bien, se da el caso de que el pensamiento judío desarrolló en gran medida esta última dimensión. Así por ejemplo, en el *Zohar* (siglo ja) leemos: «Los misterios contenidos en la Escritura, con la ayuda de los cuales todos los mundos fueron creados, no podían descender aquí abajo si no eran revestidos de una envoltura. El sentido literal de la Escritura es el envoltorio; y que caiga la desgracia sobre aquel que tome este envoltorio por la Escritura misma» (cit. in Bakan, p. 197).

Para los místicos judíos «la Torah no era sino la forma exterior de la Alianza, y había que encontrar para ella una interpretación más profunda:

la Cabala, y en particular el *Zohar*, indicaban el camino por el cual se podía llegar a comprender la significación subyacente de la Torah. Esta última era considerada como un grandioso criptograma que había de ser descifrado a base de diversos métodos semirracionales y místico-intuitivos» (Bakan, p. 87).

Es de sobra conocido que Freud no era creyente, pero que permaneció profundamente vinculada a su pueblo y que sus tradiciones le eran familiares. No ha de resultar sorprendente por lo tanto encontrar numerosas analogías entre el psicoanálisis y el pensamiento judaico. Que Freud, pongamos por ejemplo, le preste atención al más mínimo detalle del comportamiento, eso es algo que podemos considerar muy próximo a la actitud del creyente ortodoxo, cuando éste permanece atento a cada uno de sus actos y se pregunta sin cesar sobre la relación que éstos podrán tener con las prescripciones.

David Bakan, un profesor de la Universidad de Chicago, mostró que Freud interpreta a las personas igual como el judío interpreta la Sagrada Escritura. Por lo demás, el mismo fundador del psicoanálisis precisó que «trataba el texto de los sueños como un texto sagrado» (II 518). Según su modo de ver las cosas, al igual que para la mística judía, hay que leer más allá de esa «envuelta» que constituye el texto manifiesto. En Freud volvemos a encontrar el mismo modo de escrutar la más mínima palabra, así como las cifras y las tetras. «No hay una sola letra de la Escritura que no esconda algún misterio» dice el *Zohar*. Freud por su parte afirma: «no hay ni una palabra ni un gesto que no sea revelador de un "lugar otro" inconsciente».

Desde hace mucho tiempo F. Kafka subrayó los modos de pensar judíos que contendría el psicoanálisis. Y Mega incluso aún más lejos: «Para él, el psicoanálisis no es en el más alto grado una teoría general de la psique humana. La obra de Freud es mucho más que eso un capítulo de la historia judía escrito por la generación actual, en algún sentido el último, cronológicamente hablando, de los comentarios del Talmud, y es ahí donde reside si ya no toda la extensión de la que es susceptible, sí al menos su más profunda justificación».¹

El inventor del psicoanálisis puede ser colocado de nuevo en la tradición de los artesanos semitas y occidentales del *ars Interpretandi*. Lo que ahora debemos hacer es precisar más aún la especificidad de su «lectura». En esta óptica resulta importante evocar el análisis desenmascarados un género de interpretación que tuvo un particular desarrollo durante el siglo xix.

3. LAS INTERPRETACIONES DENUNCIADORAS

La formulación de interpretaciones que emiten sospechas o que resultan demoledoras está muy lejos de ser una novedad. En todos los tiempos los hombres se han dedicado a subrayar en sus semejantes los aspectos menos nobles. Uno de los más famosos denunciadores de las formas ocultas del amor propio (eso que los psicoanalistas llaman hoy en día narcisismo) fue La Rochefoucauld; su colección de *Réflexions ou sentences ei máximes morales* (*Reflexiones o sentencias y máximas morales*) (1665) se abre con los siguientes «pensamientos»: «Nuestras vir-

1. M. Robert (1974) *D'Oedipe a Motse* (*De Edipo a Moisés*), París, Calmann-Lévy, p. 18.

tudes no son las más de las veces sino vicios disfrazados» — «No siempre es por su valor o por su castidad por lo que los hombres son valientes y las mujeres castas» — «Por más descubrimientos que se hagan en el país del amor propio, siguen quedando no pocas tierras desconocidas»...

Otra de las figuras de la interpretación desenmascaradora es Arthur Schopenhauer (1788-1860), quien veía en el amor una mistificación del individuo por el Genio de la Especie. Este filósofo sostenía que cualquier amor, por más etéreo que pueda llegar a ser, proviene esencialmente de la pulsión sexual (*Geschlechtstrieb*), y que las cualidades que le son atribuidas al ser amado no son sino ilusiones engendradas por la voluntad inconsciente de la Especie.

Uno de los «desmistificadores» que marcó profundamente con su personalidad la segunda mitad del siglo xrx es Ludwig Feuerbach (1804-1872). Este famoso alumno de Hegel tomó como blanco privilegiado de sus ataques a la religión, en la cual no veía nada más que la proyección de los deseos humanos o incluso la objetivación de la esencia del hombre una vez desembarazada de sus imperfecciones. Dicho sea de paso, si la comparamos con *La esencia del cristianismo* (1841), observaremos que la obra de Freud sobre la religión (*El porvenir de una ilusión*, 1927) no aporta ninguna idea nueva, como no sean los vocablos «complejo de Edipo» y «neurosis obsesiva». Por lo demás, Freud declara en la conclusión de su libro: «Nada de lo que aquí he dicho en contra del valor real de la religión tenía ninguna necesidad del psicoanálisis; todo eso otros lo habían dicho ya mucho antes de que éste existiese» (XIV 360).

Los maestros principales de la hermenéutica denunciadora moderna son K. Marx y F. Nietzsche. Lo que Marx pone en cuestión es la percepción clásica de la naturaleza, del hombre y de las relaciones de producción. Uno de sus conceptos más significativos es el de «banalidad». El autor de *El capital* explica que no hay enigmas profundos, que todo lo que aparece como profundo en la manera burguesa de concebir las cosas no es sino banalidad: «la religión es el opio del pueblo»; y la filosofía clásica es un instrumento para engañar a las masas, mediante el cual las masas dirigentes se dejan coger en la trampa ellas mismas. Las opiniones de los individuos están determinadas, sin que tengan conciencia de ello, por su clase social y por lo tanto por unos factores que son económicos... No insisto, pues estas ideas forman parte hoy en día del *sensus communis* de todos los intelectuales.

Nietzsche, que encuentra una parte de su inspiración en los moralistas franceses y en Schopenhauer, quiere incansablemente poner al descubierto las metamorfosis de la «voluntad de poder». En *La genealogía de la moral* denuncia «la moral como consecuencia, como síntoma, como máscara, como hipocresía, como enfermedad, como malentendido» (1887, § 6). De un extremo al otro de su obra lo encontramos intentando encarnizadamente desenmascarar al hombre, considerado éste como un ser que se engaña a sí mismo y que constantemente engaña a sus semejantes. No son pocos los aforismos de Nietzsche que podrían ser atribuidos a un psicoanalista. Veamos un ejemplo: «A propósito de todo aquello

que un hombre deja aparecer de sí mismo, podemos preguntar: ¿qué es lo que quiere ocultar? ¿De qué cosa está destinado a distraer la atención? ¿Qué prejuicio debe estar accionando?, e incluso: ¿hasta dónde llegará la sutileza de esa disimulación?» (1881, § 523).

Freud ocupa un lugar en esa línea de los que le prestan su voz a la denuncia, y que hay que considerar según el punto de vista que adoptemos: ya sea como liberadores esperados, ya sea como nuevos Inquisidores. El inventor del psicoanálisis afirma no haber sido lector de Marx y de Nietzsche. Por lo que a este último se refiere, escribe Freud en su autobiografía: «A Nietzsche, el filósofo cuyas intuiciones y perspectivas concuerdan a menudo de manera sorprendente con los resultados adquiridos penosamente por el psicoanálisis, he evitado durante largo tiempo leerlo, y precisamente por esa razón: quería permanecer libre de toda prevención» (XIV 86). No obstante los paralelos no son por ello menos evidentes.²

Para esos «tres maestros de la sospecha» —así es cómo les llama Ricoeur (1965:41)— la Verdad última reside en el hecho de que todo es alienación, ilusión, mentira. Su proyecto agresivo es el de desmistificar, arrancar las máscaras, reducir a una infraestructura. Pero una cuestión esencial subsiste, cual es la de saber si en cierto modo sus reducciones apabullantes no conducen a veces, o con frecuencia, a unas nuevas mistificaciones y a unos terrorismos de nuevo cuño...

Sería grotesco negar la existencia de explotaciones cuidadosamente disimuladas, o de formas de resentimiento escondidas bajo unos bellos ideales, o de deseos sexuales reprimidos... Pero no anda por ahí lo que estoy cuestionando; lo que intento saber es si un mecanismo económico, o la voluntad de poder, o la libido, pueden constituir siempre y en todas partes la mejor interpretación. Podríamos decir en primera aproximación que los desciframientos marxistas, nietzscheanos o freudianos, por el hecho de no asignarle ningún límite a su expansionismo, se excluyen o se anulan recíprocamente.

A decir verdad, cualquier hecho puede revestir las significaciones más diferentes, según cual sea el punto o los puntos de vista que se adopten. Los modos de proceder propios de la ciencia tienen precisamente como objetivo la determinación para cada clase de fenómenos de los factores explicativos que resultan más pertinentes. Vamos a tomar un ejemplo. Es sabido que la luna actúa sobre el mar; por tanto podemos suponer también que actúa sobre el ser humano. ¿Habrá que deducir de ello que mis concepciones actuales y las del lector son efecto de la atracción lunar? Hasta las ideas más «lunáticas» requieren explicaciones distintas de ésta...

El científico que analiza un nuevo problema no conoce *a priori* el peso relativo de los factores que están en juego. Precisamente el objetivo que tiene su trabajo es el de llegar a determinar esa importancia, y a ser posible con preferencia de manera cuantitativa. Entonces deberá

2. Acerca de las semejanzas entre Mane y Freud, se puede consultar por ejemplo Estman M. (1972), *Marx and Lenin*, Nueva York, Boni, cap. 8.

además *despreciar las influencias concebibles pero que se muestran definitivamente como poco o muy poco pertinentes* a la hora de dar cuenta del fenómeno estudiado.

En conclusión, hemos de decir que el psicoanálisis no nació en el vacío. La obra de Freud encontró sus fuentes en el pensamiento judío, en la filosofía y en la psicología de su tiempo. Aunque, eso sí, no **deja de** ser cierto que el célebre médico vienes se distingue de sus predecesores por la síntesis que elaboró, y sobre todo por una técnica de investigación. Vamos a examinar precisamente esa técnica de investigación más de cerca,

III

LA ESPECIFICIDAD DEL MÉTODO FREUDIANO

Hoy en día cualquier hombre medianamente cultivado conoce el esquema del dispositivo psicoanalítico: el paciente está acostado en un diván, el psicoanalista está sentado detrás de él en un sillón (confortable) de un modo tal que le ve sin ser visto. El paciente debe enunciar incansablemente todo lo que le pasa por la cabeza; debe además en principio limitarse a decirlo. El psicoanalista escucha pacientemente, en porciones de más o menos cuarenta minutos; muy raramente habla. A las «asociaciones libres» del que paga, le responden la «atención flotante» y algunas «interpretaciones» de aquel que «cobra».

(Respecto de este último verbo, recordaremos que su equivalente francés, «*encaisser*» tiene, según un diccionario usual y de prestigio, el *Petit Robert*, cuatro acepciones: 1.^a «meter en una caja», 2.^a «cobrar en dinero», 3.^a «recibir sin pestañear», 4.^a «bordear por ambos lados estrechamente», «encajonar un río entre diques». Lo que sigue a continuación en mi libro mostrará que estas cuatro acepciones se aplican aquí con toda adecuación.)

Así pues, Freud instituyó un nuevo tipo de conversación, que viene a añadirse a las formas ya establecidas de conversación, esto es: la conversación galante, la conversación en el rellano de la escalera, la conversación de salón (la cual, por su parte, va tomando cada vez más fácilmente la forma de una conversación freudiana...).

Después de ochenta años de andar funcionando por el mundo, el dispositivo básico ha evolucionado bastante poco, al menos entre aquellos que se consideran psicoanalistas «ortodoxos». La transformación más espectacular fue introducida por J. Lacan, el Presidente de la «École Freudienne de París», y lo hizo bajo el nombre de «sesión de duración variable». C. Castoriadis la describe del modo siguiente: «Aparece el paciente, se coloca en el diván (si es astuto sus posaderas apenas si rozan ya la tapicería), habla o se calla durante algunos minutos, no se le dice nada, y es despedido» (1977:33). En la actualidad la variante lacaniana ~ de la cura tipo no parece haberse difundido más allá de ciertos medios de la intelectualidad de París y de Bruselas.

1. EL PRESUPUESTO BÁSICO

La premisa fundamental de la teoría freudiana es la distinción de lo consciente y de lo inconsciente, de lo manifiesto y de lo latente. La expresión *contenido manifiesto* designa «toda producción verbalizada —desde el fantasma a la obra literaria— sobre la cual se hace la propuesta de interpretarla siguiendo el método analítico» (Laplanche y Pontalis, 1967:101); el *contenido latente* por su parte es «el conjunto de lo que el análisis va revelando sucesivamente (asociaciones del analizado, interpretaciones del analista)» (id. p. 100).

Si hemos de hacer caso de la teoría, el contenido latente es el producto de fuerzas que reprimen, y es anterior al contenido manifiesto. La transformación de las ideas latentes en un contenido «sintomático» es el resultado de un trabajo inconsciente que se efectúa siguiendo unas leyes que Freud creyó percibir de un modo privilegiado interpretando sueños, pero que hay que considerar como actantes en definitiva cualquiera que sea el fenómeno psíquico considerado. Esas leyes son las siguientes: la representación simbólica, el desplazamiento de los acentos psíquicos (un elemento secundario adquiere una posición preeminente o a la inversa) y la condensación de los deseos inconscientes que hallan su origen último en los de la infancia. Freud denominó a esos mecanismos los «procesos primarios». En la actualidad, el éxito de la lingüística ha hecho que se hable de «metonimia» para designar el desplazamiento y la desaparición de secuencias, y de «metáfora» para designar la condensación y la figuración simbólica.

En resumen, el contenido latente —o en términos más modernos, el *significado*— está constituido por unas representaciones reprimidas que remiten a los deseos últimos del sujeto; mientras que el contenido manifiesto —o *significante*— es su traducción, troncada y engañosa, que emerge a la consciencia.

Siempre según el psicoanálisis, los trastornos neuróticos no son sino consecuencias de represiones. Y a partir de ello la terapia es definida como una operación de alzamiento del velo o de levantamiento de la «censura». A tal efecto, el analizado y el analista aplican una técnica precisa. Vamos a examinar en primer lugar la consigna seguida por el primero y luego las reglas observadas por el segundo.

2. LA REGLA FUNDAMENTAL

El psicoanálisis se constituyó como método propio el día en que Freud abandonó sus tentativas de hipnosis en provecho de la regla de las asociaciones libres. Recordemos que la «regla fundamental» consiste para el paciente en que *éste* ha de decir libremente, esto es, sin querer seleccionar, todo lo que le viene a la cabeza. Esta *Grundregel*, como la llama Freud, es sin duda alguna el elemento más central y más específico del freudismo.

No obstante encontramos precursores de esta técnica. El propio **Freud** reconocía que su idea podía muy bien constituir un caso de criptonmesia, es decir, un recuerdo no reconocido como tal que sería vivido en cambio como una idea nueva y personal. Relata **Freud** en 1920 que cuando **tenía 14 años** había leído las obras de Ludvig Borne, y que era ese libro el único que aún conservaba 50 años más tarde (XII 312). El autor, en un ensayo titulado *El arte de convertirse en un escritor original en tres días*, recomendaba aislarse durante tres días con una provisión suficiente de papel como para escribir «sin falsedad ni hipocresía» sobre el primer tema **que** se le pasase a uno por la cabeza. Borne estimaba que los hombres están asfixiados por el peso de las ideas convencionales, y él se proponía liberar la mente de todos esos pensamientos adulterados. En otro de sus ensayos escribía: «Lo que es peligroso es la palabra *reprimida*; pues aquello que fuera despreciado busca luego el modo de tomarse el desquite, aun cuando aquello que fue expresado no fue dicho en vano»... Podríamos creer estar leyendo a Freud.

Por lo demás la filosofía y la psicología del siglo xix concedían una plaza de primer orden a las nociones de inconsciente y de asociación de **ideas**. Por ejemplo, E. von Hartmann explicaba en su famosa *Philosophie des Unbewussten* (1869; 1.ª ed. en 1890) que las asociaciones de ideas no **se** hacen al azar, sino que «son dirigidas por representaciones finales inconscientes» (citado por Freud, II 533). De esta concepción a la técnica freudiana de las asociaciones no hay en efecto más que un paso.

Otra de las fuentes de la «regla fundamental» podría ser acaso **Pierre Janet**. En su obra *L'automatisme psychologique* (*El automatismo psicológico*) (1889) el famoso médico francés describía el modo en que había **utilizado** con éxito la *escritura automática* (un procedimiento que utilizaban en su tiempo los espiritistas) con el fin de descubrir la causa **de los ataques de** terror de una joven. Y se da el caso de que consiguió **aliviar a la enferma** con ese procedimiento. Y Freud conocía esa obra, pues la cita en 1895 (I 86), es decir, en una época en la que ni siquiera había pensado **en su propia** técnica. De todos modos es bien sabido que Freud se sintió siempre **rival** de Janet, y que por tanto no habría confesado fácilmente haber encontrado en un libro del médico francés la idea de su «regla fundamental»...

Quien haga una arqueología del pensamiento freudiano no puede dejar de reconocer la influencia de la tradición judía. Podríamos citar llegado el caso a Abulafia, un maestro cabalista del siglo xm, que había propuesto dos métodos que permitían «retirar los sellos del alma, y deshacer los nudos que la atan». Uno de esos métodos está basado en hacer malabarismos **con** las letras del alfabeto y consiste en separar y combinar **las letras durante** la meditación de modo que surjan nuevos temas. El otro método **se** llama «saltar y brincar» y consiste en asociar libremente las ideas **hasta que todo el** campo de la consciencia del iniciado quede afectado por el juego. Según ese cabalista, los «saltos» permiten así «liberarnos de la cárcel de la **esfera** natural» (cit. in Bakan, p. 77).

Hay una última fuente que merece ser señalada y que el **propio Freud** declara que hay que considerar como de primera importancia. **Su enferma** Emmy von N. le pidió un día que no le diese prisas para recordar tal o cual acontecimiento, sino que «la dejase contar lo que tenía que decir» (I 116).

Sea como fuere en relación con los antecedentes de la regla de la libre asociación, se da el caso de que Freud la utiliza, y de ello no cabe la menor duda, de una manera original. Según su entender, el tren aso-

ciativo es de algún modo la resurrección de lo reprimido (compuesto de hechos reales y de fantasmas). Para ser más precisos: las ideas producidas espontáneamente *como continuación* de un elemento que hay que interpretar, ya se trate de un síntoma, de un elemento del sueño, etc., son precisamente aquellas que, en los arcanos del Inconsciente, lo *precedieron* y lo *engendraron*.

3. LA INTERPRETACIÓN

Dirijamos ahora nuestra atención hacia el analista. Sus actividades se cuentan en número de tres: escuchar al paciente con una «atención libremente flotante»; interpretar las asociaciones «significativas»; comunicarle al paciente las interpretaciones que estima útil revelar.

El analista quiere recorrer a la inversa el mismo trayecto que siguiera el trabajo de la falsificación inconsciente. Con la interpretación de las asociaciones producidas por el paciente, cree desarticular el «contenido manifiesto» y volver a tener en sus manos el verdadero «contenido latente» que estaría en el origen de aquél.

4. LA CUESTIÓN DE LA SUGESTIÓN

Freud está convencido de que las cadenas asociativas están determinadas por el contenido latente del inconsciente del paciente. Piensa que la interpretación no hace sino traducir en un lenguaje claro la verdad que aflora en las asociaciones del analizado.

Ya desde sus comienzos, los adversarios del psicoanálisis lo consideraron como un método de sugestión. Hay que subrayar que esta cuestión es capital; aunque habremos de volver más adelante sobre ella, vamos a reservarnos aquí la referencia a dos opiniones, cuyos autores fueron dos de los mayores nombres de la psiquiatría. Refiriéndose a la técnica freudiana, Kraepelin escribe en la octava edición de su *Manual de psiquiatría* (1909): «Los escasos informes detallados que se han publicado hasta hoy acerca de la manera de proceder muestran que se ejerce una influencia extraordinariamente fuerte y parcial sobre el enfermo en el sentido de lo que el médico se representa». Con ocasión del 17.º Congreso Internacional de Medicina que tuvo lugar en Londres en agosto de 1913, Janet calificó de ingenuo el método de las asociaciones espontáneas; el terapeuta, decía Janet, sugiere inconscientemente la sucesión de las asociaciones (cit. in Ellenberger, p. 674).

5. EL MA" S CONVINCENTE DE LOS EJEMPLOS EN OPINIÓN DE FREUD

El día 2 de junio de 1909, Jung le escribía a Freud que estaba dictan* do un curso sobre psicoanálisis. En su carta precisa: «Voy introduciendo-1.

Citado en la *Correspondance Freud/Jung*, trad. francesa, I 299.

do el tema por medio de las asociaciones, esto es, de la misma forma en que yo mismo he llegado no hace mucho a la comprensión de sus enseñanzas». Entonces Freud le respondió: «La manera según la cual ha introducido usted la cuestión ante esos señores, partiendo precisamente de la experiencia de la asociación, me parece absolutamente irreproachable. Habría otro camino, que sería el de partir de la vida cotidiana». Pues bien, vamos a seguir aquí el consejo de Freud, y para introducirnos en el psicoanálisis abriremos *La psicopatología de la vida cotidiana*, que es precisamente la obra de Freud que más reediciones ha conocido (11 ya en vida de su autor) y la que más ampliamente ha contribuido a la difusión de su disciplina. Con este libro Freud pasó del análisis de las neurosis y de los súcúus al de todas las conductas del hombre normal y i'ii i-simio i Ir vigilia. Dicho sea de paso, esta publicación ha propagado ;iiii)li;iniiMilc l; iilcii de que *jos HUIS mínimos* detalles «son muy elocuentes» subir los *verdaderos* tloscos del sujeto.

Lslu ubi a de I'-reud présenla para nosotros un triple interés. Por una parte, los ejemplos son abundantísimos; y justamente resulta esencial poder trabajar sobre un material concreto cuando lo que se quiere es juzgar al psicoanálisis sin ser víctima de un «efecto de escaparate». Y es que las consideraciones generales y los argumentos abstractos permiten todas las demostraciones, proporcionan toda suerte de escapatorias. Pues bien, *La psicopatología de la vida cotidiana* muestra de manera detallada y sin rodeos la manera como razona *in concreto* el psicoanalista.

Por otra parte este libro permite comprender bien *la especificidad analítica*. En efecto, la idea de que los lapsus y las equivocaciones tienen una significación no es propia de Freud; y él mismo por lo demás lo reconoce. Ya Schopenhauer había observado que aquellos que cometen un error a la hora de devolver el cambio lo hacen las más de las veces en provecho de ellos mismos. Cuando Goethe analizaba los *lapsus calami* de sus secretarios, descubría que *ciertos* errores se explicaban por la vida afectiva del secretario, el cual creía, por ejemplo, haber oído el nombre de una mujer amada y lo había escrito en lugar del nombre dictado por Goethe. En los años 1880, el célebre criminólogo Hanns Gross había pasado por el tamiz las declaraciones de acusados y testigos de una causa. Estimaba así que los que emiten falsos testimonios se traicionan a sí mismos inevitablemente, aunque sólo fuese por una palabra, haciendo un lapsus por ejemplo.² Y encontramos por fin en varias obras literarias que sus autores habían ya hecho recurso a los actos fallidos considerándolos como un procedimiento tan transparente para el lector que se hacía inútil explicárselo... Pues bien, lo que el psicoanálisis aporta de específico aparece aquí, al igual que en todas partes, como lo más discutible. Lo que Freud afirma es que *todos* los actos fallidos son significativos, y que si uno de ellos parece ser debido al azar, *bastará entonces recurrir al método de las asociaciones libres para descubrir su oculto sentido*.

La tercera razón, pero no por ello la menos importante, por la cual

2. Los tres ejemplos que preceden están citados en Ellenberger, p. 419.

resulta deseable comenzar por esta obra de Freud, es que sus ejemplos son accesibles para cualquier lector. Todo el mundo está aquí en disposición de comprender y de emitir un juicio, mientras que en las historias de neuróticos, sobre todo cuando son presentadas de manera resumida, sucede todo lo contrario, y el lector puede quedar engañado con falsas apariencias. La patología mental es la botella de tinta de la psicología, el campo en el que se puede decir más o menos cualquier cosa sin que le contradigan a uno, y esto por supuesto es tanto más cierto cuando los lectores no son especialistas en trastornos psíquicos.

Voy a elegir, de la obra en cuestión, *el ejemplo que el propio Freud presenta como el más contundente*. Este ejemplo aparece como un análisis exhaustivo, lo que no es frecuente encontrar en los ejemplos de clínica que presenta Freud. Y además presenta la ventaja de ser un ejemplo corto, y que por tanto puede ser reproducido aquí *in extenso*. Leamos atentamente (IV 275s):

«Quiero detenerme aquí un poco más en los análisis de asociaciones de número, porque no conozco otras observaciones aisladas que puedan demostrar de manera tan contundente (so *schlagend*) la existencia de procesos de pensamiento altamente elaborados, ignorados por entero por la consciencia, y además porque no conozco ejemplos mejores de análisis en los cuales la participación del médico (la sugestión) que se le puede atribuir injustamente pueda ser excluida con tanta certeza.

»Por tanto comunicaré aquí el análisis de un número que se le ocurrió a uno de mis pacientes (y que aceptó la experiencia). De él diré sólo que es el más joven de una familia numerosa y que perdió, cuando él era aún muy joven, a su padre al que admiraba. En el momento de la experiencia estaba de excelente humor; enunció el número 426718 y se preguntó: "¿Cuáles son las ideas que se me ocurren al respecto? En primer lugar un chiste que oí: Cuando se cuida médicamente un resfriado, éste dura 42 días; cuando no se lo cuida, 6 semanas". Esto corresponde a las primeras cifras del número $42 = 6 \times 7$.

»Durante la pausa que sigue a este primer esclarecimiento llamo su atención sobre el hecho de que el número de seis cifras que ha elegido contiene todas las primeras cifras excepto el 3 y el 5.

»A partir de ahí encuentra sin tardanza la continuación de la interpretación. "Somos 7 hermanos, yo soy el menor. El 3 corresponde al número de orden de mi hermana A., y el 5 al de mi hermano L.; y ellos eran mis dos enemigos. Cuando era niño le rezaba a Dios cada noche para que me liberase de esos dos torturadores. Ahora me parece que me concedo a mí mismo la realización de ese deseo; 3 y 5, el hermano malvado y la hermana detestada son omitidos."

, _Si el número representa la serie de sus hermanos y hermanas, ¿qué deberá significar el 18 que se encuentra al final? Ustedes no eran más que 7.

»"He pensado a menudo que si mi padre hubiese vivido más tiempo yo no hubiese sido el más pequeño. Si hubiese habido 1 niño más hubiésemos sido 8 y hubiese tenido junto a mí a un niño más pequeño para el que hubiese desempeñado el papel de hermano mayor."

»Con este último elemento quedaba explicado el número, pero aún quedaba por ser establecida la relación entre la primera parte de la interpretación y las sigüientes. Este vínculo fue fácil de encontrar partiendo de la

condición necesaria formulada en relación con las últimas cifras: si el padre hubiese vivido más tiempo. El $42 = 6 \times 7$ significaba el desprecio para con los médicos que no habían podido ayudar al padre, y expresaba por tanto de esta forma el deseo de que el padre hubiese sobrevivido. Hablando propiamente, el conjunto del número correspondía a la realización de los dos deseos infantiles en relación con su círculo familiar, que el avieso hermano y la aviesa hermana mueran y que un niño venga después de ellos, o incluso, para expresarlo de la manera más concisa: que estos dos hubiesen muerto en el lugar del padre querido.»

En una nota, Freud añade: «Para simplificar he suprimido algunas otras asociaciones intermedias del paciente, que serían tan pertinentes como éstas». (En cualquier caso hubiésemos querido conocerlas para ver cómo selecciona Freud lo que estima oportuno publicar...)

Este ejemplo fue añadido en la 4.ª edición de la obra (1912). Y jamás fue vuelto a poner en cuestión en lo sucesivo. Más bien al contrario, Freud abundó en ilustraciones de este mismo modelo. Y aún hoy los psicoanalistas siguen viendo en este ejemplo un paradigma de sus interpretaciones. Así por ejemplo, Lacan declara en su famoso texto sobre la palabra y el lenguaje: «Es a aquel que no profundizó en la naturaleza del lenguaje a quien la experiencia de asociación a partir de números le podrá enseñar de una vez por todas lo que aquí es esencial captar, a saber, el poder combinatorio que dispone sus equívocos, y para reconocer ahí el recurso propio del inconsciente» (1966:269). Este análisis de un número, en efecto, ilustra perfectamente el método freudiano y sus presupuestos.

a) El presupuesto básico

El número enunciado por el paciente —y sería lo mismo si se tratase de un síntoma neurótico o del relato de un sueño— es un «contenido manifiesto» en el que se han condensado los deseos del sujeto. De acuerdo con la lógica freudiana, el significado es anterior a ese significante.

Podríamos preguntarnos cuándo se efectuó esa simbolización de los conflictos afectivos. O con mayor precisión: «¿Fue elaborado el número entre el momento en que Freud dio su consigna (la de "citar un número al azar") y el momento en que el paciente enunció el número?» En este caso, el inconsciente habría hecho sus cálculos, en el sentido propio del término, con vistas a articular los contenidos latentes en un número-significante bien preciso. (Voy a recordar para todos los efectos los contenidos de los que se trata: la broma relativa al resfriado, el desprecio para con los médicos, el deseo de la muerte de un hermano y de una hermana, la muerte del padre, la desgracia de ser el benjamín, el deseo frustrado de tener un hermano más pequeño.) No veo cómo se podría verificar o falsificar esa hipótesis. Pero de todos modos, de esa hipótesis podemos decir que es cuanto menos audaz, y podemos recordar también en este momento que su audacia no es necesariamente una prueba de la verdad de una proposición.

Por otra parte podríamos suponer que el número que ha sido enunciado estaba en reserva desde hacía un cierto tiempo. Ésta es la tesis de Lacan cuando escribe: «Si unos números obtenidos mediante una cortadura en la sucesión de las cifras del número elegido, tras su maridaje por medio de todas las operaciones de la aritmética, o incluso por la división repetida del número original por uno de los números escisiparos, los números que resultan de ello se muestran como simbolizantes entre todos los demás en la historia propia del sujeto, ello es porque estaban ya latentes en la elección de la que tomaron su punto de partida» (1966:269).

Freud no dice en qué condiciones un número citado al azar no es producto de unos procesos inconscientes. 419 - 13 - 729825 - 4 - 86812... estas cifras se me ocurren justo en este momento. (Invito al lector a que enuncie las que se le ocurran a él...). ¿Cuáles están cargadas de un sentido latente? Según la lógica freudiana, todas emergen del inconsciente y transponen unos deseos subyacentes. Según los escépticos como yo, todos esos números pueden llegar a convertirse en «significativos» después de haber sido enunciados, en la medida en que uno se imagine que han de tener un sentido oculto.

b) La regla fundamental

Según el psicoanalista la alquimia del inconsciente efectúa reacciones reversibles: las asociaciones libres, correctamente interpretadas, son un espejo de los procesos elaborados en los arcanos del inconsciente.

La hipótesis alternativa, la del psicólogo, viene a decir que la deriva asociativa consigue explicar cualquier cosa, y que en el caso de que se trata los motivos descubiertos *a posteriori* son simplemente inducidos por aquello cuya génesis se supone que han de explicar.

Quisiera mostrar ahora: 1.º que a partir de un «significante» dado se pueden siempre encontrar *con posterioridad* buenos «motivos» para explicar su aparición; 2.º cualquier significante puede siempre conducir, por un camino que unas veces es corto y otras veces es largo, a un significado dado. En resumidas cuentas, que el vínculo causal, que Freud postula como existente entre el «contenido manifiesto» y el supuesto «contenido latente», es cuanto menos problemático. Lacan precisa que la experiencia del psicoanalista «no es la de la experiencia de hecho, sino la de la *experimentum mentis*» (1966:259). Así pues, voy a emprender el camino de la experimentación mental; y en este ejemplo mi modo de argumentación será el razonamiento por el absurdo.

1.º A partir de un elemento cualquiera —si aquí es el número 426718, puede ser en otra parte una palabra, una imagen, un sueño...— se puede asociar siguiendo los sentidos más diversos y llegar en todos los casos a un conjunto (relativamente) coherente.

Supongamos que parto del número citado por el paciente de Freud. ¿Qué ideas son las que se me cruzan por la cabeza?

Primer «*experimentum mentis*». 4 me hace pensar en las 4 artes libe-

88rales de la Universidad medieval, lo que se llamaba el Quadrivium. 2: me recuerda la oposición entre el Quadrivium y el Trivium, así como la dualidad de las ciencias naturales y las ciencias humanas. 6: es el número de cursos que imparto en la Universidad de Lovaina. 7: es el número de cursos que imparto en total. Doy 1 curso en las Facultades Universitarias Saint-Louis (Bruselas). 1 es también el número de cursos que quisiera dar además de los que ya imparto: 8 me parece en efecto un máximo. 426718: sí salen las cuentas.

Segunda variante, más orientada ésta en un sentido freudiano. 42: evoca el número del inmueble en el que estuve viviendo antes de tener mi propia casa. Se trataba de un piso cuyos propietarios eran mis padres. 67: es la edad de mi padre. 18: la edad que tenía cuando empecé a ir a la Universidad y dejé de vivir con mis padres. La ausencia del 3 y del 5 (recuérdese la observación de Freud: «le llamo la atención sobre el hecho de que el número de seis cifras que eligió contiene todas las primeras cifras excepto el 3 y el 5») se explica con facilidad: el tranvía n.º 35 era el que conducía a los cuarteles de Etterbeek, recuerdo de mi servicio militar, la época en que mi libertad estuvo muy obstaculizada. Así queda rizado el rizo, y el vínculo entre todos esos elementos es «evidente»: mi padre que envejece, la edad a la cual abandoné la casa de mis padres para ir a la Universidad, el piso alquilado a mis padres, el servicio militar... Debe tratarse del problema de mi acceso a la autonomía, o en pocas palabras, los complejos de Edipo y de Castración.

Se puede encontrar sin grandes dificultades una infinidad de encadenamientos asociativos tan «plausibles» como el que presentó el paciente de Freud.

El lector observará que mis dos cadenas de asociaciones aparecen como coherentes. ¿Es eso resultado de la alquimia inconsciente? Podemos decir con toda simplicidad que *las primeras ideas indujeron las siguientes*. En la primera variante empecé evocando la Universidad, y las asociaciones que siguieron se fueron organizando alrededor de este tema. En la segunda pensé en el piso de mis padres y lo siguiente se derivó de ahí. Las asociaciones no se hacen al azar, pero es inútil postular un complejo subyacente previo para explicar su sucesión.

2.º Si queremos comprender aún mejor el carácter arbitrario del vínculo postulado por Freud entre el «significante» y el «significado» podemos emprender también la operación inversa de la precedente, es decir, partiendo de unos contenidos manifiestos diferentes, desembocar sin la más mínima dificultad a un contenido latente dado. Para hacerlo voy a tomar aquí los primeros números que me pasen por la cabeza: los números de teléfono de mis tres lugares de trabajo: el lugar de Louvain-la-Neuve (418181), la Facultad de Medicina de Louvain-en-Woluwe (7623400), y las Facultades Saint-Louis en Bruselas (2177653).

¿Qué podrá asociar, ¿a partir del primer número, un buen alumno del profesor Freud? (Voy a reproducir en *italicas* las frases que tomo literalmente del caso de Freud.) $4 + 1 = 5$; $4 - 1 = 3$. «Somos 7 hermanos, yo soy el menor. El 5 corresponde al número de orden de mi hermano L., el 3 a

mi hermana A., etc.» Algún lector podría objetar que esta suma y que esta resta son artificiales. Pero el paciente de Freud multiplica ($42 = 6 \times 7$) y suma ($7 + 1 = 8$) y Lacan afirma que todas las operaciones de la aritmética producen números que simbolizan la historia del sujeto (1966:269).

Durante la pausa que sigue, el analista llama su atención sobre el hecho de que el número de seis cifras que ha sido elegido contiene todas las primeras cifras excepto 2, 3, 5, 6 y 7. A partir de ahí el paciente encuentra sin tardanza la continuación de la interpretación: (...) «mi hermana A. y mi hermano L. eran mis 2 enemigos (...) 3 y 5, el hermano malvado y la hermana detestada han sido omitidos».

«El 6 y el 7 recuerdan un chiste: cuando se cuida médicamente un resfriado, éste dura 42 días... en otro caso 6 semanas... $6 \times 7 = 42$.»

El analista interviene de nuevo: «Sí el número representa la serie de sus hermanas y hermanos, ¿qué ha de representar el 81.81 que se encuentra al final? Ustedes no eran más que 7». Respuesta: «Sí hubiese habido 1 niño más hubiésemos sido 8, etc.». Podemos pues concluir: «Hablando propiamente, el conjunto del número correspondía a la realización de los dos deseos infantiles en relación con su círculo familiar, etc.». La repetición del 81, relativa a la muerte del padre, se explica fácilmente: se trata de la «compulsión de repetición» que caracteriza a la «pulsión de muerte»...

Segunda variante: el número de teléfono de Louvain-en-Woluwe, 7623400.

76: «¿Cuáles son las ideas que se me ocurren al respecto? En primer lugar un chiste que oí: "Cuando se cura médicamente un resfriado, éste dura 42 días; cuando no se lo cuida, 6 semanas". Esto corresponde a las primeras cifras del número $7 \times 6 = 42$ ».

2: En el círculo familiar, tenía 2 enemigos: mi hermana A. y mi hermano L. Cuando era niño le rezaba a Dios cada noche, etc. 3: corresponde al número de orden de mi hermana A. 4: el paciente no dice nada. ¡Signo de resistencia! Para desbloquear la situación el analista llama su atención sobre el hecho de que el número elegido contiene todas las primeras cifras excepto 1, 5 y 8. A partir de ahí encuentra sin tardanza la continuación de la interpretación. «Somos 7 hermanos, yo soy el menor. El 3 corresponde al número de orden de mi hermana A., y el 5 a mi hermano L., etc.» El 1 y el 8: He pensado a menudo que si mi padre hubiese vivido más tiempo, etc.

00: las últimas cifras confirman la interpretación. El padre murió (=0), el 8.º hijo no fue procreado (=0). Ese doble cero significa pues el problema de la muerte y el de la impotencia sexual del padre.

Me parece inútil detallar las asociaciones a partir del 3.º número de teléfono (2177653). Los 2 enemigos han sido arrojados (...al final del número): 5 y 3. Los grupos 1 - 7 y 7 x 6 no ofrecen dificultad ninguna de interpretación... Las ilustraciones pueden por lo demás encontrarse *ad infinitum*.

En conclusión, Freud cree asistir a una deriva *regresiva*, simétrica al trabajo del inconsciente. El psicólogo en cambio estima que sólo se trata ahí de una deriva *progresiva* en el curso de la cual los recuerdos vienen con posterioridad a «adherirse» a los elementos supuestamente significativos. No cabe la menor duda de que Freud, su paciente y sus discípulos son víctimas de una *ilusión retrospectiva*.

c) *Las interpretaciones del analista*

El analista tiene como misión la de explicar las palabras del analizado, y de arrojar tanta luz como pueda sobre el porqué de las asociaciones y por lo tanto sobre las causas del contenido sintomático. El analista no se limita a emitir unos enunciados descriptivos, que repitan en otras palabras las asociaciones del analizado, sino que formula unos enunciados interpretativos o explicativos que se supone que han de revelar la verdad que no es aparente.

Si volvemos al ejemplo que hemos analizado, podremos localizar las operaciones efectuadas con vistas a la interpretación final.

1. *El analista selecciona*, es el arbitro de la situación. No es éste el único caso en el que Freud «para simplificar ha suprimido algunas otras asociaciones intermedias del paciente» (IV 277, nota). Ya sea para interpretar o para publicar el caso, el analista *elige* lo que juzga que será revelador; el resto es considerado como «superficial», es la corteza, algo fútil.

2. *El analista transforma los elementos*. É1 escucha la «palabra verdadera» bajo sus disfraces y restablece la verdad última. Así, en el caso que estamos examinando, el paciente dice en broma que no se puede cuidar médicamente un resfriado («*einen Schnupfen arztlich behandeln*») y expresa *por otra parte* la pena que le produce la muerte de su padre. Freud deduce de ello el desprecio para con los médicos («*HO/IM gegen die Ärzte*»).

3. *El analista introduce ciertas relaciones*. El paciente del que hablamos evoca *por una parte* el anhelo de que mueran uno de sus hermanos y una de sus hermanas y *por otra parte* la pena de la muerte del padre. En el enunciado de Freud esos dos elementos son combinados para formar uno nuevo: «que ambos estén muertos *en lugar* del padre».

Hay un malentendido que tenemos que disipar. También el psicólogo científico hace de igual modo una selección de aquello que cree importante, explícita unos elementos y establece unas relaciones. No obstante en varios puntos esenciales se distingue claramente del psicoanalista. El psicólogo científico sabe que «construye», mientras que Freud cree en este caso estar resucitando un pasado reprimido. Para aquél, las construcciones son hipótesis de trabajo, mientras que el psicoanálisis no tiene sino muy pocas dudas, o ninguna, acerca de lo justo de su interpretación. En la exposición de este caso Freud escribe: «Hablando propiamente (*eigentlich*) el conjunto del número correspondía a...» y no: «el conjunto del número, *en -función de la técnica utilizada, podría* significar que...». ¿Son sólo matices?

De una manera general, los psicoanalistas creen que sus interpretaciones revelan el tras mundo verdadero, que tal o cual cosa es eso o aquello y no otra cosa. Los psicólogos en principio son más modestos, y piensan que sus enunciados clínicos siempre son relativos a un punto de vista, que esos enunciados son *función de una formalización entre*

otras y que deben escribirse en modo potencial. Pero hay aún otras oposiciones, que se irán indicando en lo que sigue de este libro.

ú) *La cuestión de la sugestión*

M introducir su análisis del número, Freud escribe: «No conozco ejemplos mejores de análisis en los cuales la participación del médico (la sugestión) que se le puede atribuir injustamente pueda ser excluida con tanta certeza» (IV 275).

Pues bien, según el psicólogo, Freud, *aquí como en otras partes*, organiza hábiles condicionamientos.

1. *Freud hace sugerencias con sus interpretaciones*. Se adivina que su paciente quedará convencido en lo sucesivo de que uno de sus deseos fundamentales será el de que «el hermano y la hermana mueran en lugar del amado padre»...

2. *Freud interviene directamente en el proceso asociativo*. Vamos a leer de nuevo el tercer párrafo del texto: «Durante la pausa que sigue a este primer esclarecimiento llamo su atención sobre el hecho de que el número de seis cifras que ha elegido contiene todas las primeras cifras excepto el 3 y el 5». Como buen alumno que es, el paciente comprende por ese «excepto» que alguna cosa ha sido *eliminada*. De acuerdo con la teoría eso sólo puede ser un elemento reprimido o contrario a las buenas costumbres, y no ha de resultar pues muy sorprendente que eso que supuestamente ha sido pasado por alto o, como se dice en alemán, *totgeschwiegen* (literalmente: matado por el silencio), vaya a estar relacionado con la *eliminación* de dos importunos.

Releamos ahora el quinto párrafo. Freud le dice al paciente: «Si el número representa la serie de sus hermanos y hermanas, ¿qué *deberá* significar el 18 que se encuentra al final? Ustedes no eran más que 7». La idea de que el conjunto de las cifras representa la serie de los hermanos y de las hermanas es una sugerencia de Freud. Lo que ha dicho el paciente es tan sólo que el 3 y el 5 le hacen evocar al hermano n.º 3 y a la hermana n.º 5. Estas dos cifras fueron pronunciadas en primer lugar por Freud con el sentido que acabamos de recordar. La *respuesta* del paciente a esas dos indicaciones de Freud no tiene nada de inesperado: luego, de haber *eliminado* verbalmente a dos hijos de la familia *añade* otro, igualmente bajo la forma de un anhelo del sujeto. Razona en suma siguiendo la lógica que ha sido inducida al comienzo del curso de las asociaciones.

Si Freud hubiese querido convencernos sobre la ausencia de sugestión, hubiese debido abstenerse de hacer esas intervenciones explícitas. ¡No obstante, incluso en ese caso podríamos decir que el paciente habría sido víctima de varios condicionamientos. En efecto:

I

3. *Freud condiciona con su teoría*. Un paciente que está en análisis se deja convencer de que todo tiene un sentido e incluso un sentido oculto, y contrario al que se enuncia públicamente. Si se niega a aceptar

esta premisa fundamental, entonces abandona la cura o consigue que lo echen.

En el caso presente el paciente lo que espera es encontrar una explicación. A partir de ahí, y con la ayuda de Freud, encuentra en las asociaciones que pululan, un sentido que ilustra bellamente la teoría. Más bien lo que habría que decir sería: *invenía* un sentido, pues sus asociaciones son un *artefacto* producido por el método freudiano. Sucede lo mismo que en el caso de las personas que creen en presagios y que los descubren en los astros o en el poso del café.

Algunos psicoanalistas, pero no todos, y eso es lo que cuenta, habrá que admitan, aunque no sin esfuerzo por su parte, que Freud no explica verdaderamente el enunciado del número, pero que las asociaciones que siguen no por ello son menos reveladoras.

Al respecto de esta maniobra de retirada podemos hacer algunas observaciones. La primera es que *Freud jamás volvió a poner en cuestión el supuesto* de acuerdo con el cual las asociaciones y las interpretaciones subsiguientes siguen el camino inverso al de las antiguas representaciones. Es que *abandonar esta premisa equivale a volver a cuestionar toda la teoría que se ha construido sobre ella*. Luego habría que examinar de manera objetiva las relaciones que existen entre lo que se dice en el diván y lo que se vive en otros lugares, como por ejemplo en el trabajo o durante las vacaciones... Y finalmente, *last but not least*, habría que ver de qué, o más bien de quién son verdaderamente reveladoras las asociaciones. ¿Del paciente? ¿Del analista? ¿De ambos a la vez?

4, *Freud condiciona con su propia problemática*. En efecto: ¿cuáles son las cuestiones existenciales que Freud considera como las más importantes? En primer lugar la sexualidad, pero a continuación la muerte. En la época de la publicación del ejemplo que estamos analizando (1912), Freud no había formulado todavía la célebre dualidad de las Pulsiones de Vida y Pulsiones de Muerte (1920), pero no por ello su pensamiento está menos orientado hacia el tema de la muerte y del deseo de muerte. En su biografía de Freud, Jones escribe: «Tan lejos como podemos remontarnos en su vida, lo encontramos habitado por ideas de muerte (...) Tenía también unos ataques repetidos de lo que él llamaba *Todesangst*, angustia de muerte (...). A medida que iba pasando el tiempo, la idea de la muerte se hacía cada vez más y más insistente. Una vez declaró que pensaba en ella todos los días, lo cual resulta ciertamente inhabitual» (III 319). Por otra parte, el médico de cabecera de Freud, Max Schur, pudo escribir un libro de casi 700 páginas sobre ese tema precisamente: *La muerte en la vida de Freud*.

Resulta altamente probable que, asociando a partir de cualquier otro número, o incluso de un sueño, de una palabra, de una fobia, de una obsesión... el paciente hubiera de llegar tarde o temprano allí donde Freud le estaba esperando, es decir, a los temas de la sexualidad y de la muerte, y al esquema de estructura familiar. Las otras pistas sencillamente no eran tomadas en cuenta.

Quiero que mis lectores me entiendan bien. No pretendo ahora decir que la muerte y la sexualidad no sean cuestiones importantes... tanto

como lo son por otra parte la búsqueda de seguridad, el interrogante religioso, el deseo de dominar a los que nos rodean y de adquirir un estatus social, etc. Todos estos problemas son casi universales. De modo que podremos hallarlos, cuando lo deseemos, en cada hombre y en todo ejercicio de asociación libre. La ubicuidad de la sexualidad y de la muerte no es un argumento suficiente para sostener la pretensión de que el paciente de Freud enunció el número 426718 *con preferencia a cualquier otro*, así como tampoco para afirmar que todas las fobias, depresiones y otras dificultades nos remiten siempre a la sexualidad y a las pulsiones de muerte... El vínculo que pueda existir entre lo que dice el paciente en el diván del psicoanalista y los factores realmente determinantes de sus trastornos es cuanto menos problemático. Tal y como lo iremos viendo, la psicología moderna tiene sobre esta cuestión unas hipótesis mucho mejor sostenidas empíricamente.

Los otros ejemplos que Freud presenta son exactamente de la misma índole. Por numerosos que sean, siempre constituyen ilustraciones de los mismos errores metodológicos. No obstante le voy a recomendar al lector que lea en *La psicopatología de la vida cotidiana* el ejemplo que Freud extrae de E. Jones, y en el que uno de sus amigos, partiendo del error consistente en haber colocado mal una coma (986 en lugar de 98,6) llega, después de una serie de asociaciones y de algunos empujoncitos interpretativos, a reconocer un pene en la chimenea de una fábrica (IV 278s). El lector podrá así apreciar mucho mejor las declaraciones de Lacan según las cuales «Jones es uno de los escasos discípulos que haya intentado articular algo que se sostenga a propósito del simbolismo», y que «contribuyó esencialmente a la elaboración de la fase fálica» (1966-469; 715)...

El mismo E. Jones relata que un día le preguntó a Freud cómo habría explicado Fliess una enfermedad que sobreviniese en una fecha no prevista por su teoría. Freud le respondió «eso no hubiese embarazado demasiado a Fliess, experto en matemáticas como era. Multiplicando 23 y 28 por su diferencia, añadiendo o sustrayendo los resultados o mediante un cálculo aún más complicado, hubiese obtenido de cualquier modo que fuese la cifra deseada» (Jones I 321). Por lo que a este punto se refiere, y a otros muchos, Freud permaneció, sin que siempre se diese cuenta de ello, como un discípulo del (sexo)rinólogo berlinés...

El padre del psicoanálisis introducía su análisis de número escribiendo: «No conozco otras observaciones aisladas que puedan demostrar de una manera tan sorprendente la existencia de unos procesos de pensamiento altamente elaborados, enteramente ignorados por la conciencia». En realidad, el hilo de las asociaciones se ordena en función del que escucha: conduce allí donde el paciente es esperado y escuchado. Los «procesos inconscientes» que Freud cree sacar a la luz del día no son sino unas construcciones subsiguientes obtenidas por un hábil condicionador que ignora su propio poder de sugestión.

IV

ALGUNOS CASOS EJEMPLARES

1. SK;NORELLI... BOTTICELLI, BOLTRAFFIO

No rallarán psicoanalistas que digan que el ejemplo precedente no se inscribía en el corazón de la materia analítica, esto es, en el lenguaje. Sin embargo, Freud escribía que «hay que despojarse de la impresión de que el problema de los números habría de ser diferente del de las palabras que se nos ocurren» (IV 280, edición de 1920). Pero vamos a admitir aquí la réplica primera y nos dispondremos a examinar un ejemplo en el que los significantes propios del lenguaje están en acción.

Más aún, no vamos a dudar en requerir aún otras exigencias a la hora de elegir este nuevo ejemplo. El deberá ilustrar la concepción «dinámica» del psicoanálisis, con sus nociones de censura, conflictos, resistencia, represión, desplazamiento, condensación, retorno de lo reprimido; además no ha de pertenecer al dominio de la patología mental, pues el lector que no sea entendido en psiquiatría debe poder emitir su juicio al respecto. Y como última y más importante condición, la ilustración elegida ha de ser *reconocida por los mismos psicoanalistas como el paradigma de su manera de proceder*. El caso llamado «Signorelli», que está contenido en la *Psicopatología de la vida cotidiana* (IV 5-12) es conforme con todos esos criterios que hemos requerido.

Veamos en primer lugar y aunque sea someramente su contexto intelectual. Sabemos gracias a una carta enviada a Fliess el día 28-8-1898, es decir, un mes antes del incidente de *Signorelli*, que Freud estaba leyendo la obra de Lipps, *Los hechos fundamentales de la vida psíquica* (1883). En una nota, los editores de la correspondencia Freud-Fliess precisan (p. 278) que Freud había subrayado en su ejemplar el pasaje siguiente: «No sólo creemos en la existencia de unos procesos inconscientes que se producen al margen de los procesos conscientes. Admitimos además que hay unos procesos inconscientes que están a la base de todos los procesos conscientes y que aquéllos orientan a éstos. Tal como lo hemos dicho, el consciente surge fuera de lo Inconsciente cuando se presenta la ocasión, y luego vuelve a sumergirse en él». Veremos pues que Freud retuvo muy bien la lección de Theodor Lipps.

Leamos el primer capítulo de la citada *Psicopatología de la vida cotidiana*:

Freud comienza diciendo que el presente análisis del olvido de un nombre propio «habrá de servir como materia prima para las consideraciones desarrolladas en lo que se sigue del presente libro». El tipo de olvido **que** le interesó en particular era aquel en que aparecen nombres de sustitución incorrectos, esto es, el caso en el que «el proceso que debiera conducirnos a la reproducción del nombre buscado se ha desplazado». Citemos *in extenso* su ejemplo:

«Mi hipótesis es que ese desplazamiento no es dejado a un psiquismo arbitrario, sino que por lo contrario sigue unos trayectos determinados por leyes, que son además susceptibles de ser descifradas. Dicho en otras palabras, supongo que hay entre el nombre o los nombres que sustituyen al nombre buscado y este mismo nombre una relación que puede ser descubierta. El nombre que me esforzaba en vano en recordar era el del maestro al que la catedral de Orvieto debe sus magníficos frescos del "Juicio final". En el lugar del nombre buscado —*Signorelli*— se me **imponían otros dos** nombres de pintores —*Botticelli* y *Boltraffio*— pero inmediatamente y sin titubeos los juzgué incorrectos. Cuando un extraño me comunicó el nombre correcto lo reconocí de inmediato sin ninguna duda.

»En el examen de los caminos seguidos por las asociaciones y a través de los cuales la reproducción se desplazó de ese modo, desde Signorelli a Botticelli y Boltraffio, obtuve el resultado siguiente:

»a) La razón del olvido del nombre *Signorelli* no ha de ser buscada en una particularidad que pudiera tener ese nombre, ni en una característica psicológica del contexto en el cual aparece. El nombre olvidado me resultaba tan familiar como uno de los nombres sustitutivos —*Botticelli*— y mucho más familiar que el otro —*Boltraffio*—, cuyo poseedor era conocido sólo por el hecho de pertenecer a la escuela milanesa. El contexto en el cual se había producido el olvido me parecía anodino y no proporcionaba demasiadas explicaciones: estaba haciendo en coche un viaje **desde Ragusa, en Dalmacia**, hacia una estación de Herzegovina, y viajaba en compañía de un extraño. Estuvimos hablando de los viajes a Italia y le había preguntado a mi compañero de coche si había estado ya en Orvieto y si había visto **los frescos de...**

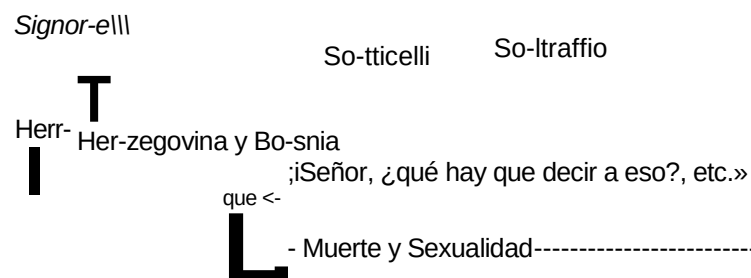
»b) El olvido del nombre sólo encuentra una explicación cuando recuerdo el tema que, en nuestra conversación, fue **inmediatamente anterior a ése**, y si lo considero como la perturbación de un tema nuevo por **aquel que** le precede. Unos momentos antes de que yo **le preguntara a mi compañero** de viaje si él había estado ya en Orvieto, habíamos estado hablando de las costumbres de los turcos que vivían en Bosnia y en Herzegovina. Le conté **que** ■ me había contado uno de mis colegas que ejercía su profesión entre **esas** gentes que tienen una confianza total en el médico, y que además se muestran totalmente resignados frente al destino. Cuando ha de anunciárseles el estado de un enfermo sin esperanza, responden: "Señor (*Herr*), ¿qué **hay que** decir a eso? Sé que si se lo pudiera salvar, lo habrías hecho". — **En esas** frases encontramos por primera vez las palabras y los nombres: **Bosnia, Herzegovina, Herr**, que se dejan intercalar en una cadena asociativa **que** va desde *Signorelli* a *Botticelli-Boltraffio*.

re) Supongo que la serie de las ideas relativas a las costumbres de los turcos en Bosnia, etc., ha podido influir en una de las ideas **subsiguientes** por la razón de que le había retirado mi atención antes de **que llegase** a su término. Recuerdo en efecto que yo **había querido relatar una segunda** anécdota que descansaba en mi memoria **junto a la primera**. **Esos turcos le otorgan el más alto de los valores al placer sexual, y cuando están afectados**

por trastornos sexuales se hunden en una desesperación que contrasta singularmente con su resignación ante la amenaza de la muerte. Uno de los pacientes de mi colega le había dicho un día: "Sabes bien, Señor (*Herr*), que cuando eso ya no va, la vida no tiene ya ningún valor". Suprimí la comunicación de ese rasgo característico, porque no quería tocar ese tema en una conversación con un extraño. E incluso llegué más lejos: retiré también mi atención de la serie de las ideas que habrían podido, en mí, relacionarse con el tema "*Muerte y sexualidad*". En aquel entonces estaba yo aún bajo los efectos tardíos (*Nachwirkung*) de una noticia que había recibido algunas semanas más tarde, con ocasión de una corta estancia en Trafoi. Un paciente, en cuyo caso me había esforzado mucho, había puesto fin a sus días como consecuencia de un trastorno sexual incurable. Estoy seguro de que en el curso de ese viaje a Herzegovina ese triste acontecimiento y todos los detalles que con él se relacionan no me pasaron por la cabeza, pero la correspondencia entre *Trafoi* y *Boltraffio* me obliga a admitir que esa reminiscencia actuó en mí a pesar de la desviación intencional de mi atención.

»d) No puedo considerar el olvido del nombre de Signorelli como un acontecimiento accidental. Debo reconocer en ese proceso la influencia de un motivo. Fue por una serie de motivos por lo que me vi llevado a interrumpir la comunicación de mis ideas (acerca de las costumbres de los turcos, etc.) y por lo que obstaculicé las ideas que se relacionan con ellas y que me habrían conducido hasta la noticia venida de Trafoi. De este modo, yo quería olvidar algo, había reprimido algo. Es bien cierto que quería olvidar otra cosa que el nombre del maestro de Orvieto; pero un vínculo asociativo se había establecido entre esta otra cosa y ese nombre, de manera que mi acto voluntario no llegó a su fin y que *a pesar de mi voluntad, olvidé uno de ellos cuando en mi intención estaba el olvido del otro*. La aversión a recordar se dirigió a un contenido; la incapacidad de recordar se tradujo en otra.»

Freud da luego el esquema que reproducimos y que sintetiza los «desplazamientos» operados por el Inconsciente:



Freud acaba con la constatación, que subraya con fuerza en el caso de los sueños, de que «en el curso de ese proceso, los nombres han sido tratados como los ideogramas de un enunciado que ha de ser transformado en jeroglífico».

El texto citado constituye el primer capítulo de la *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901), de modo que debe ganarse al lector convencién-

dolo ya desde el comienzo. No cabe duda alguna de que se trataba para Freud de un caso absolutamente ejemplar.

Poseemos otras dos versiones de esta historia. Freud se la resumió antes que nada a Fliess en una carta (22-9-1898). Luego le dio una larga elaboración en un artículo de 1898 titulado *Sobre el mecanismo psíquico del olvido*. En este artículo Freud precisa que la elucidación de ese ejemplo puede servir como modelo para la explicación de los síntomas de la histeria, de las obsesiones, de la paranoia. Más aún, dice Freud, este análisis de olvido constituye «un buen ejemplo de la eficacia de la terapia psicoanalítica, cuyo fin es el de restablecer lo que ha sido reprimido y desplazado, y que elimina los síntomas restableciendo los objetos psíquicos verdaderos» (I 525).

Si ponemos a los psicoanalistas en el brete de un análisis *concreto y detallado*, veremos como eluden en general la discusión declarando que se trata «precisamente» de un «mal» ejemplo. (En mis discusiones con mis antiguos colegas aprendí que no hay en definitiva ningún «buen» ejemplo: el psicoanálisis está siempre en «otra parte».) Pues bien, para acabar de una vez por todas con ese género de alegatos, voy a citar ahora los juicios *recientes* de psicoanalistas *reputados*.

J. Lacan escribe (1966:447). «Quiero solamente indicar aquí el hecho de que desde el más simple al más complejo de los síntomas, la función del significante se muestra como prevalente, por el hecho de que toma efectos ya en el nivel del retruécano. Es lo que vemos por ejemplo en *este extraordinario análisis* del principio del mecanismo del olvido (1898) en el que la relación que existe entre el síntoma y el significante parece surgir con todas sus armas de un pensamiento sin precedente (...) Es como decir que volvemos a encontrar aquí la condición constitutiva que Freud le impone al síntoma para que merezca este nombre en el sentido psicoanalítico, y es la de que un elemento mnésico de una situación anterior privilegiada sea tomado de nuevo para articular la situación actual, esto es, que sea utilizado ahí inconscientemente como elemento significante con el efecto de modelar la indeterminación de lo vivido en una significación tendenciosa. ¿No es eso haberlo dicho todo?» (El subrayado es mío.)

En otro texto (1973a: 29) el Presidente de la «École Freudienne de Paris» escribe: «Si volvemos sobre *un ejemplo nunca lo bastante explotado* (el subrayado es mío), aquel que fue el primero sobre el cual Freud hizo proceder su demostración, esto es, el olvido, el tropiezo de memoria referido a la palabra *Signorelli* tras de su visita a las pinturas de Orvieto, ¿es posible no ver surgir del texto mismo, e imponerse, no ya la metáfora, sino la realidad de la desaparición, de la supresión, del *Unterdrückung*, del paso a la parte de abajo?»

Guy Rosolato, en sus *Ensayos sobre lo simbólico* (1969) declara (p. 97): «Si el célebre ejemplo del primer olvido de *nombre* analizado por Freud dio lugar a tantos comentarios, es porque se encuentra fijado en él: ni más ni menos que la represión, los efectos del proceso primario, el inconsciente, es decir, las bases del psicoanálisis, a partir de las cuales la gran obra de Freud, la Interpretación del Sueño, podía a partir de ahí ser elaborada en toda su amplitud».

En un texto reciente de un psicoanalista belga, C. Demoulin, encontramos las mismas convicciones: «Este ejemplo, que abre la *Psicopatología de la*

vida cotidiana, nos permitirá ilustrar el punto de vista lacaniano según el cual el inconsciente son las palabras que nos habitan sin que nosotros lo sepamos. En él veremos que el trabajo del inconsciente, lo que Freud llama "proceso primario" y que consiste en condensación y desplazamiento, es un trabajo del significante» (1978:90).

El más famoso de los psicoanalistas italianos contemporáneos, A. Verdigüone, es categórico: «La *revolución freudiana* encuentra el alcance que tiene por el hecho de que, en el lenguaje, ello cae alrededor de un punto de olvido» (1979:301).

Del otro lado del Atlántico encontramos la misma referencia. J. G. Schimek, psicoanalista del *Yale Psychiatric Institute*, le dedica al mismo sempiterno ejemplo un texto de 20 páginas. Escribe por ejemplo: «El *Signorelli* merece una especial atención. No sólo es la primera interpretación de un acto fallido publicada por Freud, sino que ese acto fallido es el que ha sido analizado de la manera más completa (...) De modo que el ejemplo del *Signorelli* tiene el privilegio de ser el ejemplo inaugural de un "lapsus freudiano", que desempeña el mismo papel que el sueño de Irma» (1974).

Si el lector desea hallar otros comentarios entusiastas, puede consultar las biografías de Freud, por ejemplo las de Marthe Robert (1964, I 234-38), O. Mannoni (1968:87-91), D. Anzieu (1975a, cap. II, I), etc.

a) *El presupuesto básico*

De acuerdo con Freud, los nombres de *Botticelli* y *Doltraffio* constituyen el contenido manifiesto, mientras que *Signorelli* y las asociaciones que lo ligan con los nombres sustitutos son el contenido reprimido. Según esto, *Signorelli* sería una palabra que habría condensado inconscientemente, en el momento de la conversación, una serie de temas: la confianza de los turcos en su médico, su resignación ante la muerte, la importancia de la sexualidad, la estancia en Trafoi y el suicidio de un paciente. Estos temas múltiples se habrían combinado y articulado en los arcanos del Inconsciente de manera que se acaban produciendo unos nombres sustitutivos en apariencia inocentes pero que en realidad serían expresión de lo reprimido.

¿Cuánto tiempo le llevó efectuar esta transmutación? ¿Buscó durante mucho tiempo los nombres sustitutivos? Lo ignoramos. Pero sea como fuere, los nombres *Botticelli* y *Boltraffio* no habrían sido elegidos al azar; al contrario, cada una de las sílabas (*Bo-*, *traffio*, etc.) condensan temas altamente significativos y aparecen como formaciones de compromiso entre la censura interior y lo reprimido. Al igual que en el caso de la enunciación del número 427618, ese ajuste riguroso sería el resultado del «trabajo del Inconsciente».

b) *Las asociaciones libres*

Gracias a la magia de las asociaciones, Freud cree poder reconstituir los procesos que le hicieron decir *Botticelli* en lugar de *Signorelli*. Pero ¿cuándo puso en movimiento Freud la máquina hermenéutica? La cues-

tión es esencial, pues el análisis retrospectivo supone **que** los procesos productores del «síntoma» hayan permanecido sin modificación **entre** el momento del olvido y el momento del análisis. Otra de las hipótesis implícitas es que esos procesos no estén afectados por su análisis. Por lo que yo conozco, ningún psicoanalista se ha planteado estas cuestiones.

En relación con este problema, resulta interesante leer con atención lo que escribe D. Anzieu en su biografía de Freud: «De repente, Freud es incapaz de volver a encontrar el nombre del pintor. Botticelli y Boltraffio le pasan por la cabeza, pero no concuerdan. En lugar de obstinarse en buscar ese nombre con esfuerzo, técnica habitual y vana, Freud adopta la actitud psicoanalítica: deja que su mente asocie libremente. Y entonces le vuelve la palabra aparentemente olvidada: Signorelli y "luego en seguida el nombre de pila: Luca, prueba de que se trataba no de un olvido verdadero sino de una represión" (Carta a Fliess n.º 96). El análisis de este olvido se desarrolla exactamente como el de un sueño» (1975a, II 471).

¿Es exacto, tal como Anzieu sugiere, que Freud haya inventado un nuevo procedimiento para recordar los nombres olvidados? En su monumental obra (853 páginas), que abunda en detalles redundantes, el psicoanalista de Nanterre le dedica cinco páginas al caso *Signorelli*. Y con todo la cuestión del momento del olvido queda en ellas (¿cuidadosamente?) escamoteada. En efecto, en la versión de 1901 (la que he reproducido más arriba), Freud escribe: «Cuando el nombre correcto me fue comunicado por un extraño, lo reconocí de inmediato y sin titubear». Pero en el artículo de 1898, Freud precisa: «fue al cabo de varios días cuando un italiano cultivado (me) proporcionó el nombre que buscaba» (I 521). ¿Son sólo matices? En cualquier caso, y al contrario de lo **que** ~ sugiere Anzieu, 1.º Freud no encontró por sí mismo el nombre; 2.º el análisis sólo fue efectuado *tras varios días*, es decir, en el momento en **que** Freud disponía ya del nombre de *Signorelli* y podía asociar a partir **de** éste de manera que podía ya ponerlo en relación de vínculo con los nombres sustitutivos. Se trataba entonces de encontrar simplemente los eslabones entre el primer término y los otros dos.

De modo pues que tanto la versión de 1901, que Freud destinaba al gran público, como la presentación que da del caso Anzieu pasan por alto *el problema de la reproductibilidad* de los vínculos asociativos inconscientes que se habrían producido *varios días antes, en una situación bien diferente de la del análisis subsiguiente*.

Entre las otras diferencias que existen entre las tres versiones **que** da Freud del caso *Signorelli*, destacamos una afirmación que aparece sólo en 1898. Freud escribe: «La historia que yo había reprimido **había** arrastrado a la represión el nombre buscado gracias a la traducción **de** *Signor* por *Herr*» (I 523). Si he comprendido bien lo que dice **Freud**, la traducción a otra lengua es una técnica **de** represión, **de modo que** el Inconsciente que quiere jugarle malas pasadas **a la** consciencia **puede** ponerse a hacer traducciones directas **y traducciones inversas**. **Lo cierto es que, como hemos visto en el ejemplo precedente, el Incons-**

cienta puede también efectuar las operaciones básicas de la aritmética ($42 = 6 \times 7$, etc.)...

Por otra parte, en la versión que le envió a Fliess el 22-9-1898, Freud evoca un curiosísimo detector de la represión. Escribe que cuando oyó el nombre de *Signorelli*, «volvió a encontrar también de inmediato el nombre de pila, Luca, y ello es prueba de que se trata de un nombre reprimido y no de un verdadero olvido». Pero ¿por qué habría de ser eso una «prueba»? ¿Qué tiene de sorprendente el que uno recuerde el nombre de pila cuando le dan el apellido que se encuentra habitualmente asociado a él? Las viejas leyes de la psicología asociacionista ofrecen una explicación de este hecho que resulta suficiente y que no es tan alambicada.

Vamos a examinar más de cerca la manera según la cual procede Freud cuando pone en acción ese su procedimiento. Para él de lo que se trata es de reconstruir (*ja posteriori!*) las asociaciones que ligan el significado reprimido, representado aquí por el nombre de *Signorelli*, con los significantes *Botticelli* y *Boltraffio*, que son la expresión del «retorno de lo reprimido». Mi hipótesis es que esta reconstrucción no es sino una construcción, y que no se trata de ninguna revelación sino de una *ilusión retrospectiva*. Es tanta la magia de las palabras que acabamos siempre por encontrar, a partir de cualquier elemento, unas asociaciones que formen una historia relativamente coherente; pero esta coherencia no demuestra que se haya operado ninguna resurrección.

En el caso de las palabras los juegos de asociación aparecen aún de más cómoda realización que en el caso de los números (recuérdese el caso del «ejemplo más convincente»). Para proceder a una demostración —por el absurdo— me imagino en una situación análoga a la de Freud: «En el curso del viaje la conversación recae sobre Italia, y le pregunto entonces a mi compañero si ha estado en Orvieto y si ha visitado los célebres frescos de...» Y aquí pongo en marcha la máquina hermenéutica.

1." variante. Por el hecho de que he hablado de Italia, pienso en unas palabras que en italiano son elementales: *si* — *no*. Ese «sí» y ese «no» es el signo de una ambivalencia. En el fondo es que tengo ganas de decir todavía *si* al psicoanálisis, un *sí* claramente ilustrado por S. Leclaire cuando muestra luminosamente —puesto que se llama *Le-claire* [El claro]— cómo un *signe* [signo], por ejemplo una *botti-ne* [botina] es un *sym-bole pha-ll-ique*.¹ Cuando fui a los Países Bajos tuve *bol* [suerte] o tomé un mal *tr-ain* [tren], un mal barco, o *rafiot* (ya se sabe que los holandeses son un pueblo de marinos). ¿No corro el riesgo de ahogarme en todo este asunto? (¡Muerte!). La interpretación no deja ninguna duda: mi ambivalencia es cargante. Al querer reprimirla, olvidé el *Signorelli* y pensé en *Botticelli* y en *Boltraffio*.

1. A propósito de la obsesión de un paciente, Leclaire escribe: «Esta botina no lo es en realidad, es con toda evidencia un símbolo falico» («L'obsessionnel et son désir», «El obsesivo y su deseo», in *L'Évolution psychiatrique*, 1959:389).

Signorelli
F Si no T
Signo ----»-Signe, *bottine* = symbo/e pnaT/ique
»~ Ambivalencia: avoir du bot~ ou mauvais trairt = *rafiot* ?
I—*- «Sexualidad y Muerte» -*—'

El lector puede observar que mi interpretación es más «completa» que la de Freud, pues él dejaba 5 letras sin explicación; y también "i*« densa», véase si no el número de flechas...

De este modo, y sin ninguna dificultad, me he encontrado con los temas freudianos («Muerte y Sexualidad»). Bastaría arrancar ahora con otro tema para encontrar, sin dificultad alguna, una nueva historia coherente.²

2." variante. Vuelvo a partir ahora de la misma situación que antes, es decir, el viaje en coche, los recuerdos sobre Italia, y el «misterioso» olvido, y voy a sumergirme en el Inconsciente, esto es, en las asociaciones, al menos para empezar:

Estoy irritado a causa de las señales de tráfico; *j'en ai ras le bol* [estoy hasta la coronilla] de ese *trafic* [tráfico], que está tan embotellado que la *c* de *trafic* se ha cerrado simbólicamente en una *o* (*Bol-trafia*). De todos modos he hecho bien en no coger el *tr-ain* [tren], pues con *ce* [ese] tiempo que hace, lloviendo así, hubiese debido ponerme mis *botti-nes* [botines] para la lluvia y llevarme el *parap-luie* [paraguas]. (La terminación *luie* equivale acústicamente en francés a la terminación *li* de *Botticel*-t.)

Pero si he de ser franco, como lo fue el mismo Freud en el caso del nombre analizado más arriba, diré que «he omitido algunas asociaciones, que no son menos a propósito que éstas» (IV 277).

S/gno-relli Bol-traffio Botti-c6-etii
Signaux ----- ras du trafic(O)

frain ? Avec ce temps de pluie: I

floffi-nes et
parap/u/e -----

2. Le ruego al lector que realice él mismo este ejercicio para convencerse de ello. Si comprende el neerlandés encontrará en Linschoten (1964:330s) otras tres variantes. Se trata de Cig-ares (Sig-norelli), de Bohemios, de senos (Bo-rst), etc.

2.' *variante bis*. Gracias al molinillo psicoanalítico se obtiene cuanto se quiera. De modo que no habremos de encontrar dificultades de ningún tipo para acabar desembocando, a partir de esta segunda variante, a los temas «Muerte y Sexualidad», y para decir en consecuencia que bajo ese hilo asociativo anodino se habían ocultado los *leitmotiv* freudianos. Efectivamente: *circulación* se dice en la lengua de Freud *Verkehr*, palabra que designa asimismo el comercio sexual. El mismo Freud jugó con el doble sentido de esa palabra en la interpretación del segundo sueño de Dora (V 262) y en el análisis de Juanito (VII 319). Pero incluso si mi lector ignora la lengua alemana, no podrá negar que el automóvil evoca, por medio de algunas asociaciones, a las autoestopistas, y con ellas al sexo, pero también la muerte. El *tra-fic* [tráfico] es una constante causa de *tra-gédies* [tragedias], tal y como lo indica la palabra-símbolo Bol-íra-ffio (*trafic*). Fijense cómo el gato siempre cae con las patas en el suelo.

¿Pero es que era preciso hacer un rodeo a través de largas cadenas asociativas para descubrir la significación sexual de un viaje en automóvil? A decir verdad, bastaba con leer las obras de Freud, las cuales revelan que en los sueños, y por consiguiente en el Inconsciente, «los armarios, las cajas, los automóviles, los hornos, representan el cuerpo femenino» (II 697). O aún mejor, leyendo a Melanie Klein aprenderíamos cómo «en el análisis de *todos* (el subrayado es mío) los niños, un automóvil en movimiento representa la masturbación y el coito, unos coches que chocan entre sí, el coito, mientras que la comparación de dos coches de tamaño diferente expresa la rivalidad con el padre o con su pene» (1932:81). Gérard Mendel (psiquiatra, miembro de la «Société Psychanalytique de Paris», promotor del «sociopsicoanálisis») confirma esas maravillosas intuiciones cuando escribe, más recientemente: «Desde la revolución neolítica se ha desarrollado una nueva naturaleza (...) La herramienta no es ya un estricto símbolo fálico paterno, sino que se ha convertido en un símbolo fálico materno, es decir, en un símbolo del poder materno arcaico. Nuestros análisis nos muestran *constantemente* que, por ejemplo, el automóvil es vivido por su conductor antes que nada como un símbolo fálico materno: el conductor se vive a sí mismo inconscientemente como si estuviese en el interior de la Madre» (1969:209, el subrayado es mío). Dejamos al lector el cuidado de meditar todo eso la próxima vez que circule en automóvil. Y si le entra alguna duda, el psicoanalista le convencerá de que tiene alguna resistencia, en la base de la cual hay algunos complejos, y que podrá sacar a la luz del día tras algunos años de diván.

Concluyamos con una cita de Linschotten (1964:336): «Todas las palabras, conceptos e imágenes de que disponemos pueden, en razón de su contenido, ser asociados, de manera directa o indirecta, siguiendo un camino que unas veces será corto y otras veces será largo. Todo puede ser puesto en relación con todo. Y además se puede operar siguiendo cualquier sistema interpretativo. Esta sociabilidad universal nos juega, en el caso del psicoanálisis, muy malas pasadas».

c) La interpretación

En el caso de *Signorelli* el lugar que ocupa una interpretación secundaria en relación con las asociaciones es muy reducido, pues Freud detuvo el hilo de las asociaciones así que llegó a una explicación «freudiana».

Pero observemos no obstante un punto interesante. Freud escribe que la historia del suicidio de su paciente *no* le ha pasado por la cabeza durante su viaje. ¿Cuándo asoció pues en ese sentido? ¿En el momento de su primera tentativa de elucidación del olvido? Es poco probable, pues en su carta a Fliess (la primera versión escrita de ese olvido), la explicación del *traffio* de Boltraffio es mucho más simple. Freud se contentó con escribir entonces que «las sílabas *traffio* constituyen probablemente una reminiscencia de Trafoi, que visité en ocasión de mi primer viaje». Una vez más Freud descuida con toda tranquilidad la cuestión del tiempo que había transcurrido entre el instante en el que sucedió el fenómeno y el momento en que surgieron las asociaciones que se supone que lo habrían de explicar. Más adelante veremos un ejemplo más flagrante aún si cabe: el de Freud interpretando sin la sombra de una duda un sueño sucedido treinta años antes.

d) La cuestión de la sugestión

En el ejemplo de *Signorelli* Freud es juez y parte, y a la vez es actor, arbitro y testigo informante de la situación. Él está convencido de antemano de la importancia de los temas de la sexualidad y de la muerte; ¿cómo no había pues de acabar llegando a ellos? No cabe la menor duda de que estos temas eran importantes para el hombre que fue Freud (y lo son también para muchos otros, si ya no todos); pero la cuestión aquí es la de saber, como en el caso que hemos analizado más arriba, si son precisamente éstos los temas que determinaron el olvido del nombre y la aparición de los otros dos.

Más adelante, en el párrafo que titulo «un ejemplo de hipótesis alternativa», mostraré por qué, cuando buscamos un pintor italiano del Quattrocento encontramos por regla general el nombre de pintores del Quattrocento acústicamente semejantes, con preferencia a nombres como Rubens, César o Platón...

Ya está visto pues ese famoso ejemplo del *Signorelli*, el cual, si hemos de darles crédito a los psicoanalistas, condensa la quintaesencia de su disciplina. Y tienen toda la razón: a través de ese ejemplo podemos discernir claramente que el freudismo descansa esencialmente en juegos de palabras.

2. FREUD, ADLER Y JUNG

Todos los caminos conducen a Roma. Cuando uno está convencido de que todo nos remite al sexo, todas las asociaciones supuestamente nos conducen inevitablemente a él. Y si el sexo no aparece de inmediato entonces los juegos de palabras y las equivalencias simbólicas completarán la demostración. Lo mismo sucede si pensamos, como lo pensaba Adler que todos los problemas emergen de la voluntad de poder, o si creemos como Jung, que la vida psíquica está determinada por unos arquetipos bien definidos.

Adler fue en 1902 uno de los cuatro primeros discípulos de Freud. Fue desarrollando progresivamente una concepción de la vida psíquica cuyos elementos centrales son la afirmación del yo, las rivalidades y el sentido social. Sus conceptos más típicos son el sentimiento y el complejo de inferioridad, la compensación y la sobrecompensación, la protesta masculina,

Jung, que fue promocionado en 1910 como delfín de Freud al puesto de primer Presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional, fundó hacia 1913 su propia Escuela de Psicoanálisis (bajo el nombre de «psicología analítica»). Entre sus temas esenciales podemos destacar: el inconsciente colectivo compuesto por imágenes originarias, llamadas «arquetipos»; las interpretaciones «anagógicas», las cuales explicitan la significación moral de las formaciones simbólicas (mitos, sueños, etc.); la «reconciliación de los contrarios», esto es la armonización de la máscara social (la *persona*) y del Yo profundo (el *Selbst*). Jung adujo como refuerzo de sus conceptos psicoanalíticos los símbolos alquímicos, la gnosis, las filosofías orientales y algunos otros ingredientes.

No quiero atacar aquí a Adler o a Jung como tales. Al referirme a los dos discípulos más célebres de Freud que se convirtieron en «traidores», lo que quiero es solamente mostrar que los elementos clave de los disidentes «funcionan» tan bien como los del fundador, y que por lo tanto habría que registrar como resultado de la partida un empate...

Vamos a examinar todo eso a partir de un ejemplo personal que se parece en gran medida al de Freud. Un día estaba buscando el nombre de un psicólogo americano (Jerome *Singer*). Los primeros nombres que se me ocurrieron son *Slater* y *Schilder*, Emprendo entonces un viaje a través de los «desfiladeros del significante» para descubrir lo que «esconde» este olvido y esos extraños nombres sustitutivos.

a) *Interpretación freudiana*. (Nota: Voy a poner en itálicas y entre comillas las frases de Freud que reproduzco aquí literalmente.)

Queriendo volver a encontrar el nombre buscado, paso a la biblioteca de la Facultad de Psicología. Así que veo el lomo de la obra en la que se encuentra el nombre de *Singer* «*encuentro en seguida el nombre de pila* (Jerome), *prueba de que se trataba de un nombre reprimido y no de un verdadero olvido** (cf. la carta a Fliess). La primera sílaba de *Singer* (pronunciación inglesa) me hace pensar en *sea* y por lo tanto en los dos términos tradicionalmente asociados: Sea-sun-sex. ¡El sexo! Ya he llegado...

Tal como Freud pasaba del italiano (*Signor*) a su lengua materna (*Herr*), yo pasaré del inglés a la mía: *Singer* significa *chanteur* [*chanteur* significa *cantor*"]. "*La historia que yo había reprimido había atraído en la represión el nombre que yo había estado buscando, y ello gracias a la traducción** (I S23). Luego se me ocurren dos expresiones: «*si ca vous chante*» [*si le apetece*]] (y no voy a hacer comentarios aquí acerca de la aparición del *ca* [Elo], cuya importancia para los psicoanalistas es de sobra conocida...) y luego la expresión «como gustéis». Esta segunda es el título de la obra de Shakespeare en la que se encuentra el famoso parlamento del Maestro Jacques (pero, en el fondo, yo me llamo Jacques): «Todo el universo es un teatro... cada hombre en su tiempo desempeña varios *roles* [papeles]» (Ac. II, esc. 7). En esa perorata hay dos pasajes que me sorprenden: son el 3.º y el 7.º papeles que en ella se describen: «El enamorado suspira como un horno ardiente; compone una balada lastimera sobre los ojos de su *amante*»; «La última de todas las escenas, que concluye esta extraña historia llena de acontecimientos, es la segunda infancia y el olvido total, sin dientes, sin ojos.

sin gusto, sin nada». Al olvidar *Singer*, símbolo del enamorado que acabará muriendo, *taparte mi atención de la serie de las ideas que hubiesen podido, en mí, irse a reunir con el tema de "Muerte y Sexualidad"*» (IV 8). Slater, el nombre sustitutivo, es precisamente el continuador de G. Kelly, el autor de la terapia de los roles [papeles] fijados. En otro tiempo redacté un artículo sobre esa cuestión (1969).

S/nger Ui-sea, sun, sex

Saltar

chanteur
vous chante \ si ca

«Como gustéis»: cada cual desempeña su role
3º papel: sexo 7º
papel: Muerte

¿No es todo esto maravillosamente coherente? Para no alargar aquí el análisis con una «explicación» freudiana de *Schilder*, propongo asociar sobre este otro nombre en el curso de un *experimentum mentis* de temas adlerianos.

b) *Interpretación *adleriana**

Singer (en pronunciación francesa) hace pensar en *singe* [mono]. Poco antes de tener este olvido me encontré con un colega que en el fondo se parece a un *singe*. Y se da el caso de que la obra principal de *Schilder* es precisamente *La imagen del cuerpo* (que apareció por primera vez en inglés en los Estados Unidos, como la obra de *Singer*...). La interpretación se hace así «evidente»: mis ideas agresivas en relación con el colega han sido reprimidas y *Schilder* ha acudido a ocupar el sitio de *Singer*(r). Esta maniobra de mi Inconsciente disimula sin ninguna duda una *sobrecompensación de un complejo de inferioridad*.

c) *Interpretación «jungiana»**

Singer, en su pronunciación francesa, es «remedar» o «hacer el mono». Y según afirmación de Jung, el mono es el arquetipo de la personalidad instintiva (1958:73). En lo que Slater me hace pensar es en los papeles desempeñados en sociedad, mientras que *Schilder*, el autor de *La imagen del cuerpo* me conduce en mi pensamiento a la apariencia corporal, a la compostura, a los finos modales. De este modo se hace claro que el olvido expresa el conflicto inconsciente entre la personalidad instintiva (cf. *Singer*) y la *persona*, es decir, el deseo de desempeñar un papel en la sociedad (cf. *Slater*). Se trata de todo el problema de la «reconciliación de los contrarios», centro de la dialéctica jungiana y de su proceso de «individuación».

¿Cuál es la buena de esas tres interpretaciones? ¿La primera, por ser la más espontánea? Según la lógica freudiana, podemos decir que la primera es tan sólo una fachada y que las siguientes —en este caso la adleriana y la jungiana— son más «significativas», por el hecho de que han venido en segundo lugar y son por tanto más «profundas»...

¿Podremos encontrar aún otras interpretaciones? [Evidentemente! El ordenador dispone todas las cosas que se le han metido según un programa elegido a discreción. Los *listings* pueden así variar infinitamente... Basta con tener otros presupuestos.

Me gustaría concluir con un bonito cuento judío. Un día, tres hombres que tenían una disputa le pidieron al Rabino que les sirviese de arbitro. Rabbi escuchó al primero de esos hombres y le dijo: «tienes razón». Escuchó Juego al segundo y declaró: «tienes razón». Tras escuchar al tercero dijo otra vez: «tienes razón». Y un curioso que pasaba por allí objetó: «pero esos tres hombres no pueden tener razón todos a la vez». Entonces Rabbi concluyó: «tú también tienes razón»...

3. EL ANÁLISIS INTERMINABLE

Los psicoanalistas no tienen ninguna dificultad en reconocer el carácter inacabado de sus análisis. Si un paciente les abandona por ejemplo tras cinco o diez años de tratamiento, declaran que aún habría muchas cosas para sacar a la luz. ¿Esta actitud expresa la humildad ante los misterios de la condición humana y el respeto por la intimidad del cliente? Por lo que he podido ver, esta clase de sentimientos ocupan escasamente ¡a atención de los psicoanalistas; de lo que tratan más que eso es de un presupuesto metodológico (y eso para no mencionar las cuestiones monetarias).

En virtud de la teoría, no hay límite al número de las asociaciones sobre un elemento dado, ni tampoco al número de sesiones de una cura. Dos posibles criterios de finalización del proceso serían: la coherencia de la interpretación y la eficacia terapéutica. Pero el psicoanalista afirma en otras ocasiones que la coherencia no es las más veces sino un engaño. Y por lo que se refiere a la eficacia, éste es un criterio que el analista, y en particular el analista lacaniano, deja con desdén para el psicólogo.³

a) El «Signorelli» en segundo grado

Cuando se trataba del análisis del nombre olvidado y de sus nombres-*ersatz*, la tarea estaba bien delimitada: había que encontrar los eslabones intermediarios que permitían enlazar el primer nombre con los otros dos. Podíamos en consecuencia creer que el análisis de Freud había terminado, pues había establecido esa relación. Pues bien, de hecho se trata de una ignorancia crasa del psicoanálisis, o al menos del «verdadero», del que se publica en las revistas especializadas, al abrigo de la curiosidad de los profanos. Así por ejemplo, para G. Rosolato, las tres páginas del análisis de Freud no son más que un comienzo de explicación. (Recordemos de pasada que Rosolato es un antiguo discípulo de Lacan que se afilió a la «Association Psychanalytique de France», filial de la

3. En la última parte de esta obra discutiremos acerca de la eficacia del psicoanálisis y de la actitud que los analistas adoptan a este respecto.

Asociación Psicoanalítica Internacional, **es decir, lo más oficial que hay en el mundo del psicoanálisis.**)

Con la finalidad de «restablecer» mejor los vínculos **que hay entre Signorelli y Botticelli**, Rosolato **produce una decena de páginas con nuevas** asociaciones-interpretaciones. No **puedo sino aconsejar al lector el examen de ese texto que, aunque pueda parecer asombroso, el hecho es que se inscribe en definitiva en la lógica psicoanalítica. Voy a contentarme** aquí con traer algunas citas: «**Trafoi-Boltraffio: obsérvese aquí la inversión de las letras O-I como en una alternativa de vida y de muerte**» (1968:28). «Las sílabas finales *elli*, que Freud subraya de manera **especial** repitiendo esas dos palabras como en **un eco en su texto de 1898, como para hacernos resonar su sentido «final»**, pasan entre **Signorelli y Botticelli** como sílabas de los fines últimos; y quizá también **en la acepción de Eli, Dios y muerte...** Pero también podríamos preguntarnos **acerca de la insistencia de las iniciales en B, que sirven de transmisión, de «puente»** (Bosnia, Botticelli, Boltraffio): **la coincidencia hace que Brücke, Breuer, Brone y Eli Bemays, de iniciales idénticas, sean hombres que, por causas diversas, le plantearon a Freud la instancia de una deuda.** ¿No habría ahí un recordatorio que viene a significar el vínculo **de filiación con el Herr?** (p. 36).

La parte más extensa del análisis de Rosolato está centrado en **el** nombre de pila de Signorelli, Luca. Veamos algunas muestras **de líneas** de asociación, que en la obra de Rosolato se extienden de **hecho a varias** páginas: Juicio final ->■ Demonio -> *Luc-iier* (Se da el **caso de que Freud** decidió «revolver los Infiernos») -> *Luc-as* Evangelista ->■ *Luc-ano*, el poeta latino -> *lux*, la luz que Freud aporta; etc., etc. ¿Cómo **no** hemos de aplaudir a esos prestidigitadores que sacan del sombrero del Inconsciente cualquier animal que se les antoje? Uno de mis **antiguos maestros** de psicoanálisis tenía la costumbre de decir que «la psicología experimental es una montaña que da a luz un ratón». Como vemos, el psicoanálisis hace justo al revés, pues aquí es el ratón quien pare montañas. Lo que quedará por ver es cuánto puede valer ese parto.

En el caso del *Signorelli* los puntos de partida y de **llegada están** definidos con toda claridad; mientras tanto, por el camino podemos permitarnos fantasías al estilo de las de Rosolato. ¿Pero qué sucede **cuando** sólo se da el punto de partida? Es por ejemplo **el caso de un sueño, de un lapsus o de un síntoma**. Pues bien, es ese caso ¡no hay ningún **límite de principio** que pueda detener las asociaciones y las interpretaciones! Es lo que hemos de ver más de cerca.

b) Los sueños

Nos recuerdan Laplanche y Pontalis que «es la actitud freudiana en relación con el sueño la que constituyó el primer ejemplo y el modelo de la interpretación» (1967:207). En palabras del propio Freud, «la interpretación de los sueños es la vía regia que conduce al conocimiento del inconsciente en la vida psíquica» (II 613), y que hay que considerarla

«como el medio de investigación más seguro de los procesos psíquicos profundos» (XIII 10), o incluso como «la introducción a la técnica psicoanalítica» (V 7). Los psicoanalistas actuales sostienen las mismas opiniones. Así por ejemplo S. Leclair escribe a propósito del análisis de los sueños: «Camino seguro, no hay duda, pero arduo, largo y sinuoso, como lo veremos a continuación, tal es, según las palabras de Freud, esta *vía regia* que conduce al inconsciente» (1968:34). Que sea un camino «*largo y sinuoso*», es ése el punto que examinamos en el presente apartado, dejando para más tarde la crítica de otros aspectos de la teoría del sueño. Aquí, como en otras partes, podemos decir que las concepciones más específicamente freudianas son precisamente las más discutibles. Hay que recordar en efecto que los hombres siempre se han interesado por los sueños y que los han interpretado como portadores de mensajes. Por lo demás, la mayoría de las tesis de Freud sobre el sueño fueron anunciadas antes de él; y en su obra de 1900 no deja de tomar nota del hecho. Vamos a recorrer ahora algunas de esas tesis *en el texto mismo* de Freud.

a) Fechner (1860) declara que el sueño se desarrolla en «otra escena» distinta de la de la vigilia, b) Delage (1891) afirma que el psiquismo reprimido sale a la luz en los sueños. Robert (1866) dice que los sueños tienen el poder de aliviar o de curar; y que los sueños son exteriorización de pensamientos que han quedado abortados, c) Los sueños son puestos en relación con la personalidad del soñante. Según Schopenhauer cada uno actúa y habla durante el sueño en conformidad con su carácter. Jensen (1855) escribe: «El contenido de los sueños está siempre más o menos determinado por la personalidad individual, los hábitos de vida, la experiencia». Pfaff (1868) transforma un proverbio conocido para resumir la misma idea: «Dime lo que sueñas y te diré quién eres», d) Algunos autores subrayaron especialmente el papel desempeñado por los deseos, en especial las pulsiones sexuales. Maas (1805) afirma: «las más de las veces soñamos con los objetos de nuestras pasiones más ardientes. De donde vemos que nuestras pasiones deben influir sobre la formación de nuestros sueños». El psiquiatra Griesinger (1871) explica que «el cumplimiento de deseos {*Wunscherfühlung*} es un rasgo común a las representaciones del sueño y a las psicosis», e) Volkelt (1875) subraya que «tenemos en el sueño una falta de comedimiento particular para todo aquello que es sexual». f) La importancia del pasado y de los recuerdos olvidados ha sido señalada con frecuencia, g) Y también han sido subrayados a menudo: el proceso de simbolización, la traducción de las ideas en imágenes o, como lo expresaba Scholtz (1887), la «transformación alegórica». h) Tomemos nota por fin del enunciado según el cual la interpretación puede convertir cualquier sueño en algo significativo y lógico. Hervey de St. Denis (1867), por ejemplo, escribe que «los sueños más extraños encuentran incluso una explicación de las más lógicas cuando uno sabe analizarlos».

El lector observará que todos los autores que hemos citado hasta aquí pertenecen al siglo xix. En esta época, efectivamente, el sueño había suscitado un gran interés, en particular entre los románticos, así como también entre los filósofos y los psiquiatras. La originalidad de Freud reside en los puntos siguientes: a) una formulación de nuevo cuño de esas ideas en los términos de «contenidos manifiestos» en oposición a

los «contenidos latentes»; b) la afirmación masiva de que todo sueño simboliza *siempre* un deseo; c) la técnica de interpretación por medio de las asociaciones libres. Recordemos ahora lo esencial de su teoría.

Según la oniromancia tradicional, los sueños son mensajes de un más allá religioso, y lo que anuncian es el porvenir. Según Freud, los sueños son mensajes de un más allá psíquico (las profundidades secretas) y lo que revelan es el pasado.

Según Artemidoro de Dalciis, autor de un tratado sobre la interpretación de los sueños que data del siglo n, y que fue publicado en Viena en 1881 bajo el título de *Symbolik der Traume*, el sueño aparece como pleno de sentido para aquel que puede descifrar su lenguaje secreto. Y, de nuevo en la concepción de Freud, el sueño no es una reunión de imágenes al azar, sino en efecto un relato altamente significativo que se descifra como un jeroglífico. La historia que el soñante recuerda una vez despierto es engañosa, y no es más que el contenido manifiesto del sueño. Las verdaderas ideas del sueño, esto es, el contenido latente, fueron condensadas y deformadas en el curso del «trabajo del sueño» —expresión creada por W. Robert (1886)—, trabajo en el cual la censura interior desempeña un papel determinante. Freud cree en la identidad de la estructura del sueño y del síntoma neurótico (X 58). En ambos casos está convencido de estar tratando con un edificio de dos pisos: el nivel superficial, a la vista de todos, y el nivel profundo, reprimido, no reconocido.

El trabajo de interpretación permitía remontar hasta el sentido oculto, y es concebido como la operación simétrica al trabajo del sueño. La primera etapa de la retraducción del contenido latente es la asociación libre. Hacia el fin de su vida, Freud escribe: «dejar que el soñante vaya diciendo las asociaciones con los elementos del sueño en el orden en que éstos se encuentran en el relato del sueño: ése es el procedimiento clásico, el de los orígenes, el que sigo teniendo por el mejor de todos» (1923, XIII 301).

La demostración inaugural de esta técnica es «el sueño de la inyección de Irma», que es saludado invariablemente por los discípulos de Freud como el ejemplo por excelencia. «Raramente —escribe Anzieu— un sueño habrá suscitado tantos comentarios. En primer lugar por su autor: él le dedica trece páginas consecutivas al sueño (II 113-126), y luego siguen los comentarios en otras nuevas once páginas repartidas por otros diez pasajes (...). Y luego por parte de los analistas». Y Anzieu cita entonces media docena de analistas que han interpretado de nuevo el sueño de Freud (en el mismo estilo de Rosolato cuando éste «profundizaba» en el olvido de Signorelli). Y el mismo Anzieu proporciona unos añadidos al análisis de Freud examinando por ejemplo las fórmulas químicas (trimetilamina, etc.) que aparecen citadas en el sueño (1975a, I 187-217).

El sueño manifiesto cabe en una página (alrededor de 350 palabras); las asociaciones de Freud en cambio ocupan 13 páginas (más o menos 4.500 palabras). Las nuevas asociaciones de Anzieu prolongan el texto del análisis a 30 páginas (más de 10.000 palabras)... Lo cierto es que las asociaciones a partir de un número {426718} ocupaban ya algo más de una página (alrededor de 400 palabras) y que las que provenían de tres nom-

bres (Signorelli, Botticelli, Boltraffio) no menos de tres páginas (esto es, alrededor de 1.000 palabras). Así pues, si mi cálculo es correcto, se necesita una página de análisis para cada elemento. Y según esa misma lógica, la interpretación del sueño de la inyección de Irma, que comporta 350 palabras, exige alrededor de 350 páginas... Los *Fragmentos de un análisis de histérica* (Caso Dora) se acercan bastante a ese ideal, pues allí vemos que los dos sueños de la paciente, transcritos en 6 y 19 líneas respectivamente (esto es, alrededor de 350 palabras) son luego analizados a lo largo de 50 páginas, esto es, alrededor de 17.500 palabras.

El mismo Freud señala que todos los análisis de sueños que presenta son incompletos. Ello, por una parte, por un motivo de discreción. (Es lo que le escribe a Jung el 12-5-1911: «la canalla que lee esas cosas no merece ni un destello de sinceridad».) Por otra parte hay una razón teórica: «En los sueños mejor interpretados nos vemos a menudo obligados a dejar un punto en la sombra (...) Es el ombligo del sueño, el punto por el que se vincula con lo Desconocido» (II 530). Más concretamente, en el sueño de la inyección de Irma, Freud escribe: «No pretendo de ningún modo haber elucidado por entero el sentido de este sueño, ni que su interpretación esté desprovista de lagunas. Podría entretenerme en él aún mucho más, extraer nuevas explicaciones y resolver nuevos enigmas que aún plantea...» (II 126).

¿Cuándo podemos decir que un sueño ha sido interpretado por completo? No existe un criterio absoluto: la máquina asociativo-hermenéutica puede seguir girando más y más... Pero lo más sorprendente en todo este asunto es que se trata, en opinión de Freud, no de un invento *a posicriori* de significaciones, sino *de una reconstrucción del "contenido latente" que produjo el sueño en cuestión!* Freud mantuvo siempre esa tesis, a pesar de las objeciones que encontró. Escribe explícitamente lo siguiente: «por lo que se refiere a la masa de ideas, a ese extraordinario excedente de ideas descubiertas en el curso del análisis, hay que admitir rigurosamente que actuaron efectivamente en la formación del sueño» (II 286). La expresión de «contenido latente» (*latenter Inhalt*) es por otra parte lo suficientemente explícita.

No es nada fácil demostrar que Freud esté equivocado. Epistemológicamente siempre es más difícil probar la no existencia de un fenómeno que probar su existencia. Un psicólogo como yo lo soy pensando que Freud habría debido tener en cuenta la siguiente observación de Strümpell (1877), citada por el mismo Freud (II 48): «Fácilmente sucede que la consciencia despierta le añade involuntariamente muchas cosas al recuerdo del sueño, de modo que uno se imagina haber soñado toda suerte de cosas que el sueño verdadero no contenía». Y esta advertencia vale más aún para el análisis que para el relato del sueño. Y, como veremos mas abajo, esta cuestión no es en absoluto la única que resulta controvertible en la teoría freudiana de los sueños.

c) La cura

Si el análisis de dos sueños de la llamada Dora requirió varias sesiones de análisis, registradas a lo largo de una cincuentena de páginas, ¿cuántas horas no van a hacer falta para elucidar una neurosis complicada, amén de la vida infantil en la cual tiene aquella sus raíces? La cura de Dora quedó interrumpida antes de que la desdichada se curase. El relato de su análisis lleva el título de *Fragmento del análisis de una histérica*; y aun así la cosa alcanza ya las 115 páginas...

Freud habla de análisis que duran 5 años o más. Así como de pasada, escribe: «Un colega de más edad que yo, y cuya opinión es considerada como inatacable, expresaba con desdén su extrañeza por el hecho de que uno de mis enfermos siguiese un tratamiento psicoanalítico conmigo desde hacía cinco años» (II 438). Con el fin de burlarse de la pobre gente que estima hoy en día que 5, 10 o 15 años de psicoanálisis son un esfuerzo demasiado largo, el psicoanalista Granoff cita ese mismo pasaje de Freud, y añade: «Ya en aquella época, y contrariamente a una idea falsa pero muy extendida, los tratamientos podían estar aún en curso cinco años después de comenzados. Y existían ya doctas opiniones para decir, sobre la duración de los análisis, ese tipo de cosas que conocemos tan bien» (1975:376).

Y sin embargo en la época de Freud los análisis eran mucho más cortos que hoy, al menos en su conjunto. Según datos del informe establecido en 1922 por Eitingon sobre 92 pacientes tratados en el Instituto Psicoanalítico de Berlín entre 1920 y 1922, la duración media de las curas era de 7 meses (D. E. A., p. 150). En ulteriores informes (1925, 1926, etc.) la rúbrica relativa a la duración de los análisis terapéuticos, curiosamente, desapareció. Por el contrario los informes mencionan la duración de los análisis didácticos. En 1922: un año. En 1924, el Instituto de Viena declara: dos años. En 1947, el Instituto de Londres exige al menos cuatro años, esto es, más de 500 horas. Según un informe de 1977 aparecido en la revista *Psychanalyse á l'Université*, la duración de los didácticos se ha alargado considerablemente en particular en París: «Voces autorizadas daban hace muy poco como media y casi como norma la duración de nueve o diez años» (D. E. A., p. 153). El mismo informe ■ revelaba que no disponemos en la actualidad de ninguna estadística relativa a la duración de los análisis «terapéuticos». De modo que nos vemos obligados a consultar encuestas como la de D. Fischer. En *Les análisis parlent* (1977), esta socióloga refiere unos testimonios que indican que no resulta raro que las curas duren diez o quince años, al menos en París.

La lógica psicoanalítica implica esta clase de absurdos. ¿No había afirmado Freud que la cura puede terminar *de hecho*, por razones extrínsecas, pero que no tiene *de derecho* ningún límite? Al final de su vida intentó justificar la longitud creciente de los análisis. En el texto titulado *El análisis terminado e interminable* (1937), Freud confiesa haber intentado fijar, sin éxito, en curso de algún tratamiento, una fecha

para su terminación. Así por ejemplo, dice, en el caso del hombre de los lobos la aplicación de ese procedimiento no tuvo los efectos afortunados que se esperaban. Algunos años después de su análisis con Freud, el famoso paciente hubo de volver a la terapia. La conclusión de Freud era que «la finalidad que hemos de perseguir no es la de abreviar el análisis, sino la de profundizarlo» (XVI 93). Y eso, añade, vale lo mismo para los psicoanalistas: «Todo analista debería periódicamente —en intervalos de unos cinco años— someterse de nuevo al análisis, sin que por ello tuviera que ruborizarse. Lo cual significa que su propio análisis, y no solamente el análisis terapéutico, habría de llegar a ser, no ya una tarea terminable, sino una tarea indefinida» (XVI 96). Más claro no puede ser.

No voy a insistir demasiado en esta cuestión. No quisiera que a imagen de los tratamientos freudianos mis desarrollos pareciesen interminables. Sólo quisiera recordar además de lo dicho que J. Lacan inauguró un procedimiento ingenioso con el fin de ahorrar tiempo, cuanto menos de ahorrar su tiempo. Se trata de las «sesiones de duración variable», invariablemente acortadas, con frecuencia limitadas a 5 o 10 minutos (pero facturadas a la tarifa más alta...). No habrá de sorprender a nadie que esas sesiones acortadas *alarguen* en definitiva el número de años de «tratamiento» y... colmen maravillosamente las cuentas bancadas de Lacan y sus imitadores. Lo más divertido es ver cómo justifican los analistas este procedimiento. Stuart Schneiderman, por ejemplo, declara: «Las sesiones cortas sirven para intensificar la relación entre el analista y el analizado, haciéndola más imprevisible. Con Lacan, la duración de una sesión puede variar de una a otra vez. Es uno más de los medios que utiliza Lacan para desviar la mente del paciente hacia lo inconsciente» (1978:33).⁴

4. UN EJEMPLO DE EXPLICACIÓN PSICOLÓGICA a)

Dos prejuicios

La idea de que la lentitud es *en sí misma* una prueba de valor aparece como un típico ejemplo de pensamiento precientífico. De ese modo el alquimista de la Edad Media creía que el producto de sus trituraciones y destilaciones era tanto más sustancial cuanto más largo había sido el tiempo de elaboración. El alquimista se imaginaba que la paciencia era el sacrificio indispensable para merecer el éxito; pues bien, el psicoanalista piensa exactamente lo mismo. Ya hemos visto cómo la principal cualidad que se le exige a un «paciente» en análisis es justamente la paciencia...

4. Siguiendo con este mismo género de justificaciones, recuerdo la historia (cierta) de uno de mis colegas que estaba en didáctico con un analista que se dormía de forma regular. Al manifestarle yo una cierta sorpresa, él me replicó sin titubear: «el análisis es el trabajo del analizante y no del analista» (Recuerdo que ej término de «analizante» significa aquí: «el sujeto en análisis»).

Otro prejuicio que resulta favorable para el psicoanálisis: la impresión de que la complejidad es *ipso facio* una prueba de verdad.

Vamos a empezar por recordar una anécdota. En el curso de su análisis didáctico con Freud, Joseph Wortis relató un sueño en el que unos servidores entraban en una casa. Freud interpretó esta escena como la figuración de una matriz materna de la que salían el hermano y la hermana del paciente. En una sesión posterior, Wortis volvió sobre este sueño y le declaró a Freud que la interpretación le parecía «cogida por los cabellos». Entonces, escribe Wortis, «Freud respondió que cuanto más simple era una psicología, menos verosímil era que fuese verdadera» (1954:55). Lo cierto es que la psicología de Freud está totalmente desprovista del defecto de la simplicidad. Pero no es por esta razón por lo que habría de quedar demostrada.

Si por una parte sí podemos decir que la verdad es con frecuencia complicada —aun cuando no siempre es necesariamente éste el caso— no podemos por otra parte considerar como verdadera una explicación por el simple hecho de que sea complicada. La concepción que los epistemólogos contemporáneos tienen acerca de la simplicidad es precisamente del todo opuesta a la sostenida por Freud. Ya en el siglo xiv, G. de Occam enunciaba el «principio de economía», que fuera bautizado más tarde con el nombre de «la navaja de Occam». El filósofo inglés declaraba que «los seres no deben ser multiplicados sin necesidad». ⁵ Dicho de otro modo, hay que dar cuenta de un máximo de hechos con un mínimo de principios y conceptos. Hoy los científicos admiten que si varias teorías explican los mismos hechos y no difieren en relación con ningún otro criterio como no sea el de la simplicidad, la explicación más «económica» aparece como la mejor. Todos los grandes epistemólogos (Reichenbach, Popper, Hempel, Quine...) subrayan la importancia de ese «principio de simplicidad» a la hora de juzgar el valor de las hipótesis.

b) *La noción de «hipótesis alternativas»*

Un mismo hecho se presta siempre a una pluralidad de explicaciones. Por ejemplo podemos dar cuenta de la caída de la lluvia por medio de las leyes meteorológicas, o como efecto de oraciones, o por un sortilegio echado por los enemigos. En la ciencia sucede regularmente que unos mismos hechos pueden explicarse por medio de teorías diferentes. Un ejemplo clásico lo constituye la explicación de la propagación de la luz por la teoría ondulatoria de Huygens o por la teoría corpuscular de Newton. El científico busca siempre *activamente* diversas hipótesis explicativas para los mismos datos. Cree en efecto que una explicación prematura obtura la visión, y que esa explicación, una vez que se ha instalado en una cabeza, se parece a un organismo vivo, y que la vida que lleva le induce a aceptar del mundo exterior tan sólo aquello que

5. **Etitia non sunt multiplicanda praeter necessitatem.*

le es de provecho y a expulsar todo lo demás. El progreso científico supone unas hipótesis nuevas que vienen a ocupar el lugar de las primeras.

En presencia de concepciones rivales, los científicos eligen aquella que explica el mayor número de hechos, y lo hace de la manera más precisa, más coherente y más simple. Por otra parte, intentan realizar unos «experimentos cruciales», esto es, unas pruebas destinadas a decidir de manera resuelta entre diversas implicaciones susceptibles de ser sometidas a prueba, que sean además y en la medida de lo posible contradictorias entre sí y que se deriven de las teorías que están en competencia. De este modo, en el siglo xix, Léon Foucault buscó un *experimentum crucis* que pudiese llegar a un desempate entre las dos teorías de la luz que hemos citado. No obstante hemos de señalar que un solo experimento, incluso realizado con todo el cuidado, no basta por lo general para expulsar a una teoría de la «República científica». Aquellos que se muestran partidarios de una teoría que es cuestionada por un test, incluso siendo éste «crucial», siempre pueden criticarlo, alegando por ejemplo que está mal hecho, o que no traduce correctamente la teoría. Y también pueden hallar argumentos que expliquen los resultados negativos como casos accidentales; y pueden acaso también modificar ciertos enunciados de la teoría sin ponerla a ésta globalmente en cuestión. De modo que hay una regla implícita que consiste en no abandonar una teoría, y sobre todo si ésta se refiere a unos procesos de difícil observación, hasta que varias observaciones la contradicen, y hasta que no aparece una teoría alternativa más convincente que la que se abandona. Ni que decir tiene que un «experimento crucial» bien ejecutado tiene una influencia importante en la orientación de las investigaciones ulteriores.

¿Existen «tests críticos» que permitan decidir resueltamente a favor del psicoanálisis o de la psicología? Hay que tener en cuenta que en las ciencias humanas, los hechos observados son habitualmente menos concluyentes que en las ciencias naturales. Pero ello no impide que se puedan encontrar, y así lo reconocen los psicoanalistas, algunas situaciones o ejemplos que tienen un valor particularmente demostrativo. Así, en el curso de un seminario de psiquiatría que tuvo lugar recientemente en la Universidad de Liège, el psicoanalista C. Demoulin quiso mostrar la oposición que hay entre la psicología y el psicoanálisis basándose en el famoso *Signorelli*. Afirma que ese ejemplo demuestra de una manera eminente que «la interpretación psicológica está abierta a todos los delirios de interpretación, mientras que el trabajo psicoanalítico apunta a encontrarse con otro discurso en su materialidad significativa» (1978: 91). Si ello es así, estamos aquí en presencia de una especie de «experimento crucial» que permite decidir entre dos interpretaciones alternativas. Lacan decía que el caso *Signorelli* es un «ejemplo que nunca ha sido lo bastante explotado» (1973a:29). Espero por lo tanto que el lector me perdonará si vuelvo sobre él una vez más.

Demoulin no aclara demasiado cuáles son las explicaciones de los «psicólogos», contentándose con decretar que se trata de «delirios de interpretación». Mucho me temo que su ignorancia de la psicología científica no le haya conducido a proyectar sobre ella su propia manera de

delirar. Dejaremos la decisión a cargo del lector tras la lectura del presente capítulo.

c) La interpretación psicológica

Según el psicoanalista, «el psicólogo se queda en la superficie de las cosas». Cierto es sin embargo que este último opina que, a fuerza de querer siempre revelar sentidos «profundos», son dejadas de lado las evidencias primeras. ¿Cómo explica el psicólogo el caso *Signorelli*? ¿Por el azar simplemente? No. La psicología, como cualquier otra ciencia, parte de la hipótesis del determinismo.

Examinemos para empezar la *significación* de los nombres. Mientras busca un pintor italiano del quattrocento, Freud encuentra otros dos pintores italianos del quattrocento, que precisamente están asociados con el primero en la historia de la pintura. Podemos comprobarlo consultando el primer diccionario que tengamos a mano. En la *Encyclopédie Larousse Méthodique* de 1955 leemos que «Signorelli supo pintar cuadros mitológicos a la manera de Botticelli». Así pues, la sorpresa hubiese sido que los nombres sustitutivos hubieran sido Vermeer o Holbein.

Veamos a continuación las *estructuras verbales*. Signorelli, Botticelli y Boltraffio tienen la misma configuración fonética: una consonancia semejante {ies, oes, y elli), un mismo nombre de sílabas y un mismo nombre de letras. Volvamos a considerar mi propio olvido: *Singer* — *Slaier*, *Schilder*. Observamos en esas palabras una similitud semántica (tres psicólogos que escriben en inglés) y una semejanza formal (las mismas letras al comienzo y fin de las palabras, el mismo número de sílabas). ¿No basta decir que cuando buscamos una palabra difícil de encontrar, los términos que se nos ocurren le están asociados por el contenido y/o la forma? ¿No es probable que si no encontramos en seguida el nombre de *Vitali*, habremos de pronunciar espontáneamente el de *Corelli* o de *Vivatdi*? ¿Es entonces preciso ir a buscar la historia de un suicidio para explicar (con posterioridad) el *traffio* de Boltraffio?

Precisamente, y a propósito de esto: podemos observar que, según los principios de la teoría freudiana, este último nombre *no* hubiese debido emerger espontáneamente a la mente. En efecto, si el nombre de *Botticelli* aparece como relativamente inocente (su *Bo* vendría de Bosnia y su *elli* de *Signorelli*), en cambio el segundo nombre-*ersa* parecería cargado de todos los temas complexuales que están en juego, esto es, la impotencia sexual, la muerte, el suicidio de un paciente. Este nombre hubiese debido por tanto permanecer reprimido y ello tanto más cuanto que Freud confiesa que le era mucho menos familiar que Signorelli y Botticelli (IV 7). Ésta es al menos la conclusión a la que nos lleva un razonamiento hipotético-deductivo a partir de las premisas psicoanalíticas. Pero no insistiré sobre este detalle.

Freud espera convencer al lector de su explicación multiplicando los ejemplos. En la 7.ª edición del libro sobre los actos fallidos (1920),

dedica un capítulo entero, el 3.^o, a relatar una serie de casos personales o comunicados por sus alumnos. La mayoría de esos ejemplos, como el de *Signorelli*, ocupan varias páginas. Vamos a retomarlos bajo la forma de cuadro y examinemos si la hipótesis alternativa es una explicación plausible o si es tan sólo el fruto del azar.

	Referencia	Origen	Palabra buscada	1.ª palabra ocurrida
1.	IV 28-29	Freud	Dr. Nervi	N. . Nerven
2.	34-37	Ferenczi	Verona	Capua
3.	37-39	Freud	Calatafini	Castelvetro
4.	39	Hitschman	Gilhofen	Gallhof
5.	3940	Sachs	Pegli	Peli
6.	4041	Freud	Bisenz	Bisenzi
7.	4346	Stárcke	Erdmann	Lindeman
8.	48-50	Reik	Ben-Hur	Ecce Homo

¿Qué es lo que constatamos? En primer lugar, que el nombre sustitutivo pertenece *en todos los casos* al mismo espacio semántico. Freud busca el nombre de un médico (el Doctor *Nervi*) y piensa en un término médico (*Nerven*). Una paciente de Reik busca el título de un libro sobre la persecución de los cristianos en el mundo latino (*Ben Hur*) y encuentra una expresión latina en relación con el suplicio de Cristo (*Ecce Homo*), etc. ¿Qué tiene eso de misterioso? En segundo lugar constatamos que el nombre sustitutivo presenta generalmente las mismas consonancias, y las más de las veces el mismo número de sílabas.

La maquinaria psicoanalítica nos arrastra a través de unos curiosos dédalos. Ferenczi (2.º ejemplo) y Stárcke (7.º) necesitan cada uno de ellos 4 páginas, o sea más de 1.000 palabras, para explicar el pasaje de un nombre a otro. Sus explicaciones son decididamente muy largas y complicadas...

¿Se podría demostrar que los mecanismos postulados por los psicoanalistas para explicar el olvido y el nombre sustitutivo no existen? Es tan difícil en principio demostrar eso como probar que el olvido no se explica por la influencia de la luna, de las maniobras de los extraterrestres o un maleficio echado por los enemigos. En efecto, resulta muy trabajoso, si no ya imposible, demostrar que tales o cuales procesos son inexistentes. Los hombres de ciencia se contentan en general con proponer otras explicaciones, más económicas, más coherentes, más fecundas al menos en apariencia. Y es lo que se trata de que hagamos aquí.

d) La experimentación psicológica

Ya lo hemos dicho: el psicólogo no se contenta con una inferencia *a posteriori* sobre el material que está ya ahí {investigación *ex post*

jacto). Lo que quiere es realizar unas experiencias que le permitan verificar si los fenómenos esperados en función de una hipótesis se producen o no.

R. Brown y D. Me Neill (1966) llevaron a cabo una experiencia muy interesante sobre la cuestión que aquí nos ocupa. El esquema es el siguiente. El experimentador enuncia unas definiciones de palabras poco corrientes (por ejemplo: «un instrumento de navegación que mide el ángulo de un astro por encima del horizonte y que permite tomar la estrella») y pide a los sujetos del experimento que citen cada vez la palabra que corresponde a la definición. Si el sujeto dice que conoce la palabra pero que no puede recordarla en ese momento (en el ejemplo se trata del *sextante*), se encuentra en un estado que recibe el nombre de «punta de la lengua». El psicólogo le pide entonces que cite las palabras que se le ocurren, que precise el número de sílabas del nombre buscado o incluso sus primeras letras. A través del estudio de 360 casos de «punta de la lengua», los autores observan que a) cuando el sujeto da varias palabras con frecuencia puede haber designado la que está más cerca de la palabra buscada; b) las palabras sustitutivas tienen casi siempre un sonido análogo (por ejemplo: *secante* en lugar de: *sextante*) o un sentido similar (ejemplo: astrolabio por sextante); se observa además que el primer caso (sonido semejante) es más frecuente que el segundo (sentido semejante). El número de sílabas, el acento tónico y las primeras letras de la palabra sustitutiva son con frecuencia las mismas que las de la palabra buscada. Podemos concluir que en el caso de un esfuerzo dirigido a producir un recuerdo buscamos la información un poco como buscaríamos una ficha cuyo lugar aproximado en el fichero conocemos. Empezamos sacando unas fichas que no son la buscada, pero que están cerca de ella, y luego nos vamos acercando a la correcta hasta que la encontramos.

De modo pues que, cuando buscamos una palabra, lo que encontramos son unos términos que le están asociados semántica y/o fonéticamente. El psicoanálisis como tal no permite hacer este género de predicciones precisas, que son justamente lo que es propio de la ciencia. Para encontrar un nombre olvidado, se puede claro está ir «asociando» palabras a partir de los nombres sustitutivos (hay que observar que Freud hizo exactamente al revés, esto es, fue asociando a partir del nombre supuestamente reprimido, y además sólo lo hizo cuando un italiano culto se lo había recordado), pero al hacerlo se tendrá la precaución de no perderse en las tinieblas freudianas, en las que no se encuentra sino «Muerte y Sexualidad». Lo más simple sigue siendo intentar volver a encontrar antes que nada la primera letra o los contornos de la entonación de la palabra...

¿Puede el psicoanalista, si le damos crédito al título de una obra

6. El término de «sextante» y algunos otros fueron elegidos por Miller y Me Neill en una tabla de palabras poco corrientes y por tanto difíciles de encontrar para un buen número de personas. Es fácil imaginarse la interpretación que un psicoanalista —en particular si es lacaniano— habrá de dar del olvido de esta palabra: sextante = pene en erección.

de Serge Leclaire, «*démasquer le réel*» (Ed. du Seuil, 1971) es decir, *¿desenmascarar lo real?* ¿Son sus ingeniosas explicaciones algo más que ficciones? Freud se complacía comparando al psicoanalista con un arqueólogo. Pues bien, aprovechando esta metáfora, me gustaría evocar una anécdota relatada por el historiador André Castellet.

Charles Weiss, miembro correspondiente de la «Académie des Inscriptions et Belles-Lettres», recibió un día una carta de un estudiante que le solicitaba una interpretación para la inscripción siguiente, que había sido hallada en el brocal de un viejo pozo:

RE
S
ER
VO
IR

La respuesta del eminente epigrafista fue la siguiente: «Puesto que la piedra de la que se trata ha sido hallada en un viejo pozo, probablemente excavado por los romanos, me parece que la inscripción debe leerse así: RES(PUBLICA) ER(IGERE) VO(LUIT AD) IR(RRIGANDUM), lo que significa: «La República quiso erigir (este pozo) para el riego».

El estudiante le respondió al gran erudito: «Un empleado municipal sostiene que usted ha interpretado mal la inscripción y que ésta significa simplemente: *RESERVQIR* (en castellano, ALBERCA).

Tanto Weiss como Freud interpretan los Significantes buscando en un pasado lejano los eslabones que faltan (RES...ER...). Mi opinión es que tanto el empleado municipal como el psicólogo científico tienen razón en contra de los expertos en materia de Arqueología. O en todo caso que sus explicaciones son más simples, mientras que las de Freud y la de Weiss nos hacen pensar en la construcción de un castillo a partir de algunos ladrillos de una vieja paredilla.

El humorista tiene seguramente toda la razón cuando define al psicoanalista como «aquel que, invitado a comer por sus amigos, y recibido en su casa de campo, cuando sus anfitriones se reúnen alrededor de la mesa dispuesta en el jardín, se mete en la casa, cierra la puerta y observa a través del agujero de la cerradura» (cit. in Moscovici, 1976: 341).

e) *El sentido de los actos fallidos*

Los actos fallidos ¿los explica el psicólogo únicamente por medio de unas asociaciones mecánicas? De ninguna manera. El psicólogo hace suyas las hipótesis de unos autores, como por ejemplo Meringer, que, *antes de Freud*, suponían que un lapsus puede ser la resultante de una idea parásita. Lo que rechaza son solamente las largas cadenas asociativas y las interpretaciones freudianas que de ellas se desprenden.

Un olvido puede estar efectivamente motivado. Tenía toda la razón

Darwin en imponerse su *ogoiden rule*»: «Durante largos años —escribe Darwin— he seguido una regla de oro; cada vez que encontraba un hecho publicado, una nueva observación o una idea que se encontraban en oposición con mis resultados generales, tomaba nota inmediatamente de él, y con toda fidelidad. Pues sabía por experiencia que semejantes hechos e ideas desaparecen mucho más fácilmente de la memoria que los que nos son favorables».⁷

Nietzsche observó muy juiciosamente las «astucias inconscientes» que nos permiten percibir mal y olvidar. Escribe por ejemplo en *Más allá del bien y del mal* (1886): «Lo hice», dice mi memoria. «No puedo haberlo hecho», dice mi amor propio, y no da su brazo a torcer. Y al final la que cede es la memoria» (§ 68). Mucho antes de Freud, J. M. Charcot distinguía las «amnesias dinámicas», motivadas psicológicamente, típicas de las histéricas, de las «amnesias orgánicas», que son consecutivas a una lesión del sistema nervioso...

Se ha demostrado de manera experimental* que las informaciones que se juzgan como más agradables son retenidas mejor que las informaciones desagradables; y que además éstas se recuerdan mejor que las informaciones que son afectivamente neutras. Podemos luego decir que un nombre asociado a unos recuerdos desagradables puede ser olvidado con más facilidad que un nombre de tonalidad positiva. Estas observaciones tienen el mismo sentido que la teoría freudiana, pero no por ello son demostrativas de la hipótesis de la represión, pues esas observaciones se explican perfectamente por la teoría de la disonancia cognitiva. Es sabido que según Festinger, el hombre evita las fuentes de contradicciones que le implican y aspira consecuentemente a la consonancia. No hay por qué postular aquí unos procesos «inconscientes» *en el sentido freudiano*. El hombre reacciona «espontáneamente», lo que significa de manera «no reflexiva», según ese principio homeostático, pero puede fácilmente comprenderlo en sí mismo o en los demás después de haber reflexionado sobre él. Señalo aquí entre paréntesis que en la parte II de este libro precisaré los diversos sentidos de la palabra «inconsciente» y sus implicaciones.

En relación con la concepción de Freud, la teoría de la disonancia cognitiva presenta las ventajas de ser 1.º, simple, 2.º, es posible hacer deducciones concretas testables/falsificables, 3.º, es una explicación de hechos que precisamente contradicen a la teoría analítica. En efecto, existen unas experiencias que muestran que ciertas informaciones agradables, pero que están en disonancia con los prejuicios del sujeto, son retenidas con mayor dificultad que los hechos desagradables que confirman sus prejuicios. De este modo la observación prueba que unos sujetos que han recibido una descripción de sus supuestos rasgos de la personalidad, no retienen en mayor medida los rasgos positivos que los negativos; pero lo que sí sucede en cambio es que recuerdan mucho

⁷ The Autobiography of Charles Darwin (La autobiografía de Charles Darwin). Ed. por N. Barlow, Londres, 1958, p. 123.

⁸ Cf. por ejemplo, C. Flores: «La mémoire»: {«La memoria»} in: Fraissac y Piaget (1968), *Traité de psychologie expérimentale*, París, P.U.F., IV: 247s.

mejor los rasgos que concuerdan con la imagen que tenían previamente de sí mismos, incluso cuando esos rasgos les parecen deplorables (Wallen, 1942). Estos resultados están en consonancia con la teoría de la disonancia, no en cambio con la teoría de Freud.

f) *El valor diagnóstico de los actos fallidos*

¿Cuál es por fin la importancia de los actos fallidos para explicar el estilo de una existencia? Los psicoanalistas, que se rebelan contra toda cuantificación, no precisan en qué medida esos pequeños hechos explican verdaderamente una personalidad. Y no obstante, les oímos decir cosas como «tal o cual lapsus es altamente significativo», o que «eso es elocuente»... Cuando un psicólogo, un psicólogo científico, intenta comprender a una persona, toma evidentemente en cuenta esa especie de desperdicios de la vida psíquica que constituyen los lapsus, las equivocaciones y ciertos olvidos. Sin embargo extrema su prudencia en la formulación de sus hipótesis y se guarda muy bien de tomar lo accesorio, por lo esencial. El pequeña traspie no provoca en él de manera inmediata y automática un «Aha-Erlebnis».⁹ Le parece mucho más útil observar lo que la gente *hace regularmente a través de las situaciones diferentes*, los temas que retornan sin cesar cuando se los escucha, el *medio* en el que viven y las personas con las cuales interaccionan...

Si le he dedicado tantas páginas al ejemplo de *Signorelli*, es porque ese ejemplo, por simple y bien delimitado que sea, presenta, según la expresión de G. Rosolato, «las bases del psicoanálisis» (1969). Veremos cómo en efecto los psicoanalistas, puestos enfrente de un sueño o de una neurosis, formulan las mismas explicaciones ingeniosas, pero «co-gidas por los pelos» (J. Wortis); o al menos así sucede cuando se atienen a la vía trazada por el Gran Espíritu de Viena.

5. «EL» SÚRNO «ES» EL CUMPLIMIENTO DE UN DESEO

a) *Una tesis específica*

Ellenberger pasó revista a las concepciones de los autores que habían estudiado el sueño durante la segunda mitad del siglo xix. Y mostró que «aquellos que estaban interesados en los sueños entre 1860 y 1899 habían descubierto la mayor parte de las nociones que Freud y Jung habían de integrar en sus síntesis» (p. 264). Así por ejemplo, W. Griesinger, «el psicólogo más representativo de la mitad del siglo xix» (id., p. 206) había escrito que «la *disimulación del cumplimiento de deseos* es un rasgo común a las representaciones del sueño y a las psico-

9. «Aha, ya veo.» Con esta expresión, Köhler designaba la mímica del chimpancé que bruscamente comprende cómo ha de resolver una situación (por ejemplo alcanzar con un bastón un plátano que está colgado del techo). Espero que el lector me perdonará esta comparación...

sis» (citado por Freud, II 86). Una *Wunscherfüllung* disfrazada: esta idea es la clave de la concepción psicoanalítica. La tesis principal de Freud sobre la cuestión del sueño consiste en afirmar contra viento y marea que la *esencia* del sueño («das Wesen des Traumes») es *siempre* la satisfacción alucinatoria de un deseo reprimido. Su argumento esencial cabe en las palabras siguientes: «Hemos llegado a la conclusión de que el sueño es en cada caso un cumplimiento de deseo porque es un producto del sistema inconsciente que no conoce otra finalidad para su trabajo que el cumplimiento de deseos y no dispone de ninguna otra fuerza que la que le dan los impulsos de deseos» (II 574). El lector que no quede seducido por esta «demostración» podrá referirse a los numerosos ejemplos proporcionados por Freud. Y las mejores ilustraciones, dice Freud, son los sueños de los niños, porque son los más simples y los que están menos sometidos a las deformaciones de la censura. Para convencernos de ello, Freud cita el caso de su sobrino, al cual le fue impedido comer cerezas y que a la noche siguiente soñó con que las comía (II 136).

Si esto es así, ¿cómo podré yo explicar el caso de mi hijo mayor, que soñó un día que su prima se había comido todos los bombones y que, al despertarse manifestó la alegría de darse cuenta de que se trataba sólo de un sueño?

Freud sabía evidentemente que se pueden tener sueños desagradables, o incluso terroríficos. ¿No es ése un hecho que contradice su teoría? Freud responde: «Es cierto que existen sueños cuyo contenido manifiesto es de los más penosos que pueda haber, pero ¿se ha hecho alguna vez el intento de interpretar esos sueños, de revelar el contenido de sus ideas latentes? Cuando nos aplicamos a hacerlo, caen las objeciones; siempre es posible que los sueños penosos y las pesadillas se revelen después de la interpretación también como cumplimientos de deseo» (II 140).

Volvamos ahora por un momento al sueño penoso de mi hijo. Éste tenía en el momento del sueño tres años, y según la ortodoxia freudiana, el Super-yo (o censura) aún no está constituido a esa edad. ¿Cómo explicar entonces que un deseo (contenido latente) haya sido obligado a disimularse bajo un contenido manifiesto desagradable? Misterio...

En 1920 las horrores de la guerra provocaron un número considerable de «sueños traumáticos» entre los supervivientes. Freud quiso integrar ese hecho a su teoría sobre la «esencia» del sueño. Por una parte, invocó un nuevo principio, la «compulsión de repetición», la cual sería por su parte la expresión de una misteriosa «pulsión de muerte». Por otra parte se puso de nuevo a «excavar» en dirección del deseo. Su habitual truco de prestidigitación, el artificio del interior/exterior, le permitió entonces volver a encontrar el *Wunsch* contra viento y marea. En la explicación de Freud, los sueños de castigo y los sueños traumáticos provienen del «deseo de volver a evocar aquello que fue olvidado y reprimido» (XIII 33). En otro lugar precisará que esos sueños cumplen el deseo de la autocrítica {*die Wunscherfüllung der Selbstkritik*, XIII 312}. Jones había de hacer más explícita esta tesis diciendo:

«Encontramos siempre (en esos sueños) algún rasgo extraño que requiere un análisis y que puede muy bien significar una tendencia a manipular el recuerdo traumático en el sentido de un cumplimiento de deseo» (III 307). De este modo, el artificio de lo manifiesto/latente le permite al psicoanalista tener, de una manera inevitable, siempre la razón. Le basta con ir a buscar en el Inconsciente.

En este mismo orden de ideas, señalaremos que K. Gordon constata, al término de una encuesta realizada con todo cuidado, que cuando se les pide a unos sujetos que recuerden *sistemáticamente todos los* episodios de su más primera infancia, los recuerdos de acontecimientos desagradables son más numerosos que los demás. El freudiano por su parte no se pondrá por ello a dudar del principio según el cual las experiencias penosas son con preferencia objeto de la represión. Lo que dirá sin duda es que esas evocaciones no son sino «recuerdos encubridores», o sea *Deckerinnerungen* (Freud, I 531), que encubren acontecimientos de índole sexual o fantasmas reprimidos. Bastará con asociar e interpretar... y todo volverá al orden.

Pero volvamos al sueño. Fiel a su tesis de la *Wunscherfüllung*, Freud afirma que aquel que sueña con la muerte de una persona querida y siente pena por ello, desea inconscientemente la muerte de esa persona (II 254). Y añade: creo que todos los lectores que han tenido sueños de esa clase se horripilarán (a veces Freud parece adivinar efectivamente las cosas...). Será en nombre de esa lógica, que quiere que el Inconsciente no produzca sino deseos, como Freud interpretará, por ejemplo en su paciente H. Doolittle (1974:63), tanto el *temor* de verlo morir como el *anhelo* de su muerte, y eso a pesar del hecho objetivo de que Freud tenía 77 años y que estaba afectado por un cáncer. Cuando la poetisa americana «se horripiló», Freud le hizo la precisión de que su temor escondía de hecho el deseo de evitar la cura analítica. Pero observemos que en el momento en que Freud le daba esa explicación, Doolittle estaba en análisis ¡desde hacía sólo una semana! Pero la interpretación se le imponía a la mente de Freud; y es que estas cosas son «típicas»... Pero si queremos ser exhaustivos en este tema, hemos de añadir que Freud afirma que los sueños de muerte en el curso de los cuales el sujeto no experimenta pena alguna no traducen el deseo de muerte, sino que esconden otro deseo, generalmente de orden sexual (II 254). Y esta tesis la justifica diciendo que el relato dicho por el soñante es generalmente mentiroso, y que sólo sus efectos son siempre verdaderos. Podemos notar de pasada que esta tesis entra en contradicción con lo que Freud afirma en otro lugar, a saber, que un afecto puede ser enteramente suprimido (*unterdrückt*) «de suerte que ya no encontramos nada más de él» (X 255-6), o que «no le corresponde (en el sistema inconsciente) más que un rudimento que no ha podido alcanzar su desarrollo» (X 277).

**más nítido»*

Freud, que presenta gustosamente **ejemplos de sus propios sueños**, declara que recuerda solamente una **pesadilla** (...lo cual no habría de sorprendernos tratándose de un **autor que pretende que todos los sueños** traducen deseos). Pero antes **de exponer esa pesadilla**, Freud (II 588) nos recuerda que toda angustia **neurótica tiene un origen sexual**. (Más abajo hemos de volver sobre **esta generalización absolutamente abusiva**).

El contenido de ese sueño penoso, que ocurrió cuando él tenía 7 años, es el siguiente: su querida madre, dormida, es llevada por personajes con pico de pájaro, y luego es tendida en una cama. Freud añade **que se despertó de este sueño llorando y gritando. Treinta años más tarde**, armado ya de su teoría, procedió a su análisis. Y éstas son las asociaciones que dio, y que nos conducen **por tanto al contenido oculto: Los personajes fueron sacados de la ilustración de un bajorrelieve funerario que aparece en la Biblia llamada de Philippson; este nombre le hace pensar en Phiípp**, un chaval mal **educado que le había enseñado a Freud la designación vulgar del coito: vogetn, palabra que proviene de Vogei**, pájaro. Y se da el caso de que **los personajes del sueño tienen la cabeza de gavilán**. Y sigue la idea de que «la expresión del rostro de **la madre** en el sueño era la del abuelo, a quien había visto pocos **días antes de morir**, en un estado comatoso, y roncando».

La primera conclusión que saca Freud de ello es que el sentido **del** sueño debe ser la muerte de la **madre. La angustia es una prueba de ello**. Pero esa angustia, añade, no era una consecuencia **del** sueño (¿y por qué no?), sino que era efecto de la represión sexual. En definitiva, afirma Freud, el contenido del sueño **no podía tener otra naturaleza** que la sexual. Se trata, ya lo entendemos, de un deseo incestuoso.

De modo pues que Freud es una excepción a la ley **general enunciada** en el mismo libro 335 páginas antes, pues su sueño **de la muerte** de su madre no expresa el deseo de su muerte sino efectivamente **las** ganas de satisfacer un deseo sexual. Freud ni siquiera toma en consideración la *posibilidad* de aplicarse a sí mismo el principio **según el cual** «los sueños que representan la muerte de **un pariente amado significan lo** que ese contenido indica, a saber, el anhelo de **ver morir** a la persona en cuestión» (II 254), ¿Hemos de considerar esto como un hermoso ejemplo de «*self excepting fallacy*»? ¿O de ilustración poco hábil? S. Leclair, uno de los príncipes del psicoanálisis parisino, no duda en comentar lo siguiente: «*Aquí no hay ninguna duda: el niño que es Freud sueña que es la causa, no ya tan sólo de la muerte, sino de la beatitud de su madre; del mismo modo exactamente como él había sido colmado por ella, él sueña ahí que la ha colmado (...)* **En ningún sueño** como en esta pesadilla se nos presenta *tan nítidamente el enigma del cumplimiento del deseo, término último del objetivo que se propone el psicoanálisis*» (1968:50s; el subrayado es mío). No, **no se trata de un mal ejemplo**: Leclair nos asegura que *ni siquiera hay otro que sea más nítido que éste*. Merece pues que **lo examinemos más de cerca**.

124 1. Freud señala que su análisis se efectuó *después de un plazo de*

30 años. La hipótesis que está ahí implícita y que nosotros debemos formular claramente es la de que el contenido latente se ha conservado perfectamente a través del tiempo y a pesar de haber permanecido en la ignorancia. Ese contenido se habría conservado tan fielmente que le bastaron a Freud algunas asociaciones para hacer que apareciese. Nos preguntamos ahora: si de acuerdo con las premisas freudianas, una problemática inconsciente, vivida y estable, había de encontrar en el sueño un exutorio regular, ¿por qué entonces no tuvo sino *una sola* pesadilla? ¿Quedó resucito su complejo de Edipo en un abrir y cerrar de ojos? ¿Y no habría provocado ya nunca más angustia? Hay algo que no marcha bien en esa teoría del sueño...

2. Nos podemos preguntar también por qué Freud detiene tan rápidamente las asociaciones (alrededor de una página). ¿No nos había enseñado el ejemplo de la *Inyección de Irma* a enunciar unas interminables series de ideas? A decir verdad, Freud llegó esta vez muy deprisa ahí donde quería llegar: a «la Muerte y la Sexualidad», como en el ejemplo de *Signorelli*, como en el ejemplo del número 426718, como prácticamente en todos sus demás ejemplos. Y más exactamente en ese caso partió de la idea de que la angustia tiene un origen sexual. De modo que *las asociaciones se organizaron alrededor de ese tema*. Constatamos en esta ocasión que *la ausencia de criterios justificados de suspensión de las asociaciones no impide que el analista se detenga en el momento en que ha obtenido lo que quiere*.

Por otra parte nos damos cuenta de que *el intérprete elige, en el flujo de las asociaciones, aquello que constituye una prueba de su hipótesis, mientras que deja de lado aquello que aparece como un estorbo*. Así, en la interpretación final, Freud no tiene en absoluto en cuenta la atmósfera mortuoria, que no obstante resulta evidente en las asociaciones, o incluso en el contenido manifiesto.

3. Freud extrajo de la obra de sus predecesores dos claves que permitirían acceder al misterio de los sueños: los juegos de palabras y el desciframiento de los símbolos.

Vamos a recordar por ejemplo que Maury, un pionero del estudio experimental de los sueños, había soñado con una banda de *chauffeurs* [ladrones que torturaban a sus víctimas con un hierro candente] cuando su colaborador le acercó al rostro un hierro caliente (citado por Freud, II 26). ¿Son frecuentes esas ambigüedades verbales? Tiene su interés recordar aquí que algunos ejemplos bonitos no prueban que todos los sueños hayan de interpretarse como simples juegos de palabras. La precaución recomendada por Voltaire y referida al valor premonitorio de los sueños vale para esta cuestión tanto como para muchas otras. Dice así: «Los sueños han sido siempre un gran objeto de superstición; no había nada más natural que eso. Un hombre que está afectado vivamente por la enfermedad de su amante sueña que le ve morir; entonces ella se muere al día siguiente: fueron por consiguiente los dioses los que le predijeron su muerte. Un general del ejército gana una batalla; y la gana efectivamente: los dioses le habían advertido de que sería el vencedor. Sólo se tienen en cuenta los sueños que se cumplieron; todos los demás son olvidados» (1769, p. 393).

El uso de la segunda clave interpretativa, a saber, el desciframiento de los símbolos, se remonta a la antigüedad. Señalaremos de pasada que la obra de Scherner, *Das Leben des Traums*, 1891 —obra citada a menudo por Freud— le concedía una plaza de primer orden al simbolismo, y le dedicaba una docena de páginas a los símbolos de los órganos sexuales (torres altas, armas puntiagudas, etc. = órgano masculino; patio estrecho, caja de escalera, etc. = órgano femenino).

Para Artemidoro (siglo n) estas dos claves constituían la base de la onirología. Veamos una muestra de sus interpretaciones de sueños: «Tener comercio sexual con las prostitutas establecidas en los burdeles es bueno para toda especie de empresa; pues algunos llaman a esas mujeres «trabajadoras» y se entregan sin negarse a nada (...) Penetrar a la madre es bueno para todo artesano manual y que ejerce un oficio: pues se acostumbra a llamar al oficio «madre», y acercarse a la madre ¿qué podría ser sino el no estar parado, más bien al contrario extraer los medios de subsistencia del oficio propio?» (I 78, 79).

Una cuestión sobre la que no se dice ni palabra en todas las interpretaciones de sueños, ya sean freudianas o no, es la de saber *por qué todo se resume en el juego únicamente con tal o cual «significante»* (aquí, Philippson, de donde se obtiene *Philipp; Vogel*, del que se obtiene *vögel*) y no sobre otros (aquí: madre *dormida; cama; Biblia*, etc.). Otras cuestiones del mismo tipo: ¿*por qué interpretar tales símbolos y no tales otros?* ¿por qué no ver en las primeras decodificaciones, o incluso en las segundas o las terceras, unas «resistencias» a unas significaciones aún más «profundas»? En el caso que nos ocupa, Freud asocia con el rostro de su madre el de su abuelo moribundo, y concluye: «El sentido de la elaboración secundaria del sueño había de ser la muerte de mi madre, lo cual lo prueba también el bajorrelieve funerario» (II 589). Luego cree necesario buscar más «profundamente»: el rostro de la madre recuerda la expresión de la mujer después de la satisfacción sexual. (Aunque Freud no habla explícitamente de coito, sí que lo sugiere, y S. Leclair no se priva de decirlo.) Pero ¿por qué la madre no sería a su vez el símbolo de otra cosa, por ejemplo, la *Magna Mater* o la Tierra (la que nutre, o aquella en la que vamos a descansar después de la vida, a elegir,...)? ¿Por qué habría que evitar aquí una interpretación religiosa o mística, más conforme con el contenido manifiesto y con las primeras asociaciones? Podemos también señalar que en la redacción del contenido manifiesto, Freud escribe: «la madre querida» y no «mi madre querida»...

Anzieu (1975:389s), que dedica una veintena de páginas a «sobreinterpretar los más mínimos detalles de la pesadilla de Freud, desemboca finalmente en unas nuevas significaciones. En su opinión, el sueño pone en escena (Anzieu evidentemente no escribe: «podría poner en escena») el deseo de espiar el comercio sexual de sus padres. En su opinión, los picos de pájaros simbolizan el pene en erección, la palabra «*Vögel*» significa que el padre está «jodiendo» a la madre, etc.). Pero eso no lo es todo. Una vez más según el Profesor de Nanterre, la muerte de la madre significa el final de la fase edípica. En su opinión, Freud le dice adiós a la madre de la primera infancia gracias a su sueño.

¿Dónde y cuándo hay que detener el desciframiento? Jung plantea muy bien el problema cuando le escribe a Freud después de que este último haya criticado su manera de interpretar los sueños: «Reconocemos plenamente la adecuación de la teoría de la realización del deseo, pero sostenemos que esa manera de interpretar sólo toca la superficie, y que en lo esencial se detiene en el símbolo, y que por consiguiente aún se la puede analizar más. Así si por ejemplo en un sueño se revela un deseo de coito, eso debe ser analizado todavía más, pues esa manera arcaica de expresarse, con su fatigosa monotonía de sentido, necesita aún una retraducción más» (29-7-1913).

Tras haber caminado durante una veintena de años en el camino abierto por Freud, O. Rank llegó a una conclusión semejante a la de Jung. Escribe: «En último análisis, los símbolos representan en el "sueño-deseo" la estancia en el útero materno, mientras que el "sueño-angustia" reproduce el trauma del nacimiento (...) El carácter infantil del sueño se explica pues por razones mucho más profundas de las que hasta el momento habíamos admitido, porque nuestra consciencia, capaz tan sólo de percibir las manifestaciones del mundo exterior, se había mostrado impotente para captar lo que sucede en las profundidades más íntimas y más ocultas del inconsciente» (1924:84-5).

Por lo que hace al otro discípulo bienamado de Freud, S. Ferenczi, él cree que hay que descender aún más profundamente: «La madre es en realidad el símbolo del Océano» (1924:93). Pero no voy a insistir más, pues podríamos ahogarnos...

De una manera más general: ¿qué garantía nos ofrece Freud de que, a la hora de interpretar los sueños y los síntomas neuróticos, sus referencias hermenéuticas sean mejores que las de Jung, Rank, Ferenczi, Adler o Stekel? Muy poca cosa, a no ser el argumento de autoridad...

c) *Esbozo de una concepción alternativa*

Las posibilidades de interpretar un sueño son infinitas. Podríamos por ejemplo partir del principio de que *todo* sueño es expresión del miedo. Todos los sueños del mismo Freud podrían ilustrar ese nuevo axioma, opuesto al del cumplimiento de un deseo. Así por ejemplo, en el célebre sueño de la Inyección a Irma, nos detendríamos en el hecho de que Freud dice: «Me coge miedo y la miro... ¿no habré pasado por alto algún factor orgánico?» (II 111). Por lo que se refiere al sueño de la muerte de la madre, todo comentario resulta superfluo... Esta nueva tesis puede ser mantenida incluso si algunos sueños aparecen como francas realizaciones: hasta este momento sólo se habría tratado del contenido manifiesto, los deseos sólo hubieran sido una manera de disimular la angustia originaria, etc.

Los juegos interpretativos de Freud, de Jung o de Silberer permiten siempre unos desciframientos «coherentes», incluso cuando desembocan en unas conclusiones que son del todo divergentes. Obtenemos así la impresión de que la interpretación de los sueños de los pacientes es

tan sólo el sueño (vigil) del psicoanalista. «Dime cómo interpretas tus sueños y te diré a qué Escuela de Psicoanálisis perteneces»...

¿Proporciona la investigación científica unos puntos de referencia más sólidos?

Desde los años 50 se sabe que los **sueños aparecen durante unas fases** en las que el soñante presenta unos signos **de excitación nerviosa** (por ejemplo movimientos oculares **rápidos**), **pero en las cuales su umbral de despertar es muy elevado, razón por la cual se habla de fases** dé «sueño paradójico». El soñar coincide con **una especie de tempestad cerebral determinada fisiológicamente y que es observable tanto en diversos animales como en el hombre.**

Numerosos investigadores¹⁰ han **examinado las relaciones que existen entre el sueño y las situaciones de la vida. Han constatado por ejemplo que las personas de edad sueñan más a menudo en relación con las demás, con temas como la muerte, la pérdida de sus fuerzas o de sus recursos. Los negros americanos sueñan con más frecuencia que los blancos que sufren daños, heridas o pérdidas. Algunas estudiantes que estaban muy afectadas por el asesinato de Martin Luther King acusaron en sus sueños una disminución de los temas agresivos. Numerosas observaciones metódicas del mismo género critican severamente la generalización freudiana del cumplimiento de deseos (a menos que invoquen el artificio de lo manifiesto/latente).**

El estudio que sigue muestra que **la realidad puede aparecer muy compleja. Por ejemplo personas que son parapléjicas desde hace poco tiempo manifiestan en sus sueños más movimientos que un grupo de individuos normales a la vez que las personas que están paralíticas desde hace ya mucho tiempo manifiestan menos movimientos que los normales. En resumidas cuentas, el sueño puede en ciertos casos compensar unos deseos frustrados, pero en otros reactualizar angustias y tensiones a veces tan penosas que despiertan al soñante.**

¿Cómo puede interpretar un psicólogo prudente el contenido de los sueños?

El psiquismo despierto funciona **en una muy amplia medida en función de unos estímulos externos. Durante el sueño, en cambio, el papel de las estimulaciones exteroceptivas está reducido fuertemente en provecho de estímulos «internos». Tal como lo decía Voltaire hace dos siglos, nos encontramos a menudo en el sueño con las preocupaciones de la persona: «El perro va de caza en sueños; ladra, sigue a su presa, está en la encama. El poeta hace versos mientras duerme; el matemático ve figuras; el metafísico razona bien o mal» (1769, artículo Sueños).** El sonante que tiene la vejiga **demasiado llena busca un urinario (será ventajoso para él despertarse en el momento de utilizarlo...).** Aquel que ha circulado por la montaña puede, **en sus sueños, seguir bordeando precipicios, y puede incluso caer en ellos. Soñamos nuestras esperanzas,**

10. Cf., por ejemplo, la revista de publicaciones que presentan Fisher y Greenberg, 1977, cap. 2.

128 nuestros ascos, nuestras angustias e incluso nuestros problemas intelectuales.

Son varios los rasgos que distinguen la consciencia onírica de la consciencia vigil y sin duda, en primer lugar, una menor estructuración de las ideas. Si le hemos de dar crédito a Freud, el sueño es una hipercompensación que resulta de una sutil elaboración de contenidos latentes; es por ello que unas pocas imágenes oníricas necesitan varias páginas de análisis. El psicólogo subraya más bien el carácter anárquico de los sueños, aun cuando una concepción como ésta sea menos poética y no satisfaga ya el apetito por lo maravilloso o lo esotérico. Uno de los mitos más resistentes y que es propagado por las psicologías popular y freudiana, es la creencia en mensajes secretos, disimulados en los repliegues del alma, pero que se hacen notar al favor del estado de reposo. De hecho, el psiquismo del soñante funciona en un nivel inferior, sin control y sin voluntad, razón por la cual presenta más bien imágenes que conceptos abstractos, o incluso analogías y juegos de palabras «fáciles» con preferencia a razonamientos complicados. El sueño es un conglomerado, un garabateo; funciona como un caleidoscopio. Algunos sueños son realizaciones de deseo, pero nada, como no sea la autoridad de Freud, nos permite afirmar que eso sucede con todos y cada uno de ellos. Es muy probable que existan tipos diferentes de sueños, de modo semejante a como existen diversas formas de representación pictórica, de conversación, o de juego. Pero querer encontrar de una vez por todas una esencia unitaria en un más allá latente, eso hay que considerarlo como una especulación. Tal y como escribe Bachelard: «para el espíritu precientífico, la unidad es un principio siempre deseado, siempre realizado con muy poco coste. Lo único que hace falta es una mayúscula». Una mayúscula: es sin duda la razón por la cual los psicoanalistas, siguiendo en esto a Lacan, escriben preferentemente *Désir* [Deseo] en lugar de *désirs* [deseos] o *souhais* [anhelos].

Freud cree poder aportarle un suplemento al aspecto supuestamente fragmentario del sueño a base de páginas y más páginas de asociaciones. Al buscar estos supuestos «eslabones que faltan» razona un poco como un hombre que andaría buscando los brazos y los pies de un busto esculpido.

Otra de las características importantes del sueño es la abundancia de los símbolos. El sueño aparece como un lenguaje metafórico. Si resbalan las mantas de la cama, soñamos entonces que nos estamos paseando desnudos; si tenemos la garganta seca nos soñamos entrando en el bar. Los símbolos son generalmente fáciles de comprender. No hay ninguna razón para creer que estén investidos con unos lenguajes sibilinos. Sus extravagancias se refieren mucho más al funcionamiento relajado de la mente que a una voluntad de autodisimulo o al trabajo de un censor interno.

d) El valor diagnóstico de los sueños

Nos encontramos en los sueños con las características sociales del individuo y con rasgos de su personalidad. Así, investigaciones objetivas demuestran que los deprimidos sueñan frecuentemente con fracasos, deficiencias, o con la pérdida de los seres queridos o de objetos de valor." Los individuos agresivos presentan con mayor frecuencia que los demás sueños de tonalidad penosa; las personas que son impulsivas sueñan más a menudo con agresiones físicas. Observamos una correlación entre el grado de imaginación en los sueños y las respuestas al *Test de Apercepción Temática*, pero no se han encontrado *demasiadas* relaciones significativas entre el *contenido* de los temas afectivos de esos dos tipos de producciones imaginarias. Sin duda es tan falso decir que los sueños están desprovistos de toda significación como afirmar que están, según la expresión de Freud, «plenos de sentido» (*Sinnvoll*, II 1).

El material onírico proporciona una muestra de las preocupaciones de la vida cotidiana, pero parece que la representatividad de esa muestra deja mucho que desear. Ciertamente es que el sueño utiliza recuerdos, pero lo hace de manera desordenada; representa la existencia de una manera caricaturesca; es una forma de actividad mental primitiva y no «la vía regia» hacia las profundidades del ser. El sueño es una *ficción relativamente desorganizada, producida en un estado psíquico muy diferente del de la vigilia*, esto es, en un estado de pasividad y de fascinación, en el que el soñante difícilmente puede tomar distancias en relación con las imágenes que desfilan; muy pocas veces se dice en sueño «sólo es un sueño». Teniendo en cuenta todas esas características, el valor del sueño para predecir acciones efectivas es extremadamente débil. Los ensueños diurnos son, a este respecto, mucho más interesantes, pues son menos «introvertidos» y menos caóticos.

Uno de los prejuicios que comparten la psicología popular y el psicoanálisis es que el ser «profundo» se revela en los estados de desintegración o de menor integración. El adagio que resume esta concepción es: *in vino veritas*. Numerosas investigaciones empíricas demuestran que los tests proyectivos diagnostican mal las actitudes y los comportamientos concretos más típicos del sujeto. *A fortiori*, podemos decir, menos reveladoras serán todavía de sus modos de ser *habituales* aquellas situaciones en las que el sujeto, más aún que en un test proyectivo, pierde todo contacto con el mundo. Un *curriculum vitae* que sea un poco detallado resulta más significativo." La edad y el sexo, la clase social y la nacionalidad, los estudios y la profesión, el estado civil y el lugar de residencia... tienen un mejor poder de predicción sobre las conductas *efectivas, incluso sobre las de orden afectivo*. La mayor parte de los psicólogos científicos estarían sin duda de acuerdo con esta opinión de J. Wortis: «Las revelaciones parciales, encubiertas y fragmentarias, hechas en estado de intoxicación pueden ser significativas e interesantes, pero en estado de embriaguez el hombre no revela su «verdadera» naturaleza: lo único que revela es la personalidad que tiene cuando está ebrio. Y eso se aplica también al dormir y al soñar. Ha llegado el momento de reafirmar la importancia de

11. Beck, A. T. y Ward, C. H. (1961) «Dreams of depressed patients» («Sueños de pacientes deprimidos») in *Archives of General Psychiatry*, 5:462-7.

12. De ninguna manera pretendo decir que un simple *curriculum vitae* sea el único ni el mejor instrumento de diagnóstico. Afortunadamente existen algunos tests de personalidad muy válidos (MMPI, MPI de Eysenck, etc.).

la actividad consciente, contrastando así como la actitud que caracteriza a la escuela freudiana» (1954:210s).

La *Traumdeutung* contiene casi en cada página afirmaciones gratuitas que me dejan... traspuesto. En un ataque de lucidez, debido sin duda a algún agotamiento de su imaginación, Freud terminó su voluminosa obra sobre los sueños con una página en la que hay dos párrafos que parecen particularmente convincentes, y que empiezan con esta cita de su alumno H. Sachs: «Hemos de buscar en la consciencia lo que el sueño nos revela respecto de las relaciones con el presente (realidad), y no nos habrá de sorprender demasiado volver a encontrar como un infusorio el monstruo que vimos bajo el cristal de aumento del análisis». Freud prosigue: «En la práctica, para juzgar el carácter de las personas, basta en general considerar la actividad y las ideas conscientes. Antes que nada, el primer lugar le corresponde a la acción». El psicólogo no puede sino confirmar la pertinencia de estas últimas frases.

6. TRES VERSIONES DE UNAS GANAS DE ADELGAZAR

Acudan a los textos de Freud para darse cuenta de que no se trata de nada que no sea un desciframiento de dice-mensión significante pura...

LACAN, 1973b :20.

Cuando Freud daba en la Universidad de Viena sus *Conferencias introductorias al psicoanálisis* (1916-17), comenzaba por los actos fallidos (olvidos de nombres, lapsus), luego proseguía con los sueños y terminaba con las neurosis. Estamos siguiendo aquí esta misma progresión, que parece ir presentando un grado de dificultad creciente. Eso quiere decir que nos toca ahora tratar la psicopatología, el territorio más controvertible de la psicología.

Los principios de la explicación freudiana de los síntomas son exactamente los mismos que los de los actos fallidos y de los sueños. El paciente asocia libremente; mientras tanto el analista escucha en estado de atención flotante, para salir de su silencio cuando encuentra un elemento significativo que pueda serle comunicado al paciente sin despertar demasiadas «resistencias». En principio, el analista toma en cuenta todo lo que oye, empresa cuyo carácter titánico subraya con exactitud el psicoanalista americano R. K. Eissler: «Una mente sin igual como la de Freud podía hacer frente a la obligación de digerir y de sintetizar la entera producción de un paciente —lo que quiere decir un número de horas que va de 1.000 a 2.000, o incluso más—. No hay duda de que algunas personas pueden conseguirlo también; pero es a todas luces evidente que está fuera del alcance del analista medio» (1975:298). De modo que Freud sería el genio incontestable, o incluso insuperable, tanto en el nivel de la práctica como en el de la teoría. Es en efecto lo que confirma J. Lacan: «El hecho de que Freud, por lo que se refiere al inconsciente, era el sujeto que se podía suponer que sabía, deja aparte todo lo que sucedió con la relación analítica, cuando fue emprendida, por sus pacientes, con él. No fue solamente el sujeto **supuesta** de saber.

Él sabía, y nos dio ese saber en unos términos que podemos llamar indestructibles» (1973a: 211).

Vamos a tomar pues una vez más un ejemplo freudiano y más precisamente una página de las que todos sus discípulos aplauden.

a) Primera versión

El carácter paradigmático del ejemplo que estamos examinando es evocado claramente por un psicoanalista belga: «Este es el escándalo de los descubrimientos freudianos, aquello contra lo cual se resiste toda la psicología y que encontramos en todas las páginas de Freud, incluso si algunos de sus sucesores han intentado hacérselo olvidar: el síntoma neurótico está construido como el lapsus y el chiste, el sueño se analiza como un jeroglífico, incluso nuestros recuerdos están contruidos sobre palabras. ¿Hay que dar ejemplos? La anorexia pasajera que presenta el Hombre de las Ratas no proviene de una fijación en el estadio oral, sino que se traduce como MATAR A DICK, es decir, matar al gordo, y Dick era el primo demasiado asiduo de su novia» (1978:93). Así es como les hablaba C. Demoulin a los psiquiatras en formación en la Universidad de Liège. Quería indicar con estas palabras la insuficiencia de una interpretación por la fijación pregenital y demostrar que el síntoma no es en el fondo ni más ni menos que «un nudo de significantes» (Lacan, 1973b: 22).

Los psiquiatras que conocen su oficio saben que la anorexia mental es una pérdida grave de apetito, que comporta un estado de adelgazamiento que puede a veces llegar hasta la muerte; que su tratamiento es difícil y necesita a menudo una larga hospitalización con el fin de proceder a una reeducación alimentaria progresiva. Si hacemos caso de lo que dice el psiquiatra-psicoanalista Demoulin, basta con hallar la palabra justa. Se trataría pues en este caso de un tratamiento verdaderamente revolucionario, por no decir milagroso. Pero en el fondo, ¿no habrán sido los estudiantes de Liège víctimas de un «efecto de escape-rate» como los que acostumbran a practicar los psicoanalistas? Vamos a ver, ¿qué dice Freud exactamente?

b) Segunda versión

En el caso del Hombre de las Ratas publicado en 1909, Freud escribe dirigiéndose a sus lectores:

«Un día, durante las vacaciones, tuvo bruscamente la idea de que estaba demasiado gordo (*zu dick*) y que debía adelgazar (*abmageren*). Empezó entonces a levantarse de la mesa antes del postre, a precipitarse en plena canícula de agosto, sin sombrero, a la calle, y a trepar corriendo por las **montañas**. Una intención de suicidio apareció tras de estas ganas **de adelgazarse**. Un día que estaba en lo alto de una pendiente le vino a la **cabeza la orden de saltar**,

lo que hubiese representado su muerte sin remedio." Nuestro paciente no descubrió la solución de esta absurda compulsión hasta que le ocurrió de repente que en esta época su amiga se hospedaba en el mismo lugar, pero en compañía de un primo suyo inglés que la llenaba de atenciones y del que estaba muy celoso. El primo se llamaba Richard, y su apodo era *Dick*, como es habitual en Inglaterra. Era a ese *Dick* al que hubiese querido suprimir. Estaba mucho más celoso y furioso de lo que hubiese querido confesarse a sí mismo, y por ello se imponía como autocastigo el padecimiento de esa cura de adelgazamiento» (VIII 411).

Freud habla de ganas de «adelgazar», y que el paciente se encontraba a sí mismo «demasiado gordo». Percibimos así que Demoulin, con el término de «anorexia», dramatiza la situación, sin duda con vistas a demostrar más ventajosamente «las prodigiosas victorias» del psicoanálisis. Pero no vamos a detenernos demasiado en el texto de ese glosador de segunda división, y volvamos mejor al de Freud, con el fin de extraer de su texto las hipótesis implícitas.

El relato de Freud nos hace suponer que el tipo de trastorno mental, o cuanto menos la sintomatología, depende de la lengua que habla el paciente. Ello implica que si el Hombre de las Ratas hubiese sido flamenco u holandés, habría presentado el mismo trastorno, pues en esas lenguas «gordo» se dice «dik». Y en cambio, si ese paciente hubiese sido francés el trastorno no habría aparecido. El mismo neurótico, pero francés, o español, si hubiese entrado en conflicto con un *Dick*, ¿habría desarrollado algún *tic* (d y (son dos dentales fácilmente asimilables) o se habría puesto a devorar diccionarios, según que su «pulsión de muerte» se hubiese vuelto contra sí mismo o se hubiese sublimado? No quiero hacer bromas, sino que quiero hacer explícitas las hipótesis que no están formuladas pero que están lógicamente comprendidas en la teoría."

c) Tercera versión

La comparación entre los textos de Freud y de Demoulin nos recuerda la importancia que tiene consultar un texto de primera mano en lugar de quedarnos con un *digest*. Pero entonces habrá que asegurarse de que el texto original sea fiable. ¿Es ése el caso del de Freud?

En la versión publicada del Caso del *Hombre de las Ratas*, Freud escribe que su texto «fue redactado a partir de unas notas que escribía por la noche los días de tratamiento». Y añade: «No puedo sino desacon-

13. En un trabajo de síntesis sobre las diferentes formas de miedos y obsesiones, I. Marks observa: «La mayor parte de nosotros, al encontrarse al borde de un precipicio, ha experimentado el impulso de arrojarse a él y ha dado un paso atrás en un gesto reflejo de protección» (1977:179), La idea que le pasó por la cabeza al Hombre de las Ratas es banal y no basta para probar la «intención de suicidarse».

14. Otra inferencia lógica de la «explicación» de Freud: algunos de mis enemigos, al menos los que se encuentran entre los neuróticos, deberían desarrollar una aversión hacia el arroz y el tocino [riz, arroz, y *lard*, tocino, se pronuncian como Riliaer].

sejar la práctica consistente en dedicar el tiempo de la cura a la fijación de lo que oye el médico. La distracción de su atención perjudica más al enfermo de lo que podría justificarlo la fidelidad que así se ganaría en la reproducción de la historia del caso» (VII 385 nota).

Resulta que el caso presente es el único del que se han conservado las notas originales. Estas notas, que fueron halladas después de la muerte de Freud, fueron publicadas en 1955 por James Strachey. ¿Son de fiar? Kahn y Cannell (1957) mostraron cómo la reseña inmediata y literal de una entrevista es siempre más coherente y más lógica que lo que fue dicho por el entrevistado. Más aún, esta transformación es mucho más acentuada cuando el entrevistador retranscribe la entrevista de memoria, después de que ésta haya tenido lugar. Si bien no podemos por tanto concederle una confianza total a esas notas de Freud, sí que hemos de reconocer que están mucho más cerca de la realidad de las interacciones que el texto que fue luego presentado al público.

Leamos el pasaje que se refiere a la «obsesión» de adelgazar: «28 de dic. Continuación. Compulsión en Unterach. Le pasa de repente por la cabeza que tenía que adelgazar. Comenzó a levantarse de la mesa —claro está, no tomaba postre— y a correr al sol, hasta que el sudor corría a raudales; entonces se detenía, y se volvía a poner a correr en cortas distancias; trepaba incluso en el monte corriendo de esa forma. Al borde de un precipicio abrupto tuvo la idea de arrojarse. Naturalmente, de haberlo hecho hubiese encontrado la muerte ahí. Sobre eso, un recuerdo de su vida militar. Cuando estaba haciendo un servicio como voluntario, no le resultaba fácil preparar por los montes, etc.»¹⁵

En el curso de esta sesión no se trata de ningún modo del primo Dick, sino tan sólo del padre y de la prima del paciente. El primo Richard sólo aparece un mes más tarde, en otro contexto. Vamos a citar las notas de Freud: «20 de enero. Larga interrupción, humor extremadamente alegre, mucho material, acercamientos. No hay solución. Una explicación fortuita: sus carreras para evitar a cualquier precio volverse gordo están en relación con el nombre del primo de América, Dick (Richard) —contraseña—. Odio contra este último. Pero esto lo encontré yo y él no sabe apreciarlo».

¿Qué nos enseña la comparación entre el texto publicado y esas pocas notas originales?

1. En su publicación, Freud pasa por alto el tiempo que separa el recuerdo de las ganas de estar menos «dick» y la evocación del primo Dick. De hecho han pasado cuatro semanas; cosa que nos recuerda la «negligencia» de Anzieu en su informe del *Signorelli*, que habíamos comentado más arriba. Para el psicoanalista, el azar y el simple olvido no existen. A partir de ahí, y a menos de que acariciase una vez más «la

15. Reproduzco aquí la traducción aparecida en las P.U.F. de París bajo el título de *L'Homme aux Rats (El Hombre de las Ratas)*, 1974. En este texto, la palabra *Dick* ha sido puesta al margen, verticalmente. J. Strachey precisa que las palabras puestas al margen «fueron incluidas posteriormente, probablemente cuando Freud preparó la presentación del caso» (S.E., 10:253).

ilusión de ser una excepción», debería reconocer que esas omisiones son reveladoras de su modo de trabajar. Pero esto no es lo más grave.

2. El texto que va destinado al gran público declara que es el paciente quien hizo el acercamiento entre el sentimiento de estar demasiado gordo y el primo Dick {«*Nuestro paciente no descubrió la solución de esta absurda compulsión más que cuando le pasó por la cabeza...**»). En realidad es Freud quien tuvo la idea de esta interpretación. Así que entre las decenas de millares de palabras que pronunció el Hombre de las Ratas y que proporcionan un *número astronómico de combinaciones posibles*, Freud opera unas delimitaciones arbitrarias, que son requeridas por la teoría, pero que el paciente rechaza como algo que no tiene relación alguna con su vida. Del mismo modo, los psicoanalistas que adoptan los dos principales trucos interpretativos de Freud —los juegos lingüísticos y las equivalencias simbólicas—, encuentran siempre en toda anamnesis el número suficiente de «hechos» que les permiten justificar la doctrina establecida.

3. En su publicación, Freud sugiere que la interpretación satisfizo al paciente. Pero en realidad fue lo contrario lo que se produjo. Aun que el Hombre de las Ratas estuviese en análisis desde muchos meses atrás y aunque el día de la interpretación estuviese «de un humor extremadamente alegre», él rechaza la brillante asociación. En el informe redactado por la noche, Freud no puso en cuestión su interpretación, lo que escribe es que el paciente «no sabe apreciarla» («*Doch ist dies mein Fund und ihm fehlt die Schatzung*»). Son resistencias, claro, como cuando se pone en cuestión el magisterio del psicoanalista.

4. El texto destinado al público hace creer que la interpretación curó al paciente de su «obsesión» por adelgazar. Pues bien, según las notas originales, esta explicación no tiene relación ninguna con un cambio.

En conclusión: el ejemplo de Dick, que los psicoanalistas se complacen en exhibir como si fuese un producto publicitario, fue obtenido por una falsificación de los hechos. Sugerir, como lo hace el psicoanalista que cité en primer lugar, que se puede curar una *anorexia nerviosa* por medio de un retruécano á la Freud, es jugar al prestidigitador. Los freudianos creen estar llamados por vocación a «quitar el polvo»; y de hecho ¡o único que hacen es, ese polvo, echarlo a los ojos del público con el fin de ofuscarlo...

Quisiera con todo evitar un malentendido. Este análisis de texto no lo he llevado a cabo por el placer de coger a su autor en flagrante delito de tejerlo. Sigo creyendo en la buena fe de Freud y de la mayoría de sus correligionarios. El problema es más bien de orden epistemológico: los psicoanalistas no se basan en unos hechos científicos, sino en juegos de palabras; mientras que ellos creen que están relatando objetivamente las reacciones de los pacientes, en realidad sus exposiciones de los casos son alegatos, en los que los hechos se subordinan al deseo de propagar una doctrina; ellos se imaginan que miran con nuevos ojos, mientras llevan unas gafas con cristales ahumados y deformantes.

7. ¿UNA NUEVA ONOMÁSTICA?

I have discovered that I can do anything with language I want.

JAMES JOYCE

a) Un ejemplo «memorable»

Con el caso precedente aprendimos cómo el nombre de un rival podía ser la clave de un síntoma (anorexia o ganas de adelgazar, según la versión que se prefiera). No nos habremos de sorprender entonces si vemos que, en la imaginación psicoanalítica, el nombre del propio sujeto y el Nombre-del-Padre son a menudo el «ábrete sésamo» de la neurosis.

También esta vez elegiré una ilustración freudiana que provoca lá admiración de todos los psicoanalistas. Lacan lo comentó no pocas veces y lo calificó de «ejemplo memorable» (1966:064). En su célebre Discurso sobre el lenguaje, ese Faro del psicoanálisis moderno lo utilizó para «demostrar» que «el lenguaje es cuerpo» y que «las palabras pueden por su parte sufrir lesiones simbólicas, llevar a cabo los actos imaginarios de los que el paciente es sujeto» (1966:301). Los lacanianos ya me habrán entendido, se trata de «la *Wespe* (avispa) castrada de su W...» (id.). Veamos exactamente de qué se trata.

Cuenta Freud (XII 126s) que el Hombre de los Lobos, en la época en que tenía dos años y medio, se había meado por el suelo mientras una criada de nombre Gruscha lo estaba fregando. En el transcurso de la cura, Freud había enunciado la hipótesis de que el pequeño culpable había sin duda (*gewiss*) sufrido la amenaza de la castración como consecuencia de ese acontecimiento. Y por su parte, el paciente tuvo la delicadeza para con su analista de «confirmar esta hipótesis por medio de un sueño». Leamos el texto:

«Confirmó la relación entre la escena de Gruscha y la amenaza de castración por medio de un sueño particularmente significativo, cuya traducción él mismo pudo comprender:

•Dijo: "He soñado que un hombre le arrancaba las alas a una *Espe*".

»—"¿*Espe*", hube de preguntarle, qué entiende usted por esto?

»—"Bueno, ese insecto con rayas rojas en el cuerpo y que puede picar. Debe ser una alusión a Gruscha, la pera rayada de amarillo." "

»—"Quiere usted decir una *Wespe*", pude corregirle.

»—"¿Se dice *Wespe*? Creía verdaderamente que se decía *Espe*." (Se servía, como tantos otros, del hecho de que era extranjero para disimular actos sintomáticos). Pero *Espe*, soy yo, S.P. (eran las iniciales de su nombre),"

»La *Espe* es naturalmente una *Wespe* mutilada. El sueño dice claramente que se vengaba sobre Gruscha de su amenaza de castración» (XII 128).

16. El paciente había precisado antes de ese sueño, que el nombre de la criada, Gruscha, significaba en su lengua *pera* y que a él le evocaba una pera de rayas amarillas (XII 124). Recordemos que *Wespe* significa en alemán *avispa*.

17. El Hombre de los Lobos se llamaba Sergei Petrov.

Armado de su hallazgo, Freud (re-)construye entonces la historia de la neurosis de su paciente y se la comunica. Pero el Hombre de los Lobos no parecía quedar más esclarecido con esta explicación de lo que estaba el Hombre de las Ratas con la del *Dick*. En efecto, Freud escribe: «Cuando le hube expuesto mi concepción, el paciente me miró sin comprender y con un cierto desprecio; y nunca más reaccionó a ello. Más arriba he desarrollado mis propios argumentos contra semejantes racionalizaciones» (XII 129). (El lector habrá entendido ya que se trata de las sempiternas «resistencias».)

Medio siglo después de esta interpretación de Freud, los intelectuales con ganas de establecer nuevas «lecturas», presas de una agitación semejante a la de las mujeres mundanas en busca del último grito en el vestir, descubrieron con arrebatado en 1966, en *Les Cahiers pour t'Analyse* publicados por el «Cercle d'Épistémologie de l'École Normale Supérieure» (anotemos cuidadosamente eso de «*Supérieure*»), que la explicación freudiana del *Wespe* era por su parte un mensaje criptográfico. En efecto, Serge Leclaire, el fundador del departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Vincennes, realizaba sobre este «ejemplo memorable» una decodificación «que nos deja estupefactos», al menos en esa época (fue publicado dos años antes que las divagaciones «arqueológicas» de Rosolato sobre el *Signorelli* de las que estuvimos tratando más arriba).

Así escribe el eminente psicoanalista: «Es claro por una parte, que Freud hizo depender todo su análisis del sueño de la avispa porque tenía el sentimiento de haber obtenido de hecho lo que esperaba». Ni que decir tiene que ésta es una hipótesis sensata, que yo mismo sostuve en relación con los diversos casos presentados más arriba. Leclaire tiene razón de decir: «Es claro»; pero es una pena que el Profesor de Vincennes se crea autorizado por ello a seguir psicoanalizando el caso. Además sus elucubraciones nos llevan a una conclusión que el Hombre de los Lobos habría sin duda escuchado como lo hizo con la de Freud, esto es, «sin comprender y con un cierto desprecio» (XII 129). Esto es lo que dice Serge Leclaire: «En esa W o M invertida se verá el significante mismo de la *main-mise maternelle* [dominio materno] (habría que decir *bouche-mise* [boca-puesta] en este estadio oral) que petrificó a! niño en su engaste. A partir de ahí podríamos traducir así el discurso del sueño, entendiéndolo como un sueño que dice el deseo más profundo del paciente: salirse del cercado materno y acceder a la castración. En sustancia lo que le dice a Freud es lo siguiente: quisiera que me arrancase a mí, S. P., de la influencia materna; quisiera que sacase de mí la verja que cerró demasiado el ciclo de mi insatisfacción, que me cortase del significante que ha venido ahí, más ciego que un objeto, a sustituir, mucho antes del tiempo requerido, el falo (perdido) al que aspiro» (1966:33s).

Lo que explica pues Serge Leclaire es que hay que volver a interpretar el nombre (o las iniciales) en función de la relación con el analista. Entonces, y siguiendo su lógica misma, ¿por qué no podríamos interpretar la interpretación de Leclaire en función de su nombre, el suyo? ¿No es, psicoanalíticamente hablando, significativo que utilice en su análisis las palabras «*figé dans sa chásse*» [«petrificado en su engaste»], «*clótüre*» [«cercado»], «*griffe qui a trop fermé*» [«garra que cerró demasiado»]? ¿Por qué no habrían de ser esos Significantes un bordado sobre su propio nombre de pila? Una *serge*, indica el diccionario *Petit Roben*, es «un tejido de textura asargado de lana, ralo y tupido» (lo que en castellano se conoce como sarga).

Mis observaciones parecerán poco serias; pero es que son del mismo nivel que las afirmaciones de Leclaire. ¿Hemos de insistir, por ejemplo, en el hecho de que el famoso alumno de Lacan no se preocupa lo más mínimo de averiguar si «*main-mise maternelle*» empieza también por M («o por una W invertida») en las lenguas habladas por el paciente, esto es, ruso y alemán?

b) *Un gadget hermenéutico*

Stekel en 1911 y K. Abraham en 1912 publicaron sendos artículos intitulados respectivamente: *La coerción del nombre* y *La fuerza determinante del nombre* con el fin de demostrar, siguiendo a Freud, que «el nombre actúa a menudo de manera determinante ejerciendo una coerción sobre la persona que es portadora de él» (Abraham, 1:114). A partir de entonces, el Tribunal de la Inquisición Freudiana no tendrá ninguna duda sobre su posesión de un detector de verdades que ninguna «resistencia» podrá detener.

Para poder ahora examinar un ejemplo más, nos acercaremos a la psicoanalista que reina en la cima del hit-parade freudolacanian: la doctora Francoise Dolto.

La famosa vestal del culto analítico dice con frecuencia cosas que son muy razonables, razón por la cual el gran público la ama. Escribe por ejemplo: «La sensatez es la herramienta principal de nuestro arsenal terapéutico *a priori* (...) Si a veces hacemos uso de consejos dictados por la sensatez, que apelan al consciente y que cualquier psicoterapeuta hubiese hecho suyos, es porque la sensatez es la base necesaria de cualquier psicoterapia» (1971:148; 168). No obstante, una lectura atenta de las publicaciones de Dolto nos da a entender que ella hace una mezcla seductora cuyos componentes son la «sensatez», los principios del humanismo cristiano, y los absurdos freudianos, de modo que el lector no especializado deja de lado gustosamente estos últimos en provecho de la «sensatez» y sigue dándole su confianza. Quisiera aquí centrarme en lo que hay de específicamente psicoanalítico en su mensaje. Su *Caso Dominique* (1971) es el relato de la historia de la cura de Dominique Bel. Este niño de 14 años había sido mimado por su madre

—o en los términos de Dolto: «Dominique era el falo de mamá» (p. 77) —o, al menos así fue hasta el nacimiento de su hermana Sylvie. El niño empezó entonces a desarrollar una serie de trastornos, en especial el miedo a los objetos que dan vueltas: tiiovivos, bicicletas, etc.

¿Y qué revela la fórmula cabalística? En la 4.ª sesión, el nombre de *Dominique* se demuestra como «significante»: «A su madre, él la *dominait* [dominaba], de acuerdo con su nombre de pila» (sic, p. 75). El nombre de su hermana *Sylvie* no es menos «determinante»: sirve para «explicar» el miedo a los tiiovivos, bicicletas, las máquinas de lavar, en suma las cosas que giran. En efecto, «cualquier imagen dinámica parece ser la señalización de la existencia de Dominique en la medida en que está vivo, es decir en la medida en que todavía puede ser anulado, matado (*s'il vit* [si él vive], *Sylvie*)» (resic, p. 74). Si sacamos las consecuencias

lógicas de ese principio «hermenéutico», podemos entonces decir que ese niño hubiese debido desarrollar una fobia a los ánes [asnos] si su hermana se hubiese llamado *Anne* y conocer una impresión de ahogo con una hermana de nombre *Nicole* (por no aceptar más *ni col* [ni cuello] ni corbata)... El lector debe tener la impresión de que me estoy burlando de la Pitonisa parisina. Y en efecto, me parece que hay motivos para reír...

No olvidemos el elemento más importante del análisis: el Nombre del Padre. El nombre del paciente es *Bel*¹⁸ [Bello]: ahí reside el nudo de su neurosis: «Hasta el nacimiento de Dominique, el señor Bel vivía todos los días en casa. Dominique, por su parte, aparentemente bien adaptado, ignoraba el papel de fetiche que le habían otorgado. Y la revelación le vino el día en que su madre, después de haberlo abandonado para echar al mundo a otro supuestamente semejante, echó al mundo un retoño, más verdadero, más "*Bel*" (o bella): Sylvie, que poseía todas las cualidades» (sic, p. 145).

Quizá nuestro lector experimentará una impresión de «*déjà vu*» al leer estos ejemplos. ¿Acaso no ha leído ya en algún otro lugar que los individuos nacidos bajo el signo de «Leo» tienen un carácter noble o vanidoso, que aquellos que han nacido como «Aries» son valientes, que los que nacieron bajo el signo de «Libra» tienen el sentido de la justicia? Veremos más abajo con K. Popper, que el psicoanálisis freudiano funciona del mismo modo que la astrología.

Para acabar ya con el caso Dominique, digamos que cualquier redactora de un correo del corazón habría podido decir que ese niño había sufrido algún trastorno a causa del nacimiento de su hermana, pero lo que no hubiese imaginado de ningún modo es que ese destino estuviera inscrito en su patrónimico y en el de su rival. Es por ello que aquel que no quiere ser víctima de un *dol* [dolo, fraude] demasiado *tôt* [pronto] haría muy bien en preferir los consejos de los periodistas a los de los psicoanalistas...

c) La «práctica de la letra»

Freud pretende encontrar el nudo de la neurosis del Hombre de los Lobos, ese paciente ruso que le hablaba en alemán, en un error de pronunciación de una letra de una palabra que era extranjera para él. Si esto es así, entonces, ¿por qué no habremos de interpretar cada letra una a una, y en particular cuando se trata del nombre del sujeto? Pues justamente ésa es la tesis defendida resueltamente por S. Leclair en *Psychanalyser. Un essai sur l'ordre de Vinconscient et la pralique de la lettre* (1968). Si hemos de creer a ese Profesor de Vincennes, se trata de una empresa nada fácil: «No resulta fácil —dice— tomar la letra... al pie

18. En el transcurso de una charla a la que asistí (en Lovaina, el día 11-12-1971), Dolto reveló que el verdadero nombre era Joly [bonito]. Por razones de discreción, cambió el nombre real cuidando de conservar un Significante que presentase el mismo poder interpretativo.

de la letra». Ésta es sin duda la razón por la cual el apóstol de la Buena Nueva no puede formular su tesis si no lo hace en un lenguaje esotérico. «El inconsciente o el orden de la letra no es ni más ni menos que el desarrollo y la diversificación de esa estructura nuclear en la que el elemento literal aparece como correlativo de la oscilación subjetiva alrededor de la anulación del goce, y a la vez como correlativo de ese complemento negativo de la nada que es el objeto. En suma, son tres las funciones correlativas que componen el núcleo elemental del inconsciente: el objeto como función estable, el sujeto como función de conmutación alternante, y finalmente la letra como función tética» (p. 135). Cuando uno tiene ánimo suficiente como para seguir atentamente la lectura de la obra, descubre, tras esas mamparas verbales, una receta de desconsoladora simplicidad: a semejanza del curandero primitivo que busca las respuestas en la disposición que toman unos huesecillos que ha arrojado en el suelo, Leclair examina las letras y sus posibilidades de combinación. Así el nombre (*Phüippe*) y el apodo (*Poordjelf*) del paciente que ilustra su tesis se encuentran pasados por el molinillo psicoanalítico: del «/i» (de Phi-li-ppe) surge el *tit* [ama] de *Lili* y de *Liliane*, etcétera; del *po* (de Po-ordjeli) sale el *pot* [pote], «*poor*», el *pauvre*, o *pau-vre* [pobre], etc., etc., ¡y eso durante más de diez páginas! (p. 112s). Un semejante procedimiento adivinatorio no podía, en nuestra época de democratización, permanecer en la exclusiva propiedad de los psicoanalistas. En 1975, las ediciones Du Seuil reeditaron la obra de Leclair en su colección de bolsillo («Points»), poniendo así tal maravilla al alcance de los colegiales. Mientras tanto la metafísica del retruécano y de la letra se había propagado —como una «peste» hubiese dicho Freud— en los Círculos de la vanguardia, en particular entre los adeptos del «texto-análisis». Cuando Roland Barthes publicó su *S/Z* (igualmente en las ediciones Du Seuil), hizo patente que no es preciso ser psicoanalista para psicoanalizar. Un conjunto de elucubraciones sobre la S y la Z de los personajes de Balzac, Sarrasine y Zambinella, le permitían enunciar unas nuevas verdades sobre «la práctica de la letra». Vamos a contentarnos aquí con una pequeña muestra de esta literatura, que por lo demás es tan ampliamente redundante como se ve:

«Z es la letra de la mutilación: fonéticamente, en francés, Z es azotadora a modo de un látigo castigador, o de un insecto erínico; gráficamente, con un gesto lanzado de la mano, al sesgo, a través de la blancura uniforme de la página, entre las demás redondeces del alfabeto, como un tajo oblicuo e ilegal, corta, tacha, raya; desde un punto de vista balzaciano, esta Z (que está en el nombre de Balzac) es la letra de la desviación (véase el relato *Z. Marcas*); finalmente, y en este mismo lugar, Z es la letra inaugural de la Zambinella, la inicial de la castración, de tal modo que por esta falta de ortografía, instalada en el corazón mismo de su nombre, en el centro de su cuerpo, Sarrasine recibe la Z zambinelliana según su verdadera naturaleza, que es la herida de la falta. Además, S y Z están en una relación de inversión gráfica: es la misma letra, vista al otro lado del espejo: Sarrasine contempla en Zambinella su propia castración» (1970:113).

Señalemos finalmente que los juegos con las letras no deben limitarse a los nombres de personas. En su discurso en la O.R.T.F., Lacan proporcionó, si no ya la teoría de estos juegos, sí al menos un ejemplo tipo: «A lo cual responde en nosotros la palabra: *ennui* [aburrimiento]. Palabra cuyo término he recompuesto, a base de hacer bailar las letras como en el cinematógrafo hasta que vuelven a disponerse sobre una línea: *unien* [uniano]. Con el que designo la identificación del Otro con el Uno» (1973b)...

d) *Un precursor: J.-B. Peres (1827)*

Lo que quieren hacernos creer Freud, Dolto y compañía es que el lenguaje está al servicio de las palabras —sobre todo al servicio de los nombres— y que basta con que demos vueltas alrededor de las palabras —qué digo, alrededor de las letras— para «desenmascarar lo real». Lo que sin duda ignoran es que están muy faltos de originalidad.

A comienzos del siglo xix, J.-B. Peres, antiguo fraile oratoriano que fue bibliotecario de la ciudad de Agen, intentaba criticar a los historiadores que entonces estaban de moda y según los cuales había toda una serie de acontecimientos de la antigüedad que eran sólo elaboraciones de la imaginación popular. Sus argumentos se apoyaban en juegos de palabras y en equivalencias simbólicas, precisamente las claves de interpretación de los psicoanalistas de hoy.

A Pérès le irritaba ver cuestionada la existencia histórica de Jesús de Nazareth; y en 1827 publicó un texto que escenificaba los razonamientos de los historiadores vanguardistas de la época. Le puso por título: *Comme quoi Napoléon n'a jamais existé (Según lo qual Napoleón no existió jamás)*. Pérès «demuestra» en él, de manera irónica, que Napoleón no es más que un personaje alegórico cuyos atributos están tomados en su totalidad del Sol. Y en efecto, si nos tomamos el trabajo de analizar «profundamente» las cosas, podemos reducir todo lo que se ha dicho acerca de Napoleón a un mito solar. Empezamos observando que no hay casi diferencia entre *Napoleón* y *Apollan* [Apolo]; y que los poetas al Sol le llaman precisamente Apolo. Además, Apolo es la misma palabra que «*Apotéon*», que se deriva de un verbo griego que significa «exterminar». Y todo el mundo ha relatado que Napoleón era un gran exterminador, «precisamente» como lo era el Sol para los griegos ante Troya, donde una parte de la armada pereció a causa del calor solar. El prefijo «Ne», que en griego significa «sí», «es cierto», «verdaderamente», antepuesto al nombre de *Apoléon*, formando *N(e)-Apoléon*, demuestra muy a las claras que Napoleón es el verdadero exterminador y el verdadero Sol. Todo esto es perfectamente coherente, y por lo tanto, «verdadero»... Pérès explica del mismo modo el nombre de Bonaparte {*bona parte*, el día, opuesto a las tinieblas o *mala parte*); el nombre de la madre de Na-

19. *Démasquer le riel (Desenmascarar lo real)* es el título de una obra de S. Le-claire publicada en la ed. Seuil, París, en 1971,

poleón, Leticia (de Leto, madre de Apolo); el hecho de que se contase que Napoleón tenía cuatro hermanos, que «en realidad» no son sino los símbolos de las cuatro estaciones del año, etc.

Resulta tan divertido el texto de Pérès como los de Dolto y de Le-claire. Pero en relación con sus sucesores, Peres tenía una gran ventaja, y es que sus chanzas las escribía *conscientemente*...

8. KLBINE HANS, LITTLE ALBERT Y PETER

A fin de que nuestra polémica tenga toda la lealtad que se merece, vamos a tomar ahora una vez más un ejemplo reconocido por los maestros actuales del psicoanálisis como uno de los más demostrativos.

El caso de «Juanito», o «pequeño Hans», el primer tratamiento analítico de un niño, es el de más larga presentación (134 páginas) entre todos los casos publicados por Freud, y también el que más veces utilizó Freud en el conjunto de su obra.

Ellenberger reconstruyó así la acogida que tuvo el texto en los medios no psicoanalíticos en 1909:

«La historia del pequeño Hans (*Der kleine Hans*) no fue aceptada con tanta facilidad como las precedentes publicaciones de Freud, aunque muy a menudo se ha comprendido mal la significación de ese escepticismo. Fue menos porque se pudiese considerar a esa historia como inmoral que por el hecho de que algunos lectores estimaron que ese niño, antes de su fobia, había dado pruebas de una precocidad sexual bastante poco habitual; se preguntaban esos lectores además si la misma fobia no habría sido una consecuencia de la actitud inquisidora del padre y de sus sugerentes preguntas. La psicología del testimonio, una nueva rama de la psicología y que estaba muy de moda en 1909, aportaba numerosos ejemplos de niños que eran autores de falsos testimonios, los cuales se revelaban como no siendo sino una respuesta a unas sugerencias inconscientes. Y es que en efecto, los niños son extraordinariamente hábiles para adivinar las respuestas que los adultos esperan de ellos» (1970:431).

Para los psicoanalistas, el pequeño Hans, o Juanito, tiene el honor de ser el caso más famoso de un análisis de niño. Melanie Klein, «la» especialista del psicoanálisis de niños, escribe: «Este análisis ponía la primera piedra de un edificio, el del futuro análisis de niños, (...) probaba la existencia y la evolución del complejo de Edipo en los niños, (...) es *el fundamento de todos* los demás análisis» (1948:178s. El subrayado es mío). Y aún hoy no hay ningún analista que ponga en cuestión el valor de ese «fundamento». En el transcurso de los seminarios de psicoanálisis, las citas de ese caso siguen apareciendo como argumentos decisivos.

a) *Una prueba viviente de la teoría*

Freud incitaba a sus alumnos a recoger observaciones que viniesen a confirmar sus teorías. Uno de sus primeros discípulos, Max Graf,

colmó ampliamente sus esperanzas en materia de sexualidad infantil. Graf, que era doctor en letras y director de escena de óperas, había conocido a Freud por el intermedio de su esposa, que fue tratada a causa de una neurosis antes de casarse. Graf se había hecho amigo de Freud en 1900 y participaba desde 1903 en las Reuniones del Miércoles, junto con Adler, Stekel y Reitler. De este modo llegó a ser uno de los miembros fundadores de la Sociedad Vienesa de Psicoanálisis.²⁰

Cuando su hijo Hans —que de hecho se llamaba Herbert— aún no tenía tres años, Graf empezó a anotar, con el fin de mandárselas a Freud, cada una de sus opiniones en materia de sexualidad. Y en 1907 y 1908 respectivamente, Freud publicó dos artículos a partir de las observaciones efectuadas sobre el chiquillo. El autor de los *Tres ensayos para una teoría de la sexualidad* (1905) tuvo todas las razones para quedar satisfecho, pues todas y cada una de las notas del Graf padre confirmaban la obra ya publicada. De este modo, así que empezó a hablar, Hans fue la prueba viviente del carácter universal de la concepción freudiana de la sexualidad infantil...

b) La «neurosis fóbica»

En el artículo de 1908 sobre *Las teorías sexuales infantiles*, Freud insiste acerca de la educación ejemplar, caracterizada por la libertad, de la que gozaba el hijo de Max Graf. «Hans no fue intimidado, no fue inquietado por un sentimiento de culpabilidad y pone por tanto de manifiesto, de una manera ingenua sus procesos de pensamiento» (VII 23). Habíamos de esperar, en virtud de la teoría analítica, poder ver a ese niño preservado de toda dificultad neurótica importante. Pues bien, precisamente ese mismo año de 1908, Hans, con una edad de 4 años y 9 meses, manifiesta bruscamente un miedo intenso a los caballos. Resuena el diagnóstico de Freud: «neurosis fóbica», «histeria de angustia», «El Profesor» piensa que el objeto fóbico (el caballo) es totalmente secundario y que la «neurosis» se explica por unos «impulsos libidinales reprimidos». Max Graf busca pues esos impulsos ocultos y transmite regularmente sus observaciones a Freud.

La primera de las interpretaciones de Max Graf se funda en un recuerdo: recordando que Hans había observado, *algunos meses antes* (el subrayado es mío), que los caballos tenían una «cosita de hacer pipí» (pene) muy grande, el padre afirma, sin necesitar ningún otro argumento, que a Hans debe darle miedo un pene grande (VII 258). De todos modos, Freud precisa que la angustia, más fundamentalmente, debiera explicarse por la represión de un deseo incestuoso. En su escrito Freud relata: «Me entendí con el padre para que le dijese al niño que toda esta historia de caballos era una tontería y nada más. La verdad, había de decir el padre, era que Hans amaba enormemente a su madre, y que

20. Cf. una nota del editor de la *Correspondance Freud-Jung*, 1 282 y un artículo aparecido en la *Intern. Rev. of Psychoanalysis*, 1974, 1-2.

quería que lo llevase con ella a su **propia cama**» (p. 263). De modo pues que, *ya desde el mismo comienzo del tratamiento, se le sugiere al niño una interpretación en términos edípicos*.[^]

Tras de estas primeras **explicaciones que se le dieron a Hans**, el miedo a los caballos... se intensificó, **hasta tal punto que Hans ya casi ni se atrevía a salir de casa** (p. 264). **Un mes más tarde, luego que el padre le repitiese a Hans las fórmulas de Freud, el niño contó una escena de la que había sido testigo. El padre de una niña pequeña que se había aproximado a un caballo, le indicó a ésta que no se acercase demasiado, y le dijo: «no le des los deditos al caballo blanco, si no te morderá»** (p. 265). Oído lo cual, el padre de Hans replicó: «Me parece, ¿sabes?, que no es en un caballo en lo que estás pensando, sino en una cosita de hacer pipí, que no se puede tocar con la mano». **Hans respondió: «Pero sin embargo una cosita de hacer pipí no muerde».** El padre insistía: «De todos modos quizá sí que lo haga». El niño **seguía resistiéndose: «Hans —explica el padre— se aplica con gran vivacidad en la demostración de que se trataba efectivamente de un caballo blanco».** Pero el padre no dejó de creer por ello en lo adecuado de su interpretación.

El episodio que acabamos de relatar ilustra a pedir de boca la manera de razonar del analista. Si Hans hubiese **aceptado la interpretación**, Graf y Freud habrían concluido **inmediatamente que ésta era de todo punto exacta**. No obstante, el hecho de que el niño **la rechazase no les hacía cambiar de opinión: se trataba sólo de una «resistencia».** Como vemos, «si sale cara, gano yo, y si sale cruz, pierdes tú»; el psicoanalista siempre tiene razón...

Por otra parte, aquí vemos hasta qué **punto el analista intenta** vencer y presiona a su paciente. En el **caso que nos ocupa, el efecto de la sugestión no se hizo esperar: al día siguiente, el niño diría «espontáneamente»** que tenía miedo a los **caballos porque sigue tocándose «la cosita de hacer pipí».** Freud concluyó de **ello que ahí teníamos para siempre más la prueba** de que la masturbación **desempeña un papel esencial** en la fobia (p. 266).

Pero a pesar de todas esas interpretaciones el miedo **no desaparecía**. Repitió entonces el padre sus «aclaraciones»; así **por ejemplo, dos semanas más tarde, le dijo de nuevo a Hans: «¿Sabes?, si no te tocas más la cosita de hacer pipí, la tontería (así es como le llamaba Hans a su fobia) seguramente se hará más débil»** (p. 266). **En una visita que hicieron al zoo, Hans tenía miedo de todos los animales grandes. Y el padre se apresuró a explicarle: «Los animales grandes tienen una cosita de hacer pipí muy grande, y en realidad de lo que tienes miedo es de las cositas de hacer pipí que son grandes»** (p. 269).

En vista de que el miedo de **Hans no disminuía, sino que muy al contrario, iba en aumento, el padre decidió llevarle a la consulta de Freud.** El «Profesor» le explicó **entonces al niño que si tenía miedo de los caballos era porque tenía miedo a su padre y porque amaba tanto a su madre** (p. 277). El padre insistía **sobre lo adecuado de esta revelación.** Pero Hans no se dejaba convencer **así tan de repente por la explicación edípica, de lo cual da testimonio el diálogo siguiente, que sucedió**

tres días después de la consulta, por la mañana, en el momento en que el niño quería ir a reunirse con su padre en la cama:

«El padre: ¿Por qué has venido hoy?

»Hans: Cuando no tenga miedo, entonces ya no vendré.

»E1 padre: ¿De modo que vienes conmigo porque tienes miedo?

•Hans: Cuando no estoy contigo, tengo miedo; cuando no estoy en la cama contigo, entonces tengo miedo. Cuando ya no tenga más miedo, entonces no vendré.

»El padre: Así que tú me quieres y que tienes miedo cuando estás en tu cama por la mañana; ¿es por eso que vienes conmigo?

•Hans: Sí: ¿Por qué me has dicho que yo quiero a *mamá* y que es por eso que tengo miedo, cuando yo te quiero a *tí*?» (p. 278).

Observemos bien que Hans no manifiesta, ni aquí ni en ninguna otra parte, hostilidad alguna para con su padre, antes al Contrario. El niño era agresivo para con su madre, contra esa madre que le amenazó, un día en que él se estaba masturbando, con hacer venir al doctor A. para que le cortase el pene (p. 245). Por el simple hecho de que todo eso contradice la teoría del complejo de Edipo, Freud declara que esta ansiedad *encubre* el deseo de ver desaparecer al padre con el fin de quedarse solo con la madre. Como vemos, no hay nada que se resista al artilinguio del interior/exterior.

Algo más tarde Hans precisaría que su temor principal era el de que un caballo enganchado a un pesado coche se cayese al salir del depósito de mercancías situado frente a su casa. Explica que ya vio caer a un caballo y que fue a partir de ese día cuando comenzó a tener miedo: «Cuando se cayó el caballo del ómnibus tuve miedo, de verdad. Fue en ese momento cuando cogí la tontería» (p. 284). La madre confirma que Hans se asustó mucho y que la fobia surgió inmediatamente después de este acontecimiento (p. 285).

Graf y Freud, haciendo caso omiso de lo que dicen las leyes del condicionamiento, no vieron en este incidente más que un acontecimiento secundario. Los alquimistas del alma afirman que el caballo que cae debió simbolizar al padre y concretizar así el deseo de muerte edípico. El argumento decisivo fue obtenido al término de una conversación, en la cual el padre comenzaba preguntándole a Hans en qué pensó al ver caer el caballo. El niño respondió: «Ahora sucederá siempre lo mismo. Todos los caballos de ómnibus se caerán» (p. 284). Tras una persecución del chaval a base de las preguntas que le hacía su padre, éste acabó por decirle: «Cuando el caballo se cayó, ¿pensaste en papá?» Cuando Hans respondió: «Quizá sí. Sí. Es posible» (p. 286), fue suspendido el interrogatorio: el padre había ya obtenido lo que quería oír.

Constatamos que la última pregunta del padre, la que indujo al niño a responder en un sentido totalmente diferente de su primera declaración («Ahora sucederá siempre lo mismo...»), es un típico ejemplo de pregunta tendenciosa, una *«leading question»* como dicen los ingleses. Hans estaba cogido en una trampa, y no podía defenderse sino muy débilmente («Quizá sí. Sí. Es posible»).

Subrayemos además que el niño sólo «reconoció» que pudo haber pensado en su papá, pero que no precisó en modo alguno *lo* que pensó. ¿Por qué no habría de ser, en la mente del niño, esta referencia al personaje paterno, que el padre le hace «confesar», un reconocimiento de su papel de protector? ¿No le había dicho Hans a su padre unos días antes: «Cuando no estoy contigo tengo miedo»? Para Freud, ese inocente «Quizá sí. Sí. Es posible» arrancado por una pregunta cuidadosamente orientada, era la *prueba* del odio edípico. Parecería como si estuviésemos en el Tribunal de la Inquisición...

En vista de que el miedo no desaparecía, Freud y el padre propusieron otras interpretaciones. Y un nuevo material le llevó a Freud a decir que *el caballo podría representar al propio Hans* (p. 289). Luego de esto el padre pensó que el caballo que se cae representaba la salida de los excrementos. Ésta es la confesión que le condujo a tan sorprendente descubrimiento: «Como Hans se asustó una vez *más* al ver un carro que salía de la puerta del patio de enfrente, pregunté: "¿No se parece esta puerta a un trasero?" —Hans: "Y los caballos son las *lountfs*" (palabra con la que él designaba a las heces)» (p. 302). Freud ratificó esta imponente deducción: *el miedo al caballo es el miedo a la defecación*.

Otro día Hans dijo que le gustaría pegar a los caballos. Entonces el padre le preguntó: ¿a quién te gustaría pegar: a tu madre, a tu hermana o a tu padre? La respuesta de Hans a ese *«multiple choice test»* fue la siguiente: mamá (p. 316). Y a partir de ahí el padre se sintió autorizado a decir que *el caballo debía ser un símbolo de la madre*. Se siguieron de ahí largas conversaciones, en el transcurso de las cuales el padre intentó convencer al niño de esa interpretación. Y por fin, dos semanas más tarde, o sea cuatro meses después del inicio del «tratamiento», se hizo la luz del todo: ¿No decía Hans que tenía miedo de que los caballos se *cayesen*, *«niederkommen»*? Pues esta palabra significa en alemán tanto *caer* como *echar abajo*, o *parir*. Ahí se escondía el nudo. Se trataba pues de un puente verbal, de *ein Passwort*, un juego del Significante. . y el complejo salió de la maraña donde se escondía. Freud pudo ya concluir que Hans temía que su madre diese a luz otro niño (p. 331).

¿Hay que detener aquí esta racha de divagaciones? Sigue soplando este viento entre los glosadores. Así, B. Sylwan (1978) ha querido ahondar la excavación más profundamente que Freud. Partiendo del hecho de que éste psicoanalizó a la madre de Hans cuando todavía era joven, la psicoanalista francesa estima que no es ningún azar que el niño tuviese miedo del caballo que tenía la boca cubierta con un bozal. Efectivamente, dice, *Pferd* (caballo) nos remite a *Freud*, y *Mund* (boca) a *Sigmund* (el nombre de Freud). Gracias a estos quintaesenciados retruécanos, y a algunos otros, no menos alambicados, concluye que la fobia de Hans simboliza la relación de la madre con Freud, su antiguo psicoanalista. No salimos pues del círculo de los secretos de alcoba...

c) *¿Un pequeño obseso sexual?*

Los informes que da Max Graf y que son anteriores a la fobia de su hijo, presentan unas observaciones relativamente banales. Freud declara que Hans era un niño bueno y despejado, alegre y franco. No había nada que hiciese presagiar el repentino estallido de una «histeria de angustia» (digámoslo así, para tomar una vez más la etiqueta que Freud le pegó a Hans).

Tras de la aparición del miedo a los caballos, el padre fue mandando unos informes cada vez más numerosos y detallados. A medida que se iban publicando los interrogatorios, el material sexual se iba haciendo cada vez más abundante y más sensacional. Todos los comportamientos y todo lo que el niño iba diciendo, iba siendo puesto en orden según el eje psicoanalítico. Freud pudo así concluir triunfalmente: «la imagen de la vida sexual del niño que se desprende de la observación del pequeño Hans se corresponde estrechamente con el cuadro que di en mi teoría sexual» (p. 336). Y K. Abraham, después de la lectura del caso, pudo escribir: «Es verdaderamente una gran satisfacción la de encontrar de una manera tan clara y distinta en el niño lo que fue deducido a partir de análisis de adultos. Este sentimiento se expresa en cada línea».

Voy a citar aquí algunos ejemplos, y ruego al lector que se refiera al texto de Freud para el examen de otros que no son menos sabrosos.

¿Estaba Hans angustiado? Eso no podía ser sino la consecuencia de la represión de una excitación sexual (p. 325). ¿Les prestaba una particular atención a los animales? Esto era debido «evidentemente» al hecho de que los animales enseñan sus órganos genitales (p. 246). Cuando Hans saltaba en todos los sentidos gritando: «Soy un caballito», Freud le interpretó al punto: «ese placer de moverse implica el impulso al coito» (p. 370). En Hans, el deseo de llegar a ser mayor, sigue explicando el Profesor, se ha concentrado en el órgano genital (p. 342).

Un día, Hans y su padre se paseaban. Pasaron muy cerca de un jardín cerrado con una cuerda. Hans quería penetrar ahí, pero el padre le dijo que no se podía hacer eso, que un policía podría llevárselos. Al día siguiente, Hans le declaró a su padre que había estado imaginando que se habían deslizado ambos bajo las cuerdas... Para Freud la interpretación era evidente: se trataba de una fantasía de coito con la madre (pp. 276 y 335).

Al hilo de las páginas vamos adquiriendo la impresión de que Hans era un verdadero obseso sexual. Freud habla en efecto de «homosexualidad» (la «prueba» es que Hans besó a su primo con mucho afecto, p. 252), de onanismo, de «voyeurismo», de «exhibicionismo», de impulsos «sádicos», de «deseo de coito con su madre» y de «ganas de matar al padre». La conclusión del Gran Inquisidor no podemos pues ahora rechazarla: «Nuestro pequeño Hans parece verdaderamente un modelo de todas las perversiones» (p. 252). La tesis de los *Tres ensayos*

para una teoría de la sexualidad quedaba confirmada efectivamente: **cel niño es un perverso polimorfo».**

Y sin embargo al psicólogo le asaltan algunas dudas que al psicoanalista no le inquietan siquiera: ¿es este vocabulario **legítimo**? **¿No habrá** «pervertido» unos hechos anodinos? **¿No es** el chiquillo **una víctima** de dos manipuladores inconscientes, esto es, **Max Graf y su «Profesor»?**

d) *Little Albert*

Así como Kleine Hans es el caso *princeps* del psicoanálisis de una fobia infantil, Little Albert lo es de la «psicología» del mismo **fenómeno**. Este estudio fue publicado en 1920 por John Watson (reeditado en Eysenck 1960a: 27-38).

El padre del método behaviorista estima que la gran mayoría **de** los miedos son adquiridos, y que se explican por condicionamientos. **Para** apoyar su concepción realizó la primera experiencia controlada **de** inducción de una fobia en un ser humano. El sujeto, el pequeño **Albert**, era un chaval de un año de edad, bien equilibrado y **de temperamento** flemático. Puesto en presencia de diversos estímulos (una máscara, un ratón, un conejo, etc.) no manifestaba ningún temor. Tan sólo un sonido violento provocaba en él sobresaltos y miedos, signos objetivos del miedo.

El experimento principal se desarrolló como sigue. Watson se encontró con Albert y con un ratón blanco en una habitación. Cada vez que el niño intentaba atrapar el animal, Watson producía un sonido violento golpeando una barra de metal con un martillo. El niño **se** echaba a llorar.

—La semana siguiente, se repitió la misma escena, y así hasta llegar a un total de 7 veces en que la visión del ratón (estímulo neutro) fue asociada con el sonido ansiógeno (estímulo incondicional).

—Cinco días más tarde, Albert, puesto en presencia de un ratón blanco, lloraba y quería irse, incluso cuando no era producido ningún sonido. La rata se había convertido en un «estímulo condicional» **que** engendraba una «reacción condicional» de miedo. Esta reacción **se** mantuvo durante varios días.

—Por otra parte, Albert tenía miedo al mismo tiempo de un conejo blanco y, en menor medida, de un abrigo de pieles y guata **del mismo** color. Asistimos ahí al fenómeno de «generalización del estímulo», la difusión de la significación de una situación **a otras situaciones** que presentan una similitud con ella,

Watson concluye su informe insistiendo **sobre la importancia de las** situaciones que engendran miedo, acontecimientos cuyo alcance **los freudianos** se niegan a reconocer. Los psicoanalistas **remiten siempre la** ansiedad a un temor o a una represión *libidinales*; **ignoran que el miedo** es en sí un factor tan fundamental como **la sexualidad**. **No sin humor**, Watson estigmatiza el *a priori* de **las interpretaciones psicoanalíticas** y denuncia el condicionamiento de ideas **que resulta en el paciente dócil:**

«Dentro de veinte años los freudianos, a menos de que sus hipótesis hayan cambiado para entonces, si llegan a analizar el miedo de Albert en relación con un abrigo de piel de foca —si es que en esa época se hace psicoanalizar— sacarán de él con toda probabilidad el relato de un sueño. El análisis de ese sueño revelará que a la edad de tres años Albert había intentado jugar con los *pelos* del pubis de su madre y que por ello fue violentamente rechazado. (No negamos en absoluto que pueda haber un condicionamiento de este tipo en algún otro caso.) Si el analista ha preparado lo suficiente a Albert para que acepte un sueño como éste como explicación de sus tendencias a evitar ciertas situaciones, y si el analista tiene la suficiente autoridad y personalidad para convencerlo del todo, Albert podrá estar enteramente convencido de que este sueño ha sacado a la luz del día los factores que han desencadenado ese miedo» (p. 38)... Por mi parte añadiré que si el analista es un lacaniano, no dejará pasar la ocasión de hacer malabarismos con el Significante «en pelo».

Algunos lectores de Watson se han indignado al ver a un niño sufriendo una experiencia desagradable por motivos científicos. Podemos decir claro está que la tentativa de Watson está en el límite de lo que resulta moralmente admisible. Las consideraciones que siguen están destinadas a atenuar su carácter ingrato, a) Si el psicólogo quiere salirse de los caminos trillados de la especulación y de la introspección, no puede contentarse con explicaciones *après-coup*, hechas con posterioridad; debe «experimentar» en el sentido estricto del término, esto es, debe provocar de manera controlada unos comportamientos observables, b) En el caso del niño elegido, Albert, y que lo fue precisamente por causa de su equilibrio y su temperamento plácido, el miedo inducido dejará probablemente poco rastro, c) Si es que se ha llegado a cometer una falta ética, habrá que admitir también que es menor que el mal perpetrado por unos psicoanalistas que persisten en ignorarlo todo acerca de las leyes del condicionamiento y no son capaces de ayudar eficazmente a los pacientes que a ellos se confían, d) Si bien Watson puso en práctica un procedimiento destinado a demostrar la génesis de las fobias, de inmediato pensó en la terapia de esos fenómenos. Es lo que veremos en el caso que sigue.

e) *El tratamiento de Peter*

De acuerdo con el psicólogo, las fobias en general no son expresiones simbólicas de unas pulsiones sexuales deformadas por el Super-yo; habitualmente son el resultado de unos aprendizajes desafortunados. Una concepción como ésta implica por tanto que se pueda modificar de manera sistemática la reacción de ansiedad e incluso que se pueda llegar a hacerla desaparecer. La «extinción» experimental de fobias aparece a partir de ahí como una contraprueba decisiva a la hora de evaluar esta explicación alternativa.

Partiendo de las leyes del aprendizaje, Watson formuló diferentes estrategias para el descondicionamiento de las fobias. Estos procedi-

mientos fueron sometidos a prueba por su alumna Mary Jones, que trató mediante ellos a unos niños que presentaban diversos miedos adquiridos por uno u otro azar de los que da la existencia. El tratamiento del pequeño Peter, un niño normal de tres años y de buena salud, pero que tenía miedo a los conejos, es el ejemplo *princeps* de una «terapia comportamental» científica (1924; reed. in Eysenck, 1960a: 39-56).

Al igual que lo hacía el pequeño Albert, Peter manifestaba unos miedos cuya intensidad iba decreciendo según un gradiente que iba desde los ratones blancos hasta la guata, pasando por las pieles de pelo blanco. El método que se ha de demostrar más eficaz en este caso consistirá en exponer al sujeto al estímulo ansiógeno, de una manera progresiva y asociándole un estímulo positivo que comporte una reacción incompatible y más fuerte que la reacción indeseable. Se trata de una forma de descondicionamiento o de contracondicionamiento, lo que actualmente se llama «desensibilización progresiva». En concreto, Peter, sentado en una silla alta, estaba recibiendo sus alimentos preferidos o se entregaba a actividades agradables. En ese momento el experimentador aparecía con una jaula de alambre conteniendo de manera bien visible un conejo. A medida que la iba acercando a Peter, éste se iba poniendo ansioso, hasta llorar. Entonces la jaula era colocada a una distancia suficiente como para que el niño dejase de llorar; en este caso son 6 metros. De este modo el chiquillo era confrontado cada día a la situación causante de su stress. Unos días más tarde, el conejo pudo ser acercado sin crisis de llanto. Además, durante estas sesiones de desensibilización vinieron a jugar con Peter otros niños que no tenían ninguna fobia. La mejoría de Peter era *lenta pero continua*. Dos meses después, el miedo a los conejos y a los objetos asociados con ellos (ratones, etc.) había desaparecido completamente. Peter se divertía jugando con conejitos.

Hace notar Mary Jones que este método es más delicado de manejar de lo que parece a primera vista. Una aplicación inhábil puede llegar a desencadenar un miedo a la comida —la cual se convierte así en un estímulo condicionado— en lugar de provocar una neutralización del miedo por medio de la comida —que es normalmente un estímulo incondicionado que provoca una reacción positiva—. Téngase en cuenta que la «behavior therapy» no es un conjunto de recetas que valen para todo, sino un acercamiento diversificado, sutil y exigente, que ha conocido, dicho sea de paso, unos espectaculares progresos desde los años 60.

El psicólogo científico no tiene ninguna dificultad en concederles a Charcot, a Janet, a Beuer o a Freud que un síntoma pueda tener su fuente de origen en una situación traumatizante que fue olvidada. Un niño que sufrió una inyección dolorosa dada por un pediatra puede tenerle miedo al barbero —que es otro adulto vestido de blanco, que le obliga a quedarse quieto y que se le acerca con unas herramientas en la mano— sin comprender con ello que es víctima de un proceso de «generalización» de un estímulo ansiógeno. Pero contrariamente a lo que cree el psicoanalista, el psicólogo cree a) que no es absolutamente indispensable exhumar todos los traumatismos para reducir una fobia

y i>) que el conocimiento de los acontecimientos patógenos no es las más veces sino un muy débil auxiliar. No basta con enunciar todo lo que pasa por la cabeza hasta llegar a una explicación plausible; más bien lo que hace falta es una *confrontación directa (eventualmente muy progresiva) del sujeto con la situación ansiógena como tal*. Para liberar a Peter de un miedo mucho más extraño que el de Hans —mientras que el primero se ponía ansioso a la vista de las pieles blancas, el segundo tenía miedo de los caballos, contra los cuales había sido puesto en guardia—, Mary Jones no resucitaba unos supuestos complejos subyacentes, de los que no cabe dudar que habría acabado por encontrar. Lo que hace es atacar directamente la situación ansiógena, y modificar sistemáticamente la significación del objeto fóbico asociándole unas nuevas emociones.

0 Psicología de la fobia

El psicoanálisis machaca una y otra vez las mismas ideas; la psicología en cambio, como cualquier ciencia verdadera, va progresando en relación a las concepciones que fueron las de los pioneros. El psicólogo de 1980 ya no se contenta con repetir las conclusiones que sacara Watson. Así pues, ¿qué dice actualmente a propósito de las fobias?

—Podemos distinguir el *miedo* de la *ansiedad* diciendo que el primero es suscitado por la confrontación directa con un peligro, y que la segunda es el efecto de una amenaza menos inmediata y menos precisa. De modo que estos efectos tienen una función de supervivencia. Al ser vivo le es esencial experimentar una emoción que, aun cuando produzca falsas alarmas, le movi-lice rápidamente y le disponga a la huida. Puede suceder lamentablemente que esta señal de alarma funcione mal: unas veces puede ser deficiente, como en el caso de la inatención peligrosa; otras veces en cambio puede ser excesiva, y engendrar una agitación desordenada o incluso la paralización del sujeto. Cuando el temor a una situación parece no ser razonable, se habla en tonces de *fobia*.

—Watson demostró que hay algunos miedos que son innatos, como por ejemplo, el que acompaña a una pérdida de equilibrio inesperado, y que *muchos miedos son aprendidos, son fruto del aprendizaje*. Un elemento anodino, el «estímulo neutro», asociado con una situación temida, adquiere a su vez un poder ansiógeno, e induce, incluso lejos de la situación amenazadora, una reacción, llamada «condicionada», de miedo o ansiedad. Cuando la situación de condicionamiento engendra un miedo intenso y/o cuando se repite regularmente, la reacción condicionada va haciéndose persistente, y se generaliza a otras situaciones. La intensidad de esas reacciones variará según cual sea el grado de analogía que tenga con la situación patógena.

—En relación con el aprendizaje, hemos de señalar la importancia de la *imitación*. Hay una correlación de un grado elevado entre los miedos manifestados por el niño y los que puedan experimentar sus padres, en particular su madre (Marks, 1977:180). En no pocas situaciones provocadoras de stress, el niño mira a sus padres antes de reaccionar emocionalmente.

—Los temores espontáneos o condicionados varían según cuales sean las especies y el *grado de maduración* del individuo. Así por ejemplo, tanto entre los humanos como entre los monos, el miedo a las serpientes sólo aparece con

claridad a partir de los 2 años. «Los miedos más comunes entre niños de 2 a 4 años son los miedos a los animales. Entre los 4 y los 6 años, el miedo a la oscuridad y a las criaturas imaginarias empieza a hacerse predominante. Después de los 6 años, los niños empiezan a desarrollar con menor facilidad fobias animales; y entre los 9 y los 11 años, los miedos a los animales disminuyen con rapidez» (Marks, 1977:179). En la actualidad los psicólogos admiten que diversas fobias específicas están «preparadas» para ser adquiridas. (Fue sobre todo Seligman quien desarrolló esta noción de **preparedness**.) Estos miedos se adquieren fácilmente y son relativamente resistentes a la extinción.

—La psicología científica ha demostrado que ciertos individuos, aun teniendo una edad semejante, son más *emotivos* que otros y están más sujetos a reacciones «neuróticas». Hace ya más de medio siglo, Pavlov hacía observaciones de este tipo con perros y distinguía así cuatro temperamentos: lábil, inerte, excitable, inhibido. Hoy en día todo psicólogo sabe que una persona «introvertida-distímica» desarrolla fobias con mayor facundia que un «extrovertido estable».

—Una fobia persistente no es simplemente producto de un condicionamiento relativamente fuerte, que acaece en una edad propicia en un sujeto predispuesto. Hay que tomar en consideración otros factores que entran en juego. De modo que se observa una *circulo vicioso entre los aspectos cognitivos y emocionales*: las percepciones inquietantes inducen un sentimiento de ansiedad que, a su vez, acentúa el carácter amenazante de la situación y comporta una asociación de representaciones ansiógenas. (El psicólogo americano A. Beck analizó muy bien esos procesos de *feed-back*.) Por otra parte, U huida, que permite una disminución de ansiedad, se encuentra positivamente «reforzada», y el individuo tiende a partir de entonces a adoptar un *comportamiento de evasión* —que pone fin a la situación desagradable—, y luego un *comportamiento de evitación*, que procura prever la confrontación con la situación que provoca la aversión. Llega así a no someter ya sus miedos a la **prueba de realidad** y de este modo obstaculiza el proceso de *extinción* de la significación ansiógena de la situación problemática. Lo que entonces se constata es que el sujeto no sólo tiene miedo a la situación sino que tiene también miedo a la ansiedad y huye ante el más mínimo indicio que pueda llegar a evocarla.

—Hay que tener en cuenta también la *solicitud de sus allegados*, los cuales, con el interés que tienen para con el sujeto cuando éste está afectado por su desasosiego, pueden, sin darse cuenta, ampliar el alcance de la fobia.

Con esta rápida pasada por las explicaciones de los psicólogos modernos hemos querido mostrar que éstos se hallan muy lejos de querer reducirlo todo a la saliva del perro de Pavlov...

g) Una explicación alternativa del caso de *Kleine Hans*

No resulta nada fácil utilizar el **material publicado en 1909**, pues éste fue seleccionado en función de **los marcos teóricos del psicoanálisis**; primero lo hizo el **padre**, y luego lo hizo Freud. A causa de ese **doble filtrado** de los hechos y como **consecuencia de la superposición de las interpretaciones**, toda nueva explicación deviene aleatoria. De todos modos podemos emitir aquí algunas hipótesis plausibles.

Empecemos señalando las incoherencias.

1.º Freud nos asegura (p. 244) que Hans fue criado según los principios del psicoanálisis, con la libertad de decir todo lo que le pasase por la cabeza. En el primer texto en el que empieza a hablar de Hans, antes por tanto de la aparición de la fobia, escribe: «Hans no fue intimidado, no está embarazado con ningún sentimiento de culpabilidad, y expresa por consiguiente de manera ingenua lo que piensa» (1907, VII 23). ¿Cómo explicar entonces psicoanalíticamente la aparición de una fobia que le impide al niño salir de su casa? ¿Qué fobias enormes habríamos de observar en los niños criados por unos padres que ignoren y repriman las pasiones secretas de sus retoños! A esta objeción Freud le responde diciendo que es precisamente *porque* el niño había sido criado *libremente* por lo que su angustia se atrevió a mostrarse de una manera más osada que en otros niños (VII 373). Me parece de todo punto evidente que si el pequeño Hans hubiese sido criado severamente, entonces Freud habría declarado: es *porque* los padres son *represivos* por lo que la angustia ha sido tan fuerte, etc. Recordemos aquí que el mismo género de sofisma le permite a Leclaire decir que la pesadilla de Freud, que le hizo despertar llorando, es el más bello de los ejemplos del enigma del cumplimiento del deseo... En presencia de unos esquemas causales tan fáciles, no hemos de dudar en replicarles a esos discursos: «*cause toujours*» [«causa siempre», o «sigue charlando»].

Los razonamientos al estilo de Freud permiten «comprenderlo» todo *a posleriori*, pero de ninguna manera conducen a unas «experiencias cruciales» que sin ambigüedades hacen hablar a los hechos. Los psicoanalistas no buscan de ningún modo examinar *metódicamente* si hay un correlato entre la severidad de la educación y la frecuencia de las fobias. Les basta con la Palabra del Fundador.

2.º Supongamos por un momento que ese niño, criado con toda la libertad posible, le tenga miedo a su padre —cosa que de ningún modo está probado en este caso, muy al contrario— ¿por qué entonces habría de desplazar ese miedo sobre un animal? ¿Por qué el pavor que experimenta ante el «símbolo» le lleva a buscar la seguridad junto al objeto «verdaderamente» amenazador? (cf. la frase: «cuando no estoy contigo tengo miedo», p. 178). Hay que ser singularmente miope para llegar a una conclusión como la de Freud.

3.º Si suponemos —lo cual no está probado— que el caballo no es más que un símbolo, ¿qué representa *finalmente*? ¿El pene? ¿Al padre? ¿Al propio Hans? ¿Los excrementos? ¿A su madre? ¿A la mujer encinta? ¿Cuáles de todas esas significaciones que van desgranando Max Graf y Freud son *realmente* patógenas?

Pero además, ¿no habría podido «simbolizar» el caballo aún muchas más cosas si las sesiones de análisis (yo diría: de sugestión) hubiesen continuado? El examen de diversos mitos lleva a G. Durand a concluir que el caballo representa en general «el horror ante la huida del tiempo simbolizada por el cambio y por el ruido» (1969:78). Resulta sorprendente que a los psicoanalistas no se les haya ocurrido poner en proximidad a ese «horror ante la huida del tiempo» con la palabra

«Grab» («tumba»), que se parece mucho al patronímico de Hans (*Graf*)...

4.º Freud sugiere que la causa esencial del miedo de Hans es el complejo de Edipo. ¿Por qué a partir de ahí no ha desaparecido la fobia, una vez que el Profesor le ha revelado ese misterio al niño y que el padre se lo ha estado repitiendo obstinadamente en el curso de los siguientes días? ¿Por qué se habrá de hacer manifiesta aún durante los dos meses que siguen a la consulta?

La psicología científica nos permite enunciar con una cierta seguridad las proposiciones siguientes:

1. Los miedos más corrientes entre los niños que tienen entre 2 y 4 años son precisamente los miedos a los animales. Antes de los 2 años, menos de un 10 % de los niños presentan tal clase de miedos, pero a los 4 años, casi un 20 % los experimentan. A partir de 5 años esos miedos disminuyen progresivamente (cf. J. A. Gray, 1971:17, y Marks, 1977: 179). No hay que sorprenderse pues más de la cuenta por un miedo a los caballos en un niño de 4 años y 9 meses.

2. El miedo a los caballos sobreviene también entre los adultos, pues se trata de animales poderosos y que a veces son indóciles y violentos. A causa de la correlación observada regularmente entre las fobias de los niños y de los padres (cf. Marks), hubiese sido interesante conocer el sentimiento de la madre de Hans en relación con la conquista más noble del hombre.

3. La fobia de Hans fue «preparada» por la advertencia precavida que oyó dirigida a su amiguita: «No le des los deditos al caballo, por que te morderá» (p. 265). Hay aquí una «sensibilización» sobre la cual vendrá luego a injertarse una experiencia traumática.

4. El acontecimiento principal es, *en opinión del propio niño y de la madre*, la aparatosa caída de un caballo que tiraba de un pesado coche. Esto es algo que viene a coincidir con las ya viejas observaciones de Watson, según las cuales la pérdida de equilibrio y un ruido violento son dos estímulos de los que desencadenan en el niño una reacción innata de miedo.

Observamos en Hans, al igual que lo hacíamos con Albert, un gradiente de ansiedad. Hans dice que tiene más miedo que nada de los caballos de ómnibus, y que los caballos de los coches de mudanzas le dan menos miedo; y no tiene miedo de los caballos que tiran de coches pequeños (p. 254s). A medida que los estímulos se parecen menos al estímulo traumático van dándole menos miedo.

Presencia de su propia teoría, Freud no ve en la escena de la caída más que un «acontecimiento sin importancia», «sin ninguna fuerza traumatizante» (p. 368). En su opinión la neurosis ya estaba ahí, y la libido transformada en angustia no esperaba sino un objeto para fijarse (p. 357).

Cuando en 1926, en *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud volvió a relatar su famoso caso a lo largo de una docena de páginas, no señaló entonces ni siquiera el aspecto traumático de la caída y remitió todos los síntomas a los complejos de Edipo y de castración. Y entonces añadía una segunda explicación, que habría de divertir no poco a los gene-

tistas: el miedo a los caballos ¡se explica también por una reactivación de los rasgos innatos de la mentalidad totémica!

Ni que decir tiene que los loros que repiten *ad nauseam* este caso eligen la misma versión. Así por ejemplo, entre tantos otros, Jacques Sédar (1979), cuando expone las tesis del psicoanálisis a la luz de este eminente ejemplo, no evoca más que un «desplazamiento del complejo de Edipo» y pasa por alto la escena que había asustado al pequeño Hans.

5. Podemos añadir que la fobia de Hans fue reforzada sin duda por la atención del padre que iba anotando todo lo que iba diciendo el niño para mandárselo al Profesor. Esta manera de hacerse el interesante no es la «causa» de la fobia, pero sí que contribuye a su mantenimiento o a su desarrollo,

6. ¿«Curaron» las interpretaciones freudianas a Hans? En Opinión del propio Freud la relación que hay entre el miedo y las «explicaciones» analíticas no es evidente. Así por ejemplo, después de la consulta en el transcurso de la cual Hans oyó cómo se le decía que era víctima de un complejo de Edipo, no observamos sino una mejoría pasajera, preludio de una agravación. Algunas semanas más tarde, «el análisis hace pocos progresos» y «la situación es francamente oscura», pero Hans tenía aún menos miedo (p. 289)...

Al término de una revisión de algunos estudios objetivos realizados recientemente, Marks observa: «Las fobias infantiles aparecen y desaparecen a menudo sin razones aparentes; al igual que lo hacen la mayoría de las emociones infantiles, fluctúan y pueden ser más intensas que las de los adultos» (1977:182. El subrayado es mío). Los azares de los encuentros hacen que unas situaciones ansiógenas adquieran nuevas significaciones, sobre todo cuando los miedos no son demasiado intensos.

Hans estaba confrontado *cotidianamente* con el estímulo fobógeno, pues vivía enfrente de un depósito de mercancías por el que circulaban sin cesar los coches de caballos, y eso sucedía sin que se produjesen consecuencias realmente nefastas. Por consiguiente el condicionamiento desafortunado acabó «extinguiéndose», tal como sucedía también en el caso del pequeño Peter. La desensibilización fue simplemente más lenta en producirse que en el caso del paciente de Mary Jones, puesto que el proceso no era sostenido de manera metódica.

7. Es muy posible que Hans hubiese presentado, sin relación con su fobia, otras dificultades de orden afectivo. En efecto, ¿su madre no había tenido que hacerse psicoanalizar?, ¿no era su padre un adepto del freudismo? También es probable que Hans hubiese experimentado algún tipo de celos, más «sentimentales» que «sexuales», cuando nació su hermana, etc. Pero en resumidas cuentas, y a pesar de esas dificultades afectivas, su fobia no tenía necesidad alguna de una explicación por medio de unos misteriosos conflictos intrapsíquicos. Su miedo no tenía nada de enigmático. Lo que condujo a Freud a la suposición de grandes dramas inconscientes fue su incapacidad de escuchar adecuadamente a su paciente. Cuando 14 años más tarde Hans visitó de nuevo a Freud,

le dijo que la lectura de su propio caso le apareció como una historia extraña, en la cual no se había reconocido. Freud vio en ello el resultado de una represión (XIII 432); pero una explicación más simple, y más plausible, es que esta «histeria de angustia» no era más que un miedo banal y que una vez más Freud había producido una montaña de especulaciones a partir de un dédalo de hechos, del tamaño de una topera.

9. EL PEQUEÑO FRITZ

Para no limitarnos a casos de Freud, acabaremos con una ilustración de la más famosa entre las analistas de niños: Melanie Klein (1882-1960).

El psicoanalista inglés D. Winnicott nos asegura que «Melanie Klein tenía una manera de volver muy real la realidad psíquica interior» (1970:143). R. Jaccard, el comentador de los libros de psicoanálisis en el periódico *Le Monde*, escribe en su tesis doctoral: «Es con razón, pensamos, como se ha podido llegar a designar a Melanie Klein como la mayor figura del psicoanálisis después de Freud» (1971:9).

Dice también Jaccard: «Melanie Klein siempre le prestó su atención a lo concreto; basta con leer la observación del pequeño Fritz entre tantas otras para convencerse de ello» (p. 11). Leamos pues este ejemplo que un cronista muy enterado de las publicaciones *up-to-date* califica de convincente.

En sus *Es sais de psychanalyse (Contributions to Psycho-Analysis)*, en castellano *Contribuciones al psicoanálisis*, reeditados en 1976 en las ediciones Payot, en su «Bibliothèque scientifique» (subráyese el adjetivo «científica»), Klein se refiere con frecuencia al caso de Fritz. No se trata de un paciente sino de un niño de su familia que vivía muy cerca de su casa, del cual dice: «Fritz es un niño sano y vigoroso; su desarrollo psíquico es normal, pero lento» (p. 30).

Si bien Fritz, un niño *normal* de 5 años, se caracterizaba por una cierta lentitud, no obstante pareció haber comprendido muy rápidamente que cualquier cosa podía *acoplarse* (nunca mejor dicho) con el coito: deslizarse en la cama, correr en patinete, subir en el ascensor o simplemente caminar por la calle. Veamos algunos de los ejemplos que proporciona M. Klein, que son muy abundantes y todos de la misma índole:

«Las medallas, así como las felicitaciones, y también como su boletín de notas, tenían para él la significación del pene, de la potencia sexual, que la madre castradora (así le aparecía su maestra en la escuela) le daba» (p. 95).

«Resultó que en la fantasía en la que llenaba el depósito de gasolina de una motocicleta, grande o pequeña, la gasolina representaba "el agua del pipí", o el esperma, que él creía necesario para realizar el coito." La destreza en el «precoz»... Podemos deducir de ello que Fritz era o había de ser un evacuador

manejo de una motocicleta, y las numerosas vueltas y giros que daba cuando la montaba, representaba la habilidad en el coito» (p. 126).

«Su antipatía para con los árboles, que durante un cierto tiempo tomó la forma de un miedo al bosque, venía en parte de un fantasma: temía que un árbol cortado cayese sobre él. El árbol representaba el gran pene de su padre que él quería cortar, y al que por consiguiente temía» (p. 129).

«Asociaba con el hecho de estar sucio de tinta, el aceite y la leche condensada, líquidos que, tal y como lo mostraba su análisis, representaban para él el esperma. Lo que imaginaba en el pene de la madre así como en el del padre era una mezcla de heces y de esperma» (p. 130).

«El placer que experimentaba primitivamente en caminar por las carreteras correspondía a su deseo del coito con la madre y no podía pues realizar su obra mientras la angustia de castración no estaba desanudada» (p. 131).

«Para él, la palabra pronunciada era idéntica a la palabra escrita. La palabra representaba al pene o al niño, mientras que el movimiento de la lengua y de la pluma representaba el coito» (p. 135).

Melanie Klein reconoce que «puesto que la madre sigue todas mis recomendaciones, puedo ejercer una gran influencia sobre la educación de su hijo» (p. 30). ¡Nos lo figurábamos!

Claro está que esta misma *Weltanschauung* la encontramos en los demás pacientes o alumnos (habría que decir: víctimas) de Melanie Klein. Así por ejemplo Grete, que tenía nueve años, consideraba la palabra y el canto como una actividad masculina y el movimiento de la lengua como el del pene (...). La coma y el punto, así como las pausas que les correspondían en la palabra, significaban que se había «subido y vuelto a bajar» una vez, y que se volvía a empezar. Una palabra sola representaba al pene, y una frase el empuje del pene en el coito, así como el coito en su conjunto» (p. 136).

Melanie Klein concluye a partir de ahí, sin ningún temor a generalizar: «La palabra y el placer del movimiento están siempre catectizados libidinalmente; esta catexis tiene el carácter de un simbolismo genital, se efectúa gracias a las identificaciones infantiles del pene con el pie, con la mano, con la lengua, con la cabeza y con el cuerpo, desde donde pasa a las actividades de esas diversas partes del cuerpo, dándole así a esas actividades la significación del coito» (p. 139). A menos que uno esté completamente contaminado por el virus psicoanalítico, todo comentario resulta superfluo...

ALGUNOS EXPERIMENTOS DE PSICOLOGÍA

Lo que más le falta quizá al espíritu precientífico es una doctrina de los errores experimentales.

G. BACHEURB, 1947:218.

El examen crítico de las ilusiones que el método freudiano engendra requiere unos conocimientos científicos relativos a los elementos que están en juego en las interacciones humanas, y más especialmente en las relaciones de un experto con su sujeto a estudiar, ya sea para criarlo, para interrogarlo, o para tenerlo como paciente o «analizado». Si los comparamos con los desarrollos que requeriría un análisis detallado de esta cuestión, mi intermedio de unas pocas páginas habrá de parecer bien somero. Pero algunas indicaciones bibliográficas le permitirán al lector que se haya quedado con apetito la profundización de las cuestiones que aquí serán consideradas a vuelo de pájaro.¹

1. KLUGE HANS²

El lector del *Müitarwochenblatt* del 28 de junio de 1902 podía leer el anuncio siguiente: «Quisiera vender mi caballo, que es dócil y hermoso, de 7 años, y con el cual hago unos experimentos que demuestran las capacidades mentales de los caballos. Distingue 10 colores, lee, conoce las 4 operaciones básicas de la aritmética y muchas otras cosas. Von Osten, Berlín Griebenowstrasse 10». La expresión «muchas otras cosas» se refería al hecho de que el caballo deletreaba palabras, leía y resolvía problemas de armonía.

Ese caballo se llamaba Hans y merecía, a causa de sus aptitudes, el sobrenombre de *Kluge Hans*. Su amo, Wilhelm von Osten, era un pro-Cf. por ejemplo A. G. Miller (ed.) (1972) *The social psychology of psychological research* (La psicología social de la investigación psicológica), Free Press, 454 p. — T. X. Barber (1976), *Pitfalls in Human Research* (Escollos en la investigación humana), Pergamon Press, 117 p. — I. Silverman (1977) *The human subject in the psychological laboratory* (El sujeto humano en el laboratorio psicológico), Pergamon Press, 151 p.

2. Existen numerosos informes sobre el caso de *Kluge Hans*. Me he inspirado especialmente en el de Linschoten, 1964:9Ss.

fesor de matemáticas, y no quería vender el animal, sino tan sólo pretendía con su anuncio llamar la atención sobre su caballo, con el fin de demostrar que los animales tienen capacidades de razonamiento. Su primer anuncio fue considerado como una broma y no dio ningún resultado. Un segundo anuncio atrajo a varios curiosos, entre los cuales había un general de estado mayor que era muy aficionado a los caballos y que había de convertirse en uno de sus más fervientes partidarios.

Al cabo de muy poco tiempo había llegado a ser de buen tono asistir a una de las lecciones de Hans. La reputación del animal se extendió más allá de las fronteras; y no ya sólo los aficionados a los caballos, sino también sabios, e incluso un ministro se interesaron por el fenómeno y quisieron verlo de cerca. Surgieron inmediatamente vivas discusiones entre los partidarios de la inteligencia animal y los que consideraban que se trataba de una superchería.

El Ministerio prusiano de Cultura constituyó una Comisión científica, compuesta por el Director del Instituto de Psicología de la Universidad de Berlín, el Profesor Doctor Cari Stumpf y dos de sus asistentes: E. von Hornbostel y Oskar Pfungst. Tres psicólogos, y no de los menos importantes, y todo eso por un caballo... ¡pero qué caballo!

Von Osten no sacaba ningún provecho de los talentos de su animal, ni parecía que de ningún modo intentase hacer fraude. Juraba que no le daba ningún indicio a su caballo y permitía que cualquiera le hiciese preguntas a su animal y lo sometiese a pruebas en su ausencia.

Señalaremos que por el hecho de que Hans no sabía hablar, respondía a las preguntas que se le hacían golpeando el suelo con su pezuña.

Así por ejemplo: se le presentaba al caballo un vagoncito atado a una cuerda y una pizarra en la que se encontraba escrito, en líneas sucesivas: 1. Hombre. 2. Cuerda. 3. Vagón. (Se trata por tanto de un *múltiple choice test*), tipo de examen que desorienta a un buen número de estudiantes.) Von Osten le preguntaba a Hans: «¿Qué es lo que se mueve?» Hans daba 3 golpes. «¿Qué hace mover al vagón?» Respuesta: 1. «¿Qué hay que coger para hacer mover el vagón?» Respuesta: 2. De modo que Hans sabía qué era el movimiento. ¡Desarrollaba conceptos! El hombre había dejado de ser el único «zoon logikon», el único animal razonable.

Los psicólogos sin embargo seguían permaneciendo escépticos. Constataron en primer lugar que Hans perdía su inteligencia cuando aquel que le hacía la pregunta no conocía la respuesta a la pregunta que hacía. Luego uno de los psicólogos tuvo la idea de ponerle unas anteojeras al animal y de ponerse fuera de su vista. Entonces Hans ya no le respondió. Este psicólogo emitió entonces la hipótesis de que el animal reaccionaba a los sutiles movimientos de la persona que le preguntaba. Luego inclinó la cabeza adelante, y Hans se puso a golpear aun cuando no se le había hecho ninguna pregunta; cuando levantó de nuevo la cabeza, Hans se detuvo. Prosiguiendo así sus experimentos, acabó por darse cuenta de que un simple arqueado de las cejas o la dilatación de los cornetes de la nariz bastaban para que el animal se detuviese.

«¿Cuántas hacen dos más tres?» **El que preguntaba miraba espon-táneamente** —sin pensar en sus propios movimientos— **la pata del caballo...** y Hans golpeaba el suelo. **Uno, dos, tres, cuatro, cinco...** y **el que había preguntado** levantaba **la cabeza, manifestando con su actitud** la satisfacción de constatar, una vez más, **una respuesta exacta; el caballo** paraba de golpear y recibía **una zanahoria o un trozo de pan.** Así de fácil es que un caballo se **comporte como un ser dotado de razón** cuando el experimentador le proporciona los **estímulos y los refuerzos ad hoc.** Por supuesto, si Von Osten hubiese estado convencido de que Kluge Hans sufría de un complejo de Edipo, es seguro **que** el animal hubiese opinado agitando su pezuña...

Cuando el que preguntaba se inclinaba un poco más **hacia adelante, el** caballo golpeaba más aprisa. Esto se añadía a la reputación de inteligencia de Hans, pues de este modo, cuando la respuesta **correcta había de** ser dada con un número grande de golpes, Hans golpeaba **muy** deprisa, hasta que se acercaba a la respuesta correcta, **y luego lo hacía** más despacio. Se descubrió que los examinadores, *sin darse cuenta*, se inclinaban un poco hacia adelante cuando la respuesta había de ser obtenida mediante un gran número de golpes y que **se erguían progresivamente** cuando el caballo se acercaba a la respuesta correcta.

Al término de la encuesta, el profesor Stumpf **podía declarar, en** la Universidad de Berlín, que no se hacía ya preciso suponer la capacidad de razonar de manera abstracta para explicar las reacciones **del** caballo. Subrayaba en cambio su sorprendente capacidad **para** reaccionar a comunicaciones casi imperceptibles. En resumen: el ministro de Educación Nacional no tuvo que elaborar leyes especiales **sobre la** enseñanza de los caballos; los estudiantes progresistas no pudieron reivindicar una «hippocratización» de los estudios; no se oyó relinchar en los auditorios. Sólo los estudiantes daban golpes en el suelo **con** el pie...

El *Berliner Morgenpost* del 13 de agosto de 1904 escribía: «Este caballo que piensa dará aún mucho que pensar a los hombres de ciencia». En efecto, hoy este caballo nos permite hacernos comprender por ejemplo que los psicoanalistas son como unos Von Osten inconscientes y que el pequeño Hans de Freud, que tenía miedo a los caballos, hizo el papel de Hans, el caballo sagaz... Kleine Hans y Kluge Hans respondieron a las preguntas que se les hacía. Los que hacían las preguntas creían que todo sucedía en la cabeza de' aquel a quien se preguntaba, cuando eran ellos, los que preguntaban, los que, sin saberlo, **tiraban** de los hilos. La dificultad que había para explicar los talentos **de Kluge** Hans provenía de que se había ido a «buscar del lado del caballo lo que hubiera habido que buscar en su presentador» (Pfungst), **o que** se había «buscado en el estuario lo que estaba en la fuente» (Sebeok). El caso de Kluge Hans demuestra en primer lugar que **el comportamiento del sujeto está intrínsecamente vinculado a aquel que le examina; y en** segundo lugar, **que unas influencias ejercidas por el investigador pueden permanecer fuera del conocimiento del examinado, pero también de aquel que pregunta y sugiere.**

Los epistemólogos modernos conocen generalmente lo que los anglosajones llaman la «*Clever Hans Fallacy*»; pero ello no obsta para que un número considerable de observadores se dejen atrapar. En 1975 encontramos aún a un autor que redacta un capítulo sobre «la telepatía en el lenguaje de los caballos». Ese ingenuo escribe: «Me di cuenta de que podía comunicarle mis órdenes al animal directamente por medio del pensamiento; me bastaba con imaginar el camino que tenía que seguir para hacerlo girar a la derecha, luego a la izquierda, o seguir derecho, según lo que quisiera hacerle hacer. Era la primera vez que tomaba claramente consciencia de una experiencia telepática con un caballo» (cit. in Sebeok, p. 120). Y en una buena cantidad de terrenos, distintos de éste, «la ilusión del Kluge Hans» sigue mistificando a «expertos», que han sido preguntados, o analizados...

2. A PARTIR DEL MOMENTO QUE SE ENCUENTRA UN SENTIDO...

Nos quedan por evocar situaciones que pongan en evidencia unos condicionamientos no percibidos o mal interpretados, y eso tanto por parte de los que los sufren como por parte de los que los provocan. Veremos para empezar investigaciones en las que un sujeto de la experiencia es víctima de ilusiones; luego otras investigaciones en las que el propio investigador es quien cae en la trampa.

Martin Orne (in Lemaire, p. 283s) estudió en qué medida el ser humano acepta llevar a cabo tareas aburridas y absurdas. En una de las experiencias, los sujetos son invitados a hacer sumas. Reciben un paquete de 2.000 hojas que contiene cada una de ellas 224 sumas de dos cifras. En cuanto se ponen manos a la obra, el experimentador les dice: «Seguid trabajando, volveré luego». Resultado: al cabo de cinco horas y media, el experimentador, compadecido de los sujetos, interrumpe la experiencia. Al preguntárseles luego por las razones que tenían de proseguir con una tarea absurda, los sujetos le atribuyen todos ellos a esa tarea una significación importante, como por ejemplo la de que constituía un test de resistencia.

Jung tiene pues toda la razón en escribir: «¿? *hombre puede realizar cosas sorprendentes si para él tienen algún sentido*» (1958:157). Podríamos añadir: así es como unas personas que sufren de trastornos psíquicos pueden seguir durante diez años o más realizando un tratamiento ineficaz, si ya no perjudicial, siempre que una autoridad les haga creer que ése es el único camino que puede salvarlas...

3. EXPERIMENTOS DE S. MILGRAM

El pensamiento precientífico generaliza de manera apresurada observaciones encontradas al azar, y que resultan pintorescas. El científico en cambio pone a prueba, de manera sistemática y cuantitativa, unas *hipótesis precisas*, procedimiento este que requiere a menudo más inteligencia e imaginación que las especulaciones del «clínico»...

Stanley Milgram logró «miniaturizar» una situación social ejemplarmente reveladora del poder que un individuo tiene sobre otro. No voy aquí sino recordar muy brevemente sus experiencias, que forman parte ahora ya de cualquier curso de psicología social, y permitirme recomendar su obra (1974) al lector que permanezca escéptico después de mi resumen excesivamente breve.

Milgram reunió por medio de los pequeños anuncios una muestra representativa de adultos americanos. La invitación hablaba de una experiencia sobre la memoria, que había de tener lugar en la Universidad de Yale, de una hora de duración y que sería remunerada con cuatro dólares. Cada sujeto que se presentaba era invitado a desempeñar el papel de monitor. Un individuo, en connivencia con el experimentador, desempeñaba el papel de un alumno que debía memorizar pares de palabras. Cada vez que el alumno se equivocaba, el «monitor» era requerido por el experimentador para que le infligiera descargas eléctricas de intensidad creciente, de 15 a 450 voltios. El alumno cómplice, que estaba en una habitación contigua, de hecho no recibía descarga alguna, pero el sujeto monitor no por ello dejaba de creer en la realidad de la escena. La cuestión consistía en precisar el momento en que la sumisión dejaría lugar a la desobediencia al experimentador.

A partir de 65 voltios el cómplice gemía, luego manifestaba cada vez más vivamente su dolor; a partir de 270 voltios, emitía gritos de agonía. El monitor abandonaba rápidamente la tarea, y entonces el experimentador, haciendo uso de su poder «moral», afirmaba de diversas maneras que «la experiencia debía continuar», que él tomaba a su cargo toda la responsabilidad y que las descargas no podían ocasionar lesiones permanentes. Milgram escribe: «Todos los testigos están de acuerdo en decir que es imposible restituir por escrito el carácter desgarrador de la experiencia. Para el sujeto la situación no es en absoluto un juego, sino un conflicto intenso y bien real» (p. 20).

Interrogados los psiquiatras acerca de las probables reacciones de los sujetos, declaran que muchos habrán de negarse a la experiencia y que sólo uno o dos individuos de cada mil llegarán al final. Los resultados efectivos demuestran que *los hechos reales pueden diferir con mucho de los hechos presumidos*. En efecto, en el curso de las experiencias realizadas con varios centenares de sujetos, nadie se negó a comenzar la experiencia, y un 63 % de los individuos acabaron administrando hasta 450 voltios. Que los sujetos participasen de mala gana y que experimentasen fuertes tensiones psíquicas es una cuestión totalmente distinta. En resumidas cuentas, *la obediencia del hombre de la calle a un experto es un fenómeno masivo e inquietante*. El examen «cuantitativo» de ese problema rompe de manera contundente los prejuicios que se puedan tener acerca de la autonomía del ser humano.

Con el fin de comprender mejor el comportamiento de sumisión a una autoridad, Milgram realizó una veintena de variantes que le permitieron evaluar el impacto de diferentes factores: sexo de los sujetos, grado de proximidad con la víctima, etc. Nos limitamos aquí a dos variantes que ilustran muy bien nuestra problemática.

En una de las situaciones, un individuo ordinario daba las órdenes. Para poder llegar a una escenografía así, el cómplice del experimentador ponía como condición para participar en la experiencia como alumno que fuese primero el experimentador quien desempeñase ese papel. Al llegar a los 150 voltios, el experimentador solicitaba ser liberado, mientras que el cómplice insistía cerca del «monitor» (el sujeto que participaba ingenuamente) para que éste siguiese con la experiencia. Todos los sujetos detenían la experiencia y muchos corrían en auxilio del experimentador.

En otra de las variantes, el sujeto ingenuo llegaba al laboratorio al mismo tiempo que tres cómplices del experimentador. Por medio de un sorteo truco, el sujeto debía administrar las descargas, uno de los cómplices ocupaba el lugar del alumno, mientras que los otros dos cómplices leían o verificaban las palabras que el alumno debía memorizar. Al llegar a 150 voltios, uno de los comparsas se negaba a seguir; el otro se retiraba a los 210 voltios. Casi todos los sujetos que participaban ingenuamente detenían la experiencia en ese momento. Recordemos que en la experiencia tipo descrita más arriba la media del máximo de voltajes era de 360 voltios.

En el curso de las entrevistas que siguieron a esas dos variantes del experimento, todos los sujetos que se negaron a continuar invocaron motivos «bellos», como que no se puede hacer sufrir a un ser humano, o que esta experiencia es de muy mal gusto, etc. En la primera variante, *ningún sujeto reconocía que si detuvo la experiencia fue porque la víctima era la autoridad*; la comparación con la situación estándar demuestra sin embargo que ése era el factor más importante. En la segunda variante, *ningún sujeto declaró que había detenido el experimento porque sus dos «colaboradores» hablan desobedecido*, cuando la comparación con las otras variantes —y en especial con la situación estándar— evidencia con toda claridad que el ejemplo de la rebelión es el factor decisivo. Esas experiencias demuestran muy bien que *los seres humanos pueden hacerse ilusiones acerca de los factores que les hacen actuar*.

Hemos llegado así a una conclusión que parece coincidir con lo que dice la teoría psicoanalítica; pero sería demasiado apresurado sacar conclusiones rápidas. Milgram se distingue de Freud no solamente por el recurso que hace a una experimentación cuidadosa, sino también por la evaluación que hace de los factores que están en juego. Mientras que el psicoanalista tiende a poner en relación cualquier conducta con unas realidades interiores reprimidas y que están en relación con un pasado lejano, el psicólogo pone en evidencia la subestimación del peso del entorno presente. El individuo que es invitado a desempeñar un nuevo papel percibe, piensa, habla y actúa en función de la situación nueva; en cambio, lo que *dice* en el diván no se corresponde necesariamente a lo que *haría* durante las vacaciones, en tiempos de guerra, o simplemente en el medio donde tiene su trabajo habitual.

Toda la psicología moderna demuestra que sólo una concepción «interaccionista» permite dar cuenta de los comportamientos, sean de la naturaleza que sean.

4. LA NEBULOSA INTERIOR

En su obra sobre *La Découverte de soi* {El descubrimiento de sí mismo), G. Gusdorf desarrolla extensamente la idea de que *«la nebulosa, interior es lo bastante plástica como para modelarse a la medida de aquel que emprende la tarea de formarla»* (1948:15). La psicología científica ha confirmado ampliamente esta lección del eminente filósofo y no duda en añadir que los «descubrimientos» de los pacientes en análisis son en una larga medida el resultado de la «programación» psicoanalítica. Antes de examinar con detalle este último punto, conviene recordar aún algunos otros experimentos.

a) Por medio de una serie de experimentos impresionantes, S.

Schachter³ demostró que *la significación que les atribuimos a nuestros estados fisiológicos está en parte determinada por nuestra situación global*. Un mismo proceso corporal (por ejemplo, una activación del sistema ortosimpático provocada por una inyección de epinefrina) es vivido como agradable o desagradable según cuáles sean los abares del contexto exterior, y suscita unas veces irritación y otras euforia. Unos sujetos que fuman marihuana por primera vez pueden encontrar agradables o desagradables las mismas sensaciones físicas, según sea el entorno amigable u hostil.

Una persona que sufre de perturbaciones somáticas mal identificadas (desarreglo del sistema vegetativo, depresión endógena, avitaminosis, etc.) puede estar alegando durante años unas razones de orden moral y social para explicar su abatimiento. El psicoanálisis le ofrece unos recursos inagotables para sus florituras interpretativas; la etiqueta psiquiátrica saldrá luego como fiadora de su bloqueo mental.

b) *Las ilusiones relativas a los rasgos psíquicos y a las motivaciones supuestamente profundas* son acaso aún más fáciles que las equivocaciones que podemos tener acerca de los estados fisiológicos.

Hay numerosas experiencias (cit. in Kouwer, p. 370s) que demuestran que la gente acepta fácilmente una serie de rasgos de carácter como algo que les especifica. Veamos un ejemplo. El psicólogo italiano G. Kanizsa mandó un informe sobre su personalidad a 25 personas que habían sufrido un examen psicológico, y que además no se conocían entre sí. Todos los informes eran idénticos: «Su personalidad se caracteriza por una intensidad notable de su vida afectiva, lo que implica fuertes preferencias y aversiones. Las más de las veces, sus simpatías y antipatías se desarrollan rápidamente, instintivamente» y así siguiendo, a lo largo de varias páginas. Pues bien, casi todos los sujetos se reconocían en estos estereotipos.

A un grupo de otras 23 personas, Kanizsa les mandó un informe cuyas proposiciones eran totalmente en sentido contrario al de las del primero. Empezaba así: «Su personalidad se caracteriza por un equilibrio notable de la vida afectiva, lo que previene las preferencias y las aversiones demasiado exageradas. Sus simpatías y antipatías están generalmente justificadas», etc. Pues bien, en este caso sólo dos personas discutieron la adecuación de su retrato...

Podríamos explicar estos resultados por el hecho de que los rasgos que nos califican sólo aparecen en función de otros individuos. Sólo por comparación con otras personas somos «introvertidos» o «generosos». Y por otra parte, los supuestos rasgos de la personalidad varían en gran medida según sea el tipo de situación. La reflexión de La Rochefoucauld según la cual «uno es a veces tan diferente de sí mismo

3. Sus primeras experiencias importantes fueron publicadas en 1959. Una visión de conjunto la encontramos en *Emotion, Obesity and Crime* (Emoción, obesidad y crimen), Nueva York, Academic Press, 1971.

como de los demás» ha sido confirmada del todo por la investigación científica.⁴

Sea cual fuere el tipo de explicación que se les dé a los errores de interpretación de nuestros estados corporales y mentales, fuerza será admitir que *la plasticidad de la «nebulosa interior» es una trampa tendida al psicólogo y a su cliente, y que es una ganga para el charlatán.*

5. LA MAGIA DEL «MHM»

Un buen número de psicoterapeutas creen que las palabras de los pacientes son reflejo de su vida interior. En particular los psicoanalistas y ciertos terapeutas «no directivos» se imaginan que ellos no son más que un «fermento catártico» (Ferenczi). Y en realidad, las entrevistas están muy lejos de ser situaciones objetivas.

Ya a finales de los años 30 Skinner intentaba probar que la palabra (o «comportamiento verbal») es una conducta sometida a las leyes del aprendizaje. Adoptando el modelo del condicionamiento operante, Greenspoon (1951) establecía luego que si un oyente va murmurando débiles farfúlleos, ello actúa sobre la elección de palabras del hablante. El experimentador le pedía al sujeto que enunciase durante 50 minutos todas las palabras que le pasasen por la cabeza, evitando formar frases. Cada vez que el sujeto pronunciaba una palabra en plural, Greenspoon emitía un ligero «mm-hmm»; y cuando la palabra estaba en singular, «huh-uh». Con otro grupo de sujetos, Greenspoon hacía lo contrario, emitiendo el sonido «mm-hmm» después de los términos en singular, etc. Un recuento de términos demostraba que el «mm-hmm» aumentaba la frecuencia de las palabras, mientras que el «huh-uh» la hacía bajar. Antes incluso de que fuesen publicadas, las experiencias de Greenspoon eran citadas por Dollard y Miller (1950) en apoyo de la tesis de que los refuerzos mal identificados se producen en toda psicoterapia, y en particular en la cura analítica.

Estas primeras indicaciones dieron origen a un número impresionante de experiencias según el esquema siguiente: cada vez que el sujeto utiliza ciertos tipos de palabras o evoca unos términos determinados, el psicólogo, siguiendo un plan establecido previamente y sin que el sujeto lo pueda conocer, proporciona de manera discreta un «reforzamiento», como por ejemplo, una expresión facial o un ligero cabeceo de aprobación, un «sí» pronunciado en tono neutro, o bien demanda un detalle, una repetición o una explicación, a veces sonríe ligeramente, o dice «mhm», «¿ah?», etc. El análisis del contenido de las grabaciones

4. Las investigaciones de Hartshorne y otros (1928/1930) mostraban ya que un niño puede ser «deshonesto» en la clase (hacer trampas, mentir) y «honesto» en casa (no robarles a sus padres, no mentirles). May un correlato elevado entre unos comportamientos situados en un marco idéntico, pero no entre unos comportamientos que se producen en contextos muy diferentes. Una de las mejores síntesis de los puntos de vista actuales sobre este problema es la de W. Mischel (1976).

demuestra que los reforzamientos en cuestión hacen aumentar sensiblemente las expresiones correspondientes, incluso si nos limitamos a los sujetos que no se han dado cuenta de la estratagema. En 1958, L. Krasner enumeraba 46 estudios, entre los cuales 34 daban resultados fuera de toda discusión. En otro artículo de síntesis publicado por el mismo autor unos años más tarde (1965), hablaba de «varios centenares de estudios, cada vez más complejos». Veamos aquí tres ejemplos a título de ilustración, elegidos entre los más sencillos.¹

Quay (1959) les pidió a unos estudiantes, que eran entrevistados uno por uno, que evocasen libremente recuerdos de su primera infancia. En algunos sujetos reforzaba con un ligero murmullo los recuerdos relativos a la familia; en los demás, los recuerdos que se referían a personas extrañas a la familia. Los resultados confirmaron plenamente la hipótesis,

J. M. Rogers (1960) demostró que juicios negativos referidos a uno mismo pueden ser condicionados en un paciente, sin que se dé cuenta, por medio de simples «mm-hm» y por movimientos con la cabeza.

Rickard y otros (1960) observaron que los delirios se exacerban o se atenúan según la atención que el entorno pone de manifiesto. A partir de esta investigación, así como de otras del mismo género, podemos deducir que *el personal psiquiátrico obstaculiza muchas veces los progresos del paciente, y ello tanto por su interés particular hacia las expresiones mórbidas como por una jaita de atención para con los comportamientos normales de los pacientes.*

Paralelamente a estos experimentos, algunos psicólogos analizaron grabaciones de sesiones de psicoterapia y probaron que *los terapeutas orientan sutilmente la evolución de lo que dicen los pacientes, incluso cuando aquéllos declaran ser no directivos, cuando hablan extremadamente poco y no son conscientes del impacto que ellos mismos producen.* Uno de los estudios que siguen siendo ejemplares en esta cuestión es el de Charles Truax (1966) sobre las entrevistas realizadas por Karl Rogers. Al hilo de las sesiones van apareciendo cada vez más a menudo los temas que el promotor de la terapia «centrada sobre el cliente» escucha manifestando de manera discreta su aprobación, su empatía o su «calor humano». Los pacientes de Rogers *aprenden* así a hablar de sí mismos, a distinguirse como personas de sus propios sentimientos, etc.

Los terapeutas comportamentalistas hacen hoy un uso *metódico* de refuerzos de este tipo. Se distinguen de los psicoterapeutas precientíficos por el uso meditado de un proceso **que** estos últimos dejan actuar *inconscientemente*. (Acaso el lector no psicólogo podrá sorprenderse de ver a un crítico de Freud hacer uso aquí del término de «inconsciente». Tal como lo veremos más tarde, el inconsciente del que se trata no tiene nada que ver con el Inconsciente postulado por Freud en los sótanos del psicoanálisis.)

5. Este tema, que ha llegado a ser una materia elemental en los cursos de psicología, es evocado en muchas obras de reciente aparición. Cf., por ejemplo Kanfer y Phillips, cap. 8.

6. ALGUNOS CONDICIONADORES INCONSCIENTES

En las experiencias de las que acabamos de hablar, el experto manipulaba hábilmente al sujeto; en las que siguen, lo condiciona en la misma medida, pero esta vez sin que él mismo se dé cuenta.

a) *El efecto Hawthorne*

El más famoso de los casos de un impacto producido por el investigador, pero ignorado por el mismo, es sin duda alguna la investigación psicosociológica llevada a cabo a partir de 1924 en una fábrica de aparatos eléctricos situada en Hawthorne, cerca de Chicago.

Los investigadores querían estudiar la influencia ejercida sobre el trabajo por el medio en el cual se desarrolla éste. Examinaron la incidencia de diversos parámetros (iluminación, sistemas de pausas y de retribuciones, etc.) sin darse cuenta de que estaban organizando un condicionamiento mucho más sutil. A lo largo de casi dos años un grupo de seis obreras fue estudiado bajo múltiples aspectos. Las condiciones de trabajo fueron mejoradas de manera sistemática y luego devueltas a la situación del punto de partida (iluminación imperfecta, ausencia de pausas, etc.). El alto rendimiento se mantuvo a pesar de la deterioración de las condiciones de trabajo.

Los investigadores explicaron este resultado inesperado por el impacto del grupo —las obreras se habían hecho amigas entretanto— y sobre todo por la consciencia que tenían de ser objeto de una atención especial. Esta interpretación había de ser confirmada por otras investigaciones. Hoy se designa como «efecto Hawthorne» a *la influencia, positiva o negativa, que resulta del sentimiento de estar participando en una investigación*. El lector habrá adivinado sin duda la importancia de este factor en todas las curas psicoanalíticas...

b) *Un contratiempo de Pavlov*

Por la formalización que dio de las primeras leyes del condicionamiento, Pavlov (1903) aparece como uno de los pioneros de la psicología científica. Casi al término de su gloriosa carrera, el Premio Nobel de Medicina no pudo sin embargo evitar desencaminarse por un penoso asunto de... condicionamientos. Recordemos brevemente esta conocida historia.⁶

Pavlov creía en la herencia de los caracteres adquiridos. Para demostrar esta concepción que estaba entonces en boga, en especial en la Unión Soviética, quería inculcar unas respuestas condicionadas a unos ratones, y luego enumerar los intentos que se requerían de una gene-

6. Me inspiro aquí en la presentación de Sebeok (1978).

ración a la otra para conseguir los mismos resultados. Le confió a uno de sus asistentes, llamado Studentsov (de nombre predestinado como veremos pero que sólo había de conocer esta hora de gloria en la historia de la ciencia), el cuidado de llevar a cabo una serie de experiencias sobre cinco generaciones de ratas. Al término de ellas el citado Studentsov presentó un informe en 1923 en el Congreso de Fisiología de Moscú, con los resultados de sus investigaciones, las cuales se resumían en una cascada impresionante de cifras (redondeadas por el propio Pavlov): 300, 100, 30, 10 y 5...

Algunos años más tarde, Pavlov abandonaba la explicación lamarckiana de los datos que se obtenían en su laboratorio. En el transcurso del Congreso Internacional de Fisiología que tuvo lugar el 1929 en Boston, el eminente sabio se retractó públicamente y explicó que «al verificar estas hipótesis se había llegado a demostrar que los progresos aparentes en la facultad de adquisición de ¡los reflejos, de una generación a la otra, en las ratas, eran debidos en realidad a un mejoramiento de los métodos de adiestramiento en el experimentador». Así se hundía una hipótesis sobre la herencia a la vez que lo hacía... la carrera científica del cuidadoso Studentsov.

Esta historia edificante plantea toda una serie de problemas apasionantes. Aprovechemos la ocasión para observar que el gran Pavlov, al igual que los admiradores de Kluge Hans, sólo habían mirado en la dirección de la desembocadura, sin remontar a las fuentes. Las ratas habían sido condicionadas por un asistente condicionado a su vez por una teoría falsa del condicionamiento...

El contratiempo de Pavlov se reproduce aún día tras día. *Por todas partes del mundo hallamos observadores —y entre ellos sin duda alguna los psicoanalistas— que se contentan con artefactos engendrados por su propia teoría.*

c) *El efecto Rosenthal: 1.ª parte*

El descubrimiento de Pavlov nos recuerda que el investigador es fácilmente inducido a error por sus propias expectativas y previsiones. Sucede con frecuencia que *el experto no se contenta con seleccionar aquello que confirma sus hipótesis, sino que además condiciona verdaderamente a su sujeto en el sentido de lo que espera que habrá de encontrar.*

En una obra que tiene como objeto la epistemología de las ciencias sociales, K. Popper escribe: «La idea de que una predicción pueda tener una influencia sobre el acontecimiento que es predicho tiene muchos años de existencia. Edipo, en la leyenda, mató a su padre, a quien no había visto jamás: ése fue el resultado directo de la profecía que había impulsado a su padre a abandonarlo. De modo que yo sugeriría el nombre de *efecto de Edipo* a la influencia de la predicción sobre el acontecimiento predicho (o de manera más general a la influencia de un elemento de información sobre la situación a la que se

refiere la información), tanto si esta influencia tiende a producir el efecto predicho como a impedirlo» (1956:10). Podemos observar que la expresión «*self-fulfilling prophecy*»*, propuesta por el sociólogo R. K. Merton, se ha difundido mucho más que la que propuso Popper para designar una profecía que provoca su propia realización.

Robert Rosenthal en los Estados Unidos realizó experiencias sistemáticas sobre este proceso entre 1960 y 1965. Vamos a recordar el esquema de esos experimentos.

1. Unos estudiantes de psicología, a los cuales se les informó de que existían castas de ratones hábiles y castas de ratones torpes, eran invitados a hacer prácticas de condicionamiento con esta clase de roedores. De hecho los estudiantes recibían ratones del mismo nivel, pero Rosenthal convenció a algunos de sus alumnos de que sus ratones eran brillantes, mientras que a los demás los persuadió de que sus animales eran faltos de inteligencia. Tras algunas horas de experimentos, los cobayas que habían sido calificados de «hábiles» aparecieron realmente como los mejores, mientras que los supuestamente estúpidos se mostraban como torpes. Una de las explicaciones plausibles es que los estudiantes que manipularon a los ratones «inteligentes» eran más pacientes y más «reforzadores» que sus colegas del otro grupo.

2. Se puede observar el mismo proceso cuando los «cobayas» son los mismos alumnos. Rosenthal convenció a unos maestros de que un test había revelado que cierto número de sus alumnos —que estaban en realidad elegidos al azar— se iban despejando intelectualmente cada vez más. Se les llamó los «marchosos». Después de algunos meses, el grupo de los alumnos en cuestión había progresado más que los otros. Por ejemplo, la evolución de los resultados obtenidos en tests de razonamiento aumentó más entre los «elegidos» que entre los otros. Rosenthal habló de un «efecto Pigmalión»; los psicólogos hablan hoy de «efecto Rosenthal».

Las investigaciones de Rosenthal tienen mucho mérito: son ingeniosas, los resultados son espectaculares, y tienen unas implicaciones sociales concretas. Además conocieron un considerable éxito, en particular, en los medios extracientíficos. No obstante, en la República de las ciencias un investigador sólo obtiene su consagración hasta que sus trabajos son confirmados por unas experiencias repetidas y por contrapruebas. No podemos por tanto quedarnos con algunas docenas de ratas y de alumnos de Rosenthal. En especial debemos preguntarnos si ese investigador no habría podido escapar él mismo al proceso que pone en evidencia, y si él no podía haber sido víctima de la **self-expecting fallacy*, o la ilusión de ser la excepción.

d) El efecto Rosenthal: 2.^a parte

Entre los años 1969 y 1973 se realizaron en los Estados Unidos al menos una decena de experiencias análogas a la que Rosenthal hizo con

sus alumnos.⁷ Hubo una serie de investigadores que no registraron en absoluto el efecto Pigmalión. Además, entre aquellos que sí lo obtenían, ninguno obtenía resultados tan espectaculares como los de Rosenthal... ¿Había habido fraude? ¿Por parte de quién? ¿Del eminente profesor de Harvard? ¿Por parte de asistentes demasiado afanosos, del estilo de Studentsov? ¿De los investigadores que reprodujeron la experiencia? ¿Se habían retocado los datos estadísticos? Una explicación plausible de la disparidad de las observaciones residía en... la «*self-fulfilling prophecy*»: las investigaciones de Rosenthal no eran una excepción para el «efecto edípico» de la predicción; y el pionero de la investigación experimental sobre el efecto de las anticipaciones fue víctima de sus anticipaciones. Rosenthal cayó en la trampa Rosenthal...*

¿Cuál es la moraleja de esta historia? Para empezar la que Rosenthal mismo propone: «La conclusión más irresistible y más general de nuestros estudios es quizá la de que los seres humanos son capaces de comunicar muy eficazmente con el prójimo y de influenciarlo y ello sin programa previo y sin intención» (in Len.aire, p. 308). Habremos de anotar luego otra lección: si unos expertos particularmente calificados, y a pesar de las precauciones metodológicas estrictas, llegan a dejarse engañar, podemos entonces esperar la obtención de una multitud de ilusiones entre los clínicos que confían en su «*feelkig*» y en sus teorías.

Se han hecho muchas exageraciones sobre el efecto Rosenthal, pero no parece ser de ningún modo un simple mito.* La historia que viene a continuación es uno de sus ejemplos «clínicos» que se cuentan entre los más memorables.

e) «El maestro de los neurólogos»

En 1893, en su necrología del Doctor Charcot, Freud escribía que su famoso Profesor había sido «el maestro de los neurólogos de todos los países» (I 21) y predijo que «ningún cambio de tiempo o de mentalidad podría disminuir la gloria del hombre por el cual llevamos hoy luto, tanto en Francia como en todas partes» (I 35).

Freud pasó cuatro meses (en 1885-86) en el servicio de este *maltre á penser*. Luego, entre 1886 y 1894, se dedicó a traducir dos de sus voluminosas obras (357 y 492 páginas). A lo largo de toda su vida Freud había de conservar una gran admiración para con aquel a quien llamó «el más grande de los promotores de la neurología» (I 21).

En los años 1880, Charcot era considerado como un gran taumaturgo

7. En lengua francesa, véase por ejemplo el trabajo de síntesis de M. Chttrier y H. Gottessdiener (bajo la dirección de M. Reuchlin) en la revista *Enfance*, 1975 /:21941

8. Podríamos proponer aún otras explicaciones, en especial las siguientes: la variabilidad de la importancia que los profesores les dan a los tests; el tipo de ideología de los que enseñan: si son «elitistas», entonces sólo se interesan por los «inteligentes», si son «igualitarios», se dedican especialmente a los menos favorecidos.

9. Cf. por ejemplo los trabajos reunidos por R. Jones (1977), *Self-fulfilling prophecies {Profecías que se cumplen a si mismas}*, J. Wiley, 274 p.

y como un verdadero Príncipe de la Ciencia. Acudían las gentes desde los Estados Unidos o desde las Antillas para consultarle o para seguir sus enseñanzas. «Cada una de sus lecciones era cuidadosamente anotada por los estudiantes y luego publicada en las revistas médicas que había fundado (...) Mucho antes del comienzo de las clases, el gran anfiteatro estaba lleno de estudiantes, de médicos, de escritores y de curiosos.»¹⁰ En una palabra, Charcot conocía un éxito al menos tan grande como el que hoy conoce, también en París, un tal Jacques Lacan.

En 1885, el belga J. Delboeuf, profesor de la Universidad de Liège, fue a hacer observaciones en la Salpêtrière. Mucho le sorprendieron las diferencias que halló entre las conductas de los hipnotizados de Charcot, de Bernheim (en Nancy) y del hipnotizador belga Donato. Después de su viaje a Francia, él mismo llegaba a producir en sus sujetos los fenómenos que eran reconocidos como «típicos» por cada uno de los maestros del hipnotismo. En 1886 publicaba en la *Ravue philosophique* un artículo estrepitoso: «De l'influence de l'éducation et de l'imitation dans le somnambulisme provoqué» («Acerca de la influencia de la educación y de la imitación en el sonambulismo provocado»). Él mismo resumía su contenido en estos términos: «Hay una acción innegable del hipnotizador sobre el hipnotizado —a tal maestro tal discípulo—. Pero los mismos sujetos, sobre todo el primero de ellos, dan forma, por decirlo así, a aquel que los maneja, y le ordenan, sin que se dé cuenta, su método y sus maniobras. De modo que podríamos darle la vuelta al proverbio y decir: a tal discípulo, tal maestro. Esta acción del primer discípulo sobre el maestro se remite entonces, por su intermediario, a los demás discípulos que adoptan sus maneras, y así se crean unas escuelas que tienen el monopolio de unos fenómenos especiales» (p. 149). En el número siguiente de la *Revue philosophique*, A. Binet intentó tímidamente replicarle a Delboeuf asegurando que «los fenómenos físicos observados en la Salpêtrière fueron descritos con todo cuidado por el Sr. Charcot y por sus alumnos» (p. 532). Pero H. Bergson, en el mismo número, seguía echando leña al fuego que había encendido Delboeuf. El famoso filósofo, que había realizado por sí mismo experiencias de hipnotismo, concluía: «Quiero llamar la atención sobre el hecho de que un sujeto hipnotizado, cuando recibe la orden de ejecutar una proeza como por ejemplo la lectura del pensamiento, se conducirá muy de buena fe tal y como lo haría el menos escrupuloso y el más diestro de los charlatanes, y que pondrá en acción inconscientemente unos medios cuya existencia apenas si sospechamos» (p. 531). En esta misma época, en Nancy, Bernheim proclamaba que uno solo de los millares de pacientes que había hipnotizado había presentado los tres estadios de la hipnosis descritos por Charcot: una mujer que había pasado tres años de su vida en el asilo del gran maestro parisino...

Allí donde Freud, en la misma época, veía la marca de la genialidad, otros comenzaban ya a reconocer las trampas tendidas por la fas-

cinación. El 28-8-1888 Freud le hacía mención a Fliess en '''« carta de las críticas que Bernheim y Meynert (de Viena) le hacían a Charcot, pero sin ver en esas acusaciones de sugestión más que ataques malevolentes.

Apenas dos años después de la **muerte de Charcot, uno de sus alumnos** preferidos, Pierre Janet (1895), analizaba los mecanismos **de los** cuales el gran maestro había sido artífice y víctima **al mismo tiempo**. Señalaba que el patrón de la Salpêtrière había **acabado por no examinar** más que a algunos pocos pacientes. Entre los cuatro o cinco **mil** enfermos con los que contaba ese inmenso asilo, sólo **algunas mujeres** histéricas tenían el privilegio de ser **interrogadas por el gran Profesor** en presencia del Todo París. Claro es **que se trataba de las que mejor** se correspondían con sus ideas...

Uno de los discípulos preferidos de Charcot, Josepb Babinski, **que** se había dado a conocer en vida de **Charcot por sus experiencias** de transferencia de síntomas histéricos de una **enferma a otra con la ayuda** de un imán, se convirtió después de **la muerte de aquél en el promotor** de una reacción radical contra la noción de histeria **tal y como la** había formulado Charcot. La histeria, proclamaba Babinski, **era** producida únicamente por la sugestión, y podía ser curada mediante la persuasión. Proponía incluso sustituir el término de «histeria» por **el de** «pitiatismo» (del griego «peitho», persuadir).

Guillain cuenta que en 1899, en la época en la **que** era interno en U Salpêtrière, había aún algunas histéricas de la época de Charcot **que** aceptaban, previa una pequeña retribución, **representar para los** estudiantes el gran teatro de la crisis completa de histeria. **Ésta era la** principal atracción que subsistía de las gloriosas Lecciones sobre la **gran** histeria.

En 1925, con ocasión de la celebración **del centenario de Charcot**, los psiquiatras de la Salpêtrière **alabaron su obra neurológica, mientras** que pasaron rápidamente por encima de «la ligera flaqueza» **que** constituían sus trabajos sobre la hipnosis. Sólo algunos **psicoanalistas, y** algún que otro surrealista, siguieron glorificando esta **parte de la obra** de Charcot, haciendo de él el «precursor de Freud»..

7. ¿QUIÉN ES MÁS SABIO QUE SÓCRATES?

Con la intención de glorificar a Freud, Maurice Blanchot escribe: «No tenemos ninguna duda de haber tenido en él una reencarnación **tardía**, acaso la última, del viejo Sócrates» (1969:343); mientras que Lacan proclama: «Sócrates es el precursor del análisis» (1966:825). **Resultará útil** por tanto ir a ver cómo lo hacía el gran Sabio para asistir **al «parto»** de la Verdad.

Es bien sabido que para el filósofo ateniense el verdadero conocimiento es una rememoración de verdades experimentadas **antes de la** vida terrena, y que le basta al **hombre con despertar esas ideas para** disponer de conocimientos verdaderos.

Una de las más brillantes demostraciones de esta tesis es el diálogo de Sócrates con un esclavo de Menón. Gracias a la «mayéutica», el ser inculto consigue «recordar» el teorema de Pitágoras relativo al cuadrado construido sobre la hipotenusa de un triángulo rectángulo. Leamos el *Menón*, §§ 84 y 85:

Sócrates, dirigiéndose al esclavo: Respóndeme, tú. Tenemos pues aquí un espacio de cuatro pies. ¿Está comprendido? El esclavo: Sí.

Sócrates: ¿Podemos añadirle este otro que es igual a él? El

esclavo: Sí.

Sócrates: Y este tercero, ¿es también igual que a cada uno de los dos primeros?

El esclavo: Sí.

Sócrates: ¿Puedo llenar esta esquina que queda vacía?

El esclavo: Perfectamente.

Sócrates: ¿Y cuántas veces son todos juntos mayores que éste?

El esclavo: Cuatro veces.

Etcétera.

Al final de la «demostración» de la que acabamos de leer un extracto, el esclavo habrá utilizado 26 palabras tales como: *sí, sin duda, ya veo...* Sócrates habrá utilizado 164 palabras, esto es, seis veces más.

El diálogo prosigue luego entre Sócrates y Menón, que está completamente deslumbrado.

Sócrates: ¿Qué te parece? ¿Ha expresado una sola opinión que no haya salido de él mismo?

Menón: Ninguna; lo ha sacado todo de su propio caudal.

Sócrates: Y sin embargo no sabía, lo reconocimos hace un momento.

Menón: Es verdad.

Sócrates: Entonces es que esas opiniones se encontraban ya en él. ¿No es verdad?

Menón: Sí.

Sócrates: De modo pues que, incluso sobre las cosas que ignoramos, ¿podemos tener en nosotros mismos opiniones verdaderas?

Menón: La cosa parece evidente.

Sócrates: Por el momento, esas opiniones verdaderas han surgido en él como en un sueño. Pero si se le van haciendo preguntas a menudo y de diversas formas sobre los mismos temas, puedes estar seguro de que acabará por tener acerca de ellos una ciencia tan exacta como la que tiene el hombre de mundo.

Menón: Es probable.

Sócrates: Así pues, sabrá sin haber tenido un maestro, gracias a unas simples preguntas, por haber encontrado por sí mismo en él su ciencia.

Menón: Sí.

Sócrates: Pero encontrar por uno mismo y en sí mismo la ciencia, ¿no es recordar? Menón: Sí.

En realidad, el alumno no enunció ni una sola palabra que no hubiese sido cuidadosamente preparada por Sócrates. Todas sus respuestas las

habría podido dar el caballo de Von Os ten. El esclavo habría sido sin duda incapaz de rehacer la demostración él solo, y no hubiese podido ciertamente sin ayuda ninguna «rememorar» otros teoremas incluso más simples que éste. La única cosa que el alumno ha aprendido realmente es a tener aún más respeto para con su amo.

¿Quién es más sabio que Sócrates? Ciertamente no el psicoanalista, quien mantiene viva la ilusión de que las ideas enunciadas por el paciente «se encontraban ya en él» y que no son sino el recuerdo de un contenido latente...

En la actualidad cualquier físico intenta no caer en las equivocaciones de Aristóteles, y cualquier médico en las de su padre Hipócrates. Del mismo modo cualquier psicólogo que esté al tanto de la ciencia moderna puede soslayar las trampas de Sócrates, incluso si es claramente menos inteligente que el padre de la filosofía. El psicoanalista, por su parte, se distingue del antiguo filósofo por el hecho de que habla menos y necesita más sesiones para hacer que se dé a la luz la Verdad; pero en resumidas cuentas es ciertamente «una reencarnación tardía, acaso la última, del viejo Sócrates»...

8. ALGUNAS NOCIONES BÁSICAS

Podríamos pasarnos aún mucho tiempo recordando ejemplos de espejismos de los que son víctima los «expertos». Vamos a contentarnos aquí con algunas reglas generales que se desprenden de su análisis.

a) *Hemos de cambiar la veneración hacia los «Maestros Pensadores» por una confianza (moderada) en un modo de proceder que sea auténticamente científica.*

b) *Hay que abandonar el dogma de la inmaculada percepción.* Todo investigador selecciona sus informaciones e interviene en el sistema analizado. Incluso en física se puede hablar de una simbiosis entre el observador y el fenómeno observado. El famoso Max Born decía que «hemos de abandonar la idea de que es posible observar el curso de los acontecimientos del universo sin perturbarlo». En las ciencias humanas, el «objeto» de estudio reacciona más aún si cabe frente al observador, pues no se trata de una cosa, sino de un «sujeto». La molécula no oye nada de lo que el investigador dice de ella, pero el ser humano queda influido por lo que va sabiendo acerca de sí mismo. Si reacciona agresivamente ante esas informaciones, el «experto» podrá deducir de ellas una prueba más de la adecuación de sus enunciados. ¿No dice acaso el «buen sentido» que «sólo la verdad ofende»?...

El padre de la cibernética, Norbert Wiener, observa que «precisamente en las ciencias sociales es donde el acoplamiento entre el fenómeno observado y el observador es más difícil de minimizar». La investigación, ya sea clínica o experimental, aparece ahí como un sistema en *feed-back* en el que cada uno de los actores va asumiendo por turno y frente al otro una función de estímulo y regulación.

Al interrogar a su sujeto de estudio, el investigador puede llegar a no

darse cuenta de que no hace en definitiva sino responderse a *sí* mismo. Las reacciones de un ratón o de un paciente pueden no ser sino artefactos producto de la situación en la que se desarrolló el examen, simples ecos de las preguntas formuladas o de las cuestiones que se plantearon. Haciendo un resumen de su vasto estudio sobre los efectos de placebo, A. Shapiro escribe que «es una observación frecuente, confirmada hoy ya experimental mente, la de que los terapeutas comunican sus expectativas, sus actitudes y sus sentimientos, y que influyen en los datos que obtienen» (1971:462). Sólo una formación metodológica rigurosa puede, *no ya suprimir, sino controlar mejor* esos condicionamientos que son tan eficaces como sutiles.

c) El hombre es fundamentalmente un ser de relaciones; y es por esta razón por la que la psicología moderna se ha convertido casi toda ella en psicología «social». Y es que *lo que el observador y el propio sujeto le atribuyen a la vida «interior» está siempre en relación con la situación exterior y, no pocas veces, no es ni más ni menos que un producto de esa situación*. Si bien es cierto que la acción del entorno se realiza en función de unas estructuras psíquicas previas (en el caso de Kluge Hans su condicionamiento depende de sus capacidades de percepción...) también es cierto que es un error constante el de buscar en la cabeza o en las «profundidades» aquello que es sólo el resultado de unas interacciones presentes.

VI

LA PROGRAMACIÓN PSICOANALÍTICA

Todo está en la sugestión.

H. BHLNHEIU

I. A TAL ANALISTA, TAL PACIENTE

a) *Las asociaciones sobre nombres olvidados*

Ya vimos cómo los nombres que evocamos mientras estamos buscando un nombre olvidado son términos asociados semántica y/o fonéticamente. Nada tiene de misterioso que pensemos en Botticelli cuando estamos buscando *Signoretli*... El psicoanalista que está dispuesto a soltar lastre acaba reconociendo que las asociaciones de Freud no explican realmente el paso de un nombre al otro, pero sigue manteniendo con todo que estas asociaciones son muy elocuentes. Este último punto es el que vamos a examinar ahora: ¿son las asociaciones reveladoras de los *problemas realmente importantes* del sujeto ...o son inducidas por la teoría analítica? Ya hemos visto que el *analista subordina las asociaciones del paciente a sus marcos de interpretación*. Nos queda por saber si sus *presupuestos teóricos no son en gran medida responsables de la aparición de los temas evocados por el paciente*.

Vamos a recorrer ahora el capítulo 3 de la *Psicopatología de la vida cotidiana*, tal y como aparece en su 11.ª edición. Freud presenta en ella una serie de ejemplos, suyos y de sus alumnos, del mismo tipo que su Signorelli.

Ferenczi (IV 35) asocia *Verona* (el nombre buscado) con *Brescia* (nombre sustitutivo). Piensa así en una vieja criada (Verónique) que en otro tiempo era repulsiva («nadie hubiese querido besarla»), pero que luego «se hizo en agradable recibir»; en una hiena, «que desentierro a los muertos»; en un monumento funerario... En resumen, al cabo de 4 páginas de asociaciones, Ferenczi se encuentra con «la Muerte y la Sexualidad».

Cuando Hitschmann (IV 39) hizo asociar a un paciente para explicar el enunciado de *Gallhof* en el momento en que buscaba *Gilhofer*, los temas que aparecían eran los de la culpabilidad, la ambivalencia y «un lugar en el cual el sujeto dio un paseo no hace mucho, en compañía de una encantadora joven, paseo del que guarda un inmejorable recuerdo».

Cuando J. Starcke invitó a un jurista a que asociase sobre *Lindeman* y sobre su sustitutivo *Erdman*, encontró «ideas sobre la vida y la muerte, sobre lo efímero y sobre lo eterno, sobre la fragilidad de la vida propia y la muerte futura» (IV 46).

Cuando recorremos los demás ejemplos citados por Freud, nos volvemos a encontrar en casi todos los casos, *tal como sucedía en el ejemplo princeps*, con los temas de la sexualidad y/o de la muerte. No deja de ser muy sorprendente. Pero ¿qué constatamos en los informes de otros analistas que están menos sometidos a Freud?

b) *Las «les» de Melante*

En uno de sus primeros artículos («El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño», 1923, reed. in 1948:96s), Melanie Klein se muestra convencida de su demostración según la cual las dificultades escolares tienen siempre su origen en problemas libidinales, y más exactamente los del coito y la masturbación. Cree que nos convence a base de multiplicar los casos clínicos. Veamos algunos de sus ejemplos.

Para Fritz, de cinco años, «las íes eran hábiles, inteligentes (...) y vivían en cuevas. Representaban al pene (...). El punto sobre la "i", al igual como, de una manera general, el punto y los dos puntos, figuraban un empujón del pene. Para la pequeña Grete (de nueve años) el punto y coma tenía la misma significación».

Ernst, de seis años, le cuenta a su analista, al tiempo que va pasando las páginas de un libro, que «la "I" mayúscula era el gran "popochen" (pene) que quería estar solo en el interior de mamá, que Ernst no poseía y que tenía que quitarle por lo tanto a su papá. Luego cuenta una fantasía en la que le cortaba el ■ "popochen" a su papá con su cuchillo y en la que su papá le cortaba el suyo con una sierra». «Tanto para Ernst como para Fritz —sigue diciendo Melanie Klein—, pude observar que su inhibición respecto de la escritura y de la lectura, bases de toda actividad escolar ulterior, provenían a la letra *T' que, con su movimiento simple de "subida" y luego "bajada"™ constituye de hecho el fundamento de la escritura.»

Lisa, una joven de 17 años, asociaba con una imagen de su padre, cuyo nombre comenzaba por «a». Dice la chica que «la "a" es el padre castrado, pero no obstante invencido, que la "i" es el pene», etc.

Las asociaciones de esos pacientes, analizados por Klein al comienzo de su carrera, no son fruto del azar. «La mayor figura del psicoanálisis después de Freud», tal como la llama Jaccard, volverá a encontrar *siempre y en todas partes* el pene, el seno, el coito... Pero sólo los ingenuos creen que la frecuencia de una explicación es una prueba de su validez.

c) *Los pacientes de los disidentes*

Jung expone menos frecuentemente que Freud historias detalladas de pacientes. No obstante, los pocos casos que presenta —por ejemplo los sueños de un neurótico en *Psicología y religión*— «demuestran» todos ellos que las dificultades de sus pacientes tienen sus raíces en el conflicto entre el aspecto social (o *persona*) y las aspiraciones espirituales profundas. Por otra parte, *todos* los clientes de Adler confirman que la causa de las neurosis reside en unos sentimientos de inferioridad y en la voluntad de afirmarse a través de las (sobre-)compensaciones.

A partir de los años 20, todos los sujetos de Rank «descubrían» que la fuente última de sus angustias emana del deseo de volver al seno materno. El analista disidente encontraba su esquema absolutamente por todas partes, tanto en los pacientes como en los personajes históricos. Explica por ejemplo que Sócrates era «verdaderamente el precursor de la terapéutica psicoanalítica» pues, «al aceptar una muerte que hubiese podido evitar fácilmente», «consiguió superar intelectualmente el trauma del nacimiento» (1924:184s). Treinta años más tarde, el famoso psicoanalista inglés E. Glover escribía: «Hemos de recordar la rapidez con la que ciertos analistas pudieron sacar a la luz, en todos sus pacientes, «traumas del nacimiento», en el período que siguió a la publicación del libro de Rank sobre *El trauma del nacimiento*, y antes de que esta teoría fuese oficialmente arrinconada» (1955:421).

Hoy los pacientes de los lacanianos «confirman» que «el inconsciente está estructurado como un lenguaje»: sueñan y asocian haciendo juegos de palabras...

De un analista al otro, no es tan sólo el tipo de interpretaciones lo que difiere, sino también el género del material «ofrecido» por el paciente. Los estudios de casos son mucho más elocuentes sobre el psicoanalista que sobre su paciente. En el juego analítico, los dados están trucados y las cartas están marcadas...

d) *Los hipnotizados y las histéricas*

Volvamos por un momento al punto de partida del psicoanálisis, esto es, la psiquiatría dinámica del siglo xix.

En 1885, J. Delboeuf realizó, en presencia de varios colegas de la Universidad de Lieja unas experiencias de hipnotismo que demostraban que, incluso en individuos de mente sana, se pueden suscitar fenómenos de insensibilidad, parálisis, contracturas..., y eso *sin ni siquiera hablar ni hacer ni un solo gesto que los espectadores puedan llegar a ver*. Concluye: «Yo mismo, si mis estudios psicológicos no me precavieran contra ello, podría creer que estoy actuando sobre esa persona por medio de sólo el pensamiento. Pero las famosas experiencias de Cumberland nos han hecho ver cómo el pensamiento se traiciona *involuntariamente* en los movimientos musculares... Así podremos explicarnos quizá la ilusión

a la explicación por una transferencia parental, y porque examina con preferencia las *interacciones* con el entorno *presente*.)

La noción freudiana de transferencia no se limita únicamente a la idea de un desplazamiento de los afectos. Designa igualmente la relación afectiva intensa que aparece en una psicoterapia. Freud reconoce que el prototipo de lo que llama transferencia es el «*rapport*» de los hipnotizadores, término utilizado por Franz Mesmer (1734-1815) y sus sucesores para designar la influencia del hipnotizador sobre su sujeto.

Ya a fines del siglo xvm se había podido observar la fascinación ejercida por el terapeuta y el clima erótico que podía resultar de la situación terapéutica. Freud hizo suyas estas nociones y explicó la intensidad del «*rapport*» como una resurgencia de la relación con los padres.

Según el padre del psicoanálisis, los resortes del progreso de un análisis residen tanto o más en la transferencia, entendida como una relación de amor y de dependencia, que en el proceso intelectual de la interpretación. Ya en 1906 (el 6 de diciembre), le escribía a Jung: «No se le habrá escapado que nuestras curaciones se producen gracias a la fijación de una libido que reina en el inconsciente (*transferencia*), y que encontramos más claramente que en ninguna otra parte en la histeria. Es ella quien proporciona la fuerza pulsional necesaria para la captación y la traducción del inconsciente; allí donde es negada, el paciente no hace ese esfuerzo y no escucha cuando le proponemos la traducción que hablamos encontrado. Es de hecho una curación por el amor». En 1920, cuando Freud explica la evolución de su técnica, dice que el psicoanálisis no puede contentarse con sacar a la luz del día unos elementos inconscientes: «Por el hecho de que este método no resolvía el problema terapéutico, llegamos entonces a esta otra perspectiva, consistente en obtener del enfermo, al favor de sus recuerdos, la confirmación de la construcción del analista. En esta óptica el punto esencial resulta ser las resistencias del enfermo. Hoy todo el arte consiste en descubrirlas lo más rápidamente posible, a mostrárselas al enfermo y a impulsar a éste, gracias a una influencia humana, al abandono de esas resistencias. Es ahí donde la sugestión, como *transferencia*, desempeña su papel». Después de haber desarrollado la idea de que el enfermo no puede jamás traer todo lo inconsciente a la consciencia, Freud concluye que «la persuasión (*Ueberzeugung*) del enfermo es la condición del éxito terapéutico» (XIII 16s).

En el transcurso de la historia del psicoanálisis, el término de transferencia ha recibido sentidos diversos hasta llegar a convertirse en un concepto que sirve para todo. Lacan por ejemplo declara: «Así que hay en algún lugar el sujeto de supuesto saber, hay transferencia» (1973:210). En su diccionario Laplanche y Pontalis constatan: «Si hay una dificultad particular para proponer una definición de la transferencia, es porque la noción ha tomado para numerosos autores una extensión amplísima, llegando a designar el conjunto de los fenómenos que constituyen la relación del paciente con el psicoanalista. En esta misma medida esta noción vehicula, mucho más que cualquier otra, el conjunto de las concepciones que cada analista tiene sobre la cura» (1967:492).

Hay un hecho que resulta notable: los *psicoanalistas contemporáneos* pasan por alto el hecho de que Freud hubiese reconocido en el «*rapport*» de los hipnotizadores y en la «sugestibilidad» de Bernheim unos

términos equivalentes a la «*transferencia**». El padre fundador no podía ignorar que su método se derivaba de los procedimientos de sugestión; y sus hijos no quieren saberlo ya y menos aún decirlo. .

b) La contratransferencia

Ya a fines del siglo xvm se había observado la extremada sensibilidad del hipnotizado para con su hipnotizador, pero también el fenómeno inverso; tanto es así que se hablaba de «reciprocidad magnética» (cf. Ellenberger, p. 132). Freud reconocía igualmente la reciprocidad de los fenómenos transferenciales diciendo que el psicoanalista puede sentir hacia su paciente pasiones turbias.

Encontramos en las obras freudianas *dos pasajes (muy cortos)* acerca de esta cuestión. En 1910 Freud declaraba: «Hemos llegado a hacernos conscientes de la "contratransferencia", que surge en el médico por influencia del paciente en los sentimientos inconscientes de aquél (...). Ningún psicoanalista va más lejos de lo que sus propios complejos y resistencias le permiten. En consecuencia pedimos que comience su actividad con un autoanálisis y que prosiga su profundización mientras va adquiriendo experiencia con los enfermos» (VIH 108). En 1915 Freud escribió algunas líneas en las cuales ponía en guardia al analista contra las conductas sexuales que estarían provocadas por el «amor de transferencia», manifestado por el paciente (X 308).

Tal como lo ha hecho el concepto de «transferencia», el de «contratransferencia» ha adquirido diversos sentidos. En su diccionario, Laplanche y Pontalis escriben: «Encontramos grandes diferencias: algunos autores designan como contratransferencia todo aquello que, proveniente de la personalidad del analista, puede intervenir en la cura; otros limitan la contratransferencia a los procesos inconscientes que la transferencia del analizado induce en el analista» (1967:103). El psicoanalista inglés D. Winnicott reaccionó en contra de la polisemia de este término: «Mi opinión es que ha llegado el momento de volver a una utilización del término de contratransferencia que se corresponda con su uso originario (...). La significación de la palabra contra transferencia reside tan sólo en los elementos neuróticos que entorpecen la actitud profesional y que perturban el curso del proceso analítico tal y como es determinado por el paciente» (1969:229; 233).

Además de la confusión que reina en el uso de la noción de *contratransferencia*, podemos registrar su aparición tardía y lo escaso de su utilización. El término no aparece hasta 1910, esto es, 15 años después del de transferencia. El índice general de las obras de Freud menciona 2 utilizaciones, mientras que el término de «transferencia» aparece más de 400 veces. En el índice de los textos psicoanalíticos aparecidos entre 1900 y 1952 (Grinstein, 1960) podemos enumerar, en un total de unas 40.000 publicaciones, casi 200 referencias relativas a la transferencia y sólo 31 para la contratransferencia... Podemos proponer varias hipótesis para explicar esta curiosísima falta de interés.

Para empezar, las historias de contra transferencia no son una buena publicidad para el psicoanalista. Recordemos simplemente dos ejemplos memorables. En el relato del caso de Auna O., Freud menciona que «se había producido repentinamente en la joven un estado de amor de transferencia» (XIV 51). En el texto destinado al gran público, Freud no evocaba para nada la implicación del terapeuta. Jones, en cambio, confiesa en una obra destinada a los freudólogos: «Freud me dio acerca de las circunstancias particulares que rodearon el fin de ese nuevo tratamiento un relato más pormenorizado que el que aparece en sus trabajos. Parece ser que Breuer tuvo, para con su interesante enferma, lo que hoy calificaríamos de contratransferencia acentuada (...) Anna O. no sólo era muy inteligente, sino también extremadamente atractiva, tanto por su físico como por su personalidad» (I 247s).

Las cosas no han cambiado demasiado después de lá desafortunada aventura del bravo J. Breuer. D. Frischer, que llevó a cabo una encuesta entre psicoanalizados parisinos, escribe: «Entre las quince mujeres a las que se preguntó, cuatro, esto es, la cuarta parte del universo femenino entrevistado, fueron «seducidas», como se decía antes del señor que violaba a la criada, por su terapeuta (...) Pero está bien claro que de este tipo de cosas no se habla en el mundo aséptico y distinguido del psicoanálisis. Del mismo modo que las historias de violación o las agresiones perpetradas por adultos en las niñas, a esas historias se les echa tierra encima, excepto en el caso de que aparezcan bajo la forma de relatos destinados a llamar la atención de los lectores de la prensa sensacionalista» (1977:155s).

El psicoanalista parecería querer corresponder a la definición que D. J. van Lennep dio del psicólogo: *un hombre que, cuando entra una bella joven en un salón, mira a los demás invitados*. Pero pensándolo bien, el psicoanalista mira a la chica y a veces hasta le hace la corte de manera perseverante...

Otro ejemplo de contratransferencia. En 1919 V. Tausk le pidió a Freud que lo tomase en análisis. Freud, que percibía en Tausk un rival, se negó a ello y lo mandó a Helen Deutsch, la cual a su vez estaba en análisis con Freud. Dos meses después del comienzo de su análisis, Tausk era despachado por Deutsch. Lo que sucedió fue que Freud, irritado de tanto oír a Deutsch en su propio análisis hablar sin cesar de su discípulo y rival, le dio a elegir entre dejar de ser analizada por él o dejar de analizar a Tausk. Tres meses más tarde el desgraciado se suicidó. Al anunciarle esta muerte a Lou Andreas Salomé, de la que Tausk había sido amante, Freud escribe: «A decir verdad confieso que no le echo en falta; hace ya tiempo que lo considero como un inútil y una amenaza para el porvenir». Los editores de la correspondencia de Freud creyeron que tenían que suprimir esta frase, pero Paul Roazen volvió a sacar a la luz del día todo ese asunto, que los hagiógrafos del Reverendo Freud camuflaron con todo cuidado.²

2. Cf. Roazen (1969) *Animal, mon frère, toi. L'histoire de Freud et Tausk*, trad. francesa, París, Payot, 1971 (hay trad. castellana. *Hermano animal: la historia de Freud y Tausk*, Madrid, 1973). Los psicoanalistas americanos le encargaron a

Pero más allá de las historias escabrosas, y que podríamos encontrar en todas las profesiones, hay una razón más fundamental para la discreción de los analistas a la hora de hablar de la contratransferencia, y ella es sin duda alguna su negativa a reconocer sus discretas maniobras de sugestión o de condicionamiento.

c) La subjetivización

Con sus nociones de transferencia y de contratransferencia, Freud reconocía la influencia sobre el analizado. Y sin embargo, ya Freud, pero más aún sus alumnos, tienen una manera de hacer uso de los conceptos que minimiza los condicionamientos sufridos por el paciente.

Por lo general, *los psicoanalistas tienden a «subjetivizar» todos los problemas, esto es, a reducirlos todos a la vida interior del analizado*. Ya en 1887, cuando Freud fue acusado de haber favorecido el surgimiento de una nueva forma de toxicomanía distribuyendo cocaína entre sus pacientes, respondió que la cocainomanía no era sino la resultante de ciertas disposiciones psíquicas de los propios pacientes.¹ Y en lo sucesivo todo cuanto habían de decir o hacer sus clientes sería considerado como la expresión de sus propios complejos. Evocando el caso de las personas que parecen estar perseguidas por el destino, Freud escribió: «Una investigación minuciosa demuestra que sin saberlo ellos mismos se preparan ese destino» (XV 114). No vale la pena invocar aquí la clase social, la herencia, la mala suerte y demás factores. Todo está en el Inconsciente del propio sujeto. Si un paciente está descontento del tratamiento, es por efecto de una «transferencia negativa», o de una «proyección de los malos objetos internos» (M. Klein). Si el paciente interrumpe el tratamiento, se trata entonces de un **acting out**. Si su estado empeora, entonces la evolución se explica por una «reacción terapéutica negativa». Sí se suicida, entonces su analista no tiene más que invocar la autopsunición y las «pulsiones de muerte».....■,,,-<.. ❧*».

Incluso la noción de contratransferencia no se escapa de la «interiorización» de los problemas. En efecto, cuando define esta noción, Freud se refiere a los complejos del analista que un buen análisis didáctico hace supuestamente desaparecer, físte es el modo que tiene Freud de subestimar las interacciones sutiles que actúan *continuamente* en, una cura y que hacen que el analista encuentre en las asociaciones de cada paciente su propia teoría. Los freudianos siguen hoy sin sacar las lecciones que debieran del hecho de que *el hombre, tanto en psicoanálisis como en cualquier otra parte, es un nudo de relaciones...*

R. Eissler que respondiera a ese libro comprometedor. P. Roustang, psicoanalista cuya lucidez supera con mucho la de la mayoría de sus colegas, escribe a propósito de esta réplica: «Es un libro afligente, de una estupidez paradigmática, por lo mucho que muestra la obliteración intelectual con la que puede quedar marcado aquel que se deja fascinar por un maestro» (1976:107).

3. Cf. 5. Freud, *De la Cocaína*, escritos reunidos por R. Buyck, París, Ed. Complexe, 1976. (Hay trad. cast. *Escritos sobre la cocaína*, Barcelona, ed. Anagrama.)

3. ALGUNAS (ESCASAS) CONFESIONES DE ANALISTAS

Quien lea los riles de páginas que constituyen los textos psicoanalíticos constatará que los analistas, en algunas raras ocasiones, confiesan francamente sus efectos de sugestión, pero que *en definitiva las minimizan*. Por regla general los analistas discurren de este modo: «La originalidad del método psicoanalítico consiste en permitir la observación **más** objetiva que sea posible del comportamiento de un individuo. Éste tiene con el médico relaciones sólo ficticias; no conoce al hombre; ignora **sus** reacciones personales; y jamás le oír manifestar el más mínimo juicio de valor» (Dolto, 1971:28).

a) En resumidas cuentas Freud parece ser aún uno de los más lúcidos. Vamos a leer tres textos elegidos en el conjunto de su obra.

• En 1909, en el relato del caso de Hans, confiesa: «En el transcurso del análisis se le han de decir a Háns muchas cosas que él mismo no sabe decir, le han de ser presentadas unas ideas acerca de las cuales nada ha revelado todavía ante él su presencia, y su atención debe ser conducida en la dirección de la cual su padre está a la espera de que surja alguna cosa. Esto debilita la fuerza de convicción del análisis; pero en todo análisis se actúa de la misma forma. Un psicoanálisis no es precisamente una investigación científica imparcial sino una intervención terapéutica; lo que intenta no es probar sino modificar alguna cosa. En el curso de un psicoanálisis el médico le ofrece siempre al enfermo, en una medida mayor o menor según los casos, las representaciones conscientes anticipadas y con ayuda de las cuales estará en disposición de reconocer y de circunscribir al inconsciente» (VII 339).

En 1925 Freud señala: «Es totalmente exacto que el psicoanálisis tra- baja por medio de la *sugestión*, del mismo modo que los demás métodos psicoterapéuticos. La diferencia es ^quí que el desenlace terapéutico no es abandonado a la sugestión o a la transferencia. La sugestión es más exactamente utilizada para conseguir que el enfermo realice un trabajo psíquico: el de superar sus resistencias transferenciales» (XIV 68).

En 1937: «¿Cuál es la tarea del analista? Debe adivinar, o más exactamente debe *construir*, aquello que quedó olvidado, debiendo partir para conseguir tal cosa de los indicios rescatados del olvido (...) Con frecuencia no se consigue llevar al paciente a que recuerde lo reprimido. En cambio, un análisis llevado correctamente le convence firmemente de la verdad de la construcción, la cual cosa, desde el punto de vista terapéutico, tiene el mismo efecto que un recuerdo encontrado de nuevo» (XVI 45; 53).

b) En mayo de 1897, en una época en la que consideraba a las neurosis como el efecto de una seducción precoz, Freud le escribió a Fliess que había soñado «los más tiernos sentimientos» para con su hija Mathilde, y concluía: «En este caso el sueño naturalmente muestra el cumplimiento de mi deseo, esto es, el de constatar que es el padre el promotor de la neurosis». De todos modos había de ser Stekel quien en 1911 había de establecer por primera vez que «los pacientes sueñan en el dialecto que el médico utiliza para tratarles», y que los enfermos de Sadger soñaban con el erotismo urinario y los de Adler con vencedores y

vencidos. Stekel añade con gran sentido del humor: «los míos sueñan con el simbolismo de la muerte y de la religión».... Ese mismo año, Freud había de reconocer el hecho, al **tiempo que lo metía dentro de sus límites**: evocaría la existencia de «sueños de confirmación» (*bestdtigendert Traume*), en el curso de los cuales «el paciente reproduce lo que el analista le sugirió previamente» (VIII 356).

La investigación experimental ha demostrado a partir de entonces que sugestiones realizadas en estado de vigilia pueden afectar **al contenido** de los sueños. En este sentido, por **ejemplo, Barber y otros.(1973)** les sugirieron de modos diversos que iban a soñar con el asesinato del Presidente Kennedy, Un 30% lo soñaron efectivamente. Pero lo más notable es que los sujetos que fueron objeto de una sugestión permisiva («intente soñar...») soñaron más frecuentemente con lo sugerido (50 % de los casos) que los que sufrieron una sugestión autoritaria («**Tiene** que...») o bien una sugestión bajo efectos de la hipnosis. Una **vez mas** constatamos que no hay que hacer **un gran despliegue de fuerzas para** ; manipular al prójimo.

Freud opina que «para el analista el hecho de influir en los sueños del paciente no es más una desgracia o una vergüenza de **lo que pueda** serlo orientar sus pensamientos conscientes» (XIII 306). En el fondo la capacidad de influir no parece causarle ningún embarazo mientras **no** comporta divergencias en relación con su teoría... Así, en su texto de 1914 sobre la disputa con Jung, Freud escribe que el analista de Zürich había observado ciertos tipos de sueños entre sus pacientes, en especial «sueños biográficos», porque «los sueños de los analizados son fáciles de dirigir» (X 111). Al decir esto Freud cree estar descalificando las conclusiones de Jung, pero olvida que las suyas son tan subjetivas como ellas. Aquí tenemos un ejemplo más de «*self-excepting fallacy*...»

Y, dicho sea de paso, encontramos aún en 1980 algunos psicoanalistas que ignoran esas cosas o que se imaginan que su evocación es de fecha reciente. Así por ejemplo pudimos leer en un artículo publicado en *Le Monde* (9-2-1980), en el cual J. Sedat intentaba glorificar la originalidad de su maestro Lacan: «¿Quién ha llegado a medir todo lo que está en juego tanto en el plano metapsicológico como en el clínico, en enunciados suyos, como por ejemplo el que establece, a la inversa de Freud, que la perversión es el negativo de la neurosis? ¿Quién ha intentado mostrar si el deseo en el sueño participa del ""deseo del analista" promovido por Lacan?» Roustang, que formó parte de Pserrallo lacaniano, tenía toda la razón cuando escribía que «un buen número de psicoanalistas parecen haberse alimentado con el psicoanálisis desde su primer biberón, hacen de él su única referencia, y no saben nada que no sea Freud o Lacan» (1976:45). De hecho, Roustang es aún demasiado optimista: J. Sedat ignora incluso que Freud había tratado ya esa cuestión.

c) Al igual que los fabricantes de amianto, que precavían a todo el mundo sobre los peligros de la polución, sin darse cuenta de **que** ellos mismos estaban entre los más peligrosos polucionadores, los psicoanalistas se pasan el tiempo denunciando las maniobras de sugestión en las demás formas de tratamiento. Lacan, por ejemplo, afirma: «es precisa-

de su atención toda influencia consciente y se confía enteramente a la "memoria inconsciente" o dicho en un lenguaje técnico simple, escucha sin preocuparse por retener cosa alguna» (id.). Freud le aconseja al analista que escuche el inconsciente del enfermo con su propio inconsciente, lo que Th. Reik llamaría «escuchar con la tercera oreja».

Todas las citas que preceden provienen de los *Consejos al médico para el tratamiento analítico* (1912). Veremos como los discípulos han seguido muy bien las recomendaciones del maestro.

b) En una reciente revisión de los estudios objetivos sobre la terapia analítica, Luborsky y Spence (1978) señalan: «La investigación psicoanalítica cuantitativa sigue siendo poco conocida. Es raro el psicoanalista que conoce aún un solo estudio de este tipo, y más raro aún es aquel cuya práctica ha sufrido alguna influencia a causa de ello» (p. 331). Y si bien diciendo: «Aun cuando la asociación libre tenga un lugar central en el tratamiento psicoanalítico, los especialistas de la psicoterapia y de la investigación de la personalidad la han desdeñado ampliamente como objeto propio de una investigación» (p. 340); «hay en la actualidad una carencia de *datos* primeros válidos, obtenidos durante las sesiones de psicoanálisis» (p. 352).

Según parece fue en 1933 cuando por primera vez un psicoanalista americano filmó algunas sesiones de análisis con un esquizofrénico hospitalizado. En 1940, Carl Rogers, el promotor de la terapia «no directiva» grabó unas sesiones de *counseling*, el mismo año en que fuera nombrado profesor en la Universidad del Estado de Ohio. En los años 50 esa práctica se hizo corriente entre los rogerianos y otros psicoterapeutas, pero entre los freudianos sigue siendo rara. Algunos analistas graban extractos de curas con vistas a ciertas investigaciones (por ejemplo, sobre las manifestaciones de la transferencia), pero estas grabaciones casi nunca son publicadas. Recapitulando en 1978 el estado de la cuestión, Luborsky y Spence citan tan sólo tres transcripciones magnetofónicas de curas analíticas completas. Los psicoanalistas europeos, hay que precisarlo, ignoran por completo esas grabaciones, cosa que puede verificar fácilmente el lector si se entretiene en preguntar a los analistas que estén cerca de él*. Quedamos reducidos a habernos de contentar con unas publicaciones cuya objetividad no es sin duda mucho mayor que las de Freud; son publicaciones en las que podemos leer, como en el caso del Hombre de las Ratas: «Nuestro paciente no descubrió la solución de esta compulsión absurda hasta que se le ocurrió bruscamente, etc.», cuando en realidad era el psicoanalista quien le sugirió unas interpretaciones que el paciente rechazó (cf. supra).

c) Lo chistoso es que la única publicación que se haya realizado en lengua francesa de la grabación de un trozo de «análisis» fue hecha *por un paciente* que estaba en conflicto con su terapeuta. En 1969 la revista *Les Temps Modernes* publicaba un texto firmado por «el Hombre del magnetófono». Sartre había decidido su aparición a pesar de la oposición

6. A pesar de la búsqueda que he hecho, no he podido hallarlas en las universidades belgas.

de dos miembros del Comité de redacción: J.-B. Pontalis, [psicoanalista, y B. Pingaud, ferviente admirador de Freud*. Cuando fueron invitados a explicar su voto negativo, el primero escribió: «ya; se comprenderá; así lo espero, que no desee comentar el documento de Sartre; ha tomado la responsabilidad de publicar... ¿Qué es lo que debemos poder comprender? ¿Que Pontalis tiene miedo? Antes, que la gente a partir del texto, el psicoanalista atacaba a aquel, que se atrevió a publicar el documento comprometedor. En efecto, prosigue: «Habrá que decirle un día la historia de la relación ambigua, hecha de una atracción y de una reticencia igualmente profundas, que Sartre mantiene desde hace treinta años con el psicoanálisis... Por lo que se "Fefiere" al "Otni" «ponente, sus argumentos son simplemente inexistentes. Pingaud se contenta con declarar que ese texto no es sino un «paso al acto», «el pretexto, peor escogido» para criticar al psicoanálisis:»

De hecho Sartre había comprendido perfectamente el horror del psicoanalista por esa grabación: «Nos preguntamos si no descubre, como lo haría con el objeto de un análisis, que sus palabras, de las que era tan avaro y que volaban con tanta ligereza a veces, en el silencio, del gabinete —un "enfermo" no es un testigo— van a ser grabadas, inscritas para siempre: no eran sino el alegre murmullo de su pensamiento soberano, ahora corren el riesgo de convertirse en su petrificación. Son inertes, pero darán testimonio» (p. 1817).

El Hombre del magnetófono, que estuvo en psicoanálisis durante 14 años, pide cuentas. Declara que le han timado, que ha «recibido una espera en lugar de una ayuda». El psicoanalista, así que ve el grabador, es presa del pánico y declara que se negará a hablar mientras esté en marcha el aparato. Estos son sus argumentos: «No se trata aquí de trabajos científicos... Esto es una violencia física». En el momento en que el analista intenta desenchufar el aparato, el paciente permuta los roles tradicionales y espeta la interpretación siguiente: «Usted porta, fíjese qué interesante, usted toma para sí "el corte"; hace un momento hablaba usted del corte del pene, y ahora es usted quien quiere cortar de una vez». Ante la obstinación del analizado para hacerle hablar ante un micrófono, el analista finalmente llama a su mujer para pedirle ayuda y le grita que telefonee a la policía...

d) Hay documentos menos dramáticos, pero que son igualmente instructivos, y que están constituidos por los relatos de análisis redactados, sesión tras sesión, por pacientes de Freud. Los casos no abundan. Los cuatro ejemplos que he encontrado son los de cuatro americanos: el psiquiatra A. Kardiner, analizado «didácticamente» en 1921-22; el psiquiatra S. Blanton quien entre 1929 y 1938 hizo cuatro series de sesiones de análisis didáctico, esto es un total de 12 meses; el psiquiatra J. Wortis, «didactizado» en 1934 durante cuatro meses; y la poetisa Hilda Doolittle, tratada en 1933-34 por dificultades de orden personal (H. D. había sido ya psicoanalizada en 1920 por Hans Sachs y en 1931 por Mary Chadwick. Siguiendo los consejos de Freud, proseguiría con su análisis después del tratamiento con él, en 1935, con Walter Schmiedeborg...).

Aun cuando estas notas sean subjetivas, permiten ver cómo el anali-

zado percibe las intervenciones del analista y cómo reacciona a ellas. En esta misma perspectiva, se puede consultar igualmente la encuesta de D. Frischer, socióloga que se había psicoanalizado también, y que entrevistó a unos sesenta antiguos psicoanalizados.

Otro relato interesante es el que S. Schneiderman (1978) hizo de su análisis con J. Lacan. Este analista, miembro de la «¿colé Freudienne de París», es hoy el portavoz del laconismo en Nueva York. Me limitaré aquí a una sola observación.

En sus *Ecrís* Lacan recuerda que el analista debe ser como un espejo: «nos borramos, salimos del campo en el que podrían ser percibidos ese interés, esa simpatía, esa reacción que busca aquel que habla delante de la cara del interlocutor, evitamos toda manifestación de nuestros gustos personales, escondemos aquello que puede dejarlos descubrir, nos despersonalizamos, y tendemos a esa meta consistente en representar para el otro un ideal de impasibilidad» (1966:106).

A partir del diván la percepción es cuanto menos diferente. En efecto, Schneiderman escribe: «Durante una sesión de análisis, Lacan no es nunca un observador pasivo, impersonal, que desempeña el papel proverbial de la pantalla sobre la cual se proyectan los fantasmas del paciente. No se queda sentado tranquilamente en su silla; camina de un lado para otro en la habitación, gesticula, unas veces mira fijamente al paciente, otras veces cierra los ojos. Un día puede recibirle a uno como si fuese uno de sus amigos íntimos, y al día siguiente apenas si nota la presencia de uno (...) El raudal de palabras vertido por el paciente se parece a un texto sin puntuación, ilegible. El analista interrumpe de manera que va puntuando el discurso y a la vez introduciendo una significación que el analizado acabará captando».

Lo que sucede *efectivamente* en el secreto de la cámara del análisis no se corresponde sino muy poco con lo que luego es consignado en las publicaciones. Gross tiene todas las razones para escribir: «Con el mismo fervor que pone para buscar a sus conversos, la profesión disimula con todo cuidado el detalle de lo que sucede en realidad tras las puertas cerradas del análisis» (1978:195). Los hijos de Freud están habituados a los juegos de palabras, no a las reglas del juego científico; ignoran lo que son unos hechos objetivamente establecidos. Viven del misterio y no dejan de mantenerlo cuidadosamente.

5. LA CURA COMO INTERACCIÓN

a) Una carencia de investigaciones

En principio el analista se limita a emplazar un dispositivo que libera los verdaderos deseos del paciente; quiere ser una especie de espejo sobre el cual vendrían a reflejarse los fantasmas del analizado. De acuerdo con ello, todo cuanto dice el paciente sería la expresión o la proyección de sí mismo. Algunos analistas intervienen muy poco; y con vistas a «dejar que el analizante haga su propio análisis» guardan un mutismo impasible y gustan de adoptar un aire de esfinge. Otros, por ejemplo

D. Winnicott, hablan regularmente. Pero de todos modos estos nuevos Sócrates creen que sus intervenciones sólo son apoyos que facilitan la reminiscencia de la verdad soterrada en el Inconsciente de aquel que es interrogado.

Las publicaciones psicoanalíticas sólo refieren lo que los analizantes dicen, como si éstos estuviesen solos y sólo para ellos hablasen. Así por ejemplo en las «Notes prises aux présentations de malades du Dr. Lacan à l'Hôpital Sainte-Anne» («Notas tomadas en las presentaciones de enfermos del Dr. Lacan en el hospital de Sainte-Anne»),⁷ buscaríamos en vano una sola de las palabras o de las actitudes del famoso psicoanalista. No hay no obstante ninguna razón seria para creer que la conducta del analista sea un supercomportamiento que escaparía a los procesos que hemos considerado en el capítulo precedente, y en especial a la influencia del investigador sobre su sujeto y a la atribución a la personalidad del segundo de conductas suscitadas (a menudo sin saberlo) por el primero. No es ciertamente la regla de «la atención flotante» la que habría de permitirle al analista escapar de las aňagazas de la subjetividad.

En 1955 E. Glover, el especialista de la técnica analítica, aludió a uno de los aspectos esenciales del proceso de interacción que hay entre el analista y el analizado; no obstante, la explicación que le dio no convence demasiado al no analista. Veamos lo que dice: «Incluso los pacientes que son duros de oído parecen desarrollar una hiperacustia particular para cualquier ruido que provenga del sillón del analista. Esto no ha de sorprendernos si pensamos en la significación infantil de los ruidos que provienen de la habitación de los padres» (1955:52). ■ ■ - > • ■ ■ • " - ■ " ! ! ! ! ! No faltan analistas que se han preguntado sobre la contratransferencia y sobre su propio «Deseo». No cabe la menor duda de que se trata ahí de un paso dado en la dirección que conviene, pero que sigue siendo insuficiente. No podemos dejar de reconocer, con el psiquiatra americano P. Wachtel, que en la actualidad existe una grave carencia de investigaciones objetivas y metódicas sobre la influencia ejercida por el analista sobre su paciente: «Hay pocos estudios, por no decir ninguno, sobre la relación sistemática que existe entre los diversos tipos de comportamientos o comunicaciones del paciente y la palabra y el silencio del analista. Tengo la sensación de que los terapeutas que estarían dispuestos a participar en investigaciones de este tipo quedarían sorprendidos (y esclarecidos) por lo que descubrirían» (Wachtel, 1977:73).

b) La adaptación de conductas infantiles. ■ ■ ■ ■ < T.

Los psicoanalistas han observado **que sus pacientes, en: el transcurso del análisis, «regresan» afectivamente, si ya no intelectualmente. Esté**

■ ■ 7, ' Revista *Scitcet*, 1968, 7:173-7. Señalemos una excepción: D. Winnicott, en *Pratice of an Analysis* (1975) indica lo que él dice. Sin embargo babregao[^] fe luncntai; que en este caso se trata tan solo del i[^]umm'te un'fragmento de, wálijiii y no de la «transcripción palabra por palabra <to.uMicu>».

proceso de «infantilización» lo explican por una resurgencia del Inconsciente. Y sin embargo podríamos muy bien dar cuenta de la aparición de comportamientos supuestamente «infantiles» por el propio dispositivo psicoanalítico.

Comenzaremos tomando nota del hecho de que en la mayor parte de los casos *el paciente idealiza el psicoanálisis*, sobre todo antes del tratamiento y durante los primeros meses de la cura. Mientras que la persona que se administra neurolépticos en general no habla ni hace **gala** de ello, el analizado no se priva de hablar de su cura, en especial en las recepciones mundanas. El individuo que es reconocido como digno del psicoanálisis sabe que en función de criterios culturales y financieros no todo el mundo puede pretender un «tratamiento» como el suyo. Su admisión al psicoanálisis él la vive como una promoción intelectual y social, y se imagina que tarde o temprano se abrirá para él una caverna de Alí Baba y que participará de un poder oculto. Así es como H. Doolittle lo describió en su diario, después de su primera sesión con Freud: «Quizá seré cuidada por un medicamento psíquico y voy a sustraer de su caverna un frasco precioso y sin nombre. Quizá aprenderé el secreto y me convertiré en una sacerdotisa provista del poder de la vida y de la muerte». En su libro *Mi análisis con Freud*, cuenta Kardiner que la idea que le pasó por la cabeza así que recibió la carta por la cual era aceptado para hacer un análisis didáctico fue que «así me era dada la ocasión de trabajar con el hombre que había abierto el camino hacia los misterios del espíritu humano» (p. 30). En el momento de comenzar su psicoanálisis, S. Blanton experimentó una ansiedad comparable a la de una joven que está a punto de someterse a su primer examen ginecológico. Escribe: «Ante la perspectiva de comenzar mi análisis, me invadió una gran angustia. Como un indicio anticipado de mi *resistencia*, me corté ligeramente en el dedo por la mañana, a la vez que sufría un malestar digestivo bastante intenso». (Aprovechemos la ocasión para observar cómo el futuro analizado, antes incluso de haberse acostado en el diván, interpreta ya sus más mínimos gestos en términos psicoanalíticos.)

Se observa con regularidad que *el paciente idealiza a su terapeuta*. Esta observación, que vale para toda clase de cuidados, se verifica de modo particular en el análisis. El sujeto imagina a su psicoanalista como al detentador de un poder casi mágico, como a aquel que sabrá mucho mejor que él mismo lo que va a decir. La sobrevaloración y la ausencia de crítica aparecen sobre todo en aquellos que han sido elegidos por los «Maestros» del análisis. Así era como Blanton le declara a Freud que «sin poner ninguna exageración en lo que digo, pienso que es usted una de las más grandes mentes de todos los tiempos. En la actualidad, usted y acaso Einstein son los dos mayores genios universales» (p. 83). Apenas llegó a Viena para su análisis, Doolittle encargó un grabado del venerado terapeuta. A las tres semanas de estar en Viena escribe: «El hermoso grabado del Profesor que poseo ahora se yergue encima de mi tocador. Se ha convertido en el "oráculo", como esa representación de Osiris que él me enseñó». Y sigue escribiendo en su diario: «Trabajaba bajo la dirección de la mente más distinguida de esta generación y quizá de mu-

chas otras por venir» (p. 132). Es inútil decir que con tales pacientes-discípulos la teoría establecida se vuelve a confirmar casi en cada sesión. ..

A veces sucede, sin embargo, que a esa admiración beata le sucede una aguda decepción y un insoportable *sentimiento de subordinación*. El analista es visto entonces como un juez, como un inquisidor o un explotador de la miseria neurótica. Hay elementos objetivos que inducen percepciones como ésta, y que el analista se apresura a interpretar como una «transferencia negativa». En efecto: es el analista quien decide los horarios de las sesiones y de las vacaciones; la duración, la frecuencia y el coste de las sesiones, así como los aumentos de la tarifa en el curso del tratamiento. Al contrario de lo que hacen otros profesionales de la asistencia, como lo son los médicos, los trabajadores sociales, etc., él nunca se desplaza, incluso cuando el paciente sufre de una agorafobia paralizante. Él es quien decide las posturas físicas: el paciente debe acostarse delante de él sin poder mirarle, mientras que él, hundido en su sillón, examina al analizado o a la analizada a su gusto y con toda tranquilidad mientras piensa en lo que quiere. Obliga a decirlo todo, y con preferencia las cosas más íntimas, pero sólo habla cuando le parece bien. No se supone que haya de responder nunca con claridad a una pregunta. Dispone de fórmulas rituales para devolverle al paciente todas sus preguntas: «¿por qué hace usted esta pregunta?», «¿y usted qué piensa de ello?», «es usted mismo quien debe analizarse», etc. Interpreta cuando le viene en gana y no cuando el paciente pide aclaraciones o consejos. Si el paciente quiere obtener revelaciones sobre los misterios que le habitan, debe mostrarse dócil, servil. Por otra parte, a cualquier discusión se le quita todo mordiente anunciándola como «resistencia» o «proyección de malos objetos internos», y cuando se intensifica la oposición, el analista guarda de manera obstinada un silencio de muerte o amenaza con ponerle un término al tratamiento de ese «inanalizable».

En *Les analyses parlent*, D. Frischer describió detalladamente el carácter fundamentalmente asimétrico de la relación analítica. Citemos algunas de sus observaciones:

Los pacientes no se atreven a quejarse o a rebelarse. «Ya por adelantado presienten la inutilidad que tendría hacer una cosa así, lo cual no se puede despegar del hecho de que están totalmente desprovistos de medios que puedan ejercer presión de manera eficaz sobre el analista. Por consiguiente optan por la resignación, por la pasividad, por la puntualidad, por la rebelión iantaseada o diferida hasta que la ocasión sea más propicia» (p. 133). «h.1 análisis aparece como una especie de juego que se desarrolla entre dos interlocutores con fuerzas desiguales. Uno es un ciego que intenta recobrar la luz, y el otro es un individuo enmascarado que se abriga tras una regla que él sólo conoce, que él sólo puede utilizar» (p. 163). «Todo sucede como si la alienación creada por el analista, el estado de dependencia permanente al que están sujetos ciertos pacientes, superasen muy de lejos la alienación impuesta por la obediencia a cualquier otra doctrina, ya sea ésta religiosa, rüosótica o política pero que por diversos aspectos se situase en el mismo plano que la subordinación impuesta por la utilización regular de estupefacientes o de alcohol» (p. 234). «Pues el drama del análisis es en efecto el

estado de dependencia absoluta en el cual están inmersos ciertos sujetos» (p. 301).

Es comprensible entonces la rabia del Hombre del magnetófono, que permaneció en análisis desde los 14 a los 28 años sin hacer ningún progreso. En el transcurso de la sesión en la que vino a pedirle cuentas a su analista, gritó señalando al diván: «¿Qué quiere que aprenda ahí encima? ¡Al contrario! Usted me ha desenseñado el gusto por intentar siquiera vivir con los demás o de enfrentarme con cualquier cosa de frente, ¡y ése es su problema! Es por eso que pone a la gente así, es porque no puede hacer más que endosarles sus problemas de padre de los que no se sale usted; y de sesión en sesión arrastra usted a unas víctimas así con el problema del padre» (1969:1.831).

El fenómeno de la transferencia, ya sea positiva o negativa, no tiene nada de misterioso. El «setting» analítico induce por sí mismo unos comportamientos aparentemente «infantiles». De hecho el paciente reacciona ante el analista por medio de la docilidad o de la protesta del mismo modo como reaccionaría ante un personaje que ejerciese una fuerte autoridad sobre él. En ciertos casos se comporta entonces igual como se había comportado con sus padres —éste es el proceso de «generalización del estímulo», pero su conducta actual no se explica siempre y necesariamente como la simple repetición de una actitud pasada.

La presión de la situación presente ofrece con frecuencia una explicación suficiente. Al igual que los sujetos de M. Orne y de S. Milgram (v. supra), los psicoanalistas están tentados de obedecer al maestro de ceremonias porque la obediencia es una conducta que generalmente merece una recompensa. Se convierten en agresivos y reivindicadores cuando la sumisión resulta estéril y contradice a su amor propio. Calificar de «transferencia de actitudes infantiles» a todas las reacciones de un ser que está desconcertado, ésa es una *justificación fácil* para el analista que quiere mantener un poder desorbitado y esconder a la vez su impotencia para dar ayuda eficaz.

Salvando algunas excepciones, la manera como un neurótico conseguirá llegar a ser más autónomo no será estando colocado en una situación de fuerte dependencia. Cari Rogers, que había empezado a formarse en el psicoanálisis, comprendió sin tardar esta realidad, razón por la cual sustituyó la posición de acostado por el «cara a cara», y la relación de subordinación del «analizado» por una relación que respetase más a la persona del «cliente». Y no pocos psicólogos y psiquiatras siguieron su

6. EL PSICOANALISTA COMO REFORZADOR a)

La experiencia princeps de Skinner

Una rata se encuentra en una caja en la que una palanca le permite obtener alimentos. Al comienzo el animal toca por azar las paredes y por fin la palanca. Luego de esto acciona el distribuidor cada vez más a menudo.

Esta situación es el ejemplo más simple de un comportamiento orientado hacia un fin. Ahí encontramos además los $\Lambda^{\wedge}m<*ntr<< \langle j \rangle Tn-inii >> H$ un esquema explicativo de una fecundidad sorprendente. Esa palanca es un *estímulo discriminativo*, esto es, un elemento en presencia del cual el sujeto reacciona; la presión sobre la palanca es un *comportamiento operante*, una acción del sujeto sobre su entorno con vistas a la obtención de ciertas consecuencias; el alimento es aquí un *reforzamiento*. El conjunto de las interacciones que se establecen entre las circunstancias, la acción y sus consecuencias reforzantes se llama las *contingencias de reforzamiento*.

Skinner demostró que la conducta depende de las incitaciones producidas por el medio y del efecto que la conducta es susceptible de producir. De este modo Kluge Hans golpeaba el suelo porque percibía ciertas señales y porque era recompensado cuando actuaba de esta manera. El individuo que participa sin saberlo en una experiencia de condicionamiento verbal habla de los temas determinados por el psicólogo porque es aprobado sutilmente cada vez que actúa en el mentido deseado. Se podrían multiplicar inrinitamente los ejemplos que demuestran que *el comportamiento es modelado por las consecuencias que tiene*.

b) *Los postes indicadores*

La conducta de un analizado, al igual que cualquier otro comportamiento, puede ser objeto de un análisis funcional en términos skinnerianos.

En la cura el paciente es invitado a «decir todo lo que le pase por la cabeza». Y de hecho, *las ideas que surgen son ya de entrada orientadas por las particularidades de la situación*. El sufrimiento —si se trata de un enfermo— o el deseo de entrar en la cofradía de los analistas —si se trata de un didac tizan te— canalizan el flujo de imágenes y de palabras. De una manera «espontánea» el analizado habla de los temas que sabe que son «analíticos»: su infancia, sus sueños, su sexualidad. Acostado en su diván, el estudiante no se pone a repetir sus lecciones, ni el ama de casa se pone a enunciar la lista de los productos que debe comprar en el supermercado... Esas sesiones cuestan demasiado dinero para dedicarlas a perder el tiempo.

Resulta entonces de lo más comprensible que J. Wortis escribiese, refiriéndose no más lejos que a su segunda sesión de análisis: «Le dije a Freud que experimentaba una imposibilidad para dejar flotar libremente mi pensamiento pues me sentía seguramente influido por su presencia y por lo que ella me hacía pasar por la cabeza: el sexo y la neurosis. El no *****» ningún comentario, y me dijo tan sólo que continuase. Me parecía algo evidente que nuestros pensamientos no pueden ser sino diferentes cuando de situaciones distintas se trata, y que ya la simple presencia de un psicoanalista tiende a hacer surgir electivamente ciertas ideas, ciertos recuerdos» (p. 34).

S. Blanton comienza su análisis de la manera siguiente: «Para empezar me detuve en el sentimiento de contrariedad que había experimentado por haberme presentado con retraso a mi sesión. Luego le dije lo contento que estaba de emprender mi análisis con él, pues siempre le había apreciado

extremadamente, mientras que ni Jung ni Adler me gustaban. Cuando Freud me preguntó por qué, le respondí que no hubiera sabido expresarlo con exactitud, pero que simplemente sentía así las cosas» (p. 15). Estas líneas ilustran a pedir de boca el hecho de que a menudo ya desde sus primeras palabras el analizado busca llamar la atención del analista para gozar así de sus favores.

Freud observó, aunque de manera incidental, que las asociaciones «ubres» del paciente se van moldeando según la teoría psicoanalítica. En el relato de la primera sesión del Hombre de las Ratas, escribe: «El enfermo causa la impresión de ser una persona clara y perspicaz. Al preguntarle sobre lo que le lleva a poner en primer plano las informaciones relativas a su vida sexual, responde que eso es lo que conoce de mi doctrina» (VII 384). Lamentablemente Freud no examinó esta cuestión más de cerca.

Al hilo de las sesiones el analizado se siente regularmente desamparado. Va recibiendo entonces algunas decisiones, más o menos sutiles, sobre el interés que tiene aquello que enuncia. El modelo arcaico de esas maniobras es aquel juego tan conocido del «caliente, caliente...».

El analista hace preguntas. Por ejemplo, en el relato de su 7.ª sesión, Wortis anota: «Volví sobre el relato de mi primera infancia. Freud me hizo algunas preguntas particularmente precisas sobre mis experiencias sexuales precoces.» Por su parte, el maestro vienes escribió que según su experiencia una pregunta bien orientada iluminaba a un hombre acerca de lo que ignoraba (IV 23). Sócrates ya lo había «demostrado»... Lo que todos los psicólogos y sociólogos saben hoy es que la respuesta a una pregunta está ampliamente determinada por la propia pregunta.

Discretos postes indicadores están constituidos por las *interjecciones* del tipo: «¡ah!», «¿ah sí?», y claro está, el famoso «mhm» sobre cuyo poder se hace inútil volver ahora. Vamos a limitarnos aquí a una nota de S. Blanton que aparece ya en su 5.ª sesión: «Estoy muy sorprendido por una manera especial que tiene Freud de producir un sonido con la garganta —una especie de gruñido, de exclamación no verbal—, de modulación en suma, destinada a manifestar su acuerdo o su simpatía con el paciente, pero sin interrumpir el flujo de sus asociaciones» (p. 26).

No es necesario que el analista haga uso de muchas palabras para establecer una comunicación con el paciente. Es lo que H. Doolittle observa en relación con Freud: «Una significación particular proviene de la más mínima de sus observaciones, del más insignificante de sus gestos» {3.ª sesión). Veamos un ejemplo: «Tranquilamente se quedará sentado, como un viejo buho en su árbol (...) En cierto momento extenderá bruscamente el brazo de una manera un poco alarmante, para insistir en algún punto. O bien entonces, convirtiendo la cosa en una "fiesta", se levantará para decir: "Ah, ahora hemos de festejar eso", y procederá al ritual elaborado, consistente en elegir y luego encenderse un cigarro» (p- 137).

Vamos a terminar este apartado citando un ejemplo de lo que sería un «poste fronterizo». Wortis se había puesto a hablar de Kraepelin, y entonces «Freud volvió a ponerse a golpear con los dedos como si teclease en la cabecera del diván, gesto que acostumbraba a hacer cada vez que

estaba impaciente o descontento» (p. 171). Este indicio bastaba evidentemente para reorientar en el «buen» sentido el tren de las asociaciones. ...

c) *Los reforzamientos positivos*

La explicación del comportamiento no puede limitarse al esquema «estímulo-respuesta», es decir, al examen de la situación que precede a la conducta. Hay que analizar también lo que le *sigue* al comportamiento, los elementos que ocurren como reacción a la conducta.

El analista no sólo proporciona indicaciones, sino que también concede a su modo «recompensas». Puede por ejemplo *felicitarse* al paciente que ha hablado bien o que ha interpretado adecuadamente.

El diálogo que termina la primera sesión de Kardiner con Freud ilustra muy bien este hecho: «Freud me interrumpió para preguntarme: "¿Ha preparado usted esta sesión?". Yo le respondí: "¡No! Pero ¿por qué me hace usted esta pregunta?" — "Porque esta presentación era perfecta. Quiero decir *druckfertig* ('tírese'), como se dice en alemán. Hasta mañana." Me dio la mano y me fui, encantado, impresionado por la idea de que "podía realmente retener su atención". Al separarme de él soportaba con gran dificultad la idea de esperar la sesión del día siguiente» (1977 :S9s).

Otro ejemplo: Hilda Doolittle, después de haberse analizado a sí misma un sueño en el transcurso de su sesión, oyó como el «Profesor» le decía: «Pero es usted muy inteligente», intervención que la poetisa comenta con garbo: «Pero no soy yo quien es inteligente. Yo no hago más que aplicar a mi propia ecuación algunos de sus descubrimientos» (p. 64).

Los reforzamientos más frecuentes son *pequeñas señales de atención*, como por ejemplo bajo la forma de exclamaciones por el estilo de: «perfectamente», o «exactamente», que Wortis observa en reacción a algunas de sus explicaciones durante su análisis con Freud. Y está evidentemente el famoso «mhm», que con ingenuidad relata S. Blanton con ocasión de su segundo fragmento de análisis:

«Una vez más quedo sorprendido por la aptitud de Freud para mostrarse a la vez totalmente distante y sin embargo amable, cálido y cordial. La manera muy particular con la cual manifiesta su asentimiento modulando unos sonidos inarticulados le da al paciente la impresión de ser escuchado con una gran atención —lo cual además es cierto—, el sentimiento de que su discurso tiene importancia y se encuentra de acuerdo con los puntos de vista del Profesor» (p. 68).

En un estilo más directo, una de las pacientes que cita D. Fischer declara: «Estaba muy preocupada porque el analista no se aburría, hacía esfuerzos de imaginación y de humor para que las sesiones no fuesen pesadas... Estaba muy contenta cuando él se reía... Al cabo de un cierto tiempo, debió encontrar que la cosa comenzaba a quedar bien» (p. 210).

El lector que relea según esta misma perspectiva el caso del pequeño Hans descubrirá, casi en cada página, hermosísimos reforzamientos

otorgados por un padre encantado de mandarle al famoso Profesor unas historias que confirman sus teorías. Vamos a ver algunas muestras de lo que decimos. Una mañana al levantarse, Hans fue a encontrar a su padre diciéndole: «Vamos a escribir alguna cosa para el Profesor» (VII 333), y luego inventó historias extravagantes. Otro día el chaval se puso a contar cosas de todo punto contradictorias, añadiendo luego: «de todas maneras está bien, para que se las podamos escribir al Profesor» (p. 307).

En el psicoanálisis *el reforzamiento más típico es la interpretación*. El paciente, convencido por adelantado de que sus dificultades provienen de los complejos soterrados en el fondo del Inconsciente, acoge la más mínima explicación como recogería una gota de agua un viajero en el desierto. El analista se toma todo su tiempo para destilar el precioso brebaje. Sigue el consejo de Freud: «No podemos comenzar a interpretar hasta que se ha establecido una transferencia segura, una relación regular con el paciente» (VIII 473). En otras palabras: es sólo cuando el analizado ha dado pruebas de sumisión cuando el analista puede, como dice también Freud: «intervenir espontáneamente para completar las alusiones y sacar conclusiones acerca de lo que el paciente no ha hecho sino rozar» (XV 12).

Las interpretaciones le permiten al analista enunciar en voz alta sus puntos de referencia teóricos, que devienen así inyecciones de concentrado de doctrina en el proceso asociativo.

Hay una técnica sofisticada que sirve para atrapar a los papanatas, y que es *la interpretación enigmática*. Los lacanistas han hecho de ella su especialidad. Lacan la justificó con gran habilidad: «este procedimiento viene a acercarse a la técnica que se designa bajo el nombre de *zen*, y que es aplicada como medio de revelación del sujeto en la ascesis tradicional de ciertas escuelas del extremo oriente» (1966:315).

El analista habla como un mistagogo; y el paciente se dice que aún no na negado lo bastante lejos en su análisis para comprender adecuadamente, usas intervenciones sibilinas son por lo general muy gratificantes; el paciente siempre saca de ellas «alguna cosa», sobre todo si puede discutir las con algún amigo que está más «avanzado» que él. Y en todo caso le dan la sensación de estar participando en un proceso (muy lento) de adivinación, for el Jado del analista la ventaja es enorme, pues de este modo no corre nunca el riesgo de equivocarse.

Observaremos de pasada que Freud había ya hecho uso de la técnica de la palabra enigmática. Kardiner relata (p. 111) que en la época en que hacía su análisis con Freud, uno de sus colegas, que había hecho su análisis didáctico con el maestro vienes, se había vuelto impotente con su mujer después de haberla engañado. Dejémosle la palabra a Kardiner: «Cuando su mujer llegó —cuando él no estaba ya en cura con Freud— descubrió que era impotente. Después de algunos intentos fue presa del pánico: "¿Cómo? ¡Impotente después de un análisis!" Completamente desesperado, se decidió por fin a escribirle a Freud para solicitarle una cita (no se podía tomar contacto con Freud por teléfono). Le hizo una breve descripción de su situación y de su embarazo. Freud le concedió una cita y escuchó su historia. Pensaba que Freud, torturado por los remordimientos, le volvería a tomar en aná-

lisis. Pero Freud no dijo ni una palabra durante toda la entrevista. Al acabar la hora, se levantó y le dio la mano como de costumbre diciendo: "*Und jetzt sehe ich dass Sie ein wirklich und anstandiger Kert sind*" ("Y bien, veo ahora que es usted todo un hombre") y le condujo a la puerta de salida.

• Todos los de nuestra banda que estaban aún en Viena fueron invitados a reunirse en un café de la Währingerstrasse para examinar lo que esta frase lacónica quería decir. La discusión duró horas. Pero llegamos finalmente a una conclusión plausible. Esto es pues lo que Freud había querido decir: hasta ahora —esto es, antes de su análisis— usted era poco más o menos un canalla. Después de su análisis tiene usted al menos la elegancia de ser impotente con la mujer a la que ha traicionado. Así terminó nuestra deliberación».

Podríamos comentar este relato, y en muy diversos sentidos...

d) *Las intervenciones aversivas*

El experimentador que quiere hacer desaparecer un comportamiento en una rata dispone de dos métodos: la descarga eléctrica (técnica punitiva) o la supresión de todo reforzamiento positivo (procedimiento de extinción). El psicoanalista dispone de los mismos procedimientos, pero hace uso de ellos de una manera más sutil y tomando en cuenta las particularidades de su sujeto.

Cuando el analista oye hablar de los temas que considera poco o nada interesantes, sólo discierne ahí unas «resistencias». Puede entonces recurrir a una amplia panoplia de estímulos punitivos: la entonación de la voz, un bostezo, una risa irónica, un silencio persistente, el acortamiento de las sesiones (esta técnica la puso de moda Lacan), la expresión de la cara al salir, la manera de dar la mano al despedir al paciente), etc. Puede incluso llegar a mostrarle su descontento y amenazar con ponerle un término a la cura. Así, después de un mes y medio de análisis, Wortis oyó corrióle decía Freud: «El análisis no progresa. No sé por qué. No hemos descubierto nada: todo es tan simple. Le propongo que sigamos probando, digamos durante dos semanas, y que si la situación no mejora lo dejemos» (p. 91). En el relato de esa misma sesión, Wortis sigue anotando: «Creo que declaró que yo tenía "resistencias caracteriales" (*Charakterwiderstände*). Esto era nuevo para mí, y esta observación sonaba de manera muy desagradable. "Espero que podremos continuar", dije. "Ya veremos como se presentará la cosa", respondió Freud» (p. 93).

Por regla general el analista es más discreto en su emisión de «estímulos negativos». Tras su 5.ª sesión Blanton escribe: «Hoy he dado muestra de una fuerte resistencia charlando de cosas superficiales. Freud me ha producido la impresión de estar aburriéndose un poco. Quizá no sea ésa la palabra apropiada, quizás es que no estaba satisfecho» (p. 25). El mismo analizado proporciona una hermosa ilustración del «procedimiento de extinción». En la 4.ª sesión Freud le declara: «Cuando alcancemos ~ niveles más profundos, no me quedaré tan a menudo silencioso, **le daré**

más de mí mismo» (p. 23). (Lo que es tanto como decir: hábleme de masturbación, de homosexualidad, de fantasmas de incesto y de matar al padre... y entonces oirá usted mi voz; si no lo hace mi boca seguirá estando cosida.)

Un hecho digno de ser notado: algunos pacientes no se atreven a abordar las cuestiones que se refieren directamente al analista, como por ejemplo la del montante de los honorarios. Frischer cita a una mujer que le confía: «La sesión cuesta 70 francos; si yo le doy a mi analista 100 francos, se niega a coger el billete y la vez siguiente debo pagar las dos sesiones a la vez. Por todas esas razones yo hubiese preferido pagarle por meses, pero es probable que todo eso para ella sea importante... Nunca me atreví a hablarle de ello» (p. 25). — H. Doolittle está constantemente paralizada por el temor a evocar ideas que a Freud le puedan fastidiar, como el antisemitismo, la vejez, la muerte (pp. 50, 52, 57, etc.). No pocas veces estos «comportamientos de evitación» —así se les llama en psicología— permanecen incomprensidos por parte del analista y a veces por el propio paciente.

e) *La diversidad de los programas*

El psicólogo designa como «programas de reforzamiento» las diferentes maneras que hay de proporcionar unos mismos estímulos. Experiencias muy bien controladas demuestran que la disposición de los reforzamientos importa tanto o incluso aún más que su cantidad. En consecuencia algunos comportamientos poco recompensados pueden mantenerse durante mucho tiempo si los reforzamientos aparecen de una manera intermitente o aleatoria. Las máquinas tragaperras son una buena demostración de ello... Y en el psicoanálisis, desde el punto de vista del paciente, las intervenciones del analista ocurren precisamente de esta manera. Una vez está bien instalado el comportamiento —ya se trate de jugar a la ruleta o de hablar acostado en un diván—, los reforzamientos pueden ir escaseando sin que por ello el sujeto abandone la partida. Se habla en este caso de un *programa de proporción variable, favorablemente dispuesto...*

f) *El reforzador reforzado*

Skinner cuenta una pequeña fábula que es particularmente instructiva. Un ratón le dice a su compañero de «tajo»: «mira qué bien condicionado está mi psicólogo; cada vez que aprieto la palanca, me da una albondiguilla».

El condicionamiento es por regla general un proceso que tiene un *feed-back*; de tal modo que el individuo que parece tirar de los hilos es a su vez condicionado. El niño que recibe de su madre unas señales de atención cada vez que llora es «reforzado» por ella para que llore, pero

recíprocamente, al dejar de llorar así que la madre lo coge en brazos, él la condiciona a actuar de ese mismo modo.

Un experimentador sólo puede modelar fácilmente a un sujeto cuando aquél va regulando sus intervenciones sobre las reacciones de este último. Los comportamientos del segundo, al orientarse según la dirección deseada por el primero, constituyen para éste unos refuerzos que le incitan a continuar reforzando de tal o cual manera... De este mismo modo, el psicoanalizado acaba ejerciendo cierto control sobre el analista. Así que el paciente ha captado qué temas hacen reaccionar al «reforzador», aquél va preparando sus cebos, de modo que «como por azar», los dos actores van volviendo a encontrar en el análisis todo lo que buscaban...

g) *El diván como Skinner-box*

Los psicoanalistas proclaman que su diván es el lugar de una liberación de la Palabra. Pero un estudio funcional de los relatos de las curas de los cuales disponemos demuestra por lo contrario que el diván es un lecho de Procusto. El paciente se encuentra, *mutatis mutandis*, en una especie de caja de Skinner; su «discurso» es un *comportamiento operativo*, una conducta controlada por las respuestas del analista. La frecuencia de la evocación de un tema se explica menos por un complejo subyacente que por el programa de los esfuerzos.

Algunos sujetos se llegan a dar cuenta de esta superchería que las más de las veces permanece inconsciente. Así por ejemplo J. Wortis, después de un mes de análisis le declaró a Freud lo siguiente: «Me parece que en presencia de usted me han sucedido muchas cosas, y también que he dicho muchas de ellas porque sentía que eso *concordaría* con sus ideas o con sus intereses. Y sé que usted está interesado en el material neurótico. Cuando estoy con un amigo al que le interesa pongamos por caso el socialismo, pienso en el socialismo y hablo de él» (p. 73).

Por su parte, Kardiner, en su libro *Mi análisis con Freud*, dice: «Al comparar mis notas con las de los demás estudiantes, me he dado cuenta de que la homosexualidad inconsciente, al igual que el complejo de Edipo, formaba parte de la rutina de un análisis» (p. 92). «Una vez que Freud había localizado el complejo de Edipo y conducido al paciente hasta su homosexualidad inconsciente, no quedaba ya gran cosa que hacer. Se desmadejaba el caso del paciente y se le dejaba que volviera a pegar las cosas juntas lo mejor que pudiese. Cuando éste no lo conseguía, Freud le echaba un cabo por aquí o por allá con el fin de alentarle y de apresurar un poco las cosas» (p. 125). Se comprende así esta observación de D. Frischer: «En el transcurso de algunas sesiones el sujeto toma consciencia de estar bajo el imperio de una voluntad extranjera, dominadora y poderosa, que le sustituye, y habla en su lugar» (P-232).

Un analista puede a veces llegar a querer abiertamente un lavado de cerebro. Citemos a título de ejemplo una carta de Freud a Pfister:

«Me *ensao* en este momento en *exigir* de él que se resista expresamente a la masturbación fetichista *con el fin de confirmar*, con aquello que le es personal, *todo lo que he adivinado* a propósito de la naturaleza del fetiche; él no quiere creer que esa abstinencia nos haya de conducir a ello» (11-4-1927; el subrayado es mío).

Por regla general, el nuevo Inquisidor se comporta de una manera infinitamente más delicada que su predecesor de la Edad Media. Bastan un clima de intimidad y una voz suave para hacerle «confesar» al neurótico una serie de conductas sexuales, perpetradas cuanto menos de forma fantasmática. No se puede condicionar cualquier comportamiento con cualquier cosa; sin embargo sí se pueden condicionar muchos con muy pocas cosas, *incluso sin tener intención de hacerlo*.

El analista no tiene la costumbre de ser muy hablador; pero ello no le quita un ápice de su poder. Cuanto menos habla, más importante llegará a ser la mínima de sus palabras para indicarle al paciente la dirección que ha de tomar para buscar («asociar») con el fin de encontrar la supuesta fuente escondida de los trastornos. El psicoanalista *sos- J*, tiene que él trabaja «a la medida»; pero en realidad sólo se dedica al «prêt-à-porter». A lo largo de las sesiones las asociaciones del analizado son digeridas lentamente por la teoría analítica, del mismo modo que la col que es absorbida por un conejo se convierte en conejo. Una parte, claro está, no es asimilable y resulta luego evacuada como «*Widerstand**».

Lo que el paciente dice en análisis está a veces en relación con sus verdaderos problemas, pero siempre estará en relación con los dogmas del analista. Éste filtra aquello que está de acuerdo con sus propias premisas y doblega las asociaciones del paciente a sus marcos de interpretación; el analista es por lo demás altamente responsable de los temas que van apareciendo. Las predicciones que formula ya desde las primeras sesiones se verifican porque son planteadas en el comienzo. El psicoanalista declara que una serie de fantasmas sólo aparecen *en la cura*: ello es exacto, pero olvida que es la situación quien los suscita y los modela.

Cuando las confesiones del analizado están de acuerdo con sus propios prejuicios, el psicoanalista dice que las resistencias "han sido vencidas y que la transferencia es positiva. El buen paciente es el buen ^{a!um-n?>} ^{ac3uel cu} y las palabras son el eco de la doctrina. El analista cree ser el espejo de su paciente, pero en realidad es el paciente quien ocupa el lugar del espejo. El analista se siente muy feliz cuando vuelve a encontrar en las palabras del analizado la escenificación que le había «apuntado»; y cada día está más convencido de ser el detentador de la Verdad. No puede comprender cómo los analistas en ejercicio de las demás Escuelas (la junguiana, la adleriana, etc.) puedan llegar a observar otra cosa. Olvida que los pacientes de estas últimas fueron «programados» tanto como él programa a los suyos. De modo que el material que «sale a la luz» dice tanto o más sobre el reforzador que sobre el sujeto. La cura es un «role-playing» inconsciente: el paciente desempeña el papel que se le apunta. Al paciente lo acuestan en el diván para mejor tomarle el pelo...

Un último punto. En el diario de su análisis, H. Doolittle escribe,

dos semanas después del inicio de la cura: «Quizá Freud se ha dado cuenta de que yo estaba haciendo esfuerzos para transformar en acontecimientos dramáticos una historia que no era en resumidas cuentas más que una "atmósfera"..."» (p. 82). Por su parte Wortis anota después de un mes de análisis: «En este estadio he comenzado a examinar seriamente la marcha de este análisis, y me ha quedado la impresión de que se tomaban simples cerrillos por montañas» (p. 73). El principal inconveniente del condicionamiento sufrido por el analizado es que este ultrnio busca generalmente en una dirección inadecuada y que concede a menudo gran importancia a unos elementos que no son determinantes. Asistimos entonces a una *patologización de lo cotidiano* y a una complicación nefasta de una existencia que ya es de por sí problema-

h) ¿Quién simplifica?

El científico no tiene la ambición de decirlo todo. Tampoco el poeta ni el filósofo se proponen hablar más que de un aspecto de las cosas. Freud, tal como lo hace todo el mundo, simplifica: para él, el cariño para con la esposa no es más que un amor clandestino por la madre: «descubrir el objeto —escribe— es en definitiva volverlo a encontrar» (V 123).

El psicólogo científico formaliza los aspectos del comportamiento que se prestan a un análisis objetivo. No tiene ninguna dificultad en reconocer la importancia de las conductas imaginarias y simbólicas, pero al analizarlas se centra en los datos que son susceptibles de control. Sus abstracciones tienen a partir de ahí una gran ventaja sobre las de Freud, y es que permiten unas predicciones más precisas y una acción más eficaz sobre los factores realmente importantes de la conducta neurótica.

Cuando examina la dinámica de un tratamiento psicológico, el psicólogo tiene una visión mucho menos simplista que la del psicoanalista, pues este último se centra únicamente sobre uno de los dos actores, sobre el paciente. A causa de ello el psicoanalista le atribuye al «aparato psíquico» del analizado aquello que resulta de una sutil interacción entre dos personas que se encuentran en un marco particular. Algunas veces el psicoanalista sí se pregunta acerca de su Deseo, pero no examina nunca de manera objetiva cómo son reforzados por el paciente hasta sus más mínimos comportamientos, y de qué manera éstos tienen un valor reforzador para éste. Por su parte el psicólogo lo que intenta es poner en evidencia el funcionamiento de los elementos estructurales que, en las acciones y en las *retro-acciones* se muestran como los más decisivos...

7. EL CASO DEL ANÁLISIS DIDÁCTICO

*Bene, bene, bene, bene responderé:
Dignus, dignus est intrare In nostrum
docto corpore Bene, bene responderé.*

MOLIERE, *Le Malade imaginaire*.

El análisis didáctico, la pieza maestra de la formación del psicoanalista, merece una mención especial pues en él la mente, el espíritu, es labrado y formado mucho más profundamente que en los análisis terapéuticos.

Recordemos que la necesidad del didáctico no se afirmó sino muy lentamente. En 1912 Freud rindió homenaje a la Escuela de Zurich por haber formulado la exigencia de ese tipo de análisis (VIII 382) pero en 1914 escribe todavía que «uno puede hacer su propio psicoanálisis gracias al análisis de los propios sueños», con la única condición de que uno sea «un buen soñador y no demasiado anormal» (X 59). Finalmente, en el Congreso de 1922, el análisis didáctico se convirtió en una de las condiciones del reconocimiento del título de analista por parte de la Asociación Internacional. El sistema de cooptación quedaba así generalizado.

Como siempre lo mejor que uno puede hacer para no dejarse embaucar por los argumentos de autoridad consiste en examinar los hechos concretos. Veamos pues por ejemplo el análisis de S. Blanton. Este didactizante escribe después de su 6.^a sesión:

«Sesión muy interesante la de hoy. En medio del análisis de un sueño, Freud me ha preguntado: ¿Sabe usted por qué opone una resistencia tan fuerte?

»—No, a menos que este sueño esté en relación con mi vida sexual, le respondí.

»—Es más bien con su análisis con lo que se encuentra en relación, me dijo Freud. Me di cuenta de que en los sueños el automóvil simbolizaba muy a menudo el análisis» (p. 27).

Este fragmento de análisis didáctico muestra cómo el candidato al título sale al encuentro de las explicaciones de su instructor («¿está en relación con mi vida sexual?») y hasta qué punto puede estar convencido por adelantado de la teoría y de las interpretaciones simbólicas, incluso de las más rápidas. En el caso que hemos citado, Blanton acepta las equivalencias siguientes: automóvil = cura; conductor = psicoanalista, y concluye, en la misma sesión: «Una vez más he quedado sorprendido por la soltura y la suavidad de Freud. No ejerce ninguna presión. Resulta extraño oírle enunciar afirmaciones categóricas; y cuando llega el caso de hacerlo, lo hace en un tono que nada tiene de perentorio. Sí, me siento a gusto con él» (p. 27).

Se llega a ser psicoanalista del mismo modo que se entra en una

secta. Para ser admitido a los misterios el futuro iniciado debe hacer un acto de sumisión; Freud se lo recuerda con toda claridad a J. Wor-tis después de tres meses de análisis: «Tiene usted que ir aprendiendo a absorber ciertas cosas y a no discutir las. Tiene usted que cambiar de actitud (...) Acepte lo que se le dice, reflexione sobre ello, y digié-ralo. Ésta es la única manera de aprender. Hay que tomarlo así o dejarlo correr» (p. 128).

Para entrar en la torre de marfil del Inconsciente freudiano no hay que hacer experimentos, o demostraciones, lo que hay que hacer es sentirlo, asimilarlo y creer en ello. La iniciación sacramental consiste en una lenta y muy costosa purificación. De este modo vemos lo que dejan sobrentender estas palabras de Freud referidas al rito de entrada: «El resultado del análisis didáctico se alcanza así que éste le ha permitido al alumno convencerse firmemente de la existencia del inconsciente, cuando le ha aportado, gracias a la emergencia de lo reprimido, unas percepciones que, fuera del análisis, parecerían increíbles» (XVI 95). En otros términos: «aparece el discurso verdadero», y el didáctico termina cuando el novicio está persuadido de la doctrina y reformula su vida entera a partir de ella.

En la época en que A. Ellis era aún psicoanalista, reconocía ya que «los jóvenes analistas pueden quedar en exceso influidos por sus analistas didácticos y pueden inconscientemente, o conscientemente, dedicar la mayor parte de sus años de práctica subsiguiente a poner en acción los puntos de vista de sus analistas didácticos. Algunas nociones relativas a la teoría y al tratamiento fuertemente sesgadas, y a veces totalmente falsas, pueden así perpetuarse» (1950:102). De hecho no tendríamos que hablar aquí de algunos analistas, sino más bien de una tendencia general de la cofradía.

Es digno de ser notado que las grandes variaciones de teoría en el psicoanálisis se hubiesen producido ante todo entre los primeros discípulos de Freud, en una época en la que los didácticos eran cortos y poco exigentes. Una vez que las doctrinas (freudiana, junguiana, kleiniana, etc.) quedaron emplazadas en sus puestos y una vez que el 'rito iniciático se hizo más costoso, la abundancia de teorías se detuvo. Y en 1939 Politzer podía ya señalar: «los trabajos psicoanalíticos no hacen más que dar vueltas sin ton ni son, rumiando constantemente los mismos temas» (Reed. 1969:283).

El didáctico y la supervisión deberían en principio reducir «la ecuación personal». Lo que sucede de hecho es que el discípulo va moldeando su «nebulosa interior» hasta el momento en que su *gurú* le consagra como psicoanalista. El aprendiz deviene **dignus intrare* cuando «responde bien», cuando su condicionamiento es suficiente, cuando la autosugestión sustituye o completa la sugestión. Por el hecho de que es el analista didacta quien decide el momento del acceso al sillón lucrativo, los alumnos no se encuentran muy animados a contradecirle. Muy al contrario, algunos de ellos llegan a aceptar cualesquiera arreglos y compromisos. Veamos un ejemplo. A. Kardiner anota en el relato de su didáctico: «Tenía miedo de Freud, temía que descubriera mis agrfs

sividad escondida. De modo que hice una alianza muda con Freud: "Yo seguiré siendo dócil mientras usted me conceda su protección". Si él me rechazaba, perdía para siempre cualquier posibilidad de entrar en el círculo mágico de la profesión. Pero este acuerdo tácito tuvo como efecto el de mantener escondido para mi analista todo un aspecto importante de mi personalidad» (p. 90).

No cabe duda de que Lacan no creía sino estar diciéndolo de la mejor manera posible al designar como «*passe*» el rito de clausura del didáctico. Quien ignore hasta dónde llegan semejantes prácticas puede leer el informe de Jeanne Favret: «El día 22 de marzo pasado dejé la "Ecole Freudienne de Paris". Algunas semanas antes, una analista de la Escuela cuya vitalidad, cuya risa y cuya insolencia siempre me habían gustado, se había callado poco después de haber sido atrapada, como tantos otros, en esa máquina de moler sujetos a la que se llama la "*passé*" (...) La *passe* sólo puede producir alumnos, muertos o locos» (1977).

De modo que el didáctico es una empresa muy exigente, en tiempo, en dinero y en derroches de orden psíquico. Se requiere que el candidato entregue su vida íntima, que desnude toda su personalidad y dé prueba de sumisión. Este rito de iniciación se desarrolla a lo largo de un número de años que oscilan entre cuatro y más de diez,* y exige unas sumas de dinero considerables. Un ejemplo de los que da D. Frischer muestra cómo circula el dinero en la mafia de los analistas parisinos: «Un médico joven heredero de unos cincuenta millones y que estaba en análisis con Lacan, confiesa estar pagando 400 francos por sesiones de diez minutos. Acude al análisis, en períodos en los que algunas cosas particularmente importantes emergen del inconsciente, hasta unas diez veces por semana, lo cual representa una suma que puede llegar a alcanzar dos millones de francos antiguos por mes de análisis» (1977:246).

La teoría de la disonancia cognitiva permite predecir que un individuo le concederá tanto o más valor a su iniciación cuanto más difícil y costosa haya sido ésta. Aronson y Mills realizaron unas hermosas experiencias que demuestran que esto es así exactamente: una posición social tiene tanto más prestigio, a los ojos del beneficiario y de su entorno cuantos más padecimientos suponga ésta; y la fidelidad a un grupo es tanto más fuerte cuanto más difícil haya sido la adhesión. No habremos pues de sorprendernos de constatar que el analista «está integrado en su Sociedad de una manera más indisoluble de la que un Pitagórico, un Estoico o un Epicúreo podían estarlo en sus propias organizaciones» (Ellenberger: 466).

Entre los «refuerzos» de la docilidad durante el rito de iniciación podemos anotar: el placer de volver a encontrar en sí la teoría aprendida en los libros, el sentimiento de estar circulando en las altas cimas

8. Cf. D.E.A. (1977); o también declaraciones de analistas, como por ejemplo Winnicott, quien escribe que estuvo en análisis con E. Jones durante 10 años antes de estarlo con J. Rivière durante algunos años más (1970:140, 146).

de la cultura y superar los tabúes colectivos, la perspectiva de poder un día instalarse en el sillón mágico y sacar de ello unas sustanciales ganancias... Una de las gratificaciones más importantes del didáctico es sin duda el sentimiento de una clarividencia excepcional. Este convencimiento es tal que Jung sacó provecho de él para atreverse a enfrentarse con el propio fundador del psicoanálisis. Al observarle **Freud uno de sus lapsus**, respondía: «Ya no estoy neurótico en absoluto — ¡ya gusto! En efecto me hice analizar *lege artis* y de manera humilde, **lo cual** me vino muy bien. Usted sabe perfectamente hasta dónde puede llegar el paciente en su autoanálisis; no sale de su neurosis — como **usted**» (18-12-1912). La respuesta de Freud muestra que Jung había tocado **así** el punto más neurálgico: «Aquel que, al tiempo que se conduce de manera anormal, grita sin cesar que es normal, despierta la sospecha de que le falta la intuición de su enfermedad. Le propongo pues que rompamos del todo nuestras relaciones privadas» (3-1-1913).

En 1924 le fueron aplicados por parte de Freud a Rank un mismo tipo de argumentos cuando éste desarrolló unas ideas que eran contrarias a la doctrina establecida. Jones relata: «En una carta a Rank, Freud había sugerido de manera más bien imprevista que no hubiese escrito su libro si hubiese estado analizado, porque entonces habría temido introducir sus propios complejos en su teoría. Oído lo cual Rank respondió furioso que según lo que había podido ver por los analizados formados por Freud, se consideraba feliz por no haber sido nunca analizado. El comentario de Freud fue: "Esto es algo que lo supera todo"» (III 77). Y cuando en la misma página leemos que «diez meses antes Freud había declarado que en los quince años durante los cuales había conocido a Rank, apenas si le había pasado por la cabeza que Rank tuviese necesidad de un análisis», entonces comprendemos que el argumento del didáctico no es sino un medio de tener siempre la última palabra.

8. HOMO PSYCHOANALYTICUS

En el curso de un *one-man-show* televisado, J. Lacan declaraba: «El inconsciente ex-siste [al discurso analítico] tanto más cuanto que por testificarse con claridad sólo en el discurso de la histérica, en cualquier otra parte sólo encontramos de él un injerto: sí, por sorprendente que parezca, incluso en el discurso del analista, donde lo que se **hace** de él es cultura» (1973b:26).

En buen francés (traducido al buen castellano), eso significa: 1. El discurso psicoanalítico sólo aparece con claridad en las histéricas. La cosa no nos sorprende demasiado. Freud elaboró su teoría a partir de la observación de algunas histéricas y por otra **parte** las **histéricas son** los camaleones de la psicopatología, siempre dispuestas, para seducir al terapeuta, a jugar su juego y a confirmar sus teorías. 2. «En **cualquier** otra parte sólo hallamos de él injerto», **esto es**, porciones **implantadas a posteriori**. «Incluso el discurso del analista» no hace sino reflejar la

«cultura», es decir, la ideología propagada por Freud y por sus acólitos.

Más de un lacaniano se sentirá incomodado por jñi «lectura» del enunciado del gran Pontífice... Una de las astucias de Lacan y de sus devotos consiste en recurrir a una fraseología contorsionada que permite replicarle a cualquiera que haga objeciones que cada palabra significa precisamente otra cosa de lo que parece decir. Sea como fuere —y Lacan no es el primero en reconocerlo— el psicoanalista no condiciona solamente a su paciente y futuro correligionario: modela además el «discurso» de una cierta intelectualidad y, con un cierto desfase, la psicología del hombre de la calle. Hoy esta supuración ideológica es particularmente acentuada en los países francófonos, en especial el mío, Bélgica. Encontramos los conceptos analíticos tanto en los parloteos del proletario como en el gracejo de los que van a gastar las suelas de sus zapatos por los salones. Por supuesto el mundano está mucho más evolucionado que el proleta: prefiere decir «forcuido» antes que «reprimido»; le hace asquitos a palabras como «liberarse», pero tiene gran afición a decir «*acting out*» o «pasaje al acto»; ya no tiene «complejos de inferioridad», sino que «asume penosamente la herida narcisística de la Castración y de la hiancia originaria»; ya no satisface su «instinto» o su «necesidad» sexual, sino que le hace cosquillas al «*Trieb* que le habita» o al «Deseo que lo estructura»; su mujer sufre menos de una «envidia del pene» que de una «privación del Fallo»... Todos sin embargo, tanto el snob como el ingenuo, están dispuestos a invocar el complejo de Edipo para explicar la impotencia sexual, la homosexualidad e incluso las dificultades escolares. Casi todos ellos ignoran los desarrollos recientes de la psicología científica y las explicaciones alternativas que propone. Cuando leen en *Le Monde de l'Education* (suplemento de *Le Monde* dedicado a la educación) que Frangoise Dolto (1979) declara sin emitir reserva alguna que «aburrirse en la escuela es un signo de inteligencia», no se preocupan lo más mínimo de saber si la famosa psicoanalista compara a los niños que se aburren con los que les gusta la escuela, y cómo evalúa ella la «inteligencia» (Obsérvese que Dolto no dice: «un niño puede aburrirse en la escuela y ser inteligente», lo cual es una observación banal. Para ella el aburrimiento es aquí el «signo», la prueba...).

El diván sobre el cual algunas histéricas vienesas de la clase acomodada estuvieron conversando con un psiquiatra nacido en 1856, fue el crisol de la psicología más popular del siglo xx. Y gracias a los medios de comunicación de masas el lenguaje psicoanalítico se ha convertido en el sistema de etiquetado a través del cual se perciben los conflictos pedagógicos, conyugales y sociales. Paradigma que domina a las ciencias humanas, el freudismo orienta un número infinito de prácticas sociales, que van desde la crítica literaria a la enseñanza de la pastoral. Si definimos el «complejo» como un esquema perceptivo que deviene la manera de explicar una sensibilidad electiva y una manera típica de reaccionar ante una clase de situaciones, podemos entonces decir que los psicoanalistas han logrado crear un sorprendente y pasmosa com-

piejo, del que los propios psicoanalistas obtienen en la actualidad unos sustanciales beneficios.

Aquel que no es especialista en este tipo de cuestiones cree que el complejo de Edipo es un hecho del mismo orden que el electrón: no es visible, pero se ha inferido su existencia «científicamente». Toma pues conciencia de él a través de los indicios más estrafalarios, incluso a riesgo de complicarse peligrosamente la existencia. El psicoanalista entonces encuentra por todas partes sus esquemas y se frota las manos. Así lo que se instaura es *un círculo vicioso*; y se hace muy difícil salir de él.

A decir verdad, la retroacción de una teoría sobre los hechos en los que se basa se puede observar en todas las ciencias humanas. Las ideas presentadas como observaciones verídicas se convierten en realidades que ejercen luego una influencia sobre el curso de los acontecimientos. Las predicciones de los expertos tienden a realizarse por el simple hecho de que han sido enunciadas. Y en nuestros días la ilustración más sorprendente de esta circularidad la constituyen el psicoanálisis y el marxismo.

Entre las concepciones psicoanalíticas más particularmente nefastas se cuenta la subjetivización que procura de todos los problemas humanos. Los marxistas y los sociólogos científicos, los psicólogos behavioristas y existenciales, están todos de acuerdo en denunciar aquí un repliegue hacia las «profundidades abisales» y la huida hacia un mundo imaginario.

Los especialistas del hecho social le achacan sobre todo el disfrazamiento de realidades cotidianas tales como el tcaabajo y la explotación. Al interpretar toda reivindicación como el subproducto de las dificultades propias del sujeto, el psicoanalista neutraliza la dimensión sociopolítica y se hace cómplice de las clases intelectuales que están en el poder. Un ejemplo típico de esta interiorización de los problemas es *L'Univers contestationnaire*, obra publicada bajo el seudónimo de A. Stéphane por dos psicoanalistas, de los cuales uno parece ser en efecto J. Chasseguet-Smirgel, la presidenta de la Société Psychanalytique de París. Todos los disgustos que manifiestan los estudiantes se ven ahí reducidos al complejo de Edipo o a una fijación en el estadio sádicoanal. Veamos una pequeña muestra de esta prosa edificante:

«Todo lo que está encarnado, todo aquello que es visible, palpable, en una palabra, todo lo que es *existente*, participa de la analidad (p. 112). El factor "analidad" es el organizador de la vida social y técnica del individuo y toda creación se construye sobre la analidad (...). La analidad es el fundamento de toda construcción material o mental. Podemos pues considerar a esta pulsión como la energía que preside nuestras obras más cabales y más sublimes» (p. 261).

Uno de los reproches principales que le son formulados al psicoanáli-

sis por los psicólogos se puede resumir en la historia de la joven que le respondía a la amiga que le preguntaba si estaba verdaderamente enamorada de su último flirt: «¿Cómo quieres que lo sepa? Mi psicoanalista está de vacaciones»... Los psicólogos estiman que el sujeto se constituye por una parte a imagen de lo que cree ser y que la concepción freudiana aparece, en este contexto, como de las más negativas que puedan existir. «Todo se juega a los seis años»; «el Yo no es más que una pobre cosita (em *armes Ding*)», todos los problemas de comportamiento no son sino la parte emergente de un inmenso Inconsciente; y sólo una cura analítica larga y costosa puede modificar un poco la estructura *profunda* —porque claro, la curación de los síntomas es sólo una engañifa—: todas estas concepciones van acostumbrando al individuo a imaginarse a sí mismo como el juguete de fatalidades internas que a él se le escapan y que sólo un experto puede revelar. Estas teorías alienan psicológicamente y alimentan la mala fe de aquellos que se convierten luego en insoportables para los demás. Freud no se daba cuenta de la razón que tenía cuando le confiaba a Jung: «Les llevo la peste».

VII MISERIA DE LA

INTERPRETACIÓN PSICOANALÍTICA

'La lengua, poco más o menos sea la que fuere, es goma de mascar.»

J. LACAN, 1977:9.

1. LA INTERPRETACIÓN SIMBÓLICA

Todos y cada uno hacemos uso de símbolos, tanto en la conversación corriente como en los sueños; y mucho más aún: el conjunto del lenguaje puede ser considerado como un sistema simbólico... Entendido en sentido estricto o en sentido amplio, el símbolo resulta ser hasta tal punto consustancial con el psiquismo que se ha podido definir al hombre como un «animal simbólico». En este punto, como en tantos otros, las aportaciones específicamente psicoanalíticas resultan mucho más contestables que las ideas que el mismo Freud y sus discípulos tomaron prestadas y cuyo origen se remonta a la antigüedad.

Volvamos al ejemplo *princeps* del psicoanálisis. Anna O. sentía una gran repulsión por la bebida; Breuer descubrió que su asco se podía explicar por un acontecimiento pasado: al entrar en la habitación de su aya la joven había visto como un perro bebía en un vaso de agua, lo cual le dio mucho asco. El psicólogo no tiene dificultad alguna en aceptar la idea de Breuer según la cual la hidrofobia era el «símbolo» del incidente traumático; pero ese mismo psicólogo se convierte en el más acérrimo de los escépticos cuando es Freud quien entra en escena.

Vamos a seguir pues con el mismo caso clínico. Breuer relata que su paciente tuvo una especie de alucinación. Mientras estaba sentada a la cabecera de su padre, ocupada en sus ensoñaciones, Anna O. había creído ver una serpiente negra dirigiéndose hacia el anciano con intención de morderle. Breuer precisa que el material de esa fantasía lo proporcionaba con toda probabilidad el miedo que la joven sentía por las serpientes que se encontraban en el campo situado detrás de su casa (S.E., 2:38). En 1914, cuando Freud volvió a evocar este caso famosísimo, redujo todos los síntomas a una cuestión sexual. Y su argumento principal era ¡precisamente esta fantasía! Freud escribió entonces **que** la experiencia adquirida en veinte años de psicoanálisis no dejaba nin-

guna duda acerca del simbolismo sexual de la serpiente (X 49). Pero en realidad, esta «experiencia adquirida durante veinte años» no parece ser sino la interpretación de algunos sueños. En su *Traumdeutung* (*La interpretación de los sueños*), Freud explica que el pene puede ser simbolizado por diversos animales (peces, lagartos, etc.), y que el más típico de todos los símbolos es la serpiente (II 362). Y hace aún la precisión de que el miedo intenso a las serpientes tiene siempre un sentido sexual (II 352).

¿Hay que interpretar esta clave interpretativa? ¿Por qué no se podría más bien argumentar diciendo que por el hecho de que el miedo a las serpientes es más universal y más precoz que el miedo al pene; y que a causa de ello el miedo al pene proviene del miedo a las serpientes y no a la inversa? En cualquier caso es algo muy bien establecido que a partir de los tres años, tanto los niños como los monos tienen miedo de una serpiente pero no de un pene (Marks, 1977).

Los símbolos que aparecen en las leyendas, en las expresiones artísticas o en las manifestaciones religiosas «dan que pensar» (Ricoeur). Ayudan a explicitar significaciones existenciales primordiales: el Bien y el Mal, el Amor y el Pecado, la Vida y la Muerte... En el psicoanálisis, por el contrario, los símbolos son concebidos como máscaras, pantallas, mentiras; disimulan siempre un deseo, que prácticamente es siempre el mismo. Es un eufemismo la afirmación de Laplanche y Pontalis: «Si bien los símbolos descubiertos por el psicoanálisis son muy numerosos, el campo de lo simbolizado es muy limitado: el cuerpo, los parientes consanguíneos, el nacimiento, la muerte, la desnudez y sobre todo la sexualidad (los órganos sexuales, el acto sexual)» (1967:479). De hecho, Freud y sus alumnos fueron interpretando cada vez más comportamientos, y *finalmente ya todos ellos*, como expresión deformada de una sola e idéntica realidad: la sexualidad.

¿Qué representaba el caballo para Juanito? Según el psicoanalista: a la madre encinta, al padre a quien hay que matar, o a «las heces que salen del trasero». ¿Qué significa «en el inconsciente» un coche? Un símbolo sexual, dice Freud (II 697); el pene, repite M. Klein (1932:81); un «símbolo fálico materno», precisa G. Mendel en 1969 (p. 209). Para todos los freudianos la palabra «madre» evoca de manera irremediable el incesto, tal y como la palabra, «padre» evoca la Castración. Podríamos recordar aquí la historia de aquel psicoanalista al que le preguntaron qué significaba el hecho de soñar con un pene, y que respondió, después de madurada reflexión, que esta imagen debía ser un símbolo fálico...

Los psicoanalistas se creen que están haciendo explícito un sentido latente, pero lo que hacen en la mayoría de los casos es introducir un sentido nuevo, de una desoladora monotonía. Escuchándoles tenemos la tentación de tomarnos en serio lo que decía el sociólogo americano W. Whyte:

«Algún día habrá alguien que causará sensación proponiendo un nuevo instrumento de estudio del hombre, al que llamará "técnica del valor nominal". Esta técnica estará fundada en la idea de que los hombres hacen lo que hacen casi siempre por las mismas razones por las que ellos creen que lo hacen. Esta técnica hará caer a muchos en no pocas trampas —¿no es evidente que la gente no siempre actúa lógicamente y que no siempre dicen

lo que piensan?— pero me pregunto si conducirá a unos resultados **que** tendrán un valor inferior a los del método opuesto» (p. 55).

Es de todo punto evidente que **algunas actividades pueden servir para** relegar en la sombra ciertas dificultades afectivas. **De este modo por** ejemplo una mujer que tiene miedo del coito puede polarizar su atención hacia la educación de los niños. En este caso **el afán pedagógico** parece excusar la resolución de un problema sexual. Se **puede prever** que en ausencia de una confrontación efectiva y progresiva con **esta** problemática, la ansiedad que con ella se relaciona no podrá sufrir «extinción» alguna. Lo que de todos modos me parece superfluo **e** incluso falaz es aplicar aquí la sempiterna equivalencia freudiana **del niño y el pene** (cf. X 404).

Los psicoanalistas creen en la existencia de símbolos permanentes. Freud (XVI-86) y Jung llegaron a afirmar que su conocimiento se transmite hereditariamente. Es bien cierto que hay ciertos símbolos **cuyo** sentido es *relativamente* permanente a través de la historia **de** la humanidad. De este modo el Agua y la Mujer representan a menudo —**pero** no siempre— la Fecundidad; la imagen de la serpiente **simboliza de** manera regular la perfidia (pero no es en virtud de este sentido **que** la serpiente les sirve de emblema a los médicos **y a los farmacéuticos...**). Pero lo cierto es que la significación de los **símbolos es algo que se** aprende. El contacto con unas mismas situaciones puede **sugerir unas** significaciones semejantes, pero en definitiva se observan unas **muy** amplias variaciones de sentido según los pueblos y según **los** individuos. El coito puede ser vivido esencialmente como transmisión **de** la sustancia vital, pero puede aparecer también como **el signo por excelencia del** amor y de la ternura; en otras ocasiones **puede presentarse como un** ataque, como una intrusión, una manifestación **de violencia...** **Un mismo** objetivo puede, para una misma persona, tomar unas significaciones distintas según cuál sea su edad o la **variedad de las situaciones. Pero en** todo caso es injustificado remitir todos esos sentidos a un único **e** idéntico esquema.

Cuando se quiera interpretar en términos simbólicos una **imagen de** un sueño, un gesto o un síntoma, se debe: 1, *examinar cuidadosamente todo el contexto*, 2, *proponer unas interpretaciones alternativas*, 3 *formular implicaciones que sean concretamente verificables y falsables*

Vamos a ilustrar este último **punto. Freud supone que el miedo a** las serpientes no es en el fondo sino un **miedo al pene. Si esta equivalencia** fuera exacta deberíamos **observar que** las mujeres que no tienen miedo a ver de cerca un pene no **sienten tampoco** emoción alguna al encontrarse con una serpiente. **En efecto, no se comprende p**¿qué el significante habría de ser más **horripilante que el significado** Creo que la mujer que teme a **la** serpiente **pero no al pene dū*aut** tiene miedo de ser mordida. Esto es **justamente lo que de**XaU e^S Hans en re adón con los caballos. **Para el psicoanalista esta**

2. EL PENSAMIENTO POR ANALOGÍA

El espíritu científico debe luchar sin cesar contra las imágenes, contra las analogías, contra las metáforas.

BACHELARD, 1947:38.

A partir de semejanzas en algunos rasgos parciales, el psicoanalista concluye en la existencia de unas identidades de naturaleza en el nivel de la «estructura profunda». La comparación se convierte así en una razón de peso.

Freud escribe por ejemplo: «La neurosis es una religión individual; y la religión es una neurosis obsesiva universal» (VII 139). Un psicoanalista católico por ejemplo se niega a establecer esta equivalencia, pero sí puede aplaudir cuando su colega declara: «El oficio más viejo del mundo es tanto el de madre como el de puta; el uno se aplica al otro como un calco. Esta hipótesis de trabajo se verifica, como voy a intentar mostrarlo, tras la lectura atenta del texto de Freud».¹

El razonamiento analógico no conoce casi límites. Quiriendo demostrar que hay 4 vectores pulsionales en el ser humano, un psicoanalista, que fue presidente de la «École Belge de Psychanalyse», llegaba a invocar: «los cuatro puntos cardinales y las cuatro estaciones (que hay que ordenar por lo que parece así: N.-E.-S.-O., y desde el invierno al otoño), caso que es hoy de los más elocuentes de una doctrina que pudo permanecer durante siglos siendo capital entre todas: la de los cuatro elementos (el agua, la tierra, el fuego y el aire)».² Afortunadamente en el mismo texto tiene buen cuidado de distinguir su manera de razonar de la que tiene la psicología, que es calificada de «disciplina en la que no se da ningún derecho ni a la estricta teoría ni a la práctica efectiva» (p. 148). Algunos años más tarde el mismo psicoanalista, al haberse dado cuenta de que la patología mental comporta «tres dimensiones primordiales», argumenta en estos términos: «Entre las tríadas que son homologas al triple "nivel" psiquiátrico, vamos a evocar simplemente aquí, desde el psicoanálisis pasando por la psicología, a una fenomenología de lo humano y del ser, aquella que podría agrupar al ello, al yo y al sí mismo; la de los modos sensoriales (vista, oído, tacto) y la de las disposiciones afectivas (miedo, angustia, desesperación); la de las épocas de la vida (infancia, adolescencia, madurez); la de los modos de movimiento (ir, echar, saltar), etc.».³ Dejo al cuidado del lector la integración en este batiburrillo de los demás modos sensoriales (gus-

1. Introducción a la ponencia de la Dra. Jacqueline Smets con ocasión del 10.º aniversario de la fundación del Centro de Salud mental de la Universidad católica de Louvain-en-Woluwe, el día 23 de abril de 1978.

2. «Notice pour introduire le problème structural de la Schicksalsanalyse» («Nota introductoria al problema estructural del análisis de destino»), *Szondiana*, 1963, V: 169.

3. «Psychanalyse et Schicksalsanalyse» («Psicoanálisis y análisis de destino»), *Szondiana*, 1971, VIII :340.

to, olfato), algunas disposiciones afectivas (tristeza, alegría, ira, etc.), así como la vejez, que me parece ser también una «época de la vida»...

Creo que no hago ningún acercamiento forzado si comparo este género de demostración con la de un Francesco Sizi cuando pretendía que Galileo no había podido ver un satélite girando en torno a Júpiter. El astrónomo declaraba: «Hay 7 ventanas en la cabeza: 2 orificios de la nariz, 2 orejas, 2 ojos y 1 boca; del mismo modo, en el cielo hay 2 astros favorables, 2 desfavorables, 2 luminarios, y Mercurio, solo, indeciso e indiferente. Por este estado de hechos y por otros numerosos fenómenos semejantes de la naturaleza, como los 7 metales, etc., que sería aquí muy fastidioso enumerar, concluimos que los planetas son en número de 7» (cit. in Hempel, p. 74). Por desgracia para Sizi hoy se cuentan 12 satélites girando en torno de Júpiter... ¿Me equivocaba cuando decía en la introducción que la psicología y la psiquiatría se encuentran hoy en día en una situación comparable a la de la física de los siglos XVII y XVIII?

El método que procede por comparación puede, claro está, presentar un valor heurístico. La hipótesis de unas analogías de estructura ayuda a veces a descubrir unas nuevas relaciones entre los fenómenos. Por otra parte el científico hace un uso constante de modelos reducidos y extrapola a partir de sus experiencias de laboratorio. No obstante el analogismo no puede sustituir a la experimentación. Las aproximaciones "entre los fenómenos, por brillantes que sean" no constituyen *igSQ tacto* demostraciones: pueden sugerir e ilustrar, pero nunca probar.

Tanto en el "campo psicoanalítico como en la alquimia «están en juego unas "correspondencias" ultrabaudelarianas en las cuales las ensañaciones precientíficas se trasponen sin fin (...). ¿Hay necesidad de añadir que estas analogías no favorecen a ninguna investigación? Al contrario, favorecen las fugas del pensamiento; impiden esa curiosidad homogénea que da la paciencia de seguir un orden de los hechos bien definido. En todo momento las pruebas son transpuestas» (Bachelard, 1947:88).

Las imagerías simbólicas del freudismo resumen muy pocos de los conocimientos sometidos a prueba y sólo raramente preparan a experiencias útiles. Su facilidad de aplicación a cualesquiera problemas humanos ha contribuido desgraciadamente a convertirlo en uno de los modos de pensamiento más populares del siglo xx.

3. LOS JUEGOS DE PALABRAS

No hay que «poner todos los Ediphuevos en el mismo papá negado».

ROLAND BARTHES ... *sans peine.*'

a) El psicoanalista no lo explica todo por medio de unas equivalencias simbólicas. Dispone de una segunda clave interpretativa: los teje-

4. ... por Bumier/Rimbaud. Ed. Baland, 1978:32.

216

manejas con las resonancias fónicas de las palabras, bautizadas pomposamente como «descomposición significante».

Se trata de una receta que funciona siempre, y su presupuesto teórico cabe en una frase: «Es de todo punto claro que el síntoma se resuelve todo entero en un análisis de lenguaje» (Lacan, 1966:269). (Leyendo las expresiones «de todo punto claro» y «se resuelve todo entero», nos sorprende que esta «evidencia» no se les haya impuesto antes a los seres humanos. Se trata sin duda de un problema de «resistencias»...)

Lacan llega a definir el psicoanálisis como una práctica del retruécano¹ y de la decodificación homonímica. En efecto, él declara: «El vocablo tiene una propiedad bien curiosa — y es la de que hace la cosa. Me gustaría hacer un equívoco y escribir — *il fête á chose* [le hace fiestas a cosa] (subrayado por Lacan). Ésta no es una mala manera de hacer equívoco. Hacer uso de la escritura para equivocar puede servirnos, pues necesitamos del equívoco para el análisis — *es la definición del análisis* (subrayado por J.V.R.)— porque, tal y como lo implica la palabra, el equívoco es en seguida vertiente hacia el sexo» (1979:6).

Ya hemos examinado varias aplicaciones de este *gadget* hermenéutico: el recortado de *Signorelli* (Signor = Herr, etc.) y el de *Boltraffio* (*Bosnia + Trafoi*), el doble sentido de *Dick* (nombre/gordo), etc. La obra de Freud está repleta de interpretaciones de este género. Citemos un ejemplo más, y que tiene además el mérito de ser conciso. Un paciente sueña que está en un automóvil y que su tío le besa: **Sein Onkel gibt ihm im Automobil einen Kuss**. Aquel que no esté iniciado en la cosa podrá acaso creer que se trata de una señal de afecto, o incluso un signo de homosexualidad. ¡Ingenuo! Freud nos explica, sin la sombra de una duda, que este sueño simboliza el autoerotismo del paciente, pues *j4M/o(mobil... Kuss = Autoerotismus* (II 413).

Fr. Georges, quien con tan alta inteligencia fustigó las lacanerías, comete un error cuando dice que el lacanismo es «una perversión del psicoanálisis», y prosigue: «habrá habido que esperar hasta Lacan para ver al retruécano erigido en forma suprema de racionalidad» (1979:17). En realidad lo que hizo Lacan no fue más que generalizar y transponer en un galimatías algo que ya se encontraba expuesto con claridad en Freud; su originalidad sólo reside en su preciosismo.

Los psicoanalistas de todo pelaje explotan sin parar el maravilloso filón de los malabarismos verbales. Así por ejemplo, en un número reciente de la *Revue Française Psychanalyse* (1976, 4:706), encontramos la exposición del caso de una mujer que soñó en un hombre que llevaba un *bandeau* [venda] sobre uno de sus ojos, cosa que el analista remite en el acto al complejo de castración. La mujer, explica, no soporta que los hombres «*bandent haut*» [tengan altas erecciones]. Ese mismo «decodificador» añade: «otro paciente se vendaba cada día la muñeca, bajo el pretexto de una elongación de los ligamentos. Sus asociaciones seguían la misma oposición: *bander* [vendar, estar en erección el pene] y estar herido». Aquí tenemos algo que no dejará de iluminar a las enfermeras y a los ortopedistas...

En la época en que yo estaba trabajando en un Centro de Psicología CU- nica de obediencia psicoanalítica, vino una estudiante a consultar con uno

de mis colegas con la esperanza de encontrar un remedio para su miedo a los exámenes. Ya en la primera entrevista el psicoanalista le había explicado este miedo por la masturbación. Su argumento estaba contenido en una sola frase: «el miedo a los exámenes *lexamens*» es el miedo a los *sexos-de-mano* [*sexes-à-main*]. Ignoro si esta brillante interpretación le permitió a la paciente mas turbarse sin culpabilidad y «por tanto» obtener su título... Sea como fuere, no hay duda de que Melante Klein habría apreciado la interpretación de mi antiguo colega. ¿No es ella quien escribió que «varios análisis muestran que los deberes escolares simbolizan el coito o la masturbación»? (1948:94). (Yo sí admito sin dificultades que la masturbación es a menudo culpabilizadora y por tanto la fuente de ciertas dificultades psicológicas. Pero aquí la cuestión es la de saber si se puede *a priori* o *a partir de un simple juego de palabras* explicar el miedo a los exámenes por medio del onanismo.)

b) Proceder al desciframiento a base de «palabras puente» — *Wort-Brücke*, tal como Freud las llamaba— transforma las sesiones de psicoanálisis en sesiones de juegos de retruécanos, de charadas y daderos malditos. Este sistema de psicoanálisis permite sensacionales atajos. Por ejemplo, bastará con que el paciente «se deje llevar por la palabra» y que el analista por su parte le «coja la palabra» para convertir el parloteo más llano en un enunciado de las profundidades últimas. Y con el fin de mantener enmascarada la facilidad del procedimiento, el analista sólo raramente comunica el producto de sus juegos de equívocos y de desarticulaciones de palabras. Pero él por supuesto no habla de «juegos de palabras» —la cual es una expresión transparente— sino de «Teoría de la supremacía del Significante».

Lacan intentó disimular la simplicidad de este *gadget* gracias a una jerga que se cuenta entre las más preciosistas y strafalarias. De un confín al otro de sus *Écrits* encontramos cantidad de criptogramas que en definitiva vienen a remitir siempre al mismo *leitmotiv*: «Por lo que hace a la letra, ya se la tome en el sentido de elemento tipográfico, de epístola (cuyo nombre francés es *lettre*), o de aquello que hace que letrado lo sea, se dirá que lo que se dice ha de ser tomado *al pie de la letra*, o que a usted le espera en casa del cartero *una carta* (*une lettre*), o incluso que tiene usted *tetras** (p. 24). «El significante sólo se mantiene en un desplazamiento comparable al de nuestras cintas de los anuncios luminosos o al de las memorias rotativas de nuestras máquinas-de-pensar-como-los-hombres» (p. 29), etc., etc. Por mi parte confesaré de pasada que la capacidad de **charlacanismo** de este personaje me ha dejado pasmado más de una vez. Haciendo uso de eso que él llama su «lingüistería» (1973b: 16), diré que su *anfi* ha hecho de él un *gurú*: esto es, el gran maestro del *amphigouri* [guirigay].

El psicoanalista cree encontrar una caución científica para ese su dispositivo en el hecho, que ya había subrayado F. de Saussure, de que la significación de una palabra está vinculada con la relación que cada una de ellas tiene con las demás, o que el efecto de un significante depende de su articulación con los demás significantes. Creo que los huesos del famoso lingüista agitarían en su tumba si pudiese ver el uso, que podríamos llamar de acompañamiento con una *sauce-sûre* [salsa segura], que hacen los psicoanalistas del principio de la lingüística *sincrónica*: la invocación *crónica* del Santo Significante...

El lector que esté interesado en un examen serio de esta cuestión sacará gran provecho de la lectura de un estudio de Georges Mounin (1969), uno de los maestros de la lingüística francesa. Mounin muestra que los *Écrits* de Lacan están llenos de contrasentidos pseudolingüísticos (como por ejemplo

el de que «no hay palabra que no provenga de lenguaje») y concluye: «Cual-quier lingüista lamentará siempre que el propio Lacan, que les reprochó eso mismo a los demás, haya leído a Saussure en diagonal (...). Por lo que se refiere a las menciones de los demás lingüistas, como Benveniste, Chomsky, Hjelmslev, Jespersen o Sapir, no son más que eso: menciones».

c) Los juegos de palabras del analista o del paciente tienen a veces un efecto cómico. De modo que no resultará sorprendente el hecho de que Freud le dedicase una obra voluminosa al *chiste*, y que Lacan no haya de jado nunca de insistir sobre la importancia de esta «obra, la más incontestable pues se trata de la más transparente, en la que el efecto del inconsciente nos sea demostrado hasta los confines de su fineza» (1966:270).

Lacan trasladó en un lenguaje oscurantista la idea de que el retruécano le permite a cualquiera ser el revelador del inconsciente: «La metáfora se coloca en ese punto preciso en el que el sentido se produce en el sinsentido, es decir, en ese pasaje del cual Freud descubrió que, franqueándolo al revés, da lugar a esa palabra, que en francés es la palabra, *We mot*», por excelencia, la palabra que no tiene ahí ningún otro patronazgo que no sea el del *esprit*, y en el que está a tocar que es su destino mismo lo que el hombre desafía por la irrisión del significante» (1966:508).

d) La interpretación por medio del juego de palabras no se limita al paciente acostado en el diván desviante (*déviant*)... Lo mismo que sucede con la «explicación» por medio del símbolo y de la analogía, aquella que hace uso del «Significante» y del chiste ha llegado a ser *un modo de pensar teóricico* que justifica cualquier paparrucha. Así por ejemplo, Lacan pone en el centro de su texto «Sobre el tratamiento posible de la psicosis», su [sic] famoso «principio del "a cada cual su": a los boys el falo, a las girls el c...» (1966:555). Es extraño, pero eso no hace avanzar ni una pulgada la terapia de los psicóticos...

En la feria de los vocablos, los *é-mulos* del Papa del psicoanálisis rivalizan en descaro (*cul-ot*). Citaré un ejemplo entre muchos otros. Una psicoanalista belga titula su artículo: *aL'a-fin de l'analyse... la fin de l'analiste. L'ertfin de l'analyse... ou enfin de l'analyste*. En él leemos: «El deseo del analista es un deseo *agujereado*, *agujereado* por el goce del analizante, de los analizantes, lo cual significa más de un agujero... es un verdadero colador ese analista (...) Por el colador (*passoire*) a la *passe*, no hay más que un paso: el que va del pasivo al *passant*» (sic). Esto es algo que en inglés se podría llamar un texto *«truthfut**, y en francés, una *trou-blante* (turbadora; *trou*. = agujero) *trou-vaille* (hallazgo). Que sin duda está en relación con el *trou-fig-non* (culo).

El hecho de que esas «*trouées*» (boquetes) decisivas, hechas en francés, se vuelvan aún más grotescas cuando se intenta traducirlas a otra lengua basta para demostrar que los retruécanos analíticos y otras «*freudaines*» (calaveradas) sólo conducen a cuchufletas. Esto es al menos lo que piensa *ein freudiger freudenstörer* de Freud...

4. LA ARITMÉTICA PSICOANALÍTICA

Hace ya más de veinte siglos los pitagóricos veían en el número «la más alta sabiduría en la forma más sucinta». Armados con sus técnicas de simbolización y de derivación verbal, los psicoanalistas se volvieron a apropiarse

5. Monique Liart, *Revue de l'École Belge de Psychanalyse*, 1978, 4:47-9.

de esta manera de ver las cosas y han acabado proporcionando una versión moderna del misticismo de las cifras.

A tal señor tal honor: empecemos citando a Freud. Él escribe por ejemplo que la cifra 3 es un símbolo «demostrado muchas veces» de los órganos genitales masculinos (II 363). Aquí se imponen no obstante dos observaciones. Por una parte Freud no proporciona* casi en absoluto los hechos que «demuestran muchas veces» esta equivalencia simbólica. Por otra parte, los diferentes psicoanalistas, y sobre todo aquellos que hablaron antes de la codificación de la doctrina, dieron las más diferentes interpretaciones de las mismas cifras. No faltan los ejemplos, pero para no alargar este capítulo nos limitaremos a los referidos al número 3.

Stekel, de quien Jones (II 143) dice que era «genial para interpretar los símbolos», escribe: «El 3, empleado en el lenguaje corriente para indicar una situación "en triángulo", puede tener igualmente este sentido en el sueño: el niño que quisiera imponerse como el 3.* frente a la pareja formada por sus padres» (cit. in Paneth, p. 8).

Jung (1958), de quien es conocido su interés por la religión, vio en el 3 «un número cuyo simbolismo es común y accesible a todos: la Trinidad (...). el símbolo central del cristianismo».

K. Abraham ve en la misma cifra un símbolo paterno: «El número 7 es en todas partes el símbolo de la abstinencia (sábado judío, etc.), la expresión del tabú; pero al mismo tiempo es el mismo número de muchos ritos de los que se cumplen de una manera compulsiva. Esta doble significación es la que me parece justificar igualmente la hipótesis que he formado, y según la cual este número se da por la fusión de otros dos, y creo que finalmente habrá que atenerse a la significación de 3 = padre, y 4 = madre (los 3 patriarcas y las 4 matriarcas de la Biblia, etc.)» (Carta a Freud, 15-10-1924).

Los psicoanalistas no dudan en recurrir a las operaciones básicas de la aritmética para llegar a una interpretación «coherente». También aquí es Freud quien da ejemplo (1 pene + 2 testículos, son 3 = los órganos sexuales masculinos). Reconozcamos con todo que el padre del psicoanálisis se mostró un poco menos audaz que su amigo W. Fliess...

Otros psicoanalistas no se echan atrás ante las operaciones más alambicadas. L. Paneth por ejemplo interpreta el 4 «como un 2 a la potencia 2», * símbolo de una situación muy problemática, de una urgente necesidad de análisis». Cuando uno de sus pacientes sueña que su psicoanálisis le cuesta 722 francos, divide primero por 2 (o sea 361), luego saca la raíz cuadrada (o sea 19), con el fin de obtener un número primo que, por sí mismo, tiene un sentido definido ya por adelantado... Y este género de divagación no se publica en ninguna colección destinada a pequeños iluminados. La traducción francesa del libro de Paneth *Zalensymbolik im Unbewusstsein* (*El simbolismo de las cifras en el inconsciente*) apareció en primer lugar en la *Bibliothèque scientifique* de las Ediciones Payot, y luego fue reeditado en 1976 en la *Petite Bibliothèque Payot*, de modo que pudiera conocer una amplia difusión...

5. «LAS CLAVES DEL EROTISMO ANAL»

Cuando empecé a hablar de mis finanzas, Freud ine hizo ob
servar que estaba abordando el «aspecto anal».

S, BLANTON, *Journal de man analyse avec Freud*, p. 24.

¿Qué es lo que se dice en los divanes ordinarios?... ¿En los diva-
nes donde ello sueña bajito lo real pulsado desde la parte de
«oh»? ¡El diván, el divanal, el diván anal!

J. P. VERHEGGEN, *Diván le terrible*, p. 125.

Una de las teorías freudianas más popularizadas es la de los estadios psicosexuales, denominados oral, anal, fálico. Quisiera ahora mostrar por medio de un ejemplo 1.º cómo se engendran mutuamente las asociaciones a partir de un tema dado y 2.º con qué facilidad unos actos o unas palabras cualesquiera se interpretan en función de un sistema de descodificación, en este caso los juegos de palabras y de símbolos.

El 31-1-1909 Abraham le expuso a Freud el caso de un paciente en términos de oralidad. El maestro le responde: «remita lo que aquí está acentuado como actividad oral a la actividad anal (...) *Con las claves del erotismo anal abrirá usted con facilidad las puertas cerradas*» (el subrayado es mío).

Unos días más tarde el discípulo ratifica la eficacia de la fórmula: «En primer lugar le agradezco vivamente su consejo: se confirmó plenamente. Pude explicar el miedo a comer y otros síntomas distintos de mi paciente con la ayuda del erotismo anal. Durante dos sesiones hubo todavía una resistencia encarnizada, y luego las asociaciones vinieron[^] en masa».

En 1922 Freud decía: «Karl Abraham es el investigador más preciso y más honesto entre todos mis discípulos. No solamente no pierde el tiempo, sino que es la persona más minuciosa y más pertinaz entre aquellas con que cuenta el movimiento psicoanalítico hoy. Es alguien cuyos trabajos hay que seguir» (cit. in Kardiner, p. 124). Este discípulo ejemplar siguió de manera notablemente fiel el consejo de Freud: abrir las puertas cerradas con las claves del erotismo anal. En 1925 publicaba un artículo que había de conocer la celebridad: «Complementos a la teoría del carácter anal». Veamos algunos pasajes espigados al azar:

«La satisfacción de poseer una gran cantidad de objetos se corresponde exactamente con el placer de retener las heces; en este caso se difiere la evacuación el mayor tiempo posible. Las mismas personas coleccionan pedazos de papel, cordeles, sobres viejos, plumas gastadas, etc. y durante largo tiempo son incapaces de deshacerse de ellos hasta el momento en que hacen una limpieza general, la cual les procura igualmente un gran placer. He constatado entre los comerciantes y los empleados una tendencia especial a conservar cuidadosamente el papel secante sucio y destrozado. Para el inconsciente de esos neuróticos las manchas de tinta son el equivalente de las manchas de materia fecal (II 326). (Al redactar *El capital* Marx sin duda

no había reparado en ello. Fue sin duda una negligencia debida a la re-
presión...)

Gracias a esta «clave» la interpretación de los sueños se hace cosa fácil, como lo atestigua el ejemplo siguiente: «Uno de mis enfermos me contó . un sueño en el cual subía una escalera detrás de su madre para llegar a un desván trastero. Era un sueño de incesto con fantasma de coito anal, en el cual el ano estaba representado por la escalera estrecha y el intestino por un cuarto trastero» (p. 329).

(Al contrario de lo que hace Freud, que interpreta muy juiciosamente las iniciales S.P. del Hombre de los Lobos, me abstendré yo aquí de hacer observación alguna sobre las iniciales de K. Abraham.)

En este mismo año 1925, el famoso analista berlinés entregaba el alma y Freud le escribía a Jones: «No puedo sino repetir lo que usted dijo, la muerte de Abraham es quizá la más grande pérdida que podía sobrevenir —y ha ocurrido—. En mis cartas le llamaba en broma "mi peñasco de bronce"; la confianza absoluta que él me inspiraba —como a todos nosotros— me daba un sentimiento de seguridad» (30-12-1925).

Quisiera poner a prueba la fecundidad de la teoría del simbolismo oral, anal, fálico. Creo que es inútil entretenerme en la primera clave: el desciframiento en términos de oralidad es demasiado superficial (no es lo bastante libidinal). Siguiendo el consejo de Freud, escrupulosamente aplicado por K. A., me dirigiré de una vez por todas al otro extremo del tubo digestivo para verificar si «las claves del erotismo anal abren fácilmente todas las puertas». Y voy a elegir como *materia* la historia de un psicoanalista que llega a París.

Supongamos que este personaje circula en un momento de tráfico intenso y que siente en estas circunstancias una urgencia fisiológica que el respeto por las conveniencias me impide nombrar... Es bien posible que la visión del mundo de nuestro psicoanalista quede dolorosamente afectada por esta situación *taponada*. Es fácil imaginar la manera que tendrá de percibir a partir de ahí las cosas que le rodean. Los *gases de escape* de los vehículos le incomodarán por su *olor nauseabundo*. Verá con una mirada insólita las *salidas* del metro a través de las cuales *se evacúa* la multitud digerida en las tripas subterráneas. Le sorprenderán los *deshechos* que *desbordan* de los cubos de la *basura*. La ciudad se le aparecerá como una inmensa cloaca. Al ver la libertad de la que gozan los cánidos para satisfacer sus necesidades, se le ocurrirá pensar en «El *malestar* en la cultura», la obra de Freud en la cual explica que «el uso injurioso del nombre del nías fiel amigo del hombre entre los animales sería incomprensible si no se tuviera en cuenta el hecho de que es un animal olfativo, al que no le repugnan los excrementos» (XIV 459). Los parloteos de su pasajero le aparecerán cada vez más como una inmensa *logorrea* (dejo al lector el cuidado de seguir asociando libremente...). El estilo de lo que irá diciendo quedará afectado por el aspecto de la ciudad; en lugar de decir «vaya, hay un embotellamiento», eructará un «m..., nos hemos metido en un *cut-de-sac* [callecón sin salida]».

En cuanto conseguirá salir por fin del embotellamiento, se precipitará en el Seminario del gran Brujo del psicoanálisis parisino, el rey del *retrué-ca(ca)no*, aquel que habla *á la can-tonnade* [al foro]. Teniendo en cuenta que se trata de un brujo, no puedo revelar su nombre sino por el *canal* de un *ana(l)grama*, o de un *asno-grama*: se trata del doctor *Analc*. (Los psi-

coanalistas árabes le llaman el *Alá-Kan*, y sus enemigos italianos le designan como un *La-cannelloni*. Refiriéndome al *Who's who in Frunce* de 1976, puedo también señalar que este antiguo alumno de los jesuitas es el Fundador de la «École Freudienne de París» y que es miembro del «Automobile Club de France».)

Apoyado en *la-canne* [el bastón], nuestro psicoanalista contemplará al Maestro, cuyo *cacareo* ha descrito tan ajustadamente el cura Marc Oraison, así como su manera de andarse por las ramas [*tourner autour du pot*]: «Anuncia que va a decir algo importante, que es aquello de lo que se trata y no aquello de lo cual se creía que se trataba hasta el presente, y que es precisamente lo que va a decir, pues va a decir algo, y que no es tal o cual otra cosa, pues esa otra cosa significa otra cosa que no es aquello de lo que se trata y que hace una mala interpretación de la frase de Fulano que dice de hecho aquello de lo que se trata y que es lo que él va a decir... Y luego, "eso de lo que se trata" no aparece. Una frase parece terminar el desarrollo; eso debería ser "aquello de lo que se trata", pero no aparece nada. De modo que seguimos esperando».

Sigamos la lectura de la descripción hecha por el famoso eclesiástico: «Bruscamente me vino una imagen un día. La de un chaval pequeñito, sentado en el orinal. Su madre "le espera (...) Hace esfuerzos, pero retiene; se retuerce, pero se contrae; hace visajes, se ríe, grita, "anuncia", pero hace esperar. Y de tanto en tanto, si suelta algo, no es más que un pedo, pero de él siempre podemos pensar que es prometedor. La cosa puede durar horas (...) Lo que resulta muy interesante es observar las reacciones de la asistencia. Este hombre no puede dejar indiferente; a causa de su inteligencia claro está, pero sobre todo a causa de esa intensidad afectiva anal que condiciona su propio inconsciente... Algunos quedan fascinados, y de manera manifiesta sólo esperan el suspense y no la materia; aprecian incluso más los "pedos" que la materia... Otros se ponen agresivos, se van, y le arrastran en la m... Otros se quedan y acaban teniendo la actitud de un niño dominado por el padre» (1969:201s).

¡*Mirahile visu!* Nuestro psicoanalista escucha el oráculo que profiere: «Un Santo no hace caridad. Más bien se pone a hacer el deshecho: descarida» — «El hombre se pone en el lugar de la *basura* que es, al menos a los ojos de un psicoanalista, el cual tiene una buena razón para saberlo, puesto que él mismo se pone en ese lugar». Es bien seguro que estas palabras de *oro durarán* y que actuarán sobre el lector como un poderoso *anal-éptico*.

Basta pues así mirar a través de las *gafas anal-íticas* para que se despliegue la visión *anal-ógica* excremental, tan alucinante como *El jardín de las delicias* de Hyeronimus Bosch. Y si al lector le incomoda, el *anal-ista* verá en esta defensa la prueba de una resistencia al erotismo anal, una especie de *estreñimiento* psíquico. ¿No «demostró» ya Groddecfc que «el estreñimiento es la resistencia en sí»? (1926:131). El tratamiento indicado será pues la *purga analítica*.

6. La primera de estas frases proviene del discurso de Lacan en la O.R.T.F. (1973b: 28); la segunda de su discurso pronunciado en ocasión de la apertura de la sección clínica de la Universidad de Vincennes (1977:37).

6. LA FALO MANÍA'

Para comprender a Freud, póngase unos testículos a guisa de gafas.

Palabras de un surrealista, citadas por B. CROULT, p. 136.

a) El propio Freud nos proporciona la manera de salir de nuevo fácilmente del mundo cloacal: bastará con descubrir en la barra fecal el equivalente del pene. En efecto, «en las producciones del inconsciente —ideas, fantasías, síntomas— cuesta distinguir los conceptos de *excremento* (*dinero, regalo*), de *niño* y de *pene*; fácilmente se sustituyen entre sí» (X 404).

El psicoanalista puede por tanto transponer con facilidad su visión de las cosas, o al menos enriquecerla con nuevas «correspondencias»... Por citar algunas, recordaré algunos objetos que, según Freud, son símbolos fálicos evidentes: el bastón [*la carine*] (¿Lacan?), el árbol, el grifo, una fuente que mana, la lámpara colgante, el lápiz, el portaplumas, el dirigible, el avión, el sombrero, el abrigo, la corbata, el cuchillo, el revólver, cualquier reptil, cualquier objeto compuesto de 3 partes, el fuego, el pájaro... <cf. XI 156s; XVI 3s).

Me parece de todo punto evidente que todos estos objetos pueden recibir, en ciertas circunstancias, significaciones simbólicas. Así por ejemplo un fusil *puede* representar el pene, pero también la infantería, la guerra, la muerte. Por otra parte, *el propio pene puede simbolizar* la fecundidad, la potencia paterna, el poder macho, etc. Para Freud, la significación *última* es sin embargo *siempre* la misma. Si hemos de creerle, un paraguas es en primer lugar un objeto fálico, y accesorariamente un medio de protección contra la lluvia. En el siglo II de nuestra era, Artemidoro tenía más imaginación. Escribía en su *Clave de los sueños*: «El miembro viril es asimilado a los padres, pues contiene el principio generador¹; a los hijos, puesto que es su causa; a la mujer y a la amante, porque es apropiado para las cosas del amor; (...) a los discursos y a la educación, porque entre todas las cosas, el miembro viril es aquello que tiene más fuerza generatriz, del mismo modo que el discurso; a la ganancia y a la pérdida, porque puede estar unas veces en tensión y otras relajado y porque puede proporcionar y secretar» (I 45).

Hoy esta falaz falomanía la volvemos a encontrar en las representaciones «psicológicas» del hombre de la calle, pero también entre ciertos intelectuales. Rene Pommier constata que «el psicoanálisis ha contaminado la crítica literaria, sobre la cual asistimos desde hace algunos años a un verdadero desencadenamiento del azote fálico. No pasa una semana sin que los libros o los artículos de las revistas aporten nuevas partes a la enloquecedora panoplia de los símbolos fálicos ya descubiertos en la literatura francesa y pronto habrá que hacer uso del ordenador para recensionarla» (1978:20).

Los psicoanalistas y sus imitadores han vuelto a hacer el descubrí-

miento de *Bouvard et Pécuchet*. Cuando estos héroes **que imaginara Flaubert** en los años 1870 se hicieron arqueólogos, empezaron **por aprender** que «el túbulo simboliza el órgano femenino, y la piedra levantada es el órgano masculino». Y poco tardan en comprender que el **falo** es **algo** que se encuentra en todas partes. En una época en la que Freud no era ni siquiera médico, Flaubert escribió irónicamente: «Antiguamente, las torres, las pirámides, los cirios, los mojones de las carreteras, e incluso los árboles tenían la significación del falo —y para Bouvard y Pécuchet todo se convirtió en falo—. Recogieron entonces balancines de automóvil, patas de sillón, cerrojos de bodega, manos de mortero de farmacéutico. Cuando alguien iba a verles, le preguntaban: "¿a qué le parece que esto se asemeja?" y luego confiaban el misterio, y si alguien clamaba una protesta, entonces alzaban con lástima los hombros».

Es de todo punto evidente que cualquier fenómeno puede ser interpretado en función de la Trinidad freudiana. El tabaquismo por ejemplo puede ser visto como una actividad oral (ni que decir tiene), pero también como una actividad anal: el fumador *expulsa* unos *residuos que despiden humo*, y deposita sus colillas en una pequeña *vasija* llamada cenicero. Gracias a las gafas del significado fálico uno se da cuenta de que el cigarrillo tiene la forma de un pene y que el *fuego* que consume su *extremo*, lo va haciendo *pequeñito* (detumescencia)... Señalaremos entre paréntesis que el psicólogo científico reconoce sin problemas la complejidad de las motivaciones de los fumadores, pero su explicación se orienta hacia los componentes temperamentales (los extravertidos fuman más que los introvertidos...), los factores sociales (el fumar les aparece a los adolescentes como un «rito de paso»; durante muchos años los hombres fumaron mucho más que las mujeres...), los factores incitantes sutiles (la influencia del entorno, de la publicidad...), y sobre todo la configuración de los «reforzamientos» {placer bucal, ocupación de las manos, imagen de la virilidad, aspectos rituales, reducción de la ansiedad, etc.).

Los psicoanalistas disimulan la pobreza de su teoría parapetándose tras unas formulaciones borrosas. Y en lugar de decir: «el paraguas es una imagen mejor del falo que el bastón porque tiene la forma alargada y puede desplegarse», F. Rastier escribe: «La isotopía metafórica /falo:/paraguas/ es más fuerte que la isotopía /falo:/bastón/, pues además del sema "oblonguidad" comporta el sema "expansividad"» (cit. in Pommier, p. 17).

b) El psicoanalista moderno estima que ha logrado progresar considerablemente en relación con Freud; en efecto, ahora ya no habla del pene, sino del *Falo*. Esto es lo que nos quiere recordar S. Leclair: «Al emplear el término de falo, hay que subrayar muy bien la extremada singularidad de esta palabra, que designa al mismo tiempo al objeto peniano como parte del cuerpo y órgano de la copulación, y al mismo tiempo una letra de la que podemos decir que es el alfa y el omega del alfabeto del deseo. Esta segunda implicación, literal, de la palabra, y

que impone en nuestra lengua que prefiramos falo a pene, pone en evidencia su carácter de todo punto excepcional de letra original o letra de la letra» (1968:163). Con esta cita «penetramos» en una de las más nobles conquistas del freudismo: el dogma de la **Primacía del Falo**. (En vista de la majestad de la cosa, el término merece una mayúscula.)

c) El padre del psicoanálisis concibió a la mujer como una desafortunada copia del hombre, un ser obsesionado por el «complejo de castración».

Al comienzo de la existencia todo funciona a pedir de boca: hasta el estadio anal inclusive, «la *niña pequeña es un pequeño hombre (Mann)*» (XV 126). Cuando la niña descubre luego lo que le falta, «la envidia del pene se apodera de ella, una envidia que deja unos rastros imborrables en su desarrollo y en la formación de su carácter» (XV 134). El «*Penisneid*» es la fuente originaria de su complejo de Edipo, y más exactamente de su envidia del padre y de su odio por la madre, que no le dio el pene (XV 137). El deseo de tener un niño y el juego de la muñeca no son sino la expresión de ese mismo deseo originario...

Cuando habla de la feminidad a Freud le gusta citar la frase que dijo Napoleón: *la anatomía es el destino* (VIH 90, XIII 400). En su opinión la mujer tiene tres posibilidades de reaccionar a su condición anatómica: la aceptación de su destino (es el caso de la verdadera mujer), la inhibición sexual o el complejo de masculinidad (es el caso de las homosexuales y de las feministas). De todas las maneras la envidia del pene sigue siendo «el motor de la dialéctica de la sexualidad femenina» (Laplanche y Pontalis, 1967:136).

La mujer, sigue explicando Freud, se caracteriza por los celos que tiene. En 1918 escribe: «Tras la envidia del pene se revela la amarga hostilidad que la mujer siente para con el hombre, amargura que no podemos jamás olvidar en las relaciones entre los sexos y de la cual las aspiraciones y producciones literarias de las "emancipadas" presentan los signos más inequívocos» (XII 176). En su último texto sobre la feminidad, Freud añade: «La mujer tiene el sentido de la justicia poco desarrollado, lo que se explica por la predominancia de la envidia en su vida psíquica (...) Sus intereses sociales están menos desarrollados y sus capacidades de sublimar las pulsiones son "mas débiles" que las de los hombres» (1933, XV 144). El padre del psicoanálisis insiste en el hecho de que «las mujeres, han contribuido muy poco a los progresos de la civilización». Les concede el haber inventado el arte de *Tejer*, y esto con la finalidad de esconder su ausencia de peño (XV 142). Observemos que Freud no pensaba estar haciendo *Ta descripción* de los problemas de ciertas mujeres, sino que estimaba que lo que verdaderamente estaba haciendo era *explicar la naturaleza femenina*. Es de comprender entonces la ira de las feministas. Una de las más moderadas, B. Groult, escribe: «Freud le hizo perder cien años a la causa de las mujeres» (p. 134), «Freud mira a la mujer desde lo alto de sus testículos» (p. 136), «En todo este asunto, ¿no es Freud el obsesionado con el pene?» (p. 201).

Una de las maneras divertidas de mostrar la arbitrariedad de las generalizaciones freudianas consiste en confrontarlas con los enunciados, no menos tajantes, de su discípulo G. Groddeck. Este afirma:

«En el ser llamado el hombre, hay una mujer; en la mujer se encuentra un hombre, y la única cosa rara que encontramos en la idea de que un hombre puede desear traer un niño al mundo es que lo niegue tan testarudamente (1923:24). Yo pude establecer que el deseo sin angustia de llegar a ser mujer es común a todos los hombres (...) Si llega a suceder verdaderamente una vez que los deseos femeninos hayan sido reprimidos por completo fuera de lo consciente, bastará con que sometamos a esos "sexuamente normales" a un análisis de su actitud mientras están comiendo, y más aún mientras beben, o se lavan los dientes o se limpian las orejas. Las asociaciones saltan entonces de inmediato a toda suerte de hábitos, como el de fumar, o el de montar a caballo, meterse los dedos en la nariz, y otras cosas. Y allí donde todo ha fracasado, porque la resistencia nacida de la voluntad de ser viril ha sido demasiado fuerte, sigue siendo la forma banal de las enfermedades, del estreñimiento, con la satisfacción del deseo por la presión de las heces en el orificio de atrás, las hemorroides, que localizan la excitación en esta puerta del cuerpo, el hinchamiento del vientre con su "simbolización" del embarazo» (p. 265).

¿Por qué habría de ser más absurdo el ginocentrismo de Groddeck que el androcentrismo de Freud? ¿Por qué la *envidia* de procrear y el deseo de amamantar no habrían de poder explicar la ambición y la voluntad de poder masculinas? ¿Por qué habría de tener menos importancia la ausencia de matriz y de senos en el varón que la ausencia de pene en la mujer?...

Podemos si acaso perdonarle a Freud el haber vuelto a traducir a una jerga «psicológica» la ideología sexista de su época. Pero son menos excusables esos discípulos que perpetúan hoy el mismo género de concepción. ¿Cómo comprender que en 1977, alguien como Pontalis, presidente a la sazón de la «Association psychanalytique de France», declarase: «La feminidad, éste es quizá el núcleo de la obra freudiana»? (*Le Monde*, 4-11-1977). ¿No resulta más simple decir que el concepto de feminidad que encontramos en la obra freudiana no es más que un avatar de la concepción burguesa del siglo XIX?

El refrito lacaniano de esta ideología es particularmente pernicioso. (Es bien cierto que *La carine* [el bastón] es, según Freud, uno de los mejores símbolos del Falo.) Según dice el pensador «de punta», el Padre —esto es, aquel que detenta el Falo— es el portador de la Ley, el representante de la Cultura, quien hace acceder al registro específicamente humano: lo Simbólico. La madre tiene como función la de ocuparse de las necesidades fisiológicas del niño (lo «real») y la de revelar la Palabra del Padre. En ausencia de una referencia constante al tercero castrador, la madre encierra al niño en una relación imaginaria y le empuja a la psicosis. La conducta del padre real es poco importante en comparación con el lugar del Padre simbólico en el «discurso» de la madre (*real*). Así los males del individuo pueden siempre ser puestos en relación con la «forclusión del Nombre-del-Padre» por una mala madre. En pocas palabras, la culpa fue de Eva...

Y ¿cómo no compartir la sorpresa de Catherine Baliteau cuando constata que hay analistas mujeres que se meten a fondo en estas historias de falócratas? Observa con pertinencia que «Mannoni y Dolto no descubren jamás a "padres de psicóticos"; su galería de retratos parentales sólo comporta madres abusivas y padres ausentes. Y si el padre está ausente —no en el nivel real, cosa que importa poco, sino en el nivel simbólico— es siempre por culpa de la madre, porque la madre no lo ha introducido en su palabra» (p. 1.941). El psicoanálisis contiene, aún hoy, un singular poder de adoctrinamiento.

7. ESE ENDIABLADO DICCIONARIO

¿Qué cosa podría ser menos reveladora *a priori* que una serie de palabras elegidas al azar en un diccionario (por ejemplo, el primer término de las páginas 100, 300, 500, 700, etc.)? Vamos a ver qué resultados da este método aplicándolo al Diccionario de la Lengua Francesa *Petit Robert* (ed. de 1970):

— p. 100: «*ASPIC*: 1. *Serpiente*... 2. Nombre de la lavanda *macho*... 3. Plato compuesto de *carne* o de *pescado* fríos recubiertos de *gelatina cuajada* en un molde».

— p. 300: «*COL*-. V. *Con*- (lat. cum)».

— p. 500: «*DIVINATEUR*: Que adivina, que prevé lo que ha de suceder. V. *Penetrante**».

— p. 700: «*FEU** [fuego],

— p. 900: «*INEFFACABLEMENT*» [de manera imborrable].

— p. 1.100: «*MOFETTE*: Emanación de gas carbónico que sucede a las *erupciones volcánicas*».

— p. 1300: «*PICOTIN*: de *picoter* "libar, *becqueter* [picotear, besarse]"»...

Si nos referimos a la teoría analítica, todas las palabras en itálicas designan órganos sexuales (*col* [cuello], *con* [cono]) o bien son símbolos de esos órganos (*serpiente*, *pescado*, *fuego*, etc.) y símbolos de actividades que se relacionan con ellos (*penetrante*, *erupción*, *picotear*, etc.). Sólo una palabra parece escapar de la hermenéutica freudiana: p. 900: «*INEFFACABLEMENT*». Pero para aquel que conoce la Biblia freudiana, este término «connota» la desfloración, la cual determina *de manera imborrable* el destino sexual de la mujer. «Sobre la base de esta experiencia, escribe Freud, se instaura en la mujer un estado de sujeción que garantiza su posesión permanente y tranquila y la hace capaz de resistir a las impresiones nuevas y a las tentaciones extrañas» (XII 161).

Con esos comodines freudianos, las cifras, las palabras, o las letras más anodinas llegan a hacerse altamente «significativas» y permiten «demostrar» la teoría. Basta para tener éxito en todos estos malabarismos con un poco de entrenamiento...

8. EL MONOIDEÍSMO

Denle un martillo a un niño y verán como todo le parecerá merecedor del martillazo.

A. KAPUN, *The Conduct of Inquiry*, Candler, 1964:112.

¿Cómo puede ser que todo se pueda interpretar por la voluntad de poder (Adler), por el traumatismo del nacimiento (Rank) o por las «diabluras del significante» (Lacan)? Se trata simplemente de una cuestión del cristal con que se mira. Cuando uno lleva cristales ahumados todo parece oscuro, incluso si hace sol...

El día 17-11-1893 Freud le escribía a Fliess: «La cuestión sexual se afirma cada vez más (...) Así que le aplico a un caso un tratamiento radical, todo se confirma, y a menudo el investigador encuentra más de lo que anhelaba encontrar». Y el 7-2-1894: «Tienes razón: la relación de la neurosis obsesiva con la sexualidad no es siempre evidente. Puedo asegurarte que en el caso II (micción compulsiva) no fue demasiado fácil de encontrar; un investigador menos *monoideísta* que yo no lo hubiese percibido de ninguna manera» (el subrayado es mío).

A partir de 1896 Freud explicó todas las neurosis por la sexualidad. Afirmaba: «El resultado más importante al que llegamos al proseguir un análisis de manera consecuente es el siguiente: sea cual sea el caso o el síntoma del que se parta, siempre acabamos indefectiblemente por llegar al terreno de la experiencia sexual» (I 434). Las «psiconeurosis» provienen de incidentes pasados; la histeria: de un atentado sexual sufrido durante la infancia; la neurosis obsesiva: de una seducción en la que el enfermo desempeñó un papel activo. Las neurosis «actuales» encuentran su origen en la vida sexual presente: la neurastenia sólo es una consecuencia de la masturbación, mientras que la neurosis de angustia es el resultado del coito interrumpido. Incluso la «demencia paranoide» se explica por la represión de una experiencia sexual infantil (I 392).

Siguiendo el ejemplo de Fliess, que cuando ponía toda afección nasa! en relación con los órganos genitales y los «períodos sexuales» ni le pasaba por la cabeza constituir unos grupos de control, Freud tampoco verificaba en un muestreo aleatorio si todas las personas que practicaban el coito interrumpido sufrían de neurosis de angustia. Tal y como está, la correlación «clínica» que establece es el ejemplo mismo de un *artefacto* o incluso de lo que los anglosajones llaman «*spurious correlation*». No vamos a volver aquí al problema del condicionamiento de los pacientes, sobre el cual ya hemos discutido ampliamente. Lo que aquí es importante es mostrar cómo un concepto mal operacionalizado y una idea directriz no controlada acaban por poner en cortocircuito cualquier fenómeno.

Freud tenía sin duda alguna toda la razón en subrayar el papel nefasto de ciertos tabúes sexuales, pero en lo que no tenía razón era en

viajar **incansablemente** con esa sola brújula. Al examinar un sueño, un acto fallido, o cualquier **otro fenómeno**, siempre volvía a encontrar su idea inicial. Tal y como el rey Midas convertía en oro todo cuanto tocaba, Freud transmutaba en materia sexual (oral, anal o fálica) todo lo que trituraba. De este modo, «el niño es un perverso polimorfo», y la curiosidad científica no es sino una *sublimación de la curiosidad sexual*... ¿Un paciente tiene un conflicto con su patrón? El psicoanalista ve en ello un conflicto con el Padre, es decir, un complejo de Edipo, «y por tanto» probablemente unas tendencias homosexuales pasivas no aceptadas... No quedan ya puntos de referencia para separar las actividades que tienen una base libidinal de aquellas que carecen de esa base. Como máximo lo que se puede es hablar de aquellas en las que la actividad sexual es más aparente que en otras. Más allá de los «fenómenos» se trata siempre del mismo «noúmeno».

Después de tres años de correspondencia asidua con el Maestro venerado, Jung le escribe: «A menudo tendría muchas cosas que preguntar. Me gustaría por ejemplo arrancarle alguna vez una definición de la libido. Hasta el presente no he logrado fabricar algo que sea satisfactorio» (30-11-1909). Y pues se hacía esperar una respuesta satisfactoria, el discípulo zuriqués comprendió la consecuencia lógica del monismo freudiano: si toda actividad es sexual, la palabra *libido* pierde su sentido específico y no designa ya nada más que la «energía psíquica», lo que Bergson llamaba *telan vital*,...

Freud intentó responder a la crítica constante de «pansexualismo» introduciendo otra pulsión en su sistema. En 1910 apelaba a las «pulsiones del yo», pero este concepto sólo tenía un interés teórico. Es un *trompe l'oeil*... En 1914 Freud hablaba de «libido del yo» y afirmaba claramente que las pulsiones del yo son de naturaleza libidinal. No cabe duda de que cayó de nuevo, incluso en el plano teórico, en el monismo sexual. En 1920, Freud creyó salirse del aprieto con la teoría de la «pulsión de muerte». Sus publicaciones de casos y los diarios publicados de sus pacientes (Kardiner, Blanton, e a.) demuestran que, en la práctica, el sexualismo seguía fagocitando cualquier fenómeno. Por ejemplo en 1934 le declaraba a Wortis: «Los gobiernos enteros, las administraciones, i la vida oficial, todo eso funciona sobre la base de las pulsiones homo-¹ sexuales que permanecen por supuesto inconscientes y actúan de roa-ñera no manifiesta» (p. 112). Desde 1893 hasta su último día, Freud no dejó de ser «monoideísta». En su último libro, que no pudo terminar, el *Abriss*, escribió: «Observamos constantemente que unas excitaciones patógenas emanan de pulsiones parciales de la vida sexual. Podemos decir que los síntomas neuróticos son en todos los casos (*durchwegs*) o bien la satisfacción sustitutiva de una tendencia sexual, o bien unas medidas para ponerle obstáculos, o incluso, caso este el más frecuente, un compromiso entre las dos» (XVII 112, el subrayado es mío). Do» semanas antes de morir, Freud repitió aún, bajo la forma de un enunciado general: «La masturbación infantil aparece como el fundamento último de todas las inhibiciones del trabajo y de la actividad intelectual... La sexualidad infantil fijó aquí, una vez más, un prototipo» (XVII 152).

Así pues la referencia a una segunda entidad pulsional (pulsión del yo o pulsión de muerte) es ante todo una cláusula de estilo.

La «profundidad» analítica ha de ser localizada siempre en la región subumbilical. Aún hoy tanto los petimetres como las estrellas salmodian la misma antífona. El gran psicoanalista parisino entona la canción: «El sexo sigue siendo, en su resplandor irreductible, el orden de referencia del psicoanalista» (Leclaire, 1968:25). Y el pequeño psicoanalista belga le responde; «El análisis es una escucha que tiene su propia oreja, atenta a las voces del deseo sexual inconsciente. Toda cuestión que a ello apunte será, venga de donde viniere, una cuestión analítica». ¹ Para el que viaja siguiendo el surco marcado por Freud, todos los caminos conducen a Roma.

9. ¿UNA SUPERCIENCIA?

El psicoanálisis parece obedecer, como los gases, a la ley de Mariotte: siempre tiende a ocupar un máximo de espacio. «En un futuro previsible —escribe Groddeck—, ya no será posible ejercer una ciencia cualquiera sin hacer uso del instrumento del psicoanálisis» (1926:132). Veremos a través de cuatro ejemplos, que nojiay en efecto ningún límite PH? ,^{1ª} aplicación de esta «ciencia» sorprendente.

a) La reconstrucción de la prehistoria

Freud no titubeó a la hora de reconstruir el pasado de la humanidad de la misma manera como había reconstruido el de sus pacientes. Todo el mundo conoce las especulaciones de *Tótem y tabú** o de *Moisés y el monoteísmo*. Menos conocidas, pero en igual medida significativas, son las que se refieren a *La conquista del fuego* (1932). Freud desarrolla, en el texto que lleva í ese título, la idea de que «la condición previa para el dominio del fuego fue i la renuncia al placer, de tonalidad homosexual, de apagarlo con un chorro / de orina» (XVI 3). Su argumentación descansa en una interpretación (estra- > falaria) del mito de Prometeo. Dos años antes Freud había propuesto la mis ma idea precisando que la mujer prehistórica había sido elegida como guardiana del hogar porque su anatomía le impedía ceder a la tentación de ; apagar el fuego orinando encima de él (XIV 449). ¡Alucinante! y'

b) Una revolución en la psicopedagogía

¿5

.. —» ^~Hii<-<i;ion ael totemismo y del tabú propuesta en *Tótem y tabú* no supera demasiado el nivel de las mistificaciones primitivas que dan cuenta de una costumbre general a base de inventarse una historia *ad hoc*; y metodológicamente se sitúa en el mismo plano en que lo hace la historia de Caín y Abel si queremos explicar con ella la agresividad humana y la guerra» S. Andreski, 1972:152.

Melanie Klein desarrolló ja idea de que todas las aversiones escolares se explican en términos libidinales. Escribe por ejemplo: «Debemos hacer remontar la formación de todas las inhibiciones que afectan al estudio y al desarrollo ulterior a la época de la primera expansión de la sexualidad infantil, aquella en la que asistimos a la aparición del complejo de Edipo y que le da su mayor intensidad al temor de la castración; y eso corresponde a la época comprendida entre los tres y los cuatro años. Es la represión de las componentes masculinas activas, nacida de este miedo, lo que constituye, tanto en los niños como en las niñas, la base principal de las inhibiciones relacionadas con los estudios» (1948:106).

No cabe duda de que nuestro lector no dejará de sentir alguna emoción al saber cuál es la significación que le anima en profundidad: «J. Strachey mostró que *leer* significa en el inconsciente tomar la ciencia en el interior del cuerpo de la madre y que el miedo a desnudarla es uno de los factores importantes en la inhibición a la lectura. Quisiera añadir que si el deseo de conocer debe desarrollarse normalmente, es esencial que el cuerpo de la madre dé la sensación de estar sano y salvo» (id. p. 288).

Le corresponde a Françoise Dolto, «la abuela del psicoanálisis», el mérito insigne de haber popularizado una teoría cuyas consecuencias pedagógicas no habrán de escapársele a ningún maestro de escuela. En una obra reeditada en una colección de bolsillo (la colección *Points*), podemos leer:

«En el plano de todas las actividades intelectuales y sociales, el complejo de castración estará en juego; el interés del niño proviene de su curiosidad 1 sexual y de su ambición a ser el igual de su padre, curiosidad 1 y ambición que son culpables mientras el complejo de Edipo no está liquidado.

»En el terreno de lo escolar sobre todo, veremos unas inhibiciones pues- i tas a trabajar; el niño llegará a ser incapaz de fijar su atención. Es la inestabilidad del escolar, tan frecuente, > que es para él fuente de tantas reprimendas.

»El cálculo, en particular, se le hará difícil; al estar asociado inconscientemente con las "relaciones" (de semejanza, diferencia, superioridad, igualdad, inferioridad) —con los problemas, fuesen los que fuesen— y la ortografía asociada con la "observación", gracias a la cual se "ve claro"» (1971:99).

¿Habremos de recordar que cuando un analista escribe «relación» y «observación» con comillas sólo puede tratarse del coito de los padres?

c) La medicina renovada

En 1920, Freud emitió la hipótesis de que «las células de los tumores m- l' lignos que destruyen el organismo pueden recibir el nombre de *narcisísticas*» _J (XIII 54). Tres años más tarde el doctor Groddeck afirmaba que toda en- - fermedad, incluso cuando es somática, es el resultado de un deseo reprimido, la expresión simbólica de ello (1923:130). Es una gran suerte entonces que el análisis aparezca como un remedio universal: «He constatado que una llaga o una fractura reaccionaban tan bien al análisis del ello como una infección renal, un corazón enfermo o la neurosis (...) No existe enfermedad, ya sea física o psíquica, que se resista a la influencia del análisis» (p. 29, 291). Observemos que cuando Pfister expresaba algunas reservas a propósito de este analista Freud le respondía: «Defiendo enérgicamente a Groddeck en contra de su respetabilidad» (4-2-1921).

d) Los deportes

Al término de un estudio comparado del fútbol y del rugby, el psicoanalista inglés P. Pickford afirma que en el primero de estos deportes la interdicción de tocar la pelota con la mano significa que el balón es «simbólicamente un objeto muy peligroso o sucio». Más exactamente el balón simboliza «el poder paterno que es poco temido y que pide unas formas especiales de tabú o de control». Al contrario, para el jugador de rugby, «el balón podría ser visto como un objeto tan amable que cada jugador intenta acariciarlo y lo agarra como si fuese un bien precioso». Su significación es a partir de ahí evidente: este balón es el símbolo «de imágenes maternas, de objetos de amor».

Recordando las múltiples utilizaciones posibles de su teoría, Freud declaraba: «Los datos analíticos siempre están confirmados por sus aplicaciones» (XV 157). El lector juzgará si las ilustraciones que preceden corroboran o no esta afirmación optimista.

10. SOBREDETERMINACIÓN Y SOBREINTERPRETACIÓN

Un fenómeno es siempre el resultado de una multiplicidad de factores. La investigación científica se dedica de manera especial a precisar el grado de importancia de los diversos determinantes que están en juego en un fenómeno. Los conceptos psicoanalíticos de *sobredeterminación* y de *sobreinterpretación* encuentran a primera vista su justificación en este principio básico.

Freud escribe: «Cada uno de los elementos del contenido manifiesto del sueño está sobredeterminado» (II 289); «las ideas del sueño a las que con la interpretación se llega permanecen necesariamente sin conclusión y se ramifican por todas partes en la red complicada de nuestro universo mental» (II 530); «se puede interpretar un sueño de manera aparentemente satisfactoria y no darse cuenta de la posibilidad de una sobreinterpretación» (XI 176).

Lo que aquí dice Freud del sueño ha llegado a ser un presupuesto de toda interpretación analítica. Después de un primer desciframiento se puede siempre penetrar más «profundamente». Así, si hemos de creer a K. Abraham (II 86), el placer del paciente en autoanalizarse se explica como: 1.º un «*goce narcisístico de sí mismo*» (Yo no le veo grandes dificultades a esta manera de denominar el fenómeno), 2.º una «*rebelión contra el padre*» (pues según K. A. el autoanálisis es una manera de prescindir del analista), 3.º un «*equivalente del onanismo*» (¿Y esto qué quiere decir exactamente?).

Es un error científico el poner en un mismo plano de igualdad todos los factores que están o que podrían estar en juego. El psicoanalista comete un error de esta clase casi cada vez que abre la boca o que coge la pluma.

10. Citado por M. Bouet (1968) *Signification du sport (Significación del deporte)*, París, Eds. Universitaires, p. 197s.

El verdadero científico —alguien como Milgrana, por ejemplo, atando estudia la variable «obediencia»— examina metódicamente *las variaciones sistemáticas de factores claramente operacionalizados* (impactos del grupo, del nivel social de los sujetos, etc.). El psicoanalista, por su parte, se contenta con invocar un mundo subterráneo y sus invisibles '*correspondencias*'. Su postulado de una superposición de capas de significaciones de profundidades diferentes le permite sostener las interpretaciones más extravagantes y más contradictorias.

>, Bastará aquí con un ejemplo. En 1924 Rank publicó una obra en la / que remitía *todos los fenómenos psíquicos, coito y complejo de Edipo* ¡ *incluidos*, a unas reacciones al traumatismo del nacimiento. Al hacerlo, creyó haber llegado a un nivel más «profundo» que aquel al que Freud ■ había llegado. Esta publicación dejó al Maestro Freud perplejo. Este le I escribió a Abraham: «Quisiera separar a su persona del traumatismo del ' nacimiento, y me gustaría mucho tener unos puntos de referencia para ¹ juzgar lo que éste contiene de válido». Lamentablemente será totalmen- l te vano buscar en el psicoanálisis unos «*puntos de referencia*» válidos. Los únicos tres argumentos decisivos son «la larga práctica clínica» —*pero todos los disidentes apelan a ella siempre*—; el <Magister dixit>, el argumento de autoridad; y por fin la denuncia de la «patología mental» del herético «mal analizado». En el caso de Rank por ejemplo, Freud _ había de hacer uso de cada uno de esos cartuchos...

11. EL DELIRIO DE INTERPRETACIÓN

a) Dos ejemplos famosos

«Desde que el psicoanálisis se ha convertido en una religión, sus discípulos más dogmáticos han ido llevando los errores del maestro hacia nuevas cumbres de absurdo; pero por más extravagantes que sean sus ideas, de lo que no se les puede acusar es de ser banales». Quisiera ilustrar esta opinión de Stanislaw Andreski (1972:153) recordando las teorías de dos analistas de gran renombre y que trabajaron bajo la dirección de Freud.

Sandor Ferenczi era un psiquiatra y psicoanalista húngaro. Jones (II 166) nos explica que después de la ruptura de Freud con Jung este alumno había llegado a ser el preferido del Maestro. Freud, que le llamaba «mi querido hijo», había llegado a anhelar que Ferenczi se casase con una de sus hijas...

Recordemos aquí el contenido de una de las obras de ese discípulo bienamado. En 1924 publicó *Thalassa. Psicoanálisis de la vida sexual*. El psicoanalista francés Nicolás Abraham declaró en su prefacio a la edición francesa de esta obra reaparecida en 1972, que se trata de «uno de los libros más apasionantes y más liberadores de nuestro siglo».

Siguiendo el ejemplo de Rank, Ferenczi quería interpretar más «profundamente» que Freud. Estaba convencido de que la interpretación no se podía detener en el Edipo y en el deseo de coito; el acto sexual le

aparecía como una tentativa de volver simbólicamente al seno materno. «El deseo edípico es la expresión psíquica de una tendencia biológica mucho más general, que impulsa a los seres vivos a retornar al estado de calma del que gozaban antes de nacer» (p. 45). Ferenczi imagina que los anfibios y los reptiles fueron incitados a crearse un pene con el fin de restaurar el modo de vida perdido: «restablecer la existencia acuática en el interior de la madre, húmeda y rica de alimentos» (sic, p. 92).

¿Es entonces el seno materno el significado último de todos los comportamientos de los hombres y de los animales terrestres? Ferenczi no titubea ni un momento a la hora de excavar todavía más «profundamente»: «La madre es en realidad el símbolo del Océano, o su sustituto parcial, y no a la inversa» (p. 93). La última Verdad es que los seres vivos sólo aspiran a retornar al Océano que fuera abandonado en los tiempos antiguos. El sueño y el coito son las dos experiencias que le permiten a cada cual retornar cotidianamente a la forma de la vida acuática.

En función de esta lógica no vemos por qué habría que detenerse en el Océano. En efecto, ¿por qué no remontar hasta el Dios Padre, hasta la energía cósmica? Pues bien: éste es el camino que siguió precisamente Wilhelm Reich en los últimos desarrollos de su pensamiento. Bastará aquí con que citemos el breve resumen de su doctrina que da la psicoanalista Chasseguet-Smirgel (1977:651):

«La estasis (que hay que considerar para siempre como de origen social) vinculada a la incapacidad orgásmica implica una corrupción del espíritu y del cuerpo. Como antítesis del orgón, de la energía vital, existe el DOR = energía de orgón mortal. "Es —dice Reich— algo corrompido." Eso provoca entre otras cosas el cáncer. Y luego Reich encontró a Dios. La coraza que impide la descarga orgástica le impide al hombre vincularse con el cosmos, con el Eter, con Dios. La coraza es "el territorio del diablo". Dios es el Dios Padre, pero más allá del hombre, habiendo roto su coraza, se funde en la energía cósmica, en la Madre» (1977:651).

¿Puedo recordar que el doctor Reich se formó en Viena junto al Padre del psicoanálisis y que, en opinión de Jones, «Freud tenía una alta opinión de él en los primeros tiempos»? (III 219). El discípulo disidente quedó hipnotizado por la represión sexual como causa de *todas* las neurosis, así como de las enfermedades orgánicas y en especial del cáncer. Algunos ven en él el padre del freudomarxismo. Y en efecto desarrollo la idea de que el problema de la higiene mental se reduce al de la «revolución sexual»...

b) Definición del «delirio de interpretación»

¿Es necesario recorrer al manual de psiquiatría para situar las producciones de Ferenczi, de Reich, de M. Klein y de tantos otros colegas? Recordaré para todos los efectos lo que encontramos en un manual clásico bajo la rúbrica de «delirio de interpretación»: «Se aplican las interpretaciones más inesperadas a los gestos, a las actitudes de la gente, a las cosas que dicen.

incluso a sus silencios, a los escritos, a las lecturas, a la forma o al color de los objetos, a la disposición de las palabras, etc. Hay sujetos cuya acción "productora de tinieblas se aplica de manera particularmente intensa a los textos y a los escritos impresos. Torturan las frases, disecan las palabras, invierten las sílabas, construyen anagramas, juegos de palabra, para sacar de ellos fórmulas significativas. Se trata sobre todo de «alusiones», de «expresiones de doble sentido» que al comienzo sólo el paciente puede comprender pero de las que luego quiere conseguir que compartamos su secreto (...) Este desorden de la mente puede realizar una simple dolencia mental compatible con una vida poco más o menos normal, o llegar a conducir a verdaderos delirios sistematizados» (A. Porot, *Manuel alphabétique de psychiatrie*. P.U.F., 1964:316).

Dejo al cuidado del lector la decisión de si este diagnóstico se aplica a los psicoanalistas o no. Por mi parte me contentaré ahora con recordar sus propias confidencias.

c) Confesiones de psicoanalistas

En un momento de ejemplar lucidez, Freud puso en correlación el sistema interpretativo del psicoanalista con el del paranoico. Observa que en ambos casos se efectúa una explotación de los mínimos detalles, combinándolos con otros para proporcionar así explicaciones. Añade que la única manera de evitar una interpretación delirante consiste en basarla en un número importante de observaciones (XI: 62).

Hemos de lamentar que Freud no desarrollase esta cuestión y que sus discípulos no se ocupasen demasiado de ella. Entre los psicoanalistas que volvieron sobre este tema tan extremadamente importante, hemos de citar a Roustang y a Lacan. El primero escribe: **La teoría analítica no puede prevalerse de unos criterios internos de validez y de veracidad, y eso es lo que la distingue de las ciencias exactas (...) El delirio es la teoría de uno solo, mientras que la teoría es el delirio de varios, y que es susceptible de ser transmitida»* (1976:52s). Por lo que al segundo de los autores citados se refiere, no duda un momento en declarar que *«el psicoanálisis es una práctica delirante... Es lo mejor que encontró Freud. Y mantuvo que el psicoanalista no debe jamás vacilar en delirar»* (1977:13).

Estas confesiones son muy elocuentes por lo que se refiere al carácter arbitrario de las doctrinas analíticas. No se pueden encontrar palabras mejores para aserrar las ramas sobre las cuales Freud, Lacan y sus colegas están sentados.

12. LOS PSICOANÁLISIS DEL PSICOANÁLISIS

El psicoanálisis se aplica a todo. Y por consiguiente debería aplicarse a sí mismo. Ya vimos como Freud no vacilaba a la hora de utilizar su teoría para explicar las prácticas psicoanalíticas disidentes. Veamos un ejemplo más.

Durante los años 20 Ferenczi había modificado un poco la técnica ortodoxa: «Con el fin de identificarse lo más posible con el padre amante que muchos pacientes no habían nunca conocido, Ferenczi les permitía besarle y acariciarle; y él devolvía estas señales de afecto cada vez que lo juzgaba necesario» (Brome, p. 247).

Así es como Freud explicaba este tipo de «terapéutica»: «No podemos comprender el método de Ferenczi sin tomar en consideración toda la historia de su vida. Pertenecía a una familia de once hijos. Su madre era una mujer inteligente y activa pero con toda evidencia ella no estaba en disposición de dar mucho amor a cada uno de sus hijos. Sandor no podía ser una excepción, y por lo tanto estaba hambriento de amor. Esta es la clave de su personalidad» (citado por Blanton, p. 71).

De modo pues que lo que estaría en cuestión sería la relación con la madre... Para lo que pudiese servir, señalaré que M. Robert afirma que es «la pasión devoradora que le dedicaba a su padre» lo que había de conducir a Ferenczi «a desafortunados cambios en la técnica psicoanalítica» (II 82). ¿La madre o el padre? Siempre *causa...* siempre *algo que decir...*

a) *Análisis freudiano del freudismo*

Freud no demostró prisa alguna a la hora de aplicar a sus propias teorías el tipo de trato que le infligía a las teorías de los demás. Pero nosotros no tenemos ninguna razón de escatimarle este tipo de análisis.

Jones afirma que Freud estaba afectado por una «histeria de angustia» (I 336) y, entre 1890 y 1900, de una «psiconeurosis muy grave» (p. 335). D. Anzieu concluye su monumental biografía de Freud diciendo: «La teoría le sirvió a Freud, a lo largo de todo su autoanálisis sistemático, provocado por la muerte de su padre, como una defensa contra la depresión. La teoría psicoanalítica freudiana es el fruto de una elaboración de la posición depresiva» (p. 742). ¿Es éste el diagnóstico adecuado? Al menos Anzieu no se priva de añadir otros: «A la estructura histerofóbica del hombre que se llamó Freud la técnica psicoanalítica le debe la instauración de una situación muy particular: el paciente está instalado a la distancia adecuada del psicoanalista, el cual puede verle pero no tocarle; está acostado, dándole la espalda al terapeuta, esto es, convirtiéndole en inofensivo» (p. 746). «Hemos demostrado sobradamente que fue para luchar contra sus tendencias depresivas por lo que Freud emprendió su autoanálisis, y que la elaboración de la teoría psicoanalítica, en particular en lo que se refiere a sus aspectos dinámico y económico, correspondió al establecimiento de unas defensas obsesivas» (p. 747). Por su parte, F^A Roustang (p. 65) diagnostica en Freud un carácter paranoide, y afirma que su obra le ayudó a preservarse de la paranoia.

Freud, ¿un histérico, un fóbico, un deprimido, un obsesivo, un semi-paranoico? Y todos estos diagnósticos son formulados por psicoanalistas... ¡y freudianos por más señas! .Si hemos de admitir, de nuevo siguiendo a Anzieu, que «la teoría que Freud elaboró del aparato psíquico está construida a imagen del suyo propio» (p. 745), entonces podremos apostar sobre seguro que esta teoría está muy lejos, de ser un modelo de cientificidad...

Evocaré aquí tan sólo una de las tesis de Freud, la de la primacía absoluta de la sexualidad. No es nada difícil mostrar, haciendo uso del método freudiano, que esta idea no es más que una «racionalización» de las dificultades (muy) personales de Freud. En efecto, esta teoría surge en su mente cuando éste se acercaba a sus 40 años, la edad del «demonio del mediodía». Las cartas de Freud no dejan de proporcionarnos indicaciones que permiten calificarlo como un «varón frustrado». Veamos algunos extractos:

— «Una persona como yo no tiene ya nada que hacer con la excitación sexual. De todos modos permanezco sereno» (a Fliess, 31-10-1897).

— «Así que quedo libre de mi trabajo profesional, llevo una existencia de filisteo ávido de placeres. Ya sabes hasta qué punto están limitados mis placeres; no puedo fumar nada bueno, el alcohol no me dice nada, y he acabado ya de procrear» (id., 11-3-1900).

— «No me queda más remedio, muy a mi pesar, que vivir como un americano: no tengo tiempo para la libido» (a Juag, 17-10-1909).

— En su texto sobre la moral sexual, Freud escribe: «No hay comercio sexual satisfactorio en el matrimonio más que durante unos pocos años (...) pues todos los medios que se han encontrado hasta el momento para impedir la concepción echan a perder el goce sexual» (VII 157).

Linschoten (p. 335) relata como, en la época en que estaba muriendo de hambre en un campo de concentración japonés, todo venía a recordarle la comida: las puertas abiertas se convertían en otras tantas bocas; las cajas en estómagos; y todo el universo parecía comer, devorar... Pero aún sufriendo estas frustraciones no concluyó Linschoten que la psicología del Hombre fuese tan sólo un asunto de nutrición o de oralidad. Y sin embargo hemos de lamentar que Freud hiciese de sus frustraciones la teoría del *Homo sapiens*...

b) *Análisis adleriano del freudismo*

Freud cuenta de qué manera su padre fue humillado un día por un cristiano; y añade que se juró a sí mismo que había de vengar a su padre

T. Szasz (1978:146s) estima que una de las motivaciones esenciales de Freud fue precisamente la de vengar a su pueblo, víctima del antisemitismo. Esto explicaría según el famoso ex analista, el placer de destruir los valores cristianos (cf. *El porvenir de una ilusión*, etc.) y el gusto por las interpretaciones que tienden a rebajar. En una palabra, el esquema de Adler (sentimiento de inferioridad, sobrecompensación y agresión, etc.) se muestra aquí muy oportuno. Permite mostrar que la teoría freudiana no es más que una «racionalización» o «sublimación» del resentimiento...

c) *Análisis junguiano del freudismo*

¿Por qué no ver en el psicoanálisis y en el mismo Freud uno de los *arquetipos* de la Madre? Desembocaríamos así en el concepto preferido de

su discípulo Jung. Se explicaría así también, cosa que también les conveniría a los junguianos, la fascinación propiamente *religiosa* ejercida por el freudismo.

F. Roustang, aun cuando sea un analista freudiano, nos proporciona una interpretación que entra en este cuadro. Veámosla:

«Para nosotros, más aún que la persona de Freud, es el discurso analítico el que desempeña el mismo papel de la matriz materna idealizada. El teórico fundador es una madre cuyo discurso es intocable, porque no puede ser más que una suave buena acción frente a la cual el discípulo no puede ponerse en posición de rivalidad, es decir, en posición crítica {...} Es este discurso el que me hace psicoanalista y el que sin cesar me alimenta y me da la vida, quien es mi medio y el aire que respiro, el cual es pues para mí cien veces madre» (1976:139).

d) *La ronda de las interpretaciones*

Podríamos así proseguir con las «arqueologías» del freudismo, adicionarlas (pues hablamos de *sobredeterminación*) o bien oponerlas hasta que se anulasen reciprocamente. Una de las más sugestivas es quizá la de D. Bakan: «La aportación de Freud ha de ser interpretada en sus grandes líneas como una versión contemporánea de la historia del misticismo judío y como una contribución contemporánea a esta historia. Freud, de manera consciente o inconsciente, laicizó el misticismo judío; y el psicoanálisis por su parte puede ser considerado de manera legítima como esa laicización» (p. 39).

En definitiva, a falta de adoptar unos criterios rigurosos, cualquier material se interpreta *a posteriori* en función de cualquier sistema. Vamos a ver que este problema se encuentra en el punto de partida de la reflexión de uno de los más grandes epistemólogos de nuestro tiempo: Karl Popper.

13. UN SISTEMA INFALSABLE

Es fácil obtener confirmaciones o verificaciones prácticamente para cualquier teoría, si lo que buscamos son confirmaciones.

K. POPPER, 1963:36.

a) *La debilidad del verificacionismo*

Aquellos que no son especialistas en epistemología admiten de manera muy natural que la ciencia se caracteriza esencialmente por la búsqueda de evidencias empíricas y por el paso progresivo desde los hechos a las leyes y a las teorías.

La insuficiencia de esta concepción, que ya fue observada por D. Hume en el siglo XVIII, ha sido puesta en evidencia con toda claridad por Karl Popper en su *Logik der Forschung* (*La lógica de la investigación científica*) (1935), una obra de la que el biólogo J. Monod decía que es «una de esas rarísimas obras filosóficas que puedan contribuir realmente a la formación de un hombre de ciencia, a la profundización, o incluso a la eficacia de su reflexión» (prefacio de la edición francesa).

Popper muestra la insuficiencia del criterio de la verificación empí-

rica subrayando que siempre se pueden acabar encontrando hechos que parecen verificar una proposición o una teoría. En los casos en los cuales la evidencia observacional no proporciona de entrada la confirmación, no costará demasiado descubrir justificaciones gracias a una reinterpretación que va «más allá de las evidencias primeras». Los astrólogos, pongamos por caso, pretenden basarse en observaciones: los horóscopos, las biografías de sus clientes, etc. Pero la verdad es que los astrólogos formulan unas profecías que son lo suficientemente vagas como para que sean confirmadas por la mayor parte de los hechos que se producen; por otra parte cuando unas profecías son manifiestamente falsas entonces o bien no las toman en cuenta, en provecho de los casos favorables, o bien las vuelven a formular *a posteriori* y en función de lo que haya sucedido. De esta manera los astrólogos pueden pretender estar encontrando día tras día «pruebas empíricas» de sus teorías...

En definitiva la cuestión de la justificación por los hechos puede ser siempre resuelta de manera positiva. El procedimiento inductivo clásico no basta pues para asegurarse de la científicidad de una hipótesis. Popper propuso en consecuencia un criterio más fundamental que éste: el de la falsabilidad empírica.

b) *El criterio de falsabilidad*

Tomemos como ejemplo la proposición siguiente, derivada de una teoría socioeconómica: «El sistema capitalista debe necesariamente derribarse». ¿Es éste un enunciado científico?

Si llega a estallar una revolución, el autor de la teoría presentará el hecho como una «prueba» de lo bien fundado de la misma. Si por el contrario el sistema capitalista se mantiene, el teórico podrá replicar que la situación no está aún madura, pero que nada perdemos esperando. Así, y por el hecho de que no indicó un límite preciso de tiempo, su enunciado se hace irrefutable. Este enunciado, tal y como está formulado, no es científico.

El criterio de demarcación entre ciencia y no-ciencia (metafísica, mitología, etc.) reside en la posibilidad de formular proposiciones falsables. *Una teoría científica permite la deducción de consecuencias observables que presentan un riesgo.* El investigador enuncia *por adelantado* cuáles son los hechos que pueden confirmar su hipótesis, y *qué hechos pueden infirmarla*. Observemos que la posibilidad de realizar las pruebas empíricas no siempre es efectiva en el momento en que la teoría es producida, pero esta posibilidad debe existir en principio y poder un día u otro realizarse. Por el contrario, *una pseudociencia no puede proponer con precisión hechos que vendrían a poner de nuevo en cuestión sus enunciados.* Estos se encuentran siempre «confirmados», sean los que fueren los hechos observados o imaginados.

c) *La estrategia de la investigación científica*

El criterio de la refutabilidad permite precisar mejor la manera de proceder científicamente.

El investigador empieza imaginando con toda libertad hipótesis y teorías. Se apoya entonces en intuiciones, en observaciones, en teorías antiguas, incluso en filosofías y en mitos. Su *investigación* en busca de nuevos hechos, de hipótesis y de explicaciones puede seguir entonces unos caminos desordenados o extravagantes.

La concepción de cuáles sean las ideas útiles a la ciencia es un asunto personal (aunque pueda llegar a ser eventualmente un objeto de investigación para el psicólogo). Por el contrario, la *verificación* de estas **ideas** ha de responder a la metodología científica. Es pues esencial distinguir dos cuestiones: «¿Cómo ha *descubierto* usted su teoría?», y «¿Cómo ha *verificado* usted su teoría?».

Si queremos responder a la primera cuestión habremos de examinar una multiplicidad de procesos psicológicos y de condicionamientos sociales. Para responder a la otra habremos de apelar al trabajo disciplinado, a los procedimientos objetivos y sistemáticos de control. Las leyes del *ars inveniendi* son aún mal conocidas; no se pueden inventar a voluntad ideas fecundas. Pero al contrario las reglas de la verificación de las ideas nuevas están claramente formuladas y son admitidas por todos los científicos dignos de llamarse así. Y hay aún otros puntos de vista a partir de los cuales se puede examinar una teoría: su interés para una concepción global de la existencia, sus implicaciones prácticas, políticas, ideológicas, etc.

Para controlar el valor científico de una teoría o de una *hipótesis general*, el investigador formula a partir de ella una *hipótesis experimental*, esto es, una proposición verificable en concreto, una predicción del tipo: «si esto es así... entonces se constatará tal resultado y no tal otro». Este paso de la hipótesis teórica a unas inaplicaciones testables es denominado *razonamiento hipotético-deductivo*.

Si los hechos no confirman la predicción experimental, entonces la hipótesis teórica se encuentra puesta de nuevo en cuestión. Y sin embargo se puede, y a veces con razón, mantener una teoría que sea contradicha por una prueba concreta recurriendo a *hipótesis auxiliares*. Estas hipótesis suplementarias sólo son aceptables si son sometidas a prueba de manera independiente, requisito sin el cual el científico las califica de *hipótesis ad hoc* y declara que la teoría que esas hipótesis sostienen se hace irrefutable, esto es, no científica.

Por otra parte, cuando las observaciones experimentales están de acuerdo con las previsiones deducidas de la hipótesis teórica, se habla entonces de una *corroboración*, pero de ninguna manera de una prueba definitiva. Una proposición científica, ya sea «experimental» o «general», sigue consiguiéndose como «corroborada» durante tanto tiempo como resiste a los tests rigurosos y siempre que otra no venga a sustituirla con ventajas.

En definitiva la ciencia **se especifica menos por el método de inducción —el paso de los hechos a las teorías— que por el «método deductivo de control» (Popper)**, esto es la puesta a prueba de hipótesis y la eliminación de aquellas que no están de acuerdo con las predicciones. El científico que quiera establecer sólidamente una teoría deberá **verificarla tan sólidamente como le sea posible, es decir, intentar seriamente hacerla caer en falta**. El hecho de que el hombre de ciencia busque menos probar la «verdad» **que eliminar el error no significa que no obtenga** así resultados objetivos sólidos. **La progresión de la ciencia es semejante** al proceso de aprendizaje por «ensayo y error»: **las experimentaciones** permiten conservar los mejores ensayos y dejar **de lado los demás**. Esta progresión es también comparable a la evolución de **los organismos vivos**: el juego de las «conjeturas y refutaciones» ocupa un lugar semejante al de las mutaciones y las selecciones. Sólo las teorías más adaptadas a los hechos empíricos subsisten... provisionalmente.

d) *Popper y el psicoanálisis*

El criterio popperiano de la **refutabilidad** es **algo que todos los epistemólogos modernos conocen muy bien. Pero mucho menos conocido** es el hecho de que esta tesis capital hubiese **tenido su origen en el** encuentro de Popper con el psicoanálisis.

Popper nació en Viena en 1902 y vivió allí hasta más allá de sus treinta años. Estudió matemáticas y física, y **al mismo tiempo se dejó seducir** por las dos grandes corrientes de pensamiento que estaban de moda entre los intelectuales vieneses: **el psicoanálisis y el marxismo**. Estas nuevas maneras de analizar al hombre y la sociedad presentaban en efecto un «poder explicativo» sorprendente:

«El estudio de una o de otra de estas teorías parecía tener el efecto de **una** conversión intelectual o de una revelación que le permitía **a uno descubrir** una verdad nueva, escondida ante los ojos de aquellos que no estaban **aún** iniciados. Una vez que uno había abierto los ojos descubría confirmaciones por todas partes: de modo que el mundo estaba lleno de *verificaciones* de la teoría. Todo lo que pudiese suceder la confirmaba siempre. Su **verdad era** por consiguiente algo manifiesto. Los que rechazaban la **teoría eran** evidentemente las personas que no querían **ver la evidente verdad; se negaban a** verla, ya fuese a causa de sus intereses de clase puestos en cuestión **por** la teoría, ya fuese a causa de sus represiones aún no **analizadas y que pedían** a gritos una terapia» (1963:35).

Popper, que anhelaba establecer un compromiso social, se puso a trabajar con Adler en las clínicas de ayuda social fundadas por **el famoso** alumno de Freud para los jóvenes de las clases laboriosas de los suburbios vieneses. Fue como continuación de esta colaboración con un psicoanalista (en realidad psicoanalista disidente) como Popper llegó a plantearse cuestiones de un orden epistemológico:

«Los analistas freudianos subrayaban que sus teorías eran verificadas constantemente por sus "observaciones clínicas". Por lo que a Adler se refiere, me impresionó una vez una experiencia personal. Un día de 1919 le llevé un caso que, a mi modo de ver, no parecía particularmente adleriano, pero él no tuvo ninguna dificultad en analizar en los términos de su teoría de los sentimientos de inferioridad, aun cuando él no había ni siquiera visto al niño. Ligeramente sorprendido le pregunté cómo podía estar tan seguro. "Por mi experiencia mil veces repetida", respondió; con lo cual yo no pude evitar decirle: "Y con este nuevo caso, supongo, su experiencia se habrá convertido en una experiencia mil y una veces repetida"» (1963:35).

En la misma época, esto es, en 1919, Eddington confirmaba una predicción deducida de la teoría de Einstein al comparar unas fotografías de estrellas hechas durante la noche y durante un eclipse de sol. La teoría de la relatividad se veía así apoyada por una (sola) observación. ¿Era entonces menos sólida que el marxismo, que el psicoanálisis de Freud y que la «psicología individual» de Adler, que las teorías que se verificaban constantemente con la ayuda de hechos cualesquiera? Popper comprendió entonces que el estatuto de la primera difería profundamente de las otras tres:

«Lo que me inquietaba, al menos por aquel entonces, no era ni el problema de la verdad, ni el de la exactitud, ni el de la conmensurabilidad. Era más bien el hecho de que esas tres teorías, aun cuando se afirmasen como ciencias, tenían finalmente más cosas en común con los mitos primitivos que con la ciencia, que se asemejaban más a la astrología que a la astronomía (...) Yo no podía imaginar un solo comportamiento humano que no pudiese ser interpretado por una de esas teorías. Era precisamente este hecho —el de que estuviesen siempre adaptadas, el que siempre fuesen confirmadas— lo que a los ojos de sus admiradores constituía el argumento más sólido en su favor. Empezaba a comprender que esta fuerza aparente era en realidad su debilidad misma» (1963:34s).

La primera experiencia que «verificaba» la teoría de Einstein puede ser considerado como una tentativa de refutación fracasada. No obstante, esta teoría física estaba formulada de tal modo que siempre permanecía siendo falsable, en el sentido de que una sola observación científica podía en principio refutarla o al menos obligar a algunos retoques o modificaciones. Popper descubrió que el materialismo histórico, bajo su forma original, fue una teoría susceptible de ser probada (cf. por ejemplo la predicción de revoluciones sociales), pero que tras la no verificación de ciertas previsiones, los adeptos desarrollaron una táctica inmunizadora que les ponía al abrigo de todo posible nuevo cuestionamiento.

Popper comprendió finalmente que el psicoanálisis merecía un juicio más severo aún: casi desde sus mismos comienzos se había situado fuera del campo de la ciencia:

«Las teorías de Freud y de Adler no se podían someter a prueba alguna, eran irrefutables. No existía comportamiento humano concebible que

pudiese contradecirlas. Lo cual no significa que Freud y Adler no viesen correctamente ciertas cosas: por mi parte no me cabe la menor duda de que una buena parte de lo que dicen no sea de una importancia considerable, y que pueda adecuadamente desempeñar su papel un día en una ciencia psicológica que sea susceptible de prueba. Pero ello significa que las "observaciones clínicas" de las cuales los psicoanalistas creen ingenuamente que confirman su teoría no pueden de ninguna de las maneras hacerlo en mayor medida que lo hacen las confirmaciones cotidianas que los astrólogos encuentran en su práctica (...) Las "observaciones clínicas", al igual que todas las demás observaciones, son *interpretaciones a la luz de teorías* y por esta simple razón dan la impresión de confirmar las teorías a la luz de las cuales han sido interpretadas. Pero la confirmación real no puede ser obtenida más que a partir de observaciones emprendidas como pruebas (mediante "ensayos de refutación"), y para hacerlo han de ser establecidos previamente unos criterios de refutación: hay que haberse puesto de acuerdo acerca de la cuestión de saber cuáles son las situaciones observables que, si son observadas efectivamente, significarán que la teoría es refutada. Pero ¿qué género de respuestas clínicas le negaría a la satisfacción del analista, no ya tan sólo un diagnóstico analítico particular, sino el psicoanálisis mismo? ¿Criterios de este género han llegado a ser objeto de una discusión o de un acuerdo entre los analistas?

»(...) Por lo demás podemos preguntarnos cuántas investigaciones se han hecho para saber en qué medida las esperanzas (conscientes o inconscientes) del analista y sus teorías influyen en las "respuestas clínicas" del paciente (para no mencionar las tentativas conscientes de influir al paciente proponiéndole interpretaciones, etc.)» (1963:37s).

La ausencia de unos criterios realmente científicos, que permitan aceptar o rechazar hipótesis, hace del psicoanálisis una doctrina en la que los únicos criterios de referencia son el argumento de Autoridad y la Opinión de los adeptos. El dogmatismo y el sectarismo son sus consecuencias difícilmente evitables...

14. MACISTER DIXIT a)

Una cita «castrada»

Un freudólogo belga eligió como epígrafe a un artículo suyo que resumía su tesis de doctorado sobre el *complejo de castración*, un pasaje de una carta de Freud a Pfister (12-7-1909). Su cita es la siguiente: «Si tan sólo pudiéramos hacerles comprender a los mejores que todas nuestras afirmaciones están sacadas de la experiencia y que no han sido inventadas completamente o fantaseadas ante la mesa de trabajo». ¹¹ Si consultamos el texto original constataremos una curiosa amputación. Lo que Freud escribió efectivamente fue: «Si tan sólo pudiéramos hacerles comprender a los mejores que todas nuestras afirmaciones están sacadas de

11. «L'émergence du problème de la castration dans l'oeuvre de Freud» («La emergencia de la castración en la obra de Freud»), *Topique. Revue Freudienne*, 1971,

la experiencia (*por lo que a mi se refiere de una experiencia que se puede intentar interpretar también de otras maneras*) y que no han sido inventadas...» De modo pues que una idea capital de la frase fue pasada por alto. Ciertamente es sin embargo que Freud la había puesto entre paréntesis... ¿Era un lapsus?, ¿una eliminación ex profeso? Yo creo que esta «castración» del texto traduce muy bien la duplicidad de Freud en la materia. En efecto, el padre del psicoanálisis quiere dar la impresión de que es tolerante y que acepta interpretaciones diferentes de las suyas. Pero en realidad está muy convencido de que sólo sus afirmaciones (éste es precisamente el término que utiliza Freud en su carta) son válidas y él intenta reducir al silencio a todos los alumnos que se niegan a repetir machaconamente su catecismo.

b) *El caso princeps de una excomunión*

En enero de 1911 Adler se atrevió a «intentar interpretar de otra manera la experiencia». Acto seguido Freud le transmitió a Jung lo siguiente: «Adler prosigue en consecuencia y muy pronto se le acabará la cuerda. Recientemente expuso la opinión de que el coito mismo no provenía de motivos exclusivamente sexuales, sino que servía a la intención del individuo de aparecer ante sí mismo como viril. Es una bonita pequeña paranoia» (22-1-1911). Freud emprendió las maniobras que habían de conducir a la exclusión de Adler, el cual era no obstante Presidente de la Asociación Vienesa de Psicoanálisis. Al anunciarle a Jung la eliminación de Adler, escribió: «Ahora me considero como el ejecutor de la venganza de la ofendida diosa libido, y velaré tan severamente como siempre en el *Zentralblatt* para que esta herejía no ocupe demasiado lugar» (3-3-1911). A finales de año, Freud le comunicó a Abraham: «Aquí he terminado la depuración de la Asociación y he mandado a los siete discípulos de Adler a que vayan a reunirse con él afuera» (2-11-1911). Finalmente Freud decretó que cualquier alumno que frecuentase la compañía de los adlerianos sería excluido de la Asociación freudiana. Se comprende entonces que Adler, rechazado por el tirano, denominase a su grupo «Sociedad para el análisis libre»...

Hay que observar además que Freud siempre daría pruebas de un rechazo total de las concepciones del primer disidente. En 1914 escribiría: «La psicología individual de Adler no merece ningún interés por nuestra parte (...) Es radicalmente falsa {*radical falsch*}» (X 96; 105). Y en 1933: «Un dicho popular asegura que tenemos que aprender de nuestros enemigos. Declaro que éste no fue mi caso» (XV 150).

Es bien sabido que muchos otros discípulos conocieron la misma suerte: Stekel, Jung, y en una menor medida, Rank y Ferenczi.

c) *Algunos hechos reveladores*

Freud señala en alguna parte que su teoría sigue siendo **open to revision**. Pero hay que entender bien: es él mismo quien decide soberanamente sobre las revisiones. El Maestro vienes se me aparece como un Profeta que sólo desea discípulos sumisos, pero nunca iguales a él, contradictores o alumnos diletantes.

Recordemos un ejemplo que evoca Theodor Reik en *Treinta años con Freud*. Este afanoso discípulo relata una conversación en el curso de la cual Freud hablaba de un médico llegado a Viena para estudiar psicoanálisis al mismo tiempo que otras disciplinas. Éste es el relato de Reik:

«Freud afirmó que en circunstancias semejantes este médico hubiese debido conceder la prioridad al análisis, y añadió; *"En un caso como éste, el análisis es como el Dios del Antiguo Testamento, que no permite que haya otros dioses"*.

»Y a propósito de un joven médico que en una carta se jactaba de haber sacrificado por el estudio del psicoanálisis todos sus demás intereses, Freud declaró: *"Esto no es ningún mérito: elegir el análisis forma parte del destino de un individuo"*» (1956:37).

El psicoanálisis hay que tomarlo o dejarlo. Ya se lo decía Freud con toda claridad a Jung: «Siento una aversión de principio contra la suposición de que mis conceptos son justos sólo para una parte de los casos tan sólo (puntos de vista en lugar de concepciones). Esto no es posible. O totalmente, o en absoluto. Se trata de cosas tan fundamentales que no pueden ser en una serie de los casos distintas de como son en otra serie de casos (...) Bueno, pienso haber reconocido ahora todo mi fanatismo» (1 £4-1904).

Tal y como Freud sin duda comprendió muy bien, no se puede admitir la diversidad o la relatividad de las afirmaciones so pena de abrir los ojos a la ausencia de criterios de decisión científicos. Abraham tiene toda la razón cuando le escribe a Freud, a propósito de *El trauma del nacimiento* de Rank, que contradice la doctrina establecida: «Discierno los presagios de una evolución funesta, que es para el psicoanálisis una cuestión de vida o muerte. (21-2-1924).

En este momento comprendemos mejor el sentido de un hecho que Jones relata (I 35): «Freud detestaba los debates o las discusiones científicas en público. ¿No sabía que esas discusiones eran sobre todo controversias? Era para evitar contrariar a Freud por lo que sus comunicaciones en los Congresos psicoanalíticos no eran seguidas jamás de discusiones». *¡Roma locuta, causa finita!*

Otro detalle revelador, recogido éste candidamente por Reik: En la época en que este discípulo trabajaba en los Países Bajos, una paciente rica le había propuesto crear una Fundación en la que podrían reunirse representantes de las diversas corrientes psicoanalíticas. Reik le pidió entonces a Freud su opinión respecto de lo que le parecía «una tolerancia mal colocada» (1956:114). El Maestro le respondió:

«Estoy totalmente de acuerdo con su opinión y con la de Katan sobre el hecho de que una cooperación práctica del psicoanálisis con otras tendencias psicoterapéuticas en pedagogía y en higiene del alma no tiene ninguna esperanza en nuestra época, y que una tentativa de este género no es deseable. El psicoanálisis no llevaría la mejor parte en esta aventura. No hay ninguna objeción a la creencia de que los analistas tomarían en consideración unas sugerencias válidas provenientes de otros métodos, pero lo que

sí es cierto es que las demás no apreciarían en absoluto los puntos de vista analíticos. No los comprenden lo suficiente. Quizá eso cambie. Pero hoy debería aconsejarle que se niegue a participar al trabajo de semejante Fundación» (21-10-1937).

¡De modo que Freud prefiere que sus discípulos se vean privados de «sugestiones válidas provenientes de otros métodos» antes que ver nacer una Institución en la cual «el psicoanálisis no llevaría ¡a mejor parte!»!

Vamos a terminar este apartado recordando que Freud siempre buscó la manera de ejercer una *censura directa* sobre las publicaciones de sus alumnos. Releamos a título de ejemplo estos extractos de cartas a Jung:

— «Ya he pedido las conferencias a la Asociación vienesa de psicoanálisis, pero he pedido que sean puestas en mi conocimiento para que ciertas proposiciones puedan ser eliminadas por adelantado» (13-1-1910).

— «El anexo comporta un artículo de Stekel que mi veto tachó del *Zentralblatt*. Sea prudente al hacerlo circular; es demasiado comprometedor» (22-1-1911).

— «En Viena las cosas marchan con viveza; me tratan muy delicadamente. Los dos redactores me han dispuesto antes de cada número del *Zentralblatt* una sesión en la cual puedo ejercer un veto absoluto» (2-5-1910).

d) La devoción infantil

«No podemos representarnos con demasiada gravedad la sed de autoridad (*Autaritätssucht*) y el desasosiego interior de los hombres» (VIII 109). Los discípulos de Freud ilustran de manera muy notable esta frase de su Profeta.

De este modo Jung le escribe a Freud, después de la primera visita que le hizo: «Tengo la impresión de que jamás se podría comprender por entero su ciencia si no se conociese su persona. Allí donde tantas cosas se nos hacen oscuras a nosotros los que estamos lejos, sólo puede ayudarnos la fe; y se da el caso de que la fe mejor y más eficaz me parece que es el conocimiento de su personalidad» (11-4-1907). Algunos meses más tarde ese fervor adquirió una coloración religiosa: «Mi religiosidad, que en otros tiempos era muy viva, se ha creado clandestinamente una compensación junto a usted» (8-11-1907) — «Le admiro ilimitadamente como hombre y como investigador (...) Mi veneración hacia usted tiene el carácter de un entusiasmo apasionado, "religioso", que, aunque no me cause ningún otro sinsabor, es de todos modos repugnante y ridículo para mí a causa de sus irrefutables consonancias eróticas» (28-10-1907).

E. Weiss, psicoanalista italiano que conocía muy bien a Tausk, escribe: «Tausk estaba vinculado con Freud por una amistad fuerte pero insatisfecha. Imitaba exactamente el corte de cabello de Freud. Yo le oí en una serie de conferencias de introducción repetir casi palabra por palabra las lecciones de Freud en la Clínica psiquiátrica» (1970:34).

A. Kardiner escribe a propósito de otro discípulo: «Theodor Reik se cortaba la barba exactamente como Freud, fumaba como Freud y hablaba como Freud. Le habíamos puesto el mote de "el símil-Freud"» (1977:126).

V. Brome escribe a propósito de Max Eitington: «Freud era su dios y repetía servilmente todas las ideas que Freud elaboraba de semana en semana» (p. 196) y a propósito de K. Abraham: «era el fiel apéndice de Freud» (p. 195).

Jones cuenta que Freud había escrito a Ferenczi «que no estaba enteramente de acuerdo con todo el contenido de un libro». «Ferenczi le respondió en una carta de diez páginas que había quedado "destrozado" por esa observación, y le aseguraba a Freud con gran agitación que no podría ni imaginarse alejarse ni un pelo de su enseñanza» (III 64). Esta anécdota permite comprender la descripción que Me Culloch hacía de ese discípulo, que llegó a ser el preferido de Freud después de la ruptura con Jung. Me Culloch escribe que Ferenczi tenía la «sonrisa imbécil de la beatería personificada» (cit. in Bouveresse, 1976:299).

Podríamos así seguir desgranando los ejemplos del extraordinario culto de la personalidad que Freud engendró. Sus primeros discípulos parecían haber tenido que elegir todos ellos entre la rebelión y el psitacismo crónico.

15. «UNA SECTA INTOLERANTE»

■ Y bien, ¿ha visto usted ahora a esta banda?»

Freud, a Binswanger, después de la visita de éste a la Sociedad Psicoanalista de Viena.

BINSWANGER, 1970:271.

En 1927 Freud publicó *El porvenir de una ilusión*, una obra bien poco original, que presenta a la religión como un invento nacido del desamparo humano. Rene Laforgue, el primer jefe de los psicoanalistas franceses, le escribió a Freud después de haberla leído: «Usted no llega a formular las últimas consecuencias de sus desarrollos, y me ha parecido adivinar algunas razones de índole particular que le habían hecho detenerse en pleno impulso. Me parece no obstante que a pesar de todo habrá que decir que nos veremos obligados a poner al psicoanálisis en el lugar de la religión, incluso, digámoslo, a riesgo de verle a usted haciéndose aún más reproches por el hecho de ponerse en el lugar del Papa o de Dios. Concibo que esta conclusión pueda someter su modestia a una dura prueba» (1-1-1928).

Medio siglo más tarde, el psicoanalista F. Roustan concluía su examen del estado actual del freudismo escribiendo: «El psicoanálisis está amenazado de convertirse en una religión, la única religión posible hoy en el oeste» (1976:41).

Resulta de lo más paradójico que Freud, que se había impuesto la tarea de combatir la religión, hubiese fundado un «Movimiento» que presenta los aspectos más tristemente humanos de una secta: veneración ciega, dogmatismo, beatería, fanatismo... Ya en 1910, esto es, un año antes de la excomunión de Adler, E. Bleuler calificaba al grupo de los psicoanalistas de «secta intolerante». Poco después, Alfred Hoche, profesor de psiquiatría en Friburgo, hablaba de «una secta fanática que obedecía ciegamente a su jefe». En 1920, Havelock Ellis, con quien Freud había mantenido una correspondencia amistosa, escribía: «Es de lamentar que

12. Expresiones citadas por el mismo Freud. Cf. X 88 y su carta del 16-10-10 a Pfister.

Freud hubiese sido antes que nada el jefe de una secta, según el modelo de las sectas religiosas» (cit. in Brome, p. 318). Las cosas lamentablemente no han cambiado; y en París con Lacan incluso han empeorado...

a) *Los detentadores de la Verdad*

Freud se creía depositario de una verdad sagrada. En su autobiografía, Jung relata que cuando visitó por primera vez a Freud, el Maestro de Viena le habló de su teoría de la sexualidad con una «extraña expresión de agitación». El relato de Jung sigue así: «La sexualidad era para él una realidad numinosa. Mi impresión se vio confirmada por una conversación que tuvimos alrededor de tres años más tarde (1910), de nuevo en Viena. Tengo aún un vivo recuerdo de Freud diciéndome: "Mi querido Jung, prométame no abandonar jamás la teoría sexual. ¡Es lo más esencial! Mire, debemos hacer de ella un dogma, un bastión incommovible". Me lo decía lleno de pasión y con el tono que tendría un padre diciendo: "Prométeme una cosa, hijo mío: ve a la iglesia todos los domingos"» (1962:177).

Cuando Jung, a quien había llamado su «sucesor y delfín», puso en cuestión la primacía absoluta de la sexualidad, Freud le escribió a Ferenczi a propósito del apostolado: «Considero que no hay ninguna esperanza de rectificar los errores de la gente de Zurich y creo que dentro de dos o tres años evolucionaremos en unas direcciones totalmente opuestas sin llegar a una comprensión mutua». Unos días más tarde, y sobre este mismo asunto, Freud añadía: «Poseemos la verdad. Estoy tan convencido de ello ahora como hace quince años» (cit. in Jones II: 158).

«*Poseemos la verdad*»: ésta es la convicción íntima de todo psicoanalista. Hoy, alguien como J. Lacan no vacila en repetir: «La verdad se funda en el hecho de que habla, y en que no tiene otro medio para hacerlo. Es incluso por esto mismo por lo que el inconsciente, que lo dice, lo verdadero sobre lo verdadero, está estructurado como un lenguaje, y por ello yo, cuando enseño esto, digo lo verdadero sobre Freud, quien supo dejar, bajo el nombre de inconsciente, hablar a la verdad» (1966: 868). Cuando el Papa del psicoanálisis francés hizo su aparición en la televisión, repitió una vez más el dogma de la infalibilidad: «Siempre digo la verdad: no toda, porque decirla toda, a eso no llegamos. Decirla toda es imposible, materialmente: faltan las palabras para ello (...) Para decirlo con crudeza, usted [que me hace preguntas] sabe que tengo respuesta para todo, mediante lo cual me presta la pregunta: usted se fía del proverbio según el cual sólo se les presta a los ricos. Y con razón» (1973:9, 47). Y hay algo que nos deja estupefactos: es que un cierto número de «intelectuales» comparten la opinión de este extraordinario fanfarrón. A título de ilustración voy a citar la confesión de uno de sus discípulos, más o menos disidente: «Lacan puede afirmar cualquier cosa, e incluso lo contrario, y nos adherimos a ello sin tardar. Durante quince días corrió el rumor de que la forclusión era reversible, pues de muy buena tinta, aquel-que-sabe lo había dicho: por tanto, todo el mundo se

lo creía. Pasado ese plazo, las mismas muy buenas fuentes habían hecho saber que no había nada de ello: y ese mismo **todo-el-mundo creyó por lo tanto** que no había nada de ello y **que la forclusión no era reversible**» (Roustang, p. 49). Parecería **que estuviésemos en Delfos, en el santuario de Apolo...**

b) *La vía iniciática*

Al igual que la iniciación mística, la formación analítica **descansa esencialmente** en una relación **personal entre los discípulos y un Maestro**. A título de ejemplo recordaré las impresiones de **Van Renterghem**, a la vuelta de su estancia en Zurich: «**El Seminario de Jung no me entusiasmaba** demasiado. El sembrador deambulaba en la sala **a la manera** de un oso, comentando los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* de Freud. Pedía la opinión de la asamblea. **Todo eso me hacía pensar** en las disputas de los Padres de la **Iglesia cuando comentaban los Evangelios** (...) Me sentía irritado y pensaba **en una especie de comedia cuando veía pasearse** en el jardín **al apóstol Jung, rodeado de discípulos colgados** de sus palabras y que temían perder una sola palabra de las **que decía** aquel que había recibido la gracia» (cit. in Brinkgreve, p. 25).

Junto a los seminarios, la condición esencial para la concesión del permiso para analizar es la consecución de un **didáctico con un analista** patentado. Ya hemos visto cómo el control sobre las **mentes que** permite esta técnica explica ampliamente el mantenimiento de **una** misma línea doctrinal entre los **analistas surgidos de una misma Escuela**.

c) *El cierre*

Convencidos como están de detentar la Verdad última, los psicoanalistas se desinteresan por las Escuelas rivales y por **los progresos de** las ciencias, en particular de la psicología. **O** más exactamente: **sólo se** enteran de aquello que confirma su teoría (tales o cuales datos **bien elegidos** de la lingüística o de la etnología, por ejemplo).

A causa del hecho de que los **discípulos no pueden hacer otra cosa** como no sea repetir la Doctrina, las publicaciones se limitan a **una exégesis ad nauseam** de la Biblia freudiana (o del Nuevo Testamento: Lacan, M. Klein, Winnicott). La única **novedad reside en la formulación**: los decretos de los Padres fundadores reciben una nueva formulación en un lenguaje cada vez más y más abstruso.

Algunos analistas han confesado claramente el cierre de su «*Círculo*». Así E. Jones —aquel a quien Lacan (1966:718) llama con toda **justicia** «el campeón de Freud»— habla de **una «atmósfera de invernadero»** cuando describe el grupo de los psicoanalistas vieneses. **Esta mentalidad no** ha cambiado demasiado. De modo que Roustang pudo escribir **en 1976**: «Un buen número de psicoanalistas **parecen haberse alimentado con el**

psicoanálisis desde el biberón, hacen de él su único punto de referencia, no saben nada que no sea Freud o Lacan (...) Ya no sucede nada, como no sea la asimilación de una doctrina con sus secuelas de intransigencia, de pretensión, de ignorancia crasa y de fanatismo. Si por casualidad se le ocurre a uno, delante de este género de personajes, hacerle preguntas a las cosas que dice el propio Lacan, entonces, o bien uno es arrojado a las tinieblas exteriores o bien sus interlocutores ni siquiera oyen de qué puede estar hablando» (p. 45). Es fácil adivinar cómo ha sido recibida la obra de Roustang entre sus colegas. Favret da un ejemplo de la reacción: «Fue a él (Roustang) a quien oí recientemente tratar de nulidad teórica por parte de un colega, el cual declaró por otra parte que no había leído su libro y que tampoco quería leerlo jamás, puesto que se trataba de una "mierda". Así funciona esa Escuela, en la que no obstante se toman el tiempo que haga falta para comentar hasta el infinito el más mínimo pedo de Lacan (para seguir con la metáfora trivial de mi interlocutor)» (1977:2.091).

d) *Unas luchas intestinas*

Ya desde el comienzo de su historia, el psicoanálisis estuvo marcado por los conflictos abiertos y las maniobras entre bastidores, los cismas, las «traiciones» y las excomuniones.

En 1935 el americano J. Wortis se fue a vivir a Viena para analizarse con Freud. Algunas semanas después le escribía a Meyer: «Todas estas escuelas de análisis son desconcertantes para un simple principiante, y la cantidad e intensidad de las animosidades personales que reinan en ese medio no tienen paralelo, salvo quizás entre los cantantes de ópera. En mi opinión hay que buscar la causa de ello en el hecho de que el psicoanálisis está muy lejos de ser una ciencia exacta (y dudo que jamás lo llegue a ser) y que eso deja un lugar muy grande para los prejuicios y las preferencias de cada cual» (p. 155).

Erich Fromm, otro observador *formado en el psicoanálisis*, observaba a su vez: «En ciertas ocasiones y por razón de la personalidad de algunos de sus representantes, el movimiento psicoanalítico ha dado muestras de un fanatismo que no encontramos habitualmente más que en las burocracias religiosas y políticas» (1963:91).

Durante quince años el psicoanálisis de obediencia freudiana ha conocido en Francia no menos de cuatro escisiones importantes (y ello para no hablar de las peloterías que son endémicas): en 1953, Lagache y algunos otros dimitieron de la «Société Psychanalytique de París» para fundar la «Société Française de Psychanalyse»; en 1964 este segundo grupo estalló. Lacan fundó la «École Freudienne de París». En 1965 un grupo de lacanistas se separó del Maestro y fundó la «Association Psychanalytique de France» (Anzieu, Pontalis, e. a.). En 1968, nuevos desacuerdos en el seno de la «E.F.P.» dieron nacimiento al «Quatrième Groupe» (Aulagnier, Perrier, e. a.). Finalmente, el 5 de enero de 1980, Lacan pronunció la **dis-solution** de su «École», con el fin (cito) de «luchar contra las desviaciones y los compromisos que la E. F. P. alimentó». El *lock-out*, después del cual los miembros son invitados

a hacer acta de candidatura, le permitió así al sumo Sacerdote de la Iglesia freudiana de París eliminar a los heréticos.

En los Estados Unidos nos encontramos con una situación análoga. M. Gross (1978:199) observa que «hay que poseer un sólido sentido de la orientación para aclararse entre las teorías analíticas y los grupos que se oponen los unos a los otros».

A. Hesnard, miembro fundador de la «Société Psychanalytique de París», que permaneció siempre fiel a la doctrina freudiana, reconoce que «es sorprendente observar que en todos los países asistimos de tanto en tanto a la aparición, en el seno de una sociedad o de un grupo de psicoanalistas, de alguna discordia (...) Todos empiezan a expresarse de una manera ofensiva o recriminadora; a veces el comportamiento es moderado o cortés, pero en el fondo comporta una actitud que contiene alguna hostilidad (...) Nosotros, que hemos tomado parte en cantidad de reuniones médicas, nunca hemos encontrado nada semejante en las reuniones no psicoanalíticas» (1977:141).

Si miramos de cerca la historia del psicoanálisis comprobaremos que están permitidos todos los ataques, excepción hecha de la violencia física. Uno de los procedimientos que se utilizan con mayor frecuencia es la ironía y el desprecio. Encontramos un buen ejemplo de ello en una carta de Jung a Freud. Cuenta Jung que en el curso de una reunión de analistas, Bleuler había relatado un sueño con el cual creía contradecir a la teoría freudiana. Jung prosiguió: «Los otros diez que estaban presentes se retorcieron de risa, y estuvieron naturalmente en total acuerdo con mi interpretación. El enigma es el siguiente: Bleuler conoce a muy pocos psicoanalistas» (304-1910). Veamos un ejemplo más reciente, y que pone frente a frente a analistas de los que privilegian la clave de lo «Simbólico» con los otros, los que se dedican a la «desarticulación del Significante». Janine Chasseguet, la Presidenta de la «Société Psychanalytique de París», tuvo ocasión de exponer el caso de uno de sus pacientes con ocasión de un coloquio de la «École Freudienne de París». Contó que el analizado había soñado que se encontraba en un chaletito que la masa del Montblanc aplastaba. Añade: «dije entonces que mis asociaciones me habían conducido a pensar —e imaginaba que sucedía lo mismo con los analistas presentes— en un ataque contra el pecho de la madre, el cual, como represalia, ahoga al niño, sensación que probablemente era apoyada por experiencias precoces de alimentación». Y así fue como reaccionaron los analistas de la Escuela rival: «Estas palabras desencadenaron un tole acompañado de risas ahogadas unas y francamente burlonas otras. Me gritaron: "*cha-let*" [gato-leche]. (Esto era al parecer lo que había que entender. Yo había pensado ingenuamente que acaso el chalet representase el Yo timorato del niño frente a la masa gigantesca del seno sobre el cual había proyectado toda su agresividad.) También me dijeron que yo estaba anticuada ["*vieux jeu*"] y que era evidente que yo bloqueaba mis análisis» (Chasseguet, 1975:171).

Otra de las costumbres de la jungla analítica es el odio, casi paranoico, para con los apóstatas. Freud, también aquí, da la nota cuando le escribe a Jung: «Lo esencial de la táctica será que Bleuler y su cortejo no han de darse cuenta del más mínimo trastorno que pueda causar su defección (...) La ocasión para la venganza ya vendrá, que se come muy bien fría» (25-5-1910). Un año más tarde, Freud le dice a Abraham: «Jung está loco, pero mi objetivo no es la separación, me gustaría primero dejarle que se pierda» (1-6-1913). Así que la ruptura se ha consumado, le escribe al mismo Abraham: «Adjunto la carta de Jones. Es notable ver como cada uno de nosotros, por turnos, es presa del impulso de dar un golpe mortal, hasta el punto de que

ios demás se ven obligados a contenerle. Yo presiento que será Jones el que nos ha de proporcionar el próximo plan de acción. Con esta ocasión, la función de la colaboración en el seno del Comité se manifiesta plenamente» (25-3-1914).

Jones intentó ponerle remedio al triste espectáculo de las disensiones y de los cismas mediante la creación de un «Comité». Este cenáculo *secreto*, compuesto por Freud y por los cinco discípulos más dignos de confianza (Jones, Abraham, Ferenczi, Rank, Sachs), tenía por misión la de velar por la ortodoxia Ereuadiana. Pronto se vio quebrada esta fortificación por las intrigas y los complots. Primero Jones y luego Abraham se disputaron con Ferenczi y Rantl. Luego estos dos últimos desarrollaron su propio sistema y se separaron de Freud. Tras una decena de años de funcionamiento tumultuoso, el Comité había estallado...

¿Cómo comprender que unos individuos de los cuales se suponía que habían de saber mucho más que todo el mundo acerca de las motivaciones humanas se pudieran perder en intrigas? Entre las hipótesis más plausibles que lo explicarían se encuentran las siguientes:

1. *La ausencia de referencias científicas* y por consiguiente una sobrecabundancia de elaboraciones poco menos que delirantes, las únicas que pueden frenar la autoridad del jefe y la presión del grupo.

2. *La manía de la interpretación*. En las Sociedades de psicoanálisis, cada cual «interpreta» al otro, de manera que la más mínima palabra puede convertirse en una «confesión» que provoca las sonrisas de los enterados, o incluso «explicaciones» de las que ponen al otro por los suelos. De todo ello resulta un clima de perpetua sospecha.

Uno de los argumentos principales a la hora de oponerse al colega que no comparte las mismas convicciones que uno es el de la insuficiencia de su análisis didáctico. Entonces cae el diagnóstico: «malanalizado». Sobre este punto D. Maugendre señala que «no podemos dejar de acercar este epíteto al que se utiliza frecuentemente como anatema por parte de los "falócratas" contra las feministas: malfollada» (p. 1.714). Y dicho sea de paso ésta es la crítica que me ha sido dirigida con mayor frecuencia desde mi desconversión. Ciertamente es que mi didáctico sólo duró cuatro años, una duración que para los lacanianos puros y duros resulta ridícula.

3. *La exaltación del yo*, consecuencia directa de la introspección analítica, del sentimiento de estar siempre sondeando las verdades últimas y de ser un intelectual «emancipado».

4. *Los intereses político-económicos*. El psicoanálisis es, entre otras cosas, por no decir sobre todo, un asunto de dinero. Las Sociedades de psicoanálisis parecen mafias en las que los «capos» intentan llegar a ser los amos del mercado del interrogatorio sobre uno mismo y de la (pequeña neurosis). Los principiantes rivalizan entre ellos para seducir a los donadores de clientes, y luego a su vez intentan convertirse en patrones y quitarles el sitio a los viejos.

A. Kardiner cuenta (p. 121) que esta situación era ya la de la Sociedad de Psicoanálisis de Viena: «Lo que resultaba desconsolador era que toda la estructura económica del movimiento psicoanalítico descansase

enteramente sobre los hombros de Freud. £1 distribuía los favores y los clientes entre los analistas del grupo de Viena y era a la vez una fuente de lealtad y de corrupción. Claro está que su grupo no era muy numeroso —quizá unos quince o veinte— pero todos pasaban por el control de Freud, de modo que su poder sobre la carrera de cada uno de ellos era enorme, tanto en el plano de lo económico como en el del prestigio». Estas costumbres no han cambiado demasiado.

Todas estas observaciones, que difícilmente serán discutidas, permiten comprender por qué una Sociedad psicoanalítica difiere sustancialmente de una Asociación de investigadores científicos.

16. EL OSCURANTISMO

£1 motor del psicoanálisis es el bluff.

F. GEORGBS: *L'Effet 'Yau de Poete de Locan et des lachiens*, p. 178.

a) *La facilidad del psicoanálisis*

Al presentar su método, Freud escribe que «es mucho más fácil de aplicar de lo que se puede imaginar por su descripción» (V 7). Luego añade que la regla de la atención flotante, que rige la manera de escuchar del psicoanalista, «permite economizar un esfuerzo de atención **que** no se podría mantener cada día **durante horas**» (VIII 377). **Freud aclara el** sentido de esta regla diciendo: «Rápidamente se aprende **a seguir un** relato durante horas, sin tener que hacer por ello un esfuerzo **particular**. Sólo son .fatigosos los pensamientos personales. Cuando sólo hay **que** mantener un papel pasivo, la situación **no es muy diferente de la del viajero que sentado en el tren ve cómo va desfilando el paisaje; muy aprisa se** reconoce lo que es significativo, aquello de **lo** que **merece la pena** que nos acordemos, y sigue siendo interesante» (cf. J. Wortis, p. 167). ¿El psicoanalista escucha con cuidado a su paciente? **Por mi** parte, creo que es altamente significativo el hecho de **que la historia siguiente** sea siempre recibida con unas risas de **entendido entre los analistas**: «Un joven analista se queja, hablando con un colega mayor **que** él: "estoy cansadísimo, he estado escuchando a **diez pacientes hoy**". El analista experimentado le mira, estupefacto y le pregunta: "¿Quién escucha?"»... La atención flotante es un estado que se asemeja al duermevela y **que** lleva a veces al analista a un sueño de los más reales.

Veamos dos ejemplos de hechos que están en relación con la práctica del dormir soñando.

— En el relato de su análisis con Freud, Kardüier cuenta: «Era conocido en Viena el hecho de que Freud me hablaba, y eso suscitaba una cierta curiosidad, de tal modo que un día tuve el honor de recibir una invitación de James Strachey y John Rickman para ir a tomar el té a su casa (...) **Rickman** me dijo: "He oído decir que Freud habla con usted.* — «Sí —repliqué— me habla todo el tiempo." Y ellos dijeron: "¿Y cómo se lo hace? (...) Ambos di-

jeron de común acuerdo: "Freud no dice nunca ni una palabra". Rickman añadió: "Yo sospecho que duerme. De hecho, sé que duerme, porque sé lo que hay que hacer para que se despierte. Simplemente, me paro de hablar, y al cabo de unos instantes de silencio Freud se sobresalta y me dice: «Sí... sí... siga, siga, por favor". Incluso le dije un día: "Lo que estaba diciendo no era muy importante, Herr Profesor, puede usted seguir durmiendo"» {p. 116s).

— En *La técnica psicoanalítica* E. Glover precisa que durante las sesiones el analista no debería tomar notas más que «con el fin de no quedarse durmiendo, un poco al estilo de lo que hacen las mujeres analistas, las cuales, en el curso de su trabajo se dedican a hacer punto o crochet» (1955:52).

Uno de los reconocimientos, implícitamente al menos, de la facilidad de la práctica analítica es el hecho de que, desde 1976, el Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de París VIII ha abierto una sección que proporciona un «Diploma de clínica psicoanalítica» después de dos años de clase a razón de 6 horas semanales. Ni siquiera se exige el análisis didáctico. Aunque lo cierto es que esta iniciativa, realizada bajo el patronazgo de Lacan —que fue nombrado en esa circunstancia «Director científico»— desencadenó toda clase de protestas en el mundo de los analistas.¹³ Y es que la iniciación ritual, costosa y larga, es un procedimiento de los más viejos que hay para proteger una cofradía. Lo que siempre le ocurre al que se va de la lengua o al que distribuye las marcas de fábrica a bajo precio es que acaba mereciendo la picota...

Con ocasión de la apertura de esta sección de «clínica psicoanalítica», Lacan se permitió la siguiente notable confusión: «¿Qué es la clínica psicoanalítica? No es muy complicado. Tiene una base. — Es lo que se dice en un psicoanálisis. En principio, uno se propone decir cualquier cosa, pero no desde un sitio cualquiera — desde lo que, por esta tarde, llamaré el *di-vano* analítico... También puede uno *di-vanagloriarse*, vanagloriarse de la libertad de asociación, así llamada... Evidentemente hoy no estoy muy dispuesto a decir que cuando se hace psicoanálisis se sepa adonde se va. El psicoanálisis, al igual que todas las demás actividades humanas, participa incontestablemente del abuso. Se hace como si se supiese alguna cosa» (1977:7).

Que baste tomarse por psicoanalista para ser psicoanalista, eso es lo que Lacan dice con su famosa fórmula: «El analista sólo se autoriza consigo mismo» (1973b: 50). Una historia (cierta) citada por Ellenberger (p. 6.801) ilustra a pedir de boca el hecho de que cualquiera puede servir para el caso, y para el negocio. Al comienzo de la Primera Guerra Mundial un agente secreto fue a ver a Molí para pedirle instrucciones sobre el modo de hacerse pasar por médico de alguna manera que resultase creíble, verosímil. El famoso sexólogo le respondió que ello era imposible, pero que sí le podía indicar la manera de encarnar el personaje de un psicoanalista. Así le enseñó en pocos días los rudimentos y la jerga

13. *Topique*, 1977, 13:3-9. P. Aulagnier y al. denuncian en ello «un triple escándalo: respecto del psicoanálisis, respecto de aquellos que serán autorizados a cuidar, y respecto de todos aquellos a quienes el "director científico del Campo freudismo" les propone una formación profesional acelerada».

de la profesión; con tan buen resultado que ese hombre sirvió a su país a lo largo de toda la guerra «ejerciendo» su nueva competencia.

Otra anécdota significativa, recogida ésta por E. Jones, es la del anuncio que apareció en la prensa en 1921, de una supuesta «Editorial inglesa de psicoanálisis». Decía así: «¿Le gustaría ganar 1.000 libras al año como psicoanalista? Podemos enseñarle cómo hacerlo. Inscribese a 8 lecciones por correspondencia por la suma de 4 guineas.» El que fuera fiel lugarteniente de Freud precisa en esa ocasión que a comienzos de los años 20 había en Londres «docenas de analistas salvajes», esto es, de analistas no analizados por Freud o sus discípulos (III 53).

El psicoanálisis es uno de los trabajos más simples que hay, si no de los más descansados. Basta con poder quedarse tranquilamente sentado en un sillón en presencia de un individuo que está acostado en un diván, al abrigo de su mirada. De tanto en tanto hay que pronunciar una frase o una palabra, cosa de tener al paciente entretenido con la esperanza de descubrimientos acerca de los misterios encerrados en lo más profundo de su ser. No es en absoluto necesario que las frases pronunciadas sean maduras largamente. La referencia al inconsciente siempre le da la razón al analista.

b) *Las estrategias mistificadoras*

Los clérigos mayores del psicoanálisis lo han puesto todo de su parte para organizar el misterio y para disimular el hecho de que el ejercicio del psicoanálisis es de una simplicidad infantil. A tal fin han ido explotando los peores defectos de un cierto espíritu «universitario».

Para ayudar al lector a alzar el velo de la superchería, voy a pasar revista rápidamente a las estrategias que se usan con mayor frecuencia.

1. La doble existencia de Jas hipótesis

Siguiendo la línea de Popper y de Wittgenstein, F. Cioffi puso el dedo muy acertadamente en uno de los principales sofismas del psicoanálisis. Escribe: «Una de las características de una pseudociencia es el hecho de que sus hipótesis estén en una relación asimétrica con las anticipaciones que engendran, por el hecho de que tienen derecho a guiarlas y a prevalerse de su realización, pero no a ser desacreditadas por su fracaso. Una de las maneras que hay para llegar a ese resultado consiste en arreglárselas para que esas hipótesis sean comprendidas en un sentido estrecho y determinado antes del acontecimiento, pero en un sentido más amplio y *má* vago después de él, cada vez que no son corroboradas. Las hipótesis de este género tienen pues una doble existencia» (1970:474).

En el psicoanálisis las palabras se toman unas veces en su sentido estricto y otras veces en un sentido desmesuradamente ampliado. Según cuáles sean las necesidades del momento, las explicaciones se darán mediante el desvelamiento de realidades últimas o por medio de simples metáforas. De este modo, el «complejo de Edipo» remite a una pasión in-

cestuosa y a un deseo de muerte, pero también si llega el caso a una estructura fundamental que no tiene ya gran cosa que ver con los sentimientos reales. La palabra «falo» designa, según cuales sean las necesidades de la argumentación, el pene o el «Significante último»... Y lo mismo sucede con la sexualidad, la castración, la resistencia, etc.

Son estas ambigüedades, *mantenidas cuidadosamente*, las que permiten replicarle a cualquier contradictor que se desvía de la verdadera cuestión y que se ha dejado llevar tontamente por uno de los sentidos parciales, materiales. El analista exige entonces que «se eleve el nivel del debate» e invoca los sentidos «simbólicos» y «estructurales». Los conceptos analíticos son como las mesas de los espiritistas: giran, giran... y los ingenuos se creen que aparece el Espíritu.

2. La negación del principio de no contradicción

El psicoanalista se dedica a hacernos creer que una misma cosa puede a la vez ser y no ser, o en unos términos menos elevados, nos quiere hacer comulgar con ruedas de molino. El psicoanalista no teme conjugar afirmaciones opuestas entre sí.

De este modo Freud explica que la pulsión es una especie de principio metafísico: «Las pulsiones son seres míticos, grandiosos en su indeterminación» (XV 101) y dos páginas más lejos afirma que la pulsión es un proceso somático: «La pulsión emana de fuentes de excitación corporales, que actúan como una fuerza constante a la cual la persona no puede sustraerse huyendo, tal y como lo puede hacer con las excitaciones exteriores... La finalidad interior de la pulsión es siempre una modificación corporal sentida como una satisfacción» (XV 103).

En la misma antología de textos de Lacan podemos leer, por una parte: «El psicoanálisis comporta una teoría de los instintos, muy elaborada, y a decir verdad la primera teoría *verificable* que se haya dado para el hombre» (1966:147), y por otra parte: «Basta con remitirnos a la obra de Freud para medir en qué rango secundario e *hipotético* coloca la teoría de los instintos» (p. 264, el subrayado es mío).

Si nos tomamos el trabajo de comparar las afirmaciones de diferentes psicoanalistas acerca de una misma cuestión, constataremos que la incoherencia es una regla general. Limitémonos a dos ejemplos.

a) Al comparar la evolución del niño y la niña, Freud escribe que «la niña sufre un desarrollo más penoso y más complicado que el del niño» (XV 124). Por su parte M. Klein explica que las niñas estudian mejor que los niños porque su situación afectiva es *menos* complicada: «el niño lleva un doble peso que gravita sobre su actitud para con la escuela» (1948:107).

b) En *La Psychanalyse du lien interhumain* (*El psicoanálisis del vínculo interhumano*), A. Hesnard explica que la agresividad proviene de una falta de identificación con el prójimo. J. Lacan, por su parte, no cesa de repetir que la agresividad es el resultado de una identificación con el otro... De modo que si un psicólogo consigue verificar laboriosamente una de estas hipótesis, el psicoanalista puede citarle un texto que mostrará que, desde mucho tiempo antes, «los freudianos ya lo habían dicho».

No volveré a insistir aquí en el tema de lo aparente y lo real (el truco del interior/exterior) que justifica sin gran costo todas las contradicciones. Me

contentaré para cerrar el presente apartado con citar las palabras de Lacan en

1954:

«Cuando observamos la manera según la cual los diversos practicantes del análisis piensan, expresan, conciben, su técnica, nos decimos que las cosas han llegado a un punto que no es exagerado llamar la confusión más radical... Actualmente entre los analistas, y de los que piensan —lo cual ya estrecha el círculo— no hay quizá ni uno solo que se haga, en el fondo, la misma idea que uno cualquiera de sus contemporáneos o de los que están a su alrededor, acerca de lo que se hace, de cuál es el objetivo, de lo que se obtiene, de aquello de lo que se trata en el psicoanálisis. La cosa llega a tal punto que podríamos dedicarnos al jueguecito que consistiría en comparar las concepciones más extremas —veríamos entonces que nos llevan a formulaciones rigurosamente contradictorias—. Y ello sin ir en busca de los aficionados a las paradojas...» {cit. in *Ornicar?* 1978, 16:4i).

Las contradicciones no constituyen en sí mismas un mal. Toda la historia de la ciencia comporta contradicciones. Y sin embargo el psicoanálisis se distingue del pensamiento científico en el hecho de que no se refiere a «experiencias cruciales» para distinguir las proposiciones que hay que abandonar de las que han de ser conservadas. Sólo el argumento de autoridad, esto es, la referencia a la «clínica» y a la «experiencia», dicta la ley en el psicoanálisis.

3. La táctica de la alusión

Cuando en nuestros días un psicoanalista se encuentra confrontado con científicos competentes, abandona sin tardar las afirmaciones perentorias en provecho de fórmulas del género: ¿pero por casualidad no resultaría que...?, es significativo de todos modos que..., la cosa es elocuente..., eso da qué soñar..., es sintomático...

Pero esta prudencia ofrece un contraste singular con las interpretaciones que prorrumpen en los seminarios reservados a los iniciados. Allí el condicional y la forma interrogativa desaparecen, la alusión es sustituida por la declaración, y un artístico difuminado deja su lugar a los dogmas.

De hecho, para el que conoce los dos psicoanálisis —esto es, el psicoanálisis del escaparate y el psicoanálisis del cenáculo—, la práctica de las alusiones no es más que una astucia.

4. Las alambradas verbales

Así como los médicos de Moliere disimulan su impotencia con palabras latinas, los psicoanalistas de la nueva ola esconden la pobreza de sus teorías con un lenguaje esotérico.

La oscuridad verbal tiene múltiples ventajas. Una de ellas es sin duda alguna la de *hacer pasar simples sustituciones de palabras por contribuciones al Saber*. Esto es lo que confiesa S. Viderman, uno de los líderes de la «Société Psychanalytique de París»: «La mala suerte de la teoría psicoanalítica es que, desde Freud, los psicoanalistas se repiten. Embronnan toneladas de papel para decir —con algunas excepciones— la misma cosa, la misma cosa esencialmente que ese maestro insumergible que fue Freud. Entonces la tarea es hacer bordados en la periferia del

sistema, imaginar nuevos modos de expresión que traduzcan el pensamiento originario, fundamentalmente inamovible, en unos ideolectos que lo visten con aderezos que a veces son brillantes y que tienen la ventaja de dar el pego y de provocar la ilusión de que se trata de pensamientos nuevos».¹⁴ La jerga psicoanalítica tiene a partir de ahí una función opuesta a la que tiene la jerga científica: mientras que esta última permite ponerles un remedio a las ambigüedades del lenguaje corriente, el primero no es más que una apariencia que maquilla con ventaja las banalidades. Las «toneladas de papel», para retomar la expresión de Viderman, actúan evidentemente en favor del crédito que el público le concede al psicoanálisis. G. Bachelard tiene toda la razón cuando dice: «basta con acumular lo irracional para proporcionar la ilusión de la realidad» (1947:119).

Hay que atreverse a mirar un poco más allá de lo que hace Viderman y reconocer que los analistas difunden una tupida nube de verbosidad preciosista con el fin de *ocultar su impotencia*. Nietzsche decía que «cada palabra es un prejuicio» (*El viajero y su sombra*, 1880: § 55). Se podría precisar que cada término psicoanalítico mantiene sabiamente el prejuicio del Saber... Los psicoanalistas modernos y en particular los lacanistas trabajan como los médiums, se aprovechan de la oscuridad para hacer creer en la realidad de sus ilusiones.

El discurso ocultista presenta finalmente la ventaja de *fundar un poder que fascina a los profanos*. Permite repartir a los individuos en dos grupos: los «elegidos» y los «gilipollas». A los primeros les procura intensas satisfacciones narcisísticas y, cosa que no hay que desdeñar jamás, sustanciales «transferencias»... de fondos.

J. Lacan ha intentado justificar la práctica del oscurecimiento verbal, del cual resulta ser él mismo su campeón. En *Le Figaro littéraire* del 29-12-1966, explica su estilo como una «barrera» que se opone a las «interpretaciones aberrantes», a «la explotación» vulgarizadora que se ha hecho de su pensamiento: «Todo está organizado, dice, para impedir que esos textos sean leídos en diagonal». G. Mounin, que recoge estas declaraciones, añade con toda la razón: «Justificación que ciertamente es *a posteriori*»; pues el estilo de Lacan tiene la casi totalidad de sus caracteres ya en 1944, en el artículo que dio para *Les Cahiers d'Art*, en una época en la que de ninguna manera estaba amenazado por un uso con fines periodísticos de su estilo, para conseguir figurar por todo lo alto sin necesitar hacerlo en buena lid» (1969:84).

Por haber sido yo mismo uno de los sirvientes del culto freud-lacanian no creo poder revelar que el hermetismo no sirve más que para disimular lo que Lacan, en otro contexto, llama la «falta», la «hiancia» o la «Castración».

5. La logomaquia

En todas las épocas los hombres, y en particular los oscurantistas,

14. Citado por R. Jaccard en *Le Monde*, 20-M980.

se han aprovechado de la acción persuasiva del lenguaje. Uno de los sofismas más rentables consiste en hacer creer, bajo el pretexto de que el lenguaje describe la realidad, que todo lo que es expresado por el lenguaje es real. Lacan, más que cualquier otro, ha conseguido que una parte importante de la intelectualidad francófona acepte que no hay nada anterior a la Palabra, que lo que se dice es siempre verdadero, o al menos «en cierto nivel», y que el propio Lacan detenta los secretos últimos del Verbo.

Uno de los procedimientos que se utilizan con más frecuencia es lo que Linschoten (1964:321s) llamaba «*a seducción por palabras clave*». El eminente psicólogo holandés observó muy justamente los caracteres de los términos que actúan, aún en nuestra época, como encantamientos mágicos: esas palabras dan una impresión de «profundidad», cuando en realidad no dan ninguna explicación verdadera; crean autoridad; son relativamente familiares; y presentan importantes posibilidades asociativas.

Gracias a semejantes términos la asociación libre produce directamente discursos o textos teóricos. Basta con que los conceptos clave se encuentren cada tres o cuatro líneas, a la vez que carecen de toda importancia las palabras que los aglutinan. En un discurso militar las palabras clave son: enemigo, patria, honor, bandera, responsabilidad, nuestras mujeres y nuestros hijos... En el discurso analítico moderno los términos que movilizan la imaginación son: Edipo, Castración, Falo, anal, Nombre-del-Padre, forclusión, hiancia. Significante...

La revista *Scilicet*, cuyo primer número vio la luz en 1968, es una de las más puras alhajas de esa clase de literatura. Hay un buen número de artículos que sólo varían en el nivel de las asociaciones que los logomaquinistas tejen alrededor de las palabras clave, que de manera invariable son siempre los mismos. Los textos no van firmados —por lo demás tanto vale el uno como el otro, y sus diversos párrafos pueden ser intercambiados sin dificultad— con la excepción de los de Lacan; sin su firma, sus textos no se podrían ya distinguir en ese amontonamiento de verbosidad escolástica. Fue leyendo *Scilicet* como comprendí que cualquier intelectual, incluso siendo mediocre, puede con toda facilidad aprender a escribir el lacaniano y convertirse así en un logógrata."

Es una gran suerte que el lenguaje permita formular las trampas de las fórmulas y del lenguaje... Esta es la vocación del verdadero intelectual.*

15. Confieso haber hecho yo también uso de esta técnica, especialmente en 1969, en un texto titulado «Psychologie phénoménologique des modes d'existence sensoriels» («Psicología fenomenológica de los modos de existencia sensoriales») (Resumen de un curso de J. Schotte), *Revue de Psychologie et des Sciences de l'Éducation*, 4(2)-212-9. Los términos clave eran: sentido, esencia significativa, ek-sistencia, dimensión profunda, Originario...

16. Si por una parte es en Francia donde **la jerigonza pedante ha hecho mayores estragos**, también ahí es donde por **otra parte se ha hecho la denuncia** de las imposterías de las jergas con más agudeza. Citemos, entre muchas otras, las de Picard, R. (1965), *Nouvelle Critique ou nouvelle imposture* {La «Nouvelle Critique» o la nueva impostura}, París, Pauvert. — Buraier y Rambaud (1978), *Lt Rjoland-*

6. El principio según el cual «todo tiene algún sentido»

El psicólogo piensa que todo comportamiento tiene un sentido. Y Freud añade: todo tiene un sentido escondido, profundo. Autorizándose con ese axioma freudiano, Lacan ha logrado hacer creer que cualquier asociación libre de las que salen de su boca es una revelación oracular. Cuando esa estrella del psicoanálisis se apareció en una pantalla de la televisión para echar como pasto a la gente de a pie: «La interpretación debe ser pronta para satisfacer al entrepéramo. Desde aquello que perdura por pura pérdida, hasta aquello que no apuesta sino por el padre a lo peor» (1973b, *in fine*), los lacanólogos se pusieron al punto a descifrar. Tras dos veladas de laboriosas contorsiones intelectuales, los glosadores encontraron en estas nuevas sentencias la esencia del pensamiento de su Pitia: la forclusión, la castración, el Nombre-del-Padre y, *last but not least*, el Falo.¹⁷

Este enorme gazapo ubuesco podría servir como emblema de la patafísica *new look*, según la cual una reunión de palabras cualesquiera que resuenen más o menos revoluciona el mundo de las ideas. Una barrera de sutiles pedanterías, cuidadosamente erigida y mantenida les impide a los no iniciados ir a mirar más de cerca y reconocer las supercherías de «los que se lo pueden permitir»...

Bien cierto es que encontramos analistas que adolecen en menor medida de estos defectos que Lacan y sus seguidores. Creo sin embargo que la hechicería jerigoncesca desempeña un papel esencial en todas las Escuelas de psicoanálisis. Alusiones a la «experiencia clínica», el encanto de los términos clave, unos juegos de palabras inéditos, algunos destellos de sentido, una atmósfera de misterio... y los *happy few* están contentos: si no han captado todo lo que su colega acaba de exponer, lo que sí han reconocido al menos son las consignas y saben ya que forman parte de la élite que piensa.

%. La psiquiatrización

El psicoanalista declara sin dificultades que no piensa como el psiquiatra. Y suele ser cierto. Y sin embargo hay un punto en común entre el psicoanalista y el psiquiatra tradicional: es el recurso incesante a unos términos que patologizan las conductas más banales. Cuando Hans tiene miedo de los caballos, se le bautiza como «histérico» (VII 349); cuando Blanton hace un elogio de los Estados Unidos, Freud interpreta: «manifestación de exhibicionismo» (1971:84); cuando Adler contradice al Maestro, se le pone la etiqueta de «paranoico»... Parodiando el título de su obra sobre los actos fallidos, podríamos decir que Freud ha *psicopatolo-*

Barthes sans peine (*El Roland Barthes sin esfuerzo*), París, Balland. — Pommier, R. (1978) *Assez décodé (Ya hemos descodificado lo suficiente)*, París, Roblot, — George, F. (1979) *L'Effeí 'Yau de Poéle*, París, Hachette.

17. Esto sucedió realmente en la Sociedad de Psicoanálisis a la que pertenecí (el anexo belga de la «Ecole Freudienne de París»),

gizado la vida cotidiana. Hoy sus discípulos hacen uso de un procedimiento semejante.

Dolto, por ejemplo, escribe: «Psicoanalíticamente se habla de homosexualidad "latente" (inconsciente o reprimida) para diferenciarla de la homosexualidad "manifiesta", la de los pederastas, activos o pasivos, y de la homosexualidad "sublimada", la que rige las relaciones amistosas entre individuos del mismo sexo sin componente inconsciente afectivo que no sea el de las componentes oblativas del estadio genital objetivo» (1971:93). En una palabra, siempre se es «homosexual»; manifiesto, latente o sublimado, no hay modo de no serlo.

El psicólogo científico no ve de ningún modo qué se gana bautizando «homosexualidad sublimada» a «las relaciones amistosas entre individuos del mismo sexo». Más que reducir los procesos psicológicos a categorías patológicas —que en general sólo tienen un valor descriptivo y no explicativo— prefiere explicar las conductas llamadas patológicas por procesos psicológicos. Y por otra parte el psicólogo científico le reprocha al lenguaje psiquiatrizante el hacer que las discusiones se deslicen sobre un terreno poco conocido por el gran público, manera esta de asegurarse unas fáciles victorias entre los no especialistas de los trastornos mentales.

8. El efecto Humpty Dumpty

Un buen número de psicoanalistas nos hacen pensar en un personaje de *Alicia a través del espejo*, del que presentamos aquí uno de sus diálogos:

—No sé qué es lo que quiere decir con eso de la «gloria» —observó Alicia.

Zaco Panco [Humpty Dumpty] sonrió despectivamente,

—Pues claro que no..., y no lo sabrás hasta que te lo diga yo. Quiere decir que «ahí te he dado con un argumento que te ha dejado bien aplastado».

—Pero «gloria» no significa «un argumento que deja bien aplastado» —objetó Alicia.

—Cuando yo uso una palabra —insistió Zanco Panco con un tono más bien desdenoso— quiere decir lo que yo quiero que diga..., ni más-ni menos.

—La cuestión —insistió Alicia— es si se *puede* hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.

—La cuestión —zanjó Zanco Panco— es saber quién es el que manda..., eso es todo (cit. en Eysenck, 1953:165) [trad. cast. de Jaime de Ojeda].

No todos los psicoanalistas se **dan esos aires de fatuidad corno los de Humpty Dumpty [Zanco Panco]**. El truco de la **docta arrogancia** es sobre todo una especialidad de los lacanianos. Gracias a unas abstracciones borrosas, a un galimatías hermético, a una hojalatería cultural (a base de alusiones a autores poco conocidos), a citas de términos alemanes (ahora hay que decir *Trieb* y no ya *instinto*), a un perpetuo escabullirse {siempre está en otra parte}, a unas burlas condescendientes para con los pobres retrasados (llamados «gilipollas»), que intentan o fingen com-

prender (Lacan declara con gran sentido: «Si usted ha entendido entonces seguramente está equivocado»), gracias pues a todo esto, los lacanianos ejercen una especie de terrorismo intelectual. O dicho en pocas palabras: la rama lacaniana del freudismo ha conseguido imponerse gracias al bluff.

Lacan es un Humpty Dumpty que ha conseguido (durante algún tiempo) ser el Maestro y el Amo. Es uno de los más geniales artífices de modas intelectuales. Tal y como lo dice él mismo triunfalmente: «He logrado en suma lo que en el campo del comercio ordinario se querría realizar con tanta facilidad: con oferta he creado la demanda» (1966:617). Poco le falta a ese rey del marketing psicoanalítico para confesar que es un nuevo Docteur Knock, el personaje de Jules Roroaíns, que se sustenta con los problemas que él mismo engendró, o que al menos amplificó.

17. EL VESTIDO NUEVO DEL EMPERADOR

Un día unos estafadores le hicieron creer a un emperador que podían confeccionarle un traje milagroso, un maravilloso vestido que tenía la propiedad de ser invisible para cualquiera que fuese estúpido o deshonesto. Los bribones pidieron hilos de oro, los metieron en su bolsa, y luego fingieron que se ponían a trabajar.

Ninguno de los ministros que el emperador fue mandando por turnos para que viesan cómo estaba de adelantado el nuevo traje, vio nada, pero, puesto que no podían admitir que estaban totalmente faltos de honestidad o de juicio, se persuadieron todos muy aprisa de que no lo habían visto bien, y empezaron a admirar los vestidos invisibles en el telar sin hilos. Pronto todo el mundo en la ciudad se puso a hablar de la tela soberbia; y todos estaban ávidos de saber quién sería el que no la podría percibir.

Cuando el traje estuvo terminado, el emperador fue a verlo. Todos los ministros quedaron extasiados. El emperador no se atrevió a confesar que no veía nada, puesto que ello hubiese sido tanto como reconocer que era tonto o deshonesto. Entonces exclamó: «¡Qué bello es! Le concedo mi más alta aprobación». Gratificó a los dos pillos con una cruz de caballero para que la pudiesen lucir en *al* ojal, y con el título de escuderos tejedores.

Cuando llegó el día de la gran procesión a través de la ciudad, el emperador se puso su nuevo traje, y todo el mundo lo encontró admirable. Sólo un niño gritó entre la muchedumbre: «Pero el emperador está desnudo». Entonces el pueblo se puso a cuchichear diciendo: «No lleva vestido». Entonces el emperador sintió un escalofrío, pero él entonces adoptó una actitud más altiva, y los chambelanes siguieron llevando una cola que no existía.

En este cuento de Andersen, Freud vio la transposición de un deseo que se remonta a la infancia: el de estar desnudo y exhibirse sin vergüenza. Este mismo deseo, afirma Freud, se expresa en esos sueños en **los que**

el durmiente aparece desnudo o mal vestido en presencia de extraños (II 247s). Voy a proponerle al lector una interpretación más «superficial», pero que quizá sea más útil para la formación del espíritu crítico. E¿te cuento nos recuerda que **cuando** la percepción **o** la comprensión de los fenómenos es una condición **para ser aceptado por un grupo de** «expertos», los individuos que desean **pasar por inteligentes y sinceros acaban** percibiendo lo que conviene **percibir y comprender. Sólo quedan** entonces algunos «ingenuos» **para extrañarse por la debilidad de los argumentos...**

LOS CRITERIOS DE UNA TEORÍA CIENTÍFICA

Al contrario de lo que se suele creer corrientemente, Freud no empezó siendo un observador ingenuo que luego, en un segundo tiempo, habría construido unas teorías. Freud fue siempre a la vez un teórico y un clínico; pero nunca fue un experimentalista. Así por ejemplo escribe: «Un psicoanálisis no es una investigación científica imparcial, sino una intervención terapéutica» (VII 339). Además subraya enérgicamente que no podemos prescindir de la «Bruja Metapsicología»; dice así: «No podemos dar un paso adelante sin la especulación y la teorización —casi diría la fantasmaticización— metapsicológicas» (XVI 69).

No podemos reprocharle a Freud su voluntad de conceptualizar y de formalizar. Muy al contrario debemos admitir que la teoría no sólo es la finalidad de la ciencia, sino también la condición *sin qua* de una investigación fecunda. El investigador no llega a progresar de un modo válido si no dispone de hipótesis y de conocimientos teóricos. Esto es lo que nos recuerda muy bien K. Popper: «No creo que se hayan hecho jamás generalizaciones inductivas, si es que eso significa que comenzaríamos con unas observaciones, para intentar luego derivar de ellas nuestras teorías. Creo que el prejuicio según el cual podríamos proceder de esta manera es una especie de ilusión óptica, y que en ninguna etapa del desarrollo científico comenzamos sin alguna cosa que se parezca a una teoría, esto es, a una hipótesis, una opinión preconcebida o un problema —con frecuencia un problema tecnológico— y que de alguna manera *guía* nuestras observaciones» (1956:132). No se trata pues de temerles a las conjeturas y a las construcciones. Sin ellas el pensamiento científico es impotente. La cuestión no está entre elegir lo concreto o lo abstracto, sino en construir unas teorías empíricamente verificables/falsables.

Recordemos que se puede definir una teoría como un conjunto coherente de proposiciones que permiten explicar diversos fenómenos, predecirlos y descubrir otros nuevos. Una teoría sólo merece el calificativo de *científica* si satisface ciertos criterios. Los hombres de ciencia a veces están divididos por lo que se refiere a estos criterios en conjunto, pero coinciden en admitir al menos los tres criterios siguientes: la coherencia lógica, la formalización y la verificabilidad.

El primero de estos criterios —la ausencia de contradicciones internas— es una condición evidente, aunque no suficiente; hemos de tener en cuenta que una teoría puede ser a la vez coherente y falsa. El segundo de los criterios mencionados nos recuerda que una teoría no es una simple descripción de los acontecimientos. Sin abstracciones la teoría no puede cumplir sus funciones de integración de los hechos, de explicación, de predicción y de proyección. Las construcciones intelectuales deben de todos modos ser testables; o para decirlo de otra manera, se ha de poder 1* deducir a partir de ellas unas proposiciones que sean confirmables/falsables y 2* organizar experien-

cias que darán unos resultados negativos si la teoría que se encuentra en su origen es falsa. Ya vimos como este tercer criterio es el más específico del modo de proceder de la ciencia.

Por otra parte los datos observables, a los cuales remiten las entidades teóricas, deben ser claramente definidos y operacionalizados. Sin *conceptos operacionales* —llamados también «operativos»—, no se puede hablar de verificación científica.

Y es preciso finalmente que el *vínculo* que hay entre los enunciados teóricos y los datos observables sea precisado mediante unas «*reglas de correspondencia*» o «*principios de vínculo*», a falta de los cuales un acontecimiento cualquiera puede ser siempre explicado *a posteriori* por la teoría.

Nos preguntamos pues ahora: ¿responde la teoría psicoanalítica a los criterios de la científicidad? Así que intentamos resolver esta cuestión, nos sorprende inmediatamente el polimorfismo del freudismo y de su herencia. El psicoanalista honesto reconoce que ya la misma doctrina del fundador está repleta de contradicciones: «Los estudios de vocabulario hechos a través de la obra entera de Freud son propiamente hablando desesperantes» (Roustang, 1976:92). En 1954 J. Lacan habló de «la confusión más radical» cuando «observa la manera que tienen los diferentes practicantes del psicoanálisis de pensar, expresar, concebir su técnica» (cit. in *Ornicar?*, 1978, 16:4S). En 1959 el americano R. A. Harper publicó una obra de título significativo: *Psychoanalysis and Psychotherapy. 36 Systems (Psicoanálisis y Psicoterapia. 36 sistemas)*. En 1974, el psicoanalista J. Chazaud, intentando darle la réplica al libro *La Scolastique freudienne*, no duda en declarar: «Cuando me hablan de una "escolástica freudiana" lo que me produce es estupefacción. Se supondría que esa "escolástica" habría de unificar las actitudes de vasallaje psicoanalítico o de las estandarizaciones de los sesos que practican el psicoanálisis. Si no he contado mal he encontrado tan sólo en el *International Journal of Psycho-Analysis* 1.672 versiones diferentes de la teoría... Allí donde unos razonan como "economistas", los otros son apologistas de la significancia. Incluso la misma teoría de la libido es reinterpretada de múltiples maneras desde Ferenczi, y más vale cubrir con un púdico velo las construcciones psicopatológicas generales... Me parecería más inteligible que se hablase de incoherencia, de contradicciones. Y una vez más hemos de constatar que sólo la práctica (la Regla, la técnica, el protocolo de la cura) es casi universal» (p. 216).

Los mismos psicoanalistas lo admiten: la teoría comporta un gran número de enunciados contradictorios. Casi todos los conceptos son ambiguos y su combinación desemboca en una doctrina vaga y nebulosa. Las «reglas de correspondencia» no son nunca precisadas. De modo que en condiciones así resulta impensable verificar la teoría psicoanalítica. Como máximo lo que podemos hacer es pronunciarnos sobre algunas proposiciones separadas del conjunto.

Cada vez que uno de los grandes epistemólogos del siglo xx ha examinado de *cerca* el estatuto del psicoanálisis ha sacado la conclusión de su no científicidad. La actitud de K. Popper ya la hemos evocado; vamos a registrar ahora algunas más.

Wittgenstein declara que las explicaciones freudianas no son más que explicaciones «mitológicas» y «estéticas». Y precisa además: «Freud reivindica constantemente la calidad científica de su teoría. Pero son sólo *especulaciones* lo que nos ofrece —nos quedamos en un estadio que no es ni siquiera el de la formación de una hipótesis» (1966:93). En lo que concierne al éxito mundano del freudismo, el famoso lógico observa que «la seducción de las ideas de Freud es exactamente el mismo que ejerce una mitología».

Cuando Cari Hempel —el profesor de epistemología de la Universidad de Princeton— expone las particularidades de un concepto científico, cita precisamente al psicoanálisis como ejemplo de su desconocimiento. Muestra cómo «la falta de unos criterios adecuados de aplicación para los términos psicoanalíticos y las dificultades que de ello se siguen cuando se quieren derivar unas implicaciones verificables sin equívoco a partir de las hipótesis en las cuales figuran esos términos» (1966:142).

Jacques Bouveresse dice a propósito del psicoanálisis: «no es una teoría que se someta a *prueba*, sino una teoría que se *aplica*». Y con ocasión de su examen del freudismo, este maestro de la epistemología francesa no duda en criticar la actitud de un buen número de sus colegas filósofos: «Tal y como podemos percibir fácilmente en el caso del psicoanálisis, el papel de los filósofos es con frecuencia el de asegurarles a unas hipótesis pseudocientíficas el modo de vida más libre y más exuberante que sea posible, aquel del que gozan a partir del momento en que la posibilidad de observaciones contrarias no entra ni siquiera en cuenta» (1976:300). Encontraríamos conclusiones análogas a las citadas en las obras de Ernst Nagel (1959), Thomas Kuhn, Mario Bunge...

Citemos para terminar a un gigante de la filosofía francesa del siglo xx, a Jean-Paul Sartre: «Le reprocharé a la teoría psicoanalítica el ser un pensamiento sincrético y no dialéctico... Los resultados de ese sincretismo los vemos por ejemplo en la utilización que hacen los psicoanalistas del complejo de Edipo: se las arreglan para encontrar en él cualquier cosa, tanto la fijación a la madre, como el amor a la madre, o como el odio de la madre —según Melanie Klein... Un analista puede decir una cosa, y luego en seguida lo contrario, sin preocuparse en lo más mínimo por su falta de lógica, puesto que después de todo, "los opuestos se penetran mutuamente". Un fenómeno puede tener tal o cual significación, pero su contrario puede también significar la misma cosa. La teoría psicoanalítica es pues un pensamiento "blanco"» (p. 244).

Algunos pocos psicoanalistas admiten el punto de vista de los epistemólogos modernos. En 1964 W. Huber, uno de los siete miembros fundadores de la «École Belge de Psychanalyse», reconoce: «Una teoría sólo puede ser invalidada en la medida en que existe (como conjunto de proposiciones explícitas y articuladas de una manera más o menos coherente), lo cual no es por desgracia el caso del psicoanálisis, el cual, como consecuencia de todas las lagunas que acabamos de ver, no accede aún al estatuto de una teoría científica que habría llegado a su madurez» (p. 275). Hoy F. Roustang es aún más directo: «La teoría analítica no puede prevalecerse de criterios internos de validez y de veracidad» (1976: 52).

La gran mayoría de los psicoanalistas creen que pueden salirse del aprieto afirmando que la epistemología actual está inadapta o es de-

masiado estrecha (la prueba es que no integra al psicoanálisis...)- Constituyen entonces una epistemología a la medida *{ad hoc}* o se ponen a hacer malabarismos con las palabras. Afirman, como lo hacen Lacan o Pontalis, que «el análisis apunta a un *no saber*, a un no quiero, no puedo saber» (1965:110). Lo cual es tanto como confesar que estamos en pleno misticismo...

Lewin, Sears, P. Klein, y muchos otros psicólogos han retomado, en medio de la marea que constituyen los enunciados analíticos, una serie de ideas estimulantes para volverlas a formular de un modo que se hagan testables. Ya examinaremos más adelante sus conclusiones.

Observaremos no obstante que los «verdaderos» psicoanalistas no admiten esta manera de trabajar. Hablando de aquellos que en su teoría seleccionan lo que les parece válido, Freud manifestaba en 1933: «El edificio del psicoanálisis, aunque sea inacabado, forma a partir de ahora un conjunto del cual no se puede eliminar ningún elemento» (XV 149). Y más recientemente Lacan repetía: «*Ningún progreso* se ha podido hacer, *por pequeño que sea*, y que no se haya desviado cada vez que ha sido desatendido *uno de los términos* alrededor de los cuales Freud ordenó los caminos que trazara» (1973a:211, el subrayado es mío).

, II EL INCONSCIENTE

PSICOANALITICO

No es sin intención que digo *en nuestro inconsciente*, pues lo que así llamamos no **corresponde al inconsciente de los filósofos**. ..

FREUD, II 619.

1. EL INCONSCIENTE PREFREUDIANO

El gran público ve en Freud algo así como el Cristóbal Colón de un nuevo continente, el genial descubridor de una parte del psiquismo que el Yo de los humanos se habla siempre esforzado en reprimir.

Comenzaremos recordando que la noción de inconsciente está muy lejos de ser una invención freudiana. Ya el mismo Freud lo reconoció así; y los pocos psicoanalistas que se han tomado el trabajo de echar un vistazo a la psiquiatría y a la psicología del siglo xix han tenido que admitir que la mayor parte de los conceptos analíticos, en especial los de inconsciente, pulsión y represión, los sacó Freud de otros autores.

Anzieu, por ejemplo, escribe: «La noción de inconsciente no tiene nada de sorprendente para una persona que haya crecido en la cultura germánica. Comenzó con las «percepciones confusas» de Leibniz; se desarrolló luego con Herbart; se reforzó con la corriente romántica, y luego con Schopenhauer; para culminar en la famosa obra que Freud ya conocía y que apareció en 1859 de Ed. von Hartmann: *Philosophie des Unbewussten (Filosofía del inconsciente)*...» (1975a: 152). — eNietzsche, antes que Freud, describió el inconsciente, y a veces con las mismas palabras que luego Freud iba a usar (*inhibición, sublimación, ello*) y siguiendo la mayor parte de las características que éste habla de asignarle» (1975b: 142).

S. Viderman reconoce: «El inconsciente era bien conocido antes de Freud, el cual por lo demás nunca reivindicó su descubrimiento (...) La noción de represión, Freud la encontró desde su adolescencia en la psicología de Herbart, a través del manual de Lindner que ya había estudiado en el mismo Gymnasium. El carácter dinámico de esta representación de la vida psíquica está relacionado con la noción herbartiana de umbral de la consciencia (*Schwelle des Bewusstseins*), a partir de lo cual el manual de Lindner describía el juego de las representaciones en unos términos que volveremos a encontrar apenas modificados por Freud en sus *Estudios sobre la histeria*:

supresión, represión o caída de las representaciones por debajo del umbral de la consciencia» (1977:234).

Son varios los historiadores que han hecho un recorrido por el concepto de inconsciente.

En *El inconsciente antes de Freud*, L. L. Whyte pasa revista a varias decenas de autores de los siglos xviii y xix que supusieron la existencia de procesos mentales no conscientes. Escribe lo siguiente, que destacamos: «Es incontestable el hecho de que hacia 1870-1880 la idea general de un espíritu inconsciente había llegado a ser una banalidad en Europa (...) En una carta a Fliess, con fecha de 31 de agosto de 1889, Freud mostró alguna decepción al descubrir que algunas de sus hipótesis fundamentales se encontraban en una obra de Theodor Lipps publicada en 1883. Lo cual prueba que a la edad de 42 años Freud ni siquiera sospechaba que al menos cincuenta autores, o probablemente muchos más, estaban exponiendo desde hacía más de doscientos años unas hipótesis análogas a las suyas» (p. 210).

La obra más erudita de las que disponemos acerca de esta cuestión es sin duda el libro de H. Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious* (932 páginas) (*El descubrimiento del inconsciente*). Veamos cómo resume su autor la cuestión presente:

«La utilización terapéutica de las fuerzas psíquicas inconscientes se remonta a la noche de los tiempos. (...) Existieron a este respecto dos métodos bien distintos. Uno de ellos consiste en provocar la emergencia de fuerzas inconscientes en el enfermo, bajo la forma de crisis, de sueños o incluso de la posesión (...) El otro método consiste en provocar la emergencia de unas fuerzas inconscientes en el curandero (...)

»Por lo que se refiere a la noción de inconsciente, se trata de una investigación menos antigua que la de la utilización del inconsciente. Este estudio ha consistido en la obra acumulativa de un gran número de personas. Sus comienzos se remontan a las intuiciones de los místicos y de algunos filósofos antiguos, a los cuales hemos de añadirles San Agustín. Pero fue sobre todo después de Leibniz cuando se precisó la noción de inconsciente, y se desarrolló con una gran rapidez a lo largo del -siglo xix. Fue entonces cuando surgieron las grandes filosofías del inconsciente (Von Schubert, Carus, Schopenhauer, Von Hartmann) y los primeros trabajos de psicología experimental (Herbart, Fechner, Helmholtz), sin hablar de las innumerables investigaciones de los fisiólogos, de los psiquiatras, de los magnetizadores e incluso de los espiritistas» (Prefacio a la edición francesa).

2. EL INCONSCIENTE EN LA PSICOLOGÍA CIENTÍFICA

La idea misma de una ciencia psicológica presupone unos aspectos del comportamiento que se salen de la atención espontánea. Si cada individuo comprendiese perfectamente sus conductas, no habría ningún lugar para la investigación psicológica. Incluso el psicólogo behaviorista más radicalmente opuesto a las explicaciones mentalistas y animistas acepta el principio de la no consciencia como premisa de la ciencia en

general y por tanto de la psicología, Skinner, por ejemplo, escribe: «No siempre tenemos consciencia de lo que hacemos. Tenemos acaso más posibilidades de efectuar tomas de consciencia cuando aprendemos algo nuevo, porque es en ese momento cuando los comportamientos autodestructivos son más útiles (...) Todo comportamiento es fundamentalmente inconsciente, en el sentido de que se elabora y se mantiene aprovechando unas contingencias eficaces incluso cuando no son objeto de ninguna observación ni de ningún análisis» (1969:322). Esta cita evoca los dos aspectos de la «inconsciencia» de la cual se ocupa el psicólogo, a saber, 1.º la ausencia o la insuficiencia de atención que se le concede a una conducta como tal, y 2.º el no conocimiento de los factores que la determinan.

Tomemos como ejemplo el caso banal de la madre que se queja de tener un niño miedoso. Frecuentemente una madre así no ha tomado consciencia de sus propios comportamientos: los signos de ansiedad que manifiesta en presencia del niño y que le sirven de modelo; los gestos de afecto que le prodiga cada vez que el niño tiene miedo y busca una protección; el hecho de que le ahorre al niño cualquier situación en la que éste podría acostumbrarse, etc. En una palabra, se puede decir que esta madre es «inconsciente» de su actitud superprotectora.

Por otra parte la madre que ha reconocido el estilo de su propio comportamiento y el efecto que produce en su hijo puede permanecer ignorante de los factores que le llevan a actuar de esta manera.

La elucidación de ese porqué habría de contemplar de un modo especial: las incidencias de su temperamento, como por ejemplo su grado de emotividad; las consecuencias que ella se imagina que tendrían sus conductas actuales y unas conductas alternativas a éstas {por ejemplo, su miedo de que el niño sea víctima de un accidente si actúa de otra manera}; los condicionamientos que ella misma sufrió, en su propia educación, a través de sus modelos; los reforzamientos actuales a los que ella es sensible, como por ejemplo el hecho de que el niño sea particularmente afectuoso cuando ella lo cuida; etc. Un análisis comportamental mostrará quizá que la madre, *sin darse cuenta de ello*, sostiene en el niño la misma conducta de la cual por otra parte dirá que desea ver desaparecer...

La fenomenología tiene toda la razón cuando subraya el hecho de que la existencia precede a la reflexión sobre la existencia. El hombre, por lo general, vive fuera de sí mismo (*ex-siste*); está más abocado hacia el mundo que hacia su propia consciencia. Por ejemplo, el individuo que está encolerizado piensa más en su oponente que en sus sensaciones internas o en sus propios gritos y temblores. Aquel que habla no piensa demasiado en las reglas de la gramática, y las observa de manera «espontánea». Aquel que está reflexionando en un problema piensa menos en su actitud reflexiva que en el objeto de su reflexión. El mismo Leibniz señalaba que «no es posible que reflexionemos siempre y de propósito sobre todos nuestros pensamientos; de otro modo la mente reflexionaría sobre cada reflexión hasta el infinito sin poder jamás pasar a un nuevo pensamiento (...) Es preciso que deje de reflexionar sobre todas estas

reflexiones y que haya finalmente algún pensamiento que se deje pensar sin pensar en ello».¹

En la mayor parte de las situaciones las significaciones se aprehenden de una manera no reflexiva, y son más bien *vividas* y no *conocidas* y explicadas conscientemente. Esta «irreflexión» puede incluso resultar deseable. El individuo que quiera bajar rápidamente una escalera prestando atención a cada uno de los movimientos de sus pies y de sus manos, corre el riesgo de caer rodando de tal modo que quede rápidamente convencido de la utilidad de las acciones «irreflexivas»... Hay que reconocer de todos modos que nuestros trastornos comportamentales hemos de atribuirlos con frecuencia al hecho de que no estamos lo bastante conscientes de nuestras conductas efectivas y de los estímulos que las controlan (que las suscitan, que las refuerzan o que las hacen desaparecer).

No había que esperar a Freud para encontrar quien nos recordase que los hombres tienden a evitar los conocimientos que les ponen a ellos mismos en cuestión; ya Pascal, La Rochefoucauld, Nietzsche y tantos otros lo subrayaron mucho antes que él. Los psicólogos, en particular L. Festinger, han confirmado ampliamente el hecho de que los individuos se pueden engañar a sí mismos, manteniendo la atención sobre las informaciones que son agradables y dejando de lado aquellas que les dan miedo o les desvalorizan. Todo el mundo percibe y retiene mucho mejor aquello que confirma sus creencias a las que está vinculado que todo aquello que puede infirmarlas.

Siguiendo una larga tradición, en la que Freud vino a incluirse, los psicólogos admiten que la observación objetiva del prójimo y la observación de uno mismo son operaciones difíciles, constantemente sujetas a ilusiones. Ya hemos visto más arriba como algunos investigadores de muy alto nivel —como es el caso de Charcot o de Pavlov— podían llamarse a engaño sobre su propio comportamiento y de qué manera podían desconocer unos condicionamientos que sufren o provocan ellos mismos.

Hay que recordar por fin que sea cual fuere nuestro esfuerzo de intelección de nosotros mismos nunca llegamos a totalizarnos, a rehacernos según unas fórmulas transparentes. Nuestros afectos y nuestras conductas cambian según las situaciones —presentes, pasadas o por venir— y sus significaciones varían según cuáles sean los puntos de vista que se adopten, de modo que se hace inevitable que siempre haya algunos aspectos que se nos escapan.

Es bien sabido que acerca de estas cuestiones, al igual como sobre las demás, la originalidad de la psicología científica en relación con la filosofía y el psicoanálisis reside antes que nada en el respeto a unas reglas metodológicas que hagan más objetiva la investigación y que permitan verificar hipótesis que sean *falsables*.

1. Citado por J. Brun (1954) en *La conscience et l'inconscient (La consciencia y el inconsciente)*. Selección de textos. Col. «Classiques Hachette», p. 44.

3. EL INCONSCIENTE FREUDIANO

El psicoanalista proclama que la teoría freudiana del **Inconsciente** no puede confundirse con el concepto de inconsciente utilizado por el psicólogo. Este último confirma sin dificultades esta opinión y **le añade*** que son precisamente los aspectos más específicamente **freudianos** los que más discutibles son. Vamos a examinar ahora más de cerca **esas** características.

a) *El método de exploración*

Freud cree detentar una técnica que permite sacar a la luz **del** día los secretos del Inconsciente, esto es, la técnica basada en las asociaciones libres y su interpretación psicoanalítica. Ya hemos discutido **antes** el valor de esta hipótesis, de modo que aquí podemos limitarnos a algunas breves observaciones.

1. Al psicólogo que no es psicoanalista le resulta fácil reconocer el interés de una palabra dicha sin ponerle ninguna traba. Incluso sucede que este psicólogo le puede pedir a un paciente que «asocie libremente» durante algunos minutos, incluso durante varias horas, con el fin de explorar los temas que están relacionados con una situación **que** suscita el miedo o un ritual obsesivo. De este modo puede **algunas veces** rastrear unas imágenes mentales y unos reforzamientos **de los cuales** el paciente subestima su impacto sobre sus emociones y **sus** acciones.

El psicólogo se niega de todos modos a hacer un -uso psicoanalítico del método de las asociaciones, que viene a **resultar** una *repetición machacona de palabras e ideas a lo largo de varias docenas o centenares de horas*. Estima también que el hábito del juego de las asociaciones **freudianas** no favorece en absoluto, sino muy al contrario, **la observación objetiva** de las acciones propias y de los factores que las controlan *efectivamente*.

2. Ya hemos explicado que el contenido de las asociaciones del analizado depende en una gran parte de las reacciones del psicoanalista. Añadamos aquí que ese contenido depende igualmente de la **clase social a la** que el paciente pertenece. Las asociaciones son menos una traducción de los verdaderos factores de las conductas llamadas neuróticas **que una** expresión de las capacidades verbales del analizado. En la correspondencia entre Jung y Freud hallamos una bonita ilustración de **lo que estamos** diciendo. El primero escribe el día **12-6-1907**: «El análisis en **las personas** incultas es un trabajo muy duro». El Maestro le responde: «Si **hubiese** querido organizar mis afirmaciones según las **indicaciones dadas por las** señoras de la limpieza, sólo hubiese **obtenido casos negativos (...)** La suerte que tiene la terapéutica consiste en **el hecho de que primero** hemos aprendido tantas cosas **en los demás casos que podemos contarles**, nosotros mismos su propia historia **a esas personas, y sin esperar su**

contribución. Entonces lo confirmarán a buen seguro; pero nada podemos aprender de sus casos».

¿Tienen las señoras de la limpieza, como las llama Freud, un Inconsciente menos desarrollado que las señoras de la alta sociedad? ¿Cómo explicar entonces que algunas de ellas sufran igualmente de fobias, de obsesiones o de psicosis? La verdad es que los proletarios se adaptan con menor facilidad a la conversación psicoanalítica; disponen de menos imaginación que los ricos y los instruidos cuando se acuestan en un diván.

Por poco inteligente y cultivado que uno sea, encontrará que las asociaciones a la Freud sobreabundan y se estiran en todos los sentidos. Las cadenas asociativas nos hacen pensar en el chicle: uno puede mascarlas y mascarlas hasta el infinito, sin que por ello se alimente... Admito gustoso que las primeras horas de asociaciones puedan ser instructivas, pero estoy convencido de que antes de la décima sesión la cura deviene un claro ejemplo de algo que decía Nietzsche: «¿Qué son pues nuestras experiencias vividas? Mucho *más* lo que nosotros metemos ahí que lo que se encuentra en ellas. ¿O es que habríamos de decir que en uno mismo no se encuentra nada? Experimentar, ¿es imaginar?» (1881: § 119).

3. Volvamos ahora por un instante a la interpretación psicoanalítica. En su carta a Jung, Freud escribe que «podemos contarles nosotros mismos su historia a esas personas sin esperar sus contribuciones». Y a decir verdad es éste un procedimiento constante en el analista. *El analista proyecta en el supuesto Inconsciente del paciente todo lo que es necesario para llegar a una explicación coherente y que sea conforme a su teoría.*

El psicoanalista postula que el Inconsciente de todos los hombres contiene «en estado latente» lo que se manifiesta más abiertamente en algunos. Si un paciente un día pone en conjunción la habitación de sus padres y una obra de teatro, el analista verá ahí sin dificultad ninguna un símbolo *inconsciente universal*. Cuando otro cliente viene luego a evocar su interés hacia el teatro, el analista comprende su historia «sin tener que esperar su contribución». Un semejante modo de pensar permite el género de declaraciones siguiente: «Teatros y conciertos, y de hecho *toda* representación en la que hay alguna cosa que ver o que escuchar simbolizan *siempre* el coito de los padres: el hecho de escuchar y de mirar simboliza la observación real o imaginaria, mientras que la cortina que cae representa los objetos que perturban la observación, tales como las mantas, el montante de la cama, etc.» (Melanie Klein, 1948:136: subrayo *toda y siempre*).

b) La ilusión sustancialista

En los *Estudios sobre la histeria* (1895) publicados por Freud, J. Breuer ponía a sus lectores en guardia contra la idea de que el inconsciente fuese una cosa. Estamos en plena mitología, decía Breuer, cuan-

do olvidamos que este término no es más que una metáfora (2:228). Pero desgraciadamente Freud no aprendió esta lección, y después de algunos años de práctica cosificó la noción de inconsciente, fue pasando desde el adjetivo y el adverbio al sustantivo, y por fin a la idea de una sustancia. El término de «Inconsciente» ya no designa entonces una falta de atención o una ignorancia, ni tan sólo una actitud de mala fe. Ya no se trata de una simple ausencia de consciencia, sino ciertamente una realidad en sí: una especie de depósito de pulsiones y de representaciones disimuladas bajo la consciencia como una bodega bajo la casa.

Freud (XI 265) criticó a Janet precisamente en este mismo punto. En efecto, para su rival francés el inconsciente no es una cosa real, sino tan sólo «une *façon de parler*» («una manera de hablar»). Por su parte el padre del psicoanálisis declaró, al contrario que Janet, que «hemos tomado la costumbre de operar con el Inconsciente como con una cosa palpable» (XI 288). Por lo demás no dudó en expresarse en términos espaciales: «Asimilamos el sistema del Inconsciente con una gran antecámara en la cual forcejean las mociones psíquicas de los seres vivos. Junto a esta antecámara hay otra habitación más estrecha, como una especie de salón en el cual se hospeda también la consciencia. Pero en el umbral de la puerta que separa estas dos habitaciones vela un guardián que inspecciona cada una de las mociones psíquicas, ejerce la censura sobre ellas y les impide entrar al salón si no le gustan» (XI 305). Freud precisó que esta concepción no era en absoluto una imagen defectuosa que pudiese llevarnos al error, sino que dice: «Puedo asegurar que la concepción de los dos locales, con el guardián que permanece en el umbral que hay entre las dos habitaciones y la consciencia como un espectador colocado en el extremo de la segunda habitación, proporciona una muy buena aproximación del estado real de las cosas» (XI 306).

Los textos de Freud y de sus discípulos sugieren muy claramente la existencia de una entidad mental escondida en el interior de la persona. El Inconsciente aparece ahí como un inquilino que el propietario no conoce. Hay, como dice Freud, en nosotros un «Otro» (X 268). «El Yo no es amo en su propia casa» (XII 11). Un ser secreto posee las verdaderas llaves del destino; él es la fuente última, el verdadero pensador, el Amo que tira de los hilos... Así es como el psicoanálisis alimenta poderosamente lo que Ryle llama «la leyenda de los dos mundos» y «el dogma del fantasma en la máquina».

La concepción freudiana del Inconsciente se ha popularizado ampliamente, sin duda porque es un sistema que tiene respuesta para todo, pero quizá también porque le permita a cualquiera persuadirse de que encierra, en un escondrijo en el fondo de sí mismo, unos poderes secretos y unos tesoros de afectividad. Este Inconsciente aparece como un ser a veces inquietante, a menudo escabroso, y siempre fascinante. Puede ser tenido incluso por una especie de oráculo interior que el sujeto debe «escuchar con la tercera oreja» (Th. Reik).

Mientras estaba redactando su *Tótem y tabú*, Freud le escribía a Jones: «Sé que emprendo un camino tortuoso en relación con mis trabajos, pero es una orden que recibo de mis conexiones inconscientes» (cf.

Jones II 373). C. G. Jung, que desarrolló resueltamente esta misma concepción semimística del Inconsciente, enseña: «Cuando la superficie es despejada, entonces todo puede venir de las profundidades. Los hombres siempre creen que se han equivocado cuando lo consiguen. Pero si no saben ir más lejos, entonces la única respuesta, el único consejo que pueda tener sentido es el de esperar lo que el Inconsciente tenga que decir sobre la situación» (1963:388).

Al psicólogo moderno le cuesta creer que se pueda encontrar la salvación a base de contemplarse el ombligo. Prefiere refrenar su gusto por lo maravilloso y se alinea resueltamente del lado de Janet y de los filósofos que Freud precisamente criticó. No cree en un ser subterráneo autónomo; evita el sustantivo «Inconsciente»; prefiere las expresiones que conducen con menor facilidad a las reificaciones, como lo son las de comportamiento no reflexivo (irreflexivo, prerreflexivo), inconsciencia, inatención selectiva, estímulos subliminales, influencias mal comprendidas, sugerencias subconscientes, disposiciones inconscientes, modos de reacción cuyo condicionamiento ha sido olvidado o fue mal percibido.

c) El mentalismo

Los psicólogos behavioristas de la primera mitad del siglo XX pensaron que tenían que poner entre paréntesis los acontecimientos «interiores» (sentimientos, imágenes, ideas). Algunos llegaron incluso a negar la importancia de estos hechos. Hoy B. F. Skinner, el cabeza de fila del «behaviorismo radical», declara sin titubear: «Es importante hasta el más alto punto que una ciencia del comportamiento se enfrente con el problema del universo privado. Y puede hacerlo sin renunciar a la posición fundamental del behaviorismo» (1969:299). La psicología moderna, sobre todo en su corriente «cognitivista», le presta una gran atención a los fenómenos «interiores»... sin por ello ver en esos fenómenos una explicación suficiente de los comportamientos.

Skinner observa muy acertadamente que los puntos de enlace deben recibir también su explicación: «Un trastorno del comportamiento no se explica vinculándolo a unos sentimientos de ansiedad mientras no se hayan explicado a su vez esos sentimientos» (1969:316). Esta explicación habrá qué buscarla en las interacciones efectivas, tanto pasadas como presentes, del sujeto con su entorno.

En una palabra: los psicólogos modernos no niegan la importancia de los fenómenos interiores; sólo que se niegan a esta forma de mentalismo consistente en hacer de las entidades internas los términos últimos del análisis del comportamiento. Los psicoanalistas, en cambio, dan cuenta de casi todas las conductas humanas mediante unas entidades mentales como por ejemplo la imago materna, el Padre simbólico, el complejo de Edipo, las fantasías de castración, etc.

d) Las pseudoexplicaciones

En el siglo xvn había unos sabios que explicaban que el agua tiene un efecto suavizador porque su cualidad primera es la suavidad. Otros explicaban que el agua perfora las rocas porque las partículas de agua son duras y porque la cualidad esencial del agua es la dureza (Bachelard, 1947:109s). En la misma época se decía que el estómago digiere porque posee una «virtud concoctiva» y que el sen purga porque contiene una «virtud colagoga»...

Moliere se burló de todas esas explicaciones en la escena de la entronización de un médico que aparece al final de su comedia *Le malade imaginaire* (*El enfermo imaginario*). Cuando el Presidente pregunta por qué el opio hace dormir, el joven sabio le responde «*Quia est in eo Virtus dormitiva*». Con lo cual el coro de los doctores responde: **Berte, bene, bene, bene responderé; dignus, dignus est intrare in nostro docto corpore*»...

Es cierto, interesante y legítimo decir que el opio tiene la propiedad de hacer dormir. El error reside en el *quia*, en el *porqué*, el hecho de atribuirle un valor explicativo a un enunciado descriptivo.

Muchos son los psicólogos que, en el siglo xx, «explican» todavía un acto agresivo por la agresividad, una actitud reservada por la timidez, la resolución de un problema por la inteligencia... Entre los psicoanalistas, esos argumentos circulares son de lo más corriente. Afirman que tal o cual individuo experimenta una fuerte culpabilidad porque tiene un Super-yo sádico. Y cuando se les pregunta cómo saben si un individuo tiene un Super-yo sádico, entonces responden: cuando vemos que está muy culpabilizado...

Freud, sin ir más lejos, explicaba sus fracasos terapéuticos por una necesidad en el paciente de estar enfermo (*Krankheitsbedürfnis*) y por una necesidad de sufrir (*Leidensbedürfnis*), que provienen de un «sentimiento de culpabilidad inconsciente», el cual a su vez proviene de un Super-yo cruel, que es por su parte la «resultante de la liberación de cantidades excesivas de la pulsión de destrucción vuelta hacia el interior» (XVII 105s). De un modo parecido Lacan explica la conducta del alcohólico diciendo que «ello tiene sed en alguna parte» (cf. E. George, p. 120), etc.

Son numerosos los conceptos freudianos (inconsciente, complejo, pulsión de muerte, etc.) que se presentan como entidades explicativas y que no son sino tautologías, formulaciones pseudoeruditas. La ilusión de obtener así una explicación es tanto más fácil cuanto que el lenguaje utilizado es de los más esotéricos. Por ejemplo vale más decir «Virtus dormitiva» que «virtud dormitiva» o «propiedad de adormecer».

Si se quiere dar una explicación científica lo que hay que hacer es poner en relación dos tipos de observaciones, que se registran de modos distintos, a saber, las variaciones de la «variable independiente» y las de la «variable dependiente». Se observan por ejemplo las conductas de los padres (V.I.) y por otra parte el grado de autocontrol en el

niño (V.D.); luego se pueden analizar las relaciones que existen entre estas dos series de hechos. Una pseudoexplicación se limitará a observar un comportamiento considerado como «variable dependiente» a la vez que propondrá como «variable independiente» una nueva denominación de este comportamiento. Se declara por ejemplo que el autocontrol del niño depende de la imago de los padres interiorizada, pero ello se hace sin tomarse el trabajo de evaluar de manera independiente y objetiva la variable «imago de los padres».

e) *Un deus ex machina*

En una obra que fue publicada en Viena en 1903, Otto Weininger, un joven filósofo que conocía muy bien a Freud,³ afirmaba que «la mujer es una criminal sexual nata; cuando su fuerte sexualidad es reprimida intensamente, ésta la conduce con facilidad a la enfermedad y a la histeria, y cuando no es reprimida lo suficiente, a la criminalidad.»⁵ Weininger no era psicoanalista, pero no por ello razonaba menos como un verdadero freudiano. Y es que efectivamente, gracias al artificio de lo manifiesto/latente, se puede sostener cualquier tesis: que la mujer es una criminal nata o que la devora la envidia del pene... La invocación del Inconsciente, de la represión y de las resistencias permite, para aquellos que creen en esas cosas, asimilar todos los hechos contradictorios y responder a todas las objeciones. Citemos un ejemplo típicamente freudiano.

Al término de su análisis de Schreber, Freud concluía que la paranoia se explica por una lucha contra unas tendencias homosexuales. Cuatro años Z % J/At PUBLIC 1 Un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica (X 234s). Se trataba de una mujer de 30 años que se sentía perseguida por su antiguo amante. Creía en particular que éste la hizo fotografiar mientras estaban retozando amorosamente unidos. Freud dice que no encontraba ahí ningún rastro de vínculo homosexual en la primera entrevista con la paciente. La segunda consulta le permitió sin embargo afortunadamente confirmar su teoría. La paciente vivía con su madre viuda; y ello indicaba según Freud, la existencia de un «complejo materno». El hecho de que la paciente no manifestase realmente una conducta homosexual en relación con su madre era algo que importaba muy poco. Freud explica que la relación se refería no a la madre real, sino a «la imagen materna originaria» (X 240). El inconsciente es una especie de país de *Utopía* en el que todas las declaraciones están permitidas...

No será inútil recordar aquí la facilidad con la cual podemos percibir aquello que estamos esperando percibir. Bastan dos ejemplos para ilustrar este principio epistemológico banal, pero que hay que repetir una y otra vez. En 1804 Aldini, un sobrino de Galvani, publicó sus propias expe-

2. E. Jones (I 346) explica que Weininger tenía estrechas relaciones con un paciente y alumno de Freud llamado Swoboda, que se analizó en 1900
i/Geschlecht una Charakter (Sexo y carácter), 1903. Citado por EUenberger

1

riencias y las de otros físicos que «demostraban» que la electricidad se impregna de las sustancias a las cuales atraviesa. G. Bachelard resume así los resultados obtenidos por esos físicos: «Si acercamos dos electrodos a la punta de la lengua, notaremos el sabor de esta corriente eléctrica material modificada por su paso a través de materias diversas: será *por tanto* acre como la orina, o dulce como la leche, o picante como el vinagre. Si hacemos estas mismas experiencias con el sentido del tacto, en las mismas condiciones, llegaremos a afirmaciones menos exactas, pues el tacto está menos embotado que el gusto. Es lo mismo que le sucedía al mono de la fábula, pues no se sabe por qué causa no se distingue muy bien, pero de todos modos se distingue» (p. 104s).

Durante los siglos xvn y xvm los partidarios de la teoría preformista, según la cual el individuo está ya completamente constituido en el germen, creían reconocer en los espermatozoides observados al microscopio un homunculo completo, el «homunculus». Algunos sabios, como N. Hartsoeker (1659-1725), famoso médico y físico holandés, llegaron a representar gráficamente este ser en miniatura «visto» al microscopio (cf. M. Daumas, p. 1.197).

¿Hay que recordar hasta qué punto las ilusiones perceptivas son más fáciles cuando se explora la «nebulosa interior» en lugar de los fenómenos materiales, físicos o biológicos? Sin ser tan tajante como lo era el filósofo Alain, que declaraba que «el psicoanálisis no es más que un arte de adivinar lo que no existe», por mi parte nada me cuesta decir que el psicoanálisis sale del paso a base de hacer surgir de la «caja negra» una especie de homunculo al que llama «Inconsciente» y cuyos órganos llevan los nombres de imago, complejos, fantasías originarias, pulsión de muerte, etc. La objeción que aquí hacemos no se refiere demasiado al hecho de que estas entidades no sean visibles directamente, sino a la ausencia de verificación *metódica* de implicaciones que puedan ser sometidas a prueba, esto es, que sean *falsables*.

III

LA DOCTRINA DE LAS PULSIONES

Freud pensaba que las actividades humanas tenían su origen en las «pulsiones». Esta era una concepción corriente en el siglo xix; entre los autores que la desarrollaron conviene aquí mencionar a Nietzsche, pues es muy probable que éste influyera en Freud.

Ellenberger, que estudió las numerosas semejanzas que hay entre las ideas del inventor del psicoanálisis y las del célebre filósofo, escribe: «Freud, al igual que Nietzsche, ve en las palabras y en los gestos unas manifestaciones de motivaciones inconscientes, esto es, esencialmente instintos y conflictos de instintos. Tanto para el uno como para el otro, el inconsciente es el reino de los instintos salvajes y bestiales que no encuentran un exutorio que sea permitido, que se enraizan en el pasado más lejano del individuo y de la especie, que se expresan en la pasión, en los sueños y en la enfermedad mental. Incluso el término de "ello" (*das Es*) proviene de Nietzsche. También encontramos en Nietzsche la concepción dinámica del espíritu, con las nociones de energía mental, de cuanta de energía latente o inhibida, de liberación de energía o de transferencia de una pulsión a la otra. Antes de Freud Nietzsche concebía ya al espíritu como un sistema de pulsiones susceptibles de entrar en colisión o de fundirse las unas en las otras» (1970:235).

1. ¿«INSTINTOS» O «PULSIONES»?

Si un psicoanalista francés, o español, lee la cita anterior no dejará sin duda de criticar en ella la conjunción de los términos de *instinto* y de *pulsión*, utilizados como sinónimos. Para él el individuo que hace uso del primero de estos términos hablando del ser humano demuestra que no ha entendido nada del mensaje freudiano. Lacan por ejemplo escribe: «La pulsión, nunca lo recordaremos lo suficiente para la obstinación del psicólogo que, en conjunto y *per se* está al servicio de la explotación tenocrática, la pulsión no tiene nada que ver con el instinto (ninguna de las expresiones de Freud permite la confusión)» (1966:851).

Como psicólogo ex psicoanalista que soy, quiero responder que: 1." Hasta los años 50 *todos* los traductores franceses de Freud utilizaron el término de *instinct*. 2." El traductor inglés J. Strachey, cuyo talento y meticulosidad son bien conocidos, prefirió el término de *drive*. Dio su justificación en el prefacio general de la Standard Edition en 1966. 3.º Freud, que revisó varias de las traducciones francesas e inglesas antes de su publicación, jamás vio inconveniente a que se utilizase el término de *instinct*. 4.' Hasta 1957 el propio Lacan utilizó siempre la palabra *instinct* y

nunca *pulsión*. Basta con consultar lo» *Écrits* (por ejemplo, p. 437) para verificar este hecho.

En los meses de febrero y marzo de 1967, el periódico *Le Monde* publicaba sobre ese problema las opciones contradictorias de diversos especialistas. Marthe Roben sostenía que se podía seguir traduciendo *Trieb* por *instinct*; Laplanche y Pontalis optaban resueltamente por *pulsión*... Creo que basta con abrir el diccionario de la lengua francesa para constatar la futilidad de esta querella.

Según Littré (1877) el término de *instinct* ha tenido diversos sentidos, en especial; A) «Impulso interior e involuntario que mueve al alma humana»; B) «Estímulo interior que determina al ser viviente a una acción espontánea, involuntaria o incluso forzada, con una finalidad de conservación o de reproducción'. Hoy volvemos a encontrar todavía la misma dualidad de sentidos. En la edición de 1978 del diccionario *Petit Robert*, leemos en la entrada *instinct*: «Impulso que un ser vivo le debe a su naturaleza; comportamiento mediante el cual se manifiesta este impulso. A) (1580) Tendencia innata y poderosa, que es común a todos los seres vivos o a todos los individuos de una misma especie. B) Tendencia innata a efectuar determinados actos (según las especies), ejecutadas perfectamente sin experiencia previa y subordinadas a unas condiciones de medio».

En alemán, el viejo vocablo germánico *Trieb* corresponde al término de *instinct* entendido en el sentido A, mientras que *instinkt*, concepto de origen latino, corresponde en francés al término de *instinct* tomado en el sentido B. Durante el siglo xix algunos autores alemanes distinguían bien estos dos vocablos, mientras que otros los utilizaban como sinónimos. Schopenhauer y Nietzsche por ejemplo, utilizaron generalmente el término de *Trieb*, que hoy puede ser traducido por *pulsión* [en cast. *pulsión*],

Freud no hace sino colocarse del lado de aquellos que distinguen las dos nociones. Según un uso que entonces estaba en vigor, su término de *Trieb* designaba una tendencia innata, tal como la pulsión de nutrición, o la pulsión sexual; y la palabra *Instinkt* designaba un saber predeterminado tal como el que aparece en los animales. Subrayemos de pasada que el padre del psicoanálisis utilizó sobre todo el primer término, pero que igualmente utilizó el término de *Instinkt*. En efecto, *Freud creía en la existencia, en el hombre, de esquemas fúgenéticos, análogos al saber instintivo de los animales*: los símbolos que aparecen por ejemplo en los sueños (XVI 241), la fantasía de la escena primitiva, los complejos de Edipo y de castración (XII 156), el acto de matar al padre primitivo (XVI 208), etc. En la concepción de Freud estos esquemas transmitidos hereditariamente constituyen el núcleo del Inconsciente.

2. LA PULSIÓN SEXUAL

a) *La especificidad de la concepción freudiana*

Los discípulos de Freud buscan siempre la manera de subrayar el carácter revolucionario de las ideas psicoanalíticas, sobre todo en materia de sexualidad. Si les hemos de dar crédito, los *Tres ensayos para una teoría de la sexualidad* (1905) topaban de frente con los prejuicios de la época. O. Manoni, por ejemplo, escribe: «Es ciertamente de todos los libros de Freud el que levantó más protestas» (1968:105).

Reuniendo todas las recensiones que se publicaron luego de la publicación de los *Tres ensayos*, dos psicoanalistas americanos, Bry y Rifkin (cit. in Ellenberger, p. 652s), evidenciaron un buen ejemplo de la leyenda de las «resistencias». En efecto, la mayor parte de las recensiones eran positivas, hecho que se explica con una gran sencillez: las ideas presentadas en los *Tres ensayos* de 1905 eran muy poco revolucionarias para la Viena de la época.

Ellenberger examinó muy de cerca la literatura sexológica de fines del siglo xix. Remito al lector a su exposición {1970:249-57; 425-32} para limitarme aquí a reseñar algunas de sus conclusiones:

«Cuando aparecieron los *Tres ensayos* en 1905, había un gran interés por los problemas sexuales, y es difícil establecer distinciones entre las fuentes de Freud y los desarrollos paralelos (...) A partir de 1886 (fecha de la aparición de la *Psychopathia Sexualis* de Krafft-Ebing), las publicaciones sobre este tema no habían cesado de multiplicarse y se hacía cada vez más difícil trazar su perímetro. En 1899 Magnus Hirschfeld había emprendido la publicación de un anuario que contenía numerosos artículos originales y recensiones de libros. El primer volumen tenía 282 páginas, el 4* (en 1902) contaba 980, el 5.* (en 1903) 1368, el 6* (en 1904) 744, y el de 1905, 1.084. No nos ha de sorprender si encontramos muy pocas cosas en los *Tres ensayos* de Freud que no se puedan reconocer en los hechos, las teorías y las especulaciones contenidas en este diluvio de literatura» (p. 425s).

Freud, según se suele decir, sacó a las perversiones sexuales de las tinieblas en las que se encontraban arrojadas. Pero en realidad, varios autores habían ya dado nacimiento, a fines del siglo xix, a una especie de «romanización» de la perversión. Algunos psiquiatras y desviacionistas, que intentaban defender su causa, describían al perverso como infortunados que tenían que padecer unos sufrimientos inauditos (id., p. 254).

Se le suele reconocer a Freud el mérito de haberse atrevido a hablar de la sexualidad infantil. A decir verdad la mayor parte de los médicos de su tiempo le concedían muy poco interés, pero los educadores y los sacerdotes eran muy conscientes de una serie de hechos. Veamos algunas de las ilustraciones que proporciona Ellenberger (p. 250):

«El Padre Debreyne (1844; 1846), teólogo y médico, mencionaba en sus obras la gran frecuencia de la masturbación infantil o de los juegos sexuales entre niños pequeños, así como de la seducción de los niños muy pequeños por parte de las nodrizas o de los criados. Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans y gran educador, insistía en el hecho de la gran frecuencia de los juegos sexuales entre niños y afirmaba que la mayor parte de los niños adquirirían sus "malas costumbres" entre su primer y su segundo año de vida (1866). Michelet, en algunas de sus obras destinadas a la educación popular, exponía de modo muy brillante unas ideas semejantes. En *Nos Fils* (*Nuestros hijos*) ponía en guardia a los padres contra los peligros de lo que hoy llamaríamos la sexualidad infantil y el complejo de Edipo. Cita, y a la vez se muestra de acuerdo con ellos, los antiguos textos judíos que recomendaban al padre que mantuviese una cierta distancia con su hija; también de manera semejante cita a los moralistas católicos, que hacían la misma recomendación a las madres en relación con sus hijos. Michelet afirma que la ciencia moderna confirma la sabiduría de tales recomendaciones, y muestra que el niño es un hombre, casi desde que nace: "Si bien no tiene su potencia, sí posee sus instintos, así como sueños de vaga sensualidad". Ya desde la cuna el niño puede estar enamorado: que la madre pues se muestre vigilante a este respecto (...) Las obras de Michelet eran leídas por

5
todo el mundo y su ejemplo, así como el de un buen número de sus contemporáneos, muestra muy bien que "la pureza angélica del niño" no era de ninguna manera una convicción general».

También era conocido el papel patógeno de una sexualidad reprimida con excesiva fuerza, o culpabilizada. Por lo demás basta con leer a Freud (X 50) para constatar que no reivindicaba esta idea como original. El neurólogo vienes Moritz Benedikt desempeñó en este tema probablemente un papel importante; Freud, que lo conocía bien, lo cita en varias ocasiones. «Benedikt afirmaba en 1864 que la histeria era si resultado de unos trastornos sexuales funcionales y no físicos. En 1868 apoyó esta teoría con unas observaciones clínicas acerca de las relaciones que hay entre la histeria y los trastornos de la libido (así los llamaba) y con la publicación de cuatro casos de histeria masculina que él atribula a malos tratos sufridos durante la infancia y que estimaba que merecían una psicoterapia. En 1891 y durante los años siguientes, describió lo que llamaba la «segunda vida», afirmando la existencia y la importancia de una vida secreta en muchas personas, en particular en las mujeres, y subrayando el papel patógeno de un secreto que, en su opinión, se refería casi siempre a tal o cual aspecto de la vida sexual del paciente. Benedikt daba como ejemplos estados histéricos graves curados rápidamente por medio de la confesión de esos secretos patógenos, lo cual le proporcionaba al paciente la posibilidad de arreglar todos sus problemas» {Ellenberger, p. 255}.

El historiador de la psiquiatría precisa además que en el siglo xix «se discutía mucho para saber si la abstinencia sexual podía ser nociva. La mayor parte de los autores pensaba que lo era (...) La psiquiatría romántica había insistido en el papel de las pulsiones y de las frustraciones sexuales en las psicosis. Neumann, y luego Santluis, y en un menor grado Griesinger, hablan descrito las manifestaciones disfrazadas del instinto sexual entre sus enfermos» (id., p. 256 y 429).

Si vamos remontando el curso del tiempo encontraremos ideas semejantes. Por ejemplo, en el siglo xvm, S. A. Tissot explicaba que la histeria femenina provenía de la frustración sexual. Recomendaba para cuidar esta afección una «masturbación médica» con la ayuda de una toalla o un objeto semejante (cf. V. Brome, p. 295).

Ellenberger muestra (p. 256) que durante el siglo xix se discutía mucho sobre las «metamorfosis normales y superiores del instinto sexual». Algunos autores le atribuían un origen sexual a la mística, a la religión, al arte, al sentimiento de lo bello. Pero más que citar ahora al serio historiador de la psiquiatría, prefiero traer aquí lo que dice Lacan de manera más directa a este propósito: «Lo que se intentaba a fines del siglo pasado, en tiempos de Freud, lo que buscaban toda clase de valientes que estaban alrededor de Charcot y de los demás, era reducir la mística a un asunto de jodienda». ¹ En ocasiones se cree que Freud se distingue de sus contemporáneos y de sus precursores por su *insistencia masiva* sobre la pulsión sexual. En realidad él mismo declara que el papel *predominante* de la sexualidad era conocido por numerosos filósofos, en especial por Schopenhauer, y que la única originalidad del psicoanálisis consiste en demostrar esta tesis por medio de un material concreto más que reflexivamente (XII 12).

Observemos por fin que los conceptos atribuidos a Freud por los no especialistas de la psicología provienen las más de las veces de otros autores. Así por ejemplo el *Petit Robert*, el mejor diccionario actual de la lengua

1, *Le Séminaire* (*El seminario*), libro XX. Citado por F. George, p. 90.

francesa, en su edición de 1978 indica en la palabra *libido* que fue «creada por Freud en alemán». De hecho el mismo Freud nos enseña (XIII 229) que esta palabra la sacó de Molí (1898), y Ellenberger precisa que esta palabra era utilizada corrientemente durante el siglo xix, y en especial por algunos médicos vieneses como M. Benedikt (1868), Kraft-Ebing (1889), Meynert (1890). El mismo error de atribución lo volvemos a encontrar en el *Petit Robert* (ed. 1978) en la palabra «*érogène*» [«erógeno»]. En efecto, hallamos las indicaciones siguientes: «*Adj.* (mediados del siglo xx; de *eros* y *-gene*). *Psicoanálisis*. Susceptible de provocar una excitación sexual». En realidad fue un francés, Ernest Chambard, alumno de Charcot, quien utilizó por primera vez la expresión de «zona erógena»; lo hizo en 1881, en su obra *Du somnambulisme en general* (París: Parent). El prestigio del psicoanálisis es tal que los franceses le atribuyen gustosos al médico vienes unas concepciones que él vino a buscar a su país.

En este contexto no será quizás inútil recordar que las palabras *sadismo* y *masoquismo* se deben a Kraft-Ebing, que *fetichismo* hay que atribuírsela al francés A. Binet, que *narcisismo* lo tomó Freud de P. Nácke y que *autoerotismo* es una palabra creada por H. Ellis,

En definitiva, la originalidad de Freud reside antes que nada en su método de exploración. La técnica de las asociaciones «libres» y las claves interpretativas (equivalencias simbólicas y juegos de palabras) le permiten volver a hallar *siempre* y *en todas partes* expresiones de la pulsión sexual. Ya hemos visto a qué absurdos conducen estos procedimientos.

b) Crítica del concepto freudiano de sexualidad

La búsqueda de satisfacciones sexuales desempeña incontestablemente un papel importante en la existencia humana. Pero en lo que Freud se equivocó fue en ver en la sexualidad y en su represión la clave de todas las neurosis, de todos los comportamientos incluso. El hombre experimentó muchas otras motivaciones además de la sexualidad, motivaciones que son independientes de ella y que por otra parte son más imperiosas: alimentarse, protegerse, moverse, percibir, hablar, comprender lo que está a su alrededor, reducir las disonancias cognitivas, controlar las situaciones que le conciernen, etc.

Reducir a la pulsión sexual unos intereses tan diversos como la fe religiosa o la curiosidad científica sólo es posible si se invocan unas entidades inobservables o si se transforma de un modo arbitrario el sentido de las palabras. Freud, hemos de recordarlo, adoptó ambas tácticas.

1.º Para poder afirmar contra todo y frente a todo que la pulsión sexual es el fundamento de actividades que son manifiestamente de otro orden, Freud no cesó de invocar, al modo de un *deus ex machina*, la represión, la formación reactiva y la sublimación. Llegó incluso a forjar el concepto estafalario de *libido desexualizada* (por ejemplo, XIII 273). Razona al estilo de Weininger, quien explicaba que «la mujer es una criminal sexual nata» y que las mujeres que no manifiestan abiertamente su naturaleza profunda es que simplemente la han *reprimido*.

2.º Freud extendió de manera desmesurada el sentido de la palabra

«sexual». Al comienzo de su obra tomó por su propia cuenta la concepción tradicional de la pulsión sexual concebida como una tendencia engendrada por un proceso somático. En 1905 comparó la pulsión sexual con la pulsión de nutrición, y la libido con el hambre (V 33). En 1915 definió la pulsión como «un concepto límite entre lo psíquico y lo somático, como el representante psíquico de las excitaciones provenientes del interior del cuerpo y que llegan al psiquismo, como una medida de la exigencia de trabajo que le es impuesta al psiquismo como consecuencia de su vínculo con lo corporal» (X 214). Pero en otros lugares Freud dice que los términos de sexualidad y de libido designan *todo lo que está en relación con el amor* (por ejemplo, XIII 98) o *con el placer*. Escribió por ejemplo: «Por el hecho de que la necesidad de chupar (en el niño de pecho) engendra el placer, ha de ser calificado como sexual» (XVII 76). A partir de ahí, ¿por qué entonces no hemos de calificar de «sexual» el placer de masticar chicle, de beber té, o de hacer carreras pedestres? ¿No se trata de placeres e incluso de placeres corporales?»

Freud tiene toda la razón en denunciar ciertas hipocresías, como por ejemplo la que consiste en hacer pasar por amor desinteresado una conducta animada por un deseo sexual. De todos modos su manera de ampliar el sentido de la palabra «sexualidad» y su manera de remitir siempre unas actividades heterogéneas a la misma entidad engendran más confusión que claridad. No nos ha de sorprender entonces demasiado ver que en 1917 Freud confesaba: «Todavía no estamos en posesión de un signo que sea reconocido por todos y que permita afirmar la naturaleza sexual de un proceso» (XI 331). A fin de cuentas, su concepto de sexualidad es un *concepto como de chicle*, que podemos estirar en todos los sentidos y que en todas partes se pega. Un psicólogo científico se negará a trabajar con nociones tan mal operacionalizadas. Si a un niño le da placer chuparse el pulgar, el psicólogo hablará con toda simpleza de placer (corporal o sensorial) y no verá ninguna ventaja en denunciar, como lo hace Freud, una «manifestación sexual».²

c) La moral sexual según Freud

En opinión de unos, Freud fue el gran sabio que liberó al siglo xx occidental de los tabúes puritanos. En opinión de otros, el padre del psicoanálisis era un obseso sexual que menoscabó gravemente el sentido del pudor y del amor. Y en opinión de unos terceros, Freud está en el origen de unas nuevas normas constrictivas, según las cuales el hombre, so pena de sentirse un reprimido o un neurótico, debe funcionar como un macho potente y la mujer debe gozar «cada vez» del orgasmo vaginal.³ De modo

2. Señalemos de paso que Freud no reivindica la originalidad de esta idea. Cuenta que el pediatra húngaro Lindner había afirmado ya el 1879 la naturaleza sexual del chupeteo en el niño.

3. Según Freud (por ejemplo XIV 26s), la mujer *fWneninp* debe abandonar sus pretensiones fálicas y por consiguiente debe renunciar al placer *clitoridiano* en

que las interpretaciones del «mensaje» freudiano varían en función de los conocimientos y de las situaciones personales del intérprete.

Si queremos comprender mejor la posición de Freud sobre las costumbres sexuales, es importante recordar que la vida sexual de los vieneses en la época de la aparición de sus *Tres ensayos* (1905) era mucho más libre de lo que dicen los psicoanalistas de hoy.

Ellenberger nos recuerda que «contrariamente a la leyenda que en nuestros días está ampliamente difundida y según la cual habríamos de creer que esa época se caracterizaba por un oscurantismo sexual, hemos de recordar que entonces no existía, o al menos así sucedía en el continente europeo, ninguna traba para la publicación, la difusión y la lectura de esas obras; era en esa época también cuando aparecieron un poco por todas partes obras populares sobre la sexualidad (...) En 1906, Benedikt escribía que "en nuestros días las alumnas de los institutos de niñas están mejor informadas acerca de las perversiones sexuales de lo que lo estábamos nosotros mismos en tanto que médicos jóvenes" (...) Las costumbres sexuales de esa época no tenían gran cosa que ver ya con las actitudes que quedan subsumidas bajo la expresión de "puritanismo Victoriano". Auguste Forel da en sus memorias una descripción vivida de la libertad de costumbres sexuales de que se gozaba en Viena, y añade que ni en París la cosa era mejor. Zilboorg señala que por todas partes prosperaban unas "ligas del amor libre", extendidas por todo el imperio del Zar, entre estudiantes y adolescentes, y declara que se trataba de un "fenómeno sociológico" que de ningún modo se limitaba a Rusia. Se discutía por todas partes y con toda libertad acerca de los problemas que planteaban las enfermedades venéreas, los anticonceptivos y la educación sexual de los niños» {p. 425}.

El artículo más «revolucionario» apareció en 1908: *La moral sexual civilizada y la nerviosidad moderna*. Freud dice que retoma las ideas de Christian von Ehrenfels, un autor que sigue siendo famoso en la historia de la psicología por un texto que escribió en 1890 sobre «las cualidades de la forma» y que puede ser considerado como el punto de partida de la *Gestaltpsychologie*. El año anterior Von Ehrenfels había publicado una *Sexualethik (Ética sexual)* en la que denunciaba los perjuicios de la moral sexual civilizada. En su opinión la represión social estimula el trabajo y el desarrollo de la civilización, pero paralelamente engendra numerosos trastornos, su-

provecho del placer vaginal. Sólo las inmaduras y las neuróticas siguen siendo «clitoridianas».

Actualmente las mujeres psicoanalistas siguen enunciando todavía la misma creencia. La Sra. Dolto, por ejemplo, escribe: «Es de la mayor importancia que la niña haga su "duelo" de sus fantasmas masturbatorios clitoridianos (...) *La solución feliz consiste en el investimento de la vagina* (...) En los casos en los que *la zona vaginal erógena se convierte en el centro de las emociones libidinales de la niña*, acompañados como lo están por los fantasmas edípicos, asistimos a un desarrollo afectivo y cultural despejado» (1971:107s. El subrayado es de Dolto).

Las investigaciones empíricas no le dan la razón a Freud y a sus «chicas», pues las mujeres que prefieren la estimulación vaginal en lugar de la estimulación clitoridiana son (estadísticamente) más ansiosas, viven con mayor frecuencia su cuerpo de manera despersonalizada, han tenido una relación menos satisfactoria con su padre (Fisher y Greenberg, p. 212). Nada tienen de sorprendente esos resultados cuando sabemos que, por su inervación nerviosa [sic], el clítoris es claramente más sensible que las paredes vaginales.

frimientos e hipocresías. De todo ello sacaba la conclusión de la necesidad de una mayor libertad sexual.

La única originalidad de Freud en su artículo consiste en generalizar en el plano de la psiquiatría la tesis de Von Ehrenfels. Afirma en efecto que *todas* las neurosis hallan su origen en la represión sexual.

En la continuación de su obra Freud no hizo sino mantener el papel determinante de la sexualidad en todas las neurosis, sin por ello tener que apelar a grandes cambios de costumbres. Al contrario, progresivamente fue «interiorizando» el problema de la inhibición sexual, explicando la inhibición por medio de unas entidades mentalistas tales como el Super-yo, o las «represiones orgánicas» (por ejemplo, XIV 459n). Volvamos, a título de ejemplo, sobre sus explicaciones de la frigidez. En 1908 concebía esta dificultad como una resultante de la educación; unos años más tarde la vio como la consecuencia del complejo de castración, un problema que la mujer se «crea» a partir de su destino anatómico (por ejemplo, XII 172s).

El padre del psicoanálisis condenó la «Revolución sexual» que había predicado su alumno W. Reich; desautorizó a Ferenczi cuando éste le manifestaba abiertamente a sus pacientes el afecto que sentía hacia ellas, y lo hacía besándolas, por ejemplo. No cabe duda de que no hubiese tenido sino desprecio para con los «anarcodeseantes» de mayo del 68 que se valían de sus argumentos, vistos eso sí a través de Marcuse y de Reich. La actitud de Freud en relación con la represión y la licencia sexuales se encuentra muy bien resumida por Vergote cuando éste escribe: «La esencia de la ética, desde el punto de vista del psicoanálisis, es la honestidad razonable. La moral de Freud es la de la renuncia y la de la racionalidad (...) La ética de la honestidad es una ética del duelo necesario... Y es más allá de ese duelo donde se hacen accesibles esos placeres reales. Y Freud no dejó de hacerles honor. Para él era el placer del trabajo, de la investigación científica, del amor humano, de la creación artística» (in Huber e.a., pp. 208 y 215). En una palabra, Freud buscaba un equilibrio entre el principio del placer y el principio de la realidad. Sus recomendaciones morales contrastaban fuertemente con su monomanía interpretativa.

Resulta muy difícil evaluar el papel *efectivo* de la concepción freudiana en las modificaciones de las conductas sexuales durante el siglo xx. A la hora de hacer balance habría que tener en cuenta la influencia del positivismo y de la «filosofía de las Luces», de las reivindicaciones socialistas y feministas, de la intensificación de las comunicaciones entre las culturas, de la invención de la «pildora», etc. En total el freudismo no ha hecho acaso sino contribuir a legitimar «científicamente» unas aspiraciones que, sin él, hubiesen hallado muchas otras justificaciones.

3. LA PULSIÓN DE MUERTE

En 1920 Freud reconocía que siempre lo había explicado casi todo por la sexualidad (XIII 56), pero estimaba que en lo sucesivo iba a poder escapar al reproche de pansexualismo al afirmar la existencia de **una** pulsión de muerte.

La pulsión de muerte —expresión que Freud utilizó también en plural— es definida como una tendencia a la reducción completa de las tensiones. Es una fuerza que conduce finalmente a la muerte. Se opone a «Eros», la pulsión de vida, que reúne en sí las pulsiones sexuales y las pulsiones de autoconservación.

Una vez más Freud propone un concepto que no es nuevo. La afirmación de una bipolaridad en el seno del hombre la encontramos en muchos psiquiatras y filósofos románticos alemanes. G. H. von Schubert (1780-1860) discernía un deseo de muerte (*Todesehnsucht*) en todos los seres vivos; Novalis proclamaba en 1898 que «la vida está hecha para la muerte» y que «la enfermedad se caracteriza por el instinto de autodestrucción», etc. (cf. Ellenberger, p. 435). De hecho a través de toda la historia de las ideas encontramos la noción de un principio positivo que se opone a un principio negativo. «Todo el pensamiento precientífico se desarrolla en la dialéctica fundamental del maniqueísmo», observa acertadamente Bachelard (1947:200).

En 1911 Sabina Spielrein, una psicoanalista que había sido paciente de Jung, hizo una exposición en la Sociedad Psicoanalítica de Viena sobre «La destrucción como causa del devenir». Afirmaba que la pulsión sexual tiende a la vez a la unión y a la destrucción. Habló de «instinto de muerte», de «pulsión de destrucción» y de «deseo de automutilación». Sus consideraciones no provocaron demasiado entusiasmo en Freud, el cual le escribió a Jung: «Tengo mis dudas sobre la manera que tiene Fräulein Spielrein de intentar someter los materiales psicológicos a unos criterios biológicos» (30-11-1911). Menos de diez años más tarde Freud había de entregarse precisamente a ese tipo de especulación.

a) La argumentación de Freud

Freud creía que la «pulsión de muerte» no es simplemente un concepto descriptivo, sino más bien una entidad explicativa, una realidad disimulada bajo las conductas manifiestas. En su exposición remite a unos principios teóricos y a unos hechos de observación. Veámoslos más de cerca.

En el nivel de la teoría Freud se apoya en dos argumentos. En primer lugar toma de G. Fechner (1873) la idea de un «principio de constancia» y de una «tendencia a la estabilidad», según los cuales el aparato psíquico buscaría ante todo mantener su cantidad de excitación en el nivel más bajo posible (XIII 5). En segundo lugar Freud toma de Schopenhauer la idea de que «la muerte es el resultado propiamente dicho y el fin de la vida» (XIII 53). A su vez afirma: «Todo ser vivo muere por causas internas, vuelve a lo inorgánico, de modo que se puede decir: la meta (*das Ziel*) de toda vida es la muerte» (XIII 40). En su última obra, el *Compendio de psicoanálisis*, repite: «Una parte de autodestrucción permanece constantemente en el interior del individuo hasta que consigue finalmente matarlo... De modo que podemos suponer que muere como consecuencia de sus propios conflictos internos» (XVII 72).

Antes de ver los argumentos de orden clínico, examinaremos el valor de esas dos demostraciones teóricas.

1.º Los psicólogos de hoy recusan el principio según el cual los seres vivos intentan fundamentalmente reducir cualquier nueva tensión. Han observado que las ratas y las palomas prefieren los alimentos obtenidos mediante una acción más o menos compleja antes que los alimentos obtenidos sin esfuerzo. Los monos del zoológico que deben accionar dispositivos para alimentarse están en mucha mejor salud física y psíquica que aquellos que reciben sus alimentos sin ningún «trabajo».

Se han realizado numerosas experiencias sobre lo que los psicólogos alemanes llaman *Reizhunger* y los ingleses *sensation seeking* (cf., por ejemplo, M. Zuckerman). Esos experimentos han demostrado que el hombre y el animal buscan *activamente* sensaciones diversas, estímulos, actividades, interacciones con su entorno... Un animal o un hombre colocados en una habitación confortable, pero perfectamente aislada, siente que una situación como ésta se hace muy rápidamente muy desagradable. La eliminación de toda fuente de excitación externa aparece incluso como una de las formas más refinadas de tortura. No hay por lo tanto en el hombre un imperioso «principio de nirvana» que le haga huir de cualquier tensión. Lo único que hace es evitar las tensiones excesivas y que él no puede controlar.

2.º El segundo argumento de Freud aparece aún menos válido que el primero.

Es sabido que los psicoanalistas remiten todo comportamiento a unos procesos endógenos, como son pulsiones, deseos, intenciones. Conforme a ese principio E. Jones escribe: «Cuando descubrimos que el comportamiento de un paciente nos ha llevado a un cierto resultado, tenemos la tendencia a sospechar que ese comportamiento era intencional, consciente o inconscientemente, ya desde el principio» (III 311). De acuerdo con esta lógica el individuo que sufre habrá buscado secretamente el sufrimiento; el que se encuentra con un fracaso es porque en el fondo no quería tener éxito; aquel que está explotado es fundamentalmente «masoquista»; el que muere se abandona a la pulsión de muerte que le habita sin que él lo sepa...

Este género de explicaciones megalistas no es con frecuencia más que una pseudoexplicación. Decir que el ser vive *gracias* a una pulsión de vida y muere *a causa* de una pulsión de muerte no tiene mucho más sentido que el afirmar que un automóvil corre gracias a una fuerza de circulación y que un día se estropea a causa de su pulsión de destrucción. De un modo muy ingenuo, Freud es aquí una víctima del «dogma del fantasma dentro de la máquina».

Veamos ahora las cuatro categorías de hechos que, en opinión de Freud, justifican la existencia de una pulsión de muerte.

Está en primer lugar *la repetición compulsiva de experiencias dolorosas*; fracasos sucesivos, sueños penosos, neurosis traumáticas. Está luego *la «resistencia a la curación»*, que manifiestan los pacientes durante la cura analítica. Están luego *las manifestaciones autodestructivas*:

4. Seligman (1975) cita diversas investigaciones que van en esta misma dirección, como por ejemplo, p. 98 y p. 173.

el sentimiento neurótico de culpabilidad, la «necesidad de castigo», el masoquismo (erógeno o moral), la depresión y la melancolía. Esta última entidad clínica le parece a Freud la forma más típica de la pulsión de muerte. En el melancólico, escribe, se observa una especie de «puro cultivo de la pulsión de muerte», que domina al Super-yo y que lleva al paciente a la muerte física (XIII 283). Una última categoría de hechos que invoca Freud: *la agresividad, la destrucción del prójimo*.

En 1920 Freud presentó la teoría de la pulsión de muerte como una especulación elaborada a partir de hechos no explicables por el principio del placer. Lo que dice en esa ocasión es que simplemente quería proseguir una idea hasta el final. Pero en los años siguientes fue concediéndole cada vez más a esa hipótesis el valor de un principio explicativo. En 1930 escribía: «Esta concepción ha adquirido una tal influencia sobre mí que ya no puedo pensar de otra manera» (XIV 478s). A partir de ahí Freud y sus discípulos disponían de un expediente que «explicaba» los fracasos de su terapia, los suicidios de los pacientes, las depresiones en curso de análisis... y las críticas que se le dirigen a su teoría

b) ¿Hay pulsión de muerte en los perros y los gatos?

En opinión de Freud «las pulsiones originarias *Eros* y *Destrucción* son el equivalente de los dos principios fundamentales de Empédocles, a saber, *Filia* (Amor) y *Neikos* (Discordia)» (XVI 92). Afirma también que esos principios actúan en todos los seres vivos, en cada célula, y finalmente en toda materia orgánica (XVII 71). Me parece legítimo en consecuencia investigar cuáles serían los comportamientos animales que podrían ilustrar esos hechos que se invocan para justificar la pulsión de muerte: la neurosis traumática, de masoquismo, la melancolía, el suicidio.

1. Si alguien visitaba hacia 1947 el laboratorio en el que trabajaba Joseph Wolpe podía ver unos gatos que padecían de *neurosis traumática*. Los animales temblaban y escupían así que eran colocados en unas jaulas en las que sin embargo no eran maltratados. Su desasosiego era tal que se negaban a aceptar ningún alimento, incluso después de haber estado tres días sin comer. Los movimientos estereotipados y los trastornos emocionales se mostraban extremadamente persistentes. Se podía hablar aquí de una *compulsión de repetición*.

2. En la misma época se podía observar en el laboratorio de Jules Masserman unos gatos que accionaban de manera insistente un conmutador que les administraba descargas eléctricas. Era «manifiesto» que estos gatos buscaban el sufrimiento; y que por lo tanto eran *masoquistas*...

3. Hace algunos años, en el laboratorio de M. Seligman había unos perros que estaban gravemente deprimidos. Esos animales habían perdido toda combatividad. Si eran puestos en presencia de perros normales, no atacaban ni tampoco se defendían; habían perdido el apetito; no manifestaban ninguna apetencia sexual. Los experimentadores tampoco podían incitarlos a hacer nuevos aprendizajes.

Esos perros estaban colocados en una jaula de dos compartimientos separados por una barrera fácil de accionar. Podían evitar unas descargas eléctricas, que eran anunciadas por una señal, con sólo pasar de un compartimiento al otro. Pues bien, mientras que los perros normales aprendían rápidamente a evitar las descargas, los perros de Seligman permanecían sin moverse y soportaban pasivamente las descargas. Se «negaban* a ir hacia el compartimiento donde no habrían sufrido las descargas, y ello incluso si allí se encontraba su alimento preferido o si les llamaba su amo. En suma, se observaban en esos perros los principales signos que justifican en opinión de Freud el recurso a la pulsión de muerte: la *inercia*, la *resistencia al cambio*, una *actitud de fracaso persistente*, la **negativa a curarse*», el *masoquismo*, la *melancolía*...

4. Cuando una rata salvaje se cae accidentalmente en una cuba de agua de la que no puede salir, nada durante unas sesenta horas antes de ahogarse por agotamiento. Cuando a una rata de ese mismo tipo la coge un hombre y la mantiene por encima del agua hasta que ya no se mueve, y luego es arrojada al mismo recipiente, se ahoga en el transcurso de la media hora siguiente (Richter, 1957). Podríamos acaso decir que el animal se *suicida* o incluso que la pulsión de muerte triunfa brutalmente sobre la pulsión de vida...

c) Explicaciones de psicólogos

Los experimentadores que presentan cuidadosamente esos hechos, ¿como los explican?

1. Los gatos «neuróticos» de Wolpe fueron colocados previamente en una jaula en la que sufrían descargas eléctricas. Sus trastornos de comportamiento y sus desarreglos emocionales parecían no poder desaparecer ya, a no ser mediante una terapia «directiva* del género de las que utilizó Mary Jones en el caso del pequeño Peter.

Wolpe empezó observando el grado de ansiedad de los gatos en diversos lugares que se parecían al laboratorio o a la jaula. Luego fue dando una comida apreciada en los lugares en los cuales la ansiedad era mínima. Cuando la reacción positiva engendrada por el alimento había neutralizado la ansiedad relacionada con esta primera situación, la operación se volvía a comenzar en un lugar que se parecía un poco más a la situación traumatizante, y así siguiendo. Después de varios días de habitar progresivamente al animal a los estímulos ansiógenos, éste acababa volviendo a su lugar en la jaula experimental sin signo alguno de ansiedad...

Este proceso de *desensibilización sistemática* operado por Wolpe muestra claramente que unas reacciones llamadas «neuróticas» pueden ser reducidas sin apelar a unas interpretaciones «profundas».

2. Los gatos «masoquistas» de Masserman fueron habituados a obtener alimento después de haber recibido una sacudida eléctrica, que primero era muy ligera y luego cada vez más intensa. En una segunda fase los animales aprendieron a apretar un conmutador que proporcionaba comida después de haber proporcionado una descarga. Si entonces la comida no aparecía, los gatos apretaban insistientemente, de tal modo que sufrían descargas numerosas e intensas.

Como consecuencia de este tipo de aprendizajes, los gatos, los perros, las palomas, etc., «buscaban» activamente fuertes conmociones eléctricas... siempre y cuando éstas formasen parte (o hubiesen formado parte) de los estí-

mulos anunciadores de un acontecimiento **agradable: bebida, supresión de un obstáculo, satisfacción sexual.**

Tanto en el caso de **esos animales** como **en el caso de los seres humanos** el concepto de «masoquismo* no explica nada. Es tan sólo **un término** descriptivo que tiene el inconveniente de hacer creer que el sufrimiento es buscado por sí mismo. Este concepto incita a recortar de un modo arbitrario uno de los aspectos del comportamiento y a confundir **el objetivo efectivo** de la conducta (evitar una situación desagradable, obtener satisfacciones) con unas consecuencias secundarias (los elementos aversivos).

Constatamos una vez más que sólo un análisis de las interacciones pasadas y presentes del sujeto con su entorno permite explicar el comportamiento de un modo que prescinda de invocar entidades mentalistas.

3. Seligman trabajaba con tres grupos de perros. Los primeros aprendían a hacer cesar las descargas apretando un interruptor. Los segundos sufrían las mismas descargas que los primeros, pero *sin poderlas controlar*. Y los perros de un tercer grupo de control no sufrían esta experiencia.

Luego eran colocados todos los perros individualmente en jaulas de dos compartimientos, en las cuales sufrían unas descargas que podían hacer detener simplemente pasando de un compartimiento al otro. El paso requería sin embargo el aprendizaje de un pequeño mecanismo. Los perros del 1.º y 3.º grupos aprendían rápidamente el comportamiento adecuado, mientras que la mayoría de los del 2.º grupo sufrían pasivamente las descargas, se echaban, gemían. Cuando la imposibilidad de dominar el stress se reproducía regularmente, los efectos patógenos se acentuaban y la apatía se hacía permanente.

El animal que hace la experiencia de la impotencia con alguna frecuencia aprende que los acontecimientos desagradables o penosos ya no dependen de su acción. A partir de ahí ya no busca controlar las situaciones, y pone de manifiesto entonces unos signos de depresión (como por ejemplo, una disminución de la tasa de norepinefrina).

Seligman buscó un método de descondicionamiento eficaz. Comenzó suprimiendo la barrera entre los dos comportamientos; los animales fuertemente deprimidos se quedaban en la parte de la jaula en la que recibían descargas, incluso cuando veían un cebo en la otra o si su amo les llamaba desde el lado bueno.

La solución eficaz consistía en sacar a [os perros con un lazo desde el compartimiento en el que sufrían descargas hasta el otro. Al comienzo los perros eran totalmente pasivos; incluso algunos se resistían a la tracción ejercida por el experimentador. Progresivamente se iban volviendo activos; y entonces el experimentador debía ejercer cada vez menos fuerza para sacarlos de ahí. Después de algunos días de ejercicio, el estado depresivo desaparecía y los animales reaccionaban como los de los demás grupos.

Seligman puso a punto un tratamiento preventivo. Los perros que habían experimentado regularmente la eficacia de una acción relativamente difícil se resistían mejor al afecto deprimente de las situaciones sin salida. Si el estado de desamparo sobrevinía a pesar de todo, entonces desaparecía rápidamente cuando esos animales «inmunizados» eran devueltos a unas situaciones que podían controlar mediante su acción.

4. La rápida muerte de las ratas de Richter se explica en unos términos

5. Para una exposición de conjunto de trabajos varios véase, por ejemplo, J. Sandler, «Masochism: an empirical study» («Masoquismo: un estudio empírico»), *Psychological Bulletin*, 1964, 3:197-204.

semejantes a los de la depresión de los perros de Seligman (el primer psicólogo habla de *hopelessness*, y el segundo de *helplessness*),

Un contraexperimento demuestra claramente que el factor decisivo es la percepción de la situación por parte del animal, la perspectiva de poder o de no poder modificarla. Richter echó la rata al agua según el experimento ya citado. En el momento en que el animal se hundía, lo pescaba manteniéndolo por un instante fuera del agua antes de volverlo a soltar. Si el experimentador repite varias veces esta operación, la rata nada alrededor de 60 horas, esto es, 120 veces más tiempo que el animal que ha perdido ya de entrada la esperanza de una acción eficaz.

¿Pueden estas experiencias esclarecer nuestro comportamiento? El hombre puede experimentar un sentimiento de impotencia cuando topa con un obstáculo material, pero también cuando se encuentra con una barrera simbólica, como puede serlo la desaprobación social. No sólo se deprime cuando se encuentra colocado en una situación sin salida, sino también cuando sus realizaciones no pueden alcanzar unas normas que él mismo se asigna. Puede matarse cuando ha perdido toda esperanza, pero también cuando quiere culpabilizar (agredir simbólicamente) a aquel que le llevó a la desesperación... En una palabra, los factores cognitivos son en el hombre más variados y más sutiles. Frente a una situación dada, tiene unas posibilidades de distanciamiento y de elección de las cuales el animal no dispone.

Me he limitado aquí a ejemplos de psicología animal porque el análisis es más fácil de controlar, más simple y más objetivo, pero podemos explicar la depresión o el suicidio de un hombre sin tener que hacer mayor recurso del que lo hacemos en el caso del animal, a la pulsión de muerte. Esta entidad freudiana, que da cuenta de cualquier cosa, y por lo tanto de nada preciso, congela la investigación metódica de los verdaderos incitadores y reforzadores de los comportamientos. No sólo es inútil, sino que además induce a error.

d) *La opinión de los discípulos de Freud*

La doctrina de la pulsión de muerte no es aceptada por todos los psicoanalistas. Se ha llegado incluso a decir que es la piedra de toque que permite reconocer al verdadero freudiano.

La crítica más dura, y que apareció ya en vida de Freud en la *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, fue la de W. Reich (1932). El discípulo recalcitrante declaraba que la «pulsión de muerte» no era más que una palabra, una hipótesis imposible de verificar. Como marxista que era, denunciaba esa teoría como una ideología engañosa que llevaba a atribuir la causa de los sufrimientos más al individuo mismo que a la presión ejercida por la sociedad.

Freud, nos dice E. Jones (III 190), se irritó muchísimo con ese artículo. Quería oponerse a su publicación o autorizarla sólo con la condición de acompañarla con una nota de los editores de la revista explicando que el psicoanálisis no tiene ninguna implicación política. Finalmente el artículo de Reich fue publicado a la vez que una «crítica en regla* (E. Jones) debida a la pluma de un psicoanalista de «izquierda»: S. Bernfeld. (Recordemos

que Reich fue excluido de la Asociación Psicoanalítica Internacional dos años más tarde, en una época en la que no era todavía un principiante, sino simplemente un contestatario.

Hoy los grandes nombres del freudismo siguen invocando la Pulsión de muerte como un maravilloso y misterioso *deus ex machina*. En la obra que escribió sobre Melanie Klein, Roland Jaccard escribe: «el concepto de pulsión de muerte constituye el centro de gravedad, el eje de referencia fundamental de la obra kleiniana (...) Con el concepto de pulsión de muerte le parece a Melanie Klein que detenta una llave susceptible de producir por fin una *teoría integrada* que, aun cuando sea esquemática, pueda no obstante dar cuenta de todas las manifestaciones psíquicas, tanto normales como anormales, desde el nacimiento hasta la muerte» (1971:12, 57).

J. Lacan, en su famoso artículo sobre *La familia* (1938), le atribuyó a Freud el mérito de haber reconocido «el carácter irreductible del apetito de la muerte» (p. 7). En 1956 evocó «la instancia de un masoquismo primordial»: «manifestación en estado puro de ese instinto de muerte del que Freud nos propuso su enigma en el apogeo de su experiencia» (cf. 1966:316). En 1964 el vocabulario había cambiado, pero no la doctrina. Lacan habla de «pulsión de muerte» más que de «instinto». Y afirma, siguiendo en esto a Freud, que «toda pulsión es virtualmente pulsión de muerte» (cf. 1966:848).

En 1968, O. Mannoni se lamentaba de que «Ja existencia de la pulsión de muerte no haya llegado a ser todavía un lugar común». De acuerdo con el biógrafo de Freud, la explicación de ese «retraso» es muy simple: «por ese lado las resistencias son infinitamente más fuertes que del lado de la *libido*» (p. 159). Volvemos a encontrar así el sempiterno argumento freudiano: la crítica de la Verdad analítica no es sino la traducción de las represiones del oponente...

4. LA PULSIÓN DE AGRESIÓN

Inspirándose en Nietzsche, A. Adler afirmó en 1908 la existencia de una pulsión de agresión. En su opinión esta tendencia autónoma y omnipresente conoce los mismos «destinos» que la pulsión sexual: transformaciones diversas, inhibición, conversión en síntomas somáticos, inversión en su contrario, retorno sobre la propia persona, etc.

En la época en la que fue enunciada esta concepción, Freud se negó a integrarla a su teoría. En su opinión la hostilidad y el sadismo pueden siempre ser remitidos a componentes de la pulsión sexual (VII 372). No obstante esto, una veintena de años más tarde escribe: «La tendencia a la agresión es una disposición pulsional originaria, autónoma del ser humano» (XIV 481).

Pero nos equivocaríamos si creyésemos que Freud retoma sin más la teoría de Adler. Para el Maestro la destrucción del prójimo es secundaria en relación con la autodestrucción: «Las pulsiones de muerte son en primer lugar retornadas hacia el yo, y sólo luego son desviadas hacia el exterior» (XIII 275). En la última disposición detallada de su concepción de las pulsiones —la *Conferencia 32.ª*, aparecida en 1932— declara: «El masoquismo es más antiguo que el sadismo; el sadismo es la pulsión de destrucción vuelta hacia el exterior» (XV 112). El individuo, afirma Freud, debe desviar la pulsión de muerte hacia el exterior bajo la forma

de agresividad si es que quiere evitar ver aumentar la masa de las pulsiones de autodestrucción que borbotean en su interior: «Todo sucede verdaderamente como si estuviésemos obligados a destruir personas y cosas, con el fin de no destruirnos a nosotros mismos y de protegernos contra la tendencia a la autodestrucción» (XV 112).

Aun cuando la afirmación de una pulsión de agresión no sea una tesis específicamente freudiana, creo útil recordar (aquí muy brevemente) algunas consideraciones que he desarrollado en otros lugares (1975).

a) Si nos preguntamos acerca de la explicación de las conductas agresivas, la primera cosa que hay que hacer es definir la palabra «agresión». Algunos autores, entre los cuales se cuentan varios psicoanalistas, le dan a ese término un sentido muy amplio. F. Duyckaerts por ejemplo escribe sobre el tema de la defecación: «la excreción es un comportamiento agresivo, no tan sólo porque fuera objeto durante la primera infancia de una severa reglamentación por parte de los adultos, sino también porque consiste en rechazar algo fuera de sí mismo, como desprovisto que está de cualquier valor vital» (1964:85). (Sugiero al lector que piense en ello la próxima ocasión que tenga, que será probablemente dentro de las próximas 24 horas.)

Si admitimos este género de definición, cualquier actividad se convertirá en una agresión. Es lo que sucedería por ejemplo con la respiración: «tomamos» aire y lo «expulsamos» fuera de nosotros «como desprovisto que está de cualquier valor vital»... Propongo pues que nos atengamos al sentido estricto de la palabra *agresión*, esto es: una conducta de carácter hostil.

Por lo demás creo que resulta inevitable hacer referencia a la intencionalidad del agente. En efecto, una conducta puede ser percibida como una agresión por aquel que la sufre, pero no por aquel que la realiza. G. B. Shaw ilustró a pedir de boca esta diferencia de perspectiva diciendo: «Cuando un hombre desea matar un tigre, a eso le llama deporte; pero cuando un tigre desea matarle a él, a eso le llama ferocidad». En la experiencia de Milgram, que hemos evocado más arriba, el sujeto-monitor realiza una agresión si nos colocamos en el punto de vista del «alumno»; sin embargo, él no vive su acción como tal.

b) ¿Hay en el hombre, tal y como lo sugieren Adler y Freud, un instinto de agresión o de destrucción? Tanto si entendemos aquí la palabra instinto como a) una pulsión endógena —en el sentido del *Trieb* alemán— o b) como unas secuencias de reacciones genéticamente preprogramadas, la respuesta parece que ha de ser negativa.

Los hombres tienen que aprenderlo casi todo. Los principios fundamentales que guían sus acciones son la evitación del dolor y la búsqueda de placeres de diversos órdenes (corporales, afectivos, espirituales). La reacción de un individuo a una amenaza o a un ataque varía según sea la concepción que se hace de sí mismo, de sus derechos y de sus posibilidades. Las mismas circunstancias pueden suscitar la violencia, la ensoñación, la acción eficaz, la indiferencia, la desolación, la depresión... La violencia es tanto más fácilmente elegida cuanto que es admitida por el entorno y es seguida de efectos positivos.

En el curso de su evolución el hombre ha sido modelado de tal modo que disponga de unos mecanismos **que le permitan la defensa y el ataque**. Unos procesos fisiológicos (como la tasa de adrenalina, la fatiga, las indisposiciones, etc.) **hacen posibles y favorecen las reacciones agresivas**, pero la conducta hostil parece siempre depender de la interacción con el entorno.

Uno de los factores que podría hacernos pensar en una pulsión de agresión es el placer que *algunos* individuos hallan en unas acciones violentas o sádicas. De todos modos podemos remitir esta «apetencia» a la búsqueda de sensaciones (la «*sensation seeking*») y a una valoración de sí mismo. El hecho de que la agresión se acompañe en ciertas circunstancias de placer y que pueda así reforzarse, no **implica que provenga** de una *necesidad primaria específica*. El comportamiento hostil no parece «causado» en mayor medida por una pulsión fundamental (innata, universal) que el del fumador que no puede ya prescindir de cigarrillos, o del aficionado a las bromas, o de la inglesa que cada tarde tiene «necesidad» de su taza de té.

Ni los fisiólogos ni los psicólogos han podido demostrar la existencia de una necesidad espontánea de hostilidad. La agresividad no **aparece** como una motivación análoga a la del hambre, de la sed, de la necesidad de actividad y de contactos sociales..., tendencias que suscitan *regularmente y en todos los hombres* conductas relativamente precisas, incluso en ausencia de *estímulos del medio externo*. La agresividad no es una especie de sustancia producida por el organismo y que el individuo **habría** de exteriorizar so pena de destruirse a sí mismo. Para comprender las conductas de defensa y de ataque es infinitamente más útil preguntarse acerca de las relaciones del sujeto con los demás y consigo mismo que evocar la acción de una misteriosa pulsión de muerte.

5. UNOS «SERES MÍTICOS»

No cabe ninguna duda de que sólo se comprende al hombre si se toma en cuenta la dimensión corporal de su existencia. Al igual que lo hace el animal, el ser humano está motivado por unas necesidades de nutrición, de movimiento, de descanso... Esas pulsiones, sin embargo, son menos simples de lo que habitualmente se cree. Incluso la fuerza de las necesidades fisiológicas primarias varía según el contexto. Así un animal puede, en ciertas circunstancias, alimentarse mucho más allá de las necesidades fisiológicas y convertirse en un obeso (señalado por Richelle, 1977:51). En el animal, y mucho más todavía en el hombre, numerosos comportamientos dependen esencialmente de las «contingencias de reforzamiento» pasadas y presentes. Ciertos deseos muy poderosos no son sino el resultado de un condicionamiento. «Cocineros y confiteros se las han ingeniado desde hace siglos para crear unos estímulos gustativos particularmente eficaces; pero ello no da pie a suponer que tengamos una necesidad de estímulos de este tipo, sino tan sólo que son reforzantes» (Skinner, 1969:99).

. Es de rigor la prudencia cuando se da cuenta de una conducta por medio de una «pulsión» o de un «instinto». Con frecuencia este término no tiene un valor explicativo, sino tan sólo descriptivo. Decir por ejemplo que Pablo es agresivo *a causa* de su fuerte pulsión de muerte, significa contentarse con una tautología más o menos bien camuflada. Considerar un fenómeno inmediato, como es el caso de la conducta agresiva, como el signo de una propiedad sustancial, es algo que paraliza la investigación científica. «La respuesta sustancialista sofoca todas las cuestiones»: esto es algo que Bachelard ha mostrado luminosamente en el caso de la física. Y no sucede nada distinto en el campo de la psicología. La teoría freudiana de las pulsiones presenta un riesgo evidente de cosificación. Con una sola palabra encierra los fenómenos que son problemáticos, cuando no se convierte en una justificación barata («no soy yo, son las Pulsiones, la Naturaleza; es la dimensión del "pathos" de mi ser, mi "ello"....»). Cuando alguien como Lacan afirma que «el psicoanálisis comporta una teoría de los instintos, muy elaborada, a decir verdad la primera teoría verificable que se haya dado en el hombre» (1966:147), muestra por una parte que ignora la historia de las ideas en el siglo XIX y por otra parte que ignora el sentido de la expresión «teoría verificable». La segunda de estas ignorancias es por supuesto mucho más grave que la primera.

En una u otra ocasión indicó Freud el carácter hipotético de su teoría. En 1933 escribía: «La doctrina de las pulsiones es, por decirlo así, nuestra mitología. Las pulsiones son seres míticos, grandiosos en su indeterminación. En el curso de nuestro trabajo no podemos en ningún momento dejar de tenerlas en cuenta, y sin embargo nunca estamos seguros de captarlas adecuadamente» (XV 101). **Die Trieblehre ist sozusagen unsere Mythologie*». Siguiendo a Linschoten (p. 335) diré que el *sozusagen* está ahí de más: esta teoría freudiana no es ni más ni menos que una mitología... que ya es hora de mandar al cementerio de las hipótesis.

IV

LAS «PROVINCIAS DEL APARATO PSÍQUICO»

1. UNA VIEJA IDEA

El mito del precursor y la leyenda de las resistencias tiene siete vidas como los gatos. En 1979, alguien como S. Leclair se atrevió aún a declarar: «La resistencia a un verdadero reconocimiento de la "naturaleza" deseante del hombre, y de la estructura dividida y contradictoria que nos rige, no es el menor de los descubrimientos de la práctica psicoanalítica».

En realidad, casi desde siempre los hombres han reconocido que experimentan unas tensiones entre los deseos egoístas y las exigencias sociales. Hace ya más de dos mil años. Platón hablaba de «la estructura dividida y contradictoria que nos dirige» en unos términos a los que las fórmulas freudianas no añaden verdaderamente gran cosa. Leemos por ejemplo, en *La república* (§ 571-72):

«Entre los placeres y los deseos que no son necesarios, los hay que me parecen desordenados. Parece efectivamente que son innatos en todos los hombres; pero reprimidos por las leyes y por deseos mejores pueden con la ayuda de la razón ser extirpados enteramente en algunos hombres, o permanecer disminuidos en número y fuerza, mientras que en los demás hombres subsisten más numerosos y más fuertes (...) Esos deseos son los que despiertan mientras dormimos, cuando la parte del alma que es razonable, suave y que está hecha para regir a la otra está dormida, y cuando la parte bestial y salvaje, ahita de alimentos o bebida, se agita, y rechazando el sueño intenta seguir su curso y satisfacer sus apetitos. Ya sabes que en ese estado se atreve a todo, como si nada la atase y como si estuviese desembarazada de todo pudor y de toda razón; no duda en intentar, con el pensamiento, violar a su madre o a cualquier otra, ya fuese hombre, dios o animal; no hay crimen que no cometa, ni alimento del que se abstenga (...) Es el caso que hay en cada uno de nosotros una especie de deseos terribles, salvajes, sin freno, que encontramos incluso en el pequeño número de personas que parecen estar totalmente en sus cabales, y esto es lo que los sueños ponen en evidencia.»

En otros pasajes de esta misma obra (por ejemplo, § 440), Platón divide al hombre en tres sectores: los deseos, el valor, la razón. Aristóteles propone otra tríada: el alma vegetativa, el alma sensitiva y el alma pensante. Esta última distinción la tomarán numerosos autores, como por ejemplo Santo Tomás, o Schopenhauer.

La idea de una tripartición de la personalidad la volvemos a encontrar particularmente en el pensamiento alemán del siglo XIX. Por ejemplo, G. von Schubert (t 1866) distingue en el hombre el cuerpo animado (*Leib*), el alma (*Seele*) y el espíritu (*Geist*). Otros pensadores hablan de los niveles (*Schichten*) vital (o pulsional), psíquico y espiritual.

Al comienzo de su obra Freud toma la concepción dualista de Herbart y de su maestro Theodor Meynert. Este último distinguía un «cerebro primario» (inconsciente, infantil, fuente de pulsiones) y un «cerebro secundario», formación ulterior que viene a inhibir el cerebro primitivo.

Hacia 1920 Freud incluyó en su sistema una representación tripartita del psiquismo, y denominó a sus «tres provincias del aparato psíquico»: Ello, Yo y Super-yo (XV 79). Comparó las relaciones que existen entre el Yo y el Ello a la relación que existe entre el caballero y su caballo (XV 83): de este modo se inscribe en lo que E. Fink llama «la metafísica centáurica de Occidente».

La noción freudiana del «Ello» fue tomada explícitamente de Nietzsche (por el conducto de Groddeck). Este subsistema, en el que se alojan tanto la energía psíquica como las pulsiones y las representaciones reprimidas, fue comparado con «una marmita llena de impulsos borboteantes» (XV 79). El «Super-yo» era un neologismo que designaba simplemente la consciencia moral (que estaría «por encima del Yo»). Finalmente el «Yo» fue concebido como el mediador entre los deseos y los interditos.

Es importante observar que el sentido de estas nociones fluctúa y que incluso presenta contradicciones. Veamos aquí a título de ejemplo algunas afirmaciones relativas a «la fuente de la libido». En 1920: «El Yo es el depósito primordial de la libido» (XIII 55). En 1923: «El Ello es el gran depósito de la libido» (XIII 258). En 1933: «El Yo es siempre el depósito principal de la libido, del cual surgen las catexis de objetos libidinales y al cual retornan» (XV 109). En 1938: «Al comienzo, la libido se encuentra en el Yo-Ello aún indiferenciada» (XVII 72).

2. ¿SE TRATA DE METÁFORAS O DE UNA TEORÍA «EXPLICATIVA»?

Se afirma corrientemente que la tríada freudiana es una ficción cómoda. El psicólogo científico subraya que tiende a inducir a error. En efecto, las instancias distinguidas por Freud, *el Ello*, *el Yo*, *el Super-yo*, son comprendidas con frecuencia como si de seres vivientes se tratase, dotados de cualidades humanas. Los espíritus no científicos llegan entonces a imaginar unas especies de «homúnculos» que se entregan a unas batallas cuyo desenlace determina el comportamiento del sujeto. Es importante recordar aquí la precaución de la que habla Bachelard: «No se puede confinar con tanta facilidad como se pretende a las metáforas en el solo reino de la expresión. Quiérase o no las metáforas seducen a la razón. Son imágenes particulares y lejanas que van tornándose insensiblemente esquemas generales» (p. 78).

Además del peligro manifiesto de reificación, la teoría de las instan-

cías **tiene el inconveniente de hacer creer que se da una explicación** cuando lo que se hace no es sino atribuir nuevos nombres. Cuando Freud declara que el melancólico tiene «un Super-yo sádico» (XV 66), no explica demasiado la génesis o el mecanismo de la melancolía; no dice ni más ni menos que lo que dice el que habla simplemente de una «fuerte culpabilidad»,

Y finalmente esta teoría conduce a que se dé cuenta de los conflictos psíquicos mediante la invocación de unas entidades mentales más que por un análisis paciente y objetivo de los incitadores y de los reforzadores. (Recordemos aquí que el individuo que se siente presa de un conflicto «interior» y que se siente impulsado a actuar en un sentido que manifiesta no desear, de lo que simplemente es presa es de unos sistemas de contingencias de reforzamiento contradictorias.)

En resumidas cuentas, la «ficción cómoda» dispensa de observar y de explicar efectivamente. A menudo hace emprender un camino falso. De modo que podemos razonablemente recomendar que ese camino sea abandonado.

3. LA GÉNESIS DE LA CONSCIENCIA MORAL

Freud dista mucho de haber sido el primero en subrayar el carácter histórico de la consciencia. Nietzsche, entre otros, insistió ya en la dependencia de la moral colectiva en relación con la historia de la civilización y con la determinación de la moral individual por medio de la educación. En *La genealogía de la moral* (1887), explica que la institución de la Sociedad humana impidió la expresión de los instintos (las pulsiones) salvajes de tal suerte que éstos se volvieron contra el mismo hombre. De acuerdo con Nietzsche, el sentimiento de culpabilidad y la consciencia moral hallan ahí su punto de partida... Por ejemplo, en *El viajero y su sombra* (1880), escribe: «El contenido de nuestra consciencia es todo aquello que fue regularmente exigido de nosotros sin razón alguna durante nuestros años infantiles, por personas que respetábamos o temíamos (...) La creencia en las autoridades es la fuente de la consciencia; ésta no es pues la voz de Dios en el corazón del hombre, sino la voz de algunos hombres en el hombre» (§ 52),

¿Cuál es la originalidad de Freud en la concepción de los orígenes de la consciencia moral? Se encuentra esencialmente en la afirmación de que el Super-yo es el heredero del complejo de Edipo (por ejemplo, XV 70). La amenaza de la castración le obligaría al niño a renunciar a los deseos incestuosos y a interiorizar los interdictos sociales. A partir de esta tesis Freud deduce a) el rol primordial del padre y b) la debilidad del Super-yo en la mujer. En efecto: la niña, constitucionalmente castrada, no experimenta el miedo a la castración y no debe pues imponerse una defensa severa contra el incesto (XV 138).

A la explicación ontogenética del Super-yo, Freud le añade una explicación filogenética: los complejos de Edipo y de castración formarían parte de una herencia arcaica, semejante a la de los instintos animales.

y cuyo origen se remonta al asesinato del padre primitivo por parte de los primeros hombres (por ejemplo, XIV 490; XVI 206). No insisto sobre este último punto, pues un buen número de psicoanalistas contemporáneos lo consideran como puramente especulativo.

Pero no sucede lo mismo con las demás tesis que acabo de recordar, y actualmente encontramos todavía analistas que las sostienen. Francoise Dolto, pongamos por caso, no siente ninguna vergüenza al escribir: **El Yo de las mujeres es en la mayoría de las ocasiones más débil que el de los hombres (...) Su Super-yo es rudimentario* (salvo en los casos de neurosis)» (1971:122, subrayado por el autor). Y luego añade en una nota al pie de página: «Es porque no tiene Super-yo —porque tiene menos— por lo que la mujer aparece "llena de gracia", es decir, de presencia. Obsérvese como el niño, que no tiene Super-yo, está también él lleno de gracia».

Pero ¿qué nos enseña la investigación científica? a) En primer lugar que el respeto por la norma varía según el tipo de situación del que se trate. Un individuo que se abstiene de criticar a la autoridad gubernamental puede entregarse sin demasiados escrúpulos a unas actividades sexuales condenadas por la moralidad pública... Investigaciones empíricas que se han hecho muestran que hay una débil correlación entre el grado de consciencia moral en situaciones muy diferentes. W. Mischel, que hizo una síntesis de esos trabajos, concluye: «En resumidas cuentas, los datos que se refieren al autocontrol y a la conducta moral no permiten afirmar la existencia de una instancia moral unitaria, intrapsíquica, tal como la del Super-yo; los datos sugieren la ausencia de una dimensión única de consciencia o de honestidad» (1976:461).

b) Todos los psicólogos que han estudiado el desarrollo del sentido moral han observado que el condicionamiento de los interdictos empieza muy temprano. «El bebé es ya sensible a las sonrisas de aprobación. Y pronto será sensible al fruncimiento del entrecejo. Muy pronto (hacia las 36 semanas) reacciona al «no, no» de advertencia, tal como lo haría en un juego de sociedad, y también como lo haría en el caso de una advertencia severa. Ahí captamos los gérmenes de la inhibición y de la desaprobación social» (Gesell, p. 425). El aprendizaje de la obediencia y del autocontrol se hace gradualmente, con ocasión de situaciones diversificadas; no es el simple producto de la renuncia a los deseos edípicos, que Freud sitúa hacia los 5 años.

Algunos analistas han adelantado el momento de la formación del Super-yo y por tanto del complejo de Edipo. Así, M. Klein afirma: «Los más primeros sentimientos de culpabilidad, tanto en un sexo como en el otro, provienen del deseo sádico-oral de devorar a la madre y en primer lugar sus pechos (K. Abraham). Es pues durante la primera infancia cuando nace el sentimiento de culpabilidad» (1948:421). ¿Hay que precisar que el psicólogo sigue permaneciendo escéptico ante esos «hechos» y su «explicación»?

c) La tesis de la inferioridad moral de la mujer no es más que el reflejo de la ideología sexista de una época caduca. (Recordemos de pasada

que el psiquiatra alemán Moebius publicaba en 1901 el libro *Sobre la debilidad espiritual de origen fisiológico de la mujer*,¹ en el cual situaba a la mujer, física y mentalmente, entre el niño y el hombre,...) Los psicólogos que han estudiado la psicología diferencial de los niños y de las niñas han hallado muy pocas diferencias significativas. Los niños son menos controlados en cierto sector, mientras que lo mismo sucede en otro sector con las niñas. Si combinamos varios índices, podemos decir que el «Super-yo» de las niñas es un poco más fuerte que el de los niños (cf., por ejemplo, Hoffman, 1977), es decir, a la inversa de lo que pretende Freud.

d) El puesto central que Freud le otorga al papel desempeñado por el Padre —cosa que se ha convertido en uno de los principales dogmas de la ideología lacaniana— no es confirmado por la observación empírica metódica. Al contrario, las investigaciones tienden a mostrar que en el desarrollo moral la madre desempeña un papel más importante que el padre. Hay que subrayar también que los padres no son los únicos que están en cuestión. Piaget ha mostrado claramente, por ejemplo, que el grupo de los niños de la misma edad (los «pares») ejerce una influencia importante sobre la socialización del niño...

e) Examinemos un último punto: las explicaciones freudianas de la severidad del Super-yo. Y aquí hemos de poner el término de «explicación» en plural, pues Freud enuncia proposiciones contradictorias. Así, entre 1928 y 1932, afirma que la severidad del Super-yo resulta 1) de la severidad del padre; 2) de la indulgencia del padre; 3) que no tiene nada que ver con la severidad de los padres; 4) que depende del Super-yo de los padres y no de los mismos padres.

1) XIV 408: «Cuando el padre es duro, violento y cruel, el Super-yo adquiere por su propia cuenta estos mismos caracteres. De ello resulta que la pasividad se instala en las relaciones que se establecen entre el Yo y el Super-yo. El Super-yo se hace entonces sádico, mientras que el Yo se hace masoquista, esto es, fundamentalmente pasivo y femenino».

2) XIV 490: «Un padre exageradamente débil e indulgente le dará a su hijo la ocasión de constituir un Super-yo excesivamente severo porque un niño así, bajo el efecto del amor que recibe, -no halla otra salida para su agresión que la de volverla sobre sí».

3) XIV 489: «La experiencia nos enseña que la severidad del Super-yo que desarrolla un niño no refleja de ningún modo la severidad de la educación que ha recibido».

4) XV 73: «El Super-yo del niño no se construye a partir de la imagen de los padres, sino precisamente en función del Super-yo de éstos».

De tal modo que, sea la que fuere la correlación que el psicólogo observe luego, el psicoanalista puede declarar: «¡Freud ya lo había dicho!»; y el psicólogo que no haya estudiado sistemáticamente la obra de Freud podrá dejarse atrapar por el mito del genial precursor... Para lo que pueda servir, señalemos que se han hecho investigaciones empíricas que ponen en evidencia una correlación entre un autocontrol marcado y una

1. *Ueber den physiologischen Schwachsinn des Weibes*, Halle, C. Marhold, 1901.

relación positiva con el padre percibido como fuente de seguridad; al menos así sucede en el caso de los niños (cf. Fischer y Greenberg, p. 221).

4. EL «MOI» Y EL «JE»

La noción de *Moi* («Yo») es una de las más ambiguas de la teoría freudiana. En su *Vocabulaire de la Psychanalyse*, Laplanche y Pontalís le dedican 15 páginas al término *Moi*, 3 al *Surmoi* (Super-yo), y 3 al *Qa* (Ello). Se trata de una de esas palabras a propósito de las cuales Roustang declara: «los estudios de vocabulario que se han hecho a través de la obra entera de Freud son propiamente desesperantes» (1976:92).

Dos concepciones distintas emergen de los enunciados en los que aparece la noción del yo (*Moi*). Por una parte, la idea de un mediador entre el Ello, el Super-yo y la realidad. Este papel de coordinación y de adaptación recuerda la «función de síntesis» de la que hablaba Janet (antes de Freud). Otra concepción freudiana va a reunirse con las reflexiones de los moralistas franceses de los siglos xvn y xviii: se trata del Yo (*Moi*) que se ilusiona por amor propio. Cuando Freud habla del Yo¹ (*Moi*) catectizado por la libido narcisística, no dice de hecho ni más ni menos que lo que decía La Rochefoucauld («Por más descubrimientos que se hayan hecho en el país del amor propio, siguen quedando todavía muchas tierras desconocidas»), Pascal («El hombre no es más que disfraz, mentira e hipocresía, tanto para sí mismo como respecto a los demás») o Voltaire («No es el amor a quien había que pintar ciego, sino el amor propio»). Esta segunda concepción es tomada de nuevo por un buen número de psicoanalistas franceses, en particular por J. Lacan.

Los admiradores de Lacan le atribuyen gustosos los tres méritos siguientes: la concepción del *Moi* como imagen narcisística, el descubrimiento del «estadio del espejo», y la distinción entre el *Je* y el «Aícn». De hecho, cuando uno conoce la historia de la psicología y cuando uno se deja impresionar por un verbalismo pomposo, sólo encuentra por lo general en ese bufón elementos tomados de otros autores o afirmaciones gratuitas.

A propósito del primero de esos méritos, basta con leer a La Rochefoucauld para constatar que es inexistente. Acerca del segundo de los méritos, la lectura de Preyer (1887), de J. M. Baldwin (1897), de P. Guillaume [*L'imitation chez l'enfant*, 1925] y de H. Wallon (1932) permite descubrir que la originalidad del (demasiado) famoso psicoanalista no reside más que en algunas extrapolaciones de las más discutibles a partir de unos hechos claramente establecidos antes de él.² Finalmente, el

2. Ea ocasión de la 15.ª sesión de la «Association de Psychologie scientifique», de lengua francesa, R. Zazzo mostraba como se encuentran en la exposición de Lacan «la mayor parte de las nociones y expresiones a las que Wallon era aficionado a usar: la dialéctica de los tres modos de sensibilidad, el papel preponderante de lo propioceptivo en el esquema corporal, la importancia que se le da a la anticipación funcional, el paso de la imagen al símbolo que expresa el reconocimiento de

3.º de los méritos, esto es, la distinción entre el **J&»* («Yo», en tanto elidido en el discurso) y el *«Moi»* («Yo», expresado en la frase), se reduce a la recuperación de una vieja idea filosófica.

Ya desde Leibniz y Kant los filósofos distinguían el *yo empírico* {fenoménico, psicológico) del *yo trascendental* (el «e», el sujeto puro). Esta oposición hizo su entrada en la psicología con William James, el cual en 1890 opone el *sí-mismo social* (la imagen de sí que nos devuelven los demás) con el *puro ego*.

De este modo, los filósofos y los psicólogos alemanes oponen *Ich* y *Selbst*; y los ingleses *ego* y *seXj*. Algunos de esos autores insisten en el peligro que existe para el yo-sujeto (mi-mismo, aquel que yo soy) de caer en la trampa que constituye una imagen de sí (*aquello* que creo ser, el yo-objeto). Así por ejemplo entre muchos otros, Paul Valéry escribe en sus *Propos me concernant* (*Algo dicho que a mí concierne*): «Tener consciencia de sí, ¿no es lo mismo que sentir que uno podría ser totalmente distinto? Sentir que el mismo cuerpo podría servir para esta cantidad de personajes que las circunstancias requieren; y el mismo Yo oponerse a una infinidad de combinaciones entre las cuales se cuentan todas aquellas que forma automáticamente el caleidoscopio del sueño... Mi sentimiento muy marcado de una diferencia profunda entre *mi-mismo* y *yo* tiende a reducir este mi-mismo a esa capacidad de vivir una cantidad de vidas diversas».

sí mismo en un espejo...». — Zazzo también observaba que Lacan se equivoca ya en el nivel del simple enunciado de los hechos: «Para una mejor conveniencia de los hechos con su idea, Lacan hace bajar de 9 a 6 meses la edad del reconocimiento de sí mismo. La verdad de la interpretación la garantiza la coherencia de la doctrina. Pero por simple curiosidad me gustaría saber si/ como él dice, esta edad de 6 meses la encontró realmente en Baldwin (donde la he estado buscando en vano) o si la soñó o la reconstruyó con un lapsus en el que Danvin se convierte en Baldwin, y el 9 se convierte en un 6 especularmente» (En efecto, Darwin había observado que su hijo de 9 meses se reconocía en el espejo). Cf. la obra *Psychologie de la cotmaissance de soi* (*Psicología del conocimiento de sí mismo*), París, P.U.F., 1975, p. 174s.

LA PSICOGÉNESIS

Uno de los méritos de Freud consiste en haber insistido en la importancia que tiene la historia de la persona, y particularmente la que tiene la infancia.

La psicología moderna, que le concede un lugar central a los procesos de aprendizaje, acepta la idea psicoanalítica según la cual las reacciones del sujeto en un momento dado dependen en buena parte de sus experiencias anteriores. No obstante emite sus reservas por lo que se refiere a la manera que tienen los psicoanalistas de hacer un uso habitual de la explicación por lo que sucedió en el pasado.

1. LA HISTORICIDAD DEL SUJETO

Freud interpreta casi cualquiera de los comportamientos del adulto a base de reducirlo a unos acontecimientos y a unos complejos infantiles, explicados ellos por su parte mediante las pulsiones, y en particular por la sexualidad. Aún hoy sus discípulos manifiestan:

«Cualquier actitud humana repite unos prototipos. El amor de los padres, primer objeto de apego, sigue siendo el modelo de todas las experiencias amorosas posteriores. La autoridad del padre se hace interior en la consciencia moral, y define el modelo según el cual el hombre concibe a Dios. El psicoanálisis llega hasta conferir una significación paradigmática a las relaciones precoces con los excrementos: nuestro manejo adulto del dinero reproduce estas relaciones. La angustia frente a la muerte es otra cara de la angustia infantil de la castración...» (Vergote, en Huber *et al.*, 1964:186).

Algunos alumnos de Freud creyeron hacer progresar la comprensión buscando siempre más las experiencias que serían decisivas. De este modo explican las dificultades del adulto por las posiciones paranoide y depresiva del primer año (M. Klein), por el trauma del nacimiento (Rank), o por la regresión *thalassal* (Ferenczi).

a) Las explicaciones por acontecimientos pasados son de lo más fácil. Siempre se encuentran, en seguida, explicaciones a posteriori... pero la verificación objetiva de su pertinencia es las más de las veces problemática.

tuvo la prudencia de volver a cuestionar las reacciones de vergüenza que, sobre todo a partir del siglo xvn, están vinculadas con la defecación, al menos en Occidente. También incitó a los padres a moderar sus exigencias en lo referente a la adquisición del control esfinteriano. Finalmente, su descripción de un estadio fálico pudo desculpabilizar los juegos sociales a los que muchísimos niños son aficionados. En resumen, el psicoanálisis ha llamado la atención sobre algunos aspectos importantes de la psicogénesis. Hemos de reconocer no obstante sus límites por lo que se refiere a la psicología contemporánea.

En la vida de un niño hay una cantidad de experiencias distintas de aquéllas y que son tan importantes, o incluso más, que el placer bucal, la defecación y las sensaciones genitales. Por ejemplo: los contactos cutáneos, la exploración del entorno, el aprendizaje de la estación vertical y del andar, la expresión verbal, etc. Hay otras maneras de repartir las fases que tienen tanto interés como la tríada freudiana. A título de ejemplo tenemos el análisis que hizo H. Wallon de la evolución de las relaciones tónico-emocionales en términos de estadio de impulsividad motriz, estadio emotivo, estadio sensorimotor, estadio escolar (desaprendizaje del «diálogo tónico»), etc.

Provistos de la interpretación «simbólica» del Inconsciente, los psicoanalistas ven en su sacrosanta Trinidad el alfa y el omega de la psicología del niño pequeño, además de cualquier problema que se le presente al adulto. Freud escribe por ejemplo: «Lou Andreas-Salomé demostró que la primera prohibición que se le hace al niño se refiere al placer procurado por la actividad anal y por sus productos, y que esta prohibición *determina todo su desarrollo ulterior*» (V 88, el subrayado es mío). Su discípulo Groddeck declaró sin que le diera risa decirlo que «la primera forma de expresión para los pensamientos humanos es la evacuación intestinal» (1926:120). Me parece inútil volver aquí sobre esta manera que tienen los psicoanalistas de creer que pueden abrir todas las puertas con «las claves del erotismo anal» y con el Falo comodín.

4. EL COMPLEJO DE EDIPO

Hace ya mucho tiempo que algunos autores han observado que las relaciones entre los padres y los hijos pueden estar impregnadas de erotismo. Platón, por ejemplo, escribía que en sus sueños «el hombre no vacila en violar a su madre o a cualquier otra persona, sea la que sea». Diderot (citado por Freud, XI 350) declaraba: «Si el pequeño salvaje fuese abandonado a sí mismo y conservase toda su imbecilidad, y reuniese con la poca razón del niño de la cuna la violencia de las pasiones del hombre de treinta años, le retorcería el cuello a su padre y se acostaría con su madre». Stendhal (1836) había hablado de su amor incestuoso infantil hacia su madre. En 1886 L. Arréat explicaba, en la *Revue philosophique*, que el amor de los padres para con sus hijos comporta mucho más que un amor estrictamente paternal o maternal: el padre está celoso de su hija, mucho más a menudo de lo que la madre lo está de su hijo. Añadía que el sentimiento inverso lo encontramos en el niño, en la avidez sensual con la cual el niño de pecho mama de

su madre o con la que el niño un poco mayor abraza a sus padres (cf. Ellenberger, p. 257). Podríamos multiplicar las citas...

A propósito de estas cuestiones, así como de muchas otras, los enunciados más originales de Freud son los más contestables. Comenzaremos pues recordando la especificidad de su concepción.

a) El complejo nuclear

Por lo que se refiere a los sentimientos de los niños para con sus padres, la originalidad de Freud puede resumirse en los tres puntos siguientes:

1. Por *complejo de Edipo* designa: la asociación del deseo sexual hacia el progenitor del sexo opuesto al del sujeto con el deseo de muerte del progenitor del mismo sexo, que es percibido como un rival.

2. Freud concibe esta conjunción como un *complejo universal*, que todo ser humano debe afrontar necesariamente. Se trata de un «*esquema filogenético hereditario*» análogo al saber instintivo de los animales.

3. A partir de 1908 el complejo de Edipo es calificado de «complejo nuclear» (VII 176). Su período álgido se sitúa entre los 3 y los 5 años, pero sus efectos se refieren al conjunto de la existencia humana y de las instituciones: «En el complejo de Edipo volvemos a encontrar el origen de la religión, de la moral, de la sociedad y del arte, y ello en plena conformidad con la tesis psicoanalítica según la cual ese complejo forma el núcleo de todas las neurosis» (IX 188).

b) El efecto de *Edipo Rey*

Freud fundamenta la *universalidad* de la constelación edípica en el éxito *universal* de la tragedia *Edipo Rey* de Sófocles. En su opinión, el efecto psicológico de la obra a través de los siglos sólo se explica por la «*gritancia*» en todos los espectadores de idénticas pulsiones: «El rey Edipo, que mató a su padre Layo y que se casó con su madre Yocasta no es sino la "apifonía"! del deseo de nuestra infancia» (II 269).

El helenista J. P. Vernant puso claramente en evidencia los paralogismos sobre los cuales descansa la «demostración» de Freud. «Para demostrar su tesis, Freud escribe que cuando se ha querido producir un efecto trágico en un drama del destino análogo al de *Edipo Rey*, pero utilizando otro material distinto del de los sueños edípicos, el fracaso ha sido total. Y cita como ejemplo un cierto número de dramas modernos. Cosa que nos deja estupefactos. ¿Cómo puede olvidar Freud que existen muchas más tragedias griegas que *Edipo Rey* y que entre aquellas que se han conservado de Esquilo, de Sófocles y de Eurípides, la casi totalidad no tiene nada que ver con los sueños edípicos?» (p. 81). Sigue diciendo Vernant: «Si procedemos como Freud por simplificación y por reducciones sucesivas (...) podremos entretenernos también en sostener a base de sustituir el *Edipo Rey* de Sófocles, por ejemplo, por el *Agamenón* de Esquilo, que el efecto trágico proviene del hecho de que, pues toda mujer ha soñado con el asesinato de su esposo, es la angustia de su propia culpabilidad la que, en el horror del crimen de Clitemnestra, despierta y la inunda» (p. 83).

Freud no tiene para nada en cuenta el contexto sociocultural de la obra de Sófocles. Ignora el sentido que tienen las tragedias para los griegos del siglo v. Lee el *Edipo Rey* a la luz de su teoría, eligiendo los pocos elementos que la confirman y dejando de lado o deformando todos los que la contradicen. Al término de un análisis meticuloso, Vernant no vacila en concluir que «está claro que el héroe de *Edipo Rey* no tiene el más mínimo complejo de Edipo». Invito al lector que aún se atenga a la teoría freudiana a que lea el texto de Vernant por su propia cuenta. Por mi parte me contentaré aquí con citar un último punto de su demostración: «En la vida afectiva de Edipo el personaje materno no puede ser sino Mérope, y de ninguna manera esa Yocasta a la que no había visto nunca antes de su llegada a Tebas, la cual no es en ningún sentido una madre para él, y con la que se casa, no por inclinación personal, sino porque le fue dada sin pedirla, como le fue dado ese poder real ganado al adivinar el enigma de la Esfinge, pero que sólo podía ocupar compartiendo el lecho de la reina titular (...) Unas relaciones de tipo edípico en el sentido moderno del término entre Edipo y Yocasta habrían aparecido como directamente en contra de la intención trágica de la obra, centrada en el tema del poder absoluto de Edipo y de la *hibris* que necesariamente proviene de él» (p. 95s).

c) *Un concepto como de goma de mascar*

1. Para mantener su teoría del complejo de Edipo, y en contra de todos los hechos clínicos contradictorios con ella, Freud hace uso de su táctica habitual: la invocación del Inconsciente y de los mecanismos de defensa.

Volvamos por un instante al caso del pequeño Hans. Las conductas del chaval no daban testimonio de hostilidad alguna para con el padre, sino más bien para con la madre. Los hechos contradicen la teoría, pero Freud lo interpretó todo en seguida en el sentido que a él le convenía: cuando Hans declaró que le gustaría pegarle a su madre, Freud vio en ello la expresión de unos impulsos sádicos (*sadistische Antriebe*) y «por consiguiente» de un deseo del coito (VII 316, 370); cuando Hans le declaró a su padre el afecto que le tenía y su miedo a verlo partir, Freud sólo vio en ello una formación reactiva destinada a esconder el deseo de muerte (p. 280). Pudo pues «por tanto» concluir (p. 345) que Hans era un pequeño Edipo que querría desembarazarse de su padre con el fin de acostarse con su madre.

En otro contexto Freud explica también que cuando un niño sueña con la muerte de su padre hay que ver en ello el deseo de esa muerte, y que cuando un niño sueña con la muerte de su madre, hay que ver en ello una «tendencia autopunitiva», en reacción al deseo de la muerte del padre (II 262). La teoría del complejo de Edipo es de este modo una roca que ningún hecho puede llegar a hacer vacilar.

2. En 1923, Freud transformó un poco su teoría de tal modo que el truco de la formación reactiva está de más. Declaró al respecto:

«Tenemos la impresión de que el complejo de Edipo simple no corresponde a la situación más frecuente (...) Las más de las veces un examen más

profundo revela una forma *más completa* del complejo de Edipo, y que es doble: una forma positiva y una forma negativa, que dependen de la **bisexualidad** originaria del niño. Ello significa que el niño pequeño no sólo tiene una actitud ambivalente para con su padre y una elección de objeto tierna ex» relación con su madre, sino que se comporta a la vez como una niña que manifiesta la actitud femenina de ternura para con el padre y la actitud correspondiente de hostilidad celosa para con la madre» (XIII 261).

Para decirlo claramente, esta explicitación de la teoría significa que ya no queda ningún hecho imaginable que pueda llegar a contradecirla. El epistemólogo dirá que el complejo de Edipo se convierte así en una teoría infalsable (Popper), o en una pseudohipótesis (Hempel) que escapa a cualquier control científico.

3. Para demostrar la universalidad del complejo de Edipo, Melanie Klein invocaría las fantasías inconscientes que sólo el psicoanalista puede comprender. Esta táctica le permitió afirmar que el complejo de Edipo surge en *odos* los niños *ya en el primer año de su vida*, cuando el niño de pecho es frustrado en su deseo de obtener una satisfacción ilimitada: «La frustración del pecho materno conduce a que los niños y las niñas se aparten de él, y estimula en ellos el deseo de una satisfacción oral proporcionada por el pene del padre (...) Los deseos genitales para con el pene del padre, que se mezclan con los deseos orales, son el fundamento de los estadios precoces del complejo de Edipo positivo en la niña, e invertido en el niño» (1948:411s) (¡Sólo cito, no me invento nada!).

4. Puesto que el estructuralismo atrae al público, a los psicoanalistas les ha faltado tiempo para ponerse a explicar los hechos clínicos o etnográficos que contradicen la teoría clásica del complejo de Edipo recurriendo a su forma «estructural». Dicen que el complejo de Edipo «no es reductible a una situación real» y que sólo se interesan por «la estructura triangular constituida por el niño, su objeto natural y el portador de la ley» (Laplanche y Pontalis, 1967:83).

De hecho esta formulación no es nueva. Ya en 1912 Jung concebía el complejo de Edipo como una realidad *simbólica* de acuerdo con la cual la Madre significa lo Inaccesible a lo que el individuo debe renunciar si es que quiere llegar a la Cultura; el padre matado por Edipo es el «padre interior» del que el sujeto debe liberarse para llegar a hacerse autónomo, etc. Observaremos de pasada que Freud no aceptó jamás esta concepción, a la que calificaba de *'retrograda'* (X 108),

5. La última de las tácticas que permite salvaguardar el dogma edípico es el uso de «alambradas verbales». Limitémonos a un ejemplo reciente, que se cuenta entre un sinnúmero de ellos: «Para Freud, la estructura edípica no es ni más ni menos que la estructura de la nominación, a saber, la instauración de la diferencia sexual en relación con un punto imposible de situar, en relación con la apariencia». Así se expresa el famoso psicoanalista milanés A. Verdigione (1979:202). Si Freud resucitase para leer esta clase de literatura, no hay duda de que no entendería nada y que denunciaría en este caso una «resistencia» a la libido y al deseo de muerte de su Edipo.

De modo que en lo sucesivo la teoría del complejo de Edipo puede explicarlo *todo*. Ya lo indicaba así Freud: la moral, el arte, *todas las* neurosis, etc. Una de las más bonitas ilustraciones de ese don de la ubicuidad es citada por Eysenck (1953: 172); un psicoanalista inglés atribula el malestar que existía en el sector del carbón al conflicto inconsciente que los mineros experimentaban cuando tenían que utilizar un pico (símbolo fálico) para hendir la Tierra (símbolo materno)...

Si razonamos tal como lo hacen los psicoanalistas, podremos ver en cualquier héroe mitológico el símbolo de un «complejo nodal». Tomemos por ejemplo el caso de Icaro, el héroe que sale volando del laberinto. Podríamos decir que todo individuo busca la manera de volar, ya sea en la realidad (caso de los pilotos o de los que viajan en avión), ya sea simbólicamente (cf., por ejemplo, el deseo de ascensión social). Ya el mismo nacimiento es una manera de abandonar el nido... El gusto por la espeleología o la natación submarina es una inversión sublimada del deseo fundamental. Los individuos particularmente pasivos y retrógrados presentan la «forma negativa» del complejo...

d) Algunos hechos

1. El interdicto del incesto aparece como una ley universal; desde hace largo tiempo, los etnólogos se han estado preguntando acerca de sus motivaciones. Numerosas teorías se sucedieron durante el siglo XDí, entre otras las de L. Morgan, H. Maine, E. Durkheim...

Una de las interpretaciones actuales, de amplia aceptación, es la de Cl. Lévi-Strauss, el cual en este interdicto sólo ve el reverso de **una ley** positiva: la regla de la exogamia, la obligación de elegir al **cónyuge fuera** de un grupo dado al cual pertenece el sujeto. El intercambio de las mujeres, que constituyen los valores primordiales, y sin las cuales la vida no es posible, es un medio privilegiado para vincular entre ellos a los hombres. Tal como escribe Lévi-Strauss, «la prohibición del incesto no es tanto una regla que prohíbe casarse con la madre, la hermana o la hija como una regla que obliga a dar a la madre, a la hermana o a la hija a otro. Es por excelencia la regla del don» (1947:552). Como consecuencia «el incesto es socialmente absurdo antes de ser moralmente culpable» (p. 556).

Los sentimientos y las conductas pasionales se van modelando desde la más tierna edad. Cuando el niño comienza a experimentar unas tendencias puramente sexuales, es llevado por lo general a orientarse hacia otros seres distintos de sus padres, sin tener que reprimir para ello un deseo incestuoso «*innato*».

2. Puede acaso suceder que un niño desee sexualmente a su madre y que desee la muerte de su padre, pero la presencia de esos deseos no es más natural que su ausencia. En la mayor parte de los niños no se trata de un deseo *sexual* y de un anhelo de *muerte*, sino simplemente de afecto, de rivalidad y de hostilidad. ¿Hay que recordar que el vínculo con la madre no es *ipso fado* un deseo de incesto? Postular la univer-

salidad del complejo de Edipo *tal ? como Freud lo definiera* aparece finalmente como un absurdo. Tras haber revisado las investigaciones empíricas sobre esta cuestión, el americano R. Sears calificaba la coacción freudiana de «grotesca» (1943:136).

3. Varias investigaciones (¡pero no todas!) señalan que los niños de 3 o de 5 años prefieren con mayor frecuencia al progenitor que no es de su sexo. Pero esta preferencia está muy lejos de ser absoluta. Depende en una parte considerable de la estructura familiar y de las actitudes paternas (y ello sin contar con el efecto de difusión de la teoría freudiana: el «buen» padre moderno mima a su hijita y se alegra cuando observa sus reacciones edípicas «normales»).

4. Fisher y Greenberg, que han revisado recientemente las investigaciones científicas sobre las relaciones que pueda haber entre la patología mental y el complejo de Edipo, concluyen que «no hay ningún estudio que haya podido establecer una correlación, ni siquiera débil, entre la perturbación de las relaciones edípicas y una sintomatología neurótica en un momento posterior de la existencia» (p. 218). Es cierto que un niño puede quedar traumatizado por trastornos en sus relaciones con los padres, por la muerte o la desaparición de uno de ellos, por la falta de armonía conyugal... Pero esos efectos se explican muy bien sin la teoría freudiana.

Como conclusión: no se puede hacer del complejo de Edipo el *fons et origo* de la Cultura, de la consciencia moral, de las neurosis, etc., a no ser en el marco de un pensamiento mítico. La psicología no reconoce aquí más que un mérito importante: el de haber discutido muy libremente acerca de la sexualidad de los niños y el de haber desdramatizado las pasiones precoces.

5. EL COMPLEJO DE CASTRACIÓN

Según Freud el complejo de castración, ligado al complejo de Edipo, es tan universal y determinante como éste. Aquí voy a ser muy breve, pues las especulaciones analíticas y las críticas que merecen son del mismo nivel que las que se refieren al complejo de Edipo.

El complejo de castración, se nos dice, desempeña *un papel capital en la estructuración de la personalidad*. Ya hemos evocado este punto en lo que a la mujer se refiere («la envidia del pene» y sus consecuencias). Limitémonos pues a una cita referida al mismo complejo en el varón: «Los efectos de la amenaza de castración son múltiples, incalculables; actúan en todas las relaciones del niño con su padre y con su madre, y más tarde en todas sus relaciones con los hombres y las mujeres» (Freud, XVII 117; observemos muy bien la afirmación ** todas**). Laplanche y Pontalís concluyen la revista que efectúan de esta cuestión diciendo: «se podría concebir una nosografía psicoanalítica que tomase como uno de sus ejes mayores de referencia las modalidades y los avatares del complejo de castración, tal y como lo atestiguan las indicaciones

dadas por Freud hacia el final de su obra, sobre las neurosis, el fetichismo y las psicosis» (1967:78).

Es bien cierto que no se puede remitir todo al complejo de castración, a no ser merced a la *táctica de las interpretaciones «simbólicas» y «estructurales»*. Las primeras son resumidas por los autores del *Vocabulaire de la Psychanalyse*: «El fantasma de castración lo volvemos a encontrar bajo símbolos diversos: el objeto amenazado puede ser desplazado (ceguera de Edipo, arrancamiento de los dientes, etc.), el acto puede ser deformado, sustituido por otros atentados a la integridad corporal (accidente, sífilis, operación quirúrgica, incluso a la integridad psíquica (locura como consecuencia de la masturbación), el agente paterno puede encontrar los sustitutos más diversos (animales angustiantes de los fóbicos)» (1967:75).

Para ilustrar la concepción «estructural» citaré brevemente al siempre fecundo S. Leclaire:

«La castración concierne al hecho esencial de *la articulación*, en la medida en que toda articulación pone necesariamente en juego la relación con el espacio de la falta (...) Del mismo modo que el falo puede ser llamado simultáneamente letra de la letra y objeto tipo, la castración puede ser definida como el modelo de toda articulación posible, en la medida en que ella constituye el acceso inmediato a la falta y a la vez a su franqueamiento. Pues la relación del falo con el conjunto de las letras —lo cual es la castración— hace aparecer de inmediato aquello en lo que consiste una articulación: la relación con el cero, una disposición, un arreglo que permite una relación con la falta» (1968:184s).

¿Habremos de recordar una vez más que los psicoanalistas, por más sofisticados que sean, ignoran por regla general una de las nociones más elementales de la epistemología, a saber, la necesidad de unas *reglas de correspondencias* entre los conceptos teóricos y los hechos empíricos que permiten juzgar sobre su pertinencia?

Si en lugar de hacer gárgaras con las palabras nos tomamos el trabajo de definir operacionalmente el miedo a la castración con vistas a verificar su frecuencia entre los niños, entonces llegaremos a la conclusión a la que llegó R. Sears: «No hay demasiadas pruebas que corroboren la universalidad del complejo de castración, sino todo lo contrario. Los niños que tuvieron una información sexual adecuada manifiestan muy pocos miedos y muy pocas creencias curiosas por lo que se refiere al proceso sexual» (p. 136).

VILA

CARACTEROLOGÍA FREUDIANA

1. EL CARÁCTER «ANAL»

En 1908 Freud enunció una teoría que iba a ser recogida y desarrollada ampliamente por sus alumnos: el carácter de los individuos obstinados, ahorradores y ordenados puede ser llamado «anal», pues a estos sujetos les llevó mucho tiempo el controlar sus esfínteres, y hallaron un placer particular en la retención de sus heces. Los tres rasgos arriba mencionados se explican como sublimaciones o formaciones reactivas del erotismo anal: la tozudez se deriva del placer de retener las heces; la economía se explica del mismo modo; y el gusto por el orden y la limpieza es la reacción al atractivo hacia aquello que es sucio y que «está colocado en el lugar que no le corresponde» (VII 203-9).

Veamos como resume Freud hacia el final de su vida esta misma teoría: «El interés primitivo del niño por la función de la excreción, sus órganos y sus productos, se transforma en el curso del crecimiento en un conjunto de rasgos que conocemos muy bien: economía, sentido del orden y limpieza. Estos rasgos tienen por sí mismos un gran valor, pero pueden acentuarse y dar lugar a lo que llamamos el carácter anal. No sabemos cómo se produce esto, pero no cabe ninguna duda en cuanto a la adecuación de esta manera de concebirlo» (XIV 456).
¿Que nos enseñan los numerosos estudios empíricos que se han hecho a este respecto?

a) *El nivel descriptivo*

R. Sears (1943:69) fue uno de los primeros psicólogos que emprendió algún tipo de investigación acerca del carácter «anal». Y obtuvo unas correlaciones muy poco elevadas, aunque positivas (que variaban entre .36 y .39) entre los rasgos siguientes: tozudez, mezquindad (*stinginess*) y orden. A lo largo de unos treinta años fueron realizados numerosos estudios, de los cuales 19 fueron recogidos por Fisher y Greenberg (1977). La mayor parte de esos estudios llegan a una conclusión análoga a la que llegó Sears.

b) *El nivel explicativo*

Es importante distinguir cuidadosamente la cuestión de la coherencia de la constelación considerada por Freud y la cuestión de su etiología.

Algunos psicólogos buscaron una correlación entre el síndrome anal y el tipo de educación esfinteriana recibido. Paul Kline, que examinó una decena de estudios de ese tipo y que efectuó también por su parte investigaciones empíricas, concluye: «Hay datos que confirman la existencia de unas dimensiones de la personalidad que se asemejan a los caracteres anal y oral, pero esos caracteres no pudieron ser relacionados con el erotismo pregenital, ni con los procedimientos educativos» (1972: 94). Fisher y Greenberg concluyen del mismo modo su análisis de una veintena de trabajos empíricos referidos a la etiología del carácter anal. Escriben: «Desgraciadamente los estudios que han examinado los modos extremos de educación esfinteriana —definidos por medio de índices como la edad a la que comenzó el aprendizaje, la severidad de esta educación y la edad en la cual se obtuvo la limpieza— esos estudios no han conseguido establecer una correlación con la existencia de rasgos anales» (1977:164).

No cabe duda de que a veces encontramos individuos que presentan un carácter «anal» y que conocieron conflictos agudos o goces particulares en el estadio anal, pero estos casos no forman una ley psicológica. De hecho, el análisis metódico de una muestra de individuos tomados al azar no verifica la relación de causalidad genética postulada por Freud.

Como conclusión: la parte descriptiva de la teoría del carácter anal parece ser interesante, pero su parte explicativa parece estar desprovista de valor. Los psicólogos han confirmado la existencia de correlaciones entre los rasgos siguientes: obstinación, avaricia, manía del orden y de la limpieza, puntualidad, meticulosidad, perfeccionismo, preocupación por el dominio de sí mismo... Este síndrome, que aparece con mayor frecuencia entre los introvertidos que entre los extrvertidos, es llamado hoy «obsesionalidad». El valor de la expresión «carácter anal» no es explicativo, sino tan sólo *anal-ógico*. Esta expresión es sustituida con ventajas por la de «carácter obsesivo».

2. LOS DEMÍ CARACTERES

a) En 1924 K. Abraham concibió la existencia de un *carácter oral* paralelo al carácter anal. Los rasgos que reúne son: el optimismo, la generosidad, la sociabilidad, la dependencia, la pasividad. Abraham explicó su aparición como el resultado de una fijación en el estadio oral. Y **tanto** Freud como la mayor parte de los psicoanalistas han ratificado su punto de vista.

Varios psicólogos, a partir de los años 30, buscaron la manera de verificar la pertinencia de esta teoría. Los resultados no resultan fáciles

de interpretar, pues se trata **por lo general de investigaciones ex post facto**. Veamos un ejemplo: **Frieda Goldman obtiene una correlación de .27 entre un destete precoz y una tendencia al pesimismo. ¿Se trata de una confirmación de la teoría analítica? Hay que empezar observando que esta correlación es baja, poco significativa. Luego se puede sostener que el carácter de la madre determinó a la vez la manera de alimentar y el carácter del niño. Mientras esta variable —el temperamento de la madre— no haya sido controlada cuidadosamente, podemos suponer que el resultado obtenido por Goldman no es sino un caso de *spurious correlation*...**

El lector que esté interesado en este tipo de estudios puede consultar, por ejemplo, la obra de Fisher y Greenberg, **la cual revisa una treintena de investigaciones**. La conclusión que en ella hallará el lector es la misma que la que se refería **al carácter anal: 1.º Se observan correlaciones positivas (pero poco elevadas) entre rasgos tales como: la tendencia a actividades orales (sobrealimentación, alcoholismo, tabaquismo), la necesidad de contactos sociales, la necesidad de aprobación, la pasividad. 2.º No hay datos sólidos que permitan afirmar que esos rasgos sean debidos a la manera como fuera alimentado, destetado y satisfecho «oralmente» el sujeto durante su primera infancia.**

b) Los psicoanalistas siguen hablando de un *carácter fálico*, **el cual resulta de una fijación en el estadio fálico y que se caracterizarla por una valoración excesiva del pene, el exhibicionismo, la vanidad, la temeridad**. Fisher y Greenberg, que revisaron centenares de investigaciones científicas en relación con las **diversas hipótesis psicoanalíticas, constatan que no hay prácticamente ningún estudio empírico acerca de las relaciones que puedan existir entre el «estadio fálico» y los rasgos especificados como «fálicos»** (1977:165).

3. CONCLUSIÓN

Es bastante fácil resumir el valor científico de la caracterología psicoanalítica. Hay dos conjuntos de rasgos que **presentan una cierta coherencia (correlaciones positivas, pero poco elevadas), pero su explicación en términos de «fijaciones pregenitales» no se justifica demasiado**.

La fama de esta caracterología se **explica mucho menos por su supuesta validez científica que por el gusto por las clasificaciones cómodas**. En un capítulo dedicado a **la cultura popular**, R. Ruyer observa con pertinencia: «El psicoanálisis debe **una buena parte de su éxito —al igual que la antigua fisiognomía astrológica— al hecho de que da nombres pintorescos y sorprendentes, tomados de la mitología, o sacados de una anatomopatología popular, a sus descubrimientos o a sus redescubrimientos**. Alguien es "Barcisístico", o ha "liquidado mal su Edipo"; de un modo semejante a como se **era "saturniano", o "jupiteriano", o "jovial"**. Traduciendo "avaricia", "espíritu capitalista", o "hábito casero" por "anilidad", o "avidez" por **"oralidad"**, uno tiene la sensación de creerse **á la page** científicamente, **mientras que se está pensando según el**

modo fácil de los antiguos lectores del *Compost des Bergiers* según el cual la nariz chata es prueba de "bondad", y la barbilla puntiaguda de "maldad"» (1975:110).

En lugar de la oposición *oralidad-analidad*, los psicólogos contemporáneos prefieren el contraste *extraversión-introversión*.

En efecto, las correlaciones existentes entre los rasgos «extravertidos» (sociabilidad, actividad, vivacidad, impulsividad) son más elevadas que las que existen entre los rasgos de «oralidad». De un modo semejante los rasgos «introvertidos» (subjetividad, timidez, rigidez, irritabilidad) los encontramos asociados con mayor frecuencia que los rasgos llamados «anales».

Por lo demás, la explicación en términos de funcionamiento neurofisiológico de la acentuación de uno de los dos polos del continuum extraversión-introversión descansa en unos hechos mejor controlados que los que proponen los psicoanalistas cuando explican la etiología de sus «tipos» (cf., por ejemplo, Eysenck, 1977).

VII

LA EXPLICACIÓN DE LAS NEUROSIS

La psicopatología es el campo privilegiado de las teorías mentalistas.

MARC RICHFIELD. 1977:174.

Poco le cuesta creer al que no es un especialista de la psicología que la parte menos discutible del psicoanálisis es la que se refiere a los trastornos mentales. Admite sin dudar que el psicoanálisis es la única solución de recambio para la psiquiatría, la cual etiqueta, aprisiona, somete a electrochoques, leuco tomiza o atiborra de medicamentos. De hecho, el terreno de la psicopatología es el sector más vago de la psicología, aquel en el que podemos decir poco más o menos cualquier cosa sin que se puedan dar contraargumentos decisivos.

Tal y como lo hacen muchos psiquiatras y psicólogos, yo creo que las explicaciones psicoanalíticas de las neurosis, de las psicosis y de las perversiones no tienen mucho más valor que la explicación de la evocación de *Botticelli* en el lugar de *Signorelli*. En todos los casos de análisis específicamente freudiano se trata de los mismos presupuestos teóricos, de los mismos principios de interpretación y de las mismas conclusiones ilusorias, o cuanto menos discutibles.

1. LA CONCEPCIÓN FREUDIANA

El *Vocabulaire de la Psychanalyse* resume con toda claridad la concepción freudiana de la neurosis. Laplanche y Pontalis escriben: «Afección psicógena, en la que los síntomas son una expresión simbólica de un conflicto psíquico que halla sus raíces en la historia infantil del sujeto y que constituyen compromisos entre el deseo y la defensa» (1967:267). Vamos a explicitar los términos esenciales de esta definición.

a) Freud concibe siempre la conducta neurótica como «la expresión simbólica» de un drama que se desarrolla en «otra escena». «Un síntoma neurótico es un *Ersatz* (un sustituto) de algo distinto, que permanece subterráneo» (XI 289). De este modo Freud traspone a lo psíquico el modelo médico de la explicación de una infección: 'a fiebre no es más que un síntoma, y la causa no es directamente visible; sólo se puede tratar el mal eliminando la

causa, esto es, los gérmenes patógenos que están *escondidos en el interior* del organismo.

Freud niega la existencia de trastornos del comportamiento cuyas causas puedan ser directamente comprensibles. Para él las inclinaciones de las cuales el sujeto no consigue desembarazarse son unas tendencias cuya *significación* última aún no ha sido hallada. Afirma: «Es necesario, para que un síntoma se produzca, que su sentido sea inconsciente. El síntoma no puede provenir de procesos conscientes. Por otra parte el síntoma desaparece así que el proceso inconsciente ha llegado a hacerse consciente» (1917, XI 289).

Ya vimos más arriba de qué manera el psicoanalista se imagina que hace consciente la parte sumergida de una especie de iceberg psíquico: ya sea jugando con las palabras (los «Significantes»), ya sea recurriendo a las equivalencias simbólicas. Un ejemplo del primer tipo es la «explicación» que Freud le proporcionó al Hombre de las Ratas acerca de su obsesión de no estar tan gordo (*dick*) por el deseo inconsciente de matar a su rival Richard, por otro nombre *Dick*. Una ilustración del segundo tipo de explicación consiste en la interpretación del sentido inconsciente de los caballos para el pequeño Hans: pene, padre, el propio Hans, excrementos, madre encinta...

b) Freud postula que toda neurosis es el resultado de un *compromiso entre el deseo y la defensa*. Con ello no hace sino volver a tomar por cuenta propia una concepción que ya estaba en boga en el siglo xrx. Recorde mos a título de ejemplo que Nietzsche escribía, en la época en la que Freud sólo estaba empezando su especialización en psiquiatría: «Todas las pulsiones que no se liberan hacia el exterior, *se vuelven hacia el interior* (...) El hombre, ese prisionero lleno de deseos y de desesperación, llegó a ser el inventor de la «mala consciencia». Pero con ella apareció la enfermedad más grave y más inquietante, de la cual la humanidad aún no se ha curado, la del hombre que sufre *del hombre*, de sí mismo» (1887, II § 16).

En relación con sus predecesores y contemporáneos, Freud se singularizaría tan sólo por una insistencia «monoideísta» en los temas de la sexualidad y de la primera infancia.

c) Freud se imagina que el deseo prohibido y patógeno es siempre un *deseo sexual*: las ganas de adelgazar en el Hombre de las Ratas son un asunto de rivalidad sexual; el miedo de Hans es una cuestión de complejo edípico y de deseo de acostarse con su madre, etc., etc.

d) El psicoanalista cree que los deseos actuales esconden otros deseos más antiguos. La neurosis «*halla sus raíces en la historia infantil del sujeto*». En su última obra Freud escribe: «Parece que las neurosis sólo se adquieren en la primera infancia (hasta los 6 años)» (XVII 111). Ya vimos que sus discípulos habían de creer que se podía remontar cada vez más atrás; así lo hacía, por ejemplo, Ferenzci, quien se remontaba al Océano del cual salimos hace algunos millones de años...

2. LOS CRITERIOS DE VALIDEZ DE LOS ESQUEMAS EXPLICATIVOS

El comportamiento neurótico es paradójico: el sujeto tiene miedo de un objeto del cual *sabe* que es inofensivo; dice que quiere una cosa pero elige otra; consume lo que sabe que es perjudicial para su salud... Este absurdo aparente puede explicarse de múltiples maneras. Al hilo de los siglos se han podido evocar unas fuerzas demoníacas, **malos espíri-**

tus, influencias astrales, causas morales, factores hereditarios, deterioros del sistema nervioso, etc. La interpretación freudiana no es más **que** una explicación entre muchas otras.

¿Cómo hallar la mejor pista que nos pueda conducir a las conductas «desrazonables»? Si hemos de explicar el comportamiento de un individuo en particular, nos referiremos por lo general a unas experiencias modelo y a unos principios teóricos. En el caso del psicoanálisis estas referencias son la historia de Anna O., el olvido de Signorelli, el pequeño Hans, el Hombre de las Ratas... En el caso de la psicología científica, estas referencias son investigaciones sistemáticas bien controladas, por ejemplo, la fobia del pequeño Albert o las experiencias de Seligraan sobre la depresión.

La historia de una persona es siempre lo bastante trica» como para «demostrar» cualquier tipo de explicación. A partir de ahí los criterios de validez de la explicación de una conducta neurótica son, por una parte, la base experimental a la cual nos referimos y por la otra, la eficacia concreta de los principios derivados de la teoría con vistas al tratamiento. En estos dos marcos la psicología contemporánea supera ampliamente al psicoanálisis: centenares de investigaciones cuidadosamente controladas permitieron la elaboración de una teoría científica del aprendizaje y de las neurosis; gracias a unas terapias del comportamiento y a unas terapias cognitivas, que nada tienen que ver con el psicoanálisis, día a día se proporciona a los «neuróticos» que las siguen una ayuda eficaz.

3. CUESTIONAMIENTO DE LA CONCEPCIÓN FREUDIANA

a) La psicología contemporánea no considera ya las conductas neuróticas como síntomas de un drama que se desarrolla en el país del Inconsciente, sino como unos comportamientos adquiridos que, al igual que cualquier otra conducta, se explican principalmente por unas leyes generales del aprendizaje. La psicología contemporánea añade que el calificativo de «neurótico» es un juicio social que no puede, en ningún caso, hacernos creer en la existencia de unas entidades mentales situadas en el interior del organismo.

Para comprender los comportamientos inadaptados no se trata de «descender» a un mundo misterioso, hundido bajo la consciencia. Por el contrario hay que examinar el comportamiento mismo, su estructura y su frecuencia; y luego las contingencias de reforzamiento que lo suscitan y que lo mantienen.

b) Las dificultades neuróticas no son necesariamente el fruto de un «compromiso entre el deseo y la defensa». Tal y como lo ilustró el caso del pequeño Albert, una fobia puede ser adquirida por condicionamiento. El individuo que vivió una situación ansiógena y que teme volver a encontrarse en ella es incitado a huir así que surge un elemento que la evoca. El miedo a los caballos en el pequeño Hans se explica de esta forma. No hay necesidad de evocar en este caso un conflicto inconscien-

te... que siempre podremos encontrar gracias a los comodines freu-dianos.

c) La incidencia del factor sexual en la neurosis fue observada mucho antes de Freud (cf. nuestro capítulo sobre la pulsión sexual). Hoy los psicólogos siguen reconociendo todavía la importancia de las frustraciones sexuales, pero se niegan a ver ahí la fuente última de todas las dificultades existenciales.

El miedo a utilizar los ascensores o a hablar en público puede no tener ninguna relación con la sexualidad. Individuos que están acosados por fobias diversas pueden tener relaciones sexuales satisfactorias... Por otra parte ciertos «neuróticos» pueden experimentar dificultades en el terreno sexual sin que estas últimas sean verdaderamente la *causa* de todas las demás conductas neuróticas. ¿Haremos de recordar que una pretendida «causa» puede no ser más que un efecto, o incluso un fenómeno concomitante sin relación directa?

Unos simples condicionamientos sociales pueden explicar unos sentimientos de miedo, de vergüenza o de asco. Recordemos a título de ejemplo que un buen número de estreñimientos psicógenos pueden comprenderse como la consecuencia de unos cambios históricos, cuyo momento crucial se sitúa en Occidente, en el siglo xvn. Antes de esta época, la visión y el olor de los excrementos eran considerados como cosas naturales, y la micción y la defecación parecían tan naturales como el hecho de sonarse las narices, de bostezar, o de escupir. N. Elias, que estudió la historia de las costumbres occidentales, escribe por ejemplo: «Durante el siño xvn era corriente aún en Francia que los reyes o los grandes señores se hiciesen acompañar por algunos subditos privilegiados cuando se dirigían a ese lugar del que el proverbio alemán indica que incluso el emperador va solo*» (p. 228). En el siglo xviii la sociedad, y más exactamente la «buena sociedad», cambió esas normas. Podemos leer en los manuales de usos sociales de esa época, unas recomendaciones que hoy serían superfluas: «Por lo que se refiere a las necesidades naturales, lo decoroso es (incluso para los niños) satisfacerlas sólo en los lugares en los que uno no sea visto por nadie» (cit. p. 220). En resúmenes cuentas, el individuo que hoy se siente incapaz de defecar en presencia de otras personas no es tanto presa de una represión inconsciente por parte de una libido sádico-anal, como una víctima de unos condicionamientos sociales. Claro está que no todos los estreñimientos se explican por esta referencia a las transformaciones históricas del pudor. Tengo mis dudas sin embargo sobre el hecho de que los psicoanalistas estén buscando en la dirección adecuada. (A título de ejemplo veamos cómo «explica» Françoise Dolto el estreñimiento en las mujeres: «Este *exhibicionismo anal*, esta preocupación constante por su funcionamiento intestinal, les es necesario. Es un medio gracias al cual se "masturban" simbólicamente la zona erógena anal y sustraen así a su Yo de los intereses libidinales genitales que tan dolorosos son para su narcisismo», 1971:117.)

d) El psicólogo admite que *algunos* trastornos de comportamiento pueden hallar su *origen* en la primera infancia. Y sin embargo no cree que todas las dificultades se comprendan de esta manera. Con vistas a explicar, y sobre todo con vistas a modificar las conductas, estima que es preferible dedicarse a hacer una observación *minuciosa* de los *mismos*

comportamientos y de las *situaciones* en las cuales ocurren o no ocurren.

4. LA CONCEPCIÓN PSICOLÓGICA

Desde los años 1960 la psicología científica registró unos considerables progresos en el estudio y el tratamiento de los trastornos de la conducta. La existencia de numerosas obras * me autoriza aquí a limitarme a algunos grandes principios.

— Conviene que recordemos para empezar la *importancia de ciertos factores fisiológicos*. Hasta los años 1930 la locura pelagrosa era considerada como una psicosis, y ciertos psiquiatras intentaban interpretar los delirios que la caracterizaban. Hoy se sabe que la pelagra es la consecuencia de una deficiencia en vitamina PP. El psicoanálisis de las ideas delirantes nada explica del síndrome pelagroso y no aporta ningún remedio...

Es muy posible que algunos procesos orgánicos sean los principales agentes de unos trastornos considerados hoy por los psicoanalistas (y por ciertos psicólogos) como poseedores de un origen psíquico: esquizofrenia, autismo, paranoia... Varios índices nos hacen inclinarse en favor de explicaciones biológicas, pero no disponemos todavía de argumentos decisivos.

— Muchos psicólogos subrayan el peso de las *predisposiciones temperamentales*. El grado de creatividad, de emotividad, de extraversión... determinan el tipo de respuesta a las situaciones de stress. De tal modo que el introvertido estará predispuesto a reaccionar mediante conductas obsesivas y compulsivas, mientras que el extrovertido se comporta impulsivamente y hace escenas...

— *Los trastornos emocionales* (fobias, obsesiones, fetichismo, etc.) *se adquieren con frecuencia según el esquema del condicionamiento pavloviano*. J. Wolpe y H. Eysenck confirmaron ampliamente esta idea, de fendida ya por J. Watson a comienzos de siglo. Las obras de los dos citados en primer lugar son fácilmente accesibles para los lectores ingleses y franceses, de modo que me parece inútil exponer aquí sus investigaciones clínicas y experimentales.

— *Las dificultades de la conducta son con frecuencia el resultado de unos aprendizajes «operantes»*. Las emociones experimentadas por el sujeto desempeñan evidentemente un papel en la «elección» de su comportamiento (ataque, huida, adaptación, etc.), pero las consecuencias del comportamiento son tan importantes como aquéllas a la hora de explicarlo. El miedo incita a la huida, pero no necesariamente la produce. Un individuo puede continuar haciendo frente a la cosa a pesar de su miedo, siempre y cuando esté reforzado adecuadamente a actuar en este sentido. Por lo demás un individuo puede adoptar una conducta que denota an-

1. Cf., por ejemplo, Kanfer y Phillips (1970), Ullman y Krasner (1975). En francés, y publicados por Mardaga de Bruselas: X. Seron (1977), O. Fontaine (1978), Eysenck (1979).

siedad de manera que suscite en su entorno reacciones de ayuda y simpatía... Limitarse a evocar las emociones es lo mismo que avanzar en la pendiente peligrosa del mentalismo y de las pseudoexplicaciones. (A decir verdad, no todos los psicólogos adoptan aquí el mismo punto de vista. Autores como Eysenck y Wolpe insisten mucho en el papel desempeñado por las emociones, mientras que Skinner y sus alumnos le dan prioridad a las contingencias de reforzamiento extemas.)

— Numerosas investigaciones demuestran que los condicionamientos «pavlovianos» y «operantes» pueden ser eficaces incluso cuando son débiles y sutiles. *Los incitadores y los reforzadores se escapan con mucha facilidad de la atención del sujeto y de sus observadores.* No resulta raro que una persona que es víctima de unos condicionamientos patológicos nunca llegue a darse cuenta de la relación existente entre ciertas situaciones traumáticas pasadas y sus reacciones emocionales o corporales actuales. Recordaremos aquí que al pequeño Juanito de Freud no se le ocurrió de manera espontánea el acontecimiento que había provocado su miedo. (No cabe duda de que la aparición del más mínimo indicio provocaba un desasosiego emocional que le impedía al niño observar cuidadosamente los pormenores de su miedo.)

— Entre los reforzamientos más importantes que hemos de constatar si queremos comprender las reacciones llamadas «neuróticas», hay que citar antes que nada la disminución de estímulos aversivos y, muy en particular, la *disminución de la ansiedad*. Todo comportamiento que permita reducir la angustia tiende a fijarse y a repetirse. En este caso el sujeto adopta cada vez más fácilmente este modo de evitación y ya no se atreve a efectuar «la prueba de la realidad», esto es, la experiencia concreta del carácter no peligroso de la situación que le da miedo. Este mecanismo permite comprender la «paradoja neurótica», la perpetuación de comportamientos que parecen a primera vista ir al encuentro de los intereses del sujeto.

— Se olvida con frecuencia que un comportamiento llamado patológico puede explicarse por medio de una *deficiencia de reforzamientos*. Hay por ejemplo padres que se sorprenden de la falta de interés que demuestra su hijo en la escuela, y ello sin que se den cuenta fácilmente del hecho de que ellos sólo intervienen cuando los resultados escolares no son satisfactorios. Un comportamiento depresivo se explica más frecuentemente por una falta de acciones valorizadoras que por medio de traumatismos. Al deprimido le ayuda menos por regla general un análisis de las «profundidades psíquicas» que un programa de actividades de dificultad creciente, y que le revalorizan a los ojos de sí mismo.¹

2. No todas las depresiones se explican simplemente por la falta de reforzamientos positivos. En ciertos casos hay que **buscar unos procesos biológicos como factor determinante**; el sentimiento de impotencia se **convierte entonces en un efecto** más que en una causa («depresión endógena»). Hay **que observar también que el papel de «deprimido» es relativamente bien aceptado en nuestra sociedad. Incluso se considera anormal la ausencia de tristeza o de depresión después de ciertos acontecimientos como desastres, duelos familiares, etc. A partir de ahí la adopción de este papel resulta fácilmente reforzado por la atención y la solicitud del entorno.**

— Hay que insistir, igualmente, con el behaviorismo y con la psicología cognitiva, en *la importancia de, los estímulos y de los reforzamientos «privados», «internos»*.

Como todo el mundo sabe la representación mental de un compañero sexual ausente puede provocar una excitación sexual...

Constatamos por lo demás que ideas obsesivas (como por ejemplo las relativas a la limpieza del propio cuerpo) pueden servir como escapatoria ante una ocupación repulsiva (como por ejemplo, estudiar). La rumiación mental se convierte con gran facilidad en un comportamiento «operante»...

De modo pues que no todo se juega en la escena «pública»; y sin embargo sería una equivocación dejar de lado por ello las contingencias del entorno, accesibles con mayor facilidad, y seguir a Freud en sus explicaciones «mentalistas».

— Entre las variables «cognitivas», la más importante es sin duda *el «self-concept», la imagen que el sujeto elabora como consecuencia de sus interacciones con el entorno*. Cuando un individuo ha sido convencido de ser un «incapaz» o un «neurótico», su comportamiento se convierte en el de un incapaz o el de un neurótico. Cambiar la conducta implica pues una modificación de la percepción de sí mismo. El psicólogo estima que ese cambio se obtiene con mayor facilidad por medio de unas actividades efectivas que por medio de un juego de asociaciones libres y de interpretaciones supuestamente profundas.

LA HISTORIA DE LA PSICOTERAPIA

La famosa Françoise Dolto escribe; «Todo el mundo sabe que no se esperó a que existiese el psicoanálisis para hacer psicoterapia. Pero permanecía en el territorio de lo empírico, y permanecía reservada para los médicos dotados naturalmente de cualidades de fineza, de sensibilidad, de sensatez, y, todo hay que decirlo, sobre todo de intuición» (1971:167).

La primera fase de esta cita comporta una verdad y un error. Es bien cierto que «no se esperó al psicoanálisis para hacer psicoterapia», pero sí que es falso decir: «Todo el mundo sabe...» Por mi parte, yo era ya un licenciado en psicología y profesor adjunto en la Universidad, cuando descubrí de manera incidental que la historia de la psicoterapia comenzaba mucho tiempo antes del psicoanálisis. En 1980 el gran público sigue creyendo sin problema que la psicoterapia comienza con S. Freud.

De hecho los intentos de tratamiento por medio de procedimientos psíquicos se remontan a la noche de los tiempos. Los principios los encontramos ya en los curanderos «primitivos», en los sacerdotes del Egipto antiguo y de los templos de Esculapio. H. Ellenberger pudo describir la evolución de las formas precientíficas de la psicoterapia: extracción del objeto-enfermedad, curación por medio de la confesión, tratamiento por satisfacción de los deseos frustrados, curaciones ceremoniales que anuncian el psicodrama de Moreno, etc. Su larga exposición la resume con las siguientes palabras: «Una línea de evolución continua puede ser trazada entre el exorcismo y el magnetismo, el magnetismo y el hipnotismo, el hipnotismo y las psiquiatrías dinámicas modernas. Aun con temas diferentes, la misma idea subsiste, a saber, la de un "mal" que puede ser expulsado por medios psíquicos, medios que implican, tanto como la participación del enfermo, el esfuerzo del propio terapeuta» (1970, p. VII).

En 1887, en una época en la que Freud comenzaba a iniciarse en el hipnotismo, A. W. van Renterghem y Fr. van Eeden fundaban en Amsterdam un imponente Instituto de Psicoterapia (*Inrichting voor Psychotherapie*). A comienzos del siglo xx los médicos de este Instituto trataban «psicológicamente» alrededor de unos 1.800 pacientes por año y registraban un 75 % de «curaciones». Los medios utilizados eran la conversación, la hipnosis y la sugestión...

Freud está en la línea de una tradición cuyos grandes personajes son, en el siglo xrx: Auguste Liébault y su alumno H. Bernheim (Nancy), Charcot y su alumno P. Janet (París), A. Forel y su alumno E. Bleuler (Zurich), P. Dubois (Berna), Moritz Benedikt (Viena) y muchos otros. Y todos esos terapeutas obtenían resultados *espectaculares*. Había pacientes que recorrían miles de kilómetros para ir a consultarles...

II

ALGUNAS OPINIONES

No es infrecuente en la actualidad que un psicoanalizado, queriendo con ello convencer a las personas que le rodean de lo bien fundado del trabajo que está llevando a cabo, les regale *Les mots pour le diré* (*Las palabras para decirlo*), una obrita de Marie Cardinal aparecida en libro de bolsillo.

¿Habremos de recordar que se trata de un texto muy particular, y que no es de ningún modo representativo de la experiencia de los psicoanalizados ordinarios? Le cedo la palabra a D. Frischer, la socióloga que realizó una encuesta entre unas sesenta personas tratadas por el psicoanálisis: «Curas que se parezcan a la de Marie Cardinal, con suspenses, redescubrimientos, secretos que salen del inconsciente como de la joroba de Polichinela, sólo existen en los libros; y a condición además de que se haya efectuado el trabajo de reconstituir con todos los artificios literarios de los que dispone un novelista algo que, de no ser así, se escapa progresivamente de la consciencia y no puede ser reconstituido» (1977:233).

La misma D. Frischer trae a colación testimonios que tienen un tono muy diferente. Como por ejemplo el de Marcel: el psicoanálisis, dice, es «un método extremadamente decepcionante... Para mí, no es nada de nada, no es ni una estafa, es tan sólo una ilusión» (p. 374); o el de Lucie, tratada durante 15 años: «Quisiera que todo el mundo supiese que el psicoanálisis cuenta con fracasos y que hace que los enfermos estén más enfermos de lo que lo estaban antes de empezar el tratamiento. Así pues, ahora que mi vida está echada a perder, ahora que ya nunca saldré de esta, me entran ganas de sacarles el pellejo a los psicoanalistas, por el mal que me han hecho, por su responsabilidad en la muerte de mi hermano, por los millones que me han quitado sin que yo haya sacado nada a cambio. Mi único recurso es el de hablarle a usted» (p. 376).

Su encuesta le lleva a la socióloga a decir: «Desgraciadamente ninguno de los analizados interrumpió su análisis con la convicción de estar totalmente liberado de sus inferioridades o de sus dificultades pasadas, con la certeza de haber remediado completamente sus faltas, de estar por fin curado*» (p. 287). De los sesenta psicoanalizados entrevistados, sólo hay uno que diga estar totalmente satisfecho (p. 370).'

1. D. Frischer encontró una treintena de psicoanalizados merced a unos pequeños anuncios aparecidos en los periódicos de París. También interrogó individualmente a una treintena de miembros de un club de antiguos analizados. Este modo de reclutamiento permite suponer que el número de insatisfechos es más elevado en su maestro que en la población general de los ■МІІТ«Н««. De cualquier manera los testimonios recogidos son del más alto interés*, aunque todo fue porque, al parecer, esta encuesta es la primera que se ha hecho de este tipo.

En el curso de su investigación sobre la imagen del psicoanálisis en el público francés, S- Moscovici hizo la pregunta: «¿Cree usted que el psicoanálisis puede modificar la personalidad?» En conjunto las respuestas son más bien positivas, pero existen diferencias de opinión según cual sea el grado de familiaridad con el psicoanálisis. Los grupos en los cuales las reacciones son más favorables son los obreros y los alumnos de las escuelas técnicas, esto es, los grupos en los cuales el conocimiento del psicoanálisis es menor. Por el contrario, «a medida que se pasa de las poblaciones "no intelectuales" a poblaciones "intelectuales", la proporción de las respuestas negativas aumenta» (p. 182). Los intelectuales ponen en duda la eficacia del psicoanálisis; y mencionan *con mayor frecuencia* los fracasos que los éxitos (p. 142),

La falta de confianza de la población en la eficacia del psicoanálisis aparece claramente en un sondeo de opinión efectuado por Sofres para *Le Nouvel Observateur* en febrero de 1980, entre una muestra de 1.000 personas que representaban a la población francesa de 13 años o más (cf. *Le Nouvel Observateur* del 24-4-1980). Veamos las respuestas a 3 de las 8 preguntas:

1. «De acuerdo con lo que usted sabe, ¿el psicoanálisis ha tenido sobre las personas que le rodean y que hayan sido o sean psicoanalizadas efectos positivos, negativos, o ningún efecto?»

Efectos positivos	51 96
Efectos negativos	19 %
Ningún efecto	24 %
Sin opinión	6 %

2. «¿Piensa usted que el psicoanálisis puede contribuir a la curación de las personas que tienen conductas criminales o delincuentes?»

Del todo	2 %	1
En gran parte	14 %	10
Muy poco	35 %	67 96
En absoluto	32 %	
Sin opinión	17 %	

3. «Si le ofrecieran un psicoanálisis gratuito, ¿aceptaría usted?»

Sí	27 %	-
No	65 96	
No lo sé	8 %	

Citaremos finalmente la opinión de un experto de gran renombre: Melitta Schmiedeberg. En 1970 publicó un artículo sobre los fracasos de la cura psicoanalítica. En él, citaba el caso de pacientes cuyo estado se había deteriorado gravemente como consecuencia de un psicoanálisis y el caso de pacientes tratados sin éxito durante 15, 20 e incluso 30 años. Y terminaba su artículo con estas palabras desengañadas:

«Varios analistas de primer plano han criticado abiertamente el psicoanálisis, pero nunca sacaron todas las conclusiones que esas observaciones requerían, probablemente porque no tenían nada que poner en el lugar del psicoanálisis.

«Por mi parte me encuentro en una situación poco habitual. Al ser hija de una psicoanalista (Melanie Klein), me crié con el psicoanálisis. Durante mucho tiempo consideré cualquier crítica como un prejuicio reaccionario. Mi marido era un amigo personal de Freud y de su familia, y ello me llevó a conocer personalmente a todos los grandes psicoanalistas de Europa y de los Estados Unidos. Publiqué numerosos artículos en revistas de psicoanálisis y fui analista didacta de la Sociedad Británica de Psicoanálisis hasta

mi partida a los Estados Unidos. Y sin embargo me he ido volviendo cada vez más crítica para con la teoría y la práctica psicoanalíticas, y en particular para con las Sociedades de Psicoanálisis, en las cuales la libre discusión se demuestra imposible. Hace ya varios años que presenté mi dimisión como miembro de la Asociación Psicoanalítica Internacional (...)

»He necesitado varios años para comprender que muchos pacientes que me habían sido enviados por su analista eran de hecho fracasos del psicoanálisis, y que el tratamiento anterior los hacía más difíciles de ser tratados. De modo que, aun cuando me siga considerando como una analista —sin duda un tanto disidente, por poco que sea— he llegado desde hace ya mucho tiempo a dejar de practicar el psicoanálisis» (1970).

De hecho la ciencia no puede atenerse a la opinión de algunos pacientes, ni a la del gran público, ni siquiera a la de algunos expertos de gran reputación. Según lo que se busque siempre se encontrarán casos favorables o resultados negativos. ¿No es cierto que todos los charlatanes obtienen éxitos y que, por otra parte, hasta los más eminentes terapeutas se encuentran, en uno u otro momento, con fracasos? Sin unos estudios *sistemáticos* sobre *muestras representativas relativamente importantes* no se puede emitir ningún juicio acerca del valor de una forma de terapia o de pedagogía. Sólo tienen algún peso las investigaciones metódicas. Antes de pasarles revista examinaremos aún algunos casos aislados: los más famosos pacientes de Freud.

III

LOS CASOS HISTÓRICOS

1. ANNA O.

En su primera conferencia en la Universidad de Worcester, Freud declaró: «Si es que acaso sea un mérito el haber dado nacimiento al psicoanálisis, éste no es un mérito que a mí me corresponda. Yo no participé en sus primeros comienzos. Era todavía un estudiante que estaba absorto en la preparación de mis últimos exámenes, cuando un médico vienes, el Dr. Joseph Breuer, aplicó por primera vez este procedimiento a una joven histérica. Hemos de ocuparnos pues para empezar de la historia de esta enferma y de su tratamiento» (VIII 3).

Vamos a ocuparnos ahora nosotros por nuestra parte una vez más de este caso tan famoso. Anna O., cuyo verdadero nombre era Bertha Pappenheim, fue la paciente a partir de la cual se edificó el psicoanálisis. Este primer caso fue ocasión de un primer «efecto de escaparate»... que precede a otros muchos.

Más adelante en esa misma conferencia de 1909, Freud afirma: «Los síntomas mórbidos desaparecieron cuando, bajo la hipnosis, la enferma rememoró, exteriorizando sus afectos, en qué ocasión se habían producido por primera vez...» (VIII 8). En 1925, en su *Selbstdarstellung*, Freud repite esta conclusión: «exteriorizando libremente el afecto el síntoma era barrido y ya no volvía a aparecer. Gracias a ese procedimiento Breuer consiguió tras un largo y penoso trabajo liberar a su enferma de todos sus síntomas» (XIV 45; el subrayado es mío). Durante el mismo año 1925, en un seminario dictado en Zurich, Jung revelaba que Freud le había dicho que la enferma en realidad no se había curado {cit. in Eüenberger, p. 406}. Por otra parte, el día 2-6-1932, Freud le escribía a S. Zweig que Anna O., después de seguir el tratamiento de Breuer, «luchó todavía durante meses en un sanatorio para poder recuperar la salud».

En 1953, en su biografía de Freud, Jones precisa: «El estado de la pobre enferma no mejoró tanto como lo haría suponer la observación escrita de Breuer. Tuvo varias recaídas y hubo de ser instalada en una casa de salud en Gross Enzersdorf. Un año más tarde de haber dejado de cuidarla, Breuer le confió a Freud que ella estaba totalmente desequilibrada y que le deseaba la muerte para que quedase así liberada de todos sus sufrimientos» (I 248). H. Ellenberger quiso sacarlo todo en

claro respecto de ese famoso caso inirial. Al término de una larga encuesta pudo hallar en el Sanatorio Bellevue (en Kreuzlingen) los informes psiquiátricos que se referían a esa paciente. Los documentos demuestran que la versión publicada por Freud para uso de sus lectores sirve para crear una falsa impresión. El informe escrito por Breuer menciona que al final del tratamiento, cuando estaba practicando cada noche la «*talking cure*», el estado de la paciente «por razones inexplicables» se había agravado. Anna O. había sido enviada a la Clínica psiquiátrica de Kreuzlingen. El médico que allí la había examinado registraba en su informe los «rasgos histéricos» de la enferma, sus «juicios denigratorios sobre la ineficacia de la ciencia para con sus sufrimientos» y su «incomprensión de la gravedad de su estado»... Remito a la obra de Ellenberger (p. 406-8) para citas más amplias de esos archivos para contentarme aquí con anotar su conclusión: «El "prototipo de una curación catártica" no fue ni una curación ni una catarsis. Anna O. se había convertido en una morfinómana grave que había conservado una parte de sus síntomas más manifiestos». De modo que la versión freudiana del caso *princeps* del psicoanálisis («Breuer consiguió liberar a su enferma de todos sus síntomas») está más cerca de la *Leyenda dorada* que de la investigación científica.

2. EMMY VON N.

La primera paciente que Freud trató con el método catártico, anunciando así lo que sería el psicoanálisis, fue la Sra. Emmy von N., diagnosticada también de «histérica». Al publicar el relato del tratamiento, Freud concluye: «En conjunto, el éxito terapéutico fue considerable, aunque no duradero» (I 158).

En una nota añadida en 1924, en la reedición de los *Estudios sobre la histeria*, Freud menciona el hecho de que un médico le dio noticias de la paciente algunos años más tarde. Ese colega, que había tratado también a la Sra. Emmy por medio de la hipnosis, declaraba que se encontraba en un estado lamentable (**Sie war in elenden Zustá'nden*», I 162).

El punto más interesante de este asunto no es tanto el fracaso —todos los terapeutas se encuentran alguna vez con fracasos— como la manera que tiene Freud de explicarlo. Antes que reconocer la debilidad de su método afirma: «Se trataba de una verdadera *compulsión de repetición*» (1924, I 162). Veremos un poco más abajo de qué manera la «explicación» por medio de entidades invisibles (las pulsiones de muerte, el Super-yo sádico, la necesidad de castigo, la compulsión de repetición) autoriza al psicoanalista a no volver a cuestionarse a sí mismo cuando el estado de los pacientes, aun a pesar de centenares de horas de psicoanálisis, no mejora o incluso empeora.

3. LOS CASOS PRINCIPALES DE FREUD

Los cinco principales casos que expuso Freud, compilados en francés en un solo volumen (*itCinq Psychanalyses*) y que se conocen como los casos «Dora», «Juanito» (o «pequeño Hans»), «Hombre de las Ratas», «Presidente Schreber» y «Hombre de los Lobos», siguen constituyendo hoy una referencia constante para los psicoanalistas. Al respecto E. Jones escribe: «estos ensayos superan en mucho, tanto por su presentación como por su contenido original, todo lo que otros analistas intentaron escribir» (II 272).

«La primera de esas observaciones —prosigue Jones— sirvió durante mucho tiempo de modelo para los estudiantes de psicoanálisis» (p. 274). Se trata de *Dora*, una joven calificada de histérica y que fue tratada cotidianamente durante un año.

¿Qué dice la leyenda freudiana? M. Robert declara que Freud «explica de manera magistral un caso muy oscuro» (1964, I 232). En otra ocasión precisa que Dora «sólo en 1923 supo de la publicación de su caso, y por boca de un psicoanalista a quien ella le habló del tratamiento de Freud y que, por supuesto, no tuvo dificultades en identificarlo» (II 28). La autora de *La Révolution psychanalytique* (*La revolución psicoanalítica*) no dice ni una palabra sobre el desenlace del tratamiento, ni sobre la evolución de la paciente. No cabe duda de que se trataba de un simple «olvido».

E. Jones es más objetivo, pero su obra, que cuenta con más de 1,500 páginas, no está destinada al gran público. Escribe: «Dora tenía un carácter difícil que la llevaba a poner la venganza por delante del amor. La misma razón la incitó a interrumpir prematuramente el tratamiento y a conservar por ello ciertos síntomas histéricos a la vez psíquicos y somáticos» (II 273). Entiéndase bien: Jones admite que la cura fue un fracaso, pero añade que esto no pone en absoluto en cuestión el método freudiano; de lo que se trata es de que la paciente tenía «un carácter difícil, etc.».

Cuando durante los años 20 Dora consultó con el psicoanalista Félix Deutsch, estaba más histérica que nunca. Esto es lo que aparece en un artículo publicado en una revista especializada¹ de la que el gran público no tiene noticia, ¿Está Dora más histérica que nunca? El psicoanalista podrá evidentemente volver a la «explicación» freudiana de la evolución de la Sra. Emmy von N.: «Se trataba de una verdadera *compulsión de repetición*»...

No volveré ahora sobre el segundo de los casos, el del *pequeño Hans*, ya ampliamente discutido. Sólo quisiera recordar que Hans parecía ser un niño que de ningún modo era merecedor de la etiqueta de «neurótico», que su miedo a los caballos era un *trastorno benigno*, en

1. «A footnote to Freud's Fragment of an Analysis of a Case of Hysteria» («Una nota suplementaria al fragmento del análisis de un caso de histeria, de Freud») *Psychoanalytic Quarterly*, 1957, 26(2): 159-67.

el sentido de que un miedo semejante sobreviene con frecuencia en los niños de su edad y que tiende a desaparecer incluso en ausencia de intervenciones terapéuticas. No podemos ciertamente hablar aquí, tomando el título de un libro de gran éxito, de *Los triunfos del psicoanálisis* (*Les triomphes de la psychanalyse*).

El tercer caso de la serie es el del *Hombre de las Ratas*, un joven abogado que sufría de obsesiones y de fobias. El análisis duró 11 meses. Así se expresa Jones: «El enfermo pudo luego tener tanto éxito en su vida como en su trabajo. Desgraciadamente murió en la Primera Guerra Mundial» (II 280). De modo que se hizo imposible una catamnesia a largo plazo.

El caso que sigue es el de *Schreber*, un paranoico que había publicado unas Memorias. Jones escribe al respecto: «La cuarta observación detallada, publicada en 1911, es tanto más notable cuanto que Freud nunca tuvo la ocasión de encontrarse con el enfermo en cuestión» (II 285). (Yo no comprendo por qué el hecho de interpretar el texto de un paciente al que jamás se ha visto es «tanto más notable».)

Schreber jamás fue tratado por el psicoanálisis. Su caso nos instruye sin embargo sobre el problema de la eficacia de las curas. En efecto, ese enfermo osciló entre unos períodos de delirio y unos largos períodos de *restablecimiento espontáneo*. Así, en 1884 fue admitido en el asilo de Sonnenstein. Salió en 1885. Al año siguiente volvió a desempeñar sus funciones de Presidente del Tribunal de Primera Instancia en Leipzig. En 1893 sufrió una nueva afección mórbida y fue internado para un período de tiempo que iba a ser de 9 años. Desde 1903 hasta 1907 su estado fue de nuevo «normal». Y luego, la muerte de su madre, seguida de la de su mujer en un mismo año, desencadenaron de nuevo ideas delirantes...

Si Schreber hubiese entrado en psicoanálisis en el momento de una crisis, se hubiese podido atribuir a la cura el restablecimiento que ocurriera algunos meses o algunos años más tarde. La biografía de Schreber nos recuerda que *se observan curaciones espontáneas, pasajeras o duraderas, incluso en los casos graves de neurosis o de psicosis*. Cualquier estudio de los efectos de la psicoterapia debe tener en cuenta ese factor. El último de estos casos principales de Freud es el del *Hombre de los Lobos*. Jones declara: «Esta observación es sin lugar a dudas la mejor de la serie. Freud estaba entonces en plena forma, y era dueño por entero de su técnica» (II 292).

El paciente parecía seriamente afectado: su padre y su hermana se habían suicidado; él mismo había sido tratado ya por Kraepelin por unos ataques maniaco-depresivos. ¿Iba Freud a hacer de él un hombre feliz, desembarazado de su desvalimiento y de sus obsesiones?

El Hombre de los Lobos se había ya psicoanalizado en Odessa con Drosness en 1909. Empezó con Freud una cura que duraría cuatro años, de 1910 a 1914. En 1919 y en 1920 se vio obligado a emprender de nuevo el tratamiento. Su situación parecía mejorar y luego, en 1926, se volvió a encontrar en un estado mucho peor que el de antes de sus tratamientos psicoanalíticos. Marthe Robert observa: «En 1926 el en-

fermo salvado en dos ocasiones por el afecto y la generosidad de Freud tuvo una grave recaída, que requirió un nuevo tratamiento. Afectado en otro tiempo de una neurosis obsesiva, sufría ahora de una psicosis paranoica, en la cual su vínculo homosexual hacia su primer analista, mal liquidado, reforzado incluso por la ayuda material y los dones de Freud, hallaba una nueva y muy peligrosa salida» (II 109). Como Freud no quería ya ocuparse de su paciente, lo mandó a Ruth Mack Brunswick. El Hombre de los Lobos siguió con ella dos tratamientos: en 1926-27 y en 1938. En 1956, ese paciente «histórico» realizó aún dos curas más con analistas de Viena: Kurt Eissler y con Wilhelm Solms-Rodellheim. En 1977 entró en el asilo de la ciudad de Viena (Steinhof), donde había de morir un año y medio más tarde.

Cuando en 1972 R. Jaccard le pedía a K. Eissler poder conocer personalmente a ese paciente histórico, le fue respondido: «No estoy muy seguro de poderse lo presentar. Se trata de un hombre ya viejo, de un equilibrio precario, y me temo que una entrevista con un nuevo interlocutor lo agitaría en exceso»... En resumidas cuentas ese monumento viviente del psicoanálisis parecía estar muy lejos de ser un éxito terapéutico. Cuando Freud hablaba de su famoso paciente en el texto sobre el análisis interminable, en 1937, él mismo reconocía que la curación no era sino aparente (XVI 61).

R. Jaccard (1973) concluye el librito que le dedica al Hombre de los Lobos con las palabras siguientes: «Le debe mucho al psicoanálisis, pero el psicoanálisis le debe infinitamente mucho más a él: el don de una existencia que parece no tener otra finalidad ni otra justificación que la de apoyar la teoría freudiana». Se puede sostener que la existencia de ese paciente sostiene igualmente la terapia freudiana: con siete curas, que suman en total más de siete años de psicoanálisis (lo que significa millares de horas de asociaciones y de interpretaciones), anuncia los tratamientos interminables, que hoy son cada vez más frecuentes. No nos ha de sorprender enterarnos de que los *Archivos Sigmund Freud* de Nueva York le estuvieran pagando durante muchos años una renta al Hombre de los Lobos por los servicios que había rendido al psicoanálisis...

IV LOS

PSICOANALISTAS Y LAS ESTADÍSTICAS

Tras hacer un análisis de las teorías físicas del siglo XVIII, Bachelard muestra muy bien que «se puede, bajo la cubierta de una idiosincrasia, ratificar las afirmaciones más descabelladas» (1947:126). Esta misma precaución hay que formularla para la psicología y la psiquiatría del siglo XX. La ciencia no puede contentarse con algunos relatos anecdóticos. Para poner a prueba sus hipótesis, debe encontrar unos, puntos precisos de referencia, establecer comparaciones sistemáticas y por tanto cuantificar de manera conveniente.

Freud parece no haber comprendido la importancia crucial de la medida. Sólo una vez se orientó positivamente en este sentido: cuando quiso criticar la obra en la que Rank reducía todos los problemas psicológicos, fueran cuales fueran, al trauma del nacimiento. E. Jones escribe: «Por lo que yo he podido saber ésa fue la única ocasión en la que Freud se mostró favorable a las estadísticas en relación con el psicoanálisis; habitualmente las consideraba como fuera de propósito o inaplicables. Resulta que le decía a Ferenczi que si él hubiese estado en el lugar de Rank, nunca se le habría ocurrido imaginar una teoría tan revolucionaria como la suya sin haber previamente recogido datos estadísticos que comparasen los caracteres de los primogénitos, de los niños cuyo nacimiento fue particularmente difícil y de aquellos que vieron la luz del día por medio de una cesárea» (III 76).

El primer documento sobre los efectos del psicoanálisis es el informe de Max Eitingon sobre las terapias realizadas en la Clínica Psicoanalítica de Berlín entre 1920, año de su fundación, y 1922 (cf. D.E.A., 1977: 148). El número de personas que fueron a consultar pasaba de 200, pero las estadísticas sólo se refieren a 92 pacientes. Los resultados fueron expresados en función de 5 categorías: curación — mejoría clara — mejoría — ausencia de cambio — interrupción, abandono. Eitingon registra 18 pacientes «curados», esto es, un 20 %.

En 1930, Otto Fenichel publicó un informe sobre los diez primeros años de funcionamiento del mismo Instituto: 1.955 personas acudieron a consultar; 721 empezaron un psicoanálisis, 363 terminaron el tratamiento, 241 (un 33 %) abandonaron prematuramente la cura. Fenichel proporciona cifras que se refieren a las mismas categorías que las del primer informe:

— Si agrupamos a los pacientes «mejorados», «claramente mejora-

dos» y «curados», sin tomar en cuenta los individuos que abandonaron el tratamiento, obtenemos un 91 % de los casos.

— Si reagrupamos las mismas tres categorías, pero teniendo en cuenta los abandonos (considerados como no curaciones), obtenemos un 59 % de mejorías o de curaciones.

— Si consideramos sólo a los pacientes «claramente mejorados» o «curados», teniendo en cuenta los abandonos, el porcentaje de éxitos cae a 39 % (cf. Bergin, 1978:141s).

Las principales investigaciones realizadas entre 1930 y la Segunda Guerra Mundial son las de Kessel e Hyman (1933), E. Jones (1936), F. Alexander (1937), Knight (1941). También aquí los resultados varían en función de los criterios adoptados. Según se considere *a*) el conjunto de los pacientes «mejorados», aunque sólo fuese «ligeramente», excluyendo aquellos que abandonaron; *b*) el conjunto de los «mejorados» en relación con el de los tratados, comprendiendo los que abandonaron, o *c*) sólo aquellos que «mejoraron claramente» y se «curaron» en relación con el total (comprendiendo los abandonos), obtenemos respectivamente las medias de 83 - 60 - 44 % (Bergin, 1978:142).

Las cifras obtenidas suscitan muchas cuestiones. Podemos en primer lugar preguntarnos acerca del grado de objetividad de los datos publicados, pues los autores son analistas convencidos, que son a la vez juez y parte. Por más deseosos de establecer la verdad que estén, esos examinadores percibieron mucho más aquello que querían ver que aquello que querían no percibir. Por otra parte hay que subrayar el carácter delicado de la interpretación estadística. Según los criterios considerados, los «efectos positivos» pasan, en la encuesta de Fenichel, de 19 % a 91 %. Los resultados varían según cuál sea el tipo de pacientes tratados (neuróticos, psicóticos, psicópatas...), según la severidad que se ponga en la selección de los enfermos, según los criterios de mejoría que se establezcan, según el tiempo que se haya dedicado al tratamiento, según el momento en que se haga la catamnesis... Conviene pues ser muy prudentes en la recogida de datos y en la lectura de las estadísticas.

Los datos cuantitativos siguen siendo no obstante *indispensables* a la hora de evaluar el poder efectivo de una forma de tratamiento. Es de lamentar que los psicoanalistas sólo hayan publicado un muy pequeño número de estudios estadísticos sobre sus pacientes.

Podemos finalmente observar que casi todos los trabajos sobre los efectos del psicoanálisis, con excepción de los primeros, fueron realizados en países anglosajones. En Francia y Bélgica por ejemplo, los analistas discuten de una manera *incansable* sobre la teoría freudiana, *a veces* se plantean algunas cuestiones sobre la técnica, y no parecen inquietarse *jamás* por los resultados concretos de sus tratamientos. Roland Jaccard, psicoanalista y periodista especialmente bien informado de todo lo que se hace en materia de psicoanálisis, escribió en *Le Monde* del día 20 de enero de 1980: «Nunca se ha emprendido en Francia *ninguna* encuesta seria con el fin de saber en qué medida presentaba la cura analítica, en relación con otras formas de psicoterapia, ventajas o *inconvenientes* (el subrayado es mío). ¿No habríamos de encontrar la razón

de esta sorprendente carencia en el hecho de que, en relación con otras formas de psicoterapia, la cura analítica presenta sobre todo inconvenientes? Mi experiencia directa de los medios psicoanalíticos me ha convencido de que, por un acuerdo tácito, los analistas adoptan una táctica que Jung formuló claramente en una carta a Freud, y en la que explica cómo defendió al psicoanálisis frente a los contradictores: «Consideré más prudente no apoyarme demasiado en el éxito terapéutico, pues de no ser así pronto habríamos reunido un material apto para mostrar que *el resultado terapéutico es muy malo*, lo cual dañaría igualmente a la teoría» (4-12-1906; el subrayado es mío).

EL EFECTO DE PLACEBO

Una persona que tenga un resfriado y que se administre un medicamento durante una semana, ¿es con ese medicamento con lo que se cura? Un niño tratado por su enuresis a partir de los cinco años, y que a los ocho años ya no se ensucia, ¿seguiría mojando la cama si no lo hubiesen «cuidado»?¹ Un ejecutivo que sufre de trastornos psicósomáticos (dispepsia, cefaleas...) y que descansa en el diván de su psicoanalista cuatro veces por semana, de 14 a 15 horas, ¿no conocería la misma evolución positiva si hiciese una siesta banal o acompañada de su música predilecta?

El efecto observado como consecuencia de una intervención puede no ser más que un artefacto. Los metodólogos hablan de «*post hoc fallacy*»² para designar esta ilusión: la de que un acontecimiento es *causado* por otro por el hecho de que aquél *sucede* a éste.

Para poder pronunciarnos sobre la utilidad de un tratamiento, *es indispensable comparar sistemáticamente un número relativamente importante de individuos tratados de diferentes maneras*. En otros términos: hay que constituir grupos experimentales (que sufren el tratamiento que hay que someter a test) a la vez que *grupos de control* (no tratados o tratados según otros procedimientos).

Contentarse con unos grupos de control no tratados presenta un riesgo de error: los efectos positivos registrados en los grupos experimentales pueden ser debidos únicamente al sentimiento de ser tratado y no a la terapia en tanto tal. Por esta razón es de desear que se constituyan unos grupos de control que sigan otro tipo de tratamiento, e incluso unos grupos que sufran un tratamiento «placebo», esto es, un pseudotratamiento, como por ejemplo una pildora azucarada que el paciente supone que es un medicamento, pero que no contiene ningún principio farmacodinámico activo.

Además de todo eso hay que tener en cuenta el factor tiempo. «El tiempo cura los dolores», decía Pascal; y Corneille por su parte constataba que «el tiempo es un gran amo, pues regula muchas cosas». Hay

1. Hacia los cinco años alrededor de un 15 % de los niños son enuréticos. Tres años más tarde los casos son claramente menos numerosos, incluso sin que haya mediado tratamiento alguno.

2. La fórmula tradicional es: «*Post hoc, ergo propterea hoc*»; «después de eso, luego, a causa de esto».

que ver pues si el tratamiento en cuestión cura más aprisa que otro y más rápidamente que la ausencia de tratamiento. Finalmente hay que examinar si sus efectos se mantienen a largo plazo.

La importancia de factores psicológicos en la etiología de las enfermedades somáticas fue reconocida ya desde los tiempos antiguos. Galeno no se equivocaba cuando consideraba que en un 60 % de los pacientes los síntomas tienen un origen emocional más que corporal. Desgraciadamente el famoso médico ignoraba que las 820 sustancias de su farmacopea estaban desprovistas en su práctica totalidad de valor farmacodinámico y que sus efectos correspondían esencialmente a la sustracción o a las defensas propias del organismo.³

Hasta el siglo xix las sustancias más diversas sirvieron de «medicamentos». «Los enfermos han absorbido casi todas las especies de sustancias orgánicas e inorgánicas (...) Se han utilizado casi todas las excreciones humanas y animales (...) Los tratamientos eran primitivos, no científicos, y en gran parte ineficaces, muchas veces horribles y peligrosos» (Shapiro, 1971:441).

Citaremos ahora tres ilustraciones que no se remontan muy lejos en la historia. En el siglo xvm la descarga eléctrica de una botella de Leyde era utilizada para curar la esterilidad, la impotencia sexual y una cantidad de males diversos. G. Bachelard observa con mucho sentido: «podríamos citar ejemplos innumerables en los cuales la electricidad es utilizada para la curación de las enfermedades venéreas, sin que, claro está, ninguna estadística precisa haya legitimado previamente este método» (1947:201). Los dos ejemplos que vienen a continuación pertenecen al mismo autor (p. 179). También durante el siglo xviii había médicos franceses que prescribían el agua de Millefleurs y el *álbum graecum*. El primero de esos remedios era utilizado en los casos de inflamación, de asma, de hidropesía y de migraña. Y era en realidad orina de una becerra o bien el producto de la destilación de boñiga de vaca. El segundo de esos remedios estaba constituido ni más ni menos que por cagarrutas de perro.. La *Encyclopédie* (La *Enciclopedia*, de D'Alembert y Diderot) señala que el *álbum graecum* era celebrado como «sudorífico, atenuante, febrífugo, vulnerario, emoliente, nidragogo, específico para las escrófulas, la angina y todas las enfermedades de la garganta». En una palabra, la caca de perro era el remedio casi universal...

Durante milenios, a pesar de la ausencia de verdaderos medicamentos, los médicos obtuvieron unos efectos positivos y ello les dio como beneficio el de un estatuto social elevado. Hoy sabemos que esos efectos no eran el resultado de una acción específica, sino tan sólo de unos factores psicológicos que están agrupados bajo la expresión de *efecto de placebo*. Shapiro no vacila a la hora de concluir: «Por el hecho de que hasta una época reciente casi todos los medicamentos eran placebos, la historia del tratamiento médico puede, en una gran medida, ser caracterizado como la historia del efecto de placebo» (p. 442).

3. Estos datos y los que siguen provienen principalmente de un trabajo de síntesis realizado por A. Shapiro (1971), un investigador de reputación mundial, profesor de la Universidad de Nueva York.

Hay algo que resulta sorprendente, y es que hubo que esperar hasta la Segunda Guerra Mundial para que se realizasen investigaciones científicas (con grupos «experimentales» y «de control») sobre el efecto de placebo. Los primeros estudios efectuados en medicina interna no fueron publicados hasta 1946.⁴ La primera investigación de gran envergadura (relativa a 1.082 pacientes) salió a la luz en 1955; se debía a un médico americano, H. Beecher, y sus conclusiones se referían al poder de los placebos en las afecciones más diversas. Otro índice que nos indica el carácter reciente de estos estudios es que el diccionario de la lengua francesa *Le Petit Robert* no menciona la palabra *placebo* en su edición de 1971, y que hubo que esperar a la de 1978 para que figurase.

Shapiro constató que los terapeutas subestimaban la parte del efecto de placebo en su propia práctica. En respuesta a un cuestionario, algunos médicos le atribuyen este tipo de efecto tres veces más a menudo a otros tratamientos que a los suyos. Los cirujanos citan diversas terapias, pero no sus operaciones; los psicoanalistas citan las psicoterapias con exclusión del psicoanálisis, etc. (1971:439s).

El efecto de placebo varía en función de diversos factores que recientes investigaciones han precisado bien. Vamos a citar los principales:

a) *El tipo de tratamiento.* El efecto de placebo es más acentuado cuando los procedimientos practicados son más impresionantes, complicados, esotéricos o caros.

b) *El tipo de enfermo.* Los investigadores son unánimes a la hora de reconocer que los individuos más sujetos al efecto de placebo son los más ansiosos, dependientes, deprimidos, egocéntricos, los más preocupados por sus funciones internas, los «positivos» hacia el tratamiento (cooperan, con fian, esperan). Algunos estudios han mostrado un efecto marcado en los «neuróticos», en los individuos que tienen poco espíritu crítico y entre las personas que practican escrupulosamente sus deberes religiosos.

c) *Las características del terapeuta.* La notoriedad de aquel que cura es un factor muy importante, lo cual explica que un mismo tratamiento aplicado por un asistente no dé los mismos resultados que el que es dispensado por el Profesor o por el Maestro. Existen aún más variables esenciales; el interés empático del terapeuta para con el paciente y la confianza que tiene en su propio tratamiento. Con los mismos medicamentos, los psiquiatras favorables a la quimioterapia obtienen mejores resultados que sus colegas menos confiados en ese tipo de remedio... Volvemos a encontrarnos aquí con el «efecto Rosenthal» y con las **self-fulfilling prophecies**.

El efecto de placebo depende de factores muy sutiles. Así la eficacia de un mismo placebo cae desde 70 a 25 % si la enfermera que lo administra sabe que se trata de una sustancia inactiva (Volgyesi, 1954). Para neutralizar esta influencia del personal cuidador, los farmacólogos recurren actualmente

4, Parece ser que la primera descripción (pero no todavía una experimentación efectiva) de las posibilidades de utilizar sustancias placebo con el fin de constituir unas muestras comparables y adecuadas para verificar los efectos específicos «encuentra en P. Martini, en 1932: *Methodenlehre der therapeutisch-klinischen Forschung* (Doctrina del método de la investigación terapéutico-clínica), Berlín, Springer Verlag. (Esta información me fue comunicada por W. Huber, profesor de la Universidad de Lovaina.)

S

« —.

to

crin en el campo de la psicoterapia » p***>go loadme™,
 averiguar si los procesos ^t particular el
 psicoanálisis- S3 ■pseudoltratamientos. o al qtu- Mros
 efecto

, para que

VI

LOS FACTORES CURATIVOS NO ESPECÍFICOS

En su *Traite médico-philosophique sur Vatiénation mentale*, Ph. Pinel escribía en 1801: «Existen alienados transferidos al hospicio que estaban designados en el momento de llegar como muy violentos o muy peligrosos porque en otros lugares los habían exasperado con golpes y malos tratos, y que parecen repentinamente tomar un natural totalmente opuesto, porque se les habla con suavidad, porque sus males son compadecidos, y porque se les da la esperanza consoladora de una suerte más feliz. Luego la convalecencia hace rápidos progresos sin ningún otro artificio» (p. 65).

1. EL CONTACTO AFECTIVO

El «*hablar con suavidad*» se traduce hoy por: «sostener emocionalmente» y «encontrarse con» (en el sentido existencial del término). Hay un buen número de trabajos (cuya síntesis elaboraron Fix y Haffke, 1976) que demuestran que los psicoterapeutas más eficaces aparecen como personalidades receptivas, de las que dan seguridad, cálidas. Los terapeutas que fracasan tienen muchas veces un abordaje frío, y se dedican a analizar e interpretar más que a buscar la manera de tranquilizar.

Este factor puede desempeñar un papel en toda intervención psicológica, ya sea ésta terapéutica, diagnóstica o incluso puramente experimental. Basándose en varias decenas de estudios, Shapiro concluye: «los psicólogos que son cálidos y que se interesan por sus pacientes o por los sujetos de sus experiencias son más persuasivos, inducen mejores resultados en los tests de inteligencia y respuestas más ricas en el test de Rorschach» (1971:451).

Señalemos para terminar que el contacto afectivo puede reducirse a bien poca cosa. Son numerosos los pacientes que siguen teniendo la cabeza fuera del agua simplemente porque tienen la seguridad —gracias al contrato establecido con el terapeuta— de que disponen cada semana de un cierto número de horas durante las cuales un personaje prestigioso (fácilmente idealizado) está a su disposición, se centra exclusivamente sobre ellos (o al menos así lo parece), les escucha como dicen cualquier cosa y le da importancia hasta a los más nimios detalles de su vida cotidiana, por banal que ésta sea.

2. LA ESCUCHA EMPÁTICA

La idea de «*compadecer los males*» la volvemos a encontrar hoy en la noción de empatía, popularizada ampliamente por Carl Rogers. Si el lector sigue creyendo que fue Freud quien descubrió la importancia de la escucha, le recomiendo una vez más la lectura de H. Ellenberger. Los centenares de páginas que ese autor dedica a la psiquiatría de los siglos XVIII y XIX permitirán llegar a la conclusión siguiente: «Freud no fue el primer terapeuta que pasaba un tiempo considerable con sus enfermos, que les permitía expresarse en una atmósfera de confianza, escuchando sus quejas, registrando toda la historia de su vida, y tomando en consideración las causas afectivas de la enfermedad. Janet, Fileul y muchos otros ya lo habían hecho: era una condición preliminar a la búsqueda de cualquier nuevo método terapéutico» (1970:441).

El sentimiento de ser escuchado y comprendido por otro es una de las experiencias más valoradoras del ser humano, y ello tanto más cuando la persona que dedicada a escuchar es personaje prestigioso. Ese sentimiento produce a veces cambios espectaculares en la existencia. En 1964, al término de una serie de observaciones empíricas, Truax y Carkhuff concluían: «Los pacientes cuyos terapeutas manifiestan un alto grado de calor positivo incondicional, de lealtad y de comprensión empática» pertinente, cambiaron de manera significativa su comportamiento y su personalidad en un sentido positivo (...) Los pacientes cuyos terapeutas manifiestan en escasa medida esas cualidades, presentan de manera significativa unas deterioraciones en su comportamiento y en su personalidad» (1964:130). Los investigadores que quisieron luego verificar este aserto de Truax y Carkhuff, se mostraron por regla general menos afirmativos que ellos (cf., por ejemplo, la síntesis publicada en Garfield y Bergin, 1978:242-52). De ello resulta que los factores «contacto afectivo» y «empatía» no son condiciones indispensables para producir ciertos cambios positivos de conducta. Por otra parte, la presencia de estas actitudes en el terapeuta no suscita automáticamente mejorías sustanciales.

3. LA ESPERANZA

El tercer factor de los que cita Pinel —«la consoladora esperanza de una suerte más feüz»— aparece igualmente como uno de los factores capitales. Utilizado desde los tiempos más antiguos —cf. la «curación por la fe», la «*faith healing*»—, la esperanza aparece ante los ojos de los especialistas como uno de los resortes esenciales del proceso terapéutico. Jérôme Frank (1968), uno de los mejores especialistas de la cuestión, no vaciló a la hora de declarar que se trataba del factor psicoterapéutico más importante. A. Bandura (1977) llegó al mismo género de conclusión: el problema central de la psicoterapia era el de convencer al sujeto de sus posibilidades y de su eficacia propia.

H. Friedman (1963) mostró que los pacientes que antes de comenzar

un tratamiento creían que iban a cambiar evolucionaron claramente mucho mejor después de seis meses de terapia que aquellos que no tenían mucha confianza en sus posibilidades de cambio. Volvemos a encontrar ahí el efecto de la «*self-fulfilling prophecy*».

Constatamos también que la simple decisión de iniciar una terapia y el hecho de encontrarse en una lista de espera engendra ya una mejora sensible (S. Rachman, 1971). Diversos estudios muestran que ciertas personas estiman que ya andan mejor después de una entrevista de linadud únicai nenie diagnostica (lírgiii, 1978:148).

En relación con este factor, conviene evocar la noción de «*Kairos*» (el momento oportuno), adaptada a la psiquiatría por el suizo A. Kiehlhol/. y por el americano H. Kellmann. Un enfermo crónico, convencido de que no puede curarse ya por sí mismo, *pero que no ha perdido aún ludas jas esperanzas*, se encuentra en el momento electivo en el cual una intervención, con frecuencia muy simple, puede provocar una curación rápida y duradera.¹

Junto a estos tres factores de base, citados por la mayoría de los especialistas, podemos reconocer algunos otros, igualmente importantes.

4. LA (UI:-)Í;ST;UJCH;RACIÓN COGNITIVA ÜULO VLVIDO AFECTIVO

El hecho de encontrar una explicación coherente para los trastornos engendra con frecuencia una mejoría. Pero no siempre es ése el caso: un diagnóstico pesimista tiene una incidencia de las más nefastas. Por el contrario, el sentimiento de haber podido *identificar unos mecanismos mudificablcs* basta ya para encaminarse hacia una mejoría. Dejémosle la palabra a Lewis Wolberg (famoso por sus trabajos acerca de la hipnosis y autor de una obra de gran reputación sobre la técnica psico terapéutica): «La identificación de una causa de la enfermedad tiende a reducir el miedo a lo desconocido. Poco importa que la causa reconocida sea real o no lo sea. Mientras el paciente siga creyendo en ella, su molesto sentimiento de desamparo es atenuado (...) La impresión de no estar ya solo y la idea de que un proceso curativo está en marcha vienen a controlar la ansiedad, apartan al individuo de las defensas perjudiciales y le vuelven a llevar a enfrentarse con las situaciones problemáticas de una manera más realista» (1967:27).

5. LA niiscui r-Aijn.TZACiÓN

El solo hecho de emprender una terapia puede desculpabilizar. Por medio de esta iniciativa, el paciente da testimonio de su buena voluntad, demuestra que hace lo que puede para cambiar. Luego, la «permisividad» del terapeuta —el hecho de que el paciente pueda decirlo todo sin correr el riesgo de ser despreciado o castigado— viene a tran-

1. Cf. hlknbcrycr (1973), «La notion de Kairos en psychothérapie» («La noción de Kairos en psicoterapia»), *Annales de Psychothérapie*, ■i(7):4-14.

quilizar al paciente sobre su valor. Encuentra una oreja benevolente que comprende lo justo de sus intenciones. Al ser animado a hablar libremente de cuestiones que le angustian, el paciente puede reducir la ansiedad que está asociada a ellas.

El lector que desee referencias científicas sobre la importancia de la desculpabilización podrá consultar A. Shapiro (1971:448). Por mi parte preferiré por una vez al menos citar a un filósofo, R. Ruyer, quien escribe: «La eficacia del psicoanálisis reside de manera invisible en la simpatía {que por tanto es del todo mlclcluu/) que el terapeuta le proporciona al paciente. Toma partido por él, incluso cuando no le habla. Tácitamente, por su papel de terapeuta es como si le dijese: "Usted es virtualmente normal", "a usted le ha reprimido la Sociedad", "es usted víctima de sus padres", "usted tiene todo el derecho a tener sus propios deseos, que en el fondo son sanos" (...) El paciente es comprendido, aprobado. Es admitido en la secta invisible de los "inteligentes", de los "interesantes", de los "intelectuales emancipados", de los salvados» (1978:109).

6. LA RELATIVIZACIUN DÜ LAS UIRCL/LTADES

La mayor parte de las psicoterapias enseñan a ver la situación propia bajo un ángulo distinto, a verla de algún modo «desde arriba» (o en todo caso desde más arriba, con una cierta distancia). El paciente es invitado a reconocer la dimensión humana general de su problemática y a renunciar a unas pretensiones no razonables. Freud, *en el nivel de su práctica*, actuaba en este mismo sentido. Así por ejemplo escribe, a propósito de una enferma afligida por una serie variable de síntomas: «Finalmente ella misma tomó el partido de resignarse, lo cual puso un término a toda esta agitación» (1932, XV 116). En algún otro lugar dice también que, de manera general, él busca la manera de «transformar la miseria' histérica en un malestar corriente». En un cierto número de casos esta pedagogía de la renuncia y del consentimiento produce sus frutos.

¿Son más importantes los denominadores comunes de las diferentes psicoterapias que los factores propios de las terapias particulares? Algunos especialistas han llegado a esa conclusión. A título de ilustración citaremos la opinión de Sol Garfield, profesor de la Universidad de Washington y coeditor del más prestigioso de los manuales de psicoterapia:

«No creo que el comportamiento sea controlado allí donde tiene su origen por medio del inconsciente, o que la mayor parte de los resultados positivos que se han obtenido en terapias sean originados por una gran perspicacia o por una toma de conciencia psicodinámica. Habitualmente estas cosas no son importantes. Pero cada vez más la investigación muestra que lo que es considerado corrientemente como superficial o insignificante —esto es, la fe en el terapeuta, la esperanza de ser socorrido, el ánimo que se da, la sugestión— ha de ser contado entre los factores más importantes de la curación» (cit. in Gross, p. 48).

VII

COMPARACIONES METÓDICAS

Hay que decir y repetir que algunas **historias** de **pacientes** no presentan demasiado valor científico. No basta con invocar **el patronazgo** de Marie Cardinal para demostrar la eficacia **del** psicoanálisis. En relación con ese «éxito», cualquier psiquiatra puede citar individuos **que** se han convertido en una ruina humana después de 10 o 15 años de psicoanálisis...

El estudio *científico* de los efectos *concretamente* observables **de las** psicoterapias —que se disputan el mercado de las neurosis— **presenta** unas dificultades de consideración. Es infinitamente más fácil teorizar acerca de los procesos terapéuticos que se supone que **actúan durante** la cura que establecer una encuesta metódica sobre los resultados efectivos.

1. EL PROBLEMA DE LOS CRITERIOS

Con el fin de constituir unos grupos comparables de personas tratadas se debe disponer de unos criterios precisos **de selección de** pacientes, de unos criterios de la *gravedad* de la situación, así como criterios sobre la *mejoría* (o la curación) después del tratamiento. También es preciso que la *duración* de las terapias sea sensiblemente la misma y que los terapeutas posean una «*experiencia clínica*» comparable. Otra cuestión esencial es la de elegir al juez de los efectos. ¿Haremos de referirnos a los propios pacientes?, ¿a los que les rodean?, ¿a los terapeutas?, ¿o bien a otros especialistas, como psicólogos o psiquiatras? Y finalmente habrá que controlar también si las mejorías se mantienen a través del tiempo (*follow-up a largo plazo*).

Vamos a comenzar viendo más de cerca la primera de esas exigencias, esto es, los criterios para la elección de los pacientes.

2. LA SELECCIÓN DE LOS ANALIZADOS

Los individuos aceptados en análisis constituyen un grupo muy particular. El más famoso de los «técnicos del psicoanálisis», E. Glover, lo recuerda con estas palabras: «La capacidad de elegir casos para **el aná-**

lisis según el deseo auténtico de curación es una condición esencial para el éxito en la práctica psicoanalítica. El analista que procede según la creencia purista, por no decir ingenua, de que el psicoanálisis es «bueno» para cualquier trastorno, se expone a unas precoces desilusiones* (1955:264).

El psicoanalista francés J. Chazaud justifica «a pedir de boca» esta proposición, que ha llegado a ser clásica:

«En la medida en que es freudiana, la indicación de psicoanálisis no puede ser sino de las más *segregativas*. "No olvidemos —decía Freud— que muchos normales tampoco valen nada. Nuestra tendencia nos lleva a poner en la cuenta de la enfermedad, en las personas de esta suerte (los neuróticos 'poco interesantes') todo aquello que les hace inaptos".-. Punto de vista que sigue siendo actual y que les ha valido a muchos de entre nosotros no pocas desventuras por haber tenido la presunción de pasar de largo» (1974:199).

De este modo los fracasos terapéuticos siempre podrán explicarse *a posteriori* como «malas indicaciones», la ausencia de un «deseo auténtico de curación» en personas que «no valen nada» o que son «poco interesantes».

Claro está que el psicoanalista es siempre el juez soberano de «la indicación y la contraindicación del análisis». Uno de los primeros consejos que recibe el alumno de psicoanálisis en su Escuela es precisamente el de no tomar a psicóticos en terapia, ni a los psicópatas ni a los neuróticos aquejados seriamente. En su obra sobre *La técnica psicoanalítica* Glover recuerda explícitamente esta precaución: «En realidad, si hay una recomendación que nunca nos cansaríamos de hacerle al analista principiante, es la de elegir sus casos, cuando puede hacerlo, no en razón a su solvencia, sino en función de su curabilidad analítica» (1955:217).

Una encuesta realizada por psicoanalistas americanos (Knapp e. a., 1960; cit. in Rachman, 1971:55) entre sus colegas revela que los psicoanalistas rechazan a unos 2/3 de los pacientes que les son enviados. ¿Quiénes son entonces esos felices elegidos?

B. Brody hizo una revisión de los casos mencionados por Freud en su obra. Pudo identificar 145 casos, de los cuales 12 fueron presentados detalladamente, a la vez que los otros 133 sólo servían para ilustrar de manera incidental un argumento teórico. Brody hizo las constataciones siguientes:

— Un 95 % de los casos citados por Freud fueron diagnosticados de «neuróticos»;

— 2/3 de los pacientes eran mujeres (a partir de ahí habremos de sorprendernos de que Freud siempre tomase como modelo del desarrollo psicosexual al niño);

— La mayor parte de sus pacientes eran jóvenes adultos (de doce casos presentados de manera detallada, nueve tenían una edad comprendida entre 18 y 20 años);

— Casi todos los pacientes pertenecían a la clase superior; eran cultos, ricos o al menos «de buena posición».

Por lo demás es bien sabido que así que tuvo alumnos, Freud reservó cada vez más su tiempo para los análisis didácticos, y se fue desinteresando paulatinamente de los análisis terapéuticos de verdaderos neuróticos. El caso del Hombre de los Lobos aparece ahí como la gloriosa excepción.

¿Cómo eligen los discípulos de Freud a sus pacientes? La correspondencia entre Freud y Abraham es bien elocuente al respecto. El día 3-7-1912 Freud le escribía a su colega berlinés: «Si se mantiene la afluencia de clientela, la primera medida a tomar deberá ser evidentemente la de aumentar sus honorarios» (Por supuesto, Freud no le aconsejó que eligiese a los pacientes que más sufrieran). El día 27-3-1913 Freud insistía: «Usted no me ha dicho si había pensado seriamente en el aumento de sus tarifas. Temo que sea éste el único punto en el que usted se niegue, equivocadamente, a seguirme». Al año siguiente, el buen discípulo había seguido perfectamente la orden terminante del Maestro. El día 19-11-1914 escribía: «Tengo como media entre 3 y 4 sesiones cada día. Según mi experiencia, sólo queda una categoría de clientes que comienzan (o más bien que pueden, por razones financieras, comenzar) un tratamiento: los hombres solteros que han heredado. Ello se verifica con todos mis clientes actuales... Ahí vemos que no hay ninguna necesidad de test para seleccionar a los pacientes.

En los Estados Unidos se suele decir que los psicoanalistas sólo aceptan a *Yarvis*, esto es, a personas «*young, attractive, rich, verbal, intelligent, successful*!» (Podríamos traducir este acrónimo por *Jarlia*: joven, atractivo, rico, locuaz, inteligente, afortunado). Nos preguntamos si los hechos justifican esta etiqueta irónica.

El psicoanalista americano I. Bieber (cit. in Rachman, 1971:47) pasó un cuestionario a 100 colegas de la Sociedad de los psicoanalistas médicos. De las 70 respuestas recibidas se desprende que casi todos los pacientes poseen un nivel socioeconómico superior a la media y que han pasado por una escolarización muy completa (2/3 de los sujetos poseen un diploma universitario). El psicoanálisis aparece como una terapia «aristocrática».

Otra encuesta americana revela que un 99 % de los pacientes son blancos (cit. in Rajchman, 1975:174). Habría pues que hablar de los *Wyarvis* (*White, Young, etc.*).

En Francia, D. Fischer constata que los analizados pertenecen casi todos a la clase acomodada. Con todas sus investigaciones, sólo ha encontrado a un obrero, ningún empleado, ni agricultor (1977:14). No será inútil recordar aquí que, contrariamente a un prejuicio vulgar, los trastornos mentales son más frecuentes y más graves en las clases desfavorecidas que en las clases privilegiadas.¹

La síntesis más reciente de las investigaciones sobre las características de los analizados demuestra que esos pacientes tienen prácticamente todos ellos una profesión rentable o muy rentable (un 8 % no

están en condiciones de trabajar, porcentaje *netamente* inferior al de las demás categorías de «enfermos mentales»).

Luborsky y Spence (1978:332) constatan también que los pacientes aceptados por los analistas están, de una manera más general, *menos perturbados* que aquellos que otros terapeutas aceptan, ya sean psiquiatras o psicólogos. Los mismos autores concluyen (p. 334) que los pacientes que mejoran gracias al psicoanálisis «1) presentan ya desde el comienzo un buen funcionamiento general de la personalidad (o una ausencia de rasgos psicopatológicos graves); 2) son jóvenes; 3) están ansiosos; 4) tienen un nivel de educación elevado». Con muy pocas diferencias los investigadores volvieron a encontrar pues el «*Yarvis syndrome*». El individuo aceptado en psicoanálisis es un paciente a la medida, cuyo pronóstico está entre los más favorables.

Los psicoanalistas dedican su tiempo a aquellos que tienen menos necesidad de terapia y obtienen los mayores éxitos entre aquellos pacientes que, *a priori*, evolucionan positivamente incluso en ausencia de toda terapia.

La cuestión crucial es la de saber si el psicoanálisis demuestra ser eficaz para con los pacientes con perturbaciones graves, entre las personas de edad, los pobres, los incultos... Freud no era demasiado optimista al respecto, eso es lo menos que pueda decirse. En 1898 escribía: «Finalmente, el psicoanálisis sólo es posible cuando el enfermo tiene un estado psíquico normal, a partir del cual el material patológico se deja dominar» (I 513). Cuarenta años más tarde repite la misma cosa: «La situación analítica consiste, como es sabido, en ponernos en relación con el Yo del sujeto con el fin de dominar los elementos indómitos de su Ello, esto es, de integrarlos en la síntesis del Yo. El hecho de que en el psicótico esta colaboración desemboque habitualmente en un fracaso, nos permite establecer un primer punto. El Yo con el cual podemos concluir un pacto semejante debe ser siempre un Yo normal» (XVI 79). Al buen entendedor, pocas palabras bastan.

La aptitud a pagar en metálico al final de cada sesión es incontestablemente uno de los criterios más taimados para seleccionar a los pacientes dignos de interés. Ello permite eliminar los casos con afecciones graves.

Por otra parte no cabe la menor duda de que la mejor indicación de cura es el engendramiento de un nuevo analista. En efecto, este último punto está confirmado por un estudio realizado por psicoanalistas americanos: alrededor de un 50 % de los individuos que están en análisis son «profesionales de la psiquiatría o del psicoanálisis» (Knapp e. a., cit. in Rachman, 1971:54). Parece efectivamente que el primer objetivo del procedimiento analítico no sea el de curar a unos individuos verdaderamente perturbados, sino de perpetuar y amplificar el «Movimiento psicoanalítico». El psicoanálisis es antes que nada *de uso interno*.

Los analizados son seres privilegiados. Eso lo sabe todo el mundo. Y por lo demás los sujetos en análisis están muy orgullosos de formar parte de la casta de los «interesantes». Un sentimiento que puede tener alguna virtud terapéutica... D. Frischer describe muy bien esta si-

1. Cf., por ejemplo, Hollingshead, A. B. y Redlich, F. C. (1958), *Social class and mental illness (Clase social y enfermedad mental)*, Nueva York, J. Wiley.

tuación: «Frente a los demás, los analizados experimentan **la tranquila** serenidad de aquellos que llevan en la frente la marca de los elegidos, de los videntes, ese signo invisible por medio del cual eran captados los primeros cristianos. Pues muchos analizados tienen la certeza de que el trabajo analítico les confiere hoy una superioridad incontestable, sentida y confirmada en todas las circunstancias en las que son enfrentados a circuitos primarios de la afectividad» (1977:343).

3. LOS CRITERIOS DE UN ANÁLISIS LOGRADO

Desde la misma época de Freud la cuestión de la terminación de las curas (o del «desprendimiento de la transferencia») aparece como un problema muy poco explicitado y que deja el campo libre para un buen número de abusos.

Instruyámonos sobre esta cuestión escuchando para empezar a C. G. Jung: «En este punto, la teoría "psicoanalítica" freudiana se envuelve de grandes oscuridades. Parece que se haga recurso a una tenebrosa creencia en el destino: de un modo o de otro, las cosas deben arreglarse y volver al orden. "La cosa se detiene por sí sola cuando el enfermo ya no tiene dinero", me expuso una vez un colega un tanto cínico. O, dicho de otro modo, son las exigencias ineluctables de la vida las que hacen imposible una perpetuación de ese estado de transferencia; esas exigencias habrán de *imponer* entonces el sacrificio al cual el enfermo no supo consentir libremente. Por ello puede implicar en algunos casos una recaída más o menos total. (Claro está que no hay que intentar buscar descripciones de casos así en los libros cuyo único objeto es echarle incienso al psicoanálisis)» (1964:31).

Freud, en su famoso texto sobre el análisis interminable (1937), explica que de acuerdo a la teoría un psicoanálisis no puede terminarse. Y añade que en la práctica se puede suspender una cura cuando se han cumplido dos condiciones: «1.^a El paciente debe haber dejado de sufrir de sus síntomas y debe haber superado sus angustias así como sus inhibiciones. 2.^a El analista debe estar convencido de que ya no hay que temer la repetición de los procesos patológicos, vista la cantidad de material reprimido que ha sido llevado a la consciencia, las cosas incomprendibles que se han explicado y las resistencias interiores que se han vencido» (XVI 63).

Hoy el primero de los criterios, el de la curación de los síntomas, ya no les interesa a los freudianos. El solo hecho de evocarlo es denunciado como una forma de «*Widersland*». Citaré a título de ejemplo a J. Chazaud, quien tuvo el privilegio de exponer, en la *Encyclopédie Médico-chirurgicale*,¹ el punto de vista de los psicoanalistas sobre la cuestión de los efectos: «Ante la demanda, aparentemente irracional, que se

2. *Psychiatrie*. Fascículo 37812.E.IO, mayo de 1969. Este artículo está recogido en una obra en la que Chazaud intenta responder a las «*Contestations actuelles de la psychanalyse*» («*Cómo se discute actualmente al psicoanálisis*»). Cito de acuerdo con este libro (1974).

le hace al psicoanalista de que informe acerca de los resultados de su práctica, y más detalladamente de sus criterios de curación, lo que hará es preguntarse para saber si no se encuentra ahí con **la forma moderna de la resistencia**» (1974:163. Subrayado por el autor).

Hoy en día los criterios no tienen ya la simplicidad que encontramos en el texto de Freud. Citaremos una vez más a ese psicoanalista francés (Chazaud, p. 179): «¿Qué es finalmente un análisis "logrado"? Dejando de lado toda presunción, propongo que se lo defina así: sería aquel en el que jugó el *minuto de verdad* en su efecto de **iluminación**, por su impacto afectivo e **intelectual**... Un análisis logrado sería aquel en el que la verdad de cada cual se ve articulada con lo Universal en la repetición ante un testigo, y el **levantamiento de lo que se resiste a ello**, por la virtud del nombramiento del "Eso". **Nombramiento por el cual la hendidura del Yo deviene dialéctica del Sujeto**... (¡Diablos! Una metamorfosis del alma como ésta no debe estar al alcance de cualquiera.) Recordaremos un último criterio de «**éxito analítico**»: el sueño. También el mismo autor escribe: «**Glover demostró brillantemente que la evolución del sueño podía proporcionar la indicación de la "curación"** efectiva de un síntoma manifiesto "**persistente**" (por inercia o beneficio de transferencia), o cuya desaparición **no podía ser apreciada por falta** de las condiciones de una prueba de realidad. Esto fue subrayado siempre por Ferenczi y por Alexander, **pasando por Abraham**» (1974:195). Dicho con claridad ello significa **que el impotente sexual que sigue siendo impotente pero que sueña que ya no lo es, puede considerarse salvado**. Más cínico, o más descarado, no se puede ser.

4. LOS ABANDONOS

Más arriba vimos que Fenichel (1930) citaba un 33 % de análisis «terminados prematuramente». En nuestros días **esta cifra ha aumentado** sensiblemente, aunque sólo fuese porque los analistas estiman **que una cura debe durar al menos 4 años**.

Rachman (1971:55) señala que en 1967 la duración media de los tratamientos en la *hondón Psychoanalytic Clinic* es de 41 meses. En París la **moda** es que las curas sean cada vez más largas (y entre los lacanianos **que** las sesiones sean cada vez más cortas). Más arriba señalé el **informe de un grupo** de psicoanalistas que confiesen que no se posee ninguna estadística reciente sobre la duración de los análisis terapéuticos y que la duración media de los análisis didácticos parece ser actualmente de nueve a diez años (D.E.A., p. 153). Por su parte, D. Frischer observa: «Según el modo de ver de una cierta intelectualidad parisina, el *nec plus ultra* es hoy en día **poder jactarse** de una cura de al menos siete, ocho años (...) **Así, entre la casta de los analizados**, entre los cuales el tono lo dan los propios **analistas —quienes pasan toda su vida, o casi, en análisis—** una cura demasiado breve es **tan desvalorizada** como un producto vendido en **el serrín de los mercados o comprado con descuento por tener taras o por haberse pasado de moda**» (1977:283).

Un informe publicado en 1967 por la Asociación Americana de Psi-

coanálisis revela que hay *más* pacientes que abandonan el tratamiento que pacientes que lo terminan, y ello a pesar de una severa selección de partida (cit. in Rachman, p. 50). En sus estadísticas los psicoanalistas creen que no han de tener en cuenta esos casos «malos». Por el contrario, algunos psicólogos como Eysenck por ejemplo estiman que los pacientes que abandonan la cura o se suicidan deben ser considerados como casos de fracaso. Según sea una u otra la manera de echar cuentas, los fracasos terapéuticos contabilizados por Fenichel pasan de un 9 a un 61 %.

Estoy convencido de que los analistas se alegran mucho de que la investigación científica tenga tantas dificultades. Ello les sirve como argumento para reducir a la nada los argumentos de cualquier investigador que se preocupe por obtener datos objetivos y cuantificables. Pero olvidan que la investigación experimental trabaja con frecuencia con datos discutibles y aproximados de ese mismo tipo. Los farmacólogos que experimentan con la ayuda de placebos se encuentran con el mismo tipo de dificultades que los psicólogos, pero ello no les impide en suma realizar un buen trabajo. Debemos pues controlar los datos con severidad, pero sin por ello reclamar una perfección imposible. El tiempo que pasase el tiempo preguntándose sobre la manera de desplazar cada una de sus patas no avanzaría. El psicólogo, tal y como lo hacen los demás científicos, debe trabajar con los medios de a bordo.

5. LAS COMPARACIONES DE HANS EYSENCK

En 1952 Eysenck echó la piedra en el hormiguero: comparó la evolución de 7.293 neuróticos que habían sido tratados por sus médicos de cabecera o por psicoterapeutas «eclecticos» con la evolución de 760 pacientes que fueron tratados por el psicoanálisis. En ambos grupos constató unos 2/3 de mejoras dos años después (*sin* tomar en cuenta los abandonos en el curso del tratamiento). Estos resultados son alentadores para los neuróticos; pero lo son mucho menos para los psicoanalistas...

Eysenck era muy consciente de los límites de su estudio. Estableció unas comparaciones *ad hoc*, o dicho de otra manera, reunió los estudios ya publicados, realizados entre poblaciones heterogéneas, utilizando unos criterios de selección y de curación diferentes. A pesar de las debilidades del análisis, su artículo constituyó un desafío a la creencia de que el psicoanálisis es un tratamiento eficaz. Dando continuación a su publicación, se realizaron estudios más sistemáticos entre grupos relativamente equivalentes, tratados según métodos diferentes. En Europa se pueden citar, como ejemplares, los trabajos de J. T. Barendregt y cois. (1961) en Amsterdam.

Cuando Eysenck, tomando como base nuevos estudios, volvió a examinar la cuestión en 1960, sus conclusiones eran aún más tajantes que en 1952: «Los neuróticos tratados por el psicoanálisis no mejoran más que unos pacientes tratados por la psicoterapia ecléctica y su progreso

es incluso *peor* si tenemos en cuenta la gran proporción de pacientes que abandonan el tratamiento» (1960b).

Eysenck reunió entonces unos trabajos que demostraban que los pacientes *no tratados* progresan en la misma proporción que los psicoanalizados (alrededor de 2/3 de mejorías al cabo de 2 años). Hablaba entonces de «remisión espontánea». Siguiendo sus pasos, Stanley Rachman (1971) llevó a cabo unas investigaciones escrupulosas acerca de este fenómeno inquietante y obtuvo unos resultados que van en la misma dirección.

En 1904 van Renterghem decía que él llegaba a un 75 % de curaciones gracias a la sugestión y a la hipnosis. Desde entonces hasta hoy la mayoría de los estudios que se han realizado sobre la psicoterapia han vuelto a hallar la proporción «mágica» —esto es, siempre la misma poco más o menos— de 2/3 de mejorías después de dos años de «tratamiento» psicológico. Los especialistas que son hoy autoridades en la materia repiten siempre esta misma conclusión: Fix y Haffke (1976:28), Luborsky y Spence (1978:338), A. Bergin (1978:144).

6. LAS REMISIONES ESPONTANEAS

Después de Eysenck y Rachman, varios psicólogos volvieron a realizar estudios sobre las mejorías «espontáneas», esto es, sin recurrir a ninguna terapia sistemática. Sus conclusiones resultan más matizadas que las de los dos primeros citados.

A. Bergin (1978), que revisa una treintena de investigaciones empíricas realizadas sobre la cuestión, constata que la «remisión espontánea» sólo aparece como media en un 43 % de los casos (la dispersión de los resultados va de 18 a 67 %) cuando nos limitamos a los pacientes que no recibieron *verdaderamente ninguna* ayuda psicológica. Por el contrario, las cifras se aproximan a las de Eysenck cuando incluimos en el grupo de los «no tratados» a personas que recibieron ayuda *de hecho* por parte de su médico de familia, o de un cura, o de un profesor, etc. Dicho de otra manera, la proporción de las «remisiones espontáneas» se acerca a la de las mejorías obtenidas por el psicoterapeuta profesional cuando los sujetos tienen «encuentros terapéuticos informales» (Bergin). Por lo que se refiere al grupo del 43 % de los pacientes que no habían tenido prácticamente ningún apoyo psicológico, pero que a pesar de ello evolucionaron bien, se puede suponer que cambiaron gracias a unas modificaciones ocurridas en su entorno (como por ejemplo, nuevos intereses que expulsaron las preocupaciones patógenas), «procesos homeostáticos» (?) y sin duda alguna fenómenos de «extinción» de reacciones condicionadas. Esta evolución positiva se observa con mucha mayor frecuencia entre los ansiosos y los deprimidos que entre los obsesivos por ejemplo.

A la vista de todos esos resultados podemos repetir lo que Rachman decía en 1971: «No siempre hay evidencias aceptables para afirmar que el tratamiento psicoanalítico sea eficaz» (p. 63). Los éxitos producidos

en ciertos casos pueden ser atribuidos a «factores no específicos» (que actúan igualmente en otras terapias) o a los procesos que conducen a una «remisión espontánea».

Lamentablemente el psicoanálisis no es sólo poco eficaz: la experiencia muestra que puede agravar seriamente el estado de un paciente...

7. EL LECTO DE DETERIORO

En 1960 Cartwright y Vogel publicaron investigaciones empíricas sobre comparaciones entre pacientes tratados y personas no tratadas. Esos autores estiman que las psicoterapias tienen con frecuencia un impacto real: los pacientes que ciertos terapeutas toman a su cargo mejoran con frecuencia, mientras que los pacientes de otros terapeutas se encuentran a menudo mucho peor. De ello concluyen que los terapeutas inexpertos «pueden ser realmente eficaces en el *deterioro* de la salud de sus pacientes».

Cuando sumamos los resultados obtenidos por varios terapeutas, llegamos a unos 2/3 de mejorías, pero esas cifras cambian cuando distinguimos los pudientes de esos dos grupos: los «buenos» psicoterapeutas obtienen más de 2/3 de resultados positivos; los malos menos de 2/3...

A partí:- de la aparición de este estudio, que se hizo célebre, numerosos [rabajos (anglosajones) tomaron como objeto ese «efecto de deterioro». Tras una síntesis de varias docenas de estudios, Bergin concluye: «Parece bien evidente que la psicoterapia puede causar y que efectivamente causa perjuicios a una parte de las personas a las cuales se supondría que ha de ayudar» (1978: 154).

Estas investigaciones se refieren esencialmente a diversos tipos de terapia verbal, no analítica. Pero se da el caso de que, desde hace unos treinta años, los psicoanalistas no han publicado casi ningún estudio sobre los electos de sus tratamientos. Los freudianos parecen pues haber seguido el consejo de Jung: no hablar demasiado de los efectos... «de lo contrario pronto habremos recogido un material apto para mostrar que el resultado terapéutico es muy malo» (4-12-1906).

En 1955 Ed. Glover, miembro fundador de la *London Clinic of Psychoanalysis*, publicaba un imponente volumen sobre la técnica del psicoanálisis. Había realizado una encuesta (mediante cuestionario) entre sus colegas analistas, y además era un viejo habituado a los coloquios de psicoanálisis. Éstas eran sus conclusiones:

Tenemos poca o ninguna información sobre la manera como son dirigidos los análisis realizados en los domicilios y que, hasta nueva orden, son mucho más numerosos que los análisis hechos en la clínica. Por lo que se refiere a estos últimos, las cifras publicadas serían consideradas, en la mayor parte de casos, como absolutamente desprovistas de valor por cualquier estadístico que se precie... Podemos decir, y es verdad, que aparte de una alusión ocasional a un caso que pudo permanecer mejorado durante algunos años, no poseemos historiales subsiguientes que tengan valor. Sea como fuere, no se relaciona ningún fracaso. Esta ausencia de informaciones verificables, junto

VIII

COMO NADAN LOS QUE ENSEÑAN A NADAR

El psicoanálisis seduce a los individuos perturbados mucho más que a los que no lo están; ésta es una tesis que incluso los psicoanalistas admiten sin dificultades. Ya discutimos este problema en el capítulo dedicado al argumento de las resistencias. Aquí podemos contentarnos con la cita de J. Wortis, un psiquiatra americano que hizo un análisis didáctico con Freud en 1934: «El psicoanálisis atrae a los que tienen problemas y que no pueden, no desean, o no están dispuestos a emprender la acción necesaria para su reajuste social» (p. 207).

En relación con esta tesis, los psicoanalistas subrayan que los trastornos personales permiten comprender mejor a los pacientes y que por ello constituyen una buena baza para el (futuro) terapeuta. Le concedemos gustosos esta réplica, pues el problema esencial se encuentra en otra parte: ¿permite el psicoanálisis, sí o no, superar las dificultades que han conducido a un sujeto a practicarlo, ya sea como paciente o como profesional del análisis? Pues finalmente, si el psicoanálisis es una terapia verdaderamente eficaz, aquellos que lo practican deberían poder desembarazarse de sus propios trastornos. La cuestión capital es por tanto: ¿saben los maestros de natación nadar correctamente?

Al término de su reciente revisión de las investigaciones científicas sobre el psicoanálisis, Luborsky y Spence (1978) señalan que no han encontrado *ningún* estudio cuantitativo sobre la personalidad de los psicoanalistas. Nos vemos pues reducidos a hacer estudios caso por caso. Propongo pues en consecuencia un examen de las biografías de Freud y de sus discípulos más famosos.

En el capítulo dedicado a las «resistencias» vimos ya que el mismo Freud emitió los más severos diagnósticos en lo referente a la *evolución* de un buen número de los que se contaban entre sus alumnos principales. Así por ejemplo declaró que Stckcl representaba «el inconsciente perverso», que Adler se había vuelto «paranoico», que Jung —en quien había visto al comienzo a su delfín— se había vuelto «loco»... y ello precisamente ¡después de varios años de práctica analítica! Bien cierto es que estas etiquetas tenían ante todo un valor polémico, pero la lectura atenta de la obra de Jones sobre Freud o la de Brome sobre los primeros psicoanalistas sugiere que ciertos diagnósticos psiquiátricos pueden aplicarse efectivamente a varios discípulos de Freud, o hasta incluso al mismo padre fundador.

De la autobiografía de Jung se desprende que el psiquiatra suizo había planteado ya claramente ese problema: «Yo había visto —escribe— que ni Freud ni sus discípulos podían comprender la importancia que podía tener, tanto para la teoría como para la práctica del psicoanálisis, el hecho de que el mismo maestro no consiguiese salirse de su propia neurosis» (1962:195). ¿Hemos de recordar que Freud no habla dejado de fumar nunca, cuando sabía el enorme perjuicio que le causaba ese hábito, y que durante toda su vida sufrió de una serie de fobias, en especial la de los viajes en tren? Fr. Perls escribe al respecto: «Freud sufría de un número considerable de fobias. Su actitud fóbica era intensa. No podía mirar a un enfermo, no podía afrontar el hecho de tener un encuentro con un paciente, de modo que tenía que acostarlo en un diván, y el síntoma de Freud se convirtió en la marca de fábrica del psicoanálisis» (1972:47).

La mayor parte de los primeros discípulos de Freud conocieron una *evolución* psíquica que no habla en favor del psicoanálisis. Ya vimos que Tausk se suicidó. Añadamos aquí que Brome relata (p. 286) que al parecer se castró antes de matarse de una manera horrible. Steiel, que había sido psicoanalizado por Freud y que luego llegó a ser un analista de gran reputación, pasó los últimos años de su vida en un estado depresivo y luego se dio la muerte (id., p. 278s). Otto Gross parece que se volvió psicótico, y también acabó suicidándose (Jones II 32). El psicoanalista puede aquí responder que el suicidio no es *ipso jacto* un acto patológico. De acuerdo. Pero la evolución de otros alumnos es menos ambigua.

El día 14-3-1911, después de la ruptura con Adler y con Stekel, Freud le escribió a Jung en relación con su grupo de alumnos: «No saldrá nada de todos estos vieneses. Sólo el pequeño Raak, que es tan inteligente como decoroso, tiene algún porvenir». Pero es de lamentar que al evolucionar a la sombra del Dr. Freud, el pequeño Rank se echase a perder. Según Jones (III 50) comenzó a desarrollar unas ideas psicóticas a partir de los años 20... La misma evolución apareció en Ferenczi, el cual no obstante había sido psicoanalizado «didácticamente» por Freud llegando a ser, después de la partida de Jung, el discípulo preferido. No cabe duda de que Ferenczi siempre había sufrido de una hipocondría particularmente grave» (Jones, II 166), pero la práctica analítica no pudo ayudarle, sino *al contrario*. Hacia el final de su vida, el fundador de la Asociación Húngara de Psicoanálisis manifestaba unas ideas psicóticas. En particular creía recibir a través del Atlántico mensajes telepáticos provenientes de pacientes americanas (cf. Jones, III 204).

Una evolución análoga a las de Rank y de Ferenczi caracteriza a otro freudiano famoso: Wilhelm Reich (1897-1957). Durante los años 20 ese médico se había hecho psicoanalizar por Isidor Sadger y a partir de 1930 reemprendió un psicoanálisis bajo la dirección de Sandor Rado. Jones escribe al respecto: «Freud tenía una gran opinión de él durante los primeros tiempos, pero el fanatismo político del Reich le había alejado de él tanto en el plano personal como en el plano científico» (III 219). Antes de ser excomulgado Reich había sido responsable del seminario de técnica psicoanalítica (desde 1924 a 1930) y vicedirector del dispensario psicoanalítico de Viena (de 1928 a 1930).

Aun cuando fuera eliminado en 1934 de la Asociación de Psicoanálisis, Reich siguió practicando el psicoanálisis, pero bajo una forma más directa, la «vegetoterapia», la cual «abandona el viejo tabú de no tocar jamás al paciente». Poco a poco sus escritos se fueron haciendo cada vez más delirantes. Incluso un buen número de admiradores suyos reconocen el deterioro de su pensamiento. Su biógrafo J. M. Palmier escribe: «No es una traición a Reich

et reconocer la verdad: ¿quién se atrevería pues a comparar las primeras obras, escritas en Viena y en Berlín, con ese fárrago de falsas experiencias, de ideas delirantes, de insultos, de amalgamas ridículas, que constituyen sus últimos escritos?» (1969:148). B. Grunberger y J. Chasseguet siguieron el hilo de la evolución de Reich hacia un delirio en el curso del cual ese discípulo {del que «Freud tenía una alta opinión en los primeros tiempos»} construyó acumuladores de energía sexual, se imaginó que era el hijo de un hombre del espacio y manifestó que el cáncer no era más que un resultado de una éxtasis sexual. (En su colección «Science de l'Homme», las Ediciones Payot publicaron recientemente dos obras de la última fase del reichismo: *L'Éther, Dieu et le Diable*, 1973 [*El Éter, Dios y el Diablo*]; *La superposition cosmique*, 1974 [*La superposición cósmica*]). ¡Unos textos alucinantes!

Citemos también un ejemplo menos conocido, del que nos informa el im-pasible Ernest Jones: «Frink, de Nueva York, había retomado su análisis en Viena en abril de 1922 y lo prosiguió hasta febrero de 1923. Freud se había formado la más alta opinión de él. Era de lejos el americano con mayores capacidades que jamás había encontrado, sostenía Freud, y el único del cual esperaba algo. Frink había atravesado una fase psicótica durante su análisis —tuvo incluso la necesidad durante algún tiempo de la presencia junto a él de un enfermero— pero Freud consideraba que la había superado totalmente y contaba con él para que llegase a ser el mejor analista de América». «En el transcurso del verano de 1924, Frink entró como paciente en el Philipps Psychiatric Institute y jamás volvió a recobrar la razón» (III 119s).

Señalaremos para terminar la observación de Fr. George según la cual «un congreso de psicoanálisis es hoy poco más o menos el único lugar en el que se pueda observar todavía la gran histeria que a Charcot le encantaba» (1979:134).

En el crepúsculo de su existencia Freud le confesaba a R. Laforgue: «Me desconcierta a veces que los mismos analistas no hayan sido cambiados radicalmente por su comercio con el psicoanálisis» (5-2-1928). Y en efecto hay motivos para estar desconcertado. En la época en la que yo practicaba todavía la religión freudiana, también me quedé desconcertado cuando viví en contacto con psicoanalistas de reputación. Algunos sufrían de ataques de angustia y de depresión, manifestaban los celos más mezquinos, adoptaban conductas infantiles, histéricas o casi paranoicas. Conocí a uno que había llegado a ser incapaz de refrenar su tendencia hacia el alcoholismo... De este modo, progresivamente, me ganó la convicción de que un cierto número de maestros de natación se dedican a la natación submarina (o sea la exploración del Inconsciente) porque no pueden mantener la cabeza fuera del agua. Estos fracasos vergonzosos, que he visto muy de cerca, tuvieron su peso en mi desconversión. Los argumentos teóricos y «científicos» vinieron más tarde...

IX

LA EXPLICACIÓN DE LOS ESTANCAMIENTOS Y DE LAS AGRAVACIONES

1. TESTIMONIOS Y CONFESIONES

Desde hace ya algunos decenios los psicoanalistas **evitan publicar** estadísticas bajo pretexto de que los asuntos humanos no pueden **cuantificarse**; son particularmente discretos por lo que se refiere al número de las ruinas que ha producido su técnica. Y es muy cierto que se presentan evoluciones dramáticas de manera regular, si no ya a **menudo**. Son difícilmente contestables las conclusiones del reciente reportaje de D. Frischer en el mundo de los psicoanalizados: «Algunos han **muerto**. Algunos analizados han citado el caso de amigos, o de personas próximas a ellos, que por ser particularmente frágiles, o por estar insuficientemente armados para resistir la violencia de las agitaciones del análisis, se han hundido en una depresión fatal» (1977:204). La socióloga precisa que los suicidios no son raros, sobre todo **entre los pacientes** en análisis con lacanianos (p. 116). C. Chiland (miembro de la *Société Psychanalytique de Paris*) hace la misma **constatación**: «**Son frecuentes los suicidios en la "École Freudienne de París"**» (*Le Monde*, 9-2-1980). No será precisamente la Sra. Dolto **la que pueda decir lo contrario, ella** que proclama: «No hay nada más pesado que **un psicoanálisis, nada** que sea más pesado de soportar para **un individuo**, por **excelente** que sea su salud. La energía y la **perseverancia que ello requiere se encuentran** quizá con mayor facilidad en los **seres que tienen el valor suficiente** y la simplicidad requerida para **reconocer sus dificultades y para buscar un remedio**» (1971:164).

Marie Balmay ha relatado **recientemente la ocultación de las tragedias** a las que regularmente conducen las «curas» freudianas: «¿Es por azar que las sociedades psicoanalíticas **entierran siempre en un denso silencio los suicidios, siempre, e incluso a veces las muertes menos trágicas** que tienen lugar en su seno? (...) **Hace falta un valor real para simplemente enunciar en ciertos medios psicoanalíticos los nombres de las "víctimas" que cada año circulan entre rumores**» (1979:254). Quiero subrayar que la autora de estas líneas es psicoanalista.

Freud ya tuvo el dolor de constatar **la escasa eficacia de su método**. El concepto de «neurosis de **transferencia**» **lo forjó para «explicar», como si se tratase de un fenómeno normal, el agravamiento de los tras-**

tornos del paciente durante la cura. Considera que la exacerbación de las dificultades es una consecuencia de la resurgencia de la sexualidad infantil en el seno de la cura (XIII 17). Tras muchos años de práctica analítica, M. Schmieberg llegó a una distinta versión de estas agravaciones que, en los mejores casos es pasajera, pero que también puede conducir a situaciones catastróficas:

Al paciente se le dice que para que las cosas marchen, primero tiene que encontrarse peor de lo que está, pasar por una «neurosis de transferencia», esto es, por un deterioro temporal. Esta situación es la consecuencia, por una parte, de interpretaciones dolorosas y, por la otra, de sugerencias negativas. MacAlpinc subrayó el hecho de que el paciente no puede ajustarse a la anormalidad de la situación analítica más que a través de una anormalización, esto es, el desarrollo de una «neurosis de transferencia»; mientras que la única posibilidad que le queda consiste en «resistir» y abandonar el tratamiento. El deterioro no siempre es una fase pasajera, como lo desea el psicoanalista; con frecuencia se perpetúa a sí mismo al ejercer una influencia nefasta sobre la confianza y la estima que el paciente tiene en relación consigo mismo, con su entorno y con la situación real. Aparece pues como un verdadero condicionamiento (1970:195).

Hacia el final de su vida Freud declaraba que el analista se contenta con analizar y que la curación no es más que un beneficio accesorio (*Nebengewinn*, XIII 226). En la actualidad Lacan repite: «la curación se da por añadidura... Dos años antes de su muerte Freud tuvo la honradez de publicar un artículo lúcido por lo que se refiere a los hechos (pero lo L-S mucho menos por lo que se refiere a la explicación de los hechos): *Die endliche und die unendliche Analyse*. J. Strachey, su amigo y editor inglés, lo resume de la manera siguiente:

En conjunto, el texto produce una impresión de pesimismo en relación con la eficacia del psicoanálisis. Sus limitaciones son subrayadas constantemente, y se ponen en evidencia las dificultades del procedimiento y los obstáculos que se yerguen en su camino. Ese es el tema principal del texto. De todos modos no hay nada ahí que sea revolucionario. Freud siempre fue consciente de las trabas que existen para el buen éxito del psicoanalista y siempre estaba dispuesto a examinarlas (Standard Edition, 23:211).

No hay muchas razones hoy en día para ser más optimista que entonces. Fr. Gorge, que asistió a «presentaciones de enfermos» orquestadas por el Papa del psicoanálisis francés (una triste práctica, que recuerda los números del circo), subraya irónicamente la lección general que de ellas se desprende:

Igual que en el seminario, la asistencia fascinada, atónita, está siempre en una espera que no dejará de ser decepcionada: «Lo que el enfermo decía era un enigma para nosotros, y esperábamos que nos fuese descifrado. Y hete aquí que el desciframiento es a su vez un nuevo enigma...» Y sin embargo, el significado de! discurso lacaniano cabe en muy pocas palabras: *c'est cuit [está aviado]* (...) En realidad, el psicoanálisis lacaniano es de lo más normativo que hay: sólo que obedece a una norma un poco especial. De todos

modos, siempre, andará mal, decía un día Freud de manera ocurrente. O peor, añade inteligentemente Lacan... 367

Lacan, parecido en esto al tendero de Marcel Pagnol que hacía pasar anchoas echadas a perder poniéndoles etiquetas de productos ejóticos, hace del desastre una especialidad (1979:71s).

Con una sorprendente lucidez (a menos que se trate de cinismo) el psicoanalista J. Chazaud declara: «El psicoanalista es en efecto alguien que siempre puede "despedir" a su paciente, mientras éste "sigue" teniendo, en el modo corriente de ver las cosas, síntomas. El psicoanalista es también alguien que es capaz de *agrarar* inicialmente unos síntomas, volverles a dar vida (y para empezar en el sentido más angustiante) a reserva de recordar que la única posibilidad de hacerlos desaparecer es la de comenzar resucitándolos (re-suscitándolos)... Y es también alguien cuya presencia y cuya acción, cuyo efecto de presencia, son capaces de engendrar unos síntomas hasta entonces inéditos (Ferenczi)» (1974:176).

Quiero decir también que a menudo me ha sorprendido la desenvoltura con la cual un buen número de psicoanalistas hablan de los pacientes que se han suicidado. También aquí es Freud quien da el tono, como nos lo recuerda la anécdota relatada por A. Kardiner: «Monroe Meyer y yo estábamos discutiendo con Freud sobre el suicidio de dos analistas en Viena. Sus ojos chispeaban maliciosos para decirnos: "Pues bien, no está lejos el día en que se considerará al psicoanálisis como una causa legítima de defunción"» (1977:105).

2, LAS EXPLICACIONES DE FREUD

El padre del psicoanálisis siempre intentó explicar los fracasos de su terapia por medio de las características de sus pacientes más que por las deficiencias de su método. En su famoso artículo de 1937 reúne los diversos argumentos que utilizó a través de toda su obra. Cita los *factores constitucionales*, la *fuerza de los traumas*, la «viscosidad de la libido» (o dificultad de cambiar de objetos de catexis). La principal de las fuentes de «resistencia a la curación» serían las *Pulsiones de muerte*, o con mayor precisión las manifestaciones masoquistas, la «reacción terapéutica negativa» (agravamiento del estado del paciente debido a la *necesidad de sufrir*) y el sentimiento de culpabilidad. Como último obstáculo para el progreso de la cura, Freud cita finalmente «aquello que está contra el sexo biológico»: «para la mujer, el *deseo del pene* —la aspiración positiva a poseer un órgano genital masculino—; para el hombre, la *repugnancia hacia su propia actitud pasiva o femenina en relación con otros hombres*» (XVI 97).

En definitiva: el padre del psicoanálisis razona como Galeno, el médico del siglo ir, que declaraba: «Todos aquellos que absorben este remedio se curan en poco tiempo, con excepción de aquellos para quienes es ineficaz, los cuales mueren todos, y no les ayuda ningún otro medicamento. Es por ello que resulta evidente que este remedio fracasa sólo

en los casos incurables» (cit. in Eysenck, 1960b:697). Hoy esta última frase habría de rezar así: el psicoanálisis es un remedio que fracasa sólo en los casos en los cuales las pulsiones de muerte, el deseo del pene, etc., hacen del paciente un «incurable»...

2. LAS ILUSIONES DEL PSICÓLOGO

El psicoanálisis aparece como una pobre terapéutica, y no porque los «inanalizables» padezcan de una «necesidad de sufrir» (*Leidensbedarf*...), sino porque la cura analítica no provoca el descondicionamiento activo y sistemático de las reacciones infantiles, fóbicas, obsesivas, etc. Más que eso diversos factores, que habremos de examinar, tienden a hacer de la situación analítica una estructura antiterapéutica, incluso francamente patógena.

a) *El abandono del paciente a sí mismo*

Cometí/aremos recordando una historieta conocida, muy significativa. Durante las sesiones que tienen lugar hacia el final de la tarde, un psicoanalista se sienta cada vez más a menudo víctima del deseo irresistible de dirigirse al café de la esquina. Silencioso como siempre abandona entonces su sillón, pone en marcha su grabador y deja al paciente con sus asociaciones. Un día uno de los pacientes se da cuenta del tejemaneje, deja el diván y se reúne con el analista delante de su vaso de cerveza. Muy sorprendido, éste exclama: «-Y pues, ¿qué pasa?». El paciente le responde: «Mi grabador está hablando con el suyo».

Esta historia divertida pone el dedo en la llaga de una realidad bien lamentable. Bajo pretexto de «no-directividad» y de «respeto», los analizados —que ahora se suele llamar «analizantes»— son invitados, en la medida en que sufren y desean andar mejor, a mejorarse a sí mismos.

Citemos a título de ejemplo a la gran dama del psicoanálisis francés, Fr. Dolto:

«Un psicoanálisis, por sí mismo, nunca ha hecho que un ser estuviera más sano que antes; sólo le pone en camino de que ello suceda así después del tratamiento, por un trabajo de síntesis personal que le queda por hacer (...) A menudo se nos objeta que nuestros tratamientos son extremadamente largos, y a causa de ello, costosos. Así es, y todas las experiencias verdaderamente psicoanalíticas, esto es, tratamientos basados en la *reconstrucción de su personalidad por parte del mismo sujeto*, al cual el médico sólo le presta su presencia efectiva como "testigo reactivo" sensible, de *mediador imparcial contractual* y temporal, son necesariamente largos» (1971:161. El subrayado es mío).

A buen entendedor, pocas palabras bastan. Si el paciente no resuelve sus problemas, sólo tiene que habérselas consigo mismo: es que no tiene «fundamentalmente» el «deseo de curarse», se niega a hacer «el tra-

bajo de síntesis personal que le queda por hacer para reconstruir por sí mismo su propia personalidad»...

De hecho, a la mayor parte de los neuróticos que sufren no les ayuda demasiado la presencia de un «mediador imparcial contractual». Algunos meses (o algunos años) de diván más tarde los más inteligentes comprenden la insuficiencia del decir y del comprender, y aspiran a encontrar unos procedimientos concretos que puedan permitirles descondicionar efectivamente sus reacciones emocionales y comportamentales que les causan trastornos.

De este modo H. Doolittle observa con gran agudeza en el diario de su análisis con Freud lo siguiente: «Por más que yo haya decidido que mis experiencias no han sido sino la lógica consecuencia de la enfermedad, de la separación con mi marido, y de la pérdida de la amistad de Lawrence, no deja de ser cierto que no poseo ninguna técnica para llevar a cabo este punto de vista» (p. 72). Aquí hemos de añadir que Freud tampoco poseía en una mayor medida que H. Doolittle ese tipo de técnica.

Vemos otro ejemplo, el del abogado belga Michel Graindorge. En el fragmento de diario íntimo que la Policía Judicial incautó y que luego su autor decidió valerosamente publicar tal y como estaba escrito (Ed. J. Antoine, 1980), descubrimos página tras página la impotencia del psicoanálisis para resolver unos problemas graves y reales. Graindorge estaba en análisis desde hacía cinco años. Y era justamente desde hacía cinco años que todo parecía andar cada vez peor. Durante su hospitalización tras de un grave accidente de automóvil, escribió: «¡Ah! Si pudiese levantarme, andar, borrar cinco años de vagabundeo. Comienzo a sentir, a través del terrible choque de este accidente, que una gran parte de mi vida ha volado en pedazos» (p. 75). «Y luego ese brazo, mi brazo. Tengo que esperar hasta el 18 de enero para que me quiten este artefacto y para que empiece con la reeducación. Así que pueda, A, (así es como llamaba Graindorge a su psicoanalista), es decir, cinco años de idas y venidas, de silencios, de rebeliones, de dinero, de luz, de desasosiegos, de dependencias. Esta vez cara a cara. Para terminar de una manera o de otra. Para sacudir los fantasmas que tengo pegados a mí. De una vez por todas» (p. 78).

A ese hombre que está como desarrollado en vivo le tienta cada vez más la bebida. Quisiera encontrar un medio concreto para detener el proceso que le aliena. El psicoanalista —«A.»— sólo puede proporcionarle la escucha y algunas débiles interpretaciones (que subrayo en las citas que vienen a continuación):

«4 de julio de 1978. Volví a ver a A. ayer, después de una ausencia bastante larga. Le decía que después de salir, al caer la noche, bebería, y así sucedió. Medio en serio, medio indiferente. Deseaba que se quedase a mi lado las 24 horas del día. "Como si tuviese necesidad de tener a mi madre junto a mí", me dijo.»

«15 de agosto. Voy por el camino de convertirme en eso que se ha convenido en llamar un alcohólico, o al menos, como dice A., "un alcohólico cuando usted bebe". Llego incluso a hablar, con apenas una punta de ironía, de una asociación de alcohólicos muy conocida, los ABC. Pues se daba el caso de que Genet era un ladrón, él decidió ser "el" ladrón. Y yo seré pues "el" alcohólico. Estas líneas las escribo con una tristeza áspera, pues veo demasiado las consecuencias peligrosas del alcohol. Tendría que detener este proceso de muerte. Pero ¿cómo hacerlo?»

Freud comparó la cura analítica con el ajedrez (VIII 454). Esta comparación es excelente, y merece que se la explicita: en ambos casos el juego tiene unas reglas propias, no tiene gran cosa que ver con la existencia concreta; y más que un combate real es una empresa ficticia.

Los intelectuales que no tengan problemas existenciales serios pueden contentarse con jugar al psicoanálisis tal y como se juega al ajedrez. Las personas que están atormentadas por dificultades reales necesitan otra cosa: el aprendizaje de métodos y de técnicas que les permitan cambiar efectivamente las conductas que les paralizan y que les alienan.

b) *La desorientación*

André Bretón (1952:95s) relata como un uso inmoderado de la escritura automática provocaba en él «disposiciones alucinatorias inquietantes». Hacia 1920, con ocasión de una reunión surrealista en la cual se había estado practicando la técnica del «sueño hipnótico», diez de los aproximadamente treinta participantes cayeron en un sueño sonambúllico, y hacia las dos de la madrugada Bretón los descubrió en una antecámara oscura «en la cual, y como si actuasen de mutuo acuerdo, bien provistos además de la cuerda necesaria para ello, estaban intentando ahorcarse de los colgadores de la ropa». Este incidente interrumpió durante un tiempo las actividades del movimiento surrealista...

La técnica de las asociaciones libres está muy cerca de las de la escritura automática y del sueño hipnótico. El uso inmoderado de la primera conduce fácilmente a los sinsabores reconocidos por Bretón en los otros dos. Aplicado con rigor, el procedimiento de las asociaciones freudianas pronto llega a ser enloquecedor. Disgrega, pulveriza la vida psíquica. Algunos analistas están dispuestos a reconocer el hecho. Así, F. Roustang confiesa: hay una «proximidad entre el delirio, la teorización y la liquidación de la transferencia. El fin del análisis no deja de ser el poder delirar en paz sin la molestia de tener una oreja interpretante. Por otra parte hay análisis que se terminan de este modo: uno se vuelve loco, se deshace, se desarticula, se des-es» (p. 80).

D. Frischer en el capítulo de su obra titulado «Los desollados en vivo», proporciona numerosas ilustraciones de esta invitación al delirio. Con el fin de no abusar con las citas, me limito aquí a uno solo de sus ejemplos, a saber las declaraciones de un analizado llamado Alain:

«Durante los seis primeros meses sentí una mejoría fantástica, y luego la cosa fue degradándose. Esta mejoría dejé comienzo, no se comprenden sus causas, sólo después se perciben. Se manifestó porque era sinceramente feliz de estar en análisis, me llenaba, era terrible. Tenía el sentimiento de beberlo por todos los poros de mi piel. Ya no estaba enclaustrado y era un nivel de felicidad extraordinario. Luego fue terrible porque empecé a vaciar el potencial de odio que había acumulado sobre ciertas personas, .. la cosa primero me alivió, y luego fui presa del pánico. Todo estaba perturbado, ya no distinguía el día

de la noche, los sexos eran un desbarajuste, no daba golpe... Me adelgace, me había dejado crecer la barba, los cabellos, andaba rozando las paredes, ya no podía dormir solo, bebía, tomaba Valium» (p. 207s).

A través de semejantes testimonios tenemos el sentimiento de que el psicoanálisis vuelve a introducir en la psiquiatría moderna la sangría de la medicina medieval...

El desasosiego del paciente se explica no sólo por la «regla fundamental» de las asociaciones, sino también por la retórica infernal de las interpretaciones. Todas las demandas explícitas del género «cómo hacerlo para dejar de beber..., para dejar de tener miedo de hablar en público..., para no eyacular antes del coito...» son denunciadas como otros tantos «síntomas» de un «otro lugar», de falsas demandas que esconden «una cosa muy distinta». Cada vez que se hace un cuestionamiento del analista (de sus interpretaciones o de sus honorarios) la decodificación que se hace es la de que se trata de una *resistencia*, de una transferencia negativa, un ataque de la imago paterna, una fijación sádicoanal. Cuando el analizado hace una pregunta precisa, el analista le devuelve a sí mismo mediante réplicas del tipo: «¿Y usted qué piensa de ello?», o «¿Por qué piensa que hace usted esta pregunta?». El paciente es sumergido en un universo kafkiano de cuyos hilos tira (silenciosamente) el analista. Todo se hace «significativo», interpretable, sospechoso..., pero las reglas del juego siguen estando en las manos de la esfinge instalada en su sillón, al abrigo de la mirada del interesado. Gracias a la doctrina del Inconsciente, el analista puede decir cualquier cosa: y siempre tiene razón.

D. Anzieu declara que *todo* paciente, incluso si sólo es un poquito neurótico, se encuentra *siempre* en un momento u otro de su cura con «las angustias del núcleo psicótico» (1975b: 137), hecho que Anzieu justifica afirmando que «el psicoanálisis es un ejercicio de regresión». El error del famoso psicoanalista de Nanterre consiste en creer que todo hombre *contiene*, como si fuese un globo cautivo, un *núcleo* psicótico que la cura *libera*. (Si nos ponemos a aceptar ese género de hipótesis entonces será preciso paralelamente suponer que la persona que en el curso de una reunión o de una sesión de psicoterapia se pone alegre, es que está «liberando» un *núcleo* de alegría, etc.)

De hecho la situación analítica, a semejanza de otras situaciones que provocan desamparo, *suscita* unas *reacciones* psicóticas, que unas veces son benignas y otras veces catastróficas. Esto es lo que el psiquiatra suizo Max Kesselring ya había observado: en 1912 declaraba que el tratamiento psicoanalítico transforma a los neuróticos en psicóticos (cit. in Ellenberger, p. 669).

El efecto debilitador de la cura es tanto más riguroso cuanto que el analista sigue al pie de la letra la recomendación de Freud de conservar la frialdad de sentimientos (*Gefühlkalte*, VII, 381): «Nunca podría recomendar demasiado a mis colegas que tomasen como modelo, en el curso del tratamiento psicoanalítico, al cirujano que deja de lado todos sus afectos e incluso su simpatía humana, y que asigna a sus fuerzas

rituales una única finalidad: la de llevar a cabo la operación que que hacer lo más hábilmente que le sea posible» (VIII 380). «La cura analítica debe ser realizada tanto como sea posible en un estado de privación, de abstinencia (...) Por más cruel que ello pueda parecer, debemos velar para que los sufrimientos del enfermo no se atenúen prematuramente de una manera marcada» (XII 187s).

el *¡AI*

No vuv a insistir aquí en la desmovilización que el análisis engendra en el plano de la política; algunos sociólogos tales como A. Castel y 1). ÍM ischer va insistieron lo suficiente en ello. Más bien quisiera llamar la atención sobre la desmovilización psicológica.

Desde hace algunos años algunos psicólogos, como por ejemplo J. Rutter, H. Lelcourt o M. Seligman, han subrayado la importancia de la concepción que el sujeto se hace del lugar de control de su existencia («/iicvís *uj control*»). Han constatado que los individuos que estiman que pueden modificarse o modificar su entorno son más activos y más creativos que los demás. Los individuos que creen estar determinados por unas fuerzas que se les escapan adoptan con mayor facilidad unas soluciones «neuróticas» (huida, pasividad, depresión) frente a dificultades psicológicas o sociales. Se presenta entonces como algo esencial que el sujeto tem>;s confianza en sus propias posibilidades de acción.

1-1 psicoanálisis contribuye desgraciadamente a convencer al paciente de que está «habitado» por «complejos», pulsiones, deseos, fantasías inconscientes... y que su salvación sólo puede llegarle después de varios años de investigación «profunda» llevada a cabo bajo la dirección del psicoanalista, encarnación moderna el gran *Gurú*. La creencia en unas fuerzas internas, de las cuales es irremediamente un juguete inconsciente, aliena al paciente. Esta doctrina hace de él un autoobservador que repite machaconamente los aspectos más sombríos de la existencia y espera obtener su bienestar a partir de un interminable peregrinaje «psi» ..

f'.l psicoanálisis no le enseña al paciente a *hacer frente* a las verdaderas dificultades de la existencia. Sólo le enseña a «analizar» las representaciones mentales que con ellas se relacionan. Melitta Schmiedberg escribe en relación con esto: «El hecho de que el psicoanálisis anime a menudo a una "huida ante la vida" (*flight from Ufe*), de que concentre la atención sobre los motivos más que sobre las consecuencias, de que le preste mayor interés a las fantasías irracionales que al desarrollo de un juicio más adecuado, todo ello puede conducir a resultados graves» (1970:196). Y la famosa psicoanalista —que renunció a practicar el arte de Freud— relata la historia de una serie de pacientes en los cuales el psicoanálisis había provocado manifiestamente la aparición de una grave «*hipocondría psíquica*».

d) *La dependencia*

En las páginas que le he dedicado a la «cura como interacción», he subrayado que el psicoanálisis induce un estado de sometimiento. Sólo quisiera añadir aquí que para ciertos pacientes el análisis se convierte en un fin en sí, en una especie de droga psíquica, una verdadera toxicomanía. Por más que Dolto nos asegure que «el sujeto debe reconstruir su personalidad por sí mismo», el observador crítico de la cura analítica deberá concluir, de acuerdo con D. Frischer, que «se diría que todo está hecho para mantener a los analizados en un estado de infantilización, de absoluta dependencia y de inseguridad patológica» (1977: 177).

e) *La exaltación narcisística*

en t n ^ a ^ S ^ ^ t
analizados señalaban ^{^^^VZ^}
consecuencia de la cura. Moscovid *rLT* «El
psicoanalizado, arrogante cebado, em ^{*T}
retira s.empre de la *coLnic.S^ T_aZt* La
encuesta de D. Frischer Í1977W f ^{gru}p^{ou} firma esta
opinión. Así por ejemplo, ^{l^^S} era ego,sta,
reconoce que el análisis de SíñfiA de él un perfecto
egocéntrico" p₃ M'

reforzar los conflictos interpersonales

y,

373

una

P₂o₀ de i d

pues

en

e locentr... como
analizado* ron ya en ei
p^a
ha analítica parfir de

Los psicoanalistas reconocen esta clase de hechos. F. Roustang, por ejemplo, resume así el objetivo último de la cura: «La neurosis consiste siempre en la imposibilidad de hablar, de fantasear, de desear según uno mismo, y las ganas, el gusto inveterado de hacerse eco o reflejo de lo que dicen y piensan los demás. Si, tal como dice La can, el deseo es deseo del otro, la resolución de la transferencia reside en el cambio de sentido radical del segundo miembro de la frase, pues *se trata de hacer pasar a ese otro a la inexistencia, de tal suerte que el otro que me hace desear sea nadie, o una pura eventualidad*» (p. 33. El subrayado es mío).

Por su parte, los psicólogos desarrollaron bajo el nombre de *training asertivo*, unos métodos que ayudan a una persona que se defiende mal a que se exprese mejor y que pueda afirmarse mejor frente al prójimo. Le dejan sin embargo al psicoanalista el cuidado de hacer del sujeto un «Yo» y el de «*hacer pasar al otro a la inexistencia*»...

Al comienzo de mi formación psicoanalítica me sorprendía el número de pacientes que se quedaban estancados o que se deterioraban. Hoy lo que me sorprende es que ese número no sea más elevado. Lo que ahora creo es que los pacientes que han tenido una buena evolución durante su cura analítica son personas que han sido objeto de algunos procesos curativos *no específicos* y que más arriba hemos tomado en consideración, como el contacto afectivo, la relativización de las dificultades, etc. Bien cierto es que algunos psicoanalistas valen más que su método. Su talento les permite obtener unos progresos que por sí misma la pobre técnica de Freud no engendra de ningún modo.

Ciertas investigaciones americanas demuestran que cuanto más experiencia tienen los analistas, más libertades se toman con la técnica ortodoxa (Luborsky y Spence, 1978:341). Si el procedimiento freudiano fuese realmente eficaz, no vemos por qué los psicoanalistas americanos —pero ¿podemos hablar entonces todavía de psicoanalistas?— recurren cada vez más a unos cócteles que vomitan los lacanianos y otros freudianos puristas.

(M. Gross describe la situación americana de este modo: «Casi todos los terapeutas practican una suerte de popurrí compuesto de variaciones sobre los métodos freudianos y neofreudianos, cosa que un psiquiatra neoyorquino denomina "La Escuela americana del teje maneje terapéutico". Se hace a base de Sigmund Freud diluido con metafísica, menos centrado en el Edipo y en la sexualidad infantil, pero sazonado con un "culturalismo" neofreudiano al estilo de Harry Sullivan o de Karen Horney», 1978:34.)

De este modo se adquiere la convicción de que los psicoanalistas que ayudan efectivamente a sus pacientes son personas que adoptan la estrategia mencionada por R. Laforgue en una carta a Freud:

«A menudo me ha sucedido el haberme encontrado en un análisis con dificultades cuando creía deber aferrarme con demasiados escrúpulos a ciertos principios de la técnica; en cambio, me parecía poder terminar con estas dificultades cuando un conocimiento suficiente del caso me permitía completar mi técnica con algo que sólo había llegado a ser posible por *una actitud humana en relación con mi caso, una aprehensión intuitiva de los problemas planteados*. Y ese algo me parece tan importante como la técnica» (27-6-1928).

EL DESINTERÉS POR LA TERAPIA

La psicoterapia conduce a lo peor... No vale la pena terapiar lo psíquico. Freud también lo creía así. Pensaba que no había que apresurarse a curar,

LACAN, 1977:13.

Pero, como no podía alcanzarlas:
«Están demasiado verdes, dijo, y no son buenas ni para los patanes.»
¿No fue mejor eso que lamentarse?

LA FONTAINE; *La zorra y las uvas*.

El psicoanálisis comenzó siendo considerado como un método de terapia. Sin embargo Freud comprendió en seguida que no conseguía curar a los pacientes que sufrían de síntomas serios, tales como fobias fuertes, obsesiones paralizadoras o toxicomanías. Entre él y sus discípulos desarrollaron entonces tres tipos de argumentaciones.

1. «EL SÍNTOMA ES SUPERFICIAL»

Los analistas declaran que no intentan curar los síntomas tales como la impotencia sexual, la agorafobia o el alcoholismo, sino que se dedican a transformar la personalidad «profunda» de sus pacientes. Entre los lacanianos la fórmula es ligeramente distinta: ya no hablan de «personalidad» (horrible término «psicológico»), sino de «asunción de la Castración» y de toma de consciencia de la hiancia (¿balido?) originario. En concreto, el paciente sigue siendo fóbico, obsesivo o impotente sexual, pero ahora ha obtenido el beneficio de una especie de iniciación mística que le revela Verdades últimas.

El psicólogo se permite dudar del valor de una terapia que no puede ni siquiera hacer desaparecer los «síntomas», esto es, las conductas manifiestas. En efecto, si el análisis no puede cambiar la «superestructura» concreta, ¿qué garantías tenemos por lo que se refiere al cambio de las «infraestructuras» invisibles?

2. EL «FUROR THERAPEUTICUS»

A partir de los años 1910, Freud, al descubrirse impotente para resolver los verdaderos problemas, denunció el «furor terapéutico» (VIII .ISÍ). Sus ;iliiiiiinoN han hecho luego uso y abuso de este argumento. Cualquier psicoanalista purista da testimonio en la actualidad de un soberano desden para con la actividad «ortopédica» del psicólogo. Cuando el cliente del terapeuta -<L.omportamentalisla» se encuentra liberado de una ennesis o de una tobia, el analista replica que sólo se trata en este caso de una «huida en la curación» o de la «adaptación a una Sociedad enferma, impuesta gracias a una terapia reparadora»... La zorra de La Poníame no habría podido imaginar una mejor justificación *a posteriuri*.

A título de ilustración de esta mentalidad, citaré a dos autoridades del mundo psicoanalítico: 1. Didier Anzieu, profesor de la Universidad de Nanterre, portavoz de la «Association Psychanalytique de France», y 2. Jacques Chazaud, psiquiatra, miembro de la Asociación Internacional de Psicoanálisis, director de enseñanzas clínicas en la Universidad de París VII:

1. «Ineluso aplicado a enfermos, el psicoanálisis no es una terapéutica. l'reud lo repitió sin cesar. Las curaciones que obtiene la cura son efectos se cunda rins de ésta y que se producen por añadidura. El deseo de ser curado rápidamente y tomo por milagro, sin tener que desarrollar la labor de cambio, constituye una resistencia por parte del enfermo. El deseo de curar, si ocupa el primer plano en el analista, le impide comprender el inconsciente del paciente y lo expone a ceder ante las astucias de éste. La curación del síntoma es las más de las veces una coartada con la cual se autoriza el paciente para poner un término prematuro a la cura, antes de cualquier transformación notable di- su economía psíquica» (Anzieu, 1967; 128).

2. «El deseo terapéutico sólo puede aparecer como lo que es, a saber, la forma más común, más extrema, más nefasta de la resistencia de contratransleiciu; pues hacer que sea imposible cualquier posible análisis, a causa de unn racionalización aquí propiamente ■"desplazada" (...)

»El analista no tiene ni ganas de cuidar ni deseo de curar. No sirve de Modelo, ni siquiera de soporte. No sabe en lugar de; Sujeto, no dirige, no ;iconseja, no taponas las heridas... Sólo Dios cura. Si así lo quiere.

»lillo significa que el psicoanalista conoce, por su propio análisis, el deseo terapéutico por lo que es: ha de ser situado entre la aspiración anal a la ominipulencia y la formación reactiva samaritana (y aún ésas son sólo las motivaciones que se pueden confesar)» (Chazaud, 1974:173).

Estas palabras, en particular las de Chazaud, son de lo más esclarecedor. No conozco ningún enemigo del psicoanálisis que haya explicado mejor la trampa sobre la cual descansa la costosísima «cura» analítica..

3. «EL PSICOANÁLISIS ES UNA TEORÍA, NO UNA TERAPIA»

El argumento mediante el cual Freud respondió cada vez con más

frecuencia a las críticas relativas a su terapia consiste en manifestar que el objetivo esencial del psicoanálisis es la elaboración de una teoría.

En 1912 respondió a una carta de A. Stárcke: «El punto de vista terapéutico no es el único que le interesa al psicoanálisis, y *tampoco es lo más importante*» (cit. in Jones, II 133).

Cuando E. Weiss, el pionero del psicoanálisis en Italia, se quejaba de los fracasos terapéuticos, Freud le respondió (el día 11-2-1922): «No hay que tomarse nada como una tragedia. El analista debe estar dispuesto a que le sucedan semejantes accidentes menores, sobre todo en un medio hostil. Hemos de pensar que por desgracia *sólo unos pocos enfermos son dignos de los esfuerzos que les dedicamos; tanto es así que nuestra posición no debe ser terapéutica*, y que por otra parte hemos de considerarnos dichosos cuando en cada caso hemos aprendido algo» (el subrayado es mío).

Cuando el analista suizo O. Pfister relataba unas decepciones semejantes a ésas, Freud le respondió: «He dicho a menudo que me parece más importante la significación científica del análisis que su significación médica, y en la terapéutica tengo su acción de masa por medio de la explicación y de la exposición de los errores como más eficaz que la curación de personas aisladas» (18-1-1928).

Blanton relata que escuchó palabras como ésas en su sesión del 7-9-1938. Freud le habría dicho que «la finalidad terapéutica no debe ser dejada de lado, pero no es la finalidad principal ni siquiera la finalidad esencial del psicoanálisis. Su finalidad dominante es de hecho la contribución al progreso del psicoanálisis en tanto ciencia».

Hoy, cuando a los hijos de Freud se los juzga sobre resultados concretos, exigen que el debate «suba de nivel», e intentan sofocar todo cuanto puedan decir los contradictores por medio de discursos de lo más nebuloso. Declaran, como lo hace H. Pirón, que «aun cuando el psicoanálisis no tuviese ningún valor curativo, y aun cuando sólo fuese un método de iniciación a una comprensión más profunda de sí mismo y de la naturaleza humana en general, nuestra civilización ya no podría prescindir de él» (in Huber e. a., 1964:144).

Se ha podido acusar a los psicoanalistas de estafa, diciendo que se presentan como terapeutas, cuando en realidad no tienen un gran poder de curación. Los analistas responden a esta crítica que no se presentan en gran medida como «psicoterapeutas», sino como «analistas». O. Frischer ha demostrado que esta réplica está justificada, al menos en los medios parisinos. Hoy en día los analizados *up-to-date* saben *por adelantado* que la curación sólo puede darse «por añadidura» (y eso por no decir «por azar»): «Una cierta cultura psicoanalítica, la frecuentación de los medios psiquiátricos, la referencia sobreentendida en los Escritos de los maestros, no les autorizan a los analizados que se han dado un barniz semejante a formular sus esperanzas en términos de curación. O en todo caso ese término debe ser empleado con precauciones oratorias numerosas y muy circunstanciadas, con la irónica complicidad de las comillas, y con la finalidad de demostrar adecuadamente la distancia que con ese concepto se ha podido tomar» (1977:72).

Esta política no hace felices a todos los pacientes, tal y como lo ates-

tigua, entre muchos otros casos, el de esta analizada entrevistada por D. Frischer: «Ahora, quince años más tarde, no encuentro mejora alguna. Hay más bien un agravamiento de mi estado depresivo, sobre todo cuando veo que todo en mi vida ha fracasado (...) La curación, ya lo sé que a los psicoanalistas les importa un pimiento. La teoría sí que la conozco, pero de todas maneras esperaba poder sentirme a gusto conmigo misma» (p. 302).

XI ¿POR QUÉ

PERSEVERAN LOS ANALIZADOS?

Un observador que no esté sumergido en el medio analítico se sorprende cuando ve a personas inteligentes siguiendo con un tratamiento que es poco eficaz, y eso cuando no les es perjudicial. Para poder esclarecer este enigma resulta útil distinguir diversas categorías de analizados.

1. Un número importante de habituados al diván son profesionales del sector «psi», que creen que han de pasar por la iniciación freudiana o que simplemente vienen a comprar un diploma. En un artículo reciente de *Le Monde* (20-1-1980), el psicoanalista R. Jaccard constata que en Francia, «si hace cincuenta años le hacía falta a un joven psiquiatra un valor inmenso para hacerse analizar, hoy le hará falta aún mucho más para negarse a pasar por el diván. El psicoanálisis, de maldito que era, se ha convertido en uno de los elementos indispensables del *curriculum vitae*, al mismo tiempo que una baza para todo intelectual que se respete».

Esos profesionales no intentan modificar su propio comportamiento; el sentimiento de conocerse mejor y de adquirir un nuevo poder social les basta.

2. El otro grupo importante de analizados está constituido por personas que no tienen en realidad ninguna necesidad de terapia. Son burgueses o burguesas que se imaginan que pueden suprimir mediante el análisis los pequeños inconvenientes de la condición humana (oscilaciones de humor, ambiciones frustradas, tensiones conyugales, estancamiento afectivo, etc.). Más profundamente, esos individuos esperan valorizarse intelectualmente, brillar en sociedad, formar parte de la élite que discurre. Les gustaría transformar la rutina cotidiana en renuevos extáticos. Durante largos años, a veces incluso interminablemente, acuden dos, tres o cuatro veces por semana a meterse en el guiso de sus recuerdos, sus fantasías, sus asociaciones y sus interpretaciones. Con mayor o menor fortuna, los esquemas psicoanalíticos vienen entonces a llenar el vacío de la existencia y a dar la ilusión de que hay un mundo interior de una infinita riqueza.

Podemos observar que ese tipo de analizados, que se empeñan en ser llamados los «analizantes», se aplican siempre en la propagación de la Buena Nueva. Dan prueba de un proselitismo que le dispensa al análisis de hacerse su propia publicidad. Intentan persuadir a su familia y a sus

amigos de que las angustias más banales son síntomas de «profundos» trastornos. Al igual que el *Doctor Knock*, están siempre a punto para decir que «la salud es sólo una palabra, y que no tendríamos ningún inconveniente en borrarla de nuestro vocabulario» (Ac. II, Esc. 2). Están dispuestos a seguir a Freud cuando éste proclamaba que sería deseable analizar a los niños, aun cuando éstos no presentasen síntoma alguno (XV 160) y que cualquier educador o profesor debería haber sido objeto de una cura analítica (XV 161).

Esos pacientes aceptan sin refunfuñar todas las convenciones: el elevado precio, lo largo de la cura, el silencio del analista, el acortamiento del tiempo de las sesiones... Saben ya desde el comienzo que la principal cualidad del «paciente» es la paciencia. En ellos el psicoanálisis se torna fácilmente en una enfermedad de la que ya no se curan.

3. Están finalmente las personas que deberían ser ayudadas realmente y que no son, por desgracia para ellos, «(W)arvis». Es bien sabido que los freudianos ortodoxos les dejan a los psiquiatras y a los psicólogos no analistas el privilegio de ocuparse de la gran mayoría de esos casos. Aquellos que por casualidad se encuentran en los santuarios del análisis «caro y al contado» o bien aceptan el ritual de los dogmas analíticos o bien deben dejarlo. En el primer caso, cambian el deseo de curar sus «síntomas» por la esperanza de una remodelación estructural de la personalidad «profunda». Cuando en el curso del tiempo se producen mejoras, lo cual puede suceder por muy diversas razones, esos progresos son puestos de inmediato en el haber del psicoanálisis. Los pacientes son entonces víctimas de la «*post hoc fallacy*». Cuando las mejoras se hacen esperar, el paciente oye como le dicen que su estado sería mucho peor sin el silencioso Tutor. Si el analizado desea interrumpir la cura durante algún tiempo, el analista amenaza con ponerle en la «lista de espera» el día en que querrá volver a comenzar. (Los «fugados» arrepentidos deben a veces esperar dos o tres años antes de poder volver a ocupar el diván.) A consecuencia de ello el paciente desarrolla una conducta «supersticiosa»: no se atreve a transgredir las reglas para ver si lo que teme se producirá en efecto, esto es, el estancamiento o la agravación.

La persona que sufre de dificultades psíquicas, reales y graves, no tiene la posibilidad de ejercer un control recíproco en relación con su analista. Esa persona es adoctrinada por la cultura ambiente y por el analista que le he hecho el «favor» de recibirle. Sólo queda con todo un consuelo: un diván es más confortable que un confesionario...

Observemos para terminar que la teoría de la disonancia cognitiva esclarece todos los casos de prosecución de un análisis. Los psicólogos han confirmado con toda claridad que una actividad es tanto más valorada cuanto más tiempo, dinero y esfuerzos se han dedicado a ella. Interrumpir una actividad de este tipo viene a ser como declarar: «me he equivocado, todo eso no ha servido para nada». Se trata de una mudanza para la cual la mayoría de las personas no están preparadas.

XII ¿POR QUÉ

PERSEVERAN LOS ANALISTAS?

A menudo me digo para apaciguar la consciencia: sobre todo no querer curar, aprender y ganar dinero. Esas son las representaciones finales conscientes mas utilizables.

FREUD a June (carta del 25-M909).

Las razones que hay para llegar a ser analista y para seguir siéndolo son, evidentemente, muchísimas. Voy a limitarme aquí a subrayar dos motivaciones que parecen ser esenciales.

1. EL ESTATUTO Y EL PODER

En una entrevista con R. Jaccard, J. B. Pontalis declaraba: «La función de potencia, e incluso de omnipotencia, ha llegado a tener en el análisis un lugar más preeminente que en cualquier otra parte» (*Le Monde*, 4-11-1977). Es cierto: el psicoanalista experimenta la enorme satisfacción narcisística de ser reconocido como un personaje mágico. En nuestra sociedad ha llegado a reemplazar al brujo y al sacerdote. De él se dice que es «un confesor sin sotana», o también: «el espeleólogo del alma». En Jo sucesivo es él quien detenta los misterios del dios interior; aparece como un nuevo chamán que expulsa a los demonios psíquicos maléficos.

La transferencia afectiva que suscitan semejantes representaciones colectivas permite sustanciales transferencias de fondos (de la cuenta del paciente a la del psicoanalista),

2. EL DINERO

No es sin duda alguna ningún azar que un gran número de bromas relativas al psicoanálisis jueguen con el tema del dinero. Recordemos las más clásicas:

•El neurótico se dedica a construir castillos en el aire; el psicótico se cree que vive en ellos; y en todos los casos el psicoanalista es quien cobra los alquileres»;

«El psicoanalista suele ganar unos 1.000 dólares por semana, y eso sin contar la calderilla que cae detrás del diván»;

«El analista es un hombre como los demás, a quien le gusta el dinero más que a los demás... Es un ratero mental»;

«*You go to a psychoanalyst when you're slightly cracked and keep going until you're completely broke*»;

«No es infrecuente que un paciente declare: Ignoro si me llegará el dinero para vivir, con lo que me deja el psicoanalista»...

Dejemos ahora las bromas. El psicoanálisis, ya sea como formación o como terapia, cuesta muy caro. En la Francia de 1975, un análisis didáctico costaba como mínimo 60.000 F.F., y las supervisiones 30.000 F.F. El futuro psicoanalista debía pues desembolsar alrededor de 100.000 F.F. en conversaciones con sus formadores. Ni que decir tiene que se supone que luego habrá de hacer fructificar su capital y que no está dispuesto a decir: «todo eso no servía para gran cosa».

Tanto en el sentido figurado como en el sentido propio, la práctica analítica es un *empleo de oro*: es fácil, descansado, interesante, y rinde mucho. En 1975 cada paciente francés desembolsaba como media 10.000 F.F. por año, y hasta el triple con las estrellas del mercado. Compagnon y Schneider, que llevaron a cabo una encuesta que daba como resultado las cifras arriba mencionadas, hacen el siguiente comentario: «Los beneficios (del analista), poco afectados por el fisco, implican un superconsumo y un ahorro elevados, explican el tren de vida analítico, el gusto por los objetos artísticos y de lujo, el cambio acelerado de domicilios (véanse los anuarios sucesivos de las sociedades, por ejemplo), y la adquisición de residencias secundarias» (1975:116).

En los Estados Unidos, la revista *Time* del 2 de abril de 1979 señalaba que el coste de una sesión variaba de 20 a 100 dólares, y que el precio medio de un análisis era de 12.000 dólares *al año*.

Un analista puede vivir confortablemente cuando dispone de sólo 4 pacientes (que tendrá buen cuidado de conservar al menos durante 4 años). Una encuesta reciente de la *American Psychoanalytical Association*, a la que habían respondido 1.600 analistas, demuestra que un 40 % de los analistas tienen 3 pacientes o menos, otro 40 % tienen entre 4 y 7 pacientes, un 20 % tienen más de 8 pacientes. También nos enteramos en esa encuesta de que en los Estados Unidos un 55 % de las curas están a cargo de los Seguros médicos privados (cf. *Ornicar?*, 1979, 19:104).

Personalmente no le veo ningún inconveniente a que un analista le saque el máximo de dinero que pueda a un snob de fortuna. En mi opinión el problema del dinero sólo se plantea cuando las personas modestas, que sufren realmente, hacen grandes sacrificios para pagar a su analista o cuando unos tratamientos ineficaces son pagados por la Seguridad Social.

En descargo de los analistas podemos decir que algunos de ellos tienen su «pobre» (en general un paciente interesante desde el punto de vista teórico o cultural, como podría ser por ejemplo un artista). También aquí el ejemplo lo dio el mismo Freud: su Hombre de los Lobos

fue favorecido con una cierta labilidad en lo referente a los honorarios. Freud organizó incluso una colecta regular entre sus colegas para acudir en ayuda de su bienamado paciente, A cambio de ello, el Hombre de los Lobos le permitió refutar «clínicamente» las teorías de Jung y de Adler.

Es sorprendente que los analistas no hayan publicado muchas reflexiones acerca de la cuestión del dinero. ¿Sería acaso este tema demasiado «sucio»? Siguiendo a Freud, los analistas repiten que el dinero es una materia «anal»...

La presidenta de la «Société Psychanalytique de Paris», J. Chasseguet, quiso responder hace poco a la acusación que se había hecho, y según la cual el análisis es un asunto de dinero y de tiempo libre. En un artículo titulado: «Los psicoanalistas y el dinero», comienza señalando que el analista está «peor pagado que un fontanero». (Ni que decir tiene que ahí se trata de la tarifa *por horas* y no del coste global de las respectivas pagas...) En relación con esta comparación observaré que es de todos modos menos peligroso, menos cansado, y más valorizador escuchar a un paciente que no puede ni siquiera observar las reacciones de su analista, que reparar una cornisa.

La respuesta que nuestra analista estima como decisiva halla su resorte en la teoría excremental de Freud. La Sra. Chasseguet explica que en nuestra sociedad la liberación sexual se ha quedado en algo superficial y que en consecuencia el placer anal no se ha podido integrar todavía. Escribe, sin que le dé risa, que «la propuesta del problema del dinero representa un desplazamiento de la antigua acusación en materia de sexualidad, y el signo de la dificultad para aceptar las formas infantiles de la sexualidad, la analidad» (1977b: 125).

El científico no dejará de deducir de ello unas implicaciones verificables, como por ejemplo, que en una población de analizados, el grupo de aquellos que obtienen gusto con los placeres anales habrán de ver menos que los demás un inconveniente en los bruscos aumentos de tarifa impuestos por el analista durante la cura...

Los lacanianos prefieren por lo general explicaciones más intelectualizadas: hacen gárgaras con la expresión de «deuda simbólica» y declaran que el paciente que refunfuña en el tema del dinero es que no tiene *verdaderamente* el deseo de curarse.

Es de todo punto evidente que todo profesional merece un salario. Es más, la experiencia de los psicoterapeutas muestra que un tratamiento gratuito o barato es menos eficaz que un tratamiento que «cuesta algo». La necesidad de ganar dinero para pagarle al terapeuta es un poderoso factor de curación no específico. Esta obligación suscita actividades concretas, como puede serlo la creatividad, que socializa y «normaliza». Los analizados que respondieron a la encuesta de Frischer insistieron mucho sobre este hecho, el que «la necesidad de dinero (para pagar al analista) favorece un nuevo anclaje en la realidad. Aquel que hasta entonces se había contentado con ir viviendo y pasando por aquí y por allá intenta hallar de nuevo una cierta autonomía. Aquel que está aislado y a la deriva, en el marco de un empleo vuelve a hallar un cierto

asiento social, y sale de su soledad. Algunos trabajan con mayor regularidad, dejan de marginalizarse, de dispersarse, en una palabra, se estabilizan» (1977:248).

Lejos de mí la idea de reprocharle al analista el que quiera cobrar. Lo único que aquí quería explicar era tan sólo por qué los analistas que constatan la pobreza de sus resultados terapéuticos siguen a pesar de todo practicando el análisis, y con este motivo quería evocar algunos abusos, relativamente frecuentes, en un terreno en el que no se trata en principio de simples relaciones comerciales, y en las cuales unos seres afectivamente dependientes disponen de muy pocos medios para controlar recíprocamente un «servicio» que pagan muy caro.

XIII LOS NUEVOS

CAMINOS DE LA PSICOTERAPIA

La técnica psicoterapéutica ha conocido un gran éxito por el hecho de haber aparecido en una época en la que la psicología *científica* no podía ofrecer en gran medida a los «neuróticos» unos medios de acción eficaces. Los principios del análisis científico son una adquisición reciente de la historia de la humanidad. Hace apenas medio siglo que esos principios se han ido introduciendo, muy lentamente, en el campo de la psicoterapia (cf. la experiencia *princeps* de Mary Jones en 1924).

En su práctica concreta, los psiquiatras y los psicólogos no pueden limitarse a resultados claramente objetivados. El viejo adagio de Rabelais: «Ciencia sin consciencia no es sino ruina del alma», sigue siendo primordial. Las técnicas, por más ingeniosas que sean, deben tomar su lugar siempre en el seno de un «encuentro» respetuoso de la persona. Pero no por ello deja de ser cierto que el modo de abordaje científico es, por definición, el único camino que permite corroborar o rechazar unas intuiciones y precisar los factores efectivamente más determinantes.

La psicología moderna ha confirmado la importancia de una serie de procesos terapéuticos «no específicos»: el contacto afectivo, la escucha empática, el reencuadramiento cognitivo de las situaciones vividas, etc. Aquel que se dedica a la práctica puede a partir de ahí hacer jugar mejor esos factores y puede comprender mucho mejor las razones de sus fracasos.

Esos factores no bastan desgraciadamente para reducir unas conductas muy «resistentes»: ciertas fobias, obsesiones, toxicomanías, un profundo sentimiento de inutilidad, etc. En esos casos el sujeto presa del desasosiego debe poder someterse a unos programas sistemáticos de desacondicionamiento y de reorientación. Desde los años 1960 la **behavior therapy** ha trabajado en este sentido. Demostró en la práctica que se Dueden tratar las dificultades de comportamiento y las emocionales como tales, sin tener que suponer un tras mundo de misteriosos complejos.

No obstante importa examinar cuidadosamente el conjunto de la situación del sujeto. Modificar unas conductas sin actuar sobre los estímulos que inducen esa situación y los refuerzos que mantienen esas conductas viene a ser evidentemente lo mismo que desplazar los problemas sin resolverlos. Si se

toma en cuenta la multiplicidad de las contingencias de reforzamiento, entonces no se observan las «sustituciones de síntomas» de las que los psicoanalistas no acaban nunca de hablar así que les son mostradas unas mejoras obtenidas por métodos no freudianos.

Desde hace una decena de años las *terapias cognitivas* (Ellis, Beck, Singer, e.a.) han abordado de una manera relativamente científica el problema de la modificación de los fenómenos «privados», a saber, las maneras de percibir y de pensar, los «monólogos interiores», las «emociones, las imágenes, los símbolos».¹ Estas nuevas perspectivas han permitido afinar los métodos, a veces muy groseros, de los primeros «comportamentalistas».

En la actualidad estamos asistiendo a una integración de las dos corrientes. El modo de abordaje «cognitivo-behavioral» combina los aspectos comportamentales, emocionales, intelectuales e imaginativos. Puesto que no puedo aquí exponer en detalle esta orientación, que en los países anglosajones tiende a suplantarse el psicoanálisis y sus derivados, remito al lector a las obras de Fontaine (1978), de Kanfer y Phillips (1970), Mahoney (1974), Meichenbaum (1977), Ullman (1975) y **tantos** otros...

PARTE IV

EL PORVENIR DE LAS ILUSIONES

1. La terapia «cognitiva» no es en realidad ninguna novedad. Así, por ejemplo, en 1882 Charcot y Maguan cuidaron a un paciente que se había convertido en homosexual después de haber visto, cuando tenía 6 años, a unos soldados masturbándose. El tratamiento consistió en sustituir la imagen de un hombre desnudo por la de una mujer desnuda. Al cabo de algunos meses el paciente fue capaz de tener relaciones satisfactorias con una mujer. Veinte años más tarde Magnan volvió a ver al paciente: éste había adquirido la convicción de que su «obsesión» no era invencible y, después de haberse esforzado largamente en crear unas nuevas asociaciones (heterosexuales), fue *capaz* de casarse sin volver a caer en sus antiguos hábitos (cf. **EU**en-berger, p. 255).

I

«UNA PRACTICA DE VERBORREA»

Hace muy poco tiempo, en el último número de la revista *Ornicar?* (1979, 19:5s), el presidente de la «École Freudienne de París» declaraba:

«El psicoanálisis hay que tomárselo en serio, aunque no sea **una** ciencia. Tal y como lo ha mostrado con abundancia alguien que se llama Karl Popper, no es de ningún modo una ciencia, porque es irrefutable. Es una práctica, una práctica que durará lo que dure.

»Es una práctica de verborrea.

»La palabra *verborrea* [*bavardage*] implica alguna cosa... *Bavardage* pone a la palabra en el rango del babear [*baver*] o del espurrar saliva al hablar. La reduce a la especie de salpicadura que resulta de ello.

«Las palabras hacen la cosa, la cosa freudiana, la *crachose* [de *eracher*, escupir; y *chose*, cosa]. Pero es justamente con la inadecuación de las palabras para las cosas con lo que tenemos que tratar...»

De modo que a Lacan, a ese genio de la mistificación, le sucede que juega con las cartas boca arriba. Pero hemos de lamentar que el Maestro Jacques no llegue a enunciar la conclusión lógica de su juego, a saber: que aquellos que quieren aliviar realmente la miseria psicológica han de tener hoy el valor de hacer borrón y cuenta nueva, abandonar la «verborrea» y dejar de lado una práctica semimágica que con frecuencia resulta ineficaz, y a veces francamente perjudicial...

II

ALGUNAS HIPÓTESIS SOBRE EL ÉXITO
DEL PSICOANÁLISIS

Podemos decir que Freud realizó una amplia síntesis de la psiquiatría «dinámica» del siglo xix, pero también podríamos añadir que su «paradigma» —en el sentido que Th. Kuhn le da a ese término— resulta un obstáculo para los progresos de la psicología y de la psiquiatría. El psicólogo A. Fix y el psiquiatra E. Haffke escriben con razón en su obra sobre la comparación de la eficacia de las diferentes formas de psicoterapia:

«Durante aproximadamente los primeros 50 años de nuestro siglo, la psiquiatría y la psicología clínicas han fracasado a la hora de engendrar un progreso significativo en psicoterapia. Y ello parece deberse principalmente al hecho de que los abogados de la orientación freudiana les habían puesto a esas profesiones unas anteojeras» (1976:239).

¿Cómo explicar que «la práctica de verborrea» inaugurada por Freud haya obtenido un éxito considerable y que siga hoy conservando, a pesar de la repudiación de los mejores especialistas de la psicología y de la epistemología, una audiencia importante entre el gran público, hasta incluso en ciertas universidades? Vamos a citar algunas hipótesis plausibles:

— Un factor histórico que sin duda ha desempeñado un papel importante *en* favor de la popularización del freudismo es *la insistencia en el tema de la sexualidad*.

El psicoanálisis sirvió como estandarte para aquellos a quienes les fastidiaba el control social sobre las diversas prácticas sexuales. El psicoanálisis desculpabilizó el placer libidinal, en especial la masturbación, que durante el siglo xix fue objeto de un severísimo tabú. Le permitió a todo el mundo hablar libremente del erotismo «anal» y de los diversos usos del pene, y ello en el seno de los medios más selectos.

— Es evidéntísimo que no todas las realidades psíquicas son comprensibles fácilmente. El éxito de Freud se debe en parte al hecho de haber dado una forma transmisible a esos misterios. El psicoanálisis aporta *una explicación coherente, de aspecto «científico», para cualquier fenómeno*, comprendiendo entre ellos las críticas de las que es objeto. Unifica unos hechos dispares proporcionándoles un mismo basamento.

Aparece como un sistema totalizador que tarde o temprano disipará todos los enigmas psíquicos.

Las claves con las cuales se puede acceder a todas las puertas son fáciles de comprender y de manejar. Todo el mundo puede hacer, cada día, personalmente la experiencia, con ocasión de un sueño, de un olvido o de un lapsus.

— El psicoanálisis ha sido favorecido con la *falta de competencia del público en materia de psicología y de psiquiatría*. Durante mucho tiempo se ha creído que el método científico era impropio para la exploración de la vida mental. Y aquellos que no obstante querían trabajar de manera objetiva no siempre estaban en disposición de refutar a la psicología «hermenéutica» y al freudismo. Fenómenos tales como el condicionamiento verbal o la influencia de aquello que se está esperando («efecto Rosenthal») no habían sido formulados claramente. Freud parecía haber abandonado la sugestión y la hipnosis en provecho de una técnica «científica» (la interpretación de las asociaciones libres). Solamente unas mentes particularmente perspicaces (P. Janet, Kraepelin, H. Ellis...) comprendieron que tanto Freud como sus discípulos no habían dejado nunca de operar con la sugestión.

Las historias de casos clínicos, redactadas de una manera cautivadora por el laureado con el Premio Goethe de Literatura, aparecieron fácilmente como pruebas «empíricas» de su teoría.

— El psicoanálisis satisface *la inclinación hacia el misticismo y hacia el esoterismo*. Proporciona la ilusión de una lucidez, incluso de una extralucidez.

La primera visita de Jung y de Binswanger al Maestro de Viena (en febrero de 1907) puede alimentar aquí también nuestra reflexión. Así escribe Binswanger:

«Al día siguiente de nuestra llegada, Freud nos estuvo preguntando, a Jung y a mí, sobre nuestros sueños. Ya no me acuerdo del sueño de Jung (...) Por mi parte yo soñé con la entrada de la casa de la Berggasse 19, que se hallaba precisamente en obras de reconstrucción, y de la vieja araña recubierta apresuradamente a causa de la reparación. La interpretación de Freud, que no me pareció precisamente muy convincente, era que el sueño contenía el deseo de casarme con su hija (la mayor), y al mismo tiempo el rechazo de ese deseo, pues Freud declaraba —recuerdo las palabras exactas de la interpretación—: "No me casaré con alguien que pertenece a una casa en la que cuelga del techo una araña tan misera"» (1970:268).

No insistiremos más en el hecho de que la interpretación del radiólogo del Inconsciente hubiese convencido muy poco a Binswanger (ello se explica fácilmente por la existencia de «resistencias»). La anécdota explica a pedir de boca un deseo que se encuentra en todos los individuos, y en particular los «psi-»: el de disponer de una técnica que revele las «ocultas profundidades», tanto las suyas como las de los demás.

El libro de Freud sobre los sueños es tan apasionante como *Los cuentos de las mil y una noches*. Se presenta, para aquellos que quieran creerlo así, como el «Ábrete sésamo» de la maravillosa caverna di-

simulada en los repliegues del alma. Freud parece otorgar el poder de exorcizar los demonios interiores.

De este modo el psicoanálisis vive de la ilusión de disipar las ilusiones. Parece efectivamente abrir unos nuevos espacios, pero en realidad estos están inventados en gran medida con el fin de defender la (ms.i. Con 11 vt uencia, la.s «correspondencias» secretas que revela no tienen mucha mas realidad que las que Gall y Freud creyeron demostrar,

-- /m iis ;rectos «religiosos» del movimiento psicoanalítico le garantizan un éxito seguro entre las personas que andaban a la búsqueda de una fe o de una nueva fe. Estos aspectos explican también que el psicoanálisis sea aceptado gustosamente por un buen número de creyentes: «transfieren» con facilidad a la doctrina freudiana unas actitudes que les resultan familiares, como la fe en los fenómenos no visibles, la referencia a una Escritura, el sometimiento a una Autoridad infalible, la necesidad de una conversión interior, el recurso a un rito de iniciación,...

La «doctrina lacaniana —escribe F. George— es el cristianismo que ha tomado un mal camino» (1979:91). A decir verdad, encontramos ideas ensilariás que se han vuelto locas en todas las Escuelas de psicoanálisis: en la de Freudiana «ortodoxa», en la de Jung, en la de M. Klein, en la de Reich y en las demás...

— Podríamos seguir citando factores que explican la propagación del freudismo. Registremos uno solo para terminar.

El psicoanálisis ha tenido la suerte de interesar a filósofos notables, como, por ejemplo, a P. Ricoeur y a A. De Waelhens. Ellos volvieron a tonuular los datos válidos contenidos en la literatura psicoanalítica, y en un lenguaje seductor: el de la fenomenología y del pensamiento existencialista.

De hecho, estos datos válidos (la idea de que la existencia es «vida» antes de ser «conocida»; las trampas del amor propio; la importancia del lenguaje, etc.) no son específicamente freudianos; ya los encontramos mucho antes de Freud en los moralistas (La Rochefoucauld...), en los filósofos (Schopenhauer...), en los psiquiatras (Benedikt, P. Janet...). Lo que hay ahí es un problema de historia de la psicología que H. Kllenberizer tuvo el mérito de sacar a la luz del día.

III

EL PORVENIR DEL PSICOANÁLISIS Y DE LAS ILUSIONES

Algunos psicoanalistas, y de los más eminentes, han comprendido la urgencia de una reorientación. Citaré a título de ejemplo declaraciones hechas en 1977 por un americano y por un belga, que conocen de manera sobresaliente el psicoanálisis (y «por dentro»). A. Kardiner escribe: «Mi credo es que el psicoanálisis tiene un único porvenir, el de una disciplina científica fundada en observaciones empíricas y verificables (...). Es preciso que dejemos de estudiar a los seres humanos a partir de la situación instituida por el diván. Es imposible estudiar el comportamiento humano a través de las reconstrucciones retrospectivas. Esas condensaciones dan lugar a demasiados errores» (p. 175). Por otra parte W. Huber declara que «el porvenir del psicoanálisis como ciencia de la personalidad, de sus trastornos y de su tratamiento dependerá de la voluntad que demuestren sus adeptos de no contentarse con una "metodología de lo inverificable", de no sustraerse a esos problemas a base de refugiarse en "otro lugar" jamás explicitado y de esquivar continuamente la prueba de los hechos» (p. 208).

Hay que precisar de todos modos que así que nos disponemos a respetar cuidadosamente las reglas científicas dejamos el terreno del psicoanálisis para entrar, por definición, en el territorio de la psicología. Popper y Lacan están de acuerdo en un punto, a saber, que el psicoanálisis no es una ciencia, y que a menos que reniegue de aquello que lo especifica, no puede ni siquiera esperar llegar a serlo.

Los hombres renuncian difícilmente a un objeto o a un procedimiento que parece aportarles poder y ayudarles a enfrentarse con los sufrimientos de la condición humana. Durante largo tiempo el *álbum graecum* (o en otros términos, la caca de perro), ha servido como poción casi mágica. Ha sido celebrado como sudorífico, como atenuante, febrífugo, vulnerario, emoliente, hidragogo, específico contra las escrófulas, la angina y todas las enfermedades de la garganta. En el siglo xvm, sin embargo, algunos médicos empezaron a mostrar su escepticismo. En la *Encyclopédie* se recomienda el abandono de la mayoría de esos usos, pero sin embargo no todos. El autor escribe: «No se hace mucho uso entre nosotros, sólo para las enfermedades de la garganta en dosis de media onza o un cuarto de onza, en un gargarismo apropiado». Bachelard (1947:179) da este ejemplo para demostrar cómo «sigue permaneciendo un resto de

valor, por mucho tiempo, en las ideas falsas devaluadas». Podríamos volver a hablar aquí de la frenología y de la teoría fliessiana...

Reconocer claramente los propios errores, hacer borrón y cuenta nueva de manera resuelta, operar un verdadero «corte epistemológico» (Bachelard) son conductas difíciles. Siempre se sigue creyendo que hay un poquito de verdad diseminado en todo lo que se escribe, se enseña, se monetiza. Siempre queremos salvar algo. Y a veces sin razón ninguna para hacerlo.

¿Es acaso el psicoanálisis un navío carcomido que va a hundirse lentamente, pero con seguridad? En los países en los cuales la psicología científica progresa a grandes pasos, los universitarios se dejan embarcar cada vez menos fácilmente. Y no obstante no creo que los científicos puedan ya cantar victoria.

El deseo de lo maravilloso y del poder (sobre uno mismo y sobre los demás) es como la Hidra de Lerna. Las cabezas crecen y vuelven a crecer una vez cortadas. Entre estas cabezas hay una que mi libro, mal comprendido, podría contribuir a proteger: el cientismo. La creencia de que la ciencia aporta la Verdad y resuelve todos los problemas debe también ella ser combatida.

Los verdaderos investigadores científicos verifican metódicamente hipótesis que son falsables. Practican la crítica mutua y los intercambios democráticos. Se aplican en la duda metódica. Van a la caza de las formas diversas de los dogmatismos y de los oscurantismos... Al hacerlo reducen un buen número de ilusiones, que se cuentan entre las más groseras. Pero sin embargo sería una ilusión creer que pueden extirpar, de una vez por todas, todas las ilusiones. La elaboración del saber es una obra común e indefinida.

Mi obra no ha aportado respuestas a todas las cuestiones que plantea el psicoanálisis. Ello no me disgusta, pues si bien es cierto que «uno se persuade mejor, ordinariamente, por las razones que ha encontrado por sí mismo que por aquellas que han ocurrido en la mente de los demás» (Pascal, *Pensées*, § 10), ahora lo que es importante es que el lector efectúe por sí mismo un trabajo de observación y de reflexión. Yo sólo quería ayudarle a resistir a las presiones de la moda y a los argumentos de autoridad.

BIBLIOGRAFÍA

Cuando existe una traducción o diversas ediciones de una obra, hemos señalado con un asterisco el texto que hemos utilizado para nuestras citas.

- ABRAHAM, K., (1965/66) *Oeuvres complètes*, trad. franc, París, Payot, 2 vols.
 AOLER, A., (1908), «Der Aggressionstrieb im Leben und in der Neurose», *Fortschritte der Aidedizin*, 19:577-84. ALAIN, (1953/55), *Philosophie*, Selección de textos por A. Devret, París, P.U.F.,
 2 vols. ANDRESKI, S., (1972), *Les sciences sociales, sorcellerie des temps niódemes?*, trad. franc, París, P.U.F., 1975*.
 ANZIEU, D., (1967), «Le moment de l'apocalypse», *La Nef*, 31:127-32. ANZIEU, D., (1975a), *L'auto-analyse de Freud et la découverte de la psychanalyse*, París, P.U.F., 2 vols. Trad. cast., *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis*, México, Siglo XXI, 2 vols. ANZIEU, D., (1975b), «La psychanalyse encoré», *Revue française de Psychanalyse*, 39(1-2): 13546. ARONSON, E. y MILLS, J., (1959), «The effect of severity of initiation on linking for a group», *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 59:177-81.
 ARTEMIDORO, (siglo II), *Onirocriticon (La cie des songes)*. Trad. franc, París, Vrin. BABER, T. X., et al., (1973), «Effects of hypnotic induction and suggestions on nocturnal dreamings and thinking», *Journal of Abnormal Psychology*, 82: 414-27. BACHELARD, G., (1947), *La formation de Vesprit scientifique*, París, Vrin. Trad. cast., *La formación del espíritu científico*, México, Siglo XXI. BAKAN, D., (1958), *Freud et la tradition mystique juive*, trad. franc., París, Payot, 1964*.
 BALITEAU, C., (1975), «La fin d'une parade misogyne: la psychanalyse lacanienne», *Les Temps Modernes*, 348:1933-53. BALMARY, M., (1979), *L'Homme aux statues. Freud et la faute cachée du père*, París, Grasset. BANDURA, A., (1977), «Self-efficacy: Toward an unifying theory of behavior change», *Psychological Review*, 54:191-215.
 BARTHES, R., (1970), *S/Z*, París, Seuil.
 BARUK, H., (1967), «De Freud au néo-paganisme moderne». *La Nef*, 31:137-49.
 BECK, A., (1976), *Cognitive therapy and the emotional disorders*, Nueva York, International University Press. BERCIN, A. y LAMBERT, M., (1978), «The evaluation of therapeutic outcomes», in: Gardfield, S. L. y Bergin, A., 1978:139-89. BERGSON, H., (1886), «De la simulation inconsciente dans l'état d'hyponotisme», *Revue Philosophique*, 22(2):525-31.

BINSWANCKR, L., (1970), *Discours, parcours et Freud*, trad. franc. París, Gallimard.

BLANCHOT, M., (1969), *L'entretien infini*, París, Gallimard. BLANTON, S., (1971), *Journal de mon analyse avec Freud*, Trad. franc París P.U.F., 1973*. BOUVERESSL, J., (1976). «Une Ulusion de grand avenir: la psychanalyse selon Popper», *Critique* (Ed. Minuit), 346:292-306.

BRETÓN, A., (1952), *Entretiens*, reed., París, Gallimard, col. «Idees», 1973*.

BRINKGREVI, C., (1979), «Het eersie nederlandse Instituut voor Psychotherapie», *Vrij Nedcrhmd*, Bjjvoegsel n° 7, 17-2-1979. BROITY, B., (1970), «Freud's Case-Load», *Psychoterapy: Theory Research and Praclice*, 7:8-12. BROME, V., (1967), *Les premiers disciples de Freud* trad franc París PUF 1978*.

BROWN, R. y MCNEILL, D., (1966), «The 'Tip of the Tongue' Phenomenon», reed. in. Brown, R., (1970), *Psycholinguistics*, Nueva York, The Free Press p. 274-301. CARTWRIGHT, R. y VOCEL, J., (1960), «A comparison of changes in psychoneurotic patients during matched periods of therapy and no-therapy», *Journal of Consulting Psychology*, 24:121-7. CASTTIL, R., Y197J), *Le psychanalisme*, París. Maspero; trad. cast. *El psicoanálisis*. 1.1 *urden psicuanalítico y el poder*, México. Siglo XXI. CASTORIAHS, C., (1977), «La psychanalyse: projet et elucidación», *Topique. Revue Freudienne*, N: 25-75. Cu AS.NI;CULT-SM !«(, J. (1975), «Freud mis á nu par ses disciples mêmes», *Revue frtuicaise de Psychanalvse*, 39: 147-93. CHASSKCUE-IT-SMIKUÍL, J., (1977a), «La théorie de l'orgasme chez Freud», *Revue française de Psychanalyse*, 41:629-52. CHASSKCUHT-SMIRGEL, J., (1977b), «Les Psychanalystes et l'Argent», *La Nef*, 65: 119-26.

CHAZAUD, J., (1974), *Les contestations actuelles de la psychanalyse* París Privat. ■CroFFI, F., (1970), «Freud and the idea of a pseudo-science», in: Borger, R. y Clioffi, F., *Exptanation in the bchuvioral setences* Cambridge University Press, p. 471-515.

Ci.EMt-NT, C., (1978), *Les fils de Freud sont fatigues*, París, Grasset.

COMPAGN{), A., y SCHNEIDER, M., (1975), «Économie et marché de la psychanalyse en France», *Critique* (Ed. Minuit), 333:101-29. DAI.BIEZ, R., (1936), *La méthode psychanalytque et la doctrine freudienne*, París, Desclée de Brouwer.

DAUMAS, M., (1957), *Histoire de la Science*, París, Gallimard, col. «La Pléiade».

D.E.A. (Bajo la dirección de Yvon Brés), (1977), «La durée des analyses», *Psychanalyse á l'Université*, JW: 147-54. DEBRAY-RITZEN, P., (1972), *La scolastique freudienne*. Prefacio de A. Koestler, París, Fayard. DELBOEUF, J., (1886), «De l'influence de l'éducation et de l'imitation dans le somnambulisme provoqué», *Revue philosophique*, 22:146-71. DEMOULIN, C., (1978), «Du côté de Lacan». Seminario postuniversitario dt Psiquiatría. Universidad de Lieja. *École Belge de Psychanalyse*, 4:79-101.

DILTHEY, W., (1924), *Die Geistige Welt*, Leipzig, Teubner. Trad. franc. *Le Monde de l'Espnt*, París, Aubier, 1947*. DOLLARD, J. y MILLER, N. E., (1950), *Personality and Psychotherapy*, Nueva York, Mc-Graw Hill.

DOLTO, F., (1971), *Psychanalyse et pédiatrie*, París, Seuil.

DOLTO, F., (1979), «S'ennuyer á l'école c'est un signe d'intelligence», *Le Monde de VEducation*, 49:19-21.

DOOLITTLE, H., (1974), *Visage de Freud*, trad. franc, París, Denoel, 1977*.

DURANO, G., (1969), *Les structures anthropologiques de l'imaginaire*, París, Bordas.

DUYCKAERTS, F., (1964), *La formation du lien sexuel*, Dessart. EISSLER, R. K., (1975), «Remarques irrévérencieuses sur le présent et l'avenir de la psychanalyse», *Revue française de Psychanalyse*, 39:295-314. ELIAS, N., (1969), *La civilisation des moeurs*, trad. franc. París, Le Livrc de Poche, 1973*. ELLENBERGER, H., (1970), *The Discovery of the Unconscious*, Nueva York, Basic Books, 932 pp. Trad. franc. *A la découverte de VInconscient. Histoire de la psychiatrie dynamique*, Villeurbanne, Ed. Simep, 1974*. Trad. cast. *El descubrimiento del inconsciente (Historia y evolución de la psiquiatría dinámica)*, Madrid, Gredos. ELLIS, A., (1950), «An introduction to the principles of scientific psychoanalysis», reed. in Rachman S., (1963), *Critical Essays on Psychoanalysis*, Macmillan, 1963, p. 82-137. ELLIS, A., (1957), «Outcome of Employing Three Techniques of Psychotherapy», *Journal of Clinical Psychology*, 13:344-50. EYSENCK, H., (1952), «The Effects of Psychotherapy: an Evaluation», *Journal of Consulting Psychology*, XVI(5):319-24. EYSENCK, H., (1953), *Us et abus de la psychologie*, trad. franc. París, Delachaux et Niestlé, 1956*. EYSENCK, H., (1960a), *Behavior Therapy and the Neuroses*, Pergamon; trad. franc. *Conditionnement et Névroses*, París, Gauthier-Villars, 1962*.

EYSENCK, H., (1960b), *Handbook of Abnormal Psychology*, Nueva York, Basic Books. EYSENCK, H., (1966), *The Effects of Psychotherapy*, Nueva York, International Science Press. EYSENCK y WILSON, G., (1973), *The experimental study of freudian theories*, Londres, Methuen; trad. cast.. *El estudio experimental de las teorías freudianas*, Madrid, Alianza.

EYSENCK, H., (1977), *La névrose et vous*, trad. franc, Bruselas, Mardaga.

FAVRET, J., (1977), «Excusez-moi, je ne faisais que passer», *Les Temps Modernes*, 371:2.089s. FERENCZI, S., (1924), *Thalassa*, Leipzig; trad. franc., París, Payot, «Petite bibliothèque P.»; trad. cast. en *Obras completas*, Madrid, Espasa-Calpe.

FESTINGER, L. et al., (1956), *When prophecy fails*, Univ. of Minnesota Press.

FESTINGER, L., (1957), *A theory of cognitive dissonance*, Nueva York, Row, Fetterson and C.

FISHER, S. y GREENBERG, R. P., (1977), *The scientific credibility of Freud's theories and therapy*, Nueva York, Basic Books. FIX, A. J. y HAFFKE, E. A., (1976), *Basic psychological therapies: comparative effectiveness*, Nueva York, Human Sciences Press. FONTAINE, A., (1978), *Introduction aux thérapies comportementales*, Bruselas, Mardaga. FRANK, J., (1968), «The role of hope in psychotherapy», *International Journal of Psychiatry*, 5:383-95. FREUD, S., *Gesammelte Werke*, Fischer Verlag, 17 vols.* Trad. inglesa, *The standard edition of the complete psychological works of Stgmund Freud*,

The Hogarth Press, 24 vols. Trad. cast. *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva; y *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu. FREUD, S., (1950), *Aus den Anfängen der Psychoanalyse ■ Briefe an Wilhelm Fliess (1887-1902)*, Londres, Imago. Trad. cast. en *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, vol. IX, *Los orígenes del psicoanálisis*. FREUD, S., *Briefe 1873-1939*. Trad. franc. *Correspondance. Lettres choisies et présentées par Ernst Freud*, París, Gallimard, 1966*. FRBUD, S. y ABRAHAM, K., (1965), *Briefe*. Trad. franc. *Correspondance*, París, Gallimard, 1969 *. Trad. cast. *Correspondencia*, Barcelona, Gedisa, 1979. FREUD, S. y JUNG, C. G., (1975), *Correspondance*, trad. franc. París, Gallimard, 2 vols.; trad. cast. *Correspondencia*, Madrid, Taurus. FREUD, S. y LAFORCUE, R., (1977), «Correspondance (1923-1937)», *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, 75:251-314. FREUD, S. y PFISTER, O., (1963), *Briefe. 1909-1939*, Fischer. Trad. cast. *Correspondencia. 1909-1939*, México, F.C.E., 1966. FREUND, J., (1973), *Les théories des sciences humaines*, París, P.U.F. FRIEDMAN, H. J., (1963), «Patient-expentancy and symptom reduction». *Archives of General Psychiatry*, 5:61-7. FRISCHER, D., (1977), *Les analysés parlent!*. Stock. FROMM, E., (1963), *Le dogme de Christ et autres essais*, trad. franc. Ed. Com-
plexe, 1975*. GARFIELD, S. L. y BERCIN, A. E., (1978), *Handbook of psychotherapy and behavior change: An empirical analysis*, 2nd ed. J. Wiley, 1.024 p. GEORGE, F., (1979), *L'effeyau de poêle de Lacan et des lacaniens*, París, Ha-
chette. GESELL, A. y ILC, F., *L'enfant de 5 á 10 ans*, trad. P.U.F., 1959*. GLOVER, E., (1955), *The technique of psychoanalysis*, Ballière. Trad. franc. *Technique de la psychanalyse*, París. P.U.F., 1958 *. GORDON, K., (1928), «A study of earley memories», *J. Delinq.*, 12:129-12. GRANOFF, V., (1975), *Filiations*, París, Ed. de Minuit. GRAY, J. A., (1971), *The psychology of fear and stress*, London, Weidenfeld
and Nicolson. GRINSTEIN, A., (1960), *The Index of psychoanalytic Writigs*, Nueva York, International Univ. Press. GRODDECK, G., (1923), *Das Buch vom Es*. Trad. franc. *Le livre du ca*, París,
Gallimard, 1973*. Trad. cast. *El libro del Ello*, Madrid, Taurus. GRODDECK, G., (1926), «La constipation comme résistance type» in *La maladie, Van et le symbole*, trad. franc. Gallimard, 1969: 114-34*. GROSS, M. L., (1978), *The psychological society*, Random House. Trad. franc. *Les psychocrates*, París, Laffont, 1979 *. GROULT, B., (1975), *Ainsi soit-elle*, París, Grasset. GRUNBERGER, B. y CHASSEGUET-SMIRCEL, J., (1976), *Freud ou Reich?*, París,
Tchou. GUSDORF, G., (1948), *La découverte de soi*, París, P.U.F. HEUSL, C., (1966), *Eléments d'épistémologie*, trad. franc. París, Armand Colin. HBSNARD, A., (1970), *De Freud á Lacan*, Editions E.S.F., 3.ª ed., 1977*. HOFFMAN, M. L., (1977), «Moral Internalizaron: Current Theory and Research». In Berkowitz L., (1977), *Advances in Experimental Social Psychology*, X: 86-133, Nueva York, Academic Press. HUBER, W., PIRÓN, H., VERCOTB, A., (1964), *La psychanalyse, science de l'homme*, Dessart. HUBER, W., (1977), *Introduction á la psychologie de la personnalité*, Bruselas, Mardaga.

JACCARD, R., (1971), *La pulsión de mort chez hiélame Klein*, París, L'Age d'Homme. JONES, E., (1953/1955/1957), *Sigmund Freud: Life and Work*, Basic Books. Trad.
franc. París, P.U.F., 3 vols.*. Trad. cast. *Vida y obra de Sigmund Freud*, Barcelona, Paidós. JUNG, C. G., (1958), *Psychologie el Religión*. Trad. franc. Buchet/Chastel. Trad.
cast. *Psicología y religión*, Paidós. JUNG, C. G., (1962), *Erinnerungen, Traume, Gedanken*, Rascher. Trad. franc.
Ma vie, París, Gallimard, 1966*. JUNG, C. G., (1963), *L'âme et la vie*. Textos presentados por J. Jacobi. Buchet/
Chastel. JUNG, C. G., (1973), *Dialectique du Moi et de l'Inconscient*, trad. franc. de la
3.ª ed., París, Gallimard, col. «Idees» *. KAHN, R. L. y CANNELL, C. F., (1957), *The dynamics of interviewing*, Nueva
York. KANFER, F. H. y PHILLIPS, J. S., (1970), *Learning Foundations of Behavior Therapy*, J. Wiley. KARDINER, A., (1977), *Mon analyse avec Freud*. Trad. franc. París, Belfond,
1978 *. KIENER, F., (1978), «Empirische Kontrolle psychoanalytischer Thesen», in Ho-
greffe, C. J., *Handbuch der Psychologie*, 8(2), Band: *Klinische Psychologie*, Gotinga, Verlag fiir Psychologie, p. 1.200-41, KLEIN, M., (1932), *La psychanalyse des enfants*, trad. franc. París, P.U.F., 2: ed.,
1969*. Trad. cast. *El psicoanálisis de niños*, en *Obras completas*, vol. 1, Buenos Aires, Paidós-Hormé. KLEIN, M., (1948), *Essais de psychanalyse*, trad. franc., París, Payot, 1976 *.
Trad. cast. *Contribuciones al psicoanálisis*, en *Obras completas*, vol. 2., Buenos Aires, Paidós-Hormé. KLJNE, P., (1972), *Fací and Fiction in Freudian Theory*, Methuen. KOUWER, B. J., (1963), *Het spel van de persoonlijkheid*, Utrecht, Biljckveld. LACAN, J., (1938), «*La famule*», *Encyclopédie française*, vol. 8, art. 40/42. Trad.
cast. *La familia*, Barcelona, Argonauta, 1978. LACAN, J., (1966), *Ecrits*, París, Seuil. Trad. cast. *Escritos 1 y Escritos 2*, Mé-
xico, Siglo XXI; *Suplemento de Escritos*, Barcelona, Argot. LACAN, J., (1973a), *Le Séminaire XI: Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*, París, Seuil. Trad. cast. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Barcelona, Barral. LACAN, J. (1977), «Ouverture de la section clinique», *Ornicar?*, 9:7-11. Trad. cast.
«Apertura de la sección clínica» in *Ornicar?*, 3:37-46. LACAN, J., (1979), «Une pratique de bavardage», *Ornicar?* i£>:5-9. LANTERI-LAURA, G., (1970), *Histoire de la phrénologie. L'homme et son cerveau selon F. J. Gáll*, París, P.U.F., col. «Galien». LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B., (1967), *Vocabulaire de la psychanalyse*, París,
P.U.F. Trad. cast. *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Labor, 1971. LAPLANCHE, J., (1970), *Vie et Mort en Psychanalyse*, París, Flammarion. Trad.
cast. *Vida y muerte en psicoanálisis*, Amorrortu. LECLAIRE, S., (1966), «Les éléments en jeu dans une psychanalyse (A propos de "L'Homme aux Loups")». *Cahiers pour VAnalyse*, 5:1-36. LECLAIRE, S., (1968), *Psychanalyser - Un essai sur l'ordre de l'Inconscient el la pratique de la lettre*, París, Seuil. LECLAIRE, S., (1979), «Le mouvement animé par Jacques Lacan», *Le Monde*,
2-10-1979.

- LEGRAND, M., (1975), «Hypothèses pour une histoire de la psychanalyse», *Dialéctica* 29(2-3): 189-207. LEMAINÉ, G. y LEMAINÉ, J.-M., (1969), *Psychologie sociale et expérimentation*, Mouton.
- LÉVI-STRAUSS, C., (1947), *Les structures élémentaires de la parenté*, París, Mouton, 2.^a ed., 1967 *. Trad. cast. *Las estructuras elementales del parentesco*, Buenos Aires, Paidós.
- L'HOMME AU MAGNÉTOPHONE, (1969), Presentación hecha por J.-P. Sartre del relato de la entrevista de un antiguo analizado con su analista. *Les Temps Modernes*, 274: 1.81240.
- LINSCHOTEIJ, J., (1964), *Idolen van de psycholoog*, Utrrecht, Bijleveld.
- LUBORSKY, L. y SINGER, D., (1978), «Quantitative research on psychoanalytic therapy». In Garfield, S. y Bergin, A., p. 331-68. MAHONEY, M. J., (1974), *Cognition and Behavior Modification*, Cambridge, Mass., Ballinger.
- MANNONI, O., (1968), *Freud*, Seuil. MARKS, I., (1977), «Phobias and Obsessions»-In: Maser, J. D. y Seligman, M. E. (Ed.) *Psychopathology: Experimental Models*, Freeman, P- 174-213.
- MEICHENBAUM, D., (1977), *Cognitive-Behavior Modification, An Integrative Approach*, Plenum Press.
- MENDEL, G., (1969), *La crise des générations*, París, Payot. MILES, T. R., (1966), *Eliminating the Unconscious. A Behaviorist View of Psychoanalysis*, Pergamon Press. MILGRAM, S., (1974), *Obedience to authority*, Harper and Row. Trad. franc. *La soumission à l'autorité*, París. Calmann-Lévy, 1974. MISCHKE, V., (1976), *Introduction to personality*, Holt, 2nd ed. Moscovici, S., (1961), *La psychanalyse, son image et son public*, P.U.F., 2.^a ed. 1976*. MOUNIN, G., (1969), «Quelques traits de style de Jacques Lacan», *Mouvement* *Revue française*, 193:84-92.
- NAGEL, E., (1959), «Methodological Issues in Psychoanalytic Theory» in Hook, S. (Ed.) *Psychoanalysis, Scientific Method and Philosophy*. New York University Press, p. 38-56. NIETZSCHE, F., (1881), *Morgenröthe*. Trad. franc. *Aurore*, París, Gallimard, Tomo IV, 1970*.
- NIETZSCHE, F., (1887), *Zur Genealogie der Moral*. Trad. franc. *La Généalogie de la morale*, París, Gallimard, Tomo VII, 1971 *. Trad. cast. *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza. ORAISON, M., (1969), *Tête dure*, París, Seuil.
- PALMIER, J.-M., (1969), *Withelm Reich*, París, *Le Monde* en 10/18. PÉRCES, J. B., (1827), «Comme quoi Napoléon n'a jamais existé». Reed. in *Musée Philonipon*, Aubert, 8.^a entrega, s.f.
- PERLS, F., (1969), *Rêve et existence en Gestalt thérapie*. Trad. franc. Epi, 1972*.
- POLITZER, G., (1928), *Critique des fondements de la psychologie*, París, P.U.F., reed. 1968 *.
- POLITZER, G., (1969), *Écrits II. Les fondements de la psychologie*, textos compilados por J. Debozy. Eds. Sociales. POMMIER, R., (1978), *Assez décodé*, París, Roblot. PONTALIS, J. B., (1965), *Après Freud*, París, Jutliard.
- POPPER, K., (1935), *Logik der Forschung*, Viena, J. Springer. Trad. franc. *La logique de la découverte scientifique*, París, Payot, 1973 *. Trad. cast. *La lógica de la investigación científica*, Madrid, Tecnos.

- POPPER, K., (1956), *Misère de l'historicisme*, trad. franc. París, Plon. Trad. cas *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza. POPPER, K., (1963), *Conjectures and Refutations*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 3.^a ed., 1969 *. RACHMAN, S., (1963), *Critical Essays on Psychoanalysis*, Nueva York, Macmillan.
- RACHMAN, S., (1971), *The Effects of Psychotherapy*, Oxford, Pergamon Press.
- RAJCHMAN, J., «Psychanalyse à l'américaine», *Critique* (Ed. Minuit), 333:160-74.
- RANK, O., (1924), *Le traumatisme de la naissance*, trad. franc. París, Payot, 1968*. Trad. cast. *El trauma del nacimiento*, Buenos Aires, Paidós. REIK, T., (1956), *Trente ans avec Freud*, trad. franc. Eds. Complexe, 1975 *.
- RICHELLE, M., (1977), *B. F. Skinner ou le péril behavioriste*, Bruselas, Mardaga.
- RICHTER, C. P., (1957), «On the phenomenon of sudden death in animals and man», *Psychosomatic medicine*, 19: 191-98.
- RICOEUR, P., (1965), *De l'interprétation. Essai sur Freud*, París, Seuil.
- RICOEUR, P., (1972), *Cours sur l'herméneutique*, Universidad Católica de Lovaina. Texto ciclostilado.
- ROBERT, M., (1964), *La révolution psychanalytique*, París, Payot, 2. vols. Trad. cast. *La revolución psicoanalítica. La vida y la obra de Sigmund Freud*, México, F.C.E. ROGERS, C. y KINGET, M., (1965), *Psychothérapie et relations humaines*, Lovaina, Nauwelaerts, 2 vols. 2.* ed. * ROSENTHAL, R. y JACOBSON, L., (1968), *Pygmalion in the Classroom*, Holt. Trad. franc. *Pygmalion à l'école*, Casterman *. ROSOLATO, G., (1968), «Le sens des oublis. Une découverte de Freud» in *L'Arc*, 34: 27-36.
- ROUSTANG, F., (1976), *Un destin si funeste*, París, Minuit. RUYER, R., (1975), *Les nourritures psychiques*, Calmann Lévy. RUYER, R., (1978), *L'art d'être toujours content*, París, Fayard. RUYER, R., (1979), *Le sceptique résolu... devant les discours intimidants*, París, Laffont.
- RYLE, (1949), *La notion d'esprit*, trad. franc. París, Payot, 1978. SARTRE, J. P., (1943). *L'Être et le Néant*, París, Gallimard. SARTRE, J. P., (1970). «Interview», *Le Nouvel Observateur*, 26-1-1970. Reed. in *Freud. Jugements et témoignages. Textes présentés par Roland Jaccard*, París, P.U.F., 1976*.
- SCHIMEK, J. G., (1974), «The parapraxis specimen of psychoanalysis», in Goldberger, L. y Rosen, V. H., *Psychoanalysis and contemporary Science*, III, p. 210-30. SCHMIDBERG, M., (1970), «Psychotherapy with Failures of Psychoanalysis», *British Journal of Psychiatry*, 116:195-200.
- SCHNEIDERMAN, S., (1978), «Mon analyse avec Lacan», *Psychologie*, 102:11-6.
- SCHOTTE, J., (1971), «Psychanalyse et Schicksalsanalyse», *Szondiana*, VII: 33441.
- SCHUR, M., (1975), *La mort dans la vie de Freud*, trad. franc. París, Gallimard. Trad. cast. *Sigmund Freud. Enfermedad y muerte en su vida y en su obra*, Barcelona, Paidós.
- SEARS, R., (1943), *Survey of objective studies of psychoanalytic concepts*, Nueva York, Social Science Research Council, Reed. 1951 *. SEBEOK, T., (1978), «Mieux vaut chercher à la source qu'à l'embouchure», *Dio-gene*, 705:116-142.
- SEDAT, J., (1979), «La peur face à la psychanalyse», *Recherches et Débats du Centre catholique des Intellectuels français*, París, Desclée De Brouwer, 90.

- SI-LIGMAN, M., (1975), *Helplessness*, Freeman.
- SEKÜN, X, el. al., (1977), *La modification du comportement*, Bruselas, Mardaga.
- SHAPIRO, A., (1971), «Placebo effects in medicine, psychotherapy and psychoanalysis», in Bergin, A. y Garfield, *Handbook of Psychotherapy and behavior change*, J. Wiley, p. 439-473.
- SINGILK, J. y Poi'L, S., (1978), *The Power of Human Imagination (New Methods in Psychotherapy)*, Nueva York, Plenum Press.
- SKINNI;H, B. ["., (1969), *L'analyse expérimentale du cotnporiement*, trad. franc. Dessart y Mardaga *.
- STITIANC, A., (1969), *L'Univers contestationnaire*, París, Payot.
- S/ASZ, T., (1976), *Le peché second*, París, Payot.
- Sz\sz, T., (1978). *The Myth of Psychotherapy*, Nueva York, Anchor Press.
- SYI.WAN, R.. (1978), «Le ferd-ikt», *Études freudiennes*, ÍJ-W: 127-74.
- TIÍCAX, C. B. y CARKHUFF, R. R., (1964), «Significant developments in psychotherapy lesearen», in Abt, L. y Reiss, F. (Ed.), *Progress in Clinical Psychology*, Nueva York, Gruñe and Stratton, p. 124-55.
- Tur\X, C. (liMS), «Reinforcement and non-reinforcement in rogerian psychotherapy», *JoitTiial of Abnormal Psycfiology*, 7/: 1-9.
- UL.MAKK, L. y KRASNER, L., (1975), *A psychological approach to abnormal behavior*, Pivntice Hall, 2nd. ed.
- VAN kii-i.Ai-K, J., (1969), «Une thérapie des roles figés: l'apport de G. Kelly», *Bullctin de Psvchologie*, Universidad de París, 235:793-98.
- VA\ RIU.AFR, J., (1975), *L'agressivité hutnaine*, Dessart y Mardaga. Trad. cast. *La agresividad humana*, Barcelona, Herder, 1978.
- VT:KMIGUONI-, A., (1979), *La psychanalyse cette aventure qui est la tnienne*, París, 10/18.
- Vrkin-:a;i;\, J. P., (1979), *Diván le terrible*, París, C. Bourgeois.
- VKKNANT, J. P., (1967), «Oedipe sans complexe». Reed. in Vernant, J. P. y Vi-dnl-Naquet, P. (1972), *Mythe et tragédie en Grèce ancienne*, París, Mas-pero, 3." ed., 1977, p. 75-98 *.
- VIDI;RMAN, S., (1977), «Le sentiment tragique de l'interprétation», in *Com-ment l'interprétation vient au psychanalyste*, París, Aubier, p. 205-46.
- Yoi.TAiRn, (1769), *Dictionnaire philosophique*, París, Garnier, 1954*.
- WACHTEL, P., (1977), *Psychoanalysis and behavior therapy. Toward an integration*, Basic Books.
- WAM.F.N, R., (1942), «Ego-involvement as a determinant of selective forgetting», *J. Abnormal and Social Psychology*, 37:20-39.
- WAIXON, H., (1932), «La conscience de soi: ses degrés et ses mécanismes de trois mois a trois ans», *Journal de Psychoíogie*, 29:744-83.
- WEISS, E., (1970), *Sigmund Freud as a Consultant*, Intercontinental Medical Book Corporation. Trad. franc. *Freud-Weiss: Lettres sur la pratique psychanalytique*, Privat, 1975*. Trad. cast. *Correspondencia Sigmund Freud-Edoardo Weiss. Problemas de la práctica analítica*, Barcelona, Gedisa, 1979.
- WHYTE, L., (1960), *L'inconscient avant Freud*. Trad. franc. París, Payot, 1971 .
- WHYTE, W. R., (1956), *L'homme de Vorganisation*, trad. franc. París, Plon, 1959*.
- WINNICOTT, D., (1969), *De la pédiatrie á la psychanalyse*, trad. franc. París, Payot.
- WINNICOTT, D., (1970), *Processus de maturation chez Venfant*, trad. franc. París, Payot.
- WITTGENSTEIN, L., (1966), *Lecons et conversations sur Vesthétique, la psychoíogie et la croyance religieuse*, trad. franc. París, Gallimard, 1971 *.
- WOIÜERG, L. R., (1967), *The Technique in Psychotherapy*, Londres, Heinemann.

- WOLPE, J., (1958), *Psychotherapy by reciprocal inhibition*, Stanford Univ. Press.
- WOLPE, J. y RACHMAN, S., (1960), «Psychoanalytic "evidence": A critique based on Freud's case of Little Hans», reed. in Eysenck y Wilson, 1973, p. 31741 *.
- WORTIS, J., (1954), *Fragmenta of an analysis with Freud*, Simón and Schuster, trad. franc. *Psychanalyse á Vienne, 1934. Notes sur mon analyse avec Freud*, París, Denoél, 1974*.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

I.	<i>Las lecciones del pasado</i>	9
1.	Una teoría astrofísica del siglo xvm	9
2.	La frenología	10
3.	La (sexo-)rinología de W. Fliess	13
II.	<i>El psicoanálisis, ¿prospera o declina?</i>	18
1.	En los Estados Unidos	18
2.	En Francia	20
3.	En Bélgica	23
4.	En los Países Bajos	24
III.	<i>Etapas de una desconversión</i>	26
IV.	<i>Psicoanálisis y psicología</i>	34
1.	La psicología	34
2.	Definición de psicoanálisis	35
3.	La confrontación	36
V.	<i>La actitud científica</i>	39
1.	Los diversos tipos de científicidad	39
2.	Las reglas mínimas de la científicidad	41
VI.	<i>¿Pretende el psicoanálisis ser científico?</i>	44
VII.	<i>Perspectivas críticas</i>	47
1.	El efecto de escaparate	48
2.	Siempre está «en otra parte»	49
3.	Un lugar «otro» no reconocido: la historia	52
4.	Lo más específico aparece como lo más absurdo	55

PARTE I LA

INTERPRETACIÓN PSICOANALÍTICA

I.	<i>El argumento de las «resiste-idas»</i>	61
1.	Origen de la noción de «resistencia»	61
2.	El uso polémico del concepto de resistencia	62
3.	La ilusión de ser la excepción	67

4. Un concepto gaseoso	70
5. Examen epistemológico y examen psicológico	72
11. ¿Una nueva hermenéutica?	TM
1. La tradición hermenéutica	'4
2. La tradición judía	?5
3. Las interpretaciones denunciadoras	76
III. La especificidad del método freudiano	80
1. El presupuesto básico	°*
2. La regla fundamental	°1
3. La interpretación	"
4. La cuestión de la sugestión	"
5. El más convincente de los ejemplos en opinión de Freud	83
IV. Algunos casos ejemplares	°4
1. Signorelli... Botticelli, Boltraffio	94
2. Freud, Adler y Jung	103
3. El análisis interminable	106
a) El Signorelli en segundo grado, 106. — b) Los sueños, 107. — c) La cura, 111.	
4. Un ejemplo de explicación psicológica	112
a) Dos prejuicios, 112. — b) La noción de «hipótesis alternativa», 113. — c) La interpretación psicológica, 115. — d) La experimentación psicológica, 116. — e) El sentido de los actos fallidos, 118. — f) El valor diagnóstico de los actos fallidos, 120.	
5. «El sueño es el cumplimiento de un deseo»	120
a) Una tesis específica, 120. — b) El ejemplo «más nítido», 123. — c) Esbozo de una concepción alternativa, 126. — d) El valor diagnóstico de los sueños, 129.	
6. Tres versiones de unas ganas de adelgazar	130
a) Un seminario en la Universidad en 1977, 131. — b) El texto publicado por Freud, 131. — c) Las notas originales, 132.	
7. ¿Una nueva onomástica?	135
a) Un ejemplo «memorable», 135. — b) Un <i>gadget</i> hermenéutico, 137. — c) La «práctica de la letra», 138. — d) Un precursor: J.-B. Peres, 140.	
8. Kleine Hans, Little Albert y Peter	141
a) Una prueba viviente de la teoría, 141. — b) La «neurosis fóbica», 142. — c) ¿Un pequeño obseso sexual?, 146. — d) Little Albert, 147. — e) El tratamiento de Peter, 148. — f) Psicología de la fobia, 150. — g) Una explicación alternativa del caso de Kleine Hans, 151.	
9. El pequeño Fritz	155
V. Algunos experimentos de psicología	157
1. Kluge Hans	I ⁵⁷

2. A partir del momento en que se encuentra un sentido...	160
3. Experimentos de S. Milgram	160
4. La nebulosa interior	162
5. La magia del «Mhm»	164
6. Algunos condicionadores inconscientes	166
a) El efecto Hawthorne, 166. — b) Un contratiempo de Pavlov, 166. — c) El efecto Rosenthal: 1.ª parte, 167. — d) E; efecto Rosenthal: 2.ª parte, 168. — e) «El maestro de los neurólogos», 169.	
7. ¿Quién es más sabio que Sócrates?	171
8. Algunas nociones básicas	173
VI. La programación psicoanalítica	175
1. A tal analista, tal paciente	175
a) Las asociaciones sobre nombres olvidados, 175. — b) Las «ies» de Melanie, 176. — c) Los pacientes de los disidentes, 177. — d) Los hipnotizados y las histéricas, 177.	
2. La transferencia y la contratransferencia	179
a) Sugestión y transferencia, 179. — b) La contratransferencia, 181. — c) La subjetivización. 183.	
3. Algunas (escasas) confesiones de analistas	184
a) Freud, 184. — b) El caso de los sueños, 184. — c) Opiniones de discípulos de Freud, 185. — d) El psicólogo y el condicionamiento, 187.	
4. Algunos relatos de psicoanálisis	187
5. La cura como interacción	190
a) Una carencia de investigaciones, 190. — b) La adopción de conductas «infantiles», 191.	
6. El psicoanalista como reforzador	194
a) La experiencia <i>princeps</i> de Skinner, 194. — b) Los postes indicadores, 195. — c) Los reforzamientos positivos, 197. — d) Las intervenciones aversivas, 199. — e) La diversidad de los programas, 200. — f) El reforzador reforzado, 200. — g) El diván como Skinner-box, 201. — h) ¿Quién simplifica?, 203.	
7. El caso del análisis didáctico	204
8. <i>Homo psychoanalyticus</i>	207
VII. Miseria de la interpretación psicoanalítica	211
1. La interpretación simbólica	211
2. El pensamiento por analogía	214
3. Los juegos de palabras	215
4. La aritmética psicoanalítica	218
5. «Las claves del erotismo anal»	220
6. La falomanía	223
a) El pene, 223. — b) El Falo, 224. — c) El destino de las mujeres, 225.	
7. Ese endiabrado Diccionario	227
8. El monoideísmo	228
9. ¿Una superciencia?	230

- a) La reconstrucción de la prehistoria, 230. — b) Una revolución en la psicopedagogía, 230. — c) La medicina renovada, 231. — d) Los deportes, 232. Sobredeterminación y sobreinterpretación 232
10. **n.** El delirio de interpretación 233
 a) Dos ejemplos famosos, 233. — b) Definición del «delirio de interpretación», 234. — c) Confesiones de psicoanalistas, 235.
12. Los psicoanálisis del psicoanálisis 235
 a) Análisis freudiano del freudismo, 236. — b) Análisis adleriano del freudismo, 237. — c) Análisis junguiano del freudismo, 237. — d) La ronda de las interpretaciones, 238.
13. Un sistema infalsable 238
 a) La debilidad del verificacionismo, 238. — b) El criterio de falsabilidad, 239. — c) La estrategia de la investigación científica, 240. — d) Popper y el psicoanálisis, 241.
14. *Magister dixit* 243
 a) Una cita «castrada», 243. — b) El caso *princeps* de una excomunión, 244. — c) Algunos hechos reveladores, 245. — d) La devoción infantil, 246.
15. «Una secta intolerante» 247
 a) Los detentadores de la Verdad, 248. — b) La vía iniciática, 249. — c) El cierre, 249. — d) Unas luchas intestinas, 250.
16. El oscurantismo 253
 a) La facilidad del psicoanálisis, 253. — b) Las estrategias mistificadoras, 255.
 1. La doble existencia de las hipótesis, 255. — 2. La negación del principio de no contradicción, 256. — 3. La táctica de la alusión, 257. — 4. Las alambradas verbales, 257. — 5. La logomaquia, 258. — 6. El principio según el cual «todo tiene algún sentido», 260. — 7. La psiquiatrización, 260. — 8. El efecto Humpty Dumpty, 261.
 El vestido nuevo del emperador ¿?
- 17.

- I. *Los criterios de una teoría científica* 267
- II. *El inconsciente psicoanalítico* 271
1. El inconsciente prefreudiano 271
2. El inconsciente en la psicología científica 272
3. El inconsciente freudiano 275
 a) El método de exploración, 275. — b) La ilusión sustancialista, 276. — c) El mentalismo, 278. — d) Las pseudoexplicaciones, 279. — e) Un *deus ex machina*, 280.

III.	<i>La doctrina de las pulsiones</i>	282
1.	¿«Instintos» o «pulsiones»?	282
2.	La pulsión sexual	283
	a) La especificidad de la concepción freudiana, 283. — b) Crítica del concepto freudiano de sexualidad, 286. — c) La moral sexual según Freud, 287.	
3.	La pulsión de muerte	289
	a) La argumentación de Freud, 290. — b) ¿Hay pulsión de muerte en los perros y los gatos?, 292. — c) Explicaciones de psicólogos, 293. — d) La opinión de los discípulos de Freud, 295.	
4.	La pulsión de agresión	296
	a) Definición de agresión, 297. — b) La hipótesis de una necesidad de agresión, 297,	
5.	Unos «seres míticos»	298
IV.	<i>Las «provincias del aparato psíquico»</i>	300
1.	Una vieja idea	300
2.	¿Se trata de metáforas o de una teoría «explicativa»?	301
3.	La génesis de la conciencia moral	302
4.	El «moi» y el «;e»	305
V.	<i>La psicogénesis</i>	307
1.	La historicidad del sujeto	307
2.	La psicología del niño	308
3.	Los estadios	309
4.	El complejo de Edipo	310
	a) El complejo nuclear, 311. — b) El efecto de «Edipo Rey», 311. — c) Un concepto como de goma de mascar, 312. — d) Algunos hechos, 314.	
5.	El complejo de castración	315
VI.	<i>La caracterología freudiana</i>	317
1.	El carácter «anal»	317
	a) El nivel descriptivo, 317. — b) El nivel explicativo, 318.	
2.	Los demás caracteres	318

	a) El carácter «oral», 318. — b) El carácter «fálico», 319.	
3.	Conclusión	319
VII.	<i>La explicación de las neurosis</i>	321
1.	La concepción freudiana	321
2.	Los criterios de validez de los esquemas explicativos	322
3.	Cuestionamiento de la concepción freudiana	323
4.	La concepción psicológica	325

PARTE III LA TERAPIA

PSICOANALÍTICA

I.	<i>La historia de la psicoterapia</i>	331
II.	<i>Algunas opiniones</i>	333
III.	<i>Los casos históricos</i>	336
1.	Anna O	" 6
2.	Emmy von N	• " "
3.	Los casos principales de Freud	338
IV.	<i>Los psicoanalistas y las estadísticas</i>	341
V.	<i>El efecto de placebo</i>	344
VI.	<i>Los factores curativos no específicos</i>	348
1.	El contacto afectivo	348
2.	La escucha empática	349
3.	La esperanza	349
4.	La (re-)estructuración cognitiva de lo vivido afectivo	350
5.	La desculpabilización	350
6.	La relativización de las dificultades	351
VII.	<i>Comparaciones metódicas</i>	352
1.	El problema de los criterios	352
2.	La selección de los analizados	352
3.	Los criterios de un análisis logrado	356
4.	Los abandonos	357
5.	Las comparaciones de H. Eysenck	358
6.	Las remisiones espontáneas	359
7.	El efecto de deterioro	360
VIII.	<i>Cómo nadan los que enseñan a nadar</i>	362
IX.	<i>La explicación de los estancamientos y de las agravaciones</i>	365
1.	Testimonios y confesiones	365
2.	Las explicaciones de Freud	367
3.	Las explicaciones del psicólogo	368
	a) El abandono del paciente a sí mismo, 368. — b) La desorientación, 370. — c) La desmovilización, 372. — d) La dependencia, 373. — e) La exaltación narcisística, 373.	
X.	<i>El desinterés por la terapia</i>	375
1.	«El síntoma es superficial»	375
2.	El «furor therapeuticus»	376
3.	«El psicoanálisis es una teoría, no una terapia»	376
XI.	<i>¿Por qué perseveran los analizados?</i>	379
XII.	<i>¿Por qué perseveran los analistas?</i>	381
1.	El estatuto y el poder	381
2.	El dinero	381
XIII.	<i>Los nuevos caminos de la psicoterapia</i>	385

PARTE IV EL

PORVENIR DE LAS ILUSIONES

I.	«Una práctica de verborrea»	389
II.	<i>Algunas hipótesis sobre el éxito del psicoanálisis</i>	390
III.	<i>El porvenir del psicoanálisis y de las ilusiones</i>	393
	Bibliografía	395